

Tana French

INTRUSIÓN



Lectulandia

La brigada de homicidios de Dublín dista mucho de ser lo que había soñado la detective Antoinette Conway. El único que parece alegrarse de su presencia es su compañero, Steve Moran. El resto de su trabajo es una acumulación de casos ingratos, novatadas hirientes y acoso laboral. Antoinette es una detective orgullosa y con la piel muy dura, pero está llegando a su límite. El nuevo caso que le asignan parece sencillo: otra pelea de novios que acaba mal.

Aislinn Murray es rubia y guapa. Y ha aparecido tan impecablemente arreglada como muerta en medio de su salón propio de un catálogo de muebles, al lado de una mesa dispuesta para una cena romántica. Nada tiene todo esto de llamativo. Excepto que Antoinette está segura de haberla visto antes en alguna parte. Y porque, al final, su asesinato será bien poco de los de manual. Porque otros detectives intentarán presionar a la pareja protagonista para que arresten al novio de la víctima lo antes posible. Porque al fondo de la calle donde vive Antoinette, acecha una figura en la sombra. Y porque la amiga de la víctima parecía olerse que Aislinn estaba en peligro. Todo lo que van averiguando sobre ella la aleja cada vez más de la muñequita de papel cuché que aparentaba ser.

Antoinette sabe que el acoso laboral la ha vuelto paranoica, pero no es capaz de saber hasta qué punto: ¿es este caso un paso más en la campaña para echarla de la brigada o fluyen corrientes más oscuras bajo su superficie reluciente?

Lectulandia

Tana French

Intrusión

ePub r1.0

Titivillus 27.05.2018

Título original: *The Trespasser*
Tana French, 2016
Traducción: Julia Osuna Aguilar
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Oonagh

Prólogo

Mi madre solía contarme historias sobre mi padre. En la primera que recuerdo, era un príncipe egipcio que quiso casarse con ella y quedarse en Irlanda para siempre, pero su familia lo obligó a volver a su país para desposar a una princesa árabe. Mi madre sabía contar historias. Anillos de amatistas en sus largos dedos, ellos dos bailando bajo luces parpadeantes, su olor a especias y pino. Y yo, tendida en cruz bajo la colcha, cubierta de sudor como si me hubieran mojado en algo —era invierno, pero el Ayuntamiento regulaba la calefacción para el bloque entero y las ventanas de las plantas altas no se abrían—, me guardé la historia lo más hondo que pude y allí la atesoré. Era muy pequeña. Aquello me mantuvo con la cabeza bien alta durante unos años, hasta que a los ocho se lo conté a Lisa, mi mejor amiga, que se partió el culo de risa.

Una tarde meses después, cuando el escozor se hubo disipado, entré decidida en la cocina, me planté con los brazos en jarras ante mi madre y exigí la verdad. Ella ni se lo pensó: estrujó el bote de Fairy y me contó que mi padre era un estudiante de medicina de Arabia Saudí. Lo había conocido cuando ella estaba en la escuela de enfermería... y ahí siguieron todo tipo de detalles: las guardias interminables, las risas agotadas y ambos salvando a un chiquillo al que había atropellado un coche. Para cuando descubrió que yo estaba en camino, él ya había regresado a su país sin dejar ni una dirección. Y mi madre tuvo que abandonar los estudios de enfermería para criarme.

Esa historia me valió durante otra temporada. Me gustaba; incluso empecé a hacer planes secretos para ser la primera del colegio en llegar a médico: para algo lo llevaba en la sangre y esas cosas. Me duró hasta los doce, cuando me castigaron por no sé qué y tuve que aguantar la bronca de mi madre diciéndome que no pensaba dejar que acabase como ella, sin graduado ni esperanzas de aspirar a algo que no fuera trabajar de limpiadora por el salario mínimo durante el resto de mi vida. Había oído esa monserga cientos de veces, pero hasta ese día no había caído en la cuenta de que para estudiar enfermería se necesita el graduado escolar.

El día de mi décimo tercer cumpleaños, la tarta en la mesa entre mi madre y yo, le dije que esa vez hablaba en serio: quería saberlo. Con un suspiro, reconoció que ya

tenía edad para oír la verdad y pasó a contarme que mi padre era un guitarrista brasileño con el que estuvo saliendo unos meses hasta que, una noche en su piso, él le dio una paliza de muerte. En cuanto se durmió, mi madre le robó las llaves del coche y volvió a casa como alma que lleva el diablo, las carreteras sin luces, lloviendo, vacías, y el ojo dolorido latiéndole al compás de los limpiaparabrisas. Cuando él la llamó llorando y disculpándose, podría haberlo perdonado —tenía veinte años—, pero para entonces ya sabía que estaba en estado. Le colgó.

Ese día decidí que me haría policía en cuanto terminara el instituto. Y no porque quisiera dárme las de Catwoman con todos los maltratadores sueltos, sino porque mi madre no sabe conducir. La academia de policía estaba en el sur del país: era la manera más rápida de largarme de casa de mi madre sin pasar por el callejón sin salida del trabajo de limpiadora.

En mi certificado de nacimiento pone DESCONOCIDO, pero siempre hay formas: amigos del pasado, ADN, bases de datos... Y también podría haber seguido presionando a mi madre, subiendo cada vez más la tensión, hasta sacarle algo que se pareciera siquiera remotamente a la verdad, un mínimo punto de partida.

No volví a preguntarle. Con trece años, porque la odiaba con toda mi alma por el tiempo que me había hecho perder moldeando mi vida en torno a sus mentiras. De mayor, cuando entré en la academia, porque creía saber lo que había hecho y supe que no se había equivocado.

El caso entra, o al menos nos entra a nosotros, un gélido amanecer de uno de esos eneros cerrados en los que todo indica que el sol jamás volverá a arrastrarse horizonte arriba. Mi compañero y yo estamos terminando otro turno de noche, pero de una modalidad que no esperaba encontrar en la brigada de Homicidios: un primer cucharón de aburrimento y un segundo de imbecilidad aún más cargado, coronados con una bonita avalancha de papeleo. Por motivos desconocidos incluso para ellos, dos malnacidos decidieron rematar la noche del sábado bailando sobre la cabeza de un tercer malnacido como si fuera un tablado; localizamos seis testigos, todos y cada uno mamados hasta las trancas, todos y cada uno con una versión distinta de las otras cinco, y todos y cada uno con la idea de que nos olvidásemos del caso de asesinato e investigáramos por qué lo habían echado del *pub*/le habían vendido hierba chungu/lo había dejado la novia. Cuando el Testigo Número Seis me ordenó que averiguase por qué le habían cortado el grifo del paro, estaba a punto de explicarle que se debía a que era demasiado tonto para tener siquiera un certificado de ser humano y de ponerlos a todos de patitas en la calle, pero, por suerte, mi compañero trabaja la paciencia mejor que yo, una de las razones por las que no me separo mucho de él. Al final hemos conseguido cuatro declaraciones de testigos que no solo concuerdan entre sí, sino también con las pruebas, y eso quiere decir que ahora podemos imputar a uno de los malnacidos por homicidio y a otro por agresión, lo que en teoría significa que hemos salvado al mundo del mal, aunque el cómo no tengo ni ganas de pensarlo.

Ya hemos puesto a los malnacidos a disposición judicial y andamos escribiendo los informes, para que el jefe se los encuentre bien ordenaditos en su mesa cuando llegue. Tengo a Steve silbando enfrente, algo que en la mayoría de los casos saca mi lado violento, pero a él se le da bien: una vieja cancioncilla popular, que medio recuerdo haber cantado a coro cuando era pequeña, en un tono bajo, ausente y satisfecho que se para en seco cuando mi compañero tiene que concentrarse y se reanuda con trinos y florituras fluidos cuando el informe vuelve a cuajar.

Él, y el zumbido susurrante de los ordenadores, y el viento invernal golpeando inútilmente las ventanas: solo eso, y el silencio. Homicidios tiene su sede en los terrenos del castillo de Dublín, en pleno centro de la ciudad, pero nuestro edificio está

escondido a un par de calles de las cosas bonitas que vienen a ver los turistas y, además, tiene muros gruesos: incluso en hora punta, el tráfico de Dame Street solo nos llega como un leve runrún poco exigente. Los revoltijos de papeles, fotos y notas garabateadas sobre las mesas de los compañeros parecen estar cargándose, vibrantes de acción deseosa de ocurrir. Tras las altas ventanas de guillotina, la noche se aclara hacia un gris relajado; la sala huele a café y radiadores calientes. A esas horas, si pudiera ignorar todas las razones por las que el turno de noche es la peste, me encantarían las dependencias de la brigada.

Steve y yo conocemos todos los motivos oficiales por los que nos hunden en turnos de noche: estamos los dos solteros, sin mujer, marido ni niños esperándonos en casa; somos los más jóvenes del equipo y llevamos mejor el cansancio que los que están a las puertas de la jubilación; somos los novatos —incluso yo, que llevo dos años—, así que a tragar, *pringaos*. Y eso hacemos. No somos de Seguridad Ciudadana, que cuando tienen un jefe más cabroncete de la cuenta siempre pueden pedir ser reubicados. En Homicidios no hay otra brigada a la que trasladarse: esta es la única e inigualable. Si quieres pertenecer a ella —y ambos queremos—, aguantas lo que te echen.

Hay quien sí trabaja en la brigada de Homicidios en la que yo puse la mira en su momento: esa en la que te pasas el día en el filo de la navaja, echando pulsos mentales con genios psicópatas, a sabiendas de que un parpadeo inoportuno puede ser la diferencia entre un triunfo y otro cadáver a la vuelta de la esquina. A lo más que llegamos Steve y yo es a mirar como dos morbosos a los astutos psicópatas cuando nuestros compañeros los pasean por delante de la sala de interrogatorios donde nosotros estamos dándonos de cabezazos contra otra Esposa del Año, en nuestra concatenación infinita de casos de violencia doméstica, que el jefe siempre nos asigna porque sabe que me joden. Por lo menos los capullos de la danza de la cabeza han supuesto un cambio.

Steve pulsa IMPRIMIR y la impresora de la esquina arranca su resuello enfermizo.

—¿Has acabado? —me pregunta.

—Casi. —Estoy repasando el informe en busca de erratas, no quiero que el jefe las utilice como excusa para darme la brasa.

Mi compañero entrelaza las manos por encima de la cabeza y estira la espalda haciendo crujir la silla.

—¿Una pinta? Las *early houses* tienen que estar abriendo.

—Será broma, ¿no?

—Para celebrarlo.

Steve, qué le vamos a hacer, también trabaja la mentalidad positiva mucho mejor que yo. Lo fulmino con una mirada que debería arrancársela de cuajo.

—¿Celebrar qué?

Sonríe burlón. Tiene treinta y tres años, uno más que yo, pero parece más joven: puede que por sus hechuras de colegial, con esas piernas desgarbadas y esas espaldas

escuchimizadas; o por ese pelo rojo que se le levanta donde no debe; o puede que por esa alegría tan inquebrantable como odiosa.

—Los hemos empapelado, ¿o es que no te has dado cuenta?

—Hasta tu abuela podría haberlos empapelado.

—Es posible, y luego habría ido a tomarse una pinta.

—Le daba a la bebida, ¿no?

—Alcohólica perdida. Me gustaría que estuviera orgullosa de mí, eso es todo. — Se acerca a la impresora y empieza a ordenar las páginas—. Venga.

—Qué va, otro día.

No tengo cuerpo. Quiero irme a casa, salir a correr un rato, meter cualquier cosa en el microondas, freírme el cerebro con alguna mierda de la televisión y dormir luego lo que pueda antes de tener que repetirlo todo desde cero.

En ese momento la puerta se abre de golpe y asoma la cabeza O'Kelly, nuestro superintendente, temprano como siempre para ver si pilla dormido a alguien. Por lo general llega como una rosa, oliendo a ducha y a desayuno completo, con todas las rayas de su emparrado capilar perfectamente dispuestas; no tengo pruebas de que lo haga para restregárselo por la cara a los pobres desgraciados muertos de cansancio que apestan a turno de noche y a saladitos rancios del Spar, pero tampoco me extrañaría viniendo de él. Por lo menos esta mañana parece algo maltrecho —bolsas, manchas de té en la camisa—, y esa, si no me equivoco, será toda la satisfacción que saque yo de otro día de poco provecho.

—Moran. Conway —dice mirándonos con suspicacia—. ¿Os ha entrado algo bueno?

—Una pelea callejera —informo—. Con una víctima. —Olvidaos del palo que supone para la vida social: la verdadera razón por la que todo el mundo odia el turno de noche es porque nunca entra nada bueno. No digo que los homicidios más sonados, los de trasfondos complejos y móviles fascinantes, no ocurran de noche, puede darse el caso, pero no se descubren hasta por la mañana. Los únicos asesinatos que no pasan desapercibidos a esas horas son los perpetrados por gilipollas borrachos cuyo único móvil es ser gilipollas borrachos—. Ahora le pasamos los informes.

—Por lo menos habéis estado entretenidos. ¿Lo habéis cerrado?

—Más o menos. Esta noche ataremos los cabos sueltos.

—Bien —dice O'Kelly—. Entonces estáis libres para esto. —Levanta en alto un parte de llamada.

Por un segundo soy tan tonta que me hago ilusiones. Si un caso llega a la sala de la brigada a través del jefe, y no de manos de nuestra administrativa, tiene que ser especial; algo que será tan sonado, o tan duro o tan delicado que no puede dársele al primero que entre de turno: necesita a las personas adecuadas. El que llega directo del jefe atraviesa como un zumbido la sala y hace que los hombres se enderecen y presten atención. El que llega directo del jefe podría significar que por fin, ya era hora, Steve y yo hemos salido del banquillo de los perdedores: pasamos al primer

equipo.

Tengo que cerrar el puño para impedir que mi mano se lance por el parte.

—¿Qué es?

O’Kelly resopla.

—Ya puedes ir borrando esa cara de chucho hambriento, Conway. Lo he visto al subir y se me ha ocurrido traerlo para ahorrarle la molestia a Bernadette. Los radiopatrullas que han acudido al lugar de los hechos dicen que parece un caso claro de violencia doméstica. —Suelta la hoja en mi mesa—. Les he respondido que ya les diríais vosotros lo que parece o deja de parecer, que muchas gracias. Nunca se sabe, a lo mejor tenéis suerte y es un asesino en serie.

Y una mierda para ahorrarle la molestia a la administrativa. O’Kelly ha traído ese parte para poder ver la cara que pongo. Lo dejo donde está.

—Los del turno de día están al caer.

—Y vosotros ya estáis aquí, así que, si tenéis que llegar a alguna cita importante, será mejor que aligeréis y lo resolváis pronto.

—Estamos liados con los informes.

—Madre mía, Conway, que no hace falta ser el puto James Joyce. Dadme lo que llevéis hecho. Yo que vosotros me pondría en marcha: la historia esta es en Stoneybatter y los muelles están otra vez levantados.

Un segundo después pulso IMPRIMIR. El muy chupaculos de Steve está ya con la bufanda al cuello.

El jefe se ha acercado como si tal cosa al tablón de los turnos y lo escruta con los ojos entornados.

—Esta vez vais a necesitar respaldo.

Noto que Steve quiere que no me exalte.

—Podemos manejar solos un caso claro de violencia doméstica —replico—. Ya llevamos unos cuantos.

—Y quizá alguien con un poco de experiencia pueda enseñaros a llevarlos mejor. Porque ¿cuánto tiempo tardasteis en resolver el de la rumana? ¿Cinco semanas? Y eso con dos testigos que habían visto como la apuñalaba el novio, por no hablar de la prensa y los pesados de la igualdad dando la vara con el racismo, que si hubiera sido irlandesa ya habríamos arrestado a alguien...

—Los testigos se negaban a hablar con nosotros —lo interrumpo.

Los ojos de Steve me dicen demasiado tarde: «Cállate, Antoinette». He picado, tal y como esperaba O’Kelly.

—Exacto. Por eso, si hoy los testigos no quieren hablar con vosotros, quiero que haya algún perro viejo para que les suelte la lengua. —Tamborilea sobre un nombre del tablón—. Breslin está a punto de llegar. Lléváoslo. Tiene buena mano con los testigos.

—Breslin es un hombre muy ocupado. Yo diría que tiene mejores cosas que hacer con su valioso tiempo que llevarnos cogidos de la manita.

—Sí, es verdad, pero de todas formas va a ir con vosotros, así que no le hagáis perder su valioso tiempo.

Steve está cabeceando al ritmo de sus pensamientos, que me gritan a todo pulmón: «Calla la boca, podría ser peor». Y no le falta razón. Me trago mi siguiente réplica.

—Lo avisaré por el camino —digo cogiendo el parte de llamada y guardándomelo en el bolsillo de la chaqueta—. Que se reúna allí con nosotros.

—Más te vale. Bernadette está avisando a los peritos de la Científica y al forense, y le diré que os busque un par de agentes de refuerzo; tampoco es que hagan falta ciento y la madre para esto. —El jefe coge las hojas de la impresora mientras se dirige ya hacia la puerta—. Y si no queréis que Breslin os deje en ridículo, haced el favor de meteros un poco de cafeína en el cuerpo. Estáis para el arrastre.

En los terrenos del castillo, las farolas siguen encendidas a pesar de que, a regañadientes, la ciudad está iluminándose en algo que podría pasar por un amanecer. No llueve, y eso está bien: en algún punto al otro lado del río puede haber huellas esperándonos, colillas de cigarrillos con ADN... Eso no quita que el día esté helado y húmedo, con las farolas aureoladas de neblina y esa humedad que cala y se te mete en los huesos hasta que se quedan más fríos que el aire que respiras. Las cafeterías más madrugadoras están abriendo, y huele a salchichas a la plancha y humo de autobús.

—¿Necesitas echar un café antes? —le pregunto a Steve, que está subiéndose la bufanda hasta la barbilla.

—Qué va, ni de coña. Cuanto más rápido lleguemos...

No acaba la frase, y ni falta que hace. Cuanto más rápido lleguemos al lugar de los hechos, más tiempo tendremos antes de que aparezca el ojito derecho del profe a enseñarnos a nosotros, pobrecitos palurdos, cómo se hacen las cosas. A estas alturas no sé ni por qué me importa, pero me consuela saber que a Steve también le preocupa. Los dos somos de piernas largas, andamos rápido y nos concentramos en el paso.

Vamos camino del garaje de la flota. Sería más rápido si fuésemos en mi coche o el de Steve, pero eso no se hace, prohibido. Hay barrios donde los polis no somos bien vistos, y como alguien le pegue un botellazo a mi Audi TT le parto las piernas. Además, en ciertos casos —nunca sabes de antemano en cuáles, al menos no con seguridad—, aparecer con tu propio coche puede suponer darle tus señas a una banda de chungos trastornados: lo siguiente que sabes es que han cogido a tu gato, lo han atado a un ladrillo, le han metido fuego y lo han tirado por la ventana.

Casi siempre conduzco yo. Soy mejor conductora que Steve y mucho peor copiloto; si conduzco yo, ambos llegamos de mejor humor. Ya en el garaje, me hago con las llaves de un Opel Kadett blanco lleno de rozaduras. El barrio de Stoneybatter está en el Dublín profundo, el de la clase trabajadora y la clase parada, más el puñado

de yupis y artistas que compraron casas en esa zona durante la burbuja porque era superauténtico, o, lo que es lo mismo, porque no podían permitirse nada mejor. A veces viene bien un coche que vuelva cabezas a su paso. Hoy no.

—Ay, mierda —digo mientras salgo ya del garaje y enciendo la calefacción—. Ahora no puedo llamar a Breslin, estoy conduciendo. —Steve sonrío abiertamente.

—Qué mala pata. Y yo tengo que leer el parte. No podemos presentarnos allí desinformados.

Piso el acelerador al ver el semáforo ámbar, me saco el parte del bolsillo y se lo lanzo a mi compañero.

—Venga, cuéntame la buena nueva.

Lo ojea.

—La llamada entra en la comisaría de Stoneybatter a las cinco y seis minutos. Al habla un varón, que no quiere identificarse. Número oculto. —O sea, un aficionado que se cree que eso le servirá de algo: la compañía telefónica nos facilitará el número en cuestión de horas—. Dice que hay una mujer herida en el veintiséis de Viking Gardens. Cuando el agente de guardia le pregunta qué clase de herida, dice que se ha caído y se ha dado en la cabeza. A la pregunta de si respira, responde que no lo sabe pero que no tiene buena pinta. El agente empieza a explicarle cómo comprobar las constantes vitales pero el otro coge y dice: «Mande una ambulancia, y rápido», y cuelga.

—Estoy deseando conocerlo. Seguro que se largó antes de que apareciera alguien.

—Está claro. Cuando llegó la ambulancia, la puerta estaba cerrada y no contestaba nadie. Luego se personaron los radiopatrullas, la tiraron abajo y se encontraron a la mujer en el salón. Con un traumatismo en la cabeza. Los técnicos de la ambulancia certificaron su muerte. No había nadie más en la casa, no había indicios de que hubieran forzado la puerta ni robado nada.

—Si el colega quería una ambulancia, ¿para qué llama a la comisaría de Stoneybatter y no al 999?

—A lo mejor pensó que en el 999 podrían identificar la llamada pero que en un cuartelillo de barrio no tendrían esa tecnología.

—Entonces es que es tonto del culo. De puta madre. —O’Kelly no se equivocaba con lo de los muelles: la Consejería de Levantemos lo Primero que Pillemos está ocupando un carril con una taladradora y en el otro hay un tapón que me hace desear tener una pistola vaporizadora—. Vamos a poner las luces.

Steve coge el rotativo azul de debajo del asiento, saca medio cuerpo por la ventanilla y lo estampa contra el techo. Yo enciendo la sirena. No cambia gran cosa. La gente tiene a bien apartarse un par de centímetros, todo lo más que puede.

—Me cago en todo. —No estoy de humor para esto—. Entonces ¿por qué dicen los radiopatrullas que es un caso claro de violencia doméstica? ¿Vivía con alguien? ¿Marido, alguna pareja?

Steve vuelve a ojear el parte.

—No lo pone. —Mirada esperanzadora de soslayo—. A lo mejor se han equivocado, ¿no? Quizá sea algo bueno, quién sabe.

—Sigue soñando. Es otro puto caso de violencia doméstica, y si no, ni siquiera será un homicidio; se cayó y la palmó, como dijo el de la llamada. Porque si hubiera la más remota posibilidad de que fuera algo medio decente, O’Kelly habría esperado al turno de mañana y se lo habría dado a Breslin y a McCann o a cualquier otro pelota de... ¡Mierda ya! —Estampo el puño contra la bocina—. ¿Es que voy a tener que bajarme a arrestar a alguien?

De pronto, algún idiota a la cabeza del atasco se da cuenta de que está en un coche y decide moverse; los demás se apartan de mi camino y le piso a fondo y doblo por el puente para atravesar el Liffey rumbo norte.

La repentina semicalma, lejos de muelles y obras, sienta de muerte. Las largas hileras de bloques altos de ladrillo rojo y letreros de tiendas se encogen y se desintegran en racimos de casas, haciendo hueco para que la luz tome el cielo y pinte de gris y amarillo claro las capas más bajas de nubes. Apago la sirena; Steve saca el brazo por la ventanilla y recoge la luz rotativa. Se la queda en la mano: le quita un churrete de mugre del cristal y la va girando para asegurarse de que no haya manchas. No sigue leyendo.

Hace ocho meses que nos conocimos y llevamos cuatro de compañeros. Investigamos juntos un homicidio cuando él estaba en Casos Abiertos. De entrada no me cayó bien —le caía bien a todo el mundo, y yo siempre desconfío de la gente que despierta simpatías, por no hablar de que sonreía demasiado para mi gusto—, pero eso cambió pronto. Cuando resolvimos el caso, me caía lo bastante bien como para aprovechar mis cinco minutos de gloria con O’Kelly e interceder por él. Justo a tiempo: de ser por mí, no habría andado a la caza de compañero, me gustaba trabajar sola, pero el jefe no paraba de darme la brasa con que si en su brigada los novatos sin experiencia no iban por ahí en plan llanero solitario... Y no me arrepiento, aunque Steve sea la puta alegría de la huerta. Siento que está donde tiene que estar cuando levanto la mirada en la sala de la brigada y me lo veo enfrente, o codo con codo en el lugar del crimen, o a mi lado en la mesa de interrogatorios. Diga lo que diga O’Kelly, nuestro porcentaje de casos resueltos es alto, y la mayoría de las veces podemos tomarnos esa pinta de celebración. A Steve lo siento como a un amigo, o algo muy parecido. Pero todavía estamos tomándonos las medidas; aún no podemos poner la mano en el fuego.

De todas formas, se las tengo tomadas lo suficiente para saber cuándo quiere decir algo.

—¿Qué?

—Que no dejes que el jefe te coma la moral.

Lo escruto de reojo: está mirándome sin pestañear.

—¿Qué quieres decir, que me lo tomo demasiado a pecho? ¿De verdad?

—Tampoco es el fin del mundo que nos diga que tenemos que mejorar con los

testigos.

Giro en una curva cerrada para meterme por una bocacalle al doble de la velocidad permitida, pero mi compañero ya sabe cómo conduzco y no se inmuta. Soy yo la que está apretando los dientes.

—Pues para mí sí que lo es. Tomármelo a pecho sería que me importase lo que Breslin o cualquier otro piense de nuestra técnica con los testigos, cosa que no puede sudármela más. Pero que el jefe crea que no nos valemos solos significa que vamos a seguir chupándonos casos de tres al cuarto, y encima con algún petardo haciéndose el listo con nosotros. ¿A ti eso no te molesta?

Steve se encoge de hombros.

—Breslin solo viene de respaldo. Sigue siendo nuestro caso.

—Es que no necesitamos ayuda de nadie. Lo que necesitamos es que nos dejen hacer nuestro puto trabajo en paz.

—Ya nos llegará la hora, tarde o temprano.

—¿Ah, sí? ¿Y eso cuándo va a ser?

Como es de esperar, Steve no contesta. Levanto el pie del acelerador y el Kadett responde como un carrito de la compra. Stoneybatter está calentando motores para la mañana dominical: gente corriendo por las aceras, adolescentes de morros tirando de perros y protestando entre dientes por lo injusta que es la vida, una chica con ropa de haber salido de fiesta volviendo a su casa, las piernas con la carne de gallina y los zapatos en la mano.

—No pienso aguantarlo mucho tiempo.

Quemarse es normal. Pasa más en brigadas como Crimen Organizado o Estupefacientes, donde te enfrentas a diario con la misma mierda y da igual lo que hagas porque no cambia nada: te partes los cuernos reuniendo pruebas y luego te ves a las mismas chicas prostituyéndose, solo que bajo el mando de un nuevo chulo hijo de perra; los mismos yonquis comprando la misma mierda cortada pero de otro capo de la droga. Tapas un agujero y la mierda sale por otro y nunca para de chorrear. Esas cosas acaban afectando a la gente. Al menos en Homicidios, cuando encierras a alguien, todo aquel que podría haber muerto en sus manos sigue con vida. En cada caso luchas contra un único asesino, y no contra el lado más oscuro de la naturaleza humana en bloque, y a uno suelto se le puede ganar. En Homicidios la gente aguanta. Hasta la jubilación.

En cualquier brigada se aguanta mucho más de dos años.

Pero mis dos primeros han sido especiales. El problema no son los casos: puedo soportar a caníbales e infanticidas en bucle, no me quitan el sueño. Como he dicho, a un asesino se le puede ganar. Vencer a tu propia brigada es otra historia bien distinta.

Steve también me tiene cogidas las medidas lo suficiente para saber cuándo no solo estoy desahogándome.

—¿Y qué harías si no? —me pregunta al instante—. ¿Volver a Personas Desaparecidas?

—Sí, hombre, eso estaba yo pensando... —Yo no reculo—. Tengo un compañero de la academia que es socio de una empresa de seguridad. Pero por todo lo alto, en plan guardaespaldas para peces gordos, rollos internacionales... Nada de perseguir mangantes en el Penneys. Dice que, cuando yo quiera, me da curro...

Aunque no estoy mirándolo, siento que Steve me observa, inmóvil. No sé qué le pasa por la cabeza. Es buen tipo, pero le gusta demasiado agrandar a la gente. Si yo me quitara de en medio, y él quisiera, encajaría perfectamente en la brigada. Sería uno más de los muchachos, con sus casos decentes y sus risas, tan fácil como eso.

—Pagan de puta madre —continúo—. Y además en ese sector ser mujer sí que es un plus. Muchos de los peces gordos piden eso para sus esposas y sus hijas, guardaespaldas mujeres. Y para ellos también. Damos menos el cante...

—¿Piensas llamarlo? —me desafía Steve.

Aparco en la esquina de la calle Viking Gardens. La nube se ha abierto lo justo para que se filtre algo de luz y recubra con una fina película los tejados de pizarra y las farolas torcidas. Es todo el sol que hemos visto en una semana.

—No lo sé.

Conozco Viking Gardens. Vivo a diez minutos andando —porque Stoneybatter me gusta, no porque no pueda permitirme nada mejor— y una de las rutas que suelo hacer cuando corro pasa por la entrada de la calle. Es menos emocionante de lo que sugiere el nombre: un callejón sin salida algo maltrecho, con adosados de estilo victoriano, la fachada empotrada directamente en la acera parcheada. Tejados bajos de pizarra, mosquiteras, puertas de colores vivos. Es tan estrecha que los coches aparcan con dos ruedas sobre el bordillo.

Ya no podemos retrasar más la llamada a Breslin, no vaya a ser que se presente en el trabajo y el jefe le pregunte qué hace allí. Antes de bajar del coche hablo con su buzón de voz —lo que quizá nos haga ganar unos minutos, o quizá no, pero al menos me he ahorrado la cháchara— y le dejo un mensaje. Tal y como le cuento el caso, parece un aburrimiento mortal, lo que no dista mucho de la verdad, aunque sé que de todas formas va a llegar en cuanto pueda. A Breslin le encanta pensar que es don Indispensable; parecería igual de rápido para cualquier trueno de violencia doméstica que para la víctima de un desollador en serie: está convencido de que las pobres criaturas están jodidas hasta que no aparece él a salvar la papeleta.

—Vamos —digo colgándome el bolso al hombro.

El número 26 es el último de la calle, el del precinto policial, el coche patrulla y la furgoneta de la Científica delante. Los niños que se han congregado a un lado de la cinta salen disparados en cuanto nos ven llegar («¡Aaah! ¡Corred!» «Oiga, señora, este de aquí mangó unos Toffypops el otro día...» «¡Cállate, cabrón!»), pero la calle entera no nos quita ojo: tras las mosquiteras, saltan preguntas como palomitas de maíz.

—Quiero saludar —dice Steve por lo bajo—. ¿Puedo saludar?

—Compórtate, que tienes una edad.

Pero a mí también está subiéndome la adrenalina, por mucho que intente combatirla. Incluso esos días que sabes que hasta un mono adiestrado podría hacer tu trabajo, esos pocos pasos hasta el escenario del crimen te superan: te convierten en un gladiador que camina por la arena del circo, a un suspiro de una lucha que hará que los emperadores coreen tu nombre. Hasta que echas un vistazo al lugar de los hechos y el circo y el emperador se esfuman, y te sientes más miserable que nunca.

El radiopatrulla que guarda la puerta no es más que un chaval. Tiene un cuello tan largo que parece que se le va a doblar y unas orejas de soplillo que le sirven de apoyo a la gorra demasiado ancha.

—Detectives —dice poniéndose firme e intentando decidir si saludar o no—. *Garda Dooley*. —O algo así: tiene tanto acento que necesito subtítulos.

—Detective Conway —me presento mientras busco en el bolso los guantes y los cubrezapatos—. Y él es el detective Moran. ¿Has visto a alguien sospechoso merodeando?

—No, no hay más que niños. —Habría que hablar con ellos y con sus padres. Es lo que tienen los barrios con solera: la gente sigue metiéndose en la vida de los demás; no es plato de buen gusto para todos, pero a nosotros nos viene bien—. Todavía no hemos hecho el puerta a puerta. Hemos pensado que a lo mejor ustedes querrían hacerlo a su manera.

—Bien visto —dice Steve poniéndose los guantes—. Ahora mandaremos a alguien. ¿Qué os habéis encontrado al llegar? —Señala con la cabeza la puerta del adosado, de un inofensivo tono azul, astillada por donde los radiopatrullas la han embestido.

—Estaba cerrada —se apresura a decir el agente.

—Ya, hombre, hasta ahí llego —le responde Steve, pero con una amplia sonrisa que convierte el comentario en una broma compartida, y no en la pulla que habría salido de mi boca—. ¿Cómo de cerrada? ¿Cerrojo, doble vuelta, cerrada sin más?

—Ah, sí, perdón, es que... —Se ha puesto colorado—. La cerradura es marca Chubb y luego hay un cerrojo Yale. Pero la llave no estaba echada. Habían cerrado sin más.

O sea, que si el asesino salió por delante, tiró de la puerta y cerró tras él; no necesitó llave.

—¿Saltó la alarma?

—No. Se ve que hay un sistema de alarma o algo —el chico señala hacia arriba, a un cajetín en la fachada—, pero no estaba conectado. Tampoco saltó cuando entramos.

—Gracias —le dice Steve dedicándole otra de sus sonrisas—. Buen trabajo. —El radiopatrulla se pone escarlata: Stevie tiene un nuevo fan.

La puerta se abre y asoma la cabeza Sophie Miller. Tiene unos grandes ojos

castaños y una constitución de bailarina que hace que hasta un mono blanco con capucha parezca medio elegante, y por la que muchos le dan la vara, pero solo lo intentan una vez. Es una de las mejores criminalistas que tenemos, y además nos caemos bien. Verla me supone un alivio mayor del que debiera.

—Hombre, ya era hora —nos dice.

—Obras. ¿Qué tal? ¿Qué tenemos?

—Me parece que otra peleíta de novios. ¿Qué pasa, que te los pides la primera?

—Lo prefiero a movidas de bandas —digo, y siento el vistazo atónito de mi compañero y le respondo con mi mirada más glacial: está al tanto de mi amistad con Sophie, pero también debería saber que yo no voy por ahí contándole mis penas laborales a mis colegas—. Por lo menos, con la violencia doméstica de vez en cuando habla algún testigo. Vamos a echar un ojo.

El adosado es pequeño: entramos directos al salón-comedor, del que salen tres puertas. En el acto sé adónde da cada una: la izquierda al dormitorio, la de enfrente a la cocina y la derecha al baño. Tiene la misma distribución que mi casa. El interiorismo, en cambio, no puede parecerse menos; una alfombra morada que recubre la tarima flotante, gruesas cortinas moradas que se las dan de caras, un tapete morado echado con aspiraciones artísticas sobre el sofá de cuero blanco, lienzos impresos con flores moradas que no pasarán al recuerdo: parece que hubieran comprado la habitación a través de una aplicación de *Decora tu casa* en la que introduces el presupuesto y tus colores favoritos y al día siguiente una furgoneta te lo trae todo a domicilio.

Dentro sigue siendo anoche: las cortinas están corridas y las luces del techo apagadas, mientras que las lámparas de pie repartidas por los rincones aún arrojan luz. Los hombres de Sophie —uno arrodillado junto al sofá recogiendo fibras con papel de celo, otro echando revelador sobre una mesita auxiliar en busca de huellas y un tercero haciendo un lento barrido con una videocámara— tienen los frontales encendidos. Hace un calor asfixiante y apesta a carne asada y velas aromatizadas. El que está al lado del sofá se abanica con la pechera abierta del mono para intentar darse algo de aire.

La estufa de gas está puesta y lanza destellos de ascuas y llamas falsas que parpadean como locas en el salón recalentado. La chimenea es de piedra natural, en rústico de imitación, a juego con la adorable casita con encanto. La cabeza de la mujer ha quedado apoyada en la esquina del hogar.

Está bocarriba, con las rodillas valgas, como si alguien la hubiera arrojado allí. Tiene un brazo caído a un lado y el otro doblado en un extraño ángulo por encima de la cabeza. Debe de medir uno setenta y cinco, flacucha, con tacones de aguja, bronceado de bote, vestido de tubo azul cobalto y un grueso collar de oro falso. La cara le ha quedado medio tapada por una melena rubia alisada con un derroche de laca tan demencial que ni el asesino ha conseguido despeinarla. Parece una barbie muerta.

—¿La hemos identificado?

Sophie señala con la barbilla una consola junto a la puerta: un par de cartas, una pila ordenada de facturas.

—Todo apunta a que es Aislinn Gwendolyn Murray. La casa está a su nombre... Ahí encima hay un recibo del IBI.

Steve ojea las facturas.

—No hay más nombres. Parece que vivía sola —informa.

Pero de un vistazo a la habitación veo claramente por qué todo el mundo habla de chico pega a chica. Hay un mantel morado sobre la mesita redonda del comedor, con dos servicios puestos, servilletas de tela blanca dobladas con primor y llamas titilando en la vajilla de loza y en la cubertería brillantada. Una botella abierta de tinto, dos copas (intactas), un candelabro alto. La vela se ha fundido casi del todo y ha moteado el mantel y formado estalactitas de cera en el soporte.

Alrededor de la chimenea hay un gran charco de sangre oscura y pegajosa que brota de la cabeza. Y por lo que veo, no hay más manchas: una vez en el suelo, nadie se molestó en levantarla, ni quiso abrazarla ni la zarandeó para despertarla. Se limitó a salir cagando leches.

Se cayó y se dio en la cabeza, ha dicho el que llamó. Puede ser verdad, y o bien a nuestro Casanova le entró el pánico y salió por patas (a veces pasa, ciudadanos de bien tan acongojados de meterse en problemas que actúan con la turbación de un asesino en serie), o bien la ayudó a caerse...

—¿Ha pasado ya Cooper? —pregunto.

Es el forense. Le caigo mejor que la mayoría de gente pero, aun así, no se ha quedado: si no estás en el lugar de los hechos cuando él aparece para hacer su examen preliminar, es problema tuyo, no suyo.

—Acaba de irse —dice Sophie, que no le quita ojo a sus hombres—. Ha dicho que está muerta, por si se nos pasaba por alto. Al estar al lado del fuego, la temperatura y el *rigor mortis* se ven afectados, así que la hora aproximada de la muerte es de todo menos aproximada: entre las seis de la tarde y las once de la noche.

Steve señala la mesa con la cabeza.

—Seguramente antes de las ocho y media, nueve. Si no, habrían empezado a cenar.

—A no ser que uno de los dos tuviera horarios raros de trabajo —sugiero, y Steve lo apunta en su libreta: para que los refuerzos lo comprueben en cuanto identifiquemos al segundo comensal—. La llamada entró por heridas causadas tras una caída. ¿Ha dicho algo Cooper de si le cuadra?

Sophie resopla.

—Sí, claro, dentro de la modalidad de caída especial. Tiene el cráneo hundido por detrás y la herida parece encajar con la esquina de la chimenea; Cooper está prácticamente convencido de que eso fue lo que la mató, pero no puede asegurarlo hasta que le haga la autopsia, no sea que encuentre veneno de cerbatana peruana o

algo por el estilo. Aunque tiene también abrasiones y un hematoma grande en la mejilla izquierda, un par de dientes partidos... y seguramente también la mandíbula, pero Cooper no quería jurarlo hasta que la tuviese en su mesa. No pudo caerse en la chimenea desde dos ángulos a la vez.

—Alguien le pegó en la cara, y ella se cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza en la chimenea.

—Los detectives sois vosotros, pero sí, tiene toda la pinta.

La mujer lleva las uñas largas y pintadas de azul cobalto, a juego con el vestido, y están intactas: ni una rota, ni tan siquiera astillada. Los bonitos libros de fotografía de la mesa de centro están perfectamente alineados, al igual que los bonitos chismes de cristal y el jarrón de flores moradas de la repisa de la chimenea. No ha habido forcejeo. No le dio tiempo ni a presentar batalla.

—¿Tiene alguna idea Cooper de con qué pudo golpearla?

—Por la forma del cardenal, parece un puño —me explica Sophie—, o sea que es diestro.

O sea que ni hay arma, ni nada con huellas que podamos vincular con un sospechoso.

—Un puñetazo como para partir dientes tiene que haberle magullado los nudillos. Y eso no es fácil de esconder. Si tuviéramos mucha suerte, a lo mejor hasta se ha roto un nudillo y le ha dejado ADN en la cara.

—Eso, en el caso de que no tuviera puestos unos guantes —apunto—. Con el frío que hacía anoche, bien podía haberlos llevado.

—¿Dentro de la casa?

Señalo la mesa.

—No le dio tiempo ni a servir el vino. No estuvo mucho rato.

—Bueno —me dice alegremente Steve, con un soniquete burlón—, por lo menos es un homicidio. Y tú preocupada porque nos hicieran venir por una abuela que se había tropezado con el gato...

—Estupendo, pero reservaré el bailecito de felicidad para luego. ¿Ha dicho algo más Cooper?

—No hay heridas de forcejeo. Tenía toda la ropa en su sitio, no hay indicios de relaciones sexuales recientes y no ha aparecido semen en ninguno de los frotis, así que olvidaos de la agresión sexual.

—A no ser que nuestro amigo lo intentara, ella se negara y él le pegara un puñetazo para hacerla entrar en razón —sugiere Steve—. Y luego, al ver el percal, se acojonó y salió por patas.

—Lo que tú quieras, pero de la agresión sexual consumada puedes irte olvidando. ¿Os viene mejor? —Sophie solo ha visto a Steve una vez; todavía no tiene claro si le cae bien o no.

—Tampoco cuadra con agresión en grado de tentativa —tercio—. ¿Qué, que entra por la puerta y directamente le mete mano por debajo del vestido? ¿Ni siquiera espera

a que se tome una copa de vino para tener más posibilidades?

Steve se encoge de hombros.

—También es verdad. Puede que no tenga sentido.

No lo dice enfurruñado como harían muchos detectives si su compañero lo contradijese, sobre todo delante de alguien con el aspecto de Sophie. Lo dice de verdad. No es que no tenga ego —todos los detectives lo tenemos—, lo que pasa es que no se empeña en ser todo el tiempo don Por Mis Cojones. Se empeña solo en hacer su trabajo, cosa positiva, y en caerle bien a la gente, cosa muy práctica y que a mí me repatea.

—¿Ha aparecido el móvil?

—Sí, en la mesita aquella. —Me la señala con el bolígrafo—. Ya le hemos pasado el revelador, así que si quieres toquetearlo, no te cortes.

Antes de ponernos a registrar el resto de la casa, me agacho junto al cuerpo y, con cuidado, engancho con un dedo el pelo y se lo aparto de la cara. Steve se reúne conmigo.

Lo hacen todos los detectives de Homicidios que conozco: tomarse su tiempo para mirar la cara de la víctima. No tiene sentido, al menos para los civiles. Si la idea fuera tener una imagen mental y recordar así para quién trabajamos, más nos valdría cualquier foto del móvil. Si quisiéramos un chute de rabia para revolucionarnos el corazón, las heridas serían más efectivas que la cara. Y, pese a todo, lo hacemos, incluso con los que están muy maltrechos y apenas tienen ya cara que enseñar; aunque lleven una semana al aire libre en pleno verano, hasta con los ahogados, nos da igual: los miramos de frente. Incluso los más capullos de la brigada, los que serían capaces de puntuar las tetas de esta mujer mientras se enfría aquí tirada, le presentarían sus respetos.

No llega a los treinta. Era guapa antes de que alguien decidiera convertir su perfil izquierdo en un bulto sanguinolento; no despampanante, pero sí bastante guapa, y lo suyo le costaba. Lleva encima una hormigonera de maquillaje, el *pack* completo y bien servido. La barbilla y la nariz podrían ser de niña mona si no fuera por el toque afilado producto de un matarse de hambre prolongado en el tiempo. La boca —que le cuelga abierta y deja a la vista unos dientecitos blanqueados con algo de sangre coagulada— es bonita: labios suaves y carnosos, con el inferior ligeramente combado, algo que ahora le da un aire bobo pero que ayer seguramente la hacía atractiva. Tras el cóctel de tres sombras de ojos, tiene una rendija abierta que mira hacia una esquina del techo.

—Me suena la cara —digo.

—¿Y eso? ¿De qué?

—No estoy segura. —Tengo buena memoria, Steve dice que fotográfica; yo no, porque parecería una petarda, pero sé cuándo he visto a alguien antes, y a esta mujer la he visto.

Por entonces tenía otro aspecto. Más joven, sí, pero también es posible que pesara

más (no gorda exactamente, sino fofa) y usara mucho menos maquillaje: una base de un tono más oscuro que su piel, algo de rímel, poco más. Tenía el pelo castaño y ondulado y se lo recogía en un moño sin gracia. Traje de chaqueta azul marino, algo más ajustado de la cuenta, tacones altos que le hacían andar con los tobillos hacia dentro: ropa de adulta para una ocasión especial. Sin embargo, la cara, la nariz ligeramente respingona y el labio inferior combado eran los mismos.

La veo de pie bajo el sol, y viene hacia mí tambaleándose, con las palmas en alto. Voz aguda con un ligero temblor: «No, no, por favor, de verdad, yo solo...». Yo con cara inexpresiva, la pierna con un tic de impaciencia y pensando: «Penoso».

Ella quería algo de mí. ¿Ayuda, dinero, que la llevase a alguna parte, que le diera un consejo? Yo quería que se perdiera.

—¿Trabajo? —me pregunta Steve.

—Podría ser. —Mi cara inexpresiva se armó de autodominio; en mi tiempo libre la habría mandado a paseo sin más rodeos.

—Cuando volvamos a la central, probamos a consultar su nombre en el sistema, a ver si interpuso alguna denuncia por violencia de género...

—Yo no he trabajado en violencia de género, así que habría tenido que ser cuando patrullaba. Y no... —Sacudo la cabeza. Con los barridos como de reflectores de sus frontales, los peritos vuelven la estancia informe y amenazante, nos convierten en blancos en cuclillas—. No me suena que fuera nada de eso.

Si le pegaban, yo no habría estado deseando librarme de ella. La rendija abierta de los ojos le da a la cara un aspecto taimado, como de niña que hace fulleras en el escondite.

Mi compañero se incorpora y me deja para que me tome mi tiempo. Mira a Sophie con las cejas arqueadas y le señala el rectángulo de luz proveniente de la puerta de la cocina.

—¿Puedo...?

—Tú mismo. Ya hemos grabado, pero todavía no hemos pasado el revelador de huellas, así que no te pongas a limpiar el polvo.

Steve se abre camino entre los peritos y entra en la cocina. Los techos son tan bajos que casi tiene que agacharse para pasar por el umbral.

—¿Cómo te va con él? —me pregunta Sophie.

—Bien, bien. Es el menor de mis problemas.

Dejo caer la cortina de pelo sobre la cara de la víctima y me levanto. Quiero moverme; quizá me venga el recuerdo si ando rápido, lejos. Pero como me ponga a dar vueltas por el lugar de los hechos, Sophie me echa a patadas, y le daría igual si soy la encargada del caso o no.

—Una diversión continua, por lo que cuentas. Y ahora que habéis visto la habitación tal y como la encontramos, ¿podemos encender la puñetera luz y dejar de hacer el tonto a oscuras?

—Tú misma.

Un perito enciende la luz de arriba, que vuelve la casa más deprimente si cabe; por lo menos las lámparas de pie daban cierta personalidad, aunque también cierta grima. Sorteó los marcadores amarillos de las pruebas y entro en el dormitorio.

Es pequeño y está impecable. En el tocador (un chisme curvilíneo, en blanco y dorado, con un faldón pomposo, como si lo hubiera escogido una niña de ocho años para su cuarto de princesita) no ha quedado rastro de las pinturas que usó para maquillarse, solo hay otra vela aromatizada y dos frascos de perfume que son más de exposición que de uso. Tampoco hay ropa por la cama de haberse probado y descartado un modelo tras otro; el dibujo de margaritas del edredón está estirado, todo simétrico, salpicado primorosamente por cuatro cojines de adorno, un concepto que nunca he entendido. Aislinn lo ordenó todo nada más terminar de arreglarse: escondió todas las pruebas, no fuera a ser que Casanova descubriera que su aspecto natural no era el de recién salida de un catálogo. Él no llegó hasta aquí, pero ella esperaba que así fuera.

Echo un vistazo por el armario empotrado. Ropa a espuestas, la mayoría trajes de falda y chaqueta y vestidos para salir, todo en colores lisos, de gama media, con algún detalle brillante, como de magacín matinal, entre dietas por grupo sanguíneo y tratamientos de *peeling*. Echo un vistazo por la librería curvilínea, en blanco y dorado: un buen puñado de novelas románticas, otro de viejas ediciones infantiles, otro de esa bazofia en la que el autor te ilumina sobre el sentido de la vida a través de la historia de un niño de un barrio chabolista que aprende a volar, unos cuantos de crónica negra irlandesa, personas desaparecidas, crímenes de bandas, homicidios... Y lo más irónico: algunas movidas de fantasía urbana que en realidad tienen buena pinta. Hojeo algunos: la mierda iluminadora y las crónicas policiacas están llenas de subrayados, pero no cae ningún apunte sobre posibles sospechosos. Echo un vistazo por la mesilla de noche: caja de pañuelos con margaritas pintadas, portátil, cargadores, paquete de seis condones sin abrir. Vistazo a la papelera: nada. Vistazo bajo la cama: ni una pelusa.

La casa de la víctima es la oportunidad de pillarle el punto a esa persona que nunca conocerás. La gente destila e inventa hasta para sus amigos, que a su vez aplican sus propios filtros: no quieren hablar mal del muerto, o se ponen sensibleros por su pobre colega, o no les gustaría que malinterpretases esa pequeña manía que tenía. Pero, tras la puerta de casa, los filtros se disipan. Cuando traspasas el umbral, buscas todo aquello que no es deliberado: lo que estaría escondido antes incluso de esperar visita, lo que huele raro y lo que ha acabado bajo los cojines del sofá. Los deslices que la víctima no habría querido que viese nadie.

Pero este dormitorio no me da nada. Aislinn Murray es una fotografía de una revista de papel cuché. Todo el contenido está cuidadosamente manipulado, como si creyera que estaba en un programa de cámara oculta dispuesto a desperdigar su vida privada por internet en cualquier momento.

¿Paranoica? ¿Maniática del orden? ¿Un verdadero muermo sobrehumano?

«Pero, por favor, ¿no podría al menos... es que no entiende que...?»

En aquel único momento dejó entrever más y se mostró más viva que en cualquier detalle de esta casa. Evidentemente, yo no podía saberlo, no es que llevara al cuello un letrero de VÍCTIMA EN POTENCIA, pero aun así: para una vez que puedo mirar a los ojos a una víctima de homicidio viva, voy y la mando a paseo.

En cuanto los peritos terminen, haremos un registro en condiciones, lo que tal vez nos aporte algo más, aunque todo apunta a que la personalidad de Aislinn —asumiendo que tuviera una no sé dónde— es lo de menos. Si identificamos a Casanova y reunimos pruebas contundentes contra él, no nos hará falta saber quién leches era Aislinn. De todas formas, me pone nerviosa oír esa voz aguda de niña donde no tendría que oír nada.

—¿Algo por ahí? —pregunta Steve desde la puerta.

—Una puta mierda. Si no estuviera ahí tirada, creería que nunca existió. ¿Y la cocina?

—Un par de cosas interesantes. Ven a ver.

—Aleluya —digo, y lo sigo.

Espero encontrarme con una cocina cromada, con su encimera de granito de imitación, estilo *boom* irlandés del Tigre Celta, pero en versión barata; en lugar de eso, me encuentro pino tallado, hule en vichí rosa y láminas enmarcadas de pollitos con delantales en vichí rosa. Cuantas más cosas descubro sobre esta mujer, menos le pillo el punto. Por la ventana trasera se ve el mismo patio amurallado en miniatura que tengo yo, salvo que Aislinn ha puesto un banco de madera curvilíneo para poder sentarse a disfrutar de las vistas de la tapia. Compruebo la puerta que da al patio: cerrada con llave.

—Lo primero —anuncia Steve, que abre el horno con cuidado, metiendo el dedo enguantado por la rendija de la puerta, para no tocar el asa.

Dos bandejas, llenas de comida apergaminada y encogida en bultos marrones secos: una podría ser de patatas y la otra de algo envuelto en hojaldre. Baja la puertecita medio abierta del *grill*, que está aparte: dos amasijos negruzcos que en su momento fueron o champiñones rellenos o boñigas de vaca.

—¿Y bien?

—Que está todo como una suela de zapato pero no ha llegado a quemarse. Porque los mandos están girados, pero el que enciende el horno aquí arriba está apagado. Y mira.

Una fuente hasta arriba de verdura —judías verdes, guisantes— en la encimera. Una olla medio llena de agua sobre uno de los fuegos. El mando del quemador está hacia arriba.

—Soph —la llamo—, ¿habéis tocado alguno los mandos de la cocina? ¿Vosotros o los radiopatrullas?

—Nosotros no —grita Sophie desde el salón—. Y le pedí a los radiopatrullas que me dijeran si habían tocado algo. Y creo que los convencí de que, de lo contrario,

Dios los castigaría. Si hubieran trasteado con los mandos, habrían confesado.

—¿Entonces? —le pregunto a Steve—. Puede que Casanova llegara tarde y Aislinn apagara todo.

Mi compañero sacude la cabeza.

—A lo mejor el *grill* sí. Pero ¿tú apagarías el horno? ¿No bajarías la temperatura y lo meterías todo dentro para que siguiera caliente? ¿Y dejarías que se enfriara el agua de cocer las verduras o preferirías que siguiera hirviendo?

—Yo no cocino, yo soy de microondas.

—Pues yo sí, y yo no lo apagaría, sobre todo si mi novio está a punto de llegar. Y dejaría el agua a fuego lento, para echar las verduras en cuanto apareciera.

—O sea, que lo apagó nuestro hombre.

—Eso parece. Seguramente no quería que saltara la alarma antiincendios.

—Soph, ¿puedes buscar huellas por los mandos de la cocina?

—Claro.

—¿Has comprobado si había pisadas?

—No, he dejado que entrarais antes para que la cosa se pusiera más interesante... Fue lo primero que hicimos. Anoche estuvo lloviendo intermitentemente, así que todo el que entrara debía tener los zapatos mojados, pero con la calefacción las huellas se han secado y no ha quedado ningún rastro decente. Tenemos trocitos de barro seco por aquí y por allá, poco más; pero pueden ser de los radiopatrullas que aseguraron la casa, y de todas formas no bastan para sacar huellas identificables.

Casanova está mutando en mi cabeza. Lo tenía por un *pringao* llorica al que se le había ido de las manos y debía de estar ahora cagándose vivo en su piso, esperando a que apareciéramos para cantar la Traviata y contarnos que había sido todo culpa de ella. Pero un tipo así habría estado camino de su casa antes de que el cuerpo de Aislinn tocara el suelo; jamás habría podido mantener la calma y ponerse a pensar en estrategias.

—Actuó con sangre fría.

—Sí, sí —dice Steve con un vuelco de alegría en la voz, como cuando hueles algo rico y de pronto te entra hambre—. Acaba de pegarle a la novia y seguramente ni siquiera sabe si está viva o muerta, pero no se altera y puede hasta pensar en alarmas antiincendios y en si hay algo puesto al fuego. Si es su primera vez, lo lleva en la sangre.

Tenemos la alarma justo sobre nuestras cabezas.

—Pero ¿por qué no dejar que salte la alarma con la comida? Si se incendiase todo, se perderían un montón de pruebas. Con suerte, hasta el cadáver puede quedar tan maltrecho que nos sea imposible saber si fue asesinato.

—A lo mejor es por su coartada. Si hubiese saltado la alarma, la habrían encontrado mucho antes. Quizá pensó que cuanto más tardáramos en encontrarla, más complicado sería determinar la hora de la muerte... y por alguna razón no le conviene que la delimitemos mucho.

—Entonces ¿para qué llamar esta mañana? Podría haberse tirado aquí otro día, o incluso más, antes de que vinieran buscándola. Y para entonces la hora de la muerte se habría ido a la mierda, y habríamos tenido suerte si hubiéramos conseguido establecer siquiera un rango de doce horas.

Steve está frotándose la nuca en un tic acompasado que le deja de punta mechones de pelo rojo.

—A lo mejor le entró el pánico.

Chasqueo la lengua, poco convencida. Casanova viene y va como un holograma: pelele penoso, mente calculadora, otra vez pelele.

—¿Actúa con una frialdad helada en el lugar de los hechos pero a las pocas horas se caga? ¿Tanto como para llamarnos?

—Hay gente para todo. —Steve levanta el brazo y pulsa el botón de prueba de la alarma con la punta de un bolígrafo. Pita: funciona—. O a lo mejor no llamó él.

Barajo la teoría:

—Recorre a alguien, a un colega, un hermano, a su padre, qué sé yo... Le cuenta lo que ha pasado. El colega resulta tener conciencia y no quiere dejar a Aislinn ahí tirada, más cuando podría estar todavía viva y tal vez hasta un médico podría salvarla. En cuanto se queda solo, llama.

—Si eso es así, necesitamos localizar a ese amigo.

—Pues sí. —Estoy sacando ya mi libreta del bolsillo de la chaqueta: «Círculo sospechoso, URGE». Necesitaremos una lista de sus allegados en cuanto identifiquemos a Casanova: un amigo con cargo de conciencia es una de las cosas favoritas de un detective.

—Y esto es lo otro —me dice Steve—. No había puesto a hervir la verdura ni había servido el vino. Como hemos dicho antes, a él solo le dio tiempo de entrar por la puerta.

Devuelvo la libreta al bolsillo y merodeo por la cocina. Un armario lleno de porcelana de Delft con florecitas rosas, la nevera vacía salvo por un yogur desnatado, una bolsita de bastoncitos de zanahoria y un *pack* de dos tartaletas de frutas de Marks & Spencer, el postre. Hay gente que atesora gran parte de su personalidad en la cocina, pero no es el caso de Aislinn.

—Ajá, ¿y?

—Que ¿cómo les da tiempo a pelearse? No son un matrimonio que lleve media vida peleándose y porque a él se le olvida la leche se arma el taco. Todavía no han pasado de la fase de las cenitas románticas, cuando das lo mejor de ti. ¿De qué iban a discutir nada más llegar?

—Entonces ¿crees que no fue una pelea? ¿Que él lo tenía todo planeado? —Piso el pedal de la papelera: un envoltorio del Marks & Spencer y un vaso de yogur vacío—. Qué va. Solo cuadraría si fuese un sádico frío como el acero que escoge a su víctima y la mata por diversión. Pero un tío así no se contenta con un solo puñetazo.

—No te digo que viniera a matarla, no tiene por qué. Lo que digo es que... —

Steve se encoge de hombros y entorna los ojos al ver un gato de porcelana con un lacito de vichí rosa que nos mira con cara de psicópata desde el poyete de la ventana—. Solo digo que es raro.

—No caerá esa breva. —Una libretita rosa de notas en un armario: TINTORERÍA, PAPEL HIGIÉNICO, LECHUGA—. La pelea pudo empezar antes de que llegara. ¿Dónde está el móvil?

Voy a por el teléfono de Aislinn y regreso con él a la cocina, para no molestar a los peritos. Steve se acerca para leer por encima de mi hombro, otra cosa que suele cabrearme viniendo de la mayoría de gente. Mi compañero se las arregla para no echarme el aliento en la nuca.

Es un *smartphone* pero Aislinn tiene la pantalla configurada para que se desbloquee con tan solo deslizar el dedo, sin clave. Hay dos mensajes sin leer, pero antes de nada miro los contactos. Ningún MAMÁ, PAPÁ o similar, aunque sí que tiene un AAA: Lucy Riordan, con su número de móvil. Lo apunto en la libreta para luego: va a ser la afortunada ganadora de una identificación oficial. Después voy a los mensajes de texto y empiezo a encajar la historia del comensal fantasma.

Casanova se llama Rory Fallon y Aislinn lo esperaba anoche para cenar a las ocho. Aparece por primera vez en el teléfono hace siete semanas, la segunda de diciembre: «Me ha encantado conocerte. Espero que hayas pasado una buena noche. ¿Estás libre el viernes para tomar una copa?».

Aislinn le hace sudar. «Esa noche he quedado pero tal vez pueda el jueves», y luego, al ver que él no le responde en varias horas, sigue con un: «Vaya, ¡acabo de hacer planes para el jueves!». Luego lo obliga a pasar por todos los aros habidos y por haber, con fechas, horas y lugares, hasta que por fin decide que Rory se lo ha currado y quedan para tomar una copa en el centro. Él la llama al día siguiente pero Aislinn no le coge el teléfono hasta la tercera llamada. Después de eso, él le pide que por favor sea tan amable de concederle una cena en un costoso restaurante: y ella vuelve a marearlo y cancela la cita la misma mañana («¡Lo siento mucho, me ha surgido una historia esta noche!») y lo obliga a cambiarla de día. Algo me dice que encontraremos un ejemplar de *Cómo conquistar marido* en algún punto de la casa.

No tengo tiempo para mujeres que se andan con jueguecitos ni para hombres que siguen la corriente. Son tonterías de adolescentes, no de adultos. Y cuando la cosa se tuerce, se tuerce pero bien. Con las primeras jugadas, te lo pasas en grande, tienes al tipo jadeando detrás de ti como un perrillo persiguiendo su mordedor. Hasta que te pasas de rosca con los jueguecitos y te encuentras la casa llena de detectives de Homicidios.

Entre juego y juego, aparece el resto de su emocionante vida: un recordatorio de una cita en el dentista; un intercambio de mensajes con Lucy Riordan sobre *Juego de tronos*; un mensaje de voz de hace una semana que suena a alguien del trabajo que estaba desquiciado porque le habían *hackeado* la cuenta de correo y ¿podía decirle Aislinn cómo cambiar la contraseña? Normal que necesitara convertir una cena fuera

en un buen drama...

A cenar en casa debió de invitarlo en persona o por teléfono: en el historial de llamadas se ve un puñado de Rory, algunas recibidas, otras perdidas, pero ninguna de Aislinn a él... Hay, sin embargo, un mensaje del miércoles por la noche: «Hola, Aislinn, solo quería confirmar que sigue en pie lo del sábado a las ocho. ¿Qué vino llevo?».

Lo deja esperando hasta el día siguiente: «Sí, ¡el sábado a las ocho! No hace falta que traigas nada, solo a ti :)».

—Como llegara sin una docena de rosas rojas, la cagó bien.

—No sé yo si cayó en la cuenta. No veo flores por ninguna parte.

Ambos hemos visto asesinatos inducidos por razones más tontas.

—Eso podría explicar que ocurriera tan rápido. Llega, ve que no ha traído nada...

Steve sacude la cabeza.

—¿Y qué? Por lo que hemos visto en los mensajes, ella no le habría dicho que se fuera a la mierda si no volvía inmediatamente con un ramo. Tenía un rollo más pasivo-agresivo, más de tratarlo con frialdad y volverlo loco mientras el pobre se pregunta qué ha hecho mal.

El problema de lo bien que se toma Steve que le contradigan es que yo me siento en la obligación de hacer lo mismo.

—También es cierto. No me extraña que la matase. —A veces me preocupa volverme un encanto si sigo trabajando mucho tiempo con él.

Con su amiga Lucy, en cambio, Aislinn abandonó el numerito de chica difícil. Anoche a las 18:49:

«Qué fuerte, no tiene sentido, estoy superemocionada. Aquí preparando la comida y cantando con el sacacorchos de micro en plan adolescente con cepillo. Se puede dar más pena?»

«Depende de lo que estés cantando», le responde Lucy al instante.

«Beyoncé :) »

«Podría ser peor... Dime que no es *Put a ring on it*».

«¡¡Nooo!! ¡Es *Run the world!*!».

«Entonces de lujo. Pero no le pongas apio y biscotes integrales, no vaya a desmayarse de hambre antes de que podáis hacer travesuras :)»

«Jaja, muy graciosa. Estoy haciendo solomillo Wellington».

«Ya, como si lo viera, receta de Gordon Ramsay!».

«No flipes, lo he comprado en el Marks & Sparks!».

«Ah, te pillé. Disfruta al máximo. Y ten cuidado, ¿vale?».

«¡¡Que no te preocupes!! Mañana te cuento. Bss».

El último es de las 19:13, el tiempo justo para la última capa de maquillaje, la laca final, meter la cena del Marks & Spencer en el horno, cambiar a Beyoncé por

música ambiental y encender la vela perfumada antes de que suene el timbre.

—«Ten cuidado» —repite Steve.

Cuando hablemos con Lucy, nos explicará qué era lo que la preocupaba: que Rory se hubiese puesto agresivo una vez en el *pub* porque creyó que Aislinn estaba mirando a otro; que la obligara a dejarse el abrigo puesto en el restaurante porque el vestido era muy escotado; o que había salido con la amiga de una amiga y se contaba que le había dado unas cuantas tortas, pero Aislinn había deducido que la gente era muy exagerada y que en realidad él era encantador y lo único que necesitaba era a alguien que supiera cómo tratarlo.

—La historia de siempre. La próxima vez que mi madre me pregunte por qué sigo soltera le hablaré de este caso. O del anterior. O del antepenúltimo.

Pelea clara de novios, justo como habían supuesto los radiopatrullas. Nuestro pequeño Rory, prácticamente en bandeja y con una manzana metida en la boca. He sabido lo que se nos venía encima desde que estábamos en la sala de la brigada, pero a una parte muy pardilla de mí sigue sentándole como una patada en la boca.

Los casos de violencia doméstica suelen estar cantados; la cuestión no es si arrestas al tío —o la tía—, sino si puedes reunir pruebas que se sostengan ante un tribunal. Hay gente a la que le encantan —te embellece el porcentaje de resolución, los jefazos quedan bien—, pero a mí no: con estos casos no ganas una mierda de respeto del resto de la brigada —algo de lo que no ando sobrada— porque todo el mundo sabe que ha sido fácil resolverlo. Lo que enlaza con otra razón por la que me joden: tienen un nivel de imbecilidad fuera de lo normal. Si te cargas a tu mujer, tu marido o tu Polvo del Día, ¿qué coño crees que te pasará? Que nos vamos a quedar pasmados, rascándonos la cabeza ante tan impresionante rompecabezas, en plan: «Jo, tío, no sé, ¿habrá sido la mafia»? Sorpresa: vamos a ir por ti, del tirón, te vamos a hundir en pruebas y te vas a ganar una cadena perpetua. Si quieres matar a alguien, al menos respeta mi tiempo y no intentes dejarme patidifusa eligiendo a la persona más evidente de la tierra.

Así y todo, hay algo en el teléfono que no cuadra con ese nivel de imbecilidad integral. Después de los mensajitos chupiguáis con Lucy, no hay nada en casi una hora, hasta las 20:09, mensaje de Rory: «Aislinn, no sé si tengo bien la dirección. Estoy en la puerta del 26 de Viking Gardens pero no respondes. ¿Me he equivocado de sitio?».

El mensaje aparece como no leído.

Steve señala la hora.

—Mira, no llegaba tarde. No tiene sentido que apagara el horno.

—Hum.

A las 20:15, Rory llamó a Aislinn, que no respondió.

Volvió a probar a las 20:25. A las 20:32 le mandó un mensaje: «Aislinn, no sé si me habré equivocado de semana. Pensé que habíamos quedado esta noche para cenar pero no parece que estés en casa. Cuéntame qué ha pasado cuando puedas». También

sin leer.

—Ya, claro —digo—. Sabe perfectamente que no se ha equivocado de semana, porque si necesita comprobarlo solo tiene que mirar los mensajes.

—Intenta que parezca que, si algo ha ido mal, ha sido culpa de él —dice Steve—. No quiere cabrear a Aislinn.

—O es porque sabe que vamos a leer esto y quiere dejarnos bien claro que es un hombrecito dócil que nunca haría nada como pegarle un puñetazo a su cita... en el caso de que entrara en la casa, cosa que, se lo juro por Dios, agente, no llegué a hacer, mire el teléfono, ¿ve todos estos mensajes?

Hay muchos maltratadores que intentan hacerse los listos: ven de pronto lo que han hecho y empiezan a montarse la película. A veces hasta cuela: no con nosotros, sino con el jurado. Rory Fallon ha vendido bien la moto: bastantes mensajes, para que se vea que intentaba localizar a toda costa a Aislinn, de verdad de la buena, pero nada después del mensaje de las 20:32, para tampoco parecer un acosador. Una vez más, no parece imbécil integral.

—En cualquier caso, delimita la hora de la muerte —dice Steve—. Estaba mandándole mensajes a Lucy a las siete y trece y a las ocho y diez ya se la habían cargado.

—¿Cómo que «en cualquier caso»? —Le hago levantar la vista de la pantalla—. ¿Qué, acaso crees que esto es de verdad?

Steve hace un gesto evasivo con la barbilla.

—No sé, no creo.

—Venga, hombre, ¿alguien que casualmente se presenta para matarla justo cuando Rory tiene que llegar para comerse su solomillo Wellington? ¿En serio?

—He dicho que no creo. Pero... hay un par de cosas raras y prefiero estar abierto a otras opciones.

Madre mía, no: nuestro querido Stevie, alma cándida, intenta convencernos de que nos hemos topado con algo especial, para que nuestro día remonte, yo deje de estar de morros y de hablar de la empresa de seguridad de mi colega y todos vivamos felices y comamos perdices. Estoy deseando cerrar el caso.

—Vamos a pasarnos a ver a Rory Fallon y lo averiguamos —le digo.

Si tenemos suerte y la versión pelele penoso de Rory es nuestro hombre, tal vez cante la Traviata pronto y hasta me dé tiempo a correr un poco y comer antes de hundirme en la cama.

A Steve le parece curioso.

—¿Quieres hablar con él del tirón?

—Sí, ¿por?

—Yo había pensado en la mejor amiga... Lucy. Si sabe algo, tal vez sea bueno tener más datos antes de empezar con Rory, para ir con toda la munición que podamos.

Eso sería lo ideal si se tratara de un caso decente de homicidio, con uno de esos

astutos psicópatas que acechan en las sombras y nos desafían a afinar nuestra puntería, en vez de con un *pringao* al que se le va la olla y le monta un pollo a la novia, que en cambio merece todos los atajos que podamos coger. Pero Steve está mirándome con ojitos de perrillo ilusionado y me digo qué más da: ya se quemará él solo, tampoco hace falta arrastrarlo conmigo.

—Por qué no —digo, y bloqueo el teléfono de Aislinn y lo devuelvo a la bolsa de pruebas—. Vamos a hablar con Lucy Riordan.

Steve cierra el horno de golpe disparando por la cocina una bocanada de aire chamuscado y viciado, a carne a punto de pudrirse.

Sophie está agachada junto a la chimenea, tomando muestras de la mancha de sangre.

—Os dejamos en paz. Si encuentras algo que debemos saber, péganos un toque.

—Sí. De momento, sin sorpresas. Vuestra víctima hizo una buena limpieza antes de la cita (se ve que quitó el polvo por casi todas partes), y eso está bien: si el asesino dejó huellas, podemos demostrar que no son de hace mucho. Pero por ahora, mierda para nosotros; puede que tengas razón con lo de los guantes. Cruzad los dedos.

—Vale. Ah, por cierto, Don Breslin aparecerá de un momento a otro.

—Genial. Intentaré refrenar mi corazón. —Sophie introduce un frotis en un tubo de muestra—. ¿Para qué viene?

—El jefe cree que nos vendría bien alguien que tenga buena mano con los testigos. —Sophie levanta la cabeza en el acto. Me encojo de hombros—. O no sé qué mierda. Así que Breslin va con nosotros en este caso.

—Bueno, bueno, qué lujo —dice Sophie, que tapa el tubo y empieza a etiquetarlo.

—Viene solo de apoyo, así que todo lo que encuentres me lo dices a mí o a Moran directamente. Y si no nos localizas, insiste hasta que lo consigas, ¿vale?

Una de las razones por las que nos llevó tanto tiempo cerrar el caso de la rumana asesinada por su marido (y que no tenemos intención de contarle a O’Kelly) fue que, cuando por fin un testigo reunió el valor para llamar, nunca nos enteramos. Tardó otras dos semanas en volver a intentarlo —el tipo se lo curró, la mayoría de la gente habría pasado del tema— y dar conmigo. Me contó que, en su primera llamada, lo había atendido un hombre con acento irlandés —lo que reducía la lista a toda la brigada menos yo— que prometió dar el recado. No creo que fuera Breslin, pero tampoco estoy tan segura como para jugarme el caso.

—Sin problema. —Sophie mira por turnos a sus hombres—. Conway, Moran o nadie. ¿Ha quedado claro?

Los tres asienten. A los peritos les importamos poco o nada los detectives y nuestros problemas laborales (la mayoría cree que somos un puñado de prima donnas que, para variar, deberían probar a pringarse las manos), pero profesan por Sophie una lealtad increíble. Breslin no les sacará nada.

—Y lo mismo con el teléfono y el portátil. Cuando entren en el correo de Aislinn, en su Facebook o en lo que sea, quiero saberlo la primera.

—Claro. Tengo un colega en Investigación Tecnológica que hasta escucha cuando la gente le habla. Me aseguraré de que se encargue él. —Guarda el tubo de muestra en una bolsa de pruebas—. Os mantendremos informados.

Le echo un último vistazo a Aislinn cuando voy camino de la puerta. Sophie le ha retirado el pelo para recoger muestras, con la esperanza de encontrar ADN del puño que le golpeó. La muerte empieza a apoderarse de su cara, retrayéndole los labios y hundiéndole la piel bajo los ojos. Pero, aun así, me golpea con ese recuerdo fugaz: «Por favor, de verdad, yo solo quiero...». Y yo, casi sin molestarme en ocultar mi satisfacción: «Lo siento, no puedo ayudarla».

—Me cabreó. La otra vez que la vi.

—¿Hizo o dijo algo? —quiere saber Steve.

—No me acuerdo. Pero hubo algo.

—O nada. Tampoco es que haga falta mucho para cabrearte a ti cuando estás de mala leche.

—No te pases, cabrón.

—Me gusta este chico —me dice Sophie—. Puedes quedártelo.

Tengo media cabeza pensando dónde vi antes a la víctima. Estoy con la guardia baja.

Cuando me agacho para sortear el precinto, una grabadora casi me saca un ojo al tiempo que me estalla en la cara un ruido como de perro de presa. No puedo evitar pegar un bote y subir los puños, a la defensiva, hasta que distingo la ráfaga de falsos clics de obturador de la cámara de un móvil.

—Detective Conway, ¿tienen algún sospechoso ha sido un asesino en serie la víctima fue agredida sexualmente...?

En la mayoría de los casos, los periodistas son algo bueno. Todos tenemos nuestros contactos especiales (le pasas algún soplo a tu hombre en la prensa, te filtra lo que quieras que se filtre y te cuenta lo que necesitas saber) y hasta con el resto solemos llevarnos de maravilla: ambas partes conocemos los límites, nadie los traspasa, todos contentos. Louis Crowley es la excepción. Es peor que un moco colgando, un desgraciado de un periodicucho sensacionalista llamado *The Courier* que está especializado en publicar más detalles de la cuenta sobre los casos de violación para los lectores que necesitan dosis más altas de atrocidades o de lo que sea que no consigan en los periódicos normales. Cultiva unos aires a medio camino entre poeta y perverso —camisas sueltas y gabardina casposa, pelo ondulado y moreno recogido en una coleta que le tapa una gran calva grasienta— y calza una mueca perenne de Ofendido y Con Razón. Prefiero lavarme los dientes con una sierra eléctrica antes que darle una exclusiva.

—¿El asesino acosó a la víctima deberían las mujeres de la zona tomar precauciones...? Nuestros lectores tienen derecho a saber...

La grabadora en mi cara, el teléfono venga a pitar en su otra mano, un tufo a gomina barata con aroma a pachuli proveniente de su pelo: prácticamente se me ha echado encima. Consigo pasar de largo al muy indeseable sin meterle el hombro en la boca; no puedo perder el tiempo con cuestiones burocráticas. Steve, que me sigue de cerca, dice alegremente:

—Sin comentarios. Sin comentarios sobre sin comentarios. Sin comentarios sobre sin comentarios del sin comentarios.

Otra vez la congregación de niños que salen disparados, boquiabiertos. Los visillos de encaje que se ondulan. El golpe frío de aire después del calor asfixiante de la casa. Crowley aparta la grabadora justo a tiempo, antes de que se la aplaste con la puerta del coche. Echo marcha atrás para incorporarme a la calle sin mirar siquiera por el retrovisor.

—Qué asco de tío —dice Steve sacudiéndose las mangas de la chaqueta, como si Crowley se las hubiera llenado de caspa—. Sí que ha llegado rápido, a tiempo para la edición de la tarde y todo.

—«La Policía se niega a desmentir los rumores sobre el merodeador. La Policía, frustrada ante el posible asesino en serie. Homicidios: sin comentarios sobre el terror de las mujeres del barrio». —No sé ni adónde vamos, no tenemos la dirección de Lucy Riordan, pero conduzco como en plena persecución—. «La Policía le mete en toda la boca a periodista penoso».

En los últimos meses Crowley ha estado apareciendo en demasiados escenarios de nuestros casos, más rápido de la cuenta. Tenemos nuestro pequeño historial — hace un año lo pillé intentando sacarle una declaración a toda costa a una adolescente que acababa de ver cómo le descerrajaban dos tiros en la cabeza a su camello, y le dije que o se iba a tomar por culo o lo arrestaba por entorpecer mi investigación, y se fue haciéndose el ofendido entre aspavientos y murmuraciones sobre brutalidad policial, libertad de prensa y Nelson Mandela—, pero tampoco es que eso me convierta en una minoría: la mitad del cuerpo lo ha mandado a tomar por culo en alguna ocasión. No hay razones para que me tenga especial manía y quiera vengarse, y menos aún después de tanto tiempo. Y aunque su cerebro de mosquito hubiera decidido tomarla conmigo, eso no explica por qué se entera de los casos casi antes que yo.

Evidentemente, los periodistas tienen medios de los que no nos hablan. Es probable que utilice un escáner para rastrear las frecuencias de la policía cuando está trabajando (y el resto del tiempo, para oír a parejas practicando sexo telefónico). Pero, aun así, no me fío.

A la brigada de Homicidios no se entra sin superpoderes para imaginar maneras creativas de sacar a la gente de sus casillas y rondar y rondar a los testigos hasta que se abren en canal con tal de que los dejes en paz; da igual que no estén de acuerdo o

preparados, o que estés interrogando a una pobre chiquilla que llora a lágrima viva por su papá. Yo no soy una excepción (ni tampoco Steve, por mucho que él quiera pensar lo contrario). No me extrañó darme cuenta de que no todos mis compañeros de brigada limitan el uso de ese talento a la sala de interrogatorios. Cada vez te sientes más cómoda con él, igual que con la pistola en la cadera, hasta el punto de que, cuando no la llevas, te sientes como descompensada. Lo utilizan para todo lo que se les antoja y para librarse de todo el que se interpone en su camino. O para hacer polvo a todo aquel al que quieren ver hecho polvo.

Steve no abre el pico, y hace bien. Sin darme cuenta, estamos ya a la altura del parque Phoenix, seguramente porque es el único sitio por donde puedo conducir sin cruzarme con atascos ni idiotas. Las calles son rectas, entre amplios céspedes apacibles e hileras de viejos árboles enormes, y voy a mil por hora. No me extrañaría que le diera un jamacuco al Kadett en cualquier momento.

Aminoró la marcha y me paro como una buena chica, poniendo el intermitente con tiempo y mirando por el retrovisor.

—Necesitamos la dirección de Lucy Riordan. He apuntado su número.

Sacamos los móviles. Steve llama a un contacto que tiene en una compañía telefónica y lo pone en altavoz; escuchamos el zumbido regular del tono. Un ciervo nos mira bajo unas ramas bajas y peladas. Me doy cuenta de que sigo llevando puestos los cubrezapatos: por suerte no me han resbalado en los pedales ni he estrellado el coche. Me los quito y los tiro al asiento trasero. El sol sigue sin calentar, pálido, como si todavía estuviera amaneciendo.

El contacto de Steve nos da la dirección del domicilio de Lucy Riordan en Rathmines, la de su trabajo en el teatro Torch en pleno centro y una fecha de nacimiento que le adjudica veintiséis años.

—Las nueve y media pasadas —dice mi compañero mirando su reloj—. Seguramente esté en casa.

Consulto mi buzón de voz; tengo un mensaje nuevo y me muero por oírlo.

—Estará durmiéndola todavía, como cualquier persona sensata a estas horas de un domingo. —El parque está poniéndome de los nervios; tras las ventanillas, veo el cielo muerto, sin un pájaro a la vista, y unos enormes árboles que dan la impresión de inclinarse lentamente sobre nosotros—. Lleva tú la voz cantante —le digo.

Visto que no tengo razones legítimas para arrestar a Crowley o pegarle en toda la boca, ni para decirle al jefe dónde puede meterse sus casos de violencia doméstica, voy a arrancarle la cabeza a la primera persona que me dé la más mínima excusa, y no me gustaría que fuera nuestra testigo principal.

Yo antes no era así. Siempre he tenido genio pero me las arreglaba para mantenerlo a raya, daba igual lo mucho que tuviera que tragar. Incluso de niña ya sabía cómo dejarlo cargado y amartillado hasta que conseguía tener a tiro a mi blanco, enlazaba las miras y escogía el momento para dispararlo con saña. La cosa ha ido cambiando desde que entré en Homicidios... paulatinamente, no he llegado a perder los papeles del todo, pero tampoco los recupero, y empieza a notarse. En el último par de meses, ya no sé ni cuántas veces he tenido que controlarme medio segundo antes de desparramar mi genio por doquier y pasarme el resto de la vida limpiando el desaguisado. No bromeaba con lo de decirle a ese testigo que era demasiado imbécil para vivir: mi boca se disponía a hacerlo cuando Steve intervino con una pregunta apaciguadora. Sé, como que el mundo es mundo, que llegará el día en que ninguno de los dos logremos detenerme a tiempo.

Y sé, como que el mundo es mundo, que los de la brigada se me echarán encima como tiburones sobre carnaza. Y lo exagerarán y lo exagerarán hasta diez veces su tamaño natural y lo divulgarán por todo el cuerpo como si me hubieran sacado un desnudo frontal, y tendré que aguantar durante lo que me reste de oficio que alguien

me lo restriegue a diario por la cara.

Homicidios no es una brigada más. Cuando la cosa va bien, te quita el aliento: es relojería fina, feroz, ágil y trascendental, es un gran felino saltando cuan largo es o un fusil tan bello y suave que prácticamente se dispara solo. Una vez, en mi época de agente de refuerzo en la Unidad General, recién salida de Seguridad Ciudadana, nos encargaron a unos cuantos el tedio de un caso de homicidio: redactar informes, ir puerta por puerta, esas cosas. Un simple vistazo de refilón a cómo trabajaba la brigada, y ya no pude apartar la mirada. Es lo más parecido que he vivido al amor a primera vista.

Para cuando conseguí entrar en la brigada, algo había cambiado. El nivel de presión en Homicidios hace que el equilibrio sea tan precario que bastan un par de cabezas nuevas para cambiar el ambiente entero de la brigada: para poner nervioso a ese gran felino y apartarlo de la manada y que el fusil se vaya doblando en dos hasta que se te dispare en la cara. Entré en mal momento y empecé con mal pie.

En parte se debió a carecer de polla, herramienta que, al parecer, es de primera necesidad a la hora de investigar asesinatos. No soy la primera de la brigada, puede que haya habido media docena de mujeres a lo largo de los años; eso sí, no sé si saltaron del barco o las empujaron, pero cuando yo llegué no quedaba ni una. Algunos de mis compañeros lo consideran el orden natural de las cosas, y yo debí de parecerles una descarada, pavoneándome como si tuviera derecho a estar allí, y decidieron darme una lección. No todos —la mayoría me trataba bien, por lo menos al principio—, pero los suficientes.

En esas primeras semanas me pusieron a prueba, igual que el ave de presa tantea a su víctima potencial en un bar: soltando frescas (haciendo chistes trillados del tipo «¿Cuántas mujeres se necesitan para...?», sugiriendo que yo estaba en «esos días del mes», insinuando que tenía que ser bastante buena en lo que quiera que hubiese hecho para llegar allí) para ver si me decidía a reírles la gracia. Para comprobar, como lo hacen las aves de presa, si era de las buenecitas, las que prefieren encajar todos los desaires y la humillación antes que armar jaleo, no por Dios; de esas a las que puedes obligar, codazo a codazo, a hacer cualquier cosa.

En el fondo, sin embargo, no era por ser mujer: eso lo utilizaban solo para llegar a mí, creyendo que les facilitaría —o debería— el mangoneo. En el fondo, era mucho más sencillo, y muy parecido a lo que viví en mis años en el colegio, cuando Irlanda era todavía más blanca que la leche y yo era la única niña un poco morena de piel, y el primer apodo que me pusieron fue *Caracaca*. Y prácticamente es por la misma razón por la que los humanos se han hecho cosas los unos a los otros desde el principio de los tiempos: poder. Se trataba de decidir quiénes serían los machos dominantes de la jauría y quién el último del montón.

Cuando entré, me lo esperaba. En todas las brigadas martirizan a los novatos —en mi primer día en Personas Desaparecidas intentaron mandarme a preguntar puerta por puerta a los vecinos si habían visto a un tal Mike Ogno—, y Homicidios ya criaba

fama de hacer novatadas más duras, con menos risas y más mala leche. Pero que me lo esperase no quería decir que pensara tragar. Si algo aprendí en el colegio es que nunca hay que dejar que te pongan la última del montón. Puede que nunca vuelvas a levantarte.

Podría haber seguido las directrices oficiales y haber informado a mi superior directo de que sentía que otros agentes estaban discriminándome y generando un ambiente de trabajo hostil. Aparte de la obviedad —que no puede haber mejor forma de empeorar las cosas—, antes prefiero pegarme un tiro y volarme unos cuantos dedos que ir a llorarle al jefe. Así que cuando un carapolla llamado Roche me dio un cachete en el culo, a punto estuve de romperle la muñeca. Se pasó varios días sin poder coger una taza sin arrugar el gesto, y transmití mi mensaje alto y claro: no pensaba ponerme panza arriba, mover la cola y jadear, dispuesta a aguantar lo que quisieran hacer conmigo los jefezuelos de la manada.

Y así fue como cerraron filas y empezaron a echarme de ella. Al principio, en plan sutil. No sé cómo, todos se enteraron de lo de mi primo, que está en la cárcel por pasar jaco. Los resultados de unas huellas nunca me llegaron, de modo que no pude descubrir el vínculo entre mi caso y toda una serie de robos en casas. Una vez subí la voz con el testigo de una coartada, que mentía; nada fuera de lo normal o peor de lo que hacen continuamente los demás, pero alguien debió de verlo al otro lado de la ventanilla porque pasaron meses antes de poder interrogar a un testigo sin que toda la sala de la brigada quisiera saber —el típico puteo, todos con una gran carcajada colectiva—: «¿Se lo has sacado a tiros, Conway? Seguro que se ha ido por la pata abajo. ¿Le concederán una paga por la pérdida de audición? El pobre desgraciado se lo pensará dos veces antes de decidirse a hablar con un poli de nuevo, ¿no?». Para entonces hasta los compañeros que me habían tratado bien olían la sangre a mi alrededor y se escabullían para no meterse en líos. Cada vez que entraba en la sala de la brigada, me recibía una bofetada de silencio instantáneo y absoluto.

Por lo menos en aquella época tenía a Costello. Era el habitante más veterano, el que se encargaba de enseñarnos a los novatos las entretelas del oficio, un hombre de ley; nadie se habría pasado de la raya conmigo mientras él velara por mí. Pero se jubiló a los pocos meses.

En el colegio tenía a mis colegas. Todo el que se metía conmigo se metía también con ellos, y nadie quería caer en desgracia con gente como nosotros. Cuando se corrió el rumor de que mi padre estaba en la cárcel por haber secuestrado un avión y la mitad de la clase no quería sentarse a mi lado por si llevaba una bomba encima, conseguimos identificar a las tres cabronas que habían expandido el rumor, les dimos para el pelo y ahí acabó la cosa. En Homicidios, después de irse Costello y antes de que Steve subiera a bordo, me quedé más sola que la una.

En cuanto la puerta se cerró tras el veterano detective, los muchachos redoblaron sus esfuerzos. Que me dejaba el correo abierto en el ordenador, volvía y me lo encontraba todo vacío, bandeja de entrada, enviados, contactos, ni rastro. Algunos se

negaban a intercambiarse conmigo en los interrogatorios cuando había que agitar el gallinero: «A mí no me la endilgues, no pienso hacerme responsable cuando ella la cague»; o necesitaban a todo ser viviente para una gran batida, salvo a mí, y se burlaban en voz alta —«No sería capaz ni de encontrar un elefante en medio de la nieve»— para que yo lo oyera mientras salían ya por la puerta. En la fiesta de Navidad, donde sabía que no debía tomarme más de una pinta, alguien me sacó una foto con los ojos entornados: al día siguiente estaba en el tablón de anuncios, con un letrero de COGORZACOP, y a última hora de la tarde todo el mundo estaba al tanto de mis problemas con la bebida. A finales de semana todos sabían que me había puesto hasta las trancas, me había vomitado en los zapatos y se la había comido en los lavabos a alguien (el nombre variaba según la versión). No tuve manera de saber quién había sido... o quiénes, dos, cinco o diez. Incluso aunque consiguiera permanecer en el cuerpo hasta la jubilación, seguiré habiendo gente que se crea esa mierda. Por norma general me la suda bastante lo que piense la gente de mí, pero cuando no puedo hacer mi trabajo porque nadie quiere acercárseme, empieza a ser preocupante.

Y por todas esas razones es también Steve quien acaba de llamar a su contacto para conseguir las señas de Lucy Riordan. Un detective va haciéndose por el camino su cartera de colegas útiles, para momentos en que una diligencia oficial lleva demasiado tiempo; no hace muchos meses andaba yo en buenos términos con un chaval que trabajaba en Vodafone hasta que un día lo llamé para averiguar el nombre del usuario de un número y se puso a tartamudear, a darme largas, se embrolló y le faltó tiempo para colgarme. No me molesté en pedirle explicaciones. Ya lo sabía; no los detalles —quién le había comido la cabeza o con qué le habían amenazado—, pero me bastaba para comprender. Así que, cuando necesitamos información, Steve llama a las compañías telefónicas, al igual que lleva los interrogatorios cuando estoy tan tensa que no me fío de mí misma. Y yo diciéndome que esos hijos de perra no conseguirán comerme la moral...

Por supuesto, el mensaje que tengo en el buzón de voz es de Breslin, dichosos mis oídos.

—Conway. Hola. —Tiene una buena voz (profunda, suave, con un acento de presentador de telediario que significa que mamá y papá soltaron la pasta en escuelas privadas para asegurarse de que no conociera a gente como Steve y yo), y lo sabe bien; creo que fantasea con hacer la voz en *off* de tráileres que empiezan en plan: «En un mundo en que...»—. Me alegro de trabajar con vosotros. Tenemos que ponernos en contacto cuanto antes. Dame un toque cuando oigas esto. Me dirijo ahora al lugar de los hechos para echar un vistacillo, a ver qué tenemos. Si no nos cruzamos, doy por hecho que nos habremos comunicado para cuando termine. Y ya a partir de ahí hablamos.

Clic.

Steve me guiña un ojo y me dispara con su pistola de dedos.

—Eso, nena, llámame.

No puedo evitar soltar un resoplido de risa.

—¿Sabes lo que parece? Como si te metiera la lengua directamente en la oreja desde el teléfono.

—Y encima estará convencido de que acaba de alegrarte el día.

Nos reímos por lo bajo como un par de críos. Breslin tiene ese efecto en nosotros: se toma tan en serio a sí mismo que nunca podrías estar a su altura, así que ni lo intentamos.

—Porque antes de llamar roció su lengua mágica con un chorrito de colonia de la buena. Solo para mí.

—Ahora sí que me siento especial —dice Steve con la mano en el corazón—. ¿A ti no te pasa?

—Sí, me dan ganas de haberme traído la vaselina de orejas. ¿Con qué podríamos tenerlo atareado otro rato?

—¿La sala de operaciones? —No es mala idea, desde luego: alguien tiene que pillar una sala, y seguro que Breslin consigue una de las buenas, con su pizarra de verdad y varias líneas de teléfono, mientras que a nosotros nos darían el zulo con dos mesas que era antes un vestuario y que a eso sigue oliendo—. Pero no conseguiremos quitárnoslo de encima por mucho tiempo. Siendo justos, tendría que venir porque el jefe nos lo ha impuesto para el tema de los interrogatorios, y va a querer estar...

—No me digas lo que es justo y lo que no. No estoy de humor para ser justa con el puñetero Breslin. —Aunque en realidad ya me siento mejor; necesitaba esas risas—. Lo de la sala es buena idea. Vamos a intentarlo.

—No vayas a estar todo el rato a la que salta con él —me advierte Steve.

—No pienso estar a la que salta. Y además, ¿por qué no voy a saltar si me da la gana? —Breslin no es uno de los peores ni de lejos (en general, se limita a ignorarnos a ambos), pero eso no significa que tenga que gustarme.

—Pues ¿porque tenemos que aguantarlo, queramos o no? ¿Porque será todo más infernal si él está de malas con nosotros desde el principio?

—Tú siempre puedes suavizar las cosas, meterle la lengua en la oreja...

Vuelvo a dar con el buzón de voz de Breslin —si tengo que tratar con él, me parece ideal este juego del teléfono roto— y le devuelvo el mensaje:

—Breslin, soy Conway. También con ganas de trabajar contigo. —Arqueo una ceja mirando a Steve: «¿Ves como yo también puedo ser simpática?»—. Vamos a pasar a recoger al tipo que se suponía que iba a cenar anoche en casa de la víctima para interrogarlo en la central. ¿Puedes reunirte allí con nosotros? Tu visión nos será de gran ayuda. —Steve imita una mamada y yo le enseño el dedo—. De camino vamos a hacer una parada rápida en casa de la mejor amiga de la víctima, por si hay algo que debemos saber. ¿Puedes tú mientras reservarnos una sala de operaciones para ir instalándonos, ya que de todas formas vas de vuelta a la brigada? Gracias, nos vemos allí. —Cuelgo—. ¿Lo ves? —le digo a Steve.

—Ha sido espectacular. Si le llegas a mandar un beso al final, lo clavas.

—Muy gracioso. —Quiero ponerme en marcha: los árboles pelados están cada vez más bajos y cerca, como si mientras me concentraba en Breslin hubiesen aprovechado para rodearnos—. Vamos a ver qué refuerzos de mierda nos han encasquetado esta vez.

Steve está ya marcando. Bernadette, la administrativa, le da los números de nuestros agentes de refuerzo: seis, O’Kelly no ha escatimado en recursos. Un par son buenos, de los útiles; al menos uno, no. Si quisiéramos más, tendríamos que rellenar formularios por triplicado, explicar por qué no podemos hacer nuestro propio trabajo sucio y, a grandes rasgos, incorporarnos sobre las patas traseras y suplicar cual caniches.

Más tarde tendremos la primera reunión del caso: Steve, Breslin y yo nos juntaremos con los refuerzos en la sala de operaciones, todos tomando notas mientras hago un repaso del caso y voy asignando tareas. Sin embargo, hay un par de cosas que exigen más celeridad, y no hay tiempo que perder. Steve manda a dos afortunados refuerzos a hacer el puerta a puerta preliminar por Viking Gardens para que averigüen qué saben los vecinos de Aislinn Murray y qué vieron y oyeron anoche, mientras que otros dos se encargarán de reunir todo el metraje posible del circuito de seguridad municipal antes de que alguien grabe encima. A los dos que quedan les pido que averigüen la dirección de Rory Fallon y vayan a ver si está en su casa, que se queden allí en caso afirmativo y lo sigan si va a alguna parte, con la mayor discreción posible. Podrían llevarlo directamente a la central, pero no entra en mis planes que Breslin lo vea por los pasillos y decida hacernos el favor de sacarle una confesión antes de que regresemos. Este vuelve a llamarme entonces: dejo que salte el contestador.

La pinta de acabado de turno de noche de mi compañero me alerta sobre mi posible aspecto, de modo que antes de dirigirnos a casa de Lucy Riordan hacemos un reinicio rápido: nos alisamos las arrugas de las chaquetas y nos quitamos las migas de comida nocturna de las camisas; Steve se peina y yo me deshago lo que me queda de moño y vuelvo a ajustarme la coleta bien alto. Cuando trabajo no me maquillo, pero el trozo de mí que me mira desde el retrovisor parece bastante decente. En mis días buenos se me ve guapa, y tampoco en los malos paso inadvertida. He salido a mi padre, o al menos eso asumo: la altura es de mi madre, pero no así la espesa cabellera negra brillante, ni los pómulos ni una piel que nunca necesitará moreno de bote. Visto trajes buenos, prendas bien cortadas que van con mi figura —alargada y fuerte—, y a quien crea que debería ir por ahí con un saco de patatas para protegerme de sus pensamientos indecentes pueden darle bien por culo. Lo que la gente piensa que debería esconder —ser alta, mujer y medio de no sé dónde— es lo que uso como tarjeta de presentación, en toda su cara. Si no saben procesarlo, puede serme de utilidad.

—¿Qué tal? —me pregunta Steve señalándose.

Parece que su madre lo hubiera peinado con un escupitajo antes de ir a misa, pero lo hace a propósito. Cada uno tira de lo que tiene, y Steve es de esos muchachos que a tus padres les encantaría que llevaras a casa.

—Es lo que hay —digo volviendo a colocar el retrovisor—. Vamos.

Piso fuerte el acelerador y el Kadett finge ser un coche real mientras nos catapultaba fuera de allí. De pronto tengo un mal presentimiento, como si los árboles se hubieran partido a nuestras espaldas y se hubieran caído con un rugido silencioso y un chasquido de ramas justo donde estábamos aparcados.

Lucy Riordan vive en uno de esos viejos adosados alargados que suelen dividirse en pisos. La mayoría son una mierda pero, al menos desde fuera, el suyo no tiene mala pinta: el jardín delantero está desmalezado, los marcos de las ventanas han visto al menos una capa de pintura en la última década y hay seis timbres en la puerta, y no una docena, lo que significa que el casero no se dedica a apilar inquilinos en habitaciones de un metro cuadrado ni a obligarlos a todos a compartir un baño único.

Tenemos que llamar dos veces para que Lucy responda al interfono con una voz recubierta de legañas.

—¿Eh?

—¿Lucy Riordan?

—¿Quién es?

—Detective Stephen Moran de la Garda. ¿Podemos hablar?

Un segundo largo, hasta que Lucy reacciona y, desprendiéndose de las legañas de la voz, dice:

—Un minuto, ahora bajo.

No tarda en abrir la puerta, bien despierta. Es bajita y está en buena forma, pero gracias a la vida, no al gimnasio: la lleva como si le perteneciera, no como si fuera alquilada. Pelo muy corto rubio platino, con una larga cortina por flequillo cayéndole por la cara, que es pálida y con rasgos marcados y avispados, y restos del rímel de anoche. Lleva sudadera y pantalones anchos negros con salpicaduras de pintura, nada en los pies, muchos pendientes de plata y lo que me parece una resaca considerable. No se parece una mierda a Aislinn Murray, o al menos a lo que yo esperaba.

Ya hemos sacado las credenciales.

—Soy el detective Stephen Moran de la Garda y esta es mi compañera, la detective Antoinette Conway. —Hace una pausa: siempre dejamos unos segundos en ese momento.

Lucy no se molesta en mirar las credenciales y se limita a preguntar en tono cortante:

—¿Es por Aislinn? —Y por eso mismo se dejan esos segundos: es increíble lo que puede soltar la gente.

—¿Podemos entrar unos minutos? —pregunta Steve.

Ahora sí que mira las credenciales y se toma su tiempo para comprobarlas... o para tomar una decisión.

—Sí, claro —dice entonces—. Vale, pasen. —Se vuelve y enfila por las escaleras.

El piso está en la primera planta, y no me equivocaba, es decente: un saloncito pequeño con cocina americana a un lado y dos puertas que dan al resto de habitaciones, un dormitorio y un baño. Anoche tuvo visita —latas vacías sobre y alrededor de la mesa de centro y una gruesa capa de humo en el ambiente— pero, más allá de eso, la casa no se parece en nada a la de Aislinn. Las cortinas están hechas con tiras de postales antiguas unidas por cordeles, el mobiliario consiste en una sufrida mesa de centro de madera, un par de sofás dispuestos con mantas de lana que parecen mexicanas, cuatro teléfonos setenteros repartidos por la habitación y, junto al televisor, una bobina de madera con un zorro disecado encima. Nadie encargó esta casa a través de una aplicación del móvil.

Nosotros nos quedamos con el sofá de espaldas al ventanal de guillotina y dejamos a Lucy de cara al sol, por llamarlo algo. Saco la libreta pero me adelanto en el sitio haciéndole saber a mi compañero que no voy a estar todo el rato sentada. O’Kelly no sabe de qué coño habla, porque resulta que a Steve se le dan muy bien los testigos —no presume tanto de ello como Breslin, pero es capaz de hacer creer a prácticamente cualquiera que está de su parte—, aunque no hace tanto yo también era bastante buena, y no creo que Lucy sea de las que me cabrean: no tiene cara de tonta.

—¿Vive con alguien? —le pregunta Steve: va a necesitar apoyo moral después de nuestra conversación.

Va a sentarse en el otro sofá e intenta mirarnos a ambos a la vez.

—No, vivo sola, ¿por qué...?

La cara del testigo suele ser, a partes iguales, una mezcla de ansia por ayudar, deseos de saber qué ha pasado y un *ay, por Dios, espero no haberme metido en problemas*. La segunda variante más extendida, propia de barrios en los que no somos muy queridos, es la mirada de reojo hosca con reminiscencias adolescentes (incluso en gente demasiado mayor como para venir con ese numerito). Lucy no exhibe ninguna de esas caras: bien recta en su sitio, tiene los pies plantados en el suelo como dispuesta a pasar a la acción en cualquier momento y los ojos muy abiertos. Con miedo y recelo a partes iguales, está concentrada en lo que le provoca esa cautela. En la mesa de centro hay un cenicero de cristal verde que debería haber vaciado antes de dejar entrar a la policía. Steve y yo hacemos la vista gorda.

—Antes de nada, confírmeme un par de cosas —arranca mi compañero con naturalidad, dedicándole su sonrisa menos amenazante—. Es usted Lucy Riordan, nacida el doce de abril de 1988, y trabaja en el teatro Torch, ¿no es así?

Lucy tiene la espalda cada vez más tensa: a nadie le gusta que sepamos cosas que no nos han dicho, pero a ella parece disgustarle especialmente.

—Sí, soy la directora técnica.

—Y es amiga de Aislinn Murray. Amiga íntima.

—Nos conocemos desde pequeñas. ¿Qué ha pasado?

—Aislinn ha muerto —anuncio directamente.

No es por ser insensible: después de cómo nos ha abierto la puerta, quiero ver su reacción en frío.

Se me queda mirando, con tantas expresiones debatiéndose en su cara que no consigo leer ninguna. Se le corta la respiración.

—Perdone por darle el día de esta manera —digo sin retranca.

Lucy coge un paquete de Marlboro Light de la mesa de centro y saca un cigarro sin pedirnos permiso. Hasta sus manos parecen llenas de energía: muñecas fuertes, uñas cortas, arañazos y callos. La llama del mechero salta y ondea por unos segundos; cuando la aplaca, aspira con fuerza y enciende el cigarro.

—¿Cómo? —pregunta con la cabeza gacha y la cortina de cabello rubio cano tapándole la cara.

—Todavía no tenemos nada definitivo, pero la muerte se ha producido en circunstancias sospechosas.

—O sea, que la han matado, ¿no?

—Tiene toda la pinta, sí.

—Mierda —dice Lucy entre dientes... y estoy convencida de que no sabe que está hablando en alto—. Mierda, mierda. Noo, mierda.

—¿Por qué ha dado por hecho desde el principio que veníamos a verla por Aislinn?

Levanta la cabeza como un resorte y me alivia ver que no está llorando, aunque tiene la cara de un blanco poco halagüeño; por sus ojos veo que está costándole o enfocar o controlar las ganas de vomitar.

—¿Cómo?

—Cuando nos ha abierto la puerta, ha preguntado: «¿Es por Aislinn?». ¿Por qué ha pensado eso?

Le tiembla el cigarro, se queda mirándolo y curva más los dedos para que no le baile.

—No lo sé, me ha venido así sin más.

—Piénselo. Ha tenido que ser por algo.

—No me acuerdo, es lo primero que he pensado.

Esperamos. Las cañerías mugen y rezongan tras las paredes; arriba, un hombre grita no sé qué del agua caliente y alguien corre por el suelo, agitando la cortina de postales. Al lado de Lucy hay un peluche de Homer Simpson con un papel de fumar pegado en la frente donde se lee LA PRINCESA PROMETIDA. Anoche lo pasaron bien. La próxima vez que Lucy vea el muñeco lo lanzará al cubo de la basura.

Al cabo de un minuto largo, reajusta la línea de la columna: no va ni a llorar ni a vomitar, al menos de momento. Tiene otras cosas que hacer. Estoy convencida de que ha decidido mentirnos.

Sacude la ceniza casi sin apartar las colillas de porro del cenicero y, con mucho

tiento, midiendo las palabras, dice:

—Aislinn acababa de empezar a salir con un tío, Rory. Anoche lo había invitado a cenar, era la primera vez que iba a su casa; antes siempre habían quedado en lugares públicos. Así que cuando han dicho que eran *gardas*, es lo primero que me ha venido a la cabeza, que anoche pasó algo chungo. Vamos, que no se me ocurría otra razón por la que quisieran hablar conmigo.

Y una mierda. Así, a bote pronto, se me ocurren media docena de razones: el hachís, quejas por el ruido de los vecinos, una pelea en la calle para la que buscamos testigos, un caso de violencia doméstica en otro piso parecido, y así podría seguir... Y Lucy es perfectamente capaz de hacer lo mismo. Ahí está: la mentira.

—Sí, sí —digo—. Justamente. Anoche estuvieron intercambiando mensajes sobre la cita. —El recelo asciende un grado y Lucy intenta hacer memoria de sus palabras—. Le dijo a Aislinn —finjo comprobarlo en la libreta—: «Ten cuidado, ¿vale?». ¿A qué se refería?

—A eso mismo, a que hacía poco que lo conocía e iba a quedar a solas con él en su casa.

Steve se hace el asombrado y pregunta:

—¿No es ser un poco paranoica?

Lucy arquea las cejas de golpe y se queda mirando a mi compañero como si fuera el enemigo.

—¿Perdón? Tampoco es que estuviera pidiéndole que se metiera una pistola cargada en el sujetador. Lo único que le dije fue que tuviera cuidado porque un desconocido iba a ir a su casa. ¿A usted eso le parece paranoia?

—A mí me parece que es sentido común —intervengo. Lucy me mira agradecida y relaja la actitud beligerante—. Yo le habría dicho lo mismo a mi colega. ¿Has visto a Rory alguna vez? —le pregunto, y aprovecho el acercamiento para pasar a tutearla.

—Sí, sí. De hecho yo estaba cuando se conocieron. Resulta que un amigo del trabajo, Lar, publicó un libro sobre la historia de los teatros de Dublín, y la presentación se hizo en la librería de Rory, Libros Díscolos, en el barrio de Ranelagh, ¿les suena? Fuimos unos cuantos del Torch y convencí a Aislinn de que viniera, creyendo que le sentaría bien salir una noche.

Mucha más información de la que había pedido. Es el truco más viejo del manual —uno cabrea a la testigo y esta le da al otro más de lo que le pide—, y Steve y yo lo hacemos mucho, aunque normalmente es al revés. Por primera vez en mucho tiempo dejo que mi compañero tome notas mientras yo disfruto de la sensación de ser la poli buena.

—Y Aislinn y Rory congeniaron —sigo.

—Bastante. Lar leyó un fragmento del libro y luego se puso a firmar ejemplares, mientras los demás nos dedicamos a bebernos el vino gratis, y Aislinn y Rory se pusieron a charlar... vamos, prácticamente se perdieron ellos dos en un rincón... No es que se enrollaran ni nada, pero no pararon de hablar y de reír. Creo que, de haber

sido por él, podían haberse pasado así toda la noche, pero Ash tiene la norma de no hablar con un tío demasiado tiempo seguido...

Lucy se interrumpe y parpadea. Es el filtro del que hablaba —no quiera Dios que pensemos mal de la pobre y adorable Ash—, pero yo sé de lo que habla: cómo conquistar marido.

—Para que el tío no se crea que ella está demasiado interesada —digo asintiendo, como si tuviera todo el sentido del mundo.

—Sí, justo. No sé, se supone que es malo por algo. —Un tic en el hombro y una mueca en la boca, pero en un gesto cariñoso, no de mala leche—. Así que, como a la hora, me viene Ash toda emocionada en plan: «Qué fuerte, tía, es supertierno, y gracioso, y tan interesante y tan guapo, qué bien me lo he pasado...». Me contó que él le había pedido el teléfono pero que ella tenía entonces que ponerse a hablar con otra gente, para disimular, así que se quedó conmigo y los del trabajo, pero se pasó el resto de la noche: «¿Está mirando hacia aquí? ¿Qué está haciendo ahora? ¿Me mira?». Y sí que la miraba. Se habían quedado los dos superpillados.

—¿Cuál es el apellido de Lar? ¿Y cuándo fue esa presentación? —pregunto.

—Lar Flannery... Laurence. Fue a principios de diciembre, no recuerdo la fecha exacta. Un domingo por la noche, para que pudiera ir la gente del teatro.

—¿Y has vuelto a verlo desde entonces?

—No, ya está. Y Aislinn tampoco lo ha visto muchas más veces. No quería precipitarse. —Lucy agacha la cabeza, refugiándose en el cigarro, al que le da una buena calada; acabamos de pasar cerca de lo que esconde; dejamos que se haga el silencio, pero esta vez no nos suelta nada gratis y dice en cambio—: ¿Creen que...? Me refiero a si... ¿creen que pudo ser Rory el que...?

Es una pregunta de lo más natural pero, por alguna razón, de pronto se le desborda la voz y se le llena de matices que no logro captar, mientras que el destello fugaz de sus ojos bajo el flequillo es demasiado rápido e intenso. Le da más importancia al tema, o le resulta más apremiante, de lo que debería.

—¿Usted qué cree? —quiere saber Steve—. ¿Apostaría por él?

—Yo ni apuesto ni dejo de apostar. Los que investigan son ustedes. ¿Es su principal sospechoso... o como se diga?

—¿Hubo algo concreto de Rory que disparara tus alarmas? —tercio yo sin responder a su pregunta—, ¿que te diera la impresión de que había que tener cuidado con él?

Lucy se muere por volver a preguntar, pero no cae en la trampa. Es una mujer lista, competente, y está acostumbrada a ser resolutiva: sea lo que sea lo que esté callándose, tendremos suerte si conseguimos que lo suelte. Le da otra calada al cigarro.

—No, nada. Parecía buen tipo. Un poco muermo... o al menos eso me pareció a mí... Pero está claro que Ash vio algo en él que a mí me pasó inadvertido, así que...

—¿Alguna vez le contó ella algo de que la hubiese asustado, presionado o

intentado controlar de algún modo?

Lucy niega con la cabeza.

—No, la verdad es que no. Nunca hubo nada de eso. Siempre estaba contando lo encantador que era y lo relajada que se sentía con él y que estaba deseando volver a verlo. ¿Creen que...?

—Entonces tengo que serte sincera, Lucy —la interrumpo—. No tiene sentido que estuvieras tan preocupada por Aislinn. Que le digas en un mensaje que tenga cuidado, sí, claro, eso lo entiendo. ¿Pero que nada más vernos imagines que hemos venido por ella? Y más cuando acabas de decirme que Rory parecía buen tipo, nada peligroso... No, cuando nos hemos presentado en tu puerta, lo normal es que te preguntaras si tu vecino de arriba es camello o si anoche apuñalaron a alguien en tu calle, o si han atracado a alguien de tu familia o le ha atropellado un coche. No tiene sentido que pensaras directamente en Aislinn, a no ser que estés ocultándonos alguna información sobre ella.

Se le ha consumido el cigarro hasta el filtro. Lo aplasta en el cenicero y se toma su tiempo, aunque no nos vendrá con evasivas, solo está decidiendo. La luz que entra por la ventana empieza a bañar la habitación y se muestra inclemente con ella, le arrebatada toda su belleza poco convencional y la convierte en un dechado de ojeras y churretes de rímel negro sobre blanco.

—¿Les importa si voy a por un vaso de agua? Tengo una jaqueca mortal.

—Claro, no hay prisa.

Se toma su tiempo dejando correr el grifo de la cocina americana, de espaldas a nosotros; forma un cuenco con las manos, se echa agua en la cara y se queda un momento parada mientras sube y baja los hombros una vez. Vuelve con un vaso de pinta lleno en una mano, restregándose el agua de la boca con la otra muñeca, y con algo más de vida en la cara. En cuando se sienta, dice:

—Vale, a ver, creo que Ash pudo estar saliendo con alguien más, aparte de Rory.

De nuevo el destello fugaz en sus ojos, comprobando nuestras reacciones, de una intensidad feroz. Pero Steve y yo evitamos mirarnos, aunque de todas formas puedes sentir cómo encajan tus pensamientos con los de tu compañero sin necesidad de intercambiar una mirada. Sé que está pensando: «Lo sabía, sabía que había algo raro»; y yo mientras: «Hoy no salgo ya a correr ni de coña».

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé, nunca me lo dijo.

—¿Ni el nombre de pila?

Lucy sacude la cabeza con tanta energía que se le cae el flequillo por la frente y tiene que volver a recogerse tras la oreja.

—No. De hecho es que no llegó a decir que estuviera saliendo con otro, es solo una sensación que yo tenía. No tengo datos concretos, ¿vale?

—Vale —digo—, no pasa nada. ¿Qué fue lo que te provocó esa sensación?

—No sé, cosas. Como que en los últimos meses (bastante antes de que conociera

a Rory), cada vez que le proponía que quedáramos para tomar algo, me decía que no, que no podía, pero sin darme ninguna explicación... Normalmente me contestaba solo «no puedo, tengo pilates», o cualquier cosa por el estilo. O cuando me decía que sí, a última hora me escribía y me venía con: «Cambio de planes, ¿podemos quedar mejor mañana?». En resumen, que se perdió un poco del mapa. Y se pasaba el día en la peluquería y haciéndose la manicura... siempre con las uñas perfectas. Y cuando una colega se pierde más de la cuenta y empieza a cuidarse más... —Lucy se encoge de hombros—. Significa que hay alguien nuevo, casi seguro.

Aislinn cancelando la cena en el restaurante con Rory pocas horas antes. Y yo que creía que estaba enseñándole quién mandaba...

Vuelvo a sentir ese ligero palpito que me asaltó en la cocina de Aislinn cuando Steve me enseñó los fuegos. Como de hambre, como de música *dance*: algo bueno, desdibujado en el horizonte, que tira de mí. Siento que las venas de mi compañero laten al compás.

—¿Y cuándo empezó a pasar eso? —le pregunta este.

Lucy dibuja varias líneas en el vaho del vaso y se para a pensar, bien sobre la respuesta real a la pregunta o sobre la que va a darnos.

—Hará unos cinco o seis meses. Como a mediados de verano.

—¿Alguna idea de dónde pudieron conocerse? ¿En el trabajo? ¿En un *pub*? ¿Alguna afición?

—Ni idea.

—¿A quién más frecuentaba Aislinn aparte de a usted?

Lucy se encoge de hombros.

—A veces sale a tomar algo con la gente del trabajo. Pero no tiene muchos amigos.

—¿Y aficiones? ¿Tenía alguna?

—Nada serio. Se ha apuntado a un montón de cursos en los últimos dos años: estuvo un tiempo en salsa, luego en no sé qué historia de asesoría de imagen, y fue también a clases de español... Este verano creo que hizo algo de cocina. Le caía bien la gente del curso, pero nunca me habló de ningún tipo en concreto. No, no me habló de nadie más de la cuenta ni nada por el estilo.

Aislinn Murray está cayéndome cada vez más gorda, es de chiste.

—Lo siento, Lucy, pero, si te soy sincera, a mí todo esto me suena raro. Sois amigas íntimas desde pequeñas, ¿y no te cuenta nada sobre ese otro tipo?

Levanta la mirada, recelosa.

—He dicho que somos amigas desde pequeñas, no que seamos íntimas.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué erais?

—Amigas. Nos juntábamos en el colegio y luego mantuvimos el contacto. Pero tampoco es que tuviésemos fusión mental, en plan *Star Trek*.

Steve está pintando una bonita mezcla de preocupación y reproche en su cara.

—¿Sabe cómo dimos con usted? Porque Aislinn la tenía como contacto en caso

de emergencia. Cuando tienes que escoger un nombre, eliges a alguien a quien crees que le importas.

Lucy echa la cabeza hacia atrás, reaccionando ante el ceño de reproche.

—Su madre murió hace unos años, de su padre no sabe nada y es hija única. ¿A quién más podía poner?

Y venga a mentir. Por alguna razón quiere que parezca que su amistad es una china que se le ha quedado metida en el zapato, pero la capa de afecto con la que ha hablado antes sobre las estúpidas normas casamenteras de Aislinn dice otra cosa.

—También eras la persona a la que Aislinn más llamaba y más mensajes mandaba —digo—. Como tú misma has dicho, no tenía muchos amigos. Te consideraba su amiga más íntima, eso es así. ¿Sabía ella que tú no sentías lo mismo?

—No he dicho que no seamos amigas. Lo que pasa es que no estamos el santo día una encima de la otra. No lo sabemos todo de la vida de la otra, ¿vale?

—Entonces ¿quién podría saber más sobre la vida de Aislinn? ¿Quién era su mejor amiga, si no lo eras tú?

—Es que no tenía, en el sentido en que usted dice. Hay gente que no tiene.

Se le está tensando la voz. Lo dejo pasar: mantiene la compostura por los pelos y no quiero que se nos desmorone.

—De todas formas —le digo—, yo cuando salgo con alguien se lo cuento a mis colegas, aunque no sean mis amigas del alma. ¿Tú no?

Lucy le da un trago al agua y recobra la compostura.

—Sí, claro. Pero Aislinn no.

—Nos has dicho que se moría por contarte cosas de Rory, lo estupendo que era. ¿Te había hablado también de novios anteriores? ¿Te presentó a alguno?

—Sí, a ver, hace unos años que no salía con nadie, pero sí, conocí a uno.

—Y quiso hablarte de él, ver cómo te caía y todo eso, ¿no es así?

—Sí.

—Pero esta vez no.

—No, esta vez no.

—¿Por qué crees que era? —pregunta Steve.

Lucy restriega el vaso sobre una mancha morada que tiene en la rodilla de los pantalones y se pone a rasparla con la uña.

—Me imaginé que él estaba casado. ¿No era como para sospechar? —cuestiona mirándome.

—Desde luego, yo es lo primero que habría pensado. ¿Se lo preguntaste?

—No quería saberlo. Por lo que a mí respecta, los que están emparejados son coto vedado, y Ash lo sabe. Ninguna quisimos tener esa conversación porque habríamos acabado peleándonos.

—Pero estás diciendo que ella tal vez no tuviera reparos en verse con un hombre casado, que para ella no estaba vedado...

La pintura morada va saliendo. Lucy la hace una plasta entre los dedos.

—Dicho así, parece una rompehogares a la caza de maridos ajenos. Y ella no es así. Lo que pasa es que... es muy insegura... para muchas cosas. ¿Tiene sentido lo que digo? —Me mira de reojo y asiento. Ahora aparenta más edad que cuando llegamos, con la cara como escurrida hacia abajo. La conversación está pasándole factura—. Y si la otra persona es justo lo contrario, muy segura, la mayoría de las veces ella acaba pensando que debe de tener razón. Así que sí, me la imagino enganchada con un tipo casado. Pero no porque a ella le pareciera bien o le diera igual, sino porque él la convencería de que quizá no fuera tan malo.

—Entiendo —digo. Me alegra que la víctima sea Aislinn y Lucy la testigo, y no al revés: a estas alturas a la primera le habría partido la crisma con algo de cuadritos vichí.

—Entonces debió de gustarle que hiciera buenas migas con Rory —interviene Steve—, un buen tipo, sin nada que creara tensión entre ambos, ni que fuera un quebradero de cabeza para Aislinn, ¿no?

—Sí. —Pero ha dejado una fracción de segundo antes de responder: volvemos a pasar rozando por algo que no quiere contarnos.

—¿Te dio la impresión de haber cortado con el otro antes de empezar a salir con Rory? —pregunto—. ¿O crees que estaba viéndose con los dos a la vez?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Ya le he dicho que...

—¿Seguía sin dar muchos datos sobre sus planes?, ¿cancelando vuestras quedadas a última hora?

—Sí, yo diría que sí. Seguía igual.

—¿Por eso estabas preocupada por ella?

Lucy sigue rascándose las manchas de pintura, con los codos apoyados en los muslos y la cabeza gacha.

—Es que era como para estarlo. No sé, hacer malabares con dos tíos, uno de ellos casado... Esas cosas nunca acaban bien. Y Ash... puede ser tan ingenua en tantos sentidos... No se plantearía que pudiera ser una situación tan volátil. Yo solo quería que fuera consciente.

La cosa va teniendo más sentido, pero no cuadra del todo.

—Nos has dicho que Rory no disparaba tus alarmas, pero ¿qué me dices del otro? —pregunto.

—No sé nada de él como para que pueda dispararme alarmas, ya he dicho que lo que no me gustaba era la película en sí.

La noto cada vez más tensa, clavando los codos en los muslos. No sé qué estamos rondando, pero no le gusta que nos hayamos acercado tanto. A mí tampoco: Lucy no es tonta y debería saber que no es el momento de andarse con mierdas.

—De todas formas, a mí todo eso sigue sin explicarme por qué lo primero que has pensado cuando nos hemos presentado en tu puerta ha sido en Aislinn. ¿Quieres volver a intentarlo? —insisto.

Mi tono de voz le hace clavar con más fuerza los codos.

—Ha sido por eso. No sé qué más podría haber sido. A lo mejor mi vida es muy aburrida, pero la mayoría de la gente que conozco tampoco hace nada como para que se le plante la mismísima policía en la puerta.

Se me está acabando la paciencia con los embustes.

—Ya. —Me inclino sobre la mesa y empujo el cenicero para acercarlo a Lucy, levantando en el aire una pequeña bocanada de ceniza rancia—. Lo dicho: vuelve a intentarlo.

Pero ella alza la cabeza de golpe y me dedica una nueva modalidad de mirada cautelosa.

Steve se remueve a mi lado. Sé lo que está diciéndome: «No sigas por ahí».

Barajo la opción de pegarle un codazo en las costillas, pero, en realidad, tiene razón. He establecido una buena relación con la testigo y estoy a punto de mandarla al garete para siempre.

—No pensamos hacer nada al respecto —digo más suave—, lo único que nos interesa es Aislinn.

La mirada recelosa se disipa, aunque no del todo. De vuelta al asiento de Poli Bueno, donde es más feliz, Steve aprovecha también para tutearla cuando dice:

—Háblanos de tu amiga, no sé... ¿Cómo os conocisteis?

Lucy se enciende otro cigarro. Me encanta la nicotina: devuelve a los testigos a su zona de confort cuando las cosas se ponen peliagudas, evita que los amigos y familiares de la víctima se desmoronen y nos permite apretarles las tuercas a los sospechosos todo lo que queramos y luego lanzarles una pastillita relajante instantánea cuando preferimos volver a calmarlos. Los no fumadores dan el doble de trabajo; hay que buscar otras formas de ajustarles las clavijas. Si fuera por mí, todo implicado en un caso de homicidio debería fumar un paquete diario.

—Cuando entramos en el instituto, con doce años.

—Vivíais en el mismo pueblo, ¿no? ¿Por dónde?

—En Greystones.

A pocos kilómetros de Dublín por la costa, un pueblo no muy grande pero sí lo suficiente para que Lucy y Aislinn se hicieran amigas por elección propia, no porque no hubiese más remedio.

—¿Y cómo era ella en aquella época? Si tuvieras que describirla con una palabra, ¿cuál sería?

Lucy se lo piensa y, una vez más, el cariño le relaja el gesto.

—Tímida, muy muy tímida. No digo que eso fuera lo más importante de ella, en absoluto, pero se podría decir que por entonces eclipsaba todo lo demás.

—¿Por alguna razón en concreto? ¿O era solo su forma de ser?

—En parte era solo su forma de ser y en parte por la edad que teníamos. Pero creo que también se debía en gran medida a su madre.

—¿Por qué? ¿Qué clase de mujer era?

A eso me refería con que a Steve se le dan bien los testigos: esa forma que tiene

de adelantarse en el sofá, la cabeza ladeada, ese matiz en la voz... Hasta yo me creería que le interesa personalmente.

—Era un desastre. La señora Murray, me refiero, no Ash. Estaba realmente hecha polvo; tendría que haber ido a terapia o haberse medicado. O ambas cosas.

Steve asiente, comprensivo.

—Pero ¿hecha polvo en qué sentido?

—Ash contaba que no fue así siempre, que antes de conocernos nosotras era normal. Pero, poco antes de que ella cumpliera los diez, el padre las abandonó. — Lucy tendría que estar relajándose ahora que nos hemos apartado del asesinato, del hachís y de lo que quiera que esté ocultándonos, pero sigue sujetando el cigarro con los dedos rígidos y teniendo los pies bien plantados sobre el parqué salpicado de pintura, como si fuera a salir corriendo en cualquier momento—. Nunca supieron por qué se fue. Él no dijo nada... desapareció sin más.

—Y eso fue lo que dejó tocada a la señora Murray.

—Nunca lo superó. Empezó a caer en picado cuesta abajo y ya no pudo frenar. Ash decía que su madre se sentía avergonzada, que creía que había sido culpa suya. —Otra vez esa mueca en la boca, con el cigarro en los labios, aunque ahora no veo el cariño—. En esa generación, ya se sabe, era todo culpa de la mujer, y si no comprendías por qué, seguramente era porque tenías que rezar más. Así que, básicamente, la madre de Ash cortó con todo. Y con todos. Seguía yendo a comprar y a misa, pero nada más. Cuando nos conocimos, Ash llevaba dos años metida en casa, su madre, ella y la tele... Es hija única. Yo ni siquiera quería ir allí porque su madre me daba mal rollo... la oías llorar en su cuarto, o a lo mejor entrabas en la cocina y te la veías plantada allí, mirando la cuchara mientras algo se quemaba en los fuegos... Y tenía siempre las cortinas corridas, para que no la viera nadie por la ventana y..., no sé..., fueras a pensar mal de ella... Y Aislinn tenía que vivir ¡allí! —Steve ha dado el pistoletazo de salida: Lucy está hablando más rápido y no se detendrá hasta que la paremos o se venga abajo—. También había otras cosas, pequeños detalles. Por ejemplo, como su madre no salía y no tenían mucho dinero, Ash iba siempre mal vestida... Nunca llevaba nada que estuviese de moda en el instituto, siempre llevaba ropa de segunda mano de hacía por lo menos dos años, que además no le quedaba bien. Yo solía prestarle cosas, pero no teníamos la misma talla... Y esa era otra de las razones de la inseguridad de Aislinn: siempre estuvo... no gorda, pero sí que tenía unos kilos de más... Y mi madre a veces le compraba cosas, pero nosotros somos cuatro hermanos y tampoco podía hacer mucho más, claro. No parece tan dramático, pero cuando tienes doce años y todos saben que tu padre se ha largado y a tu madre se le ha ido la cabeza, lo último que necesitas es parecer rarita.

Estas son las cosas que a Steve le encantan y que a mí me hacen recelar. Él cree que así conocemos a la víctima, mientras que yo solo puedo pensar en esos filtros de los que hablaba. Sé que Lucy ya tiene al menos una intención oculta que no hemos conseguido identificar. La Aislinn que quiere vendernos está totalmente en sus

manos: puede hacer con ella lo que le dé la gana.

—Mira, esto puede sonarte algo brusco, Lucy, y lo siento —le digo—, pero sigo sin entender por qué erais amigas. Estoy intentándolo, pero no logro identificar ni una sola cosa en común. ¿Cuál era el motor de vuestra relación?

—Supongo que hay que vivirlo para entenderlo. —Lucy esboza una media sonrisa, aunque no para mí, sino para lo que quiera que esté viendo en su cabeza—. Pero sí que teníamos cosas en común. A mí tampoco me iba de maravilla en el instituto. No era una marginada ni nada pero, como siempre me gustaron la carpintería y la electricidad, las jefecillas se reían de mí y me llamaban bollera, y la gente que quería llevarse bien con ellas como que las imitaba, y tampoco es que fuera un suplicio mortal, pero digamos que en general el instituto era una mierda. Pero estamos hablando de Ash. Y, bueno, para ella yo era la caña..., justo por las mismas razones por las que los demás me puteaban. Creía que yo era la hostia, era como una superheroína para ella, y solo porque pasaba de las demás como de la mierda y hacía lo que quería aunque a ellas no les gustase. Y Ash creía que eso era lo máximo. —La sonrisa se le quiebra en un gesto de desdicha y tiene que darle una calada al cigarro para recuperar el control—. Y sí, al principio yo me juntaba con ella porque me gustaba que pensara que yo era la hostia, pero, con el tiempo, también porque estaba a gusto con ella, me caía bien. La gente creía que era un poco corta, pero más que nada por lo que decía antes, por sus inseguridades... Parecía como si no pillara las cosas. Pero no tenía nada de corta. De hecho, era muy perspicaz.

Steve no para de asentir, embelesado. Yo también estoy interesada, pero no del mismo modo. Lucy quiere que conozcamos a su amiga —o al menos su versión de Aislinn—, pero está poniendo demasiado empeño. A veces nos pasa: los amigos y la familia quieren erigir ante nosotros a un santo inocente para que no pensemos que la víctima tuvo la culpa de nada. Y por lo general lo hacen porque precisamente piensan que sí fue en parte responsable. Tal vez a Lucy le baste que su amiga estuviera tirándose a un hombre casado para venirnos con estas, pero podría haber algo más.

—Y además era capaz de reírse de las cosas más jodidas. Si, por ejemplo, me había puteado alguna gilipollas de la clase y luego yo estaba cabreada y con el subidón de adrenalina, en plan «quién se cree que es esa guarra, tendría que haberle metido...», Ash cogía y se echaba a reír, y yo le decía: «¿Qué haces? ¡No tiene ni puta gracia!», dispuesta a comérmela viva. Pero ella me venía con: «Tía, has estado espectacular, parecías una gata enrabetada esmaltando a una hienaapestosa»... y se ponía a imitarme como saltando, intentando darle un zarpazo a algo por encima de mi cabeza. «Creía que iba a salir corriendo a esconderse detrás de una esquina y a pedir ayuda a gritos mientras le mordías los tobillos, y todo el mundo habría hecho un corro alrededor, coreando tu nombre»... Y al poco estaba yo también riendo y ya la cosa no era para tanto, y se me bajaban los humos. —Lucy se ríe pero es un sonido forzado, como si forcejeara contra el pesado dolor que está tirando de ella hacia abajo—. Así era de pequeña, hacía que las cosas fueran mejor. Puede que se debiera a la

práctica que tenía con su madre, de estar siempre intentando hacer la vida más llevadera, no sé... Y hasta cuando no podía mejorar sus propias circunstancias, intentaba mejorar las de los demás.

«Por favor, no sé a quién más podría...» La mujer que cabecea en mi memoria seguía siendo esa chica de doce años que está describiéndonos Lucy: regordeta, insegura, con ropa que no le habría quedado bien a nadie, y menos a ella. La mujer que hemos hallado muerta no se le parece en nada.

—Bueno, por lo menos, luego las cosas le fueron mejor —comento—. Se puso más guapa, tenía más estilo, más confianza... ¿no?

Lucy aplasta el cigarro en el cenicero y coge el vaso, pero no bebe. Ahora que hemos regresado al presente, vuelve a acechar la cautela.

—No tan pronto como habría sido deseable. Siguió viviendo en su casa después de terminar el instituto... No se veía capaz de dejar sola a su madre, y aunque a mí me parecía que era lo peor que podía hacer, también la entendía: si se hubiera independizado, su madre no habría tardado ni dos semanas en suicidarse. Así que hasta hace unos años Ash volvía a esa casa todas las noches, como cuando éramos pequeñas. Y eso le impidió... —Gira el vaso entre las manos, siguiendo el movimiento de la luz por la superficie—. Como que le impidió madurar... Trabajaba, pero en lo mismo desde que salimos del instituto... Era recepcionista de un sitio donde vendían papel higiénico y gel para empresas, que no digo que esté mal pero... no era lo que ella hubiese querido hacer. En realidad no tenía ni idea de qué quería; ni siquiera había podido pararse a pensarlo. Tenía miedo por ella, ¿saben? Me la veía con treinta, cuarenta años en el mismo trabajo en el que había ido a parar de rebote, y volviendo directa a casa a cuidar a su madre, la vida... —Lucy levanta la mano y chasquea los dedos, que se quedan en un parche de sol desvaído— pasándole por delante. Y ella era también consciente, pero no sabía qué hacer al respecto.

—¿Y qué cambió? —quiere saber Steve.

—Que su madre murió, hace tres años. Sé que va a sonar fatal, pero es lo mejor que le pudo pasar a Ash.

—¿De qué murió?

—¿Está preguntándome si se suicidó? —Lucy sacude la cabeza—. No, sufrió un aneurisma cerebral. Ash volvió un día del trabajo y se la encontró así. Se quedó hecha polvo, por supuesto, pero luego pasó el tiempo y empezó a superarlo... Fue entonces cuando empezó su vida de verdad. Vendió la casa de su madre y se compró la de Stoneybatter. Perdió un montón de peso, se tiñó el pelo, se compró ropa nueva, empezó a salir... —Una gran sonrisa inesperada—. Iba incluso a locales muy de moda. A ver, les hablo de la misma chica a la que yo tenía que obligar a quedar para una pinta en cualquier teatro cutre, y de pronto quería ir a una discoteca superpija sobre la que había leído algo en una columna de sociedad... Y cuando yo le decía que el portero no me dejaría pasar ni en broma, me decía: «Yo te maqueo, te pones ropa mía, y entramos sin problema». —La sonrisa va a más—. Y así lo hicimos. No era mi

rollo...: petardos vestidos de marca viendo a ver quién gritaba más alto, pero a mí me merecía la pena solo por ver a Ash. ¡Se lo pasaba de muerte! Bailaba, tonteaba con algún petardo de esos, y luego le daba largas... Era como una niña en un parque de atracciones. —La sonrisa ha desaparecido. Lucy respira hondo y suelta el aire en un siseo entre dientes, para intentar no perder la compostura—. Por fin le llegaba su oportunidad de averiguar qué quería. Empezaba a coger la confianza suficiente como para pensar que, quizá, hasta tuviese derecho a decidirlo por sí misma. Acababa de... —«Empezaba a coger, tuviese, acababa de». Lucy ha pasado a Aislinn al pretérito. Está calándole, y va a venirse abajo en cualquier momento—. Quería dejar el trabajo... Como nunca había tenido mucho en lo que gastarse el sueldo, había ahorrado un montón de dinero, y quería tomarse uno o dos años sabáticos para decidir qué hacer luego. Hablaba... —sigue, pero vuelve a tomar aire, como ahogada— de viajar, nunca había salido de Irlanda... de ir a la facultad... Estaba tan contenta... Como si despertara de un coma de quince años y no creyera que el sol pudiese brillar de esa manera... Era... —Se le hace añicos la voz, y vuelve a hundir la cabeza y a rascarse otra mancha de pintura, con tal virulencia que va a acabar traspasando los pantalones y arañándose la piel. No sé a qué juega con nosotros, pero está dejándola agotada. Y entonces dice mirándose las rodillas todavía—: ¿Cómo...? Quien haya sido... ¿Qué le han hecho?

—Ahora mismo no podemos entrar en detalles por cuestiones operativas. Pero, por lo que sabemos, no sufrió.

Abre la boca para decir algo pero no lo consigue. Le caen lágrimas sobre los pantalones y se extienden en manchas oscuras.

Lo más decente por nuestra parte sería largarnos y darle un poco de intimidad mientras la primera ola de duelo la revuelca y la deja llena de moratones en la orilla. Ninguno de los dos nos movemos. Consigue aguantar casi un minuto antes de romper en sollozos.

Le pasamos pañuelos y le rellenamos el agua, le preguntamos si podemos llamar a alguien para que venga a hacerle compañía, asentimos comprensivos y nos quedamos allí plantados mientras ella consigue balbucear que solo quiere estar sola. Cuando recupera el habla, le pedimos que nos haga una lista con los ex de Aislinn, que resultan ser solo tres, incluido un amor de verano de dos semanas llamado Jorge de cuando tenía diecisiete años (la muchacha ya apuntaba maneras), así como de todos los asistentes a la presentación del libro que conozca. Por pura formalidad, para rellenar el formulario, porque hay que planteárselo a todo el mundo, le preguntamos dónde estuvo anoche. En el Torch: llegó al teatro a las seis y media, hizo varias cosas siempre con otras personas presentes, hasta que acabó la obra pasadas las diez, y entonces se tomó unas cuantas en el *pub* y volvió a casa a eso de la una de la madrugada con el técnico de luces y dos del reparto, que se quedaron haciendo lo obvio hasta las cuatro, más o menos. Comprobaremos (o sea, nuestros refuerzos comprobarán) su historia, pero no encontraremos ninguna laguna.

Estoy a punto de hablarle de la identificación oficial cuando Steve dice:

—Aquí tienes nuestras tarjetas. —Me lanza una mirada de reojo y busco la mía en el bolso mientras decido callarme la boca—. Cuando te veas con fuerzas para hacer una declaración oficial, nos pegas un toque.

Lucy coge las tarjetas sin verlas.

—Entretanto, por favor, no hables con los periodistas, de verdad —le pido—. Aunque creas que no les dices nada importante, podrías estar poniendo en peligro la investigación, ¿de acuerdo? —El roñoso de Crowley sigue reptando por mi cabeza: si alguien está echándomelo encima, ese alguien puede tener acceso a los datos de Lucy.

Esta asiente y se restriega los ojos con el dorso de la mano, hace tiempo que se le acabaron los pañuelos. Pero no le sirve de nada porque las lágrimas siguen aflorando.

—Quien haya hecho esto —dice con la voz agravada por el llanto— es como si hubiera matado a una niña pequeña, a alguien que ni siquiera tuvo la oportunidad de empezar a vivir. Tenía toda la vida por delante y se la ha arrebatado. ¿Lo recordarán mientras investigan?

—No te preocupes, haremos todo lo posible por encerrarlo a cal y canto.

Lucy se rinde y deja que las lágrimas le caigan barbilla abajo. Está hecha un asco, con los ojos hinchados y medio cerrados, una mancha de pintura morada en una mejilla.

—Ya, lo sé... Es que... ¿Pueden, por favor, recordarlo?

—De acuerdo. Lo haremos. Pero a cambio quiero que tú sigas pensando si hay algo que deberíamos saber. Lo que sea. ¿Vale?

Lucy asiente, por lo que pueda pasar. No tiene los ojos puestos en nosotros. La dejamos mirando al vacío, rodeada de los restos cenicientos de anoche.

El día ha cobrado fuerza en nuestra ausencia. Rathmines es un hervidero: estudiantes a la caza de remedios para la resaca, parejas asegurándose de que el mundo entero sepa lo enamoradas que están, familias dispuestas a disfrutar juntas de su tiempo aunque les vaya la vida en ello. Basta un solo vistazo para arrojarnos al torbellino de la mañana de después, cuando de pronto tu cuerpo se da cuenta de que llevas toda la noche en pie y apaga el motor, dejándote floja del cansancio.

—Café —dice Steve—. Necesito un café, por mi madre.

—Blandengue.

—¿Yo? Si cerraras los ojos, te caerías dormida. Hazlo, venga, a ver si te atreves.

—Que te den.

—Café. Y comida.

Odio perder el tiempo comiendo cuando estoy trabajando. Ojalá saquen pronto una pastilla nutritiva que pueda tomarse dos veces al día. Hasta entonces, sin embargo, Steve y yo necesitamos comida, y en cantidad.

—Te toca invitar a ti —le digo—. Piensa algún sitio donde sirvan café por litros.

Steve sabe lo que se hace: pasa de las relucientes cafeterías de modernos, con sus *chais* y sus *cronuts*, entra en la tienda de la esquina más enana y cutre que ve y regresa con dos cafés de tamaño industrial y unos panes rellenos con la cantidad suficiente de salchicha, huevo y panceta frita como para aguantar casi todo el día. Nos los llevamos al primer parquécillo que encontramos por una bocacalle; hace demasiado frío para comer al aire libre y el viento tiene un punto malicioso, como si esperara el momento perfecto para tirarnos granizo por el cuello, pero si salimos del coche al menos no nos darán la vara por radio, y la conversación que necesitamos tener no puede oírse en un bar.

El parque es muy cuco, con sus curvilíneos banquitos de forja, sus setos recién podados y sus parterres esperando la llegada de la primavera, hasta que lo miras con más atención: un condón usado retorcido sobre un seto, una bolsa de plástico azul que cuelga de una reja y de la que sobresale algo con pinta poco halagüeña. Aquí hay vida nocturna. Seguramente se llene en días de sol, pero con este tiempo la gente no se acerca mucho. En uno de los bancos hay un hombre con el uniforme del Tesco que está fumándose un cigarro y vuelve la cabeza tras cada calada, como comprobando que nadie lo ve, mientras un niño da vueltas con sonrisa de tonto en un patinete y su madre zarandea un carrito lloroso y trastea en el móvil. El crío lleva un gorro que parece un dinosaurio que estuviera comiéndole la cabeza.

Encontramos un banco donde no parece que haya meado nadie recientemente. Me subo el cuello del abrigo y me meto la mitad del café de un trago.

—Tenías razón, había que hablar con Lucy antes de nada.

—Sí, era lo suyo. Aunque todavía podría ser Rory Fallon...

Lo miro de hito en hito.

—Lo es, casi seguro.

Steve menea la cabeza sin querer decir esta boca es mía. Está desdoblado una servilleta de papel para ponérsela sobre el chaquetón: son bocadillos-bomba y mi compañero es un chico muy cuidadoso con la ropa del trabajo.

—Puede ser, pero creo que merece la pena ver adónde nos lleva todo lo demás.

Ya me siento mejor; el café me ha abierto los párpados como un resorte, en plan dibujo animado.

—Por lo menos ya sabemos por qué la queli de Aislinn parecía la casita de la Barbie Currante. Y por qué ella iba en plan Barbie Chica de tus Sueños. La pobre no tenía ni idea, estaba configurando su personalidad basándose en revistas.

—Ese tipo de gente puede ser muy vulnerable. Mucho.

—Ya te digo. Rory podía haber sido un psicópata como un camión, y haber disparado más alarmas que un talibán en una embajada estadounidense, y habría dado igual: con que vistiera las marcas adecuadas y la ayudara a ponerse el abrigo, ella lo habría invitado tranquilamente a su casa en la tercera cita. Porque, en teoría, eso es lo que hay que hacer.

—Lucy no es tonta —comenta Steve—. Si Rory lanzara señales de peligro a su

paso, se habría dado cuenta.

—Y hablando del tema... —El bocadillo es de calidad, con sus gruesas lonchas de panceta de la buena y la grasa y la yema cayendo a mares; siento que me vuelve la energía poco a poco—. ¿Qué te ha parecido Lucy?

—Inteligente. Y asustada. —Ya ha terminado de colocarse el babero, de modo que deja el vaso de café en el banco y empieza a quitarle el envoltorio al bocadillo—. Nos oculta algo.

—Nos oculta muchas cosas. Y no tiene sentido. Si dejamos a un lado el rollo ese de amigas de pequeñas pero no mejores amigas, ni amigas en ese sentido, se nota que le tenía cariño, y mucho. Así que ¿qué coño pasa? ¿Es que no quiere que pillemos al tío?

—¿Crees que sabe más del tipo casado de lo que nos ha contado?

—Lo que creo es que en realidad solo sabemos de la existencia del casado por lo que dice Lucy. —Hablamos en voz baja; el del Tesco y la mamá carrito ni siquiera parecen haber reparado en nuestra presencia, pero nunca se sabe—. Se ha cuidado muy mucho de no contarnos nada que pudiéramos refutar, ¿no te has fijado? Ni nombres, ni descripciones, fechas o sitios donde solían quedar... nada.

Steve ha abierto el bocadillo sobre el regazo y está rociándolo muy primorosamente con salsa HP.

—¿Estás diciéndome que se lo ha inventado sobre la marcha? Pero ¿para qué?

—Creo que estaba demasiado interesada en saber si Rory era nuestro principal sospechoso. No es solo que quiera saber quién le ha hecho esto a su amiga, sino que quiere saber si estamos investigando a Rory en concreto.

—Ya. —Steve se estruja sobre la boca lo que queda del sobrecito de salsa y lo tira en la papelera que hay al lado del banco—. Pero no me ha quedado claro si estaba deseando que fuera así o no. Al principio nos ha nombrado a Rory del tirón y nos ha contado lo de la cita de anoche, pero luego...

—Tal cual. No le costó darnos su nombre y decirnos que habían quedado; debía de saber que ya estábamos al tanto o que nos enteraríamos en breve. Y luego nos ha venido con lo buen tipo que era, que si nunca le había dado mala espina, y lo contenta que estaba Aislinn con él. Lo que podría ser cierto... o quizá quisiera apartarnos de él porque está convencida de que no fue él y no quiere que perdamos el tiempo mientras se nos escapa el auténtico asesino. Pero no sé si realmente sus sentimientos por Rory son tan inexistentes como ha querido hacernos creer...

Steve enarca las cejas.

—«A mí me pareció un poco muermo... pero está claro que Ash vio algo en él que a mí me pasó inadvertido...»

—Sí, con ese tema pasa lo mismo, que solo tenemos la palabra de Lucy. Por lo que sabemos, a ella podía gustarle Rory tanto como a Aislinn. Y bien podría haber estado saliendo con él a espaldas de su amiga...

—Acabamos de decir que le tenía cariño, y mucho.

—Y por alguna razón no le hace gracia admitirlo. Puede que se sintiera culpable.
—Me meto más café en el cuerpo—. Como ella misma ha dicho, los rollos de triángulos amorosos pueden acabar muy mal.

—Ella tiene coartada —apunta Steve.

—Ya, y no ha fingido la conmoción. Lucy no es nuestra asesina. Pero su coartada significa que no puede ser la de Rory. Así que, si por alguna razón quiere tacharlo de la lista, lo único que puede hacer es inventarse a un hombre misterioso para que andemos tras su pista.

Steve mastica mientras piensa.

—Tenemos que cruzar los números de Lucy y Rory, sus cuentas de Facebook, el correo, y ver si han estado en contacto. Tampoco es que eso demuestre nada, porque, aun así, ella podría estar pillada por él.

—Sí. —El niño dinosaurio nos acecha, haciendo equilibrios en el patinete y mirando los bocadillos. Le dedico una mirada ceñuda—. Y tenemos que repasar las cosas de Aislinn cuanto antes, para ver si encontramos pruebas de la existencia del otro tipo. Si realmente existe, tiene que haber algo. Mensajes, llamadas, correos...

Steve mira su bocadillo, escogiendo por dónde hincarle el diente.

—Sí. Puede ser.

—¿Cómo que «puede ser»? Hoy en día ya nadie es invisible. Si no ha dejado huellas es porque nunca estuvo.

—Te diré lo que estaba pensando. Es solo una idea, la verdad, pero me preguntaba: ¿y si el otro tipo fuera de una banda? De un clan de la droga o algo así.

Por poco no escupo el huevo frito por la nariz.

—Madre mía, Moran. ¿Tan desesperado estás por un caso interesante? Qué lástima que ya arrestaran a Whitey Bulger, porque no te habría costado mucho convencerte de que era nuestro hombre.

—Sí, ya, riéte. Tú piénsalo. Eso explicaría por qué Lucy no quiere que sospechemos de Rory: sabe perfectamente que ha sido el otro y no le gustaría que nos equivocásemos de camino. Y también explica por qué supo en el acto a qué habíamos ido. Explicaría por qué anoche le dijo que tuviera cuidado: si Aislinn estaba pegándose a un criminal, debía andarse con un cuidado de la hostia si invitaba a otro a cenar en su casa...

Tengo todavía la boca abierta para reírme de él cuando de pronto me cala la idea: el señorito Optimista tiene razón, la cosa podría cuadrar.

—Madre... —musito. Me martillea el corazón y prácticamente me levanta del sitio. Olvidaos del café: este trabajo, cuando es bueno, tiene ese subidón que los colgados de la velocidad se pasan la vida buscando en vano—. Y justificaría por qué Lucy se calla cosas. Está deseando que lo pillemos, pero lo último que quiere es verse testificando en un juicio con un mafioso mirándola mientras explica que fue ella quien lo delató. Así que nos lanza la idea para que busquemos por ahí, pero jura y perjura que no tiene ni idea de cómo se llama, que no sabe nada de él, ni siquiera

podría poner la mano en el fuego por que exista y, bueno, en realidad Aislinn y ella no estaban tan unidas... Muy buena, Steo, podría ser.

—No soy solo una cara bonita —dice Steve mascando el bocadillo y levantando el pulgar; cuando traga, añade—: Y si era del crimen organizado, seguro que se cuidó mucho de no dejar rastro. Ni mensajes, ni llamadas ni nada de eso.

—Sobre todo si estaba casado. La mayoría están casados con la hermana o la prima de otro. Te pueden partir las piernas por ponerle los cuernos a tu mujer. —Estoy reviviendo, no cabe duda. Como esto sea verdad, el jefe se va a cagar en nuestros muertos: es lo máximo que puede llegar a complicarse una rutinaria peleíta de novios—. Madre mía. Tiene todo el sentido.

—También explicaría por qué la llamada se hizo a la comisaría de Stoneybatter. Cualquier ciudadano de a pie llamaría a una ambulancia, al 999...

—Pero un mafioso, o el colega del mafioso, tiene que saber que las llamadas del 999 se graban, y no quiere que registren su voz en una cinta, donde podamos identificarla... sobre todo si ya lo conocemos. Así que llama a la comisaría del barrio.

—Exacto. Aunque hay una cosa... ¿Crees que Aislinn daría el tipo, como para salir con un mafioso? ¿Una buena chica como ella?

—Claro que sí. Es justo esa clase de chica. Tenía una vida tan aburrida que solo de pensarlo me dan ganas de pegarme con un martillo en la cabeza con tal de vivir alguna emoción. ¿Sabes qué tenía en la estantería? Un montón de libros sobre el crimen en Irlanda, entre ellos uno bien gordo sobre clanes de la droga.

Steve deja escapar una risotada.

—Mira tú por dónde... Lo mismo sí que daba el tipo.

—Yo creía que buscaba emociones de segunda mano, pero puede que estuviera documentándose sobre el trabajo de su nuevo novio... O a lo mejor, en un principio, era por afición, pero luego tuvo la oportunidad de conocer el tema de primera mano. Y ya has oído a Lucy: no es que Aislinn tuviera un sentido de la moral muy desarrollado o, ya puestos, sentido común corriente y moliente, nada que le impidiera mantener una relación con un criminal. —Estoy esforzándome para que no se me note en la voz; estamos en pañales, todo esto no es más que un castillo de hipótesis y suposiciones sacadas de la manga que podría derrumbarse en cualquier momento—. ¿Te imaginas que le entró algún tipo chungo en una de esas discotecas? Mientras fuera medio guapo y vistiera bien, ella se fliparía de la hostia. Sería la historia del año.

—Pero esa gente no se viste muy bien que digamos —comenta Steve—. Los de las bandas tienen el gusto en el culo. Y además la mayoría son más feos que el copón.

—Bueno, pero eso podría acotar el campo. Luego, pasados unos meses, la emoción se esfuma, y Aislinn se da cuenta de que Superflipe no es más que un malnacido. Lo deja... o no tiene el valor para hacerlo y se limita a empezar a quedar con Rory de tapadillo. Sea como sea, al mierda en cuestión no le hace ninguna gracia.

—¿Crees que Lucy sabrá el nombre?

—Si es que *hay* algún nombre.

—Si lo hay. ¿Qué crees?

—Que como mucho sabrá el nombre de pila o el apodo. Y no nos lo dirá. Si existe, vamos a tener que encontrarlo nosotros solitos.

—No tengo ningún contacto decente en Crimen Organizado, ¿y tú?

—Poca cosa. Bueno... más o menos. —No puedo seguir sentada, no con esto pegando botes delante. Me meto el último bocado en la boca, hago una bola con el envoltorio y la encesto por encima de Steve—. No te preocupes por eso ahora. De momento vamos a tener una charla cordial con Rory Fallon. Y según lo que saquemos, veremos si merece la pena seguir por ahí. Mientras tanto...

Por el rabillo del ojo veo que algo se mueve y me giro en redondo, pero es solo el del Tesco, que regresa a reponer estantes una vez inyectada la dosis de nicotina. Se queda parado y hace un amago de mirar con desconfianza, pero lo señalo con el dedo y se concentra en largarse. Cuando estoy con un caso, me pongo susceptible, en palabras de O'Kelly, o alerta, en las mías. No soy la única, les pasa a muchos detectives. Es una cuestión animal: cuando persigues a un depredador de los gordos (aunque no seas la presa y probablemente se cague cuando estéis cara a cara), el nivel de alerta sube a naranja y se queda ahí. Últimamente me está costando salir del modo alerta naranja, incluso fuera del trabajo.

—Mientras, voto por que no digamos una mierda.

—Que no se lo contemos a Breslin.

—Ni a nadie. —Si la historia no cuaja, seremos el hazmerreír de la brigada: los pardillos que se pusieron en plan cazamafiosos en un caso de peleíta de novios nivel parvulitos—. Son solo suposiciones; no tiene sentido decir nada hasta que no tengamos algo consistente. Por ahora lo único que debemos contarles es que Lucy nos ha hablado de la vida de Aislinn y nos ha dicho que Rory parecía buen tipo, ya está.

—Por mí, guay —dice Steve un poco más rápido de la cuenta.

—Ya veo, ya... —digo cayendo en la cuenta—. Por eso no querías que la llevásemos a la central. Qué cabrón más astuto.

—Como he dicho, no soy solo una cara bonita. —Steve sonrío burlón y arruga el babero de papel.

El niño dinosaurio se ha caído del patinete y está ensayando un gemido convincente. Lo sorteamos y nos dirigimos hacia la verja, yo ya llamando a los refuerzos para pedirles que lleven a Fallon a la brigada, cuando de pronto veo por el rabillo del ojo la bolsa de plástico colgada y me doy cuenta de lo que sobresale: un gato muerto, con el pelaje untado contra el cráneo y unos labios retraídos que dejan a la vista unos dientes afilados y abiertos en un aullido de furia congelado.

La sala de la brigada ha cobrado vida. La impresora trabaja a marchas forzadas, suena el teléfono de alguien, las persianas están subidas para intentar atraer la porquería de sol que hay fuera; huele a media docena de almuerzos distintos, té, gel de ducha, sudores, calor y acción. O’Gorman está reclinado en su silla, con los pies sobre la mesa, mientras se echa patatas fritas al buche y habla a gritos sobre no sé qué partido con King, que a su vez está leyendo la declaración de un testigo y diciendo «Ya ves» cada vez que su compañero se interrumpe para tomar aliento. Winters y Healy están hablando sobre un testigo al que el segundo quiere meter caña, pero el primero cree que sería perder el tiempo. Quigley hurga en un archivador con un gesto agobiado en esa jeta fofa que tiene, cerrando los cajones con más fuerza de la necesaria; al lado está McCann enfrascado en el trabajo, hojeando papeles y saltando a cada porrazo: tiene pinta de sufrir una resaca de mil demonios, pero entre que las ojeras vienen de fábrica y su sombra de barba es permanente, en realidad casi siempre tiene esa cara. O’Neill sujeta el teléfono contra una oreja y se mete un dedo en la otra para oír mejor. Al lado de nuestras mesas, hay dos tipos que deben de ser nuestros refuerzos, apoyados como pueden sobre lo primero que han pillado, en un intento por parecer a gusto, pero sin molestar, mientras ríen una de las anécdotas absurdas de Roche con la esperanza de que los recuerde la próxima vez que necesite a alguien que le haga el trabajo sucio.

No se ve a Breslin, pero sí su abrigo colgado en el respaldo de la silla. Es posible que siga arreglando lo de la sala de operaciones y cagándose en todo por tener que aguantar órdenes de una mindundi como yo. No me preocupa: lleva demasiado tiempo en el oficio como para ponerse altanero cuando no va a servirle de nada.

Unos cuantos levantan la vista cuando entramos y vuelven en el acto a sus quehaceres. Nadie nos pregunta qué tal. Ni nosotros a ellos. Vamos directos a las mesas y a los refuerzos. Cuando atravieso la sala de la brigada siempre voy dando zancadas largas y contundentes, para aplastar el instinto de ir de puntillas por si alguien me pone la zancadilla. De momento no se ha dado el caso; algo me dice que es cuestión de tiempo.

—Buenas —saludo a los refuerzos, que han saltado a posición de firmes y han

puesto su mejor cara de alerta; los dos rondan nuestra edad: un ratón de gimnasio al que ya le clarea la frente y un rubio gordo que está probando a dejarse bigote pero no le funciona—. Yo soy Conway y este es Moran. ¿Tenéis algo para nosotros?

—Stanton —se presenta el ratón de gimnasio haciendo un saludo militar de pega.

—Deasy —dice el gordo—. Sí: hace unos minutos que hemos traído a Rory Fallon.

—Pobre desgraciado —dice Roche desde su esquina, que apesta a *aftershave* y a teclado mugriento.

Es un grandullón sin cuello que se metió en este oficio porque solo se le pone dura acosando a la gente hasta hacerla llorar. Pero no es tonto: sabe perfectamente cuándo mantener encadenado ese instinto y cuándo sacarlo a pasear, y le da resultados.

—¿Queréis que vaya a decirle que se corte los huevos él mismo y así se ahorra tiempo y molestias?

—No es culpa mía tener un porcentaje de casos resueltos mayor que el tuyo, Roche —le digo—. La culpa es de tu retraso mental. Aprende a vivir con ello.

Los refuerzos se quedan a cuadros, pero intentan disimularlo. Roche me lanza una mirada de toro malcarado que no me molesto ni en procesar.

—¿Qué sabemos de Fallon? —les pregunto mientras dejo el bolso en la silla.

—Veintinueve años, tiene una librería en Ranelagh y vive justo encima —informa el gordo.

—¿Con alguien?

—No, no, solo.

Vaya jodienda: un compañero de piso habría sido un bonito testigo y también un candidato seguro a hombre de la llamada.

—¿Ha pasado algo que debemos saber mientras vigilabais la casa?

Intercambian una mirada y sacuden la cabeza.

—No mucho —dice el ratón de gimnasio—. Subió la persiana de la tienda sobre las diez, todavía en pijama. Ningún otro movimiento visible. Cuando fuimos a decirle que nos acompañara, ya estaba vestido, pero sin zapatos, no parecía que fuera a salir.

—Había desayunado —interviene el gordo—. Café y desayuno completo, por lo que pude oler.

Steve me mira. Un tío que mata a su novia a puñetazos, se va a casa, se pone su pijama para echarse una cabezadita y se levanta por la mañana y se atiborra de huevos con salchichas. Puede darse; Fallon podría estar todavía obnubilado, con el piloto automático puesto, o ser un psicópata, o bien estar preparando su defensa. O...

De pronto noto el calor de la sala, seco y tenso, me escuece por el cuello, y me quito el abrigo.

—¿Qué le habéis dicho?

—Lo que nos dijisteis —contesta el gordo—. Nada, solo que creemos que podría tener información que nos sería de ayuda en una investigación y que si no le

importaba acompañarnos para una charlita.

—¿Y accedió sin más? ¿No puso pegas ni hizo preguntas?

Ambos sacuden la cabeza.

—Un tipo complaciente —dice el ratón de gimnasio.

—Ya te digo.

La mayoría de la gente a la que le pides ir a comisaría a contestar unas preguntas quieren que al menos les des un poco de información antes de dejar de lado los planes del día y seguirnos corriendo. O realmente Rory Fallon es un pachón natural, o quiere con toda su alma ser el gran tipo solícito sin nada que esconder.

—¿Ha dicho algo por el camino? —pregunta Steve.

—Ya en el coche sí quiso saber de qué se trataba —cuenta el gordo. Eso también es interesante: está claro que Rory puede saberlo perfectamente, pero no cree que podamos demostrarlo, lo que podría significar que Lucy no corrió a llamarlo en cuanto salimos por la puerta. Un punto en contra de la teoría Lucy-Rory—. Le dijimos que no conocíamos los detalles, que los encargados del caso le pondrían al corriente. Y después no volvió a hablar.

—Nos hemos portado muy bien con él —dice el ratón de gimnasio—. Le hemos preparado un té, le hemos dicho la gran persona que era por ayudarnos y que sin ciudadanos responsables como él no iríamos a ninguna parte y todo ese rollo. Imaginábamos que querríais tenerlo relajado.

—Perfecto —dice Steve—. ¿Dónde lo habéis metido?

—Está en la sala de interrogatorios al final del pasillo.

—¿Creéis que puede pensar en largarse si lo dejamos en remojo otro rato?

Ambos ríen.

—Qué va —dice el del gimnasio—. Como he dicho, se lo ve complaciente.

—Es un buen chico... —comenta el gordo— que se ha portado mal.

—Gracias. Vamos a necesitar una lista de las personas de su círculo más cercano. ¿Podéis ponerlos con eso? Me interesa especialmente cualquier amigo íntimo, hermano, padre o primo cercano. La llamada de aviso la hizo un hombre, y si no fue Fallon, tenemos que saber quién fue. —El ratón de gimnasio está tomando notas y asegurándose de que me doy cuenta—. La sala de operaciones debe de estar ya preparada. Reunión del caso a las cuatro. Si cambiamos la hora por algo, os aviso.

Los refuerzos se van con paso ágil, en un cuidado equilibrio entre parecer al quite pero sin prisa. Recuerdo esa forma de andar, haberla practicado cuando iba camino a hacer listas o a fotocopiar declaraciones para algún detective de Homicidios, con la esperanza de poder entrar en la sala de la brigada y no tener ya que salir nunca. Por extraño que parezca, por un segundo casi siento pena por Stanton y Deasy, hasta que comprendo que, si consiguen llegar hasta aquí, a ellos les irá de perlas.

Steve ha encendido el ordenador y está ya tecleando como un descosido.

—¿Por qué quieres dejar a Fallon en remojo?

—Es solo un minuto —dice sin parar de escribir—. ¿Se va a casa, se acuesta, se

levanta y se prepara un desayuno completo? Lo mires por donde lo mires, es una actitud demasiado fría para un ciudadano de bien. Incluso si solo intenta parecer inocente. Quiero buscar si tiene antecedentes o algo, si aparece cualquier cosa en el sistema.

—Búscala a ella también. Me muero por saber de qué me suena su cara.

Marco el número del contestador, sujetando el teléfono contra la mandíbula, y me pongo a repasar los informes del festival de malnacidos de anoche: hay que pasar el expediente a la Fiscalía antes de que se agote el plazo legal de detención. McCann está mascullando algo por el móvil, se ve que la parienta está echándole la bronca por el trabajo («Que ya lo sé. Te juro que esta noche llego pronto a casa... Sí, ya sé lo de la reserva. Claro que estaré...»), mientras Roche lanza latigazos imaginarios al aire.

Tengo otro mensaje de Breslin en el contestador: mis esperanzas de que podamos llevar todo el caso sin necesidad de vernos las caras son cada vez mayores.

—Sí, Conway. Buenas. —Todavía con su tono calmado, por si Hollywood está a la escucha, pero con un vago soniquete de disgusto: hemos sido unos detectives traviesillos—. Parece que estamos teniendo problemas con la comunicación. He vuelto a la central. Voy a ir a arreglar lo de la sala de operaciones; llámame en cuanto oigas esto. Hablamos. —Lo borro.

—Rory Fallon no aparece —me informa Steve.

—¿Nada?

—Nada.

—Sus muertos —digo. No constar en el sistema es más insólito de lo que podría creerse: incluso una multa por exceso de velocidad te abre expediente. Oficialmente, Rory no ha hecho ninguna trastada en su vida—. De todas formas, eso no significa que fuera virgen hasta anoche, solo que nunca lo han pillado.

—Ya, yo solo te cuento lo que hay.

—¿Has buscado a Aislinn?

—Estoy en ello, espera...

Llamo al contestador de Breslin y le dejo un mensaje pidiéndole que se reúna con nosotros dentro de diez minutos en la sala de observación.

—Qué va, tampoco hay nada. Entre uno y la otra, dan ganas de potar.

—Parece que eran la pareja ideal. Qué lástima que no funcionara.

Termino de hojear la declaración del último testigo y me detengo en seco: falta la última página. Sin esa —la que lleva la firma—, no vale para nada.

Es imposible demostrar que no se me haya caído al volver de la sala de interrogatorios; hay incluso una remota posibilidad de que fuera así: era tarde, estaba cansada y cabreada y deseando terminar para cuando acabara mi turno. Podría comprobarlo, repasar mis movimientos como una imbécil, rebuscar esperanzada bajo mesas, en papeleras, mientras toda una sala de pelapichas se esconde tras sus pantallas, aguantándose las risas de babuinos y esperando a ver quién estalla primero. O puedo montar en cólera e intentar pillar al hijoputa que me ha mangado la hoja, que

seguramente sea lo que está deseando alguien. O puedo callarme la boca, buscar al testigo malnacido y pasarme otras dos horas volviendo a convencerlo de que hablar con la poli mola para sonsacarle la declaración con sacacorchos, sílaba a sílaba, otra vez.

—Eh, aquí hay algo.

Tardo un segundo en recordar de qué me habla... Estoy tan cabreada que le pegaría mordiscos a la mesa. Steve levanta la vista.

—¿Te pasa algo?

—Nada. ¿Qué has visto? ¿Aparece en el sistema?

—Ella no. Puede que no sea nada, pero me ha saltado su dirección. El 20 de octubre, a la una de la mañana, su vecino del número 24 llamó a la comisaría de Stoneybatter. Estaba en el patio echando el último cigarro antes de acostarse cuando vio a alguien montado en la tapia de Aislinn, saltando del patio al callejón trasero. La descripción no es gran cosa... había una farola al final de la calle, pero el vecino solo vio al intruso un segundo, y desde atrás. Varón, complexión media, abrigo oscuro, el vecino dijo que parecía de mediana edad por su forma de trepar; y también que tenía el pelo claro, aunque pudo haber sido por el reflejo de la luz. Los de Stoneybatter mandaron a un par de hombres para que echaran un vistazo, pero para entonces ya hacía rato que se había largado. No parecían haber intentado forzar la puerta, de modo que supusieron que el vecino lo había ahuyentado antes de empezar. Le aconsejaron a Aislinn que instalara medidas de seguridad, y ahí quedó la cosa.

—Ajá. —No me cuenta dónde la he visto antes, pero me interesa lo suficiente como para arrinconar en mi mente la hoja desaparecida—. ¿Pone algo de cómo se lo tomó ella? ¿Si se la veía asustada, muerta de miedo o algo? ¿O si se fue a casa de Lucy a dormir?

—Qué va. Lo único que pone es: «La residente tiene una alarma en la casa y siempre echa la llave y el cerrojo, pero se le recomienda la instalación de un sistema de alarma monitorizado y la adquisición de un perro».

—Cosa que no hizo. —Roche está pegando la oreja; le enseño el dedo y bajo la voz—. Para vivir sola, Aislinn se tomó bastante a la ligera el tema del intruso. ¿Te parece que tuviera tantos huevos?

—Lo que me parece es que sabía que no había nada que temer.

—Porque no era ningún ladrón, sino el novio secreto. No te digo yo... verás tú que al final va a resultar que existía y todo. —Otra vez esa emoción que me remueve por dentro: la aplasto con fuerza—. Pero, aunque así fuera, eso no quiere decir que Rory Fallon esté libre de culpa. Vete tú a saber, a lo mejor se enteró de que Aislinn estaba pegándosela con otro y no le hizo gracia. Vamos a preguntarle.

—Un segundito, que quiero mirar otra cosa... —Steve vuelve a enfrascarse en el ordenador.

Aprovecho para guardar lo que queda de mis declaraciones en el cajón con llave de mi mesa, que es donde tendrían que haber estado si esta mañana O'Kelly no nos

hubiera pillado con el paso cambiado. Me guardo la llave en el bolsillo del pantalón y luego me pongo a hojear la libreta y la uso de parapeto para intentar pasar revista a todos los presentes.

Evidentemente, no hay nadie mirándome para ver si se me va la cabeza, pero de todas formas tampoco serían tan descarados. Quigley ha encontrado el expediente que buscaba y está hurgándose la oreja mientras lo lee, lo que puede significar que no espera que esté mirándole nadie, aunque nunca se sabe. Quigley es un cerdo, O’Gorman un simio y Roche tiene lo mejor de ambas casas: a cualquiera de ellos, o a los tres, les resultaría descojonante joderme el día. McCann está demasiado agobiado como para pensar en nada más y O’Neill siempre me ha parecido bastante decente, pero tampoco descartaría a nadie.

De todas formas, da igual. La cuestión (y ellos lo saben tan bien como yo) no es quién es el cabrón que lo ha hecho, será uno distinto cada vez. La cuestión es que, sea quien sea, no puedo hacer una puta mierda al respecto.

—Espera —dice Steve en voz baja—. Aquí hay otra cosa.

Esta vez recuerdo que tengo que responder.

—¿Sí? ¿El qué?

—Se me ha ocurrido comprobar si Aislinn había llamado la atención de Crimen Organizado por algo, ¿sabes? Así que he mirado si alguien la había buscado antes en el sistema. —Empiezo a levantarme para mirar de cerca la pantalla de Steve, pero se apresura a menear la cabeza y a lanzarme una mirada admonitoria—. Espera. Y ha habido suerte: alguien consultó su nombre el 17 de septiembre de este año pasado.

Nos quedamos mirándonos.

—Pero tiene que haber como mínimo una docena de Aislinn Murray...

—¿Aislinn Gwendolyn Murray? ¿Nacida el 6 de marzo del 88?

Se me dispara la cabeza.

—No quiero involucrar a Crimen Organizado en todo esto. De momento. Tengo un colega que...

—Se loguearon desde Homicidios —dice Steve en voz tan baja que apenas lo oigo.

Volvemos a mirarnos. Siento la misma expresión en mi cara que en la de mi compañero: cautela, intentando calibrar con cuánto cuidado hay que andarse.

—Si fue por algo de Homicidios, entonces el que hizo la consulta no debería de tener problema en compartirlo —opino.

La cara de Steve se repliega en un gesto de cautela. Está abriendo la boca para explicarme por qué no es buena idea (y no le falta razón: lo más inteligente es callárnoslo y abordarlo extraoficialmente), pero la hoja desaparecida sigue escociéndome, y estoy hasta aquí de callarme la boca e ir de puntillas por mi propia brigada. Giro la silla para encarar de frente a toda la sala y chasqueo los dedos por encima de la cabeza.

—¡Eh! Aquí. —Lo digo alto y claro: las caras se vuelven y las conversaciones

decaen—. Aislinn Gwendolyn Murray, nacida el 6 de marzo del 88. ¿Recuerda alguien haber consultado su nombre en septiembre?

Caras inexpresivas. Un par niega con la cabeza. Los demás ni siquiera se molestan y vuelven sin más a lo que estaban haciendo.

Giro la silla de vuelta hacia Steve.

—A lo mejor el que hizo la consulta no está ahora de turno. O... —Hace un gesto evasivo con la cabeza.

—O quizá no me daría ni el vaho de su meado aunque estuviera muriéndome de sed... Ya. —Odio cuando Steve se anda con paños calientes—. O a lo mejor fue una consulta personal, bajo cuerda.

Pasa, y mucho. No te gusta el corte de pelo del joven que trae tu hija a casa o la pareja que pretende alquilar tu piso: los buscas en el sistema y ves si aparece algo. Todos lo hemos hecho (a mi madre no le hacía gracia el vecino nuevo, que resultó ser solo un yonqui y no un camello, y que de todas formas se mudó a las pocas semanas, aunque parezca mentira), y todo aquel al que le resulte indignante debería salir más a la calle, pero el caso es que es ilegal. Si el primo de alguien quería contratar a Aislinn, o los padres de alguien pensaban pedirle a la simpática vecina de al lado que les guardara una llave, la búsqueda solo llevaría treinta segundos en el ordenador; un favor inofensivo, nadie tenía por qué saberlo. Sin embargo, siendo ahora la víctima de un homicidio, al que hizo esa consulta ilegal le caerá un buen chorro del jefe y perderá, como mínimo, dos días de vacaciones. Normal que nadie haya corrido a levantar la mano.

—O fue bajo cuerda, pero no por algo personal. Eso cuadraría con el tema de las bandas criminales. Si alguien de Crimen Organizado quiso hacerlo sin que se supiese en su brigada, por la razón que sea, pudo pedirle a un colega de Homicidios que lo mirase por él...

Me cuesta crearme cualquier justificación inofensiva. Siento la sala llena de trampas y recovecos: esquinas que se comban y se difuminan, sombras que se doblan en dos.

—Y ese colega nunca no los diría.

—Conozco a un tipo en Seguridad Informática —susurra Steve en voz más baja aún—. Podría averiguar desde qué ordenador se hizo la búsqueda.

—El ordenador sí, pero no quién lo usó. Si tuviéramos usuarios personales en vez de tener una mierda de contraseña común para toda la brigada...

—¿Quieres que se lo diga de todas formas?

—No, todavía no.

Todo el mundo ha vuelto a sus conversaciones o sus papeles; nadie nos mira siquiera. En cualquier caso, ojalá me hubiera callado la boca esta que tengo.

La sala de observación es pequeña y mugrienta. Hay una mesa pegajosa, una silla

coja y un dispensador de agua que suele estar vacío. No tiene ventanas y el extractor lleva años sin funcionar; si fuera una sala de interrogatorios, los abogados se quejarían de que sus clientes tienen derecho a respirar y lo arreglarían *ipso facto*, pero como a nadie le importa si nosotros respiramos o no, el extractor sigue de baja. Huele a sudor, a años de café derramado, a *aftershave* de tipos que se jubilaron cuando Steve y yo estábamos en la academia y a humo de tabaco anterior a la prohibición. En invierno es peor, cuando la calefacción reflota el buqué en todo su esplendor.

Breslin todavía no ha llegado. Cuelgo el abrigo en el respaldo de la silla —no me apetecía dejarlo en la sala de la brigada para luego tener que preguntarme si alguno le habrá restregado la polla encima— y voy a echarle un vistazo a Rory. Steve viene a mi lado y nos quedamos tan pegados al falso espejo que dejamos vaho en el cristal.

Fallon no aparenta veintinueve, parece más joven. Es tirando a bajo, uno setenta y cinco o así, y delgado. Yo podría neutralizarlo con una mano, pero para matarla no hizo falta más que un puñetazo, y hasta un tirillas como él podría encabronarse lo suficiente para eso. Tiene el pelo castaño lacio, recién cortado para su gran cita, gafas de imitación de carey tan viejas que se ha deslucido el plástico, una camisa de cuello mao en color crema bien remetida por los vaqueros desteñidos y unos rasgos delicados y angulosos que le dan aspecto bien de artista sensible y encantador, bien de tirillas, según se mire. No es feo, pero tampoco era lo que me esperaba de Aislinn, o de Lucy, ya puestos. Me había hecho a la idea de un armario empotrado vestido de marca, agente inmobiliario con verborrea especializada en *rugby*. Rory parece el típico tío que cree que lo mejor de un videojuego es cuando estás explorando el terreno y admirando los innovadores gráficos, antes de llegar a la parte cruenta donde hay que reventar a los malos.

—Diez pavos a que llora —digo.

Hemos empezado a hacerlo en los casos de violencia doméstica; sí, apostar en el trabajo es un claro *por ahí no*, pero de momento consigo vivir conmigo misma. La mitad de los sospechosos nos miran una vez y se ponen a llorar como magdalenas, y me dan unas ganas tremendas de meterles la patada de su vida en el culo. Tengo que morderme la lengua para no decirles que se comporten como putos hombres —o mujeres—: para dejar a tu media naranja hecha puré y astillas, bien que has sido un gran tipo duro, ¿dónde se ha metido ahora ese mierda? Ya que tengo que tragar, por lo menos me saco unos pavos.

—Jo, mierda. Espero tenerlos. Míralo cómo está.

—Qué pena me das. La próxima vez sé más rápido.

Nos quedamos observando a Rory Fallon, que mueve la cabeza de un lado a otro y no para de mover los pies bajo la silla mientras intenta tomarle las medidas a la sala de interrogatorios. Pero están diseñadas para no poder cogerles ninguna medida; el linóleo, la mesa y las sillas no pueden ser más sosos, los más anodinos del mercado, y no se debe solo a los recortes en el presupuesto: es para que tu mente no lea nada en ellas y te pongas a leerle por dentro. Basta un buen rato a solas en una sala de

interrogatorios para que la habitación pase de insustancial a siniestra y, de ahí, a auténtica película de terror.

Ha dejado un abrigo negro bien dobladito sobre el respaldo de la silla y, encima de la mesa, en una línea perfecta, unos guantes de nailon gris forrados por dentro. Tiene las manos colocadas igual que los guantes, las palmas hacia abajo, un pulgar contra el otro. Los nudillos, por lo que puedo ver desde aquí, están perfectos, ni un araño.

—¿Le has visto las manos?

—Eso no lo excluye. Sophie dijo que es probable que llevara guantes, ¿no te acuerdas?

—Pues llámala, a ver si al final han encontrado alguna huella.

La llamo y pulso el altavoz sin quitarle ojo a la puerta, por si entra Breslin.

—Sophie, buenas, somos Moran y yo.

—Buenas. Te pongo al día: estamos básicamente acabando de procesar el cuerpo y el salón... —Su voz va y viene—. Hay una cobertura de mierda aquí. Espera un segundo. —Portazo—. Ahora.

—¿Cómo vais con las huellas?

—Me temo que no va a haber suerte, así en general. —El viento se enrosca en la voz de Sophie; ha salido a la calle. Hace algo, protege el teléfono con la mano, y el rugido desaparece—. En la mesa puesta, en el pomo de la puerta, el sacacorchos, las copas de vino... hay un montón, pero así, a bote pronto, dice el técnico que son demasiado pequeñas para ser de hombre y que todas parecen coincidir con las de la víctima.

—Entonces teníamos razón con lo de que llevaba guantes.

Steve hace una mueca.

—Vamos a seguir buscando, pero yo creo que sí. Y seguramente de cuero o forro polar, algo liso. No hemos encontrado fibras en el golpe de la cara, y si los guantes hubieran sido de lana o de algún tejido parecido, habríamos encontrado. Las fibras se habrían pegado a la sangre.

—Así que unos guantes gruesos, seguramente —digo mirando a Steve—. O sea, que no se habrá dañado la mano, o al menos no como para que se vea.

—O sea, que habéis recogido a vuestro sospechoso y tiene las manos perfectas.

—Sí, el invitado a cenar.

—¿Tenéis los guantes que se puso anoche? Porque si llevaba, deben tener sangre de la víctima por toda la mano derecha. Aunque los haya limpiado. Esas mierdas se quedan.

—Hoy lleva unos de nailon gris. Parecen limpios, pero luego te los mandamos para que los analices y, si conseguimos una orden de registro, te haremos llegar también todos los que encontremos en su casa, aunque seguramente tampoco haya suerte. Los tiraría al volver. —No pierdo de vista a Fallon, que ha dejado de intentar tomarle las medidas a su entorno y ahora está muy quieto mirándose las manos y

respirando hondo. Parece como si estuviera meditando o algún rollo parecido. Le doy un porrazo seco al cristal para que se deje de mierdas—. ¿Algo más que debemos saber antes de empezar con él?

A Sophie se le escapa una exhalación exasperada.

—No mucho, la mañana ha sido prácticamente una pérdida de tiempo. Lo único que tenemos en firme son tres fibras de lana negra en el vestido de la víctima: dos en el lado izquierdo del torso y una en el izquierdo de la falda. Por supuesto, no concuerdan con nada de lo que ella llevaba puesto, y tampoco hemos visto que tuviera ningún abrigo negro, así que no parece que se acercara un momento a la tienda a por algo y se le quedaran pegadas. Podría haberse puesto un jersey para no mancharse el vestido mientras cocinaba, pero hemos mirado en el dormitorio y no hemos encontrado ni jerséis ni rebecas de ese color. —Está hablando en voz baja: hay alguien en la puerta de casa de Aislinn, los niños seguramente, o puede que periodistas—. Así que yo diría que las fibras se las tuvo que transferir vuestro hombre, de cuando le dio un abrazo al saludarla, cuando la agarró o lo que fuese. Mirad a ver si tiene un abrigo de lana negro.

—Precisamente ha venido con uno puesto. —Miro de reojo a Steve, que se encoge de hombros: uno de cada dos dublineses tiene un abrigo de lana negro—. Te lo mandaremos. Muy buena, Sophie, gracias.

—Sin problema. Yo me voy ya. Hay un cachorro de periodista pegando la oreja al otro lado del precinto. ¿Queréis que le diga que sospechamos que son ninjas asesinos?

—Todo tuyo, hazle feliz. Hablamos pronto.

—Espera —dice Steve acercándose al teléfono—. Buenas, aquí Moran. ¿Podrías procesar también el dormitorio y el baño?

—Guau, ¿cómo se te ha ocurrido? ¿Qué crees que íbamos a hacer, pintarlos con aerosol?

—Me refiero a sitios que no se tocasen anoche pero que pudieran haberse tocado la última vez que un tío pasó la noche en casa de la víctima. El cabecero, el interior de la mesilla de noche, debajo de la tapa del váter... ¿Y podrías buscar fluidos corporales en el colchón?

—Ajá. ¿Estáis barajando algún ex?

—Algo así. Gracias. Dale recuerdos nuestros al cachorro de periodista.

—Le diré que vais a arrestarlo por no haber ido al cole. Os lo juro, es que puede tener doce años o así... Estoy haciéndome vieja... —Y Sophie desaparece.

Fallon ha vuelto a su rollo de la meditación. Breslin debe de estar o construyendo la sala de operaciones o castigándonos por haberlo hecho esperar. Aprovecho para mirar el móvil.

—Un segundo —digo desbloqueando la pantalla y apartándome de Steve.

Ha salido la edición de la tarde del *Courier*: el roñoso de Crowley ha tirado la casa por la ventana.

La primera plana grita: LA POLICÍA, DESORIENTADA ANTE UN ASESINATO BRUTAL. Debajo, dos fotos: Aislinn, en su versión más reciente, con un vestido naranja ceñido y sombra de ojos con brillantina, ríe en lo que parece una fotografía de una fiesta de Navidad que Crowley habrá sacado del Facebook de alguien. En la otra salgo yo pasando por debajo del precinto policial, en todo mi esplendor: ojeras, la coleta deshecha, los puños hacia arriba y la boca abierta en una mueca que asustaría a un rottweiler.

Tengo la mandíbula tan apretada que duele. Voy bajando la página, pero el texto no son más que insinuaciones, bulos e indignación: joven despampanante en la flor de la vida, detalles de sus heridas que todavía no se han difundido; declaraciones de un vecino que cuenta que Aislinn iba a hacerle la compra cuando las aceras se helaban; palabras de una vecina que no va a sentirse segura en su casa hasta que hagamos nuestro trabajo y quitemos de la circulación a ese c*****; una pequeña pulla insidiosa sobre «la detective Antoinette Conway, encargada de la investigación del homicidio aún sin resolver de Michael Murnane, perpetrado en Ballymum el pasado septiembre», para dejar claro que soy una incompetente y/o me importan una mierda las víctimas de clase obrera. En la barra lateral: «Se desata el pánico entre los padres por un pervertido en un parque de columpios»; seguido de unas leves impertinencias contra el Ayuntamiento, que al parecer debería hacer algo contra este clima de mierda, y no sé qué famosa deshaciéndose en elogios sobre la quinoa y hablando de la vida tan normal que llevan sus hijos.

—¿Qué? —pregunta Steve.

Consigo desencajar la mandíbula.

—Nada.

—No, ¿qué pasa?

Tampoco es que pueda ocultarle el artículo para siempre, y si se lo escondo, creerá que estoy cabreada por parecer un perro de presa en la foto, algo que me importa un mojón bien gordo.

—Ten —le digo tendiéndole el móvil.

Enarca las cejas.

—Me cago en... —Segundos después—. Guau, hostia puta.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

Los medios no pueden publicar la identidad de una víctima de asesinato hasta que no les damos luz verde: por las familias, que no tienen por qué enterarse por la prensa del supermercado, y porque podemos tener razones para mantener oculta la identidad un par de días. La mayoría de las veces sueltan tantos datos que los del barrio saben de quién hablan —«padre de dos hijos de treinta y ocho años que trabajaba en el sector financiero» o cosas por el estilo—, pero, bueno, de todas formas los del barrio ya se habían enterado. Y los medios tampoco utilizan fotografías de los detectives del caso sin permiso expreso, por si acaso no queremos que se nos reconozca al instante a diez metros de distancia. Tengo buenas razones para no dejar que publiquen fotos

mías pero, si acaba apareciendo algún detective, suelen ser instantáneas en las que se los ve como gente profesional y cercana, llena de bondades, para que a los testigos les entren ganas de hablar contigo, no para que los aterres y les hagas esconderse porque pareces un hurón con resaca. Cuando un periodista se pasa de la raya, se atiene a las consecuencias: se le acaban las fuentes cercanas al caso y nos aseguramos de hacérselo saber a su redactor jefe. El puto Crowley se ha pasado de la raya de veinte formas distintas.

En numerosas ocasiones ha paseado el pie por encima, pero no eran más que fanfarronadas para creerse Bob Woodward pero sin llegar a meterse en follones reales; nunca se había atrevido a tanto. No le gustan los polis porque es un espíritu rebelde que no se doblega ante el Poder Establecido, pero es un rebelde que tiene que pagar el alquiler, así que tampoco se pasa. O resulta que le ha echado huevos al asunto a estas alturas de la vida o es un intento de suicido laboral, o bien hay alguien detrás. Alguien, el mismo que le dijo dónde encontrarme esta mañana, le ha pedido que publique esas fotos, asegurándole que no acabará en ninguna lista negra y prometiéndole que se lo recompensará tarde o temprano.

Steve sigue leyendo y bajando por la pantalla.

—No ha publicado nada que sea información reservada.

O sea, que no podemos achacarla a una fuente concreta.

—Ya lo he visto. Pero está en contacto con alguien de dentro, eso seguro. Como averigüe quién...

Steve levanta la vista.

—Podríamos ganárnoslo a cambio de una exclusiva. Ofrecerle el primer bocado de cada novedad en el caso si nos dice quién es su contacto.

—No creo que cuele. Quienquiera que mueva sus hilos, ya ha tenido que prometerle lo más grande. No creo que quiera arriesgarse así. —Recupero el teléfono y me lo guardo en el bolsillo—. Tú ya sabes quién tiene más papeletas de haberle contado algo sobre el caso.

—Breslin —dice Steve en voz baja.

—Exacto.

—A Breslin le gusta quedar bien. Y podría hacerlo así: convertir todo esto en una noticia sobre la chapuza que estamos haciendo con el caso hasta que llega él, el ángel salvador.

—O tal vez solo tenía ganas de joderme y echarse unas risas con los muchachos —digo también sin alzar la voz—. O tiene un trato con Crowley y le debía una, y hemos tenido la suerte de ser su favor del día.

—Quizá, puede ser. —Steve está mirando la puerta. Igual que yo—. Mira, sea como sea, tenemos que llevarnos bien con Breslin.

—Yo me llevo bien con todo el mundo. Es mi principal baza.

—Te hablo en serio.

—Me llevaré bien con él. —Me entran ganas de andar de aquí para allá. Apoyo el

culo en el borde de la mesa para obligarme a quedarme quieta—. Tendremos que darle bola en los interrogatorios. Y mantenerlo informado sobre tu amigo —señalo con la barbilla hacia el falso espejo—, pero aparte de eso no necesita saber nada de lo que estamos pensando.

—Cuando me partía los cuernos para intentar entrar en la brigada, no era esto lo que imaginaba —comenta de pronto Steve en tono sombrío.

—Qué me vas a contar, créeme.

Me baila la cabeza solo de intentar pensar cuándo empezó este día. Siento un calambre violento, un ansia de aire frío, de música tan alta que me estallen los tímpanos y una carrera a muerte hasta que me arda el cuerpo entero.

Breslin escoge ese momento para abrir de golpe la puerta de la sala de observación. Ambos pegamos un bote. Se queda en el umbral, con las manos en los bolsillos del pantalón, mirándonos de arriba abajo. La curva de la boca en un conseguido equilibrio entre diversión y frialdad.

—Detective Conway, detective Moran —dice—. Por fin.

Teniendo en cuenta que es de los pocos de la brigada que no me putean más de lo normal, debería caerme bien, pero no es así. Cuando lo conoces, impone mucho. Aunque mediará la cuarentena, sigue en buena forma, todo hombros y espalda recta y sin rastro de la barriga cervecera que se apodera de la mayoría de irlandeses. Es tirando a alto, con ojos claros y pelo rubio repeinado hacia atrás, y guapo: si entornas la mirada, parece un actor o algo parecido, no me acuerdo del nombre, uno que hace muchos papeles de inconformista, lo que tiene gracia porque Breslin es de todo menos eso. Pero si a todo esto añadimos la voz, se conjura su hechizo de ganador, ese resplandor dorado que grita allá donde va que este hombre es especial: más inteligente, más rápido, más despierto y desenvuelto.

Breslin está tan metido en esta versión suya de malote que la pasea consigo por la sala y te lleva de calle. En sus primeras semanas en Homicidios, Steve lo miraba como una adolescente de doce años al capitán del equipo de *rugby*, babeando por una sonrisa y una palmadita en el hombro. Tuve que morderme la lengua y casi me la corto para no putear al muy capullín, pero lo conseguí porque sabía que se le pasaría. Podría haber marcado el día en el calendario. Cuando yo empecé en la brigada, me pasé un tiempo rezando por que Breslin y McCann se pelearan y yo pudiera ser su compañera, en primera línea hacia la gloria. Se me pasó.

Como no podía ser de otra forma, cuando el pequeño Stevie llevaba tres semanas coladito por él, uno de Crimen Organizado se voló la tapa de los sesos y Breslin —en medio de la sala de la brigada, rodeado de compañeros que conocían al difunto, que trabajaban y salían de copas con él— se volvió en la silla y, jugueteando con un bolígrafo entre los dedos, nos iluminó con un profundo y elocuente sermón según el cual el tipo en cuestión todavía estaría entre nosotros si hubiese dejado el tabaco, hubiese hecho más ejercicio y hubiera sacado tiempo para construir relaciones sólidas en el trabajo. Los más inteligentes de la brigada siguieron trabajando; los tontos

asintieron todos a una, boquiabiertos ante tamaña genialidad. El pobre Steve se quedó como si acabara de descubrir la verdad sobre Papá Noel.

En cuanto comprendes que es un imbécil, empiezas a contar los clichés que suelta por la boca y te fijas en que su relamido pelo está organizado sobre una calva y, en algún punto del camino, te das cuenta también de que no mide más de uno setenta y cinco y su porcentaje de casos resueltos es más bien del montón, y es entonces cuando empiezas a preguntarte si llevará faja. Aunque todo eso da igual: el hechizo obra su magia sobre testigos y sospechosos, y Breslin desaparece mucho antes de que este se disipe... Yo, sin embargo, me cabréé conmigo misma por dejarme engatusar, y ya me quedé cabreada para siempre con él y todo su mundo.

—¿Qué tal? —le digo—. Qué rollo que no hayamos podido hablar. La cobertura, que es una mierda.

No se aparta del umbral.

—Todo apunta a que te hace falta un teléfono nuevo, Conway. Pero, bueno, dejémoslo. Ya estamos aquí los tres.

—Sí, aquí estamos. ¿Pudiste echar un ojo a la escena?

—Sí, sí, peleíta de amantes de tres al cuarto. A ver si podemos acabar con esto rapidito y volver con lo bueno, ¿os parece?

—Esa es la idea —dice Steve alegremente antes de que yo pueda abrir la boca—. Gracias por ayudarnos. Te lo agradecemos.

—No es nada. —Breslin asiente en un gesto misericordioso—. Estamos en la sala de operaciones C.

La C tiene una pizarra más grande que mi cocina y ordenadores y líneas de teléfono para una investigación de las gordas, unas vistas de lujo a los jardines del castillo de Dublín y todo para el PowerPoint, por si te entra un apretón y te falta el aire si no pones unas diapositivas. Steve y yo solo hemos entrado una vez, y fue trabajando de refuerzos para otros detectives.

—Qué bueno —digo.

—Conmigo, calidad. —Breslin se acerca al cristal para observar a Rory—. Bueno, después del rato que habéis echado, espero que la mejor amiga..., ¿cómo se llama?, os contara algo sustancioso.

—Lucy Riordan —dice Steve—. Más que nada, cosas del pasado. Aislinn no tuvo una infancia fácil: el padre se largó, la madre se quedó depresiva y la niña adoptó el papel de cuidadora. Y eso la mantuvo bastante aislada... Le faltaba experiencia en la vida y confianza en sí misma. La madre murió hace unos años y desde entonces había empezado a salir del caparazón, pero todavía estaba en ello, seguía siendo bastante ingenua. De esas capaces de saltarse todas las señales de peligro.

—¿Y las hubo?

—No que Lucy sepa. Aislinn y Rory se conocieron hace seis o siete semanas en la presentación de un libro; los dos se quedaron pillados, pero ella quiso tomárselo con calma. Él parecía buen tipo y, por lo que cuenta, la trataba bien. A Lucy nunca le

dio mala espina.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —dice Breslin observando a Rory, que ha empezado a mover una rodilla bajo la mesa—. Menudo tirillas, ¿no? No tiene pinta ni de poder tumbar a su abuela. Lo que Lucy como se llame no puede saber es que esos son los más peligrosos cuando se convencen de que les han faltado al respeto. Pero ella no tiene por qué saberlo, nosotros sí. ¿Qué más?

Steve sacude la cabeza.

—Nada más.

Breslin arquea las cejas.

—¿La mejor amiga y eso es todo? ¿Qué hay de otros novios? ¿Algún ex contrariado? ¿Mujeres celosas? ¿Enemigos del trabajo?

Ahora somos los dos los que sacudimos la cabeza.

—Nada de nada —digo.

—Venga, hombre. Las chicas suelen soltar la lengua... ¿no es verdad, Conway? No quiero ni imaginarme lo que puede decirle mi parienta a sus amigas con una copita de Chardonnay. Lucy tenía que saber algo más jugoso de la víctima.

—Según ella, no estaban tan unidas. Eran amigas porque se conocían desde pequeñas y porque Aislinn no tenía a nadie más, pero no compartían muchas cosas y no eran las superconfidentes.

Breslin piensa en todo esto mientras se apoya en el cristal y se pellizca el labio inferior.

—¿Creéis que puede estar callándose algo?

Mi compañero y yo nos miramos con cara de tontos, hasta que él sacude la cabeza.

—Qué va.

—Lucy no es tonta —apunto—. Sabe que tiene que contarnos todo lo que sepa. Lo único que me preocupa... —Dejo la frase colgada—. Pero no será nada.

—Venga, Conway, compártelo con el resto de la clase. No te preocupes por que parezca una tontería, son solo hipótesis al vuelo.

Será desgraciado.

—También es verdad. Me preguntaba solo si quizá Lucy no sentía también algo por Rory. Se deshizo en elogios sobre lo buen tío que era. A ver, lo mismo es verdad, pero si a mi colega acabaran de matarla, yo estaría un poco escamada con su novio nuevo.

—Hum —dice Breslin—. ¿Y tiene esta Lucy coartada para anoche?

—Sí. Trabaja en el teatro Torch, y llegó allí a las seis y media de la tarde y luego estuvo acompañada hasta las cuatro de la mañana. Tenemos que comprobarlo pero, como he dicho, la chica no es tonta; no habría intentado colarnos una historia tan fácil de desmontar.

—Bueno, vale. Investigaremos si hubo algún tipo de contacto entre ella y nuestro amigo, por si estuviera involucrada de algún modo en el móvil; pero a no ser que

surja algo de eso, no veo que ese hipotético cuelgue sea relevante para nosotros. ¿Y vosotros? —Steve y yo meneamos la cabeza humildemente, como buenos chicos—. En fin, buena lluvia de ideas de todas formas. ¿Ha surgido algo más?

—Eso es todo —digo.

—Bueno... —dice, a punto de suspirar pero consiguiendo contenerse—. Supongo que vuestra excursioncita ha merecido la pena. Nunca viene mal un poco de trasfondo. Pero ahora sí que sugeriría que moviéramos el culo y entráramos en materia. ¿Os parece bien?

—Genial. —Y lo digo en serio: otros sesenta segundos de esta mierda y soy capaz de meterle un rodillazo en la boca del estómago al muy hijoputa—. Llevaré la voz cantante mientras tú me das la réplica, Breslin. Moran, quédate tú observando desde aquí y prepárate para el relevo si veo que necesitamos aires nuevos.

Steve asiente y Breslin se tira de los puños de la camisa.

—Ven con papá —le dice al falso espejo.

—Esto no es más que el interrogatorio preliminar, así que tampoco es necesario que confiese; ya le apretaremos las tuercas cuando reunamos los resultados del laboratorio forense, de la autopsia y toda la munición que podamos. —Y una vez que Steve y yo hayamos hecho nuestras pesquisas secretas para saber a qué nos enfrentamos realmente—. De momento, solo quiero sentar las bases: cómo es Rory, qué relación tenía con Aislinn, cómo la veía él, su versión de lo ocurrido anoche. Quiero saber si admite que habló con alguien entre las ocho y las cinco de la mañana; si no fue él quien llamó y se lo contó a alguien, necesitamos saber quién es. Quiero el abrigo y los guantes: los peritos han encontrado fibras de lana negra en la víctima y dicen que es probable que nuestro hombre llevara guantes que no sueltan pelo, como los que tiene ahí Rory; así que, si lo convencemos y nos los entrega para analizarlos, y nos evitamos perder el tiempo solicitando una puta orden de registro, me hará una reina. En un mundo ideal nos dejaría también registrar su casa y llevarnos todos los abrigos y guantes que encontremos, pero hoy tampoco quiero agobiarlo, así que si no sale de él, lo dejaremos estar y lo intentaremos por la vía de la orden de registro. ¿Entendido?

Breslin se lo piensa.

—Hum, sí, bueno, sería una forma... La otra sería intentar noquear a este meapilas lo antes posible. No es que tenga ningún problema con que me hayan asignado al caso... Está bien, me alegra poder ser de ayuda. Solo digo que he dejado el resto de mis casos aparcados y tampoco quiero dedicarle todo el tiempo del mundo a un caso de violencia doméstica corriente y moliente. Seguro que lo comprendéis. ¿Verdad?

Lo que comprendo más que nada es que debería callarse la boca y hacer lo que le ha pedido la encargada del caso, pero veo los ojos desorbitados en la cara de mi compañero y me dan ganas de reír, y acabo relajándome.

—Es una forma de verlo, sí —digo complaciente—. Vamos a hacer una cosa: de

momento nos lo tomaremos con calma, como he dicho. En cuanto vea que podemos permitirnos forzar la máquina un poco más, prometo que daré la señal de salida. ¿Os parece?

Breslin no está contento pero, tras pensárselo un momento, se encoge de hombros.

—Vosotros veréis. En tal caso, ¿podemos empezar antes de que acabe el turno?

—Al ver que me levanto de la mesa, añade—: Tal vez quieras hacer algo con eso antes de nada, Conway. A no ser que forme parte de tu astuto plan.

Con eso se refiere a algo que tengo en la comisura del labio. Me restriego la cara: un trozo de yema de huevo, que evidentemente llevo desde el bocadillo del desayuno.

—Gracias —le digo, en parte a Breslin y en parte a mi compañero, el Lince de Dublín, que me pone cara de disculpa.

—Primeras impresiones y todo ese rollo. Si estamos listos, vamos a darle caña.

Breslin me sostiene la puerta para dejarme pasar primero y que no pueda así tener unas últimas palabras con Steve a sus espaldas... Tampoco es que tengamos que intercambiar susurros elocuentes, pero en fin. El pasillo debería abrazarme como si fuera mi casa, con su pintura verde lodo desconchada, su moqueta gastada y todo lo demás; debería sentirlo como una senda conocida a través de mi propio territorio, que va a conducirme sin rodeos y a salvo hasta el enemigo, perfectamente colocado en medio de la cruz filar que es mi sala de interrogatorio. En lugar de eso, lo siento como una senda sin batir en plena tierra de nadie, minada y salpicada de hoyos de los que te parten los tobillos.

Todos tenemos nuestros trucos para los interrogatorios. A un compañero le sale un Padre Confesor estupendo, exagerando la culpa y blandiendo la absolución a modo de recompensa para el perrito; otro hace de Director Mosqueado, mirando por encima de las gafas y disparando preguntas. Yo hago de Superguerrera, dispuesta a irrumpir con sus armas echando fuego para vengar todas tus fechorías, si le dices cuáles son, y su otra cara, la Borde Comehombres, cuando queremos fastidiar a un violador o algún otro neandertal; también puedo hacer de la Enrollada, que es colega de los muchachos y paga sus rondas como cualquiera y se echa unas risas, con la que todos pueden hablar cuando les incomoda hablar con otro tío. Steve hace de Vecino Majo y sus variantes. Breslin hace de Galán Caballeroso con las mujeres, les coge el abrigo e inclina la cabeza para escuchar hasta su última palabra; con los hombres, le sale el Entrenador, tu gran colega, pero siempre que lo tengas de tu parte, porque, de lo contrario, te meterá la cabeza en el váter y tirará de la cisterna. Estudiamos nuestro objetivo y sacamos el que creemos que puede sernos más útil.

Rory no necesita a Superguerrera, al menos que sepamos, y es probable que con la Borde Comehombres acabe metiéndose debajo de la mesa, aunque la Enrollada podría relajarlo demasiado. Tiene pinta de llevarse de maravilla con Vecino Majo pero, por ahora, no es una opción. Solo espero que el Entrenador no lo intimide demasiado, o me ponga a mí de mala hostia y esto acabe yéndose de las manos.

Rory comienza nuestra relación costándome diez euros: no llora. Pega un bote de medio kilómetro cuando Breslin abre la puerta de golpe, pero, ante el saludo alegre de la Enrollada, logra responderme con una especie de sonrisa.

—¿Qué tal? —le digo dejándome caer en la silla de enfrente y sacando mi libreta—. Soy la detective Conway, y aquí mi colega el detective Breslin. Muchas gracias por venir.

—De nada. —Rory intenta averiguar si vamos a darnos la mano o no: no es el caso—. Yo soy Rory Fallon. ¿Hay...?

—Muy buenas —dice Breslin, que va hacia la cámara—. ¿Estás bien para hablar? ¿La resaca no perdona? Me pongo en tu lugar: un joven como tú, un domingo por la mañana...

—Estoy bien. —Se le quiebra la voz en la última palabra y tiene que aclarársela. Breslin sonrío de oreja a oreja mientras pulsa un botón tras otro.

—Eso no puede ser. Espero que el fin de semana que viene se te dé mejor.

Le señalo su taza de té a medio beber.

—¿Quieres que te la rellene? ¿O un café, mejor?

—No, gracias, estoy bien. —Rory apenas tiene el culo apoyado en la silla; parece a punto de salir por patas al primer ruido fuerte... si tuviera adónde ir.

—¿Por qué estoy aquí?

—Tch, tch —chasquea la lengua Breslin, que se vuelve para amonestarlo con un dedo—. Para el carro, hombre, que todavía no podemos empezar. Hoy en día tenemos que grabar las conversaciones en audio y en vídeo. Para protegernos a todos, ¿sabes a lo que me refiero?

A Rory le cuesta un segundo asentir inseguro.

—Sí, me imagino.

—Claro, hombre —dice alegremente Breslin—. Un minutito y podremos hablar con el corazón en la mano. —Sigue trasteando con la cámara mientras silba entre dientes.

El librero tiene los hombros a la altura de las orejas.

—¿Necesito un abogado... o algo? —pregunta.

—No sé —le digo, y bajo la libreta para dedicarle toda mi atención—. ¿Lo necesitas?

—No, yo lo digo... lo digo porque ¿no debería tener uno?

Enarco las cejas.

—¿Lo ves necesario?

—No, no tengo nada que... ¿No se supone que tendría que tener uno?

—Si quieres puedes llamar a uno, hombre —le dice Breslin—. Por supuesto. Elige a uno, pégale un toque y nos esperamos tranquilamente hasta que venga, no hay problema. Pero te diré qué es lo que va a hacer: se sentará ahí a tu lado y de vez en cuando dirá: «No tiene por qué responder a esa pregunta», y te irá facturando por minuto. Yo puedo decirte lo mismo gratis: no tienes por qué responder a ninguna de nuestras preguntas. Es lo primero que le decimos a todo el mundo: no está obligado a decir nada que no quiera, pero todo lo que diga constará por escrito y podrá ser utilizado como prueba en un juicio. ¿Me he explicado? ¿O te sentirías mejor pagando por ello?

—No. Yo... Sí, creo que no pasa nada por no tener abogado. —Y hasta ahí sus recelos.

—Claro que sí, hombre —le dice Breslin, que le da una palmadita a la cámara—. Okey, Makey: el cacharro este está ya funcionando. Los detectives Conway y Breslin interrogando al señor Rory Fallon. Vamos a charlar.

—¿Es por Aislinn? —pregunta entonces, igual que hizo Lucy.

—Eh, so, Rory, so —dice Breslin levantando las manos y riendo. Yo hago lo

propio—. Para el carro, ¿quieres? Ya llegaremos a eso, te lo prometo. Pero aquí la detective Conway y yo tenemos que hacer este mismo interrogatorio cientos de veces, y necesitamos ceñirnos a las mismas preguntas en el mismo orden para no liarnos y acabar sin saber qué hemos preguntado ya a quién. Así que haznos un favor: déjanos proceder a nuestra manera, ¿de acuerdo?

—Vale, perdón.

Pero a nuestro sospechoso se le han relajado los hombros: por ser uno de cientos y porque no somos más que dos gansos a punto de perderse con el guion. Breslin es bueno. Lo he visto trabajar antes pero no había compartido sala de interrogatorio con él y, muy a mi pesar, no lo estoy pasando mal.

—No te preocupes —digo conciliadora. Mi compañero se sienta en la silla a mi lado y nos ponemos cómodos, pasamos hojas de libretas, asentamos nuestros culos en las irregularidades de nuestras sillas y comprobamos que nos funciona el bolígrafo—. Entonces, vamos a empezar por el principio. ¿Qué hiciste ayer? Desde... no sé... ¿de mediodía en adelante?

Rory respira hondo y se sube las gafas sobre el puente de la nariz.

—A ver. A mediodía estaba en la librería... Soy dueño de Libros Díscolos, en Ranelagh, ¿les suena? Justo debajo de mi piso, donde sus... sus compañeros... ¿vinieron a por mí?

—He pasado como mil veces y siempre me digo que tengo que entrar —comento—. Ahora tendré que ir si no quiero que me plante una queja. —Breslin y yo compartimos una risita y Rory sonrío al instante: un buen chico que nos da lo que esperamos de él—. ¿Y cómo se dio ayer el día?

—Bastante bien. Los sábados vienen muchos de los habituales... Sobre todo padres y madres con sus hijos para comprarles algún libro. Tenemos una buena sección de libro infantil, en el caso de que... O sea, si es que tiene..., yo no... —Parpadea angustiado.

—Llevaré a mis sobrinos cuando vaya. —No tengo sobrinos—. Podrías recomendarles cualquier cosa con dinosaurios. ¿Y en general cómo va el negocio?

—No va mal. A ver... —Hace un extraño gesto con los hombros—. No corren buenos tiempos para las librerías, pero por lo menos tenemos a nuestros habituales.

O sea, que está bajo presión. Habrá que comprobar qué significa para él «no va mal».

—Entonces tendré que ir con mis sobrinos para contribuir —digo sonriendo—. ¿A qué hora acabaste?

—Cierro a las seis.

—¿Y qué hiciste luego?

—Subí a casa y me duché. Había... hum, tenía una... —Rory está poniéndose de un entrañable tono rosado—. Había quedado en casa de una chica para cenar. De una mujer.

—Hombreee —dice Breslin retrepándose en la silla y sonriendo—. El amigo

Rory está hecho un campeón. Cuéntaselo todo al tío Don. ¿Novia? ¿Amiga con derecho a roce? ¿Amor verdadero?

—Es... —El rosa se intensifica y Rory se pasa las palmas de la mano por las mejillas como si pudiera limpiárselo—. Bueno, no sé si puedo llamarla novia exactamente. Solo hemos quedado un par de veces. Pero sí, yo tengo la esperanza de que la cosa cuaje.

Presente. Tampoco es concluyente, no es tonto. Sonríe ante el adorable despliegue de amor juvenil, y él consigue devolverme la sonrisa.

—Así que te lo curraste un poco, ¿no? —interviene Breslin—. Dime que te lo curraste, Rory. A ver, esa camisa está bien para vender *El grúfalo* a mamás pijas, pero para impresionar a una nena... digamos que para quedar bien con ella, no te serviría. ¿Qué te pusiste?

—Pues una camisa, un jersey y unos pantalones. Todo bueno, no eran de...

Mirada escéptica de Breslin.

—¿De qué color? ¿Cómo eran?

—Una camisa de lino blanca y un jersey de punto azul claro ¿con pantalones azul marino? Yo soy más de vaqueros, pero a Aislinn... Sabía que ella se pondría más elegante, así que pensé que tenía que estar a la altura.

—Ajá, por lo que dices, podría haber sido mucho peor. Se ve que aquí el chaval no tiene mal gusto cuando se lo propone. —Breslin le señala el abrigo colgado en el respaldo—. ¿Y fuiste con eso?

Rory pasea la vista inseguro de la prenda a mi compañero.

—Sí, en realidad es el único abrigo bueno, de pleno invierno, que tengo. Me lo compré en Arnott's, digamos que no es de... vamos, que está bien, ¿no?

—No está mal —dice Breslin escrutando con ojo crítico el abrigo—. Puede valer. Pero no llevarías esos guantes, ¿no? ¿O sí?

Vuelve la cabeza hacia los guantes como un resorte.

—Sí que me los puse. ¿Por qué? ¿Les pasa algo?

—Algo, dice... —Con cara de asco, Breslin alarga la mano, mueve los guantes con el bolígrafo y les da la vuelta. Parecen limpios—. No sé, a lo mejor me estoy haciendo mayor, o puede que los chavales de hoy en día vayan a sus citas como si les hubiera prestado las manos un ciclista. ¿En serio te los pusiste?

—Hacía frío.

—¿Y? Para presumir hay que sufrir, Rory. ¿Es que no tienes unos negros? Por lo menos, con ese color, no parecería que ibas con dos pulgares escayolados como con estos.

—Los busqué, porque creía que tenía unos de cuero negro en alguna parte, pero no sé adónde habrán ido a parar. Estos son los únicos que encontré.

Nosotros también buscaremos.

—Deja de acosarlo al pobre —le digo a Breslin—. De todas formas, uno se quita los guantes nada más entrar por la puerta, ¿no, Rory? ¿A quién le importa cómo sean?

Breslin pone cara de hastío y se recuesta en su asiento sacudiendo la cabeza. El librero me lanza una rápida mirada de agradecimiento. Estamos convirtiendo la sala de interrogatorios en un entorno familiar (incluso las pullas de Breslin deben de ser como las que se llevaba Rory en el colegio a diario) y eso lo relaja. No es un pelele inofensivo como había imaginado de entrada por sus movimientos y sus titubeos nerviosos. Es más complejo que eso. Dentro de su zona de confort, Rory se las arregla bien. Eso sí, si lo sacas de ahí, se viene abajo.

«Yo soy más de vaqueros...» Aislinn no pertenecía a su zona de confort.

—¿Y dónde vive esta chica?

—En Stoneybatter.

—Buena zona —digo asintiendo—, a solo un salto al otro lado del río, y ya estás. ¿Cómo llegaste hasta su casa?

—En autobús. Fui andando hasta Morehampton Road (todavía no había empezado a llover) y luego cogí el 39A hacia Stoneybatter. Para justo a la vuelta de su calle.

—Eh, eh, un momento, rebobina. —Breslin tiene las cejas enarcadas—. ¿En autobús? ¿Fuiste a su casa en autobús? Tú sí que sabes impresionar a una dama. ¿Es que no tienes coche?

A Rory le vuelve el tono rosa aturullado. Me encantan los que se sonrojan.

—No, sí que tengo. Es solo que pensé... que si nos tomábamos un vino en la cena, y luego tenía que volver a casa...

—¿Tienes? ¿Qué coche es?

—Un Toyota Yaris...

Breslin resopla.

—¡Será verdad! ¿De qué año?

—Del dos mil siete.

—Anda que... —dice el Entrenador sonriendo hacia la libreta—. Ya entiendo por qué fuiste en autobús. Venga, sigue.

Rory agacha la cabeza y vuelve a subirse las gafas por la nariz. Al parecer es de esos a los que puedes hacerles el calzón chino y ni protestan. Cuando esa clase de gente acaba hartándose, explotan con onda expansiva.

—¿A qué hora saliste de casa? —le pregunto.

En el acto se incorpora en el sitio y se sienta más recto. Está tan contento de que le hable yo y no Breslin que me dirá lo que haga falta.

—A las siete menos cuarto.

Lo más interesante que ha dicho hasta el momento. Había quedado con Aislinn a las ocho. No se tarda una hora y cuarto de Ranelagh a Stoneybatter, sobre todo un sábado por la tarde. Habría llegado andando en la mitad de tiempo.

—¿Y a qué hora te subiste al autobús?

—Poco antes de las siete. Apareció uno en cuanto llegué a la parada.

Eso podemos comprobarlo: las cámaras de seguridad del autobús. Lo apunto.

—¿A qué hora tenías que estar en casa de Aislinn?

—A las ocho, pero... es que no quería llegar tarde. Pensé en darme un paseo si me sobraba tiempo.

—Uff —digo torciendo el gesto—. ¿Con el tiempo que hacía? ¿Qué pensabas hacer?

Rory remueve los pies como si no encontrara una postura cómoda. Le pone nervioso hablar de ese tiempo muerto. Me encantaría estamparle el sello de INOCENTE y correr a perseguir a las bandas de Steve, pero lo huelo, caliente, caliente: aquí hay algo.

—No sé —dice—. Yo... quería asegurarme de encontrar bien la casa y esas cosas.

Pongo cara de perplejidad.

—Pero si has dicho que la casa estaba a la vuelta de la esquina de una parada. Me ha dado la impresión de que te manejabas por la zona.

Rory parpadea como loco.

—¿Cómo...? No..., tampoco tanto. Pero Aislinn me había dado indicaciones. Y miré el plano en el móvil. No era muy complicado. Lo que no quería era llegar con el tiempo justo, por si acaso.

Dejo una pausa de escepticismo pero no salta a rellenar el vacío.

—Vale. Entonces te bajaste del 39A en Stoneybatter... ¿a qué hora?

—Poco antes de las siete y media. No había mucho tráfico.

Tiempo de sobra para llegar a casa de Aislinn, matarla y estar de vuelta en la puerta de la calle, llamando y con cara de extrañeza, a las ocho en punto. Incluso cuadra con lo de apagar el fuego: no quería que la alarma saltase antes de poder hacer su teatrillo de las llamadas y los mensajes y, cabe suponer, el paseíto preocupado de aquí para allá, para los que pudieran estar viéndolo. Ese olor caliente vuelve a inundarme la nariz.

Escruto de reojo el falso espejo, que se me queda mirando inexpresivo. Me bastaría un vistazo a Steve para saber si está pensando lo mismo que yo. Pero solo tengo a Breslin, que garabatea en su libreta retrepado sobre las patas traseras. Me dan ganas de meterle una patada a la silla para que se caiga.

—Llegaste con bastante tiempo. ¿Qué hiciste?

—Fui hasta la esquina de Viking Gardens... la calle donde vive Aislinn, para asegurarme de que tenía bien las señas. Como he dicho antes.

—¿Viste a alguien por la calle?

—No, estaba vacía. Aunque tampoco me quedé mucho. No quería que la gente pensara que era un ladrón o un... un mirón. —Otra embestida a las gafas.

—¿Llegaste a adentrarte en la calle, para ver cuál era la casa?

—No. Es una calle recta, sin salida... Se veía todo desde la esquina; tampoco necesitaba localizar la casa de antemano. Y no me hacía gracia que Aislinn mirara por la ventana y me viera allí media hora antes. Se habría visto obligada a hacerme

pasar, sin haber terminado de arreglarse, y la situación habría sido incómoda, la verdad.

Está con los nervios a flor de piel, pero las respuestas le salen con facilidad, sin atrancarse ni desdecirse. De todas formas, eso tampoco significa gran cosa, al menos con él. Ya nos ha contado que le gusta planear con tiempo, repasar cada supuesto, asegurarse de tener todo controlado para que los planes salgan como la seda. Si proyectó un homicidio, seguro que ha machacado bien la historia de la coartada; probablemente incluso hizo un simulacro un par de días antes. Y si no fue planeado, puede haberse pasado la noche inventándose una buena historia y repasándola cientos de veces. La verdadera zona de confort de nuestro hombre está dentro de su cabeza.

—Por no hablar de que ella habría pensado que eras una especie de maniaco que se pasaba las horas muertas mirando por sus ventanas —interviene Breslin, y Rory se estremece en su asiento—. Eso siempre queda fatal. ¿Qué hiciste entonces?

—Mi idea era darme un paseo sin más hasta las ocho, pero entonces me di cuenta de que no llevaba nada.

—¿Nada como qué, condones? —Breslin esboza una gran sonrisa burlona—. Vaya, eso sí que es tener confianza en uno mismo.

Rory agacha la cabeza como un resorte y vuelve a encajarse las gafas nariz arriba.

—¡No! Me refiero a flores. No quería presentarme con las manos vacías. Aislinn me había dicho que no me molestara en llevar vino, pero tenía pensado comprarle flores en Ranelagh, lo que pasa es que se me olvidó por completo... Estaba tan concentrado con qué ponerme, plancharlo todo bien y en la hora... No me di cuenta hasta que llegué a su calle.

—Pe-li-gro —salmodia Breslin, que ha vuelto a retrepase en la silla y juguetea con el bolígrafo.

—Sí, sí. De hecho, por un segundo me entró el pánico. Pero como hay un Tesco en Prussia Street...

—Un momento —digo confundida—, creía que no conocías el barrio.

—Y no lo conozco. Yo... ¿qué?

—¿Cómo sabías dónde había un Tesco?

Me mira entre parpadeos.

—Lo miré en el móvil. Y fui para allá...

Antes de que abra la boca, sé que Breslin va a intervenir. Estamos haciendo un buen equipo: yo mantengo el buen rollo para ir sacando la información básica, y él entra cada vez que ve un claro para azuzar a Rory, mientras yo me quedo bajo la piñata para recoger todos los caramelos que caen. No me gusta formar buen equipo con él. Tengo la sensación de que está otra vez engatusándome, aunque no sé muy bien cómo.

—¿Flores del Tesco? —pregunta con una cara a medio camino entre la burla y la vergüenza ajena—. Creía que habías dicho que era una chica estilosa.

Rory se remueve en la silla.

—Sí, sí, y lo es. Pero a esas horas...

—Es estilosa, lleva medio día metida en la cocina para hacerte la cena y ¿vas tú y te presentas con un ramo de margaritas fucsias medio muertas? ¡Venga, hombre!

—A ver, no era lo que tenía pensado. Yo quería... Aislinn me contó que, cuando era pequeña, su padre solía llevarla a Powerscourt; paseaban juntos por el jardín japonés y contemplaban las azaleas, y él le contaba historias sobre una princesa muy valiente que se llamaba Aislinn. Así que quería intentar encontrarle una maceta de azaleas. Pensé que... —una sonrisilla atribulada, mirándose las manos— la haría feliz.

—Es un detalle —digo asintiendo—. Un detallazo. Seguro que le habría encantado.

—Eso sí, ¿ves? —dice Breslin dando su aprobación y señalando a Rory con el bolígrafo—, eso sí que es sacar la artillería pesada. Es con cosas así como se llega a algún lado en esta vida, no sé si me entiendes. Podrías haber compensado hasta eso. —Los guantes—. Qué lástima que la cagaras. Yo diría que en el Tesco no tienen azaleas en *stock*.

—Ya lo sabía. Pero a esas horas, un sábado por la tarde, no iba a encontrar nada más abierto. Pensé que incluso un ramo de flores feas era mejor que nada —dice Rory, que nos mira alternativamente en busca de aprobación.

Breslin hace una mueca y mueve la mano, así así.

—Eso depende de la chica. Si no tiene mucha clase, puede que cuele, pero con esta... Da igual, ya es demasiado tarde. Así que fuiste al Tesco ¿y...?

—Sí. No les quedaban muchas flores, y la mayoría eran lo que ha dicho... margaritas enormes teñidas de colores raros... Pero encontré un ramo de lirios que estaban bien.

—Los lirios son bonitos —comento—. ¿A qué hora llegaste al Tesco?

—A las ocho menos cuarto, o un poco después.

Y eso también podemos comprobarlo. Cámaras de seguridad del autobús, circuito cerrado del Tesco: la secuencia de tiempo que está ofreciéndonos puede verificarse, y me pregunto si será adrede. Fue muy oportuno olvidarse las flores. El Tesco está a siete, ocho minutos andando de Viking Gardens: perfecto para poder justificar sin problema esa media hora muerta.

Si Rory fue y volvió corriendo —y debemos buscar a alguien que lo viera a paso acelerado—, pudo haberse ahorrado un par de minutos en el paseo. El asesinato en sí apenas llevó tiempo: dos segundos para el puñetazo, entre diez y veinte para comprobar la respiración y el pulso de Aislinn, diez para apagar la cocina, en total, un minuto dentro. Lo que pudo haber llevado más tiempo es el acaloramiento previo al asesinato, en caso de que lo hubiera.

Si Rory es nuestro hombre, no es un típico caso de imbécil integral. Está nervioso pero va tapando los resquicios antes de que lleguemos, manteniéndose un paso por delante en todo momento. Si hay que aguantarse con que sea él el asesino, al menos

presentará batalla.

—Ibas un poco apurado, ¿no? —comento—. ¿Cuánto tardaste?

—Un par de minutos. Me di prisa. Como ha dicho, no me quedaba mucho tiempo. Por cosas así es por lo que me gusta llegar antes.

—Entiendo. Así que cuando saliste del Tesco...

—Volví directamente a Viking Gardens. Llegué puntual... miré el reloj: eran casi las ocho en punto.

—¿Viste a alguien en la calle?

Reflexiona rascándose la nariz.

—Había un anciano paseando un perro... un perro blanco. Salía de la calle y me saludó con la cabeza. Creo que eso fue todo.

De nuevo, fácil de comprobar.

—¿Y luego qué?

—Atravesé la calle mirando los números de las casas hasta que encontré la de Aislinn... el número 26. Llamé al timbre... —No termina la frase.

—¿Y?

—No abrió la puerta.

Esta vez el sonrojo llega como una erupción. Siento a Steve tras el cristal, cómo se abalanza sobre ese rubor, convencido de que significa que él tenía razón y Fallon es un santo. Yo no las tengo todas conmigo. El sonrojo puede ser el recuerdo de la humillación, pero también la mentira que asoma.

—Ajá. Qué raro. ¿Qué crees que pasó?

Rory tiene la cabeza gacha.

—En ese momento lo único que pensé es que no me había oído. Sabía que el timbre funcionaba porque se oía desde dentro, pero pensé que podía estar en el cuarto de baño o haber salido al patio para algo.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Esperé un minuto y pegué en la puerta. Y luego volví a llamar al timbre. Al ver que no respondía, le mandé un mensaje a los pocos minutos... No sabía si me había equivocado de dirección. Esperé un buen rato, pero no hubo respuesta.

—Auch —dice Breslin arrugando el gesto—. Eso tiene que doler.

—Pensé que a lo mejor no había oído el mensaje... —El librero capta la mezcla de compasión y burla en la cara de mi compañero y vuelve a agachar la cabeza—. Puede pasar. A lo mejor estaba cocinando o algo y se dejó el teléfono en el otro cuarto... a veces los pitidos de los mensajes son mínimos, apenas se oyen...

—Yo nunca me entero de los míos —corroboro—. Es un coñazo. Entonces ¿volviste a intentarlo?

—La llamé. La casa es pequeña, de una planta, así que pensé que lo oiría sí o sí. Pero no respondió. —Levanta la vista, ve la sonrisa cáustica de Breslin y entorna los ojos—. Volví a intentarlo... y esa vez pegué la oreja a la puerta para ver si se oía el teléfono dentro... Ya incluso dudaba de que estuviera en casa... Pero no logré oír

nada.

Lo comprobaremos.

—¿Qué pensaste?

—No estaba seguro. Me dije que probablemente... —Casi no le queda voz.

—Habla más alto, que tiene que oírse en la grabación —lo interrumpe Breslin.

Rory logra subir un poco el volumen, pero sigue teniendo problemas para mirarnos a la cara.

—A ver, hace dos semanas Aislinn canceló una cita en el último momento y nunca me explicó por qué, solo me dijo que le había surgido algo. Y el resto de las veces también ha sido complicado quedar... A lo mejor yo le propongo un día y a ella no le va bien, o de entrada sí, pero luego surge algún problema... y a veces no contesta al teléfono... Yo no sé si es una cuestión de estrategia (aunque no me parece propio de ella, pero está claro que tampoco la conozco tanto), o a lo mejor hay algo en su vida que no está preparada para contarme, como que tenga, no sé, ¿algún pariente con demencia o alcohólico al que tenga que asistir a veces, sin previo aviso? —Nada de posibles cuernos, aunque la idea tuvo que pasársele por la cabeza. A lo mejor solo quiere evitarse la pulla de Breslin, pero es interesante que no lo mencione —. Así que pensé que sería otra vez por lo mismo, fuera lo que fuese.

—Y tú ahí con tu ramito de lirios del Tesco —dice Breslin conteniendo apenas una sonrisita—. Listo para un poco de marcha. —Rory baja aún más la cabeza.

—¿Te quedaste preocupado? —pregunto yo, toda comprensión—. ¿Pensaste que podía haberle pasado algo?

Rory se vuelve hacia mí, agradecido.

—Sí, un poco sí. Por eso al entrar he preguntado si tenía que ver con ella. Me preocupaba que se hubiera desmayado o escurrido en la ducha, o incluso que estuviera demasiado enferma para responder al teléfono... No sé, podía deberse a eso que no quería contarme: una enfermedad, epilepsia... Pero no supe qué hacer al respecto. No podía llamar al 999 y avisar de que una mujer no le abría la puerta a un hombre al que solo conocía de unas semanas... Se habrían reído en mi cara y me habrían dicho que me fuera buscando otra novia. Y hasta yo sabía que eso era lo más probable. Pero no pude evitar imaginarme todas las posibilidades... Yo soy así, incluso cuando no... Es por Aislinn, ¿verdad? —Ha salido de su zona de confort y se ha convertido en un riachuelo titubeante e inútil; o eso quiere hacernos creer.

—¿Qué pasó luego? —quiero saber.

—Vi que las cortinas no estaban cerradas del todo y que había luz dentro, así que intenté mirar por esa rendija. Me daba apuro que los vecinos me vieran y llamaran a la policía, pero tenía los mensajes de Aislinn invitándome a cenar y pensé que tampoco era tan mala idea que viniera la policía, porque por lo menos de esa manera podríamos comprobarlo y asegurarnos de que no pasaba nada...

Este hombre es incapaz de pedir un bocadillo sin comerse la cabeza sobre las posibles consecuencias de la mayonesa.

—¿Viste algo?

Niega con la cabeza.

—No, nada, era una rendija muy estrecha y desde ese ángulo solo pude ver un poco de sofá y una lámpara... que estaba encendida. Pero no quise pararme mucho, solo eché un vistazo rápido.

—¿Viste algún movimiento o sombra? ¿Algún indicio de que pudiera haber alguien en la casa?

—No, nada parecido. Las sombras parpadeaban un poco pero no me dio la impresión de que pudiera haber alguien, parecía más bien que estuviese el fuego encendido en la chimenea.

Cosa que es cierta. Lo apunto en la libreta, para comprobar si es posible ver el parpadeo de las llamas por entre las cortinas. Si es nuestro hombre, tiene un gran autodomínio: no mucha gente habría resistido la tentación de colarnos un intruso misterioso.

—¿Y qué hiciste?

—Le mandé otro mensaje, por si acaso nos habíamos liado con el día o... — Breslin resopla y Rory se estremece—. He dicho por si acaso. Me hago cargo de que lo más normal es que me diera plantón. Ya he dicho que me lo imaginaba. Pero si no era más que un malentendido y cogía y, con el cabreo, borraba su número, entonces los dos podíamos estar perdiéndonos algo estupendo. No quería arriesgarme, prefería quedar como un tonto.

—Parece que se cumplió tu deseo —dice Breslin—. Tendrías que haberte largado en cuanto no respondió a la puerta. Si quiere arreglar la situación, que se lo curre ella. Con mano dura, la chica te dura, ya se sabe.

—Yo no soy así.

—¿Ah, no? ¿Y qué tal te va?

—Es un ser humano decente, Breslin —intervengo—. Y eso es bueno, aunque tú no lo creas. Rory, cuando viste que no respondía, ¿qué hiciste?

—Me rendí —dice en voz baja—. Eran las ocho y media y estaba congelándome, había empezado a llover... Y, pasara lo que pasase, no iba a cambiar mucho que yo me tirara allí toda la noche, así que me fui.

—El cabreo tuvo que ser monumental —tercia Breslin—. Después de atravesar media ciudad en una noche de invierno asquerosa, llegarte corriendo al Tesco y volver, y que ni siquiera se moleste en abrirte... Yo estaría echando humo.

—Yo no. Estaba más bien... triste. A ver, me sentó mal, sí, pero...

—Es que no es para menos. ¿Aporreaste la puerta? ¿Gritaste? ¿Te cagaste en todo? ¿Alguna patada a una farola? —Y cuando Rory abre la boca, añade—: Recuerda que vamos a hablar con los vecinos.

—No, no hice nada de eso. —No nos mira a la cara, como si no pegarle una patada a la puerta de Aislinn lo hiciera menos hombre—. Me fui a casa y ya está.

—Hay que saber perder —lo defiende—. Hay tíos que habrían montado un buen

pollo para que los viera toda la calle. Pero así no se impresiona a una chica. ¿Volviste en autobús?

—Fui andando. No tenía ganas de esperar en la parada ni de ver a nadie. Eché a andar... sin más.

O sea, que nada de conductores o pasajeros de autobús que puedan decirnos si se le veía aturdido o tembloroso o si tenía los guantes llenos de sangre. Pongo las cejas en modo preocupación.

—Madre mía, no te envidio el paseíto. Cruzarse media ciudad un sábado por la noche, con palurdos borrachos buscando bronca por ahí... ¿No te molestó nadie?

Le sale un extraño tic en el hombro, como encogiéndolo: de nuevo, intentando desaparecer en el caparazón.

—Si alguien lo intentó, seguramente ni me di cuenta. Cuando iba por Aungier Street, un hombre gritó algo a mis espaldas, pero no sé ni qué me dijo... Creo que ni siquiera hablaba en inglés... y tampoco sé si la cosa iba conmigo. Yo no... —Otra vez el tic—. No estaba prestando atención.

—No parece que te perdieras gran cosa. ¿Qué hiciste con las flores?

—Las tiré. —La noche reflota de pronto en la voz de Rory, derrotada, cruda y de una tristeza insoportable. Perder a Aislinn ha sido un duro golpe, por un motivo u otro—. Al principio ni me fijé en que las tenía en la mano, y cuando las vi, las tiré sin más. Pensé en dárselas a alguien, para no desperdiciarlas, pero no tenía fuerzas. Después de todo el jaleo para comprarlas, las tiré en una papelerera.

—¿Una papelerera de dónde?

—Por los muelles. Sí: me pasé todo ese tiempo andando con un cartel de CALABAZAS colgado al cuello, antes de darme cuenta de que tenía las flores. Para partirse, ¿no? —La pregunta es dedicada a Breslin.

—A mí me habría pasado lo mismo —intervengo, pero levanto un párpado mirando hacia el falso espejo: quiero que Steve mande a un par de refuerzos a que batan las papeleras de los muelles antes de que las vacíen; ese ramo cutre podría estar lleno de sangre—. Aunque yo me habría parado a tomarme una pinta por el camino. ¿Tú no?

—No, yo solo quería llegar a casa. —Rory se frota la cara con las manos: empieza a acusar el cansancio—. ¿Pueden contarme qué está pasando?

—¿Y a qué hora llegaste a casa? —lo ignoro.

—No estoy seguro. Puede que poco antes de las nueve y media. No miré el reloj.

—¿A quién llamaste? —pregunta Breslin.

—¿Cómo que a quién llamé?

—Cuando llegaste. ¿A quién llamaste para cagarte en la gran cita que se había ido a la mierda? ¿A tu mejor amigo? ¿A tu hermano?

—A nadie.

Mi compañero lo mira incrédulo.

—No puedes estar hablando en serio. Ay, Rory, dime que tenías a alguien a quien

llamar. Porque a todos nos pueden dar la patada alguna vez... Son cosas que pasan... Pero si llegaste a casa después de una noche así y no tenías ni a un solo colega a quien llamar para rajarse de lo lindo de las mujeres y la vida... eso sí que es lo más triste que he oído en semanas... En meses.

—No llamé a nadie —insiste—. Me hice un bocadillo porque, por razones obvias, no había cenado, y me quedé en casa mirando por la ventana y sintiéndome el tonto más grande del mundo mientras me montaba historias, a cada cual más fantástica, en las que no todo estaba perdido, y deseando ser de esos tíos que pueden superarlo saliendo y poniéndose hasta las cejas, metiéndose en peleas o tirándose a la primera que pasa.

La feroz humillación de su voz pega bocados. La cosa apunta maneras. Si conseguimos tocarle la moral, será por ahí: por la humillación.

Y si Aislinn se la tocó, fue por lo mismo. Habría bastado con enterarse de que estaba tirándose a otro.

—Y a medianoche, al ver que seguía sin llamarme o mandarme un mensaje, me metí en la cama. Lo último que quería en el mundo era llamar a un colega para contarle eso, ¿vale?

Breslin mantiene un minuto más la mirada de incredulidad. El librero aparta la vista y se tira del puño de la camisa, pero no abre la boca.

Hasta ahora todo lo que nos ha dado es una historia perfectamente verificable, y tiene que saber que podemos comprobar los registros telefónicos. Si se lo contó a alguien, debió de hacerlo creyendo que no dejaría huellas. Me pregunto si tendrá algún colega que viva entre Stoneybatter y su casa.

Lo dejo estar y le pregunto en cambio:

—Para que no haya ningún malentendido, ¿puedes confirmarnos que esta es la mujer con la que salías? La mujer que te invitó a su casa anoche. —Saco una fotografía de Aislinn de la carpeta y se la acerco por la mesa.

Levanta la vista en el acto, con los ojos desencajados, y olvidando de golpe el arranque de amargura.

—¿Por qué tienen...? Ya sabían... ¿Ha pasado...? ¿Qué...?

—Como ha dicho antes el detective Breslin —le explico en tono amable pero firme—, tenemos que hacer las cosas en un orden. ¿Es esta la mujer a cuya casa fuiste anoche?

Por un segundo creo que por fin va a echarle huevos y a exigir una respuesta, pero yo no mudo ni la sonrisa ni la mirada fija y, al final, parpadea él primero.

—Sí. Es ella.

—El señor Fallon ha identificado una fotografía de Aislinn Murray —le digo a la cinta.

—A ver que la vea. —Breslin se inclina para cogerla, pone las cejas de punta y da un silbido largo y bajo—. Guauu. Amigo, puedes estar orgulloso, es un bomboncito.

Eso aparta de sus inquietudes a Rory, que le lanza una mirada indignada a

Breslin. Este, sin embargo, no se da por aludido y sigue con la foto en las manos, asintiendo con la cabeza para insistir en su beneplácito.

—Es guapa, pero no me gusta por eso.

Breslin, aún con la instantánea en alto, le dedica una mirada de escepticismo.

—Ajá... Claro, es por su gran personalidad.

—Pues sí, por eso. Es interesante, lista, cariñosa y tiene una imaginación estupenda... No es por su físico. En ese aspecto, ni siquiera es mi tipo.

Breslin estalla en un bufido.

—Venga, hombre. Es el tipo de cualquiera. ¿Estás diciéndome que las prefieres feas? Si fuera por ti, ¿estarías con un orco peludo con cara de donut aplastado pero, sin saber cómo, al final has tenido que aguantarte con esta? Uh, qué pena me das.

Rory vuelve a ruborizarse.

—¡No! Solo digo que nunca había estado con una chica tan... en fin, elegante. Mis otras novias tenían un estilo más de andar por casa.

—No me extraña —dice Breslin mirándole la camisa—. Entonces ¿cómo te la levantaste? No te ofendas, pero, si nos atenemos a los hechos, ella está fuera de tu alcance. No te importa, ¿verdad?, que te lo diga.

—No, ya he dicho que es guapa. —Rory se remueve en la silla, deseoso de que mi compañero deje la foto, pero este le dedica una última mirada lasciva.

—Es despampanante. Mientras que tú... bueno, no tienes nada malo, pero no eres Brad Pitt, ¿no?

—Ya lo sé.

—Entonces, cuéntame, ¿cómo te la ligaste? —le pregunta blandiendo la foto.

—Nos pusimos a charlar. En la presentación de un libro en mi tienda, a principios de diciembre. Y ya.

—Ajá. —Breslin le lanza otra miradita escéptica—. ¿Y cuál es tu técnica? En serio, me vienen bien todos los consejos que puedas darme.

El librero empieza a alterarse: está más incorporado en la silla y le sostiene la mirada a Breslin, para que desista de su actitud.

—No tengo ninguna técnica. Hablé con ella, eso es todo. Nunca pensé que podría llegar a nada. Sé perfectamente que cualquiera que la viera a ella y luego me viera a mí no daría nada por nosotros, porque yo pensaba lo mismo. Si me puse a hablar con Aislinn fue porque la vi sola en la sección infantil y, como es mi tienda, en cierto modo me sentía responsable, quería que todo el mundo lo pasara bien.

—Y digamos que... congeniasteis —le digo con una sonrisa, y consigo arrancarle otra al recordarlo.

—Sí, bastante. O eso creí yo.

—¿De qué hablasteis?

—De libros, más que nada. La vi hojeando una antología de cuentos de George MacDonald, un libro que a mí me encanta desde pequeño, y se lo comenté, y ella me dijo que le pasaba lo mismo... Teníamos hasta la misma edición. Y a partir de ahí...

A los dos nos gusta el realismo mágico y también somos aficionados a las secuelas, las sagas... Me contó que le encantaba *Ancho mar de los Sargazos* y yo le dije que tenía que leer los cuentos de Angela Carter. Y luego me confesó que, con catorce años, se enfadó tanto con el final de *Mujercitas* que lo reescribió para que Jo acabara casándose con Laurie. Pegó las páginas a su ejemplar y así, cada vez que lo releía, fingía que era la historia real. Lo contaba con mucha gracia... el enfado que se pilló con Louisa May Alcott hasta que encontró una solución. Nos reímos mucho. —Rory vuelve a sonreír sin darse cuenta.

Cotorrea como si yo fuera su mejor amiga. Sé que nosotros estamos haciendo bien nuestro trabajo y que, en su cabecita peliculera, Rory puede imaginar todo tipo de supuestos en los que una respuesta más brusca de la cuenta lo mandará de cabeza a una celda llena de secundarios de *Oz*, pero aun así... A estas alturas tendría que estar dando un puñetazo en la mesa y exigiendo respuestas, y no largándonos todo lo que le pedimos multiplicado por cien. Los refuerzos nos dijeron que era complaciente, pero esto ya pasa de castaño oscuro. Los únicos que no presionan son quienes tienen algo que esconder.

Quiero ver la cara de Steve. Pero mi mirada rebota contra el falso espejo.

—Intercambiasteis teléfonos —digo—, y ¿luego?

—Estuvimos unos días mandándonos mensajes y al final quedamos para tomar algo en el Market Bar. Y otra vez congeniamos de maravilla. Daba la impresión... sé que voy a parecer una adolescente con esto, pero daba la sensación de que estábamos viviendo algo mágico. No podíamos parar de charlar, y venga a reír. Quedamos a las ocho en el bar y no nos fuimos hasta que nos echaron.

—Suen a la cita con la que todo el mundo sueña.

Rory vuelve las palmas hacia arriba: exacto.

—Es que fue esa la sensación. Aislinn... me contó que antes era muy del montón... Utilizó esa expresión, «del montón», y ahora cada vez que le entra un tío, solo puede pensar que hace unos años no se le habría ni acercado, y no puede superarlo; no consigue tenerles respeto. Y decía que conmigo era distinto, que yo sí que habría hablado con ella incluso antes... cosa que es verdad. Me pareció... perpleja por eso... más que eso, risueña. ¿Sabe a lo que me refiero? Sí, congeniamos. No me lo inventé.

Todo eso no cuadra con la obsesa de *Cómo conquistar marido* que me había imaginado. Ya está otra vez: cada vez que averiguo algo nuevo sobre Aislinn, se vuelve más borrosa. O eso, o estaba quedándose con Rory, o Rory con nosotros.

—¿Y al final de la noche? —pregunta Breslin.

—La acompañé hasta un taxi.

—Venga, hombre, ya sabes de lo que te hablo. ¿No te dio ni un besito por el camino?

Rory levanta la barbilla.

—¿Y eso qué importancia puede tener? —Le ha entrado un arranque de dignidad,

pero no tiene garra para hacerla valer.

Breslin hojea su libreta.

—Ni siquiera se enrollaron —me dice—, ¿y a eso lo llamas tú una cita soñada?

Rory muerde el anzuelo.

—Nos besamos, ¿vale?

—Aah. Bien. ¿Un beso solo?

—Sí, solo un beso.

Breslin sonrío burlón.

—¿Y después de esa noche? —continúo a lo mío.

—Seguimos mandándonos mensajes. Y la invité a cenar fuera. Pero, como he dicho, nos costó un tiempo fijar la cita, aunque al final lo conseguimos y fuimos al Pestle.

—Buen sitio —dice Breslin asintiendo. Hasta yo he oído hablar de él, aunque quiero que me devuelvan esa parcela de memoria—. Te dejarías un riñón...

Un triste amago de sonrisa.

—Me pareció que a ella podía gustarle. No lo hice porque estuviera muy de moda; lo elegí porque tiene una terraza cerrada, con vistas a la ciudad, donde podríamos hablar, no sé, de toda la gente al otro lado y de lo que podía estar... *A posteriori* pensé que me había equivocado totalmente. Hice lo mismo que esos otros tíos, juzgarla por su aspecto. ¿Usted cree que —me pregunta de pronto, mirándome con los ojos desencajados— fue por eso por lo que...?

—No tengo datos suficientes. ¿A ti te pareció que lo pasó bien?

—Sí. A ver... —Una sombra sobrevuela la cara—. Se lo pasó bien, eso seguro. Pero parecía tener la cabeza en otra parte, como si no pudiera relajarse del todo. Cada vez que la cosa despegaba, cuando estábamos teniendo una buena conversación o riéndonos juntos, Aislinn ponía esa cara de preocupación, y se quedaba callada, y yo tenía que arreglármelas para sacar otro tema y seguir con la charla. Fue ahí cuando empecé a preguntarme si habría algo que no quería contarme, una situación familiar o...

—O a lo mejor empezó a darse cuenta de que no le gustabas tanto —interviene Breslin—. Y cada vez que te veía pensando que iba todo de perlas, se agobiaba porque en realidad para ella estaba siendo un infierno de cita y no sabía cómo decírtelo.

Rory no encaja bien el golpe.

—No fue un infierno de cita. Sí, ¡qué voy a decir yo! —Breslin hace amago de intervenir pero Rory levanta la voz para callarlo: por fin está echándole huevos—. Pero yo estaba allí y no me estoy engañando. La mayor parte del tiempo nos lo pasamos estupendamente.

—Si tú lo dices... —dice Breslin, que apenas puede contener la mueca en una comisura—. ¿Y al final de la velada?

—Volvimos a besarnos... porque supongo que es eso lo que está preguntando.

Las patas traseras de la silla de Breslin caen con fuerza contra el suelo.

—¿Que os besasteis? ¿No te invitó a su casa? Hipotecas un órgano de tu cuerpo y parte de otro para llevarla al Pestle ¿y lo único que consigues es un morreo contra una farola, como un puto adolescente? Si esa es tu idea de una cita que va bien...

—Dos días después estaba invitándome a cenar a su casa —estalla Rory—. Pueden comprobarlo en mi teléfono, ahí están todos los mensajes. ¿Me habría invitado si hubiera sido un infierno de cita?

Breslin sonrío de oreja a oreja, con una boca húmeda y reluciente, hambrienta: está disfrutando de lo lindo.

Yo también lo noto: vamos bien con Rory, ya sabemos cómo trabajárnoslo, ya casi es nuestro. Podemos hacer que bote y rebote y dibujar con él figuritas, como si fuera nuestro propio yoyó.

Pero todavía no quiero que rebote demasiado fuerte. Se lo advierto con la mirada a Breslin mientras digo:

—Y esa invitación era la de anoche.

—Sí. —A Rory se le desmorona la columna; vuelve a enfundar las garras—. Al principio iba a ser la semana pasada, pero a Aislinn le surgió algo. Así que lo cambiamos a ayer.

Breslin se retracta un poco, aunque no del todo.

—Cuando hemos hablado antes de cómo fuiste a casa de Aislinn, has dicho que... —le dice hojeando sus notas— cogiste el autobús por si bebías vino en la cena y tenías que volver luego a casa. Eso quiere decir que no estabas seguro de si pasarías la noche allí. ¿Es así?

Rory vuelve otra vez al rosa.

—No tenía ni idea. Por eso tampoco llevé el coche... No quería que Aislinn pensara que yo asumía que iba a quedarme. Ni que se sintiera presionada.

Me alucina pensar que alguien así consiga levantarse de la cama por la mañana sin provocarse un ataque de pánico ante la posibilidad de tropezarse con la esterilla del baño o saltarse un ojo con el cepillo de dientes y quedarse con un tic permanente que arruinaría sus posibilidades de aterrizar un avión si el piloto tuviera un ataque al corazón y condenara a cientos de pasajeros a una muerte esmalltosa. Estas cosas suelen parecerme penosas, pero aquí puede sernos útil, en cuanto estemos listos para meter presión.

El rollo peliculero es para débiles. Es típico de gente que no tiene fuerza para moldear las situaciones reales a su gusto, y por eso han de ocultarse tras ensoñaciones en las que juegan a controlar lo que pasa luego. Y eso abunda en su debilidad. Con cada supuesto imaginario, regalan una oportunidad de control a su alrededor, y, en este caso, a nosotros. Cuando un tipo tiene los pies bien plantados en la realidad, solo podemos acceder a él a través de esa misma realidad. Pero si deja que su cabeza haga malabarismos con docenas de cuentos hipotéticos y retorcidos, cada uno de ellos será una rendija por la que podemos cascarlo como una nuez.

—Pero tú pensabas que anoche era La Noche, en mayúsculas.

—No tenía ni idea, eso es lo que estoy...

—Venga, Rory, no me vengas con rollos. Era vuestra tercera cita, ¿no? La última vez tú habías tirado la casa por la ventana y ahora ella te había invitado ¿a probar su magnífica cocina casera? Cualquiera persona normal esperaría que...

—Yo no esperaba nada. Lo que pudiera costar el restaurante no tiene nada que ver con... Aislinn no es una...

Rory se pone muy gracioso cuando se enfada: parece un gerbilino peludo enrabietado. Breslin clava la vista en el techo.

—Vaale, a ver si así... ¿Llevaste condones o no?

—No veo qué...

—Rory, no me vengas ahora con remilgos. Aquí somos todos adultos. Cuando llamaste anoche a la puerta de Aislinn, llevabas condones encima, ¿sí o no?

—Sí —dice al cabo de un momento—. Llevaba un paquete en el bolsillo del abrigo, por si acaso.

—Tenías claras las prioridades —dice Breslin, que se recuesta en el asiento con su risita burlona—. Las flores se te olvidaron, pero las gomas bien que las llevabas.

—Se nota que tienes una edad, Don —replico para apaciguar los ánimos, devolviéndole el gesto burlón—. En tu generación lo del sexo seguro era cosa rara. La gente como Rory o yo ya no vamos a ninguna parte sin el paquete de tres, por si suena la flauta. —Breslin me lanza una mirada de contrariedad que es solo en parte fingida—. ¿Me equivoco o no, Rory? ¿Los llevas todavía en el abrigo?

Si los tuviera, podría corroborar que es el mismo abrigo que llevaba puesto anoche. Pero sacude la cabeza.

—Los saqué. Cuando llegué a casa y me quité el abrigo, los noté en el bolsillo y... —Respira acelerado—. Sentí que tendría que haber sabido desde el principio que aquello no iba a ninguna parte. Como ha dicho usted. —Esto último se lo dice a Breslin, que ladea la cabeza, reconociendo el mérito—. Que la única razón por la que Aislinn salía conmigo era porque estaba confabulada con un horrible programa de esos de cámara oculta, y mientras yo llamaba a su puerta, le mandaba mensajes y la llamaba como un tonto, ella estaba al otro lado con sus amigas, todas riéndose a muerte del inútil que había creído tener posibilidades con ella.

La emoción es real: está apoderándose de todo su cuerpo, dispuesta a levantarlo de la silla por el cogote y estamparlo contra la pared. Aunque eso no quiere decir que la historia sea real. Puede que el arrebató de humillación le entrara cuando ha dicho que lo hizo, pero también si llegó a casa de Aislinn antes de tiempo y ella no lo recibió como esperaba; o pudo haber sido hace semanas, si ella le contó que estaba viéndose con otro, o cuando salieron del Pestle y ella no lo invitó a su casa, y entonces él decidió castigarla por ello.

Rory sigue a lo suyo.

—Tiré la caja de condones por ahí. Me hacía sentirme ridículo, sucio, sórdido y...

Tienen que estar tirados por mi salón. Espero no encontrármelos nunca.

—Si ella no se molestó ni en abrirte la puerta, fue una jugarreta muy fea por su parte —digo con toda naturalidad, pero en tono comprensivo: a la Enrollada se le da de lujo el «con toda naturalidad comprensivo».

El librero se encoge de hombros y vuelve a entrelazar las manos. Se ha descargado al contárnoslo y se ha quedado vacío; parece más pequeño y todo.

—Puede ser. No sé qué pasó.

Cuando Breslin se remueve en el asiento, Rory levanta la vista a tiempo para ver su mueca y la aparta rápidamente.

—No, te lo digo en serio —insisto—. Tienes todo el derecho del mundo a estar cabreado.

—Ni siquiera estoy cabreado. Lo único que quiero es entenderlo. —De pronto parece agotado; se quita las gafas y se tira del puño de la camisa para limpiárselas. Como no me ve bien, le resulta más fácil mirarme. Sin gafas y medio ciego, tiene la mirada cristalina de un animal—. Para poder dejar de montarme películas, que es lo que me he pasado haciendo toda la noche. No conseguía parar la cabeza. Creo que habré dormido dos horas, como mucho. —Cosa que podría valerle de excusa si alguien oyó movimiento o vio alguna luz en su casa en plena noche—. Yo lo único que quiero es saber, ya está.

—¿Por qué crees que te hemos hecho venir? —le pregunto.

—No lo sé. —Se le tensa la columna: lo nota, sabe que vamos a entrar en materia—. Está claro que ha tenido que pasar algo. Cerca de casa de Aislinn, seguramente, puesto que me han estado preguntando por... Pero no sé... hay muchas... no sé, espero que no sea...

Lo suelto, a bocajarro:

—Aislinn ha muerto.

Lo golpea como una luz estroboscópica en la cara. Se echa atrás en la silla y sus manos sufren un espasmo que manda las gafas al otro lado de la mesa. Por un segundo creo que está dándole algo —le pega mucho llevar un inhalador encima—, pero recobra la compostura. Busca las gafas a tientas y se las pone como puede, después de tres torpes intentos, tratando de cogerlas cuando casi las tira y dándoles vueltas para ponerlas rectas evitando manchar los cristales. Después junta las palmas de las manos, hunde los índices contra la boca y exhala con fuerza, mirando al vacío.

Breslin y yo, a la espera.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —pregunta Rory entre los dedos.

—Anoche. Alguien la asesinó.

Le tiembla el cuerpo entero.

—No, no, ay, no. ¿Por eso... estaba... cuando llamé..., estaba... había alguien todavía...?

—¿Entiendes ahora por qué teníamos que hablar contigo?

—Sí. Ay... ¡noo! —Rory enfoca de golpe y me mira con unos ojos enormes.

Acaba de caerse del guindo, o al menos ese va a ser su juego—. No creerán que... Un momento. No. ¿Creen que yo..., sospechan de mí? —Mi compañero ríe con un retintín helado—. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué tiene de gracioso?

—No te lo pierdas —me dice Breslin—. Todo el rato con lo mucho que le importan Aislinn y su gran personalidad hasta que le decimos que la pobrecilla está muerta y, de buenas a primeras, lo único que le importa es él. Y a ella, que le den.

—¡Claro que me importa! Es que... no era lo que... —Rory intenta tomar aire. Está hecho mierda: pálido, maltrecho, mirando como loco de uno a otro. De verdad, espero que se haya traído el inhalador—. Yo había pensado en un robo... O una agresión... Nunca en...

Se lleva las manos a la cabeza y se frota las sienes con la parte blanda. Le cuesta respirar.

Es bastante creíble. La conmoción y el duelo son torpes, feos, nada de lágrimas bonitas y un pañuelito para secárselas. Pero Rory ha tenido toda la noche para construirse una coraza de supuestos y enfundársela bien. Además, acostumbrado como está a concentrarse en lo que podría pasar tanto como en lo que realmente ocurre, sería capaz de pasearse igual de cómodo en su historia inventada que en la real.

El único punto por donde esta historia hace aguas y gotea: esa media hora entre que se baja del autobús y llama a la puerta de Aislinn. Ahí hay algo. Todo lo demás puede apuntar en ambos sentidos, inocente o culpable. Esa media hora, la que realmente importa, no tuvo nada de inocente.

Y la conmoción puede ser real y que, aun así, sea nuestro hombre. Hay una razón obvia por la que podría haber estado esperando a que le habláramos de una agresión y no de un asesinato.

—¿Por qué creías que pudo haber un robo o una agresión?

—¿Puedo...? —A Rory se le espesa la voz. Traga saliva pero le tiembla la barbilla—. ¿Puedo tener un minuto a solas?

—¿Para qué? —pregunta Breslin.

—Acabo de enterarme de que... —Echa la cara hacia atrás como si le sobrevolaran cosas—. Solo necesito un minuto.

—Lo estás haciendo muy bien —lo animo—. No nos queda mucho. Aguanta.

—No, no puedo. Necesito...

—Estamos pidiéndote que nos ayudes —insiste Breslin—. ¿Tienes alguna razón para no querer ayudarnos?

—Solo quiero despejarme la cabeza. Es que... ¿Tengo que quedarme? ¿Se me permite salir o no? —Se le ha agudizado la voz y ha subido el tono.

Breslin está echado en la silla, observando, con una mueca torcida en los labios.

—Rory, apriétate los machos. —Pero el desdén ya no le hace efecto—. Es pura rutina, nada personal. Vamos a tener esta misma conversación con todas las personas que tenían alguna relación con Aislinn. Y te aseguro que la gente que la quería no

pondrá problema en ayudarnos con lo que sea. ¿Y tú sí?

—Claro que no. Es que... no estoy arrestado, ¿verdad? ¿Puedo darme un paseo y luego vuelvo?

Después de todo, no es tan pusilánime como parecía. Rory el blandito sabe contraatacar cuando realmente quiere.

Está a esto de levantarse e irse. Si sale por la puerta, tendré que elegir: dejarlo ir o arrestarlo. No me gustan ninguna de las dos opciones.

—Pero, hombre, ¿tú has visto el tiempo que hace? —digo con naturalidad—. Están cayendo chuzos de punta. Te pondrás empapado. Además, nos dejarán sin sala de interrogatorios y luego tendremos que esperar varias horas hasta que nos asignen otra. —Se me queda mirando, tan desorientado que no sabe ni lo que piensa—. Te propongo una cosa: te dejamos aquí unos minutitos solo, ¿vale? Para que te recuperes un poco. Tienes mucho que asimilar.

Siento un movimiento brusco pero leve en mi compañero: hago caso omiso. La Enrollada está sonriendo a Rory con compasión suficiente como para animarlo pero sin llegar al empalago.

—Nosotros vamos a salir a tomarnos un té y luego volvemos contigo —digo retirando ya la silla y poniéndome en pie, antes de que pueda decidir por sí solo—. ¿Te traigo una taza, ya que estamos?

—No, gracias. Solo quiero... —Se le quiebra la voz y se tapa la boca con el dorso de la mano.

Breslin no se ha movido. Tiene sus ojos claros clavados en mí y están diciéndome con la rotundidad de un cepo sobre mi muñeca: «Sienta el puto culo ahí».

—Nos vemos en un rato. Aguanta aquí —le digo sin apartar los ojos de Breslin.

Acto seguido me vuelvo y voy hacia la puerta. La dejo abierta pero no miro atrás. Ya casi estoy en la sala de observación cuando oigo el feo rechinar contra el linóleo mugriento de la silla de Breslin al retirarla de la mesa.

Me encuentro a Steve pegado al falso espejo, con la camisa arremangada y su pelo rojo levantado por todas partes; está observando muy atentamente. Corro a ver qué hace Rory durante la pausa. De camino, cruzo la mirada con mi compañero, pero solo un segundo, para decirle: «Luego».

Tiene los codos apoyados en la mesa y la cara entre las manos. El vaivén de sus hombros nos dice que está llorando. No veo si hay o no lágrimas.

—Bueno, bueno, bueno —dice Breslin a mi espalda, dando un portazo al entrar—. Creo que no ha ido nada mal para un primer asalto. Buen trabajo, Conway.

Condescendiente de mierda.

—A ti tampoco se te ha dado mal.

—Aunque no sé si ha sido buena decisión salirnos cuando lo teníamos ya casi contra las cuerdas. Cuando están así, es siempre un buen momento para apretarles las

tuercas y sacarles una confesión. —Se ha desabrochado el cuello de la camisa con un dedo y está estirando los hombros hacia atrás—. Pero, bueno, si hemos conseguido tumbarlo una vez, podemos volver a hacerlo. ¿Me equivoco?

—No es problema —coincido—. Y ahora, ¿cómo van las apuestas?

Breslin adelanta la cabeza como un resorte, no da crédito.

—¿Las apuestas de qué?

—El sospechoso —le digo—. Culpable o no. Estoy preguntándote tu opinión.

Las cejas le llegan casi a su cuidada línea del pelo.

—¿Hablas en serio?

—¿Sobre querer tu opinión? Más o menos.

Steve ha ido al dispensador de agua y está rellenando un vaso de plástico mientras nos observa. Breslin levanta una mano.

—Eh, eh, un momento... Tiempo muerto. ¿Me estás diciendo que tienes dudas?

—Lo único que quería era saber tu opinión. Pero si es un problema para ti, lo superaré.

Ya estoy otra vez con ganas de querer hundirle la nuez en la garganta al muy capullo. El fino hilo de camaradería que se ha tejido entre nosotros en la sala de interrogatorios solo ha durado treinta segundos fuera.

—A ver, Conway, quieres ir con pies de plomo, ¿es eso?, asegurarte de que están todos los frentes cubiertos. ¿Es eso lo que está pasando?

No es mala técnica —hacer que la otra persona se explique para ponerla a la defensiva—, pero a esto me refería cuando decía que no es tan listo como se cree: acabo de ver cómo la ha utilizado con Rory, por no hablar de que podría ocurrírsele que, dado que yo también soy detective, tal vez conozca los mismos trucos que él. Apoyo un hombro contra el cristal, donde puedo seguir con un ojo a Rory, y meto las manos en los bolsillos.

—¿Crees que deberíamos hacer eso?

Breslin suspira.

—En fin... Supongo que hay que admitir que lo último que te hace falta es crearte una reputación de apresurarte más de la cuenta. Pero lo que tampoco creo que quieras bajo ningún concepto es tener fama de ser tan indecisa que prefieres dejar que el colega se vaya antes que jugarle el tipo. ¿Pillas por dónde voy?

—Un segundo, un segundo —dice Steve haciéndose el medio sorprendido—. Entonces ¿tú crees de verdad que lo hizo él?

El otro suspira exasperado y se pasa la mano sobre lo que le queda de pelo, con cuidado de no estropearlo.

—Pues sí, Moran, va a ser que sí. Por lo pronto, era el novio de la víctima, así que tenemos *strike* uno. Además, estuvo en el lugar de los hechos a la hora de autos, y ni siquiera ha intentado negarlo, de modo que *strike* dos. Llevaba unos guantes que no soltaban pelo, igual que el asesino: *strike* tres. Iba con un abrigo negro de lana y hemos encontrado fibras de lana negra en el cadáver: *strike* cuatro. Y básicamente ha

admitido que empezaba a impacientarse por echar un polvo, después de todo el dinero y el tiempo que había invertido en esa chica y ella no daba muestras de querer bajar la puerta del castillo. Y eso es un *strike* cinco como un camión. Yo no entiendo mucho de béisbol, pero estoy seguro de que hace falta mucho menos para eliminar a un tío del partido.

Steve va sorbiendo su agua y moviendo la cabeza al ritmo de la lista de *strikes*.

—Sí, yo diría que sí —dice como dándole la razón. Está exagerando su acento. Yo también he hecho alguna vez el papelito de Quinqui Lerda, pero suelo hacerlo con los sospechosos, no con los de mi propia brigada. A veces Steve me asquea—. Pero creo que no descartaré todavía el resto de posibilidades.

Breslin sube su exasperación un grado.

—¿Qué otras posibilidades? No hay nada más, Moran. Tenemos a nuestro amigo Fallon, con una pila de pruebas circunstanciales que lo señalan directamente a él, y para de contar. ¿Qué es lo que no quieres descartar? ¿Los extraterrestres? ¿La CIA?

Steve apoya el culo en la mesa enclenque y se pone cómodo para la charla. Yo lo dejo hacer.

—Es que hay una cosa solamente... ¿Cómo se desarrolló el asesinato en sí?

—¿De qué me hablas? Él le pegó un puñetazo, ella se golpeó en la cabeza y se murió. No hay más desarrollo que valga.

Steve lo considera con el ceño fruncido... A los quinkis nos cuesta un poco procesar.

—Pero ¿por qué? —pregunta.

Breslin echa la cabeza hacia atrás y le enseña los dientes al techo, a medio camino entre la sonrisa y la burla.

—Moran. Moran. ¿Tú me ves cara de Poirot o qué?

—¿Eh...? No mucho.

—No, porque esto no es el sábado por la noche delante de la tele con tu taza de té y tus galletitas integrales, y precisamente por eso me importa una mierda el móvil. Te lo digo. Y a ti tampoco debería importarte. Ya deberías saberlo a estas alturas.

Steve se rasca la nariz.

—Puede que tengas razón, tío. Sí, seguro. Lo que pasa es que no lo veo del todo claro. A mí me gusta como *visualizar* las cosas en la cabeza, ¿sabes lo que te digo? Imaginármelas y todo eso. —Se enmarca los ojos con las manos para asegurarse de que Breslin capte el concepto de hacerse la imagen de algo.

Este respira hondo y suelta el aire lentamente, para que veamos el esfuerzo que está haciendo por controlar su genio.

—Vale, vale. Hagamos eso, vamos a dedicar un tiempo a «hacernos la imagen».

—Gracias, tío —dice Steve dedicándole una sonrisa humilde—. Te lo agradezco.

—Nuestro amigo aparece con su ramo cutre del Tesco y Aislinn, a quien claramente no le iba el rollo cutre del Tesco, se disgusta. Y se pone bravucona. Pero Rory no piensa tragar: se ha dejado el sueldo, ha estado cambiando las citas y dando

vueltas como loco por Stoneybatter, en medio del aguacero, para hacerla feliz, ¿y a la princesita no le parece suficiente? Se saca de la manga una cita de Jane Austen sobre tiparracas de gustos caros, calientapollas o como llamen los tíos leídos a ese tipo de chicas. Aislinn le baja los humos bien bajados: le cuenta por qué no está a su altura, inclusive por qué aún no le ha dejado que le baje las bragas y por qué, después de eso, no le dejará en la vida. Se pasa de rosca con el puteo y zasca. —Breslin imita un puñetazo, pero tampoco se esfuerza mucho—. Y aquí estamos todos ahora. ¿Te lo imaginas ya? ¿Eh?

—Claro, sí, podría funcionar. —Steve asiente mientras se hace la imagen—. Lo único es que el ramo tuvo que estropearse un poco en plena acción. Debió de tirarlo o algo, pero no encontramos pétalos en el suelo.

—Bueno, pues no cayeron pétalos, o Rory tuvo la sensatez de recogerlos. No estamos hablando de una batalla naval, estamos hablando de nada —Breslin hace gesto de blablablá con la mano—, un puñetazo y unos segundos de *hostia, mierda*. Un par de pétalos nos habrían venido de perlas, pero en este trabajo tampoco puede uno ponerse muy exigente. Hay que trabajar con lo que se tiene en vez de preocuparse por lo que no se tiene. —Está dedicándole a Steve un amago de sonrisa, dispuesto a darle un beso y hacer las paces—. ¿Digo bien o digo bien?

—Dices de puta madre, tío. Yo solo quiero sacudir un par de árboles más para ver si cae algo, eso es todo —dice mi compañero, que al ver que Breslin se encabrita y empieza a retraer la mandíbula, añade—: Es que soy nuevo. Y tengo mucho que aprender todavía. Me viene bien pillar toda la práctica posible.

—Tampoco eres tan nuevo, no me jodas. Ambos lleváis bastante en el oficio como para poder llevar vuestros propios casos sin niñera. Son por cosas como estas por lo que el jefe ha decidido ponerlos canguro.

—Y nosotros te agradecemos que nos dediques el tiempo, tío, de verdad. Pero yo tengo que llegar por mi propio pie, ¿sabes lo que te digo? Si no, nunca aprenderé. Porque, ¿qué daño puede hacerme?

—Moran, hombre, el daño es que estáis a punto de quedar en ridículo... y seamos sinceros, tampoco es que podáis permitiroslo. Como dejéis a este tío suelto mientras os vais a zarandear árboles o lo que hayas dicho, vais a quedar como unos putos blandos. Vais a parecer ¡inseguros! Y no solo ante el resto de la brigada; cuanto más lo retraséis, más partido sacará la defensa: «Señores y señoras del jurado, ni siquiera los polis estaban seguros de que mi cliente fuese culpable, ¿cómo no van a compartir esa duda razonable?». ¿Eso no te preocupa?

Rory levanta la cabeza en la sala de interrogatorios y se enjuga la cara con los talones de las manos. La tiene llena de manchas rojas y bañada en lágrimas, por lo que pueda valer.

Steve levanta el vaso hacia Breslin.

—Tú no te preocupes, tío. Nosotros nos encargaremos de que el jefe sepa que hiciste lo posible por meternos el petardo en el culo.

—Eh, eh, para el carro. Espera un momento. ¿Te crees que lo digo por mí? — Cambia el tono a una bonita mezcla de perplejidad y ofensa—. ¿En serio piensas que eso es lo que me preocupa? ¿Mi reputación?

—No, para nada —dice Steve con una de sus sonrisas entrañables—. Tú tienes una reputación increíble... estelar, ¿podría decirse así? Dos como nosotros no podría fastidiártela en la vida. Lo único que digo es que no te preocupes, que nosotros nos aseguraremos de que se reconozca el mérito de cada uno.

—Es que el tema aquí no soy yo, yo no funciono así. Ni siquiera lo sois vosotros... Si vuestra reputación estuviese en la cuerda floja, os aseguro que intentaría evitar que metieseis la pata hasta el fondo con esta historia, por vosotros... Pero, a fin de cuentas, yo tengo que dejaros tomar vuestras propias decisiones. El tema aquí es la brigada. Si os tiráis un mes para reunir los cojones de imputar a don He Sido Yo, los medios no se dedicarán a decir que a ver si Conway y Moran espabilan, sino que se pondrán a vociferar que a ver si la brigada de Homicidios se toma su trabajo en serio y protege de verdad a los ciudadanos frente a los malnacidos que siguen sueltos por la calle. Espero que tengáis un mínimo de lealtad para que esto os afecte en algo. —Está tan acalorado que ya no sé si en realidad hasta lo dice en serio.

—¿Y cómo quedaría la brigada si imputáramos a un inocente? —intervengo.

—O si tuviéramos que retirar la imputación —dice Steve contrayendo el gesto—. Seguro que tocaría disculpa pública. Y los medios, encabronados con que si la brigada de Homicidios no es más que un hatajo de incompetentes a los que no les importa encerrar a quien sea con tal de resolver un caso. Los testigos, sin atreverse a venir a hablar con nosotros, vaya a ser que acaben esposados porque tenemos prisa por imputar al primero al que podamos echarle el guante... —Sacude la cabeza—. No, tío, eso no mola. Para la brigada, me refiero.

Breslin vuelve a tomar aire.

—Conway, Moran —dice cambiando de táctica y pasando a tono cordial—. Este tío es más culpable que su madre. Os lo dice alguien que lleva poniendo a la sombra a desgraciados como él desde que vosotros erais unos críos y estabais rellenando la solicitud para la academia: es nuestro hombre. La cuestión no es si fue él o no, la cuestión es si sois capaces de hacer lo que hay que hacer.

—Bueno, pues habrá que cruzar los dedos, ¿no?

—Vale, escuchadme. —Se apoya en la pared y nos dedica esa sonrisa que derrite a los testigos—. Sé que últimamente no os han hecho la vida fácil. Es probable que penséis que no me había dado cuenta o que no iba conmigo, pero os sorprendería saber la de gente que os apoya. Yo siempre he dicho que seréis una gran pareja de detectives de Homicidios cuando os adaptéis.

—Gracias, tío —dice Steve, al que no suelen fastidiar, salvo por lo que se le pega de mí; Breslin solo pretende emparanoiarnos—. Significa mucho para mí.

—No es nada. Solo tenéis que superar esos rollos rutinarios. A los novatos se los

putea, forma parte del trabajo, no es nada personal.

El muy falso es tan lerdo que no se da cuenta de que no hace ni cinco minutos ha utilizado esas mismas palabras con Rory Fallon... O puede que crea que los lerdos somos nosotros, hasta el punto de que pensamos que la mierda que nos echan encima es solo algo rutinario, o que estamos tan desesperados que fingimos creerlo.

—Los muchachos solo quieren comprobar que aguantáis el chaparrón. ¿Y veis esto? —Breslin señala hacia el falso espejo—. Aquí tenéis la oportunidad de demostrárselo. Sé que todas esas gilipollices os han tenido que minar la moral, pero si unas simples novatadas de colegiales os llevan al punto de no fiaros de vuestra propia cabeza y no querer hacer una imputación en un caso tan cantado como este, quizá haríais mejor en volver a las calles a patrullar. Sí, puede sonar duro lo que os digo —levanta una mano como si fuéramos a interrumpirlo, nada más lejos de nuestra intención—, pero alguien tiene que hacerlo.

Sé que no debo mirar a Steve. Veo con el rabillo del ojo que sigue tan tranquilo, balanceando las piernas y bebiendo agua, pero noto cómo se contiene para no mirarme.

Breslin quiere que imputemos a Rory Fallon a toda costa. Puede que sea porque está harto de hacer de niñera en un caso de guardería, quiere darle carpetazo y volver con su colega McCann a su trabajo de catedrático de Homicidios, con sus superconspiraciones y sus tiroteos a capos de bandas. O puede que quiera pavonearse ante O'Kelly: «A estos les costó un mes cerrar el último caso de violencia doméstica, y conmigo les ha llevado menos de un día: ya puedes estar haciéndole una mamadita a mi ego y proponiéndome para un ascenso». O a lo mejor está tan acostumbrado a meter presión que no puede pasar un día sin sentir ese subidón. Pero...

Había asumido que quien me echa encima a Crowley lo hace en el fragor del momento, para reírse un rato, como el que me tiró el móvil al café un día que me lo dejé en la mesa. Hasta ahora no se me había ocurrido que pudiera ser algo más calculado.

El roñoso de Crowley está batiendo y montando el caso para hincharlo todo lo posible, y hay alguien detrás azuzándolo para que lo haga. Si la cago bien cagada — como por ejemplo imputando a Fallon cuando en realidad hay una prueba descarada que lo exonera y que, por arte de magia, se pierde de camino a mi mesa—, y resulta que se entera la prensa, el país entero se cebará con la historia. Y la brigada tendrá la excusa que está deseando: así es como me acabarán largando.

Si estuvieran interrogándonos, aquí es donde me levantaría, pararía la cinta —«Interrogatorio detenido a las 14:52, los detectives Conway y Moran abandonan la sala»— y nos sacaría de allí cagando leches. Tengo que hablar con Steve cuanto antes. Miro a Breslin con desgana y espero a ver con qué nos viene ahora.

—Os diré lo que vamos a hacer —resuelve—. Moran, tú ve a echar un vistazo a las grabaciones del circuito de seguridad, a ver si encuentras a Rory Fallon saliendo anoche de casa de la víctima, y síguele la pista por la ciudad... Tal vez podamos

averiguar dónde tiró los guantes. Entretanto, Conway y yo tendremos otro asalto con Rory, intentaremos que confiese... No creo que nos cueste mucho, ¿verdad? —Me dedica una gran sonrisa de colegueo y, os lo juro, una palmadita en la espalda; por poco no le pego una hostia al muy hijoputa presuntuoso—. Y aunque no lo consigamos, no pasa nada: podemos hundirlo en circunstanciales. Lo arrestamos, lo imputamos, le cuento a los muchachos que, a la hora de la verdad, sabéis hacer vuestro trabajo y os garantizo que se acabaron las tonterías en la brigada. Y todo el mundo feliz como una perdiz.

Está a esto de soltárnoslo directamente: «Vosotros me seguís la corriente y yo me encargo de los muchachos». Pero no es solo porque quiera volver con McCann o quedar bien con el jefe: se muere por imputar a Fallon.

Y estará hasta convencido de que vamos a aceptar el trato al vuelo... Solo hay que verlo, ajustándose la corbata camino de la puerta.

—Te diré yo lo que vamos a hacer —respondo—. Deasy y Stanton están confeccionando la lista de amigos, familiares y conocidos de Fallon. Si Rory es nuestro hombre, entonces el que llamó tiene que aparecer en esa lista. Quiero que vayas a hablar con ellos, para ver si identificamos al que hizo la llamada. Empieza por sus mejores amigos y por los hermanos, si tiene. Si no hay suerte, puedes ir bajando en la lista.

Breslin se ha dado media vuelta y está mirándome fijamente, aunque todavía consigue conservar el buen rollo, dispuesto a seguir con el colegueo si se lo permitimos. Cuando está seguro de que he terminado, pregunta:

—¿Y eso?

—Porque ahora quiero que sigamos Moran y yo con Fallon.

Se queda mirándonos alternativamente: pretende hacerse el perro viejo que ya ha sido bastante paciente con las insolencias de los cachorros, pero tener que mirarnos desde abajo le resta empaque.

—Me temo que tengo que pedirte una explicación.

Hago amago de abrir la boca para soltarle un «porque es nuestro puto caso y la próxima vez que intentes darme una orden te meto una patada en los huevos», pero Steve interviene a tiempo:

—Llevas toda la razón, tío: tenemos que ganarnos el respeto de los muchachos. Y eso no ocurrirá si tú nos das la confesión en bandeja. Te agradecemos el ofrecimiento, pero esto tenemos que hacerlo nosotros.

Y he de admitir que es mejor que mi versión. Ese segundo de desconcierto en la cara de Breslin me ayuda a recuperar el autodomínio.

—Eso ya lo sabe el detective, so lerdo. ¿Te parece que sea nuevo en esto? Estaba poniéndonos a prueba, viendo si nos rajábamos a las primeras de cambio y le echábamos el muerto a otro a la menor oportunidad o si, por el contrario, teníamos los arrestos suficiente para hacer nuestro trabajo.

Steve se queda boquiabierto y luego estalla en risas.

—¡Ostras! Y yo aquí como un palurdo soltándote el rollo de ganarnos el respeto de los muchachos. Qué tío, cómo sabe... Me la has colado bien...

En la boca de Breslin asoma una sonrisa, pero sus ojos claros, que siguen yendo de uno a otro, están fríos e inexpresivos. No sabe si creernos o no.

Yo despliego también una pseudosonrisa.

—De primeras yo también he caído. Pero si tiene esa reputación estelar, es por algo. Gracias, Breslin: hemos captado el mensaje, alto y claro. Nos encargaremos del tema. Y en cuanto terminemos, nos vemos en la sala de operaciones. Reunión del caso a las cuatro.

Me despido con un cabeceo agradecido y me vuelvo hacia el falso espejo. Superpuesto a Rory, el reflejo de Breslin se queda quieto, mirándome. Me escuece la espalda.

Pero entonces se encoge de hombros y dice:

—Me gustaría pensar que sabéis lo que estáis haciendo. Nos vemos a las cuatro.

El reflejo se vuelve y desaparece. La puerta se cierra.

Steve y yo esperamos, a la escucha, mientras vemos como Rory rebusca en el bolsillo y saca un pañuelo arrugado con el que intenta enjugar el desbarajuste que es su cara. Me levanto entonces y voy a la puerta: el pasillo está vacío.

—Esto no me gusta —dice Steve, de vuelta a su acento normal.

—A mí tampoco.

—¿A qué juega?

—No lo sé.

Dejo la puerta abierta. Intento moverme, pasear, pero la sala es demasiado pequeña; a cada dos pasos me doy contra una pared. El hedor se ha acentuado hasta el punto de que parece haber alguien más, echándonos a codazos.

—¿Tú lo has oído? «Os garantizo que se acabaron las tonterías en la brigada». Pretendía chantajearnos.

—¿Y por qué está tan empeñado en imputar a Fallon?

—No lo sé. Yo creía que no estaba en el bando de los que quieren joderme. —Steve tiene que ser consciente de lo que pasa, habría que estar en coma para no verlo, pero yo no soy de sincerarme con la gente; es la primera vez que menciono esta mierda en voz alta, y no me gusta—. Pero si imputamos demasiado pronto a Fallon, y luego cambian las tornas y Crowley se dedica a pregonarlo por todo el país... —La sola idea (los aplausos estallando en la sala de la brigada, la mueca burlona de Roche, el alivio evidente en la voz de O'Kelly explicando que la cosa no puede seguir así) me dispara zigzags rojos por el cerebro—. Sería una forma de sacarme de circulación.

Steve ha rasgado el vaso de plástico y está haciendo papiroflexia con él.

—Podría ser eso, que solo estuviera intentando jodernos. —El plural es muy entrañable, porque no existe ninguna campaña para joderlo a él, pero de todas formas siento un absurdo soplo de afecto—. Aunque a mí tampoco me ha dado nunca esa impresión. Siempre había creído que le importábamos un carajo, la verdad.

—Y yo. Pero si está empeñado en quitarnos de en medio, eso es justo lo que querrá hacernos pensar. No es ningún genio, pero lleva en esto mucho tiempo. Es muy capaz de ocultar sus intenciones.

—O... Si el tema de las bandas cuajase... —Lo deja ahí. Se me clava en el oído el crujido estridente del plástico al doblarse.

Los polis corruptos existen. Abundan menos en la vida real que en la tele, pero están ahí; en todas sus variantes, desde el que hace la vista gorda con una multa por velocidad a cambio de unas entradas para un partido hasta el que está hipotecado en cuerpo y alma con el capo de una banda.

Si a Aislinn la mató su novio criminal, lo primero que él y sus colegas harían sería llamar a su topo en el Cuerpo para resolverlo. Y lo ideal, sin cabos sueltos ni preocupaciones, sería empapelar a Rory Fallon y cerrar el caso.

—Breslin —digo, y me detengo en seco, y casi paro también de respirar—. Breslin... ¿Tú crees? ¿De verdad? —Steve encoge un hombro—. Qué va, no lo veo. Con ese rollo que se trae de superhéroe, no me lo imagino aguantando de perrito faldero de los malos. Le estallaría el cerebro.

—Pero encontraría la manera de verse como un héroe, hiciera lo que hiciese. Ese es su punto de partida: como es el bueno de la película, todo lo que haga tiene que estar bien. Y luego ya va trabajando a partir de esa idea y justificando.

Cosa que es cierta, aunque nunca lo había visto de esa manera: nunca antes he dedicado tanto tiempo a pensar nada de Breslin. No me gusta la sensación que me deja, se me queda aferrada a la nuca. Lo que está diciendo Steve no lo afecta solo a él, no es el único detective que piensa así, todos lo hacemos. Cuando le sacas por las malas una declaración a un testigo traumatizado o manipulas a una madre para que te dé pruebas que pueden mandar a la cárcel a su hijo, consigues disfrutar del subidón de ganar sin enredarte en sutilezas de mayor calado moral porque eres el bueno de la película. Steve está desgranándolo y convirtiéndolo en algo más enrevesado y espinoso..., peligroso.

—Y van a por tipos como él, casado, con hijos, hipoteca...

Los de los clanes organizados no se molestan con gente como Steve y yo, solteros de clase trabajadora que quieren subir en el escalafón; salvo en caso de problemas con el juego o la coca, no tienen con qué presionarnos. Pero Breslin tiene una mujer rubia de gustos caros y tres chiquillos rubios con paletas de conejo que parecen sacados de un anuncio, así como una casa en la parte bien de Templeogue. Son muchas necesidades tirándole de la camisa, y mucho que perder como para cambiar de opinión por el camino. Una vez dentro, aunque fuese por un dedo del pie, no tendría cómo salir.

Breslin y McCann han resuelto un montón de asesinatos de los principales clanes de la ciudad, se pasan la mayor parte del tiempo hablando con tipos del núcleo duro de esas organizaciones. Sería un milagro que no le hubieran hecho una oferta a Breslin en algún momento.

Esa misma ondulación del aire que sentí antes en la sala de la brigada, las líneas rectas curvándose por el lateral de los ojos. El corazón me late con fuerza.

—Sí, da el tipo.

—Es el tipo perfecto. Y el jefe de un clan debe pagar un buen taco por un detective de Homicidios.

Breslin lleva trajes caros, aunque igual que todos. Conduce un BMW del 2014 y alardea de llevar a sus hijos a colegios privados porque no piensa consentir que se codeen con chusma e inmigrantes que apenas hablan inglés —y lo digo solo por la chusma, ja, ja, sin rencor, Conway, Moran—. Pero yo siempre había imaginado que quienes le soltaban billetes eran papá y mamá. Es verdad que se lleva de vacaciones a la familia a las Maldivas, pero si me hubiese molestado en pensarlo, habría dado por hecho que le devolvía unos puntos del carné al director de su sucursal a cambio de subirle el límite de la tarjeta de crédito hasta el infinito, sin agobios para devolverlo.

Steve y yo hemos estado deseando que nos toque un caso interesante, pero esto podría ser mucho más de lo que esperábamos.

—Y explicaría la razón por la que le pasa información a Crowley.

Si enturbias las aguas lo suficiente, la duda razonable se dibuja en el horizonte. El aire vuelve a ondearse por los bordes.

Y no puedo borrar la sonrisa de mi cara.

Si Steve está en lo cierto, entonces nos acecha un peligro inminente, desde muchos frentes distintos. Los de los clanes no matan polis, no les gusta atraer la atención, pero no tienen problema en lanzarte un cóctel molotov contra el coche para decirte que lo dejes. Y eso son minucias en comparación con lo que podrían hacernos los muchachos si vamos a Asuntos Internos a rajarle a Breslin.

Estoy deseando que vengan con todo, adelante. El peligro no me molesta; me lo como a cucharadas. Breslin el capullo sobrado, intentando retorcerme igual que a un muñeco de globos, ha hecho que me sienta como si tuviera puesta una camisa de fuerza y estuviera retorciéndome para pegarle. Pero Breslin el poli corrupto, eso es un desafío, un reto envenenado que nadie con algo de sensatez aceptaría, y yo siempre he tenido debilidad por los desafíos.

Steve está mirándome como si se me hubiera ido la cabeza.

—¿Qué? ¿De qué te ríes?

—Nada, que me gustan los retos.

—Entonces crees que tengo razón, que está... —No termina la frase.

Eso me serena un poco.

—Todavía no lo sé, no son más que suposiciones y a mí no me gustan. —Me muerdo un pulgar para librarme de la sonrisa de tonta—. Lo único que tenemos claro es que Breslin quiere empapelar a este tipo y cerrar el caso cuanto antes. No debemos mover ficha hasta comprender sus razones. Lo que te has inventado antes de hacer nuestro propio trabajo sucio ha estado de puta madre. Con eso deberíamos ganar algo de tiempo.

Por la mueca de su boca, no parece muy convencido.

—¿Crees que se lo ha tragado?

—No lo sé seguro. Creo que sí, o eso espero. —El recuerdo de la mirada fría de Breslin me hace morder con más fuerza—. De todas formas, tenemos que ceñirnos a esa historia: somos los novatos lerdos que no nos enteramos de cómo funcionan las cosas y queremos hacer nuestro caso a nuestra manera. ¿Te parece bien?

Una parte de mí desea que Steve escurra el bulto. Hay bastantes posibilidades de que toda esta mierda sea por mi culpa; si juega bien sus cartas, puede esquivar el golpe y encajar en la brigada en cuanto yo me convierta en un cráter humeante, pero si convence a Breslin de que es imbécil, estará quemando todas sus naves. Pero no: sonrío.

—Novato lerdo me va bien.

—Como anillo al dedo —digo, y el alivio me golpea más fuerte de lo que me gustaría—. No te hace falta ni actuar.

—Oye, cada uno tira de lo que tiene. —Steve señala con el pulgar el falso espejo—. ¿Qué hacemos con él?

Rory ha dejado de llorar. Se está agobiando, no para de estirar el cuello y mirar preocupado a su alrededor como una suricata moteada, preguntándose dónde nos hemos metido. Tendría que ser lo más importante de nuestro día, y ya casi me había olvidado de su existencia.

—Podemos tener otro asalto, como le hemos dicho a Breslin.

—Pero estaríamos dejándole el campo libre para hablar con el círculo de allegados. ¿Crees que es seguro?

Si Breslin quiere jodernos a Rory o a mí, hablar con sus colegas puede ser un regalito para él en más de un sentido.

—Es probable que no, pero, a la mierda, vivamos al límite. No se me ha ocurrido otra manera de librarnos de él. Y tampoco lo quiero cerca de Fallon, no creo que soporte más presión; si Breslin llega a atosigarlo un poco más, se nos larga. Y sea nuestro hombre o no, no quiero que crea que somos unos matones que estamos deseando encerrarlo. Por lo menos, de momento.

—«Lo sea o no» —dice Steve—. ¿Ya no lo tienes tan claro?

Encojo un hombro.

—Cuando he salido de ahí sí, no al cien por cien, pero casi. Hay algo que no huele bien en esa historia de llegar antes a Stoneybatter... No le ha gustado hablar de eso, ¿te has fijado?

—Sí. Pero la reacción cuando le has dicho que Aislinn estaba muerta a mí me ha parecido bastante real.

—A mí también. Pero, aun así, no quiere decir que sea inocente. —Rory tiene el pañuelo sucio sujeto entre el índice y el pulgar y está buscando dónde dejarlo. Se rinde y se lo mete en el bolsillo—. A lo mejor no sabía que la había matado. Le pega el puñetazo y ella se cae, pero cuando comprueba el pulso y la respiración, sigue con

vida, así que apaga la cocina para que no se vaya a incendiar la casa con ella dentro y sale por patas. Piensa que solo tendrá una contusión o algo por el estilo y se pasa la noche rezando por que Aislinn se haya levantado amnésica y haya borrado el recuerdo. Y cuando se entera de que está muerta, y se ve de pronto con una imputación por asesinato apuntándole entre los ojos, casi se caga encima.

—Podría ser —dice Steve.

—Cuando he salido de ahí habría apostado lo que fuera. Pero ahora... —Rory hace amago de levantarse pero vuelve a sentarse, como si estuviera prohibido ponerse de pie—. ¿Y tú?

Steve pasa la uña del pulgar por el borde del vaso de plástico y se queda mirando a Rory y sus esfuerzos por estarse quieto.

—El tema es que, aunque sea nuestro hombre, eso no quiere decir que no haya un novio secreto y que Breslin esté limpio. —Baja la voz al decir esto último y ambos miramos automáticamente hacia la puerta: nada—. Pongamos que el novio existe, ¿vale? Aunque no le hiciera nada a Aislinn, no querrá que andemos olisqueando por ahí, comprobando sus movimientos, contándole a la parienta lo de su querida. En cuanto se entera de que está muerta (ponle que ayer fue a su casa para echar uno rápido), corre a llamar a su infiltrado en el Cuerpo para decirle que lo resuelva a toda prisa.

—Y cuanto más lento lo resolvamos, más tiempo tendremos para averiguar si hay algo más. —Se me acelera el pulso con solo decirlo en voz alta.

—Entonces echamos el freno.

—El freno no. Breslin tiene razón, tampoco necesitamos crearnos fama de no hacer nada. Nos limitaremos a tomárnoslo con calma. No sé lo que estará pasando, pero no quiero volver a interrogar a Rory hasta que no conozcamos todas las implicaciones de este caso. Cuando decidamos atacarlo de nuevo, quiero entrar con artillería suficiente para cargármelo.

Mi compañero asiente.

—¿Y qué hacemos ahora con él?

Miro mi reloj: menos de una hora para la reunión del caso.

—Ahora le pedimos que nos repita la historia, vemos si quiere contarnos algo nuevo, le cogemos el abrigo y los guantes e intentamos convencerlo de que nos deje registrar su piso. Y luego lo mandamos a casa y nos vamos a la reunión. Después de eso...

—Después de eso dormimos un poco, joder, que estoy reventado.

Es decirlo y salirle un bostezo enorme. Yo me trago uno, pero es demasiado tarde: comprendo a mi pesar que yo también estoy hecha polvo. La vista empieza a fallarme; ya no sé ni a qué distancia están las paredes.

—Pero Breslin está fresco. Si nos vamos a casa, estaremos dejándole pista libre para hacer lo que quiera.

—Pero si no nos vamos, se escamará.

Tiene razón. Si se cargan a un niño o a un poli, trabajas veinticuatro horas seguidas si hace falta y luego te das una ducha, echas una cabezada rápida y te metes otras veinticuatro horas entre pecho y espalda. Si hiciéramos lo mismo en todos los casos, nos quemaríamos en menos de tres meses. Al caso de homicidio estándar le dedicas un turno de ocho horas, que puede llegar a doce o catorce si pasa algo interesante. Si Steve y yo nos hacemos hoy las veinticuatro horas, para eso mejor que vayamos directamente a Breslin y le digamos que algo nos huele a chamusquina.

—Entonces ¿qué hacemos con él?

—Aprovechar la reunión para encasquetarle todo el papeleo que podamos. Así no se meterá en líos.

—Sí, claro, le va a encantar a un supersabueso como él... —Steve sonrío de oreja a oreja.

—Recuerda que esto no tiene nada que ver con su ego. Nos lo ha dicho él. ¡Es por la brigada! No le importará localizar hasta al último pasajero del 39A, ¡no si lo hace por la brigada!

No puedo evitar reír también con ganas.

—Registra todas las papeleras de Stoneybatter a Ranelagh: Breslin, tío, ¡hazlo por la brigada! Ve a la autopsia: Breslin, tío, ¡hazlo por la brigada! Pasa a ordenador las declaraciones...

—Hora de la *pizza*: Breslin, tío, ¡hazlo por la brigada!

Estamos los dos al borde del ataque de risa. Como siga relajándome así, voy a quedarme dormida aquí mismo.

—Dejaremos que se entretenga investigando todo lo que tenga que ver con Fallon. Si termina con los conocidos, puede ir a hablar con las exnovias y ver si comentan algo de que tenga la mano demasiado larga...

—No lo creo. —Steve pasa la mano bajo el grifo del dispensador y se echa agua en la cara para intentar espabilar.

—Ya, es probable. Pero si Breslin tiene tantas ganas de empapelarlo, no pondrá problemas en rebuscar en sus trapos sucios, ¿no? Con eso tendría que valer para mantenerlo ocupado y que no nos cause problemas, al menos hasta que termine su turno. Y le endilgaremos un agente de refuerzo. Tal vez se lo piense dos veces antes de hacer desaparecer cualquier declaración que no le guste.

Debe de notarme algo en la voz, porque levanta la vista de golpe y me pregunta:

—¿Te han desaparecido más cosas después de lo del testigo del caso Petrescu?

—No, no —digo (no pienso llorar en su hombro porque unos niños malos me han robado mi bonita hoja de declaración)—. Pero eso no quiere decir que haya parado. Tenemos que andarnos con ojo.

Se queda mirándome mientras se limpia las gotas de agua de la mandíbula, y tengo la sensación de que tarda un parpadeo más de la cuenta en responder, pero entonces dice como si tal cosa:

—Un refuerzo no impedirá que Breslin le pase información a Crowley, si es

realmente él quien está detrás de esa historia.

—Ya lo sé, pero ¿qué se te ocurre? ¿Quieres que lo sigamos al meadero y nos aseguremos de que no le manda un mensaje a Crowley con una mano mientras se sujeta la polla con la otra?

—Qué va, lo del refuerzo es buena idea. Podemos decirle que el chaval necesita un mentor.

Tengo que reírme.

—Seguro que se lo traga. Aunque quizá no funcione y acabe manejándolo a su antojo, pero es mejor que nada.

—Tenemos que mantenerlo apartado de los datos electrónicos de Aislinn.

Teléfono, correos, cuentas de redes sociales; los sitios donde, si el novio criminal existe, podríamos encontrar algún indicio sobre él.

—En la reunión nos aseguraremos de que todo el mundo sepa que los tenemos nosotros. Es probable que Breslin le echara un vistazo al teléfono cuando estuvo en el lugar de los hechos, pero, por lo que vi, no había nada provechoso.

—¿Y sabes otra cosa que debemos hacer? Tener más charlitas con Breslin, siempre que podamos. O que él nos dé la charla, más bien.

—Dios mío, no. Antes la muerte.

—Es lo que hay. Le dejaremos hablar, no es idiota, pero...

—Le encanta el sonido de su voz. Sí, venga, a ver si revienta de tanto enseñarnos; nunca se sabe lo que puede escapar de su boca. Y con McCann también, si surge la ocasión. —Llevan diez años como compañeros y están muy unidos: si Breslin quiere acabar con Rory Fallon, por la razón que sea, o que el caso me reviente en la cara, McCann debe saberlo—. No es de mucho hablar, pero nunca se sabe.

—Ahora mismo no podemos hacer otra cosa. Es evidente que no vamos a ir a hablar a las claras con Crimen Organizado. —Steve está mordiéndose la cutícula y mirando a Rory sin verlo—. Dijiste que conocías a alguien, ¿no? ¿Podrías tantearlo, a ver si ha oído algo?

—Sí, aunque no es tan sencillo. —Me mojo la palma de la mano en el dispensador de agua y me la paso por el cuello—. Veré qué puedo hacer.

—Y no ponemos nada de esto por escrito.

—No, ni de coña. Ni dejes nada en la mesa. —Pienso en mis declaraciones en el cajón cerrado con llave; ya nadie va a molestarse en fastidiarme otra vez con eso, les gusta confundirme para mantenerme alerta, pero de pronto el pequeño cerrojo me parece de pega—. Ni en los cajones de la mesa. Las notas siempre encima.

Steve se muerde la comisura del labio por dentro.

—Joder.

Esto no es más que un montón de paja, sombras arrojadas por algo que puede ser enorme o por una cosa que ni siquiera merezca la pena husmear, pero siento cómo me pega la adrenalina por dentro y no puedo evitar saborearla. Casi me da por salpicarle agua a Steve.

—Qué cara has puesto. Anímate, hombre. Podría ser lo más emocionante que nos haya pasado nunca.

—Pero estas emociones no me gustan, esconder cosas en mi propia brigada...

—Tranquilidad en las masas. Es probable que no sea una puta mierda. Como he dicho, vayamos con cuidado, solo eso.

Movimiento por el pasillo. Estoy en la puerta en dos pasos, pero solo es Winters, que está llevando a un imbécil con chándal y cara de sobrado a otra sala de interrogatorios. De todas formas digo:

—Será mejor que nos movamos, antes de que Breslin vuelva para ver qué hacemos.

Steve asiente y tira el vaso maltrecho a la papelera. Vuelvo a mirar a Rory, que a estas alturas está pegando botes como si la silla fuera eléctrica. Después entramos para tomárnoslo con calma un rato.

La sala de interrogatorios apesta a sudor y lágrimas.

—Los detectives Conway y Moran están entrando en la sala —informo a la grabadora.

—Buenas —dice Steve sentándose y dedicándole una sonrisa compasiva a Rory —. El detective Breslin ha tenido que salir. Me incorporo yo. Detective Moran.

El librero apenas asiente.

—¿Cómo estás? —le pregunto acercando la silla.

—Estoy bien. —Tiene la nariz taponada—. Siento...

—No pasa nada. ¿Te ves ya capaz de hablar?

Me lanza una mirada acusatoria con sus ojos enrojecidos.

—Usted lo sabía desde el principio, que había estado saliendo con Aislinn y que anoche habíamos quedado en su casa. Lo sabían.

Qué cosas tiene el corazón de clase media: está realmente ofendido porque unos agentes de la ley le hayan engañado.

—Ya, es verdad. Sé que no hemos jugado limpio, pero nosotros tenemos que investigar un homicidio y a veces la única manera de sacar la información necesaria no es la ideal. Si te hubiéramos dicho lo que pasaba, podrías haberte andado con remilgos con nosotros y no podíamos arriesgarnos. Es posible que sepas algo vital y ni siquiera seas consciente.

—Les he contado todo lo que sé.

Se le ve bastante huraño conmigo. Me recuesto en la silla y miro a Steve, pasándole el testigo, literalmente.

—Puede que lo creas —dice Steve—, pero eso ha sido antes de saber lo que había pasado. Con el tiempo he ido comprendiendo que este tipo de conmociones puede hacer que se liberen recuerdos de la gente. ¿Te importa que volvamos a repasar un momento los acontecimientos de anoche, por si acaso?

Rory lo mira con suspicacia pero, en cuanto Vecino Majo le dedica una mirada sincera y esperanzada, decide en el acto que mis desmanes no son culpa de Steve. De todas formas, mi compañero tenía asegurado el éxito, aunque solo sea por no ser Breslin.

—Bueno, pero estoy convencido de que no...

—Fantástico —lo corta Steve—. Hasta lo más mínimo puede sernos de gran ayuda. ¿Te fijaste en alguien que puedas describir durante el tiempo que pasaste en Stoneybatter? ¿Te pareció escuchar algo extraño?, ¿algo que te llamara la atención de un modo u otro?

—No, me temo que no. Por lo pronto, no soy muy observador que digamos, y anoche estaba tan concentrado en... en Aislinn. La verdad es que no estaba prestando atención a nada más.

—Ya, claro, yo también he pasado por eso. Cuando empiezas una relación (sobre todo si la cosa estaba despegando de la manera que cuentas), todo lo demás desaparece —comenta Steve sin dejar de sonreír y consiguiendo una mueca de Rory que raya en la sonrisa.

—Es justo eso. Y ayer ya saben el día que hizo: era una tarde de perros, me estaba congelando, me cayó agua de un árbol por el cuello de la camisa... Pero yo tenía la sensación de estar en un cuento. El olor a humo de turba y la lluvia cayendo con la luz de las farolas de fondo...

—¿Ves? A eso me refería: recuerdas más de lo que creías. Y estuviste en Stoneybatter una hora entera, ¿verdad? De las siete y media a las ocho y media. Tuviste que ver a alguien.

Y ahí está otra vez: el tic involuntario en el cuello del librero y la embestida contra las gafas. Steve saca a colación esa hora muerta, y de pronto a nuestro sospechoso deja de gustarle el juego y yo vuelvo a sentir ese olor a sangre al fondo de la nariz. El movimiento de cabeza de mi compañero me dice que él también lo huele.

Sin embargo, de pronto Rory recobra la memoria: lo que sea con tal de distraernos.

—Es verdad, ahora que lo dice. Me crucé con tres mujeres en Prussia Street, de camino al Tesco. Iban vestidas como para salir, y había dos con el pelo igual que Aislinn, largo, rubio y liso... por eso me fijé. Compartían un paraguas entre las tres y reían. Y cuando me bajé del autobús, también vi a un grupito de chavales con sudaderas de capucha que andaban dándole patadas a un balón por Astrid Road, a la vuelta de la esquina de casa de Aislinn... y no se apartaron cuando me acerqué, así que tuve que sortearlos para entrar en la calle. Pero no creo que eso tenga nada que...

Mi compañero asiente entusiasmado, como si fuera información crucial.

—Nunca se sabe. Ellos podrían haber visto algo. Todo es bueno. —Garabateo en la libreta, en plan información crucial; hay grandes posibilidades de que todos sean seres imaginarios—. ¿Alguien más? Cualquier cosa... —Rory sacude la cabeza y Steve espera, pero no sale nada más—. Vale. ¿Y qué me dices de tus conversaciones

con Aislinn? Tómate un segundo para hacer memoria. ¿Alguna vez mencionó que la molestara alguien... no sé, del trabajo, por ejemplo, que se hubiera puesto un poco pesado? ¿Algún ex que no aceptara un no por respuesta? —Rory no para de negar con la cabeza—. Vale. ¿Había algo que la incomodase? ¿La notaste alguna vez tensa ante un asunto en particular?

—En realidad... —Rory vuelve a relajarse ahora que nos hemos apartado del tema conflictivo—. Sí. Cuando hablaba de sus padres, Aislinn se... Había algo raro. Me contó que estaban los dos muertos... Me dijo que su padre había muerto en un accidente de tráfico cuando ella era pequeña y que su madre padeció una larga enfermedad, esclerosis múltiple, que acabó matándola hace ¿unos años? —Nos mira a ambos con la esperanza de que le demos un sí o un no: no le damos nada—. Pero se la veía muy incómoda cuando tenía que hablar de ellos y siempre cambiaba rápidamente de tema. A lo mejor era porque todavía no nos conocíamos mucho, pero yo me pregunté si no habría algo más detrás de todo eso... que tal vez uno todavía viviera pero tenía algún problema, como comenté antes. A ver, aún no tenía confianza suficiente para preguntarle, pero... a mí me parecía raro.

No es lo que Steve buscaba.

—Vale, interesante. Es una línea que debemos investigar, desde luego. ¿Algo más?

Rory niega con la cabeza.

—No se me ocurre nada más.

—¿Estás seguro? Lo digo en serio: cualquier cosa, por pequeña que sea, puede ser determinante. Lo que sea.

Se hace un silencio momentáneo en el que Rory respira hondo, como si fuera a decir algo, pero acaba soltando el aire y deja de mirar a Steve.

Mi compañero espera, observándolo, tranquilo e interesado como tu colega en el *pub*.

—Ojalá supiera qué más no están contándome —masculla de pronto, casi sin darse cuenta.

—Es normal que quieras saberlo —dice Steve como si tal cosa—. Lo único que puedo decirte es que si nos callamos cosas no es para reírnos de nadie. Si lo hacemos es para atrapar al que mató a Aislinn.

Aunque le cuesta, Rory levanta la vista para buscar la mirada de Steve.

—¿Sospechan de mí? —le pregunta, preparándose para la respuesta.

—Ahora mismo cualquiera con algún tipo de vínculo con Aislinn es un sospechoso en potencia. No voy a insultar tu inteligencia diciéndote que tú eres la excepción.

A pesar de que ya debía saberlo, se le enciende el miedo por dentro.

—Anoche no llegué ni a verla. Y yo le tenía cariño, creía que juntos... ¿por qué iba yo...? —No sé qué quería decirnos antes, pero ya se ha desvanecido.

—También es verdad —dice Steve, dándole la razón—, pero tenemos que asumir

que eso mismo nos dirán todos aquellos a quienes les preguntemos. Y una de esas personas nos mentirá. Estaríamos encantados de eliminarte sin más... Cuanto antes estrechemos el círculo, mejor..., pero tampoco podemos fiarnos de tu palabra porque sí. Me entiendes, ¿no?

—Entonces ¿cómo lo hacen?

—Con pruebas. Siempre se necesitan las huellas dactilares, y en este caso estamos también pidiendo abrigos y guantes... Como comprenderás, no puedo decirte por qué, pero podrían servir para tacharte directamente de la lista. Eso te parece bien, ¿verdad? ¿Podemos quedarnos con estas prendas? —Le señala la ropa.

Lo ha pillado desprevenido, pero Steve no está dejándole muchas opciones.

—Sí, bueno, supongo... Eh... sí, vale. Pero me las devuelven, ¿no?

—Desde luego —dice mi compañero, que se inclina sobre la mesa para enganchar los guantes con el bolígrafo—. Tardarán unos días, eso sí. ¿Te importa si echamos un vistazo en tu piso, por si tienes otros que haya que descartar?

—Yo no... —Parpadea como loco. El cansancio y el aire viciado están calándole; empieza a costarle seguir el ritmo—. ¿No pueden llevarse solo estos? Son los que llevaba puestos anoche, si es lo que...

—Ya, es que mira —le explica Steve—, la cosa no es eliminar de la lista este abrigo en concreto, lo que queremos es tacharte a ti de la lista, y eso significa que necesitamos todo lo que pudieras ponerte, no solo lo que en realidad te pusiste. ¿Me entiendes?

Rory se sube las gafas para frotarse con los dedos el rabillo de los ojos.

—Sí, vale. Lo que haga falta. Aunque me gustaría estar presente... cuando vengan a mi piso. No me gusta la idea de que... ¿Puede ser?

—Sin problema —responde Steve con naturalidad—. Los muchachos que te llevarán a tu casa echarán un vistazo rápido, ya que están. Y eso será pronto, ¿de acuerdo? En cuanto te tomemos las huellas, podrás salir de aquí y volver a tu vida.

El librero cierra los ojos contra las yemas de los dedos.

—Eso... sí. Sería estupendo.

Metó los guantes y el abrigo en sendas bolsas de pruebas y salgo para mandárselas a Sophie antes de que Rory cambie de opinión. Luego paso a máquina la declaración e ignoro a los cerdos de la sala que me ignoran a mí, mientras Steve imprime un plano para que el librero nos pinte la ruta que recorrió hasta su casa — todo lo que recuerde o quiera recordar— mientras le hace repasar la historia. Los dejo solos todo el tiempo que podemos permitirnos, por si Rory sigue contrariado conmigo, pero, cuando vuelvo a la sala de interrogatorios, Steve meneaba mínimamente la cabeza: no ha pasado nada interesante.

—Tengan —dice acercándonos el plano por la mesa. Tiene mala cara, con esos labios resacos y el pelo castaño claro como untado sobre la cabeza; se diría que ha estado corriendo en plena ola de calor—. ¿Era esto más o menos?

Hay una cuidada línea que serpentea desde Stoneybatter hasta Ranelagh, y una

crucecita con un FLORES en los muelles.

—Está estupendo. Un millón de gracias.

—Lee esto —le digo tendiéndole la declaración y un bolígrafo—. Si está todo correcto, pon tu inicial en cada página y firma en la última.

No hace ademán de cogerla.

—¿Creen que...? —Respira hondo—. Si no me hubiera ido cuando me fui... Si hubiera seguido pegando en la puerta o hubiera llamado a la policía o entrado... ¿podría haberla salvado?

A punto estoy de decirle que sí. Si no es nuestro hombre, es un picha floja de no te menees, de esos que necesitan que les den dos collejas cada cierto tiempo para evitar que desaparezcan en su caparazón; por no hablar de que nos habría hecho perder medio día por estar donde no tenía que estar y, encima, con una cara de culpable que no se la quita nadie. Solo tengo que decir «sí» para que se pase el resto de la vida fustigándose con fantasías cada vez más elaboradas en las que irrumpe justo a tiempo de salvar a Aislinn de una banda de moteros violentos y luego viven felices por siempre jamás y tienen 2,4 pichitas flojas. Es casi imposible resistirse.

Pero si es nuestro hombre, no es tonto, y aprovechará toda la información que le dé.

—No hay manera de saberlo. Ten —le digo plantándole la declaración en las narices.

La lee, o por lo menos pasa un buen rato mirando cada hoja. Al final la firma como el que apenas recuerda la manera de hacerlo.

Ya casi son las cuatro. Contactamos con los refuerzos que han estado recolectando las grabaciones de las cámaras de seguridad —Kellegher y Reilly— y les decimos lo que queremos que hagan cuando lleven al testigo a su casa. Steve va a su taquilla a buscar una vieja sudadera para que el delicado ser de Rory no se congele en el camino de vuelta. Luego le decimos lo mucho que nos ha ayudado y se lo entregamos a los refuerzos.

—Me debes diez euros —me dice Steve mientras vemos como Kellegher y Reilly se lo llevan por el pasillo.

Por detrás, emparedado entre espaldas de granjero y andares de poli, Rory parece un pardillo al que llevan a la parte de atrás del colegio para darle lo suyo.

Compruebo que no falta ninguna hoja de la declaración.

—Los cojones. ¿Es que no lo has visto desgañitarse y con los ojos como dos tomates? Ya puedes estar pagándome.

—Eso no cuenta. Tiene que ser porque se cague solo de vernos, no al enterarse de que la novia está muerta.

—¿Desde cuándo? —Steve lleva razón, solo pretendo picarlo—. Tch, tch, tch. No se pueden cambiar las normas según...

—Desde siempre. ¿Cuándo he intentado yo escaquearme de...?

—¿Cuándo he intentado yo no pagar porque no me guste que...?

Rory y los refuerzos han desaparecido en una espiral de pisadas que retumban por las escaleras de mármol. Cierro la sala de interrogatorios de un portazo y nos dirigimos a nuestras mesas para coger todas las cosas. Sigo con la sensación de que el pasillo está lleno de trampas encubiertas y lanzas afiladas, pero ya no me parece algo tan dramático.

Antes me encantaba la primera reunión del caso, disfrutaba hasta del último detalle. El pálpito de la sala de operaciones, todos tensos como galgos en sus cajones de salida; las respuestas se dan con más presteza, casi al tiempo que surgen las preguntas, todas las miradas se vuelven en redondo con más agilidad. El latigazo de cada tarea que se asigna: «Murphy, reúne las grabaciones del circuito cerrado», «Vincent, haz una lista de propietarios de Toyota Camry dorados», «O’Leary, habla con la novia», zas, zas, zas. Ese momento en que cierro la libreta y digo «Vamos», y saltamos todos de la silla y estamos ya a medio camino de la puerta antes de poder cerrar la boca. Solía salir de la reunión como si el hijo de perra al que buscábamos no tuviera la más mínima oportunidad. A estas alturas, sin embargo, la sola idea —los agentes de refuerzo mirándome de arriba abajo y preguntándose qué rumores son ciertos, y yo devolviéndoles la mirada y calibrando cuál de ellos se cebaría con el más mínimo traspié, lo exageraría y lo trocaría por una risa y una palmadita en la espalda— me deja con el mareo y la mala hostia de una resaca.

Sin embargo, la sala de operaciones C... No he entrado en ella desde que hacía de refuerzo, persiguiendo pistas inútiles para los mayores; se me había olvidado: la luz blanca explotando desde el techo alto, deslizándose y reflejándose sobre la pizarra y las ventanas altas. Las filas de ordenadores flamantes deseando un poco de acción, bombeando el aire con su latido. Las mesas tan pulidas que podrías rajarte el pulgar con los bordes. Es traspasar el umbral y la sala me quita el cansancio como si me desempolvara y me carga la batería hasta que echo chispas de electricidad estática. Entrás y te ves capaz de resolver hasta el caso de Jack el Destripador. Y ahora no soy una agente de refuerzo que salta cuando los mayores chasquean los dedos: esta vez soy yo la mayor y hasta el último centímetro de esta habitación es mío. Por un segundo, consigue crearme la ilusión de que me encanta mi trabajo, como si me creciera de cero un doloroso retoño de amor duradero.

Por la cara alzada y los labios separados en una media sonrisa, de niño en la función de Navidad, veo que Steve experimenta la misma sensación. Y es justo eso lo que me devuelve el juicio de golpe: mi compañero pierde el culo por todo lo bello, sin importarle cómo ha llegado a serlo, por qué ni qué hay debajo. Yo no.

Estampo mi montaña de papeles contra la mesa del encargado del caso, que mide el doble que las otras y está en la cabecera de la sala.

—Caballeros —digo en voz alta—. Vamos a empezar. ¿De quién es esto? —Cojo una taza de café de la mesa y la levanto en alto.

Breslin está apoyado contra la pizarra, concediendo audiencia a Deasy y Stanton, los dos refuerzos que trajeron a Rory, y a la pareja que mandamos antes a hacer el puerta a puerta: un tipo de piel oscura, delgado y nervioso que se llama Meehan, con el que ya he trabajado y me cae bien, y un novato llamado Gaffney con pinta de remilgado que me suena haber visto por ahí y que está tan tieso que parece que llevara puesto el uniforme de prefecto de policía. Breslin, o más bien algún agente mangoneado por él, ha empezado con la pizarra (fotografías de Aislinn, del lugar de los hechos, de Rory, un plano de Stoneybatter) y ha establecido un grueso cuaderno de tapa dura como libro de tareas, donde se lleva la lista de todo lo que hay que hacer y quién se encarga de cada cosa. Tenemos hasta hervidor.

—Es mío —dice Gaffney, adelantándose para coger la taza y retirándose rápidamente, con la cara como un tomate—. Lo siento.

—Meehan. —Le lanzo el cuaderno—. El libro de tareas, ¿vale? —Lo coge y asiente.

Steve deja sus cosas al lado de las mías y empieza a repartir fotocopias: el parte de llamada inicial, el informe de los radiopatrullas, la declaración de Rory. Me acerco a la pizarra y dibujo sin mucho detalle una línea cronológica de la noche. Los refuerzos escogen mesa y se acomodan rápidamente: se acabó la cháchara.

—La víctima —digo señalando su foto con el rotulador—. Aislinn Murray, de veintiséis años, vivía sola en Stoneybatter, trabajaba de recepcionista en una empresa de productos sanitarios para comercios. Sin antecedentes penales ni visitas a comisaría. La atacaron anoche en su propia casa: según el examen preliminar de Cooper, recibió un puñetazo en la cara y se golpeó la cabeza contra el borde de la chimenea. Por los mensajes de su teléfono, podemos delimitar la hora entre las 19:13 y las 20:09. —Paso a la foto del librero—. Este hombre de aquí, Rory Fallon, llevaba saliendo con ella un par de meses. Anoche ella lo esperaba en su casa para cenar a las ocho en punto.

—Hay que ser capullo —comenta Deasy con una sonrisita—. Con un pibón así, ya podría haber esperado a meterla en caliente antes de matarla.

Risitas. Breslin carraspea, esboza una mueca indulgente y ladea la cabeza hacia mí. Se disipan las risitas.

—Si tanto te preocupa, Deasy, siempre puedes compensarlo. La próxima vez que lo traigamos, puedes llevártelo al baño y comérsela un rato.

Deasy se rasca el bigote y pone mala cara. Vuelven las risitas, esta vez más crispadas y ambiguas.

—Breslin, Moran y yo hemos tenido una charla con Fallon. Según su relato, estaba a las ocho en la puerta de Aislinn, pero, al ver que ella no respondía, imaginó

que le había dado plantón y volvió a su casa con el rabo entre las piernas, a llorar en la almohada.

—Aunque os parezca increíble —dice Breslin arrastrando las palabras y dándole vueltas al bolígrafo—, no le creemos.

—La teoría con la que trabajamos es que Fallon llegó a la casa de la víctima sobre las siete y media, las cosas se pusieron feas por un motivo u otro y él la golpeó. Suponemos que creía que solo la había dejado inconsciente. Luego se largó corriendo con la esperanza de que ella no lo denunciara a la policía o no se acordara ni de lo que había pasado.

Breslin asiente todo el rato dando su bendición a la teoría de los novatos.

—Sería más bien homicidio involuntario que otra cosa —comenta—, pero eso no es problema nuestro.

—A primera hora de la mañana, a Fallon debió de entrarle cargo de conciencia, o puede que se lo contara a algún colega que quiso cumplir con su deber de ciudadano. Una llamada de un varón anónimo informó en la comisaría de Stoneybatter de que había una mujer con heridas en la cabeza en el 26 de Viking Gardens y pidió que mandaran una ambulancia.

—Yo apuesto a que fue el propio Fallon —dice Breslin—. Da justo el tipo del que se acobarda a las pocas horas e intenta arreglar el entuerto cuando ya es demasiado tarde.

—La llamada se hizo desde un número oculto —dice Steve—. ¿Quién quiere encargarse de eso?

Se levantan todas las manos.

—Tranquilidad, chicos —dice Breslin con una sonrisa burlona—, que hay para todos.

—Gaffney, quédate tú con lo del teléfono —digo (el chaval necesita una palmadita después de lo de la taza); Meehan va apuntando en el libro de tareas—. Stanton, Deasy: estabais confeccionando la lista del círculo de personas cercanas a Fallon. ¿Cómo va eso?

—Nada fuera de lo normal. Madre, padre, dos hermanos mayores, varones; un puñado de colegas del instituto y la facultad, algunos excompañeros de piso, una larga lista de gente del trabajo y amigos... la mayoría profesores de historia, bibliotecarios y esas cosas. Le pasaré la lista por correo.

—Muy bien. Detective Breslin, ha contactado ya con varios de la lista, ¿no es así?

—Los dos hermanos mayores han mostrado muy convenientemente su conmoción —informa—. Según me han contado, sabían lo de la gran cita de Rory, pero nada más; estaban esperando a conocer los detalles sucios. Aseguran que no han llamado a la comisaría de Stoneybatter, ni esta mañana ni nunca, pero, por supuesto, podrían haberlo hecho. Los he citado después de la reunión para hablar con cada uno por separado.

De lo que se deduce que Breslin piensa prolongar su turno por un caso de andar

por casa.

—Si no sacas nada en claro de ellos, sigue con la lista —le pido—. Puedes empezar por quienes vivan cerca de la ruta que hizo anoche Rory para volver a su casa, tal vez recibieran una visita inesperada. Y ya puesto, graba muestras de voces de los hermanos y los mejores amigos. Tenemos que enseñárselas, junto a la del propio Fallon, al compañero que estaba anoche de guardia en Stoneybatter, para ver si reconoce a alguien. ¿Puedes tú ocuparte también?

Por un segundo, tengo la sensación de que Breslin va a decirme que me meta el trabajito sucio donde me quepa.

—Por qué no —dice, si bien con el gesto torcido.

—Genial. Necesitamos que alguien vea atentamente las grabaciones de las cámaras de seguridad. Kellegher, Reilly, ya que estáis recopilando todo el metraje del barrio, podéis encargarnos de verlo. —Meehan asiente y apunta—. Y alguien tiene que conseguir también las grabaciones de la ruta del 39A, dirección norte, de ayer por la tarde: hay que localizar los autobuses que hicieron parada en Morehampton Road sobre las siete y ver si hay imágenes de Fallon subiéndose, para corroborar las horas en que lo cogió y en que se bajó en Stoneybatter. —El ratón de gimnasio ha levantado el dedo. Es el ritmo del látigo, el que me encantaba antes: aunque sé que no debo, sigue pegándome como un expreso triple—. Se encarga Stanton. Y alguien tiene que ir a Stoneybatter y cronometrar la ruta que Rory afirma haber hecho desde la parada del autobús: por Astrid Road hasta la esquina de Viking Gardens y luego al Tesco de Prussia Road, donde compró un ramo de flores, y vuelta a casa de Aislinn. Meehan, tú eres más o menos de la misma complexión y edad que Fallon, ¿te encargas tú? Cronométralo dos veces: una a paso normal y otra todo lo rápido que puedas.

Meehan asiente.

—¿Han aparecido las flores de Rory en alguna papelera de los muelles? —le pregunta Steve, que se gira para mirarlos a él y a Gaffney de frente.

—He ido yo a mirar mientras mi compañero seguía con el puerta a puerta — cuenta Meehan—. Todavía no habían vaciado todas las papeleras desde anoche, pero no he visto lirios por ninguna parte. Seguro que las cogió alguno para llevárselas a la novia.

—O nunca llegaron a esas papeleras —tercia Breslin—: el bueno de Rory los tiró al río porque no quería que encontrásemos sangre, pelo o fibras de la alfombra de Aislinn. Y, por cierto, ¿cómo vamos con el círculo de ella?

—No tenía ningún pariente cercano, ni tampoco mucha vida social —explico para todos—, pero su amiga Lucy nos dio un par de nombres y números por los que empezar. Hay que ir a su trabajo, para ver si puede venir el jefe a identificar el cadáver y hablar un poco con los compañeros. Me gustaría saber si contó algo sobre Rory y qué dijo.

—Y también necesitamos saber si había algún compañero colado por ella — añade Steve—. Si se diera la remota posibilidad de que Rory esté diciendo la verdad

—Breslin resopla—, puede que a alguien no le hiciera gracia la idea de que Aislinn se hubiera echado novio. Y los compañeros de trabajo eran la gente con la que pasaba más tiempo.

Buena jugada: si alguien nos pilla haciendo algo que no apunte a Rory, siempre podemos echarle el muerto al compañero acosador en potencia. A lo mejor hasta resulta ser verdad.

—¿Por qué no os encargáis vosotros del romance de oficina? —nos propone Breslin—. Por lo de la intuición femenina y toda esa pesca.

—Tengo la mía en el taller —replico—. Se le ha ido la transmisión. Tendremos que conformarnos con el trabajo real de un detective. Deasy, Stanton, id mañana a primera hora de la mañana.

—Donde también pasaba mucho tiempo Aislinn era en cursos nocturnos —cuenta Steve—. Allí también pudo salirle un admirador secreto. Necesitamos que alguien averigüe a qué cursos asistió y que haga una lista con el resto de alumnos o como se llamen.

—Gaffney, encárgate tú. Moran y yo vamos a ponernos con el historial del teléfono, los correos, las redes sociales y esas cosas...

—Yo puedo ir empezando con eso esta noche —se ofrece Breslin—. No me importa quedarme unas horas si así nos ventilamos antes el caso, y tampoco puedo presentarme en casa de los conocidos de Rory a las nueve de la noche para pegar la hebra. Podría ir metiéndole caña a la vida social de la víctima.

Engancho mi mirada con la de Steve por un segundo, antes de que este vuelva a bajar la cabeza sobre su libreta. Puede que Breslin solo quiera sacarle brillo a su reputación estelar —todo el mundo quiere los datos electrónicos de la víctima porque casi siempre contienen algo bueno—, o quizá pretenda convertirme en la perdedora que era incapaz de encontrar sus propias pruebas. O, quién sabe, tal vez necesite librarse de todo lo que apunta a su colega mafioso.

Meehan ha dejado de escribir y está mirando de uno a otro, inseguro.

—Moran y yo ya hemos empezado con eso. Llevamos aquí desde ayer por la noche y tenemos que echar unas horitas de sueño, pero retomaremos los datos electrónicos a primera hora de la mañana. Breslin, ya que has empezado tú con Fallon, es mejor que sigas con él. Necesitamos que alguien nos dé una lista de sus ex y ver qué cuentan sobre su relación con él, en concreto, sobre qué lo saca de sus casillas y cómo se pone cuando no consigue lo que quiere. Si dices que puedes quedarte hasta tarde, podrías ir moviendo eso.

Breslin pone cara de haber encontrado un pelo en la sopa y saber que el camarero es demasiado inútil para cambiársela.

—Claro, por qué no.

—Estupendo —digo, y al poco el bolígrafo de Meehan vuelve a moverse—. Detective Gaffney: primer caso de homicidio, ¿verdad?

—Sí, el primero. —Por su acento, se ha criado entre ovejas.

—Muy bien —digo agradeciéndole mentalmente al jefe no haberse molestado ni en asignarnos refuerzos con experiencia real—. No pierdas de vista al detective Breslin, él te enseñará las entretelas del oficio y te ayudará a cogerle las medidas. —Breslin lo saluda con una sonrisa y no rechista, aunque eso no significa nada—. ¿Puedes quedarte hasta tarde hoy?

Gaffney incluso se incorpora en el sitio.

—Sí, por supuesto.

—¿Alguien que no pueda? —Nadie se mueve—. Bien. Hay que conseguir también los datos bancarios de Aislinn... Gaffney, puedes ir pidiéndolos tú; de todas formas, vas a tener que mirarlos para localizar los pagos de los cursos nocturnos.

Breslin suspira, lo suficientemente alto para dejar claro que estoy perdiendo un tiempo y unos recursos valiosos.

—Todavía no tenemos un móvil —dice Steve para todos—. El más obvio es el del romance que se truncó, pero tampoco debemos descartar el tema del dinero. Rory mencionó que la librería pasaba por un bache y la amiga de Aislinn, Lucy Riordan, nos ha contado que la víctima tenía bastante dinero ahorrado. Puede que él le pidiera prestado unos cuantos miles de euros para la librería y, al negarse ella, la cosa se pusiera fea o algo por el estilo.

Breslin se encoge de hombros. Ha empezado a hacer garabatos en una esquina del cuaderno.

—También necesitamos los datos bancarios de Rory —añado—. Gaffney, pídelos, ya que estás. Y hay que hablar con la compañía telefónica para que nos vayan facilitando la localización GSM del teléfono de Fallon anoche: Deasy, ¿tú tenías un contacto decente en Vodafone? Y que alguien confirme también la coartada de Lucy Riordan con el resto del personal del teatro Torch: Stanton, ocúpate tú. Y necesitamos hablar con el personal del Market Bar y del Pestle, a ver si pueden contarnos algo sobre las citas de Aislinn y Rory: Meehan, ¿te parece? Y hay que mandar a uno de los radiopatrullas que acudieron al lugar de los hechos a la autopsia: Deasy, hazlo tú. Será mañana temprano; asegúrate de que no llegue tarde si no queremos que Cooper nos monte un buen pollo. —Risas entre dientes de todos los que conocen al forense—. Moran y yo estaremos en contacto con los peritos y nos aseguraremos de que nos vayan poniendo al día de todo. Irán surgiendo más cosas, pero de momento tenemos tarea. ¿Alguna pregunta?

Sacudidas de cabeza. Están con los nervios de la línea de salida.

—Vale. Vamos.

Meehan cierra con fuerza el libro de tareas y todos se enfrascan de inmediato en sus mesas, sus teléfonos, la declaración de Rory, tirándose de cabeza para ver quién es el primero en empezar con buen pie. La sala de operaciones C trepida con la energía que sale rebotando de las hileras relucientes de mesas y estalla contra las ventanas.

Y bajo todo eso, oculta en segundo plano, la leve pero feroz vibración de lo que

Steve y yo tenemos en la cabeza, que nos da codazos para que lo soltemos. El pelo engominado de Breslin apunta hacia su libreta, pero, al notar que lo miro, levanta la vista y me dedica una gran sonrisa.

Mi compañero pasa a ordenador el informe para el jefe mientras yo repaso lo que van trayendo los refuerzos. Son bastante competentes, aunque Deasy tiene problemas con la ortografía y Gaffney siente la necesidad de compartir hasta el último detalle de todo, relevante o no («La testigo informó de que estaba llevando a su hija Ava, de ocho años, a ver a su abuelo, que estaba ingresado en el hospital Saint James tras sufrir un infarto grave, cuando vio a Murray saliendo del coche...»). El puerta a puerta no arroja nada interesante: Aislinn se llevaba bien con los vecinos —no hay rencores por ruidos, aparcamientos ni nada por el estilo—, pero no había intimado con ninguno; algunos comentan haber visto a veces a una mujer que coincide con la descripción de Lucy; ninguno afirma haber visto a nadie más. Aislinn tampoco mencionó nunca a ningún novio. La veían salir con cierta frecuencia por las noches, muy maqueada, pero su relación no llegaba al chismorreos y no tenían ni idea de adónde iba o qué hacía cuando salía. Los del anciano matrimonio del número 24 están medio sordos y no escucharon nada anoche; la pareja de jóvenes del 28 oyeron a Beyoncé a todo trapo desde la casa de la víctima, pero cuentan que bajó la música o directamente la apagó antes de las ocho: se acuerdan porque es la hora a la que acuestan al niño, así que agradecieron la bajada de volumen. Después de eso, no volvió a escucharse nada.

El abuelete del número 3 ha corroborado la historia de Rory, o parte: poco antes de las ocho salió a pasear el perro (un terrier blanco, de nombre Harold, según Gaffney) y vio entrar por la calle a un hombre que coincide con la descripción de Rory. Cuando regresó al cuarto de hora, el tipo seguía allí, al final de la calle, trasteando con el teléfono. En ese cuarto de hora no salió nadie más —el resto del vecindario de Viking Gardens está formado por personas mayores y parejas jóvenes, nadie susceptible de salir de juerga un sábado por la noche—, lo que significa que Rory pudo haber entrado en la casa, haber matado a Aislinn y estar ya fuera a las ocho y diez mandando mensajes para crearse su coartada; pero a mí no me convence: la parte que lo alteró es más temprano, antes de la excursión al Tesco. A esa hora no había ningún vecino en la calle para poder confirmar si estaba o no.

Steve sigue tecleando. Breslin ha ido a interrogar a los hermanos de Rory, con Gaffney a la zaga, seguramente impartiendo perlas de sabiduría a su paso; Meehan se ha abrochado el abrigo hasta arriba y ha ido a cronometrarse por Stoneybatter, mientras Deasy está echando unas risas con su contacto de la compañía telefónica y Stanton le aprieta las tuercas a alguien de la empresa de autobuses. Sus voces merodean por las alturas de la sala y se difuminan por los bordes en medio de tanto espacio. Se ha hecho la oscuridad al otro lado de las ventanas.

Me suena el teléfono.

—Conway.

—A mi despacho con Moran —dice O’Kelly—. Quiero que me pongáis al día.

—Ahora bajamos —digo, y oigo que cuelga. Miro a Steve, que está arrellanado en la silla mientras le da un último repaso al informe—. El jefe quiere vernos.

Steve levanta la cabeza como un resorte y me mira entre parpadeos de varios segundos de duración: dos tercios de su persona están dormidos. Por una vez aparenta su edad.

—¿Y eso?

—Quiere que lo pongamos al día.

—Lo que nos faltaba.

El jefe solo pide actualizaciones en persona cuando es un caso gordo —no como este— o cuando tardas más de la cuenta en resolver uno, lo que, por mucha ojeriza que pueda tenernos, presupone un plazo de más de un día. Esto no puede ser bueno.

La leyenda cuenta que conseguí el curro porque O’Kelly tenía que completar el cupo de minorías y conmigo obtenía dos por el precio de una... y esa es la leyenda bonita. Todo mentira. Cuando el jefe me fichó, le faltaba un detective —uno de sus favoritos había pedido la jubilación anticipada— y yo era la estrella del momento en Personas Desaparecidas, con un precioso manojó de casos resueltos en cada mano. Acababa de salir de una jodienda de titular diario en la que había tenido que desplegar hasta el último truco del manual del buen detective, desde triangular *pings* telefónicos e inicios de sesión *wifi* hasta presionar a la familia para que hablase y sonsacar de mala manera a los amigos, con el fin de localizar a un padre al que acababan de abandonar y que había decidido coger la puerta llevándose consigo a sus dos hijos pequeños; me había tirado cuatro horas hablando con él para convencerlo de que saliera del coche con los críos y no se tirara por un muelle con el pasaje completo. Estaba en la cresta de la ola. Tanto el jefe como yo teníamos razones de sobra para pensar que todo iría como la seda.

O’Kelly es consciente de lo que ha estado pasando, sé que lo sabe, pero nunca ha dicho nada; se limita a observar y esperar. A ningún jefe le gusta tener estas historias en su brigada, ni los cuchicheos por los rincones ni la nube tóxica que pende sobre la sala. A estas alturas cualquier superintendente del mundo estaría preguntándose cómo librarse de mí.

Steve pulsa IMPRIMIR y la impresora se pone a trabajar con un ronroneo petulante, nada que ver con el resuello de moribundo de la que hay en la sala de la brigada. Vamos al vestuario, nos pasamos el cepillo, nos sacudimos las chaquetas. Steve tiene una mancha azul en la camisa, pero no tengo el valor de decírselo, no sea que le dé un chungo del esfuerzo de limpiársela. Yo asumo que tengo rotulador de pizarra en la cara o algo parecido, y que él hará lo mismo por mí.

Una de las razones por las que no me fío de O’Kelly es su despacho. Está lleno de horteradas —un dibujo a ceras enmarcado PARA EL MEJOR ABUELO DEL MUNDO, trofeos

de golf de pacotilla, un reluciente péndulo de Newton, por si le entran ganas de hacer ruiditos metálicos con bolas oscilantes—, así como de pilas de carpetas polvorientas que nunca cambian de sitio. Todo el cuarto clama a gritos que es un oportunista desfasado que se pasa el día practicando su *swing* y sacando brillo a la placa de la puerta mientras imagina maneras enrevesadas de averiguar si alguien ha tocado su alijo oculto de *whisky* de malta. Si O’Kelly fuera así, no llevaría casi veinte años dirigiendo Homicidios. El despacho tiene que ser pura fachada para descolocar a la gente. Pero los únicos que lo vemos somos los de la brigada.

Lo encontramos recostado en su supersilla ergonómica, bien asentado en sus reposabrazos, como un dictador de república bananera que concede una audiencia.

—Conway, Moran. Habladme de Aislinn Murray.

Steve blande el informe como el que le enseña un trozo de carne cruda a un perro rabioso.

O’Kelly señala la mesa con la barbilla.

—Deja eso ahí. Luego lo leo. Ahora quiero que me lo contéis vosotros.

Como no nos ha dicho que nos sentemos —y eso es buena señal: no nos va a llevar toda la noche—, permanecemos de pie.

—Estamos todavía esperando el informe de la autopsia —explico—, pero según el examen preliminar de Cooper le pegaron un puñetazo en la cara y ella se golpeó contra la chimenea la parte posterior de la cabeza. Esperaba para cenar a un tipo llamado Rory Fallon, que ha admitido estar en el lugar de los hechos a la hora de autos, pero afirma que ella no respondió al timbre y que no tenía ni idea de que estaba muerta hasta que se lo hemos dicho esta tarde.

—Ajá —dice O’Kelly; la intensa luz lateral del flexo arroja sombras oscuras sobre su cara que hacen que parezca tuerto y sea imposible de descifrar—. ¿Lo creéis?

Me encojo de hombros.

—Así, así. La principal teoría es que ella sí que respondió al timbre, siguió una discusión y Fallon le pegó el puñetazo. Pero puede que diga la verdad sobre lo de no saber que estaba muerta.

—¿Alguna prueba consistente?

No han pasado ni doce horas y ya está echándome la bulla por no tener coincidencias de ADN. Hundo las manos en los bolsillos de la chaqueta, para no pegarle un manotazo a la cinta, la maceta esa fea que tiene encima de la mesa.

—Los del laboratorio están trabajando ya con el abrigo y los guantes que Fallon afirma haberse puesto anoche —responde Steve antes de que yo pueda decir nada—, y hemos ido a peinar su ruta de vuelta a casa para ver si tiró algo por el camino. El sospechoso nos ha dado también su consentimiento para registrar el piso y llevarnos toda la ropa que nos parezca relevante. Ya tenemos a dos refuerzos en eso. Según los peritos, si es nuestro hombre, hay bastantes posibilidades de obtener sangre, epitelios o alguna fibra que coincida con las halladas en el cadáver.

—Le he pedido a una colega del laboratorio que se dé prisa con la ropa —digo sin mudar el tono—. Mañana deberíamos de tener algo preliminar. Lo mantendremos al tanto.

O’Kelly une las yemas de ambas manos y se queda mirándonos.

—Breslin cree que deberías dejar de hacer perder el tiempo a todo el mundo y arrestar a ese mierda.

—No es el caso de Breslin.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Tenéis dudas? ¿O es solo por demostrarle que él no manda sobre vosotros?

—Si hay alguien tan tonto como para creer que Breslin nos manda, no voy a perder mi tiempo en sacarle de su error.

—Entonces tenéis dudas.

El viento empieza a arreciar en la oscuridad tras la ventana. Suena a ventolera de campo, corriendo como loca durante millas sin nada que se cruce en su camino, como si la brigada estuviera en lo alto de ninguna parte.

—Lo arrestaremos cuando estemos preparados.

—¿Dudáis de que el caso se sostenga ante un tribunal, o de que el culpable sea el novio?

Me mira a mí, no a Steve.

—Dudamos de si estamos preparados para arrestarlo.

—Eso no responde a mi pregunta.

Se hace un silencio. El ojo de cíclope de O’Kelly, metálico a la luz del flexo, no parpadea.

—Creo que es probable que sea nuestro hombre, pero de ningún modo pienso arrestarlo basándome solo en mi instinto. Si eso es un problema, puede apartarnos del caso y dárselo a Breslin. Todo suyo.

O’Kelly se queda mirándome otro minuto mientras yo hago otro tanto.

—Mantenedme informado —dice entonces—. Quiero un informe completo sobre mi mesa todas las noches. Si surge algo gordo, no os lo ahorréis para el informe, me lo hacéis saber directamente. ¿Está claro?

—Clarísimo.

Steve asiente.

—Bien —zanja O’Kelly, que se gira en la silla hasta una pila de carpetas y empieza a revolver papeles levantando polvo contra el haz del flexo—. Id a echar una cabezada. Tenéis peor cara que esta mañana, y eso ya es decir.

Steve y yo esperamos a estar de vuelta, a puerta cerrada en la sala de operaciones, para mirarnos.

—¿Qué coño ha sido eso?

Cojo mi abrigo del respaldo de la silla y me lo pongo. Los refuerzos han subido el ritmo en cuanto hemos entrado; la sala es un continuo teclear y pasar hojas.

—¿El jefe encima de nosotros? ¿Qué parte te has perdido?

—Sí, pero ¿por qué? Nuestros casos nunca le han importado una mierda, a no ser que no estuviéramos haciendo lo que teníamos que hacer y quisiera echarnos la bronca.

Me envuelvo el cuello con la bufanda y me ato las puntas con fuerza: la oscuridad de la ventana tiene un vaho de condensación que dice que fuera hace frío. O’Kelly le ha quitado el brillo a nuestra reluciente nueva idea; las bandas criminales y los polis corruptos parecen una exageración de décimo nivel comparados con simplemente más gente que quiere joderme.

—Ya. Pero yo sigo aquí después de las broncas, así que lo mismo se ha dado cuenta de que tiene que subir la apuesta.

—O... —dice en voz más baja Steve, que aún no ha empezado a recoger y sigue de pie junto a la mesa, repasando con un dedo un tatuaje invisible en el borde—. Si él se ha imaginado lo mismo que nosotros, y a lo mejor lleva ya un tiempo oliéndoselo pero no quiere decir nada hasta asegurarse...

—Me largo —lo corto.

Desde fuera mi casa guarda mucho parecido con la de Aislinn Murray: adosado de una planta con fachada victoriana, muros gruesos y techos bajos. Para una persona está bien; pero, cuando dejo que alguien se quede a dormir —no muy a menudo—, ya por la mañana me pongo irritable y empiezo a sentir que nos chocamos contra las paredes. Según el censo de 1901, los matrimonios de la época criaban aquí una media de ocho hijos.

Eso sí, nada más entrar, mi casa no tiene una mierda que ver con la de Aislinn. Conservé el parqué original —yo misma lo lijé y lo pulí cuando la compré— y la chimenea, paso de tarimas flotantes cutres y cacharros de gas; también quité el revestimiento de las paredes, dejé los ladrillos a la vista y los encalé, todo yo sola. Entre la hipoteca y la letra del coche, se me va gran parte del sueldo, así que los muebles son de Oxfam y de la gama baja de Ikea, pero al menos no tengo nada tapizado en vichí.

Tiro el bolso al sofá, desconecto la alarma y enciendo el café. Mi colega Lisa me ha mandado un mensaje: «Estamos en el *pub*, ¡pásate!». Le respondo con un «Acabo de hacer dos turnos seguidos, voy a sobar». Aunque no es mentira —llevo despierta más de veinticuatro horas y no puedo ni enfocar bien la vista—, aún sería capaz de tomarme una pinta y echar unas risas con un grupo de gente que no me considera tóxica. Pero esa es justo la razón por la que me quedo. Cuando te tratan durante mucho tiempo como si llevaras un cartel de CÁGATE EN MÍ, empieza a preocuparte que el cartel haya desarrollado una realidad paralela y todo aquel con el que hablas pueda verlo. En la cabeza de mis colegas soy Antoinette, la poli supercañera, la inteligente y exitosa Antoinette, con la que nadie se mete. Quiero que siga siendo así. En los últimos meses he rechazado muchas pintas.

Además, todo apunta a que en el *pub* estará también mi colega el de la empresa de seguridad. No quiero que vuelva a ofrecirme el curro. No voy a aceptarlo —al menos no esta noche, con ese gran desafío que aún sigue poniéndome ojitos—, pero tampoco estoy preparada para que quite la oferta de la mesa.

Debería echarme algo al cuerpo y dormir, pero odio perder el tiempo durmiendo casi tanto como comiendo. Meto un paquete de pasta precocinada en el microondas y, mientras se calienta, llamo a mi madre, como todas las noches, no me preguntéis por qué. No es la típica que se queja de sus dolores de espalda o que me pone al día sobre qué hijas de sus amigas están preñadas, ni qué se ha encontrado mientras vaciaba la papelera de un directivo medio, lo que la deja sin muchos más temas de conversación. Cuando estoy de buen humor, yo sí le hago un resumen somero de mi día. Cuando no, abundo en los detalles: cómo eran las heridas, qué dijeron los padres mientras lloraban. A veces me sorprendo ante el cadáver apuntando mentalmente todo lo chungo, pensando esto sí que va a tumbarla por fin, le arrancará una respiración ahogada o me chillará que pare. De momento, no se ha dado el caso.

—Buenas —me dice mi madre. Clic de mechero. Siempre se fuma un cigarro mientras hablamos; cuando lo apaga, colgamos.

Pulso el botón de la cafetera para hacerme un expreso.

—Buenas.

—¿Alguna novedad?

—Nos ha tocado una pelea callejera. Un par de borrachos que se pusieron a saltar encima de otro y a bailar sobre su cabeza. Un ojo acabó en la acera.

—Ajá —dice mi madre dando una calada—. ¿Nada más extraño?

No tengo ganas de hablarle de Aislinn: demasiada mierda alrededor, demasiadas cosas que aún no controlo; a mi madre no le cuento nada hasta que no lo tengo todo bien atado.

—Qué va. Lisa me ha mandado un mensaje para que vaya a tomarme una pinta pero estoy hecha polvo. Voy a sobar.

Mi madre deja reposar la mentira por un momento, lo justo para hacerme saber que no quedará indemne, y anuncia entonces:

—Dice Marie Lane que te ha visto en el periódico.

Cómo no, la muy cotilla...

—Ah, ¿sí?

—Pero no era por ninguna pelea callejera. Hablaban de una chica joven a la que han matado en su casa. En el periódico te hacían quedar como el culo.

Saco la cápsula de la cafetera y vuelvo a pulsar el botón del expreso: voy a necesitar uno doble.

—Es un homicidio de andar por casa. Ha salido en el periódico porque esa joven que dices era rubia y se echaba maquillaje por un tubo. Y encima a ese periodista no le caigo bien. No tiene más historia.

La mayoría de las madres notarían el tufo a debilidad, hurgarían en la herida y

succionarían hasta la última gota. La mía, no. Ella solo quería dejarme claro quién manda en la conversación y quién debe subir el nivel si quiere mentir como una profesional. Una vez que ha quedado claro, pasa del tema.

—Lenny ha vuelto a preguntarme si puede venirse a vivir conmigo.

Llevan como nueve años juntos, con sus idas y venidas. No es mal tipo.

—¿Y?

Suelta una risotada ronca mezclada con el humo de la calada.

—Pues que le he dicho que si está de broma. Que si quisiera tener sus apestosos calzoncillos en mi cuarto, ya los tendría hace tiempo. De todas formas, habla por hablar, ya no quiere comer lo que le preparo y se compra la cena en la freiduría del barrio...

Sigue haciéndome reír con sus historietas sobre Lenny hasta que se termina el cigarro y colgamos. Suena el microondas. Saco la pasta —por llamarla algo—, me la llevo al sofá con el café y abro el portátil.

Me meto en varias páginas de citas. Por encima de mi cadáver haría esta búsqueda en la central; una mirada al pasar a mi lado o alguien hurgando en mi ordenador cuando no estoy en la sala, y ya puedo imaginarme los *halas*: «No os lo perdáis, Conway está con lo de ligar por internet»... «Sí, en zorrasfrías.com»... «Hoy en día hay mercado para todo»... «¿Hasta para ella? ¿Tú crees?»... «Oye, que todos sabemos que la chupa bien, de lo contrario, no estaría aquí, puede ponerlo en su perfil»... Pero si existe el señor amante, Aislinn tuvo que conocerlo de alguna manera. Investigando a sus compañeros del trabajo y de los cursos nocturnos no vamos a cubrir el espectro criminal, y por lo que vi en su teléfono y lo que nos contó Lucy, no tenía una gran vida social. A no ser que se cruzara con un mafioso en un curso de croché, internet me parece la apuesta más segura.

Creo varias cuentas con direcciones de correo de usar y tirar, la descripción de Aislinn y una foto de una rubia sonriente sacada de Google Imágenes, por si acaso nuestro hombre es de piñón fijo y anda en busca de una novia de repuesto. Después indago un rato. En las páginas se utilizan sobre todo alias, no aparecen nombres —j-wow79, futbolero12345—, y la descripción de Aislinn coincide con la de la mitad de chicas. Filtro por edad y tipo y navego por el mar de selfis de rubias con morritos de pato hasta que los ojos se me salen de las cuencas, pero ni rastro de ella. «Creo en ser positiva en la vida, lo que tenga que venir, vendrá, jaja»... «Soy romántica, espontánea, en un hombre me gusta que sea respetuoso, sincero, auténtico, buen conversador»... «Busco chatear y fluir con el tao, atrévete a escribirme, ¡¡¡a ver qué pasa!!!»

El remedo de pasta se ha enfriado y se ha quedado viscoso. Apuro hasta el último bocado, me da igual. Al otro lado de la ventana, la calle está a oscuras y las farolas luchan sin mucho éxito contra la noche. El viento patear una bolsa de papel de la freiduría y la lanza contra un muro, donde la aplasta un segundo antes de volver a arrojarla a la calzada. La vieja del número 12 pasa corriendo con su carrito de tela

escocesa y el pañuelo de la cabeza bien calado contra el viento.

Paso a las fotos de los hombres y busco alguna cara que pueda sonarme del trabajo o de alguna noticia: nada, aunque tampoco es que un criminal de altos vuelos vaya a colgar una foto suya en una página de citas. «Mi primera vez en páginas así, no sé muy bien qué decir, busco a una chica desenfadada, sin dramas, con sentido del humor»... «Estoy un poco loco, para qué voy a decir otra cosa, chalado y asilvestrado, así que si crees que puedes vivir con ello, mándame un mensaje!!»

Están poniéndome de mala hostia entre todos. Tan necesitados, saltando y levantando las manos en alto y meneando el pandero en la pose más mona para que todo el mundo los vea por internet: «A mí, a mí, mírame, por favor, por favor, quiéreme». Los *porque yo lo valgo* («Busco a alguien alto, delgado, en forma, abstenerse fumadores, cero drogas, sin hijos ni mascotas, con trabajo a tiempo completo y coche propio, tiene que gustarle la cocina fusión, hablar al menos tres idiomas, disfrutar del *yoga bikram* y el *acid jazz*...») son iguales o peores: pidiendo sus relaciones del menú *online* porque, por supuesto, hay que tener pareja —como quien tiene el último modelo de sistema de sonido y el coche nuevo con todos los extras—, y es importante asegurarse de conseguir justo lo deseado. Las únicas que merecen mi respeto son las que lo hacen por negocio: ucranianas monísimas y jovencísimas que buscan a hombres mayores del interior, abiertos al matrimonio. A todos los demás les metía una buena patada en el culo y les servía un chupito doble de amor propio.

Nadie *necesita* una relación. Lo único que se necesita es sentido común nivel usuario para deducirlo pese al bombardeo de chorradas de los medios, que te gritan que no eres nada si estás sola y, si no piensas lo mismo, eres rara y peligrosa. La verdad es que, si no eres capaz de existir por ti misma, es que no existes. Y no solo en el plano amoroso. Yo quiero a mi madre y a mis amigos, los quiero a muerte. Si cualquiera me pidiera que le donara un riñón o partiera algunas cabezas, lo haría, sin preguntas. Y si todos me dijeran hasta luego y se fueran de mi vida mañana, seguiría siendo la misma persona que hoy.

Yo vivo dentro de mi propia piel; todo lo que pasa fuera no cambia quién soy. No es que esté orgullosa, para mí es un simple requisito de partida mínimo para considerarte un ser humano adulto, al mismo nivel que saber poner una lavadora o cambiar el rollo del papel higiénico. Me dan ganas de escupirles a todos esos idiotas de las páginas, que ruegan que otros muevan sus hilos colgantes de marionetas, que los hagan reales.

Me han entrado dos mensajes por privado. «Eh, ¿qué pasa? Mira mi perfil y dime si quieres charlar». Es un informático de veintitrés años, lo que le descarta como candidato a noviete secreto de Aislinn. «Hola, guapa, me gustaría saber qué hay debajo de esa fachada impresionante. Yo: evolucionado en lo espiritual, muy creativo, trotamundos, la gente me dice que debería escribir una novela sobre mi vida. ¿Te intriga? Contémonos más». Reconozco la foto de perfil: cuando estaba en Seguridad

Ciudadana, lo arresté por meneársela en un autobús. Esta ciudad es un pueblo. Tomo nota para comprobar qué ha estado haciendo últimamente en cuanto tenga un momento libre, porque no parece urgente: Lucy no se habría andado con evasivas por un pervertido de medio pelo como él.

Ha llegado ese punto en que la pantalla se distorsiona y se mueve ante mis ojos. Me bebo lo que queda de café frío. Y luego entro en mi cuenta de correo de toda la vida y le doy a REDACTAR.

¿Qué pasa, nene, cómo va la vida? Hace mucho que no nos vemos... Me encantaría que nos pusiésemos al día cuando estés libre. Ya me dices. Te veo pronto. Rach. Bss.

La dirección que aparece en el DE es *rachelvodkacola*. Vuelvo a leerlo. No le doy a enviar.

Cambia la luz en la habitación: se han encendido los focos del patio, que se accionan por un sensor de movimiento. Me levanto, apago las luces de dentro y voy hacia la ventana del patio.

Nada: solo mi patio. La luz blanca de los reflectores y las sombras que arrojan lo vuelven siniestro: el pavimento de piedra lisa, la tapia alta, la calcomanía trepadora por donde crecía antes una hiedra y la oscuridad acechando por todo alrededor. Por un segundo creo ver algo moviéndose al otro lado de la tapia, una cabeza que asoma por el callejón trasero. En cuanto parpadeo, desaparece.

Se me ha acelerado el corazón. Pienso en Aislinn: joven soltera, adosado en Stoneybatter, acceso trasero a través de un callejón. En el intruso que bajó corriendo de la tapia de su patio cuando lo pilló el vecino. Pienso en el pelagatos de Crowley plantificando mi foto en su portada, por si alguien tiene ganas de esperarme a las puertas del castillo de Dublín y seguirme a casa.

Apago las luces del patio y compruebo mi arma. Luego abro de golpe la puerta trasera, lo atravieso a toda prisa, busco un punto de apoyo en la tapia y me encaramo en lo alto.

Estoy preparada para enfrentarme cara a cara con lo que sea, desde un yonqui hasta Freddy Krueger. Pero todo lo que me depara la noche es el callejón vacío y tenue bajo la mortecina luz amarilla de la farola al fondo. Sombras y paquetes de patatas acumulados por los bordes, la firma de tercera de un chaval pintarrajeada en azul por la pared. Aguzo el oído: lo que podrían ser pisadas rápidas por la calle o solo el viento revolviendo la basura.

La rabia me sobreviene en parte por la decepción —estaba deseando pelearme— y en parte por ser tan capulla. Incluso aunque, por arte de magia, este caso resultara ser el ejercicio de entrenamiento de un asesino en serie, hoy debe de estar en su casa tomándose un merecido reposo y no en la calle buscando acción de alto voltaje. La

cabeza asomada en el callejón ha sido fruto o bien del cansancio que me emborriona la vista o de un borracho meando; el sensor de movimiento habrá saltado por el viento que juguetea con la basura o por el gato medio asilvestrado que se dedica a gorronear por el barrio.

Vuelvo al portátil y me quedo un rato con el dedo en el botón, mientras escucho el movimiento del viento fuera y miro de reojo la cocina para ver si saltan las luces del patio, antes de pulsar ENVIAR.

Mi primera misión el lunes por la mañana es localizar a mi testigo del festival de malnacidos, sacarlo de la cama y convencerlo de que venga a la central a volver a prestar declaración; esta vez, sin embargo, tengo que aguantar sus frescas, que si mi sueldo lo paga él —con el subsidio del paro, al parecer— y que si debería tener más respeto y no hacerle perder el tiempo de esa manera. Los dos sabemos que si lo mando callar desarrollará un caso agudo de amnesia sobre la noche del sábado. Hasta el hijoputa este es capaz de oler la debilidad que desprendo. Un par de tortas bien dadas le cambiarían esa actitud, pero me obligo a reservármelas para alguien que las valga.

De todas formas, solo tengo media cabeza en eso. El día ha amanecido raro. Seguía oscuro cuando he salido de casa y una espesa niebla fría envolvía la calle y la hacía retroceder en el tiempo hasta su misteriosa naturaleza victoriana: coches convertidos en borrones, ventanas iluminadas y farolas colgando en medio de la nada. Y un tío a la entrada de la calle, allí en medio plantado, en una mañana en que ninguna persona en su sano juicio estaría allí parada sin más. Pero estaba demasiado lejos y no he podido ver mucho; solo sé que era alto, que estaba mirando en mi dirección y tenía un abrigo y un *trilby* oscuros y un porte de hombros que descartaba que fuese joven. Ha vuelto a subirme la adrenalina de anoche y me he acordado del informe del tipo que trepó por la tapia de Aislinn: «Constitución media, abrigo oscuro, al vecino le pareció que podía ser de mediana edad»... Cuando he sacado el coche tras varias maniobras y he acelerado por la calle, ya no estaba.

Lo que me ha dejado un poso adicional y me tiene inquieta —mirando por el retrovisor para ver si me siguen coches hasta que llego al aparcamiento de la flota, voy a casa del malnacido y vuelvo a la central con él quejándose en el asiento trasero — ha sido el abrigo. Steve tenía razón: hay muchos tíos que llevan abrigo oscuro. Entre ellos, prácticamente todos los detectives de Homicidios.

Hay varias razones por las que podría tener a uno montando guardia en mi calle. Algunas son más divertidas que otras.

Para terminar de alegrarme la mañana, el roñoso de Crowley sigue intentando convertir a Aislinn en la noticia del año. Ha conseguido un par de fotos más, todas de

la etapa poscambio de *look* —ni sus lectores ni él jadean por morenas regordetas con trajes falda de poliéster—, y las ha rociado con un buen chorreón de clichés calentitos que le han valido la primera plana del *Courier*, enterita para él. El artículo está lleno en gran medida de insinuaciones sobre la policía —y en concreto sobre mí—, que no se toma en serio este caso porque está demasiado ocupada protegiendo a los políticos y las élites para preocuparse de la gente trabajadora de bien. No sé cómo, pero Crowley se ha hecho con una fotografía mía de cuando estaba en Seguridad Ciudadana y cubrí una manifestación de un par de cientos de personas que estaban cabreadas con razón porque cerraban unas urgencias —y en la que no hubo nada de violencia—, pero ahí estoy yo con mi chaleco antibalas y mi porra, que es todo lo que necesita para demostrar lo dicho. A no ser que hagamos un arresto pronto, los mandamases van a empezar a notar la presión y le darán una patada al jefe, que a su vez me la pegará a mí.

Acompaño hasta la puerta al testigo malnacido —que sigue dando por culo porque, por mi culpa, no ha podido quedarse en la cama hasta tarde— y me quedo mirando cómo se enciende un cigarro y se pierde por la explanada. Son casi las diez de la mañana y el día no va a coger más fuerza de la que tiene ahora, apenas una tenue luz gris ahogada en nubes. Me apoyo en el muro exterior, ignorando el frío que se cuela por la chaqueta del traje, y llamo a Sophie antes de quedarme sin intimidad. Imagino que una buena huella dactilar de un capo de la droga en el dormitorio de Aislinn o una bonita mancha de sangre en un guante de Rory podrían conseguir volver a encarrilar el día.

—¡Buenas! —me saluda Sophie—. ¿Te importa si te pongo en manos libres? Tengo que empaquetar un jarrón para mandarlo de una pieza a Galway, para el caso O’Flaherty, y te juro que los imbéciles del transporte de pruebas son capaces de usarlo de balón de fútbol, así que aquí ando envolviéndolo yo... en papel de burbujas para un año. Estoy en mi despacho, no nos oye nadie.

—Vale. Te llegaron las cosas de nuestro sospechoso, ¿no?

—Sí, sí. Lo que llevaba puesto, los guantes de nailon gris y el abrigo de lana negro, y luego, del piso, unos pantalones azul marino, dos camisas blancas de lino, un jersey azul claro, unos guantes rojos, unos guantes de lana de la isla Fair (te lo juro) y una bufanda de lana negra. Además de las huellas dactilares, claro. —Por el ruido parece estar cortando un trozo de cinta americana—. Ah, y tienes que saber que Breslin me llamó anoche. Quería todos los informes del lugar de los hechos y los datos electrónicos de Aislinn.

La piedra rugosa del muro se me clava en la espalda a través de la chaqueta.

—¿Y qué le diste?

—¿Quién te crees que soy? No le di una puta mierda. Me vino en plan cazatalentos, contándome lo encantado que estaba de que yo me ocupase del caso, que si ningún otro criminalista estaba a mi altura... ¿Qué clase de imbécil cree que puteando a mis colegas va a congraciarse conmigo? —Otro desgarrón de cinta

adhesiva—. Le dije que todavía no teníamos listo ningún informe, puesto que no era el único caso del mundo, y que los informáticos ni siquiera habían empezado con los datos electrónicos. Lo que, por otra parte, es verdad, o casi. No le gustó un pelo pero siguió con la coba. Te lo juro, cuando terminó, creía que me iba a mandar flores.

—Tendré una charlita con él. —Podría besarla—. ¿Hasta dónde habéis llegado en realidad?

—Los informes están listos cuando los queráis. Anoche puse a todos a trabajar hasta tarde. Me imaginé que si quieres impedir que esto llegue a ese chupaculos (y no necesito saber por qué, solo te lo digo), te vendría bien ir dos pasos por delante de lo que él espera.

—Así es —le digo haciéndole un corte de mangas a Breslin en mi cabeza—. Eres una joya. ¿Has encontrado algo bueno?

Sophie hace un sonido como si se encogiera de hombros.

—Las fibras negras en el cuerpo de la víctima concuerdan con las del abrigo de tu sospechoso, pero tampoco es para echar cohetes: son de lo más corrientes y es probable que coincidan con la mitad de abrigos de lana negra de la ciudad. La bufanda no ha dado ningún positivo. Y no había sangre en ninguna prenda... O sea, que si es vuestro hombre, no son los guantes que llevaba cuando hizo el trabajito. Lo siento.

—Qué le vamos a hacer —digo. No me sorprende: hasta Rory puede tener la inteligencia de ver una papelería y tirar sus guantes llenos de sangre—. Habrá que seguir buscando. ¿Alguna novedad en la casa?

—La mayoría está en los informes, un montón de fibras variadas sin identificar y mierdas por el estilo. Las compararemos con fibras de la casa del sospechoso, por si hubo alguna transferencia secundaria (como que una fibra de la alfombra de él acabara en su abrigo y de ahí al sofá de ella o donde fuese), y comprobaremos también si en las cosas del sospechoso hay fibras de la casa de la víctima, pero todavía no hemos llegado a eso. Me cago en... —Frufrú y golpe seco: Sophie está peleándose con el rollo del papel de burbujas—. Solo hay una cosa medio rara. La casa estaba limpia.

—Venía un novio nuevo a cenar. Hizo limpieza.

—Pero no limpia en ese sentido. A ver, también había limpiado; está claro que daba el tipo de mujer de su casa (casi no había polvo encima del armario, rollo esposa perfecta) y que seguro que hizo superzafarrancho antes de la cita con Romeo. Pero te hablo de huellas. ¿Te acuerdas de que Moran me pidió que buscara en sitios donde podría haber tocado algún ex? El cabecero, bajo la taza del váter...

—Sí.

—Pues nada. No había huellas en el cabecero, ni siquiera de la víctima, y eso que la pintura es satinada, donde suelen quedarse. Los pomos, el lavabo, la taza del váter, la puerta de la nevera, el paquete de condones de la mesilla: solo borrones de huellas.

—Alguien le dio una buena pasada.

El novio fantasma empieza a arrojar sombras. Los de los clanes de la droga están acostumbrados a eliminar huellas. Rory, que nunca había estado en la casa, no habría tenido necesidad.

Sophie hace un sonido evasivo.

—A lo mejor... O quizá a la esposa perfecta le iba la limpieza dura. Podrían ser ambas cosas. Pero, sea como sea, he pensado que querrías saberlo.

—Desde luego. ¿Algún fluido en la cama?

—Sí, sí. Las sábanas estaban limpias, pero encontramos manchas en el colchón. Podrían ser de su propio sudor... Tú lo viste, aquello parecía el trópico, pero, con suerte, puede haber alguna de semen o por lo menos de sudor de alguien. —Frufrú energético: Sophie está recubriendo el jarrón con otra capa—. Pero aunque consigamos ADN, no hay manera de saber cuándo se depositó. Si puedes averiguar cuándo compró el colchón, puedes fijar un límite, pero aparte de eso...

—Infórmame en cuanto sepas algo de lo del ADN —le pido; no me quiero hacer ilusiones, el paquete de condones significa que tendremos suerte si el semen de alguien llegó a tocar ese colchón alguna vez—. Gracias, Soph. ¿Y los datos electrónicos de la víctima? ¿Has visto algo?

—Casi todo son las chorradas típicas. En el móvil no había nada jugoso: búsquedas sobre tiendas de ropa, discotecas, aplicaciones de juegos cursis llenos de hadas voladoras. Tampoco aparece nadie interesante en sus fotos, pero te mandaré las copias para que lo compruebes por ti misma. El Facebook lo tiene lleno de selfis y de encuestas del tipo «¿Qué personaje de *Los juegos del hambre* eres» y «Reenvía esto si odias el cáncer»... ¿Qué mierda pretenden conseguir con eso? ¿Si a suficiente gente le gusta esta publicación, el cáncer pillarán la indirecta y se extinguirá?

—Pásanos los datos de inicio de sesión, ¿vale? Tenemos que ver qué amigos tenía por Facebook.

—Sin problema. No se ve que tenga ningún amigo especial por ahí... ni mensajes privados ni nada. Parecen todos del trabajo o antiguos compañeros de clase, de esos que una vez al año publican en tu biografía diciéndote lo guapa que estás en las fotos de tu cumpleaños... pero son todo tuyos.

Si el novio criminal existe, se lo ha currado para hacerse el invisible. Pero, bueno, era de esperar.

—¿Y el correo? ¿Algún mensaje de amor, conversación guarra, alguna cita o cosas así? ¿De Rory Fallon o de otro?

—Qué va. La cuenta de Gmail la tiene vinculada al móvil y está llena más que nada de confirmaciones de pedidos y ofertas especiales de páginas de moda. El máximo acaramelamiento es cuando le manda besos a un primo de Australia al final de los correos. ¿Sigues buscando ex?

—No quiero cerrar ninguna puerta.

Un nutrido grupo de turistas pasa con las cabezas apuntando al cielo y las mandíbulas colgando mientras admiran los edificios del castillo. Uno apunta una

cámara hacia mí, pero le lanzo una mirada que casi le derrite la lente y lo hago retroceder.

—De todas formas, solo vemos lo que ha dejado —me recuerda Sophie—. Pudo haber borrado todo lo que le recordara al ex. Correos, mensajes, fotos.

—Ya. —O podría haberlo hecho él la noche del sábado—. Hablaremos con la compañía telefónica para conseguir el historial... Mi compañero debe de estar ya en ello. Mándame los datos de su correo, con copia a Steve, y ¿podrías contactar tú con el proveedor de correo? Para conseguir los registros y compararlos con lo que ha quedado en sus cuentas.

—Mi informático tiene amigos en altas instancias. Lo pondré a la tarea en cuanto termine con el puto jarrón. Tendrías que verlo: un metro y pico de alto, con doguillos de porcelana sobresaliendo por todo alrededor y lleno de manchas de sangre. Que en realidad realzan su belleza.

—¿Y el portátil de la víctima? Dime que hay algo bueno en su portátil. —Tengo frío: empieza a apetecerme hasta el instantáneo insípido de la sala de operaciones.

—Si quieres pruebas interesantes, tráeme a una víctima interesante. La vida de esta mujer era un aburrimiento. Se pasaba mucho tiempo en internet, pero no jugaba en ningún rincón escabroso de la red, por lo que hemos podido ver... Mi informático le ha dado una buena batida al historial de los dos últimos meses. Un montón de tiempo, y hablo de muuucho, en páginas de viajes: leía sobre Australia, India, California, Portugal, Croacia... Hacía búsquedas de cursos nocturnos en Dublín, consultaba carreras de arte en universidades, compraba cantidad de ropa de marca en *outlets*, leía todo lo que salía de un par de casos de clanes de la droga. Se moría por un poco de emoción, porque está claro que no estaba sacándola de otra parte.

Que es lo mismo que pensé cuando vi la biblioteca de crónica negra de Aislinn. Ya me he olvidado del café.

—Ajá —digo intentando que no se me note el interés—. ¿Recuerdas sobre qué casos?

—El de Francie Hannon y el otro de la lengua cortada, no me acuerdo del nombre. Se me había olvidado cómo se pusieron las botas los periódicos con esa historia. Yo creo que a algunos periodistas hasta se les ponía dura con el tema.

Eran ambos del mismo clan, un feo grupito de muchachos del norte de la ciudad a las órdenes de un psicópata desatado, Lanigan el Bolablanca. Casos ambos de Breslin y McCann.

—Se ve que a nuestra víctima también le ponía —digo. Si Aislinn se mezcló con los muchachos del Bolablanca, en realidad no salió tan mal parada—. ¿Algo más en el portátil?

Otra ronda de frufús enérgicos de burbujas de envolver.

—Leía mucha *fan fiction*. Pero rollo ñoño, no guarrillo. Mi informático se quedó muy chafado. Me dijo que paró de leer después de una en que Julieta se despertaba antes de tiempo y Romeo y ella vivían felices y comían perdices.

—Qué entrañable. ¿Alguna página de contactos?

—Qué va.

—¿Anuncios clasificados?

—Nada. Y dice mi hombre que nadie ha tocado el historial del navegador.

—¿Podríais ampliar la búsqueda unos meses más atrás? Necesitaríamos el historial de al menos el último semestre. Lo ideal sería un año.

Sophie resopla.

—¿Estás segura? Mira que como cabrees a mi informático, va a mandarte la lista de hasta la última URL que haya visitado. Os pasaréis el resto de la vida consultando páginas de *outlet* de marcas de medio universo.

—Para eso creó Dios a los refuerzos. ¿No había nada más en el portátil?

—No me metas prisa —dice Sophie con la cinta americana por detrás—. Estoy llegando a lo bueno. Mi hombre ha repasado sus documentos, y lo único medio interesante es que actualizó su currículum hace un par de meses, así que parece que quería cambiar de trabajo. Y también le echó un vistazo a las fotos. La mayoría eran las mismas que en el teléfono, selfis en discotecas, básicamente; pero hay una carpeta que está protegida con contraseña. Se creó el pasado septiembre y se llama HIPOTECA, pero ¿quién coño hace fotos de su hipoteca?, ¿y encima con contraseña?

Ya ni siquiera necesito café; estoy bien despierta. Septiembre: mucho antes de que Aislinn conociera a Rory y no mucho después de que, según Lucy, empezara con el noviete secreto.

—Nombre de carpeta de camuflaje —digo—. Para ahuyentar a quien rebuscara entre sus cosas. ¿Cómo va, habéis conseguido entrar?

—Todavía no ha habido suerte. El informático le ha pasado el diccionario a la carpeta, ha probado varias combinaciones con el nombre de Aislinn y la fecha de nacimiento, pero *nada*^[1].

—¿Habéis probado con la contraseña de Facebook?

—Es que no la tenemos. Tenía el Facebook y la cuenta de Gmail abiertos en el teléfono y desde ahí hemos cambiado las contraseñas respondiendo a su pregunta de seguridad (el apellido de soltera de su madre, no te lo pierdas), así que podemos entrar desde otras terminales si queremos, pero no tenemos las contraseñas originales. Y los proveedores tampoco las tendrán porque están encriptadas.

—¿Sigue tu hombre con eso?

—Sí, y seguro que acaba craqueándola. Tu víctima no era Jason Bourne, así que no va a poder con mi hombre. Lo que sí te puedo decir es que se tomaba en serio lo de mantener esa carpeta bajo llave.

—Confío en ti y en tu hombre. —Vuelve a subirme la adrenalina por dentro; da igual que intente aplastarla con todas mis fuerzas porque parte de mí ya se imagina al informático de Sophie craqueando la contraseña y volviendo con las manos llenas de fotos de Aislinn follándose a Lanigan el Bolablanca y Breslin contando billetes por detrás—. Avísame en cuanto consigáis entrar en la carpeta, ¿vale?

—Serás la primera en saberlo. —Sophie arranca otra tira de cinta y la pega con fuerza—. Que se apañen con esto. Te lo juro, es feo con ganas, en realidad ojalá se lo cargaran. El mundo sería un lugar mejor sin él.

Voy en busca de Breslin. Bernadette me ha dicho que está en el edificio, pero no se le ve el pelo por la sala de la brigada —la charla se desinfla en miradas inexpresivas en cuanto abro la puerta y vuelve a hincharse con una capa de risitas nada más cerrarla— y tampoco está en la cafetería. Me encamino hacia la escalera para ir a echar un ojo por la sala de operaciones.

He llegado al rellano cuando oigo bajar por los escalones su característico deje de voz en *off*: Breslin, en algún piso superior, hablando en voz baja.

Me paro en seco y empiezo luego a subir con cautela —los peldaños son de mármol blanco, muy anchos, parte del viejo castillo, retumba todo— hasta que logro ver por la barandilla: Breslin y McCann, arriba del todo, muy juntos.

En teoría debería abalanzarme sobre cualquier oportunidad de hablar con ellos, pero McCann tiene cara de poca cháchara, con los hombros caídos y las manos metidas en los bolsillos. Breslin está apoyado en la barandilla, de espaldas a mí. Por la línea de sus hombros veo que su típica pose desenfadada está costándole hoy más de la cuenta.

McCann masculla algo que incluye las palabras «la zorra esa». Lo dice con inquina.

—Estoy en ello. Tú tranquilo y déjame a mí, ¿vale? —le responde Breslin.

Su compañero se mueve como si tuviera el traje mojado.

—No le gusta que la mangoneen. Si intentas...

—No voy a mangonearla. El tema no es ese, la cosa es hacerle ver que en realidad no tiene otra alternativa. —McCann se pasa los dedos por las bolsas de los ojos y echa la cabeza hacia atrás—. Yo me encargo de ella. Dentro de nada todo habrá vuelto a la normalidad.

Cuando McCann levanta la cabeza para decir algo, ve un destello de mi traje negro contra el blanco de las escaleras y se queda inmóvil.

—Bres.

Este se vuelve y escurre hacia abajo el careto en un gesto inexpresivo.

—Hombre, Conway, qué bueno que nos honres con tu presencia.

—Tenía que resolver cuatro tonterías del sábado por la noche —explico—. Tampoco es que estemos investigando el asesinato de Kennedy, no voy a cancelar toda mi agenda por esto. Necesito hablar contigo.

—Venga, acompáñame. Mac: luego, ¿vale? —El otro asiente sin levantar la vista y Breslin le da una palmadita en los hombros, se reúne conmigo escaleras abajo y me pasa de largo.

Lo sigo. Cuando miro hacia atrás, McCann continúa en el descansillo, mirando al

vacío.

—Mi compañero lleva un tiempo pasando una mala racha con la parienta —me cuenta Breslin en confidencia, por debajo del taconeo de nuestras pisadas—. Habrás oído las llamadas, ¿no?

Hago un ruido que podría significar cualquier cosa. Todos las hemos escuchado: McCann mascullando con los dientes apretados que llegará antes a casa, la cabeza cada vez más hundida sobre la mesa, y los muchachos riéndose por lo bajo, lo justo para que los oiga.

—No le gusta el trabajo, ni los horarios ni que llegue a casa con la cabeza llena de chiquillos muertos... un clásico. No se la puede culpar por eso, ¿no? Él cree que no tardará en darle un ultimátum: o pide traslado o lo echa de casa.

Yo asiento todo el rato. Intenta colármela. En la brigada hay más cotillas que en un bingo, pero nadie se molesta en ponerme al día. Los he pillado hablando de mí: de cómo cerrar el caso o de cómo largarme de la brigada. La única pregunta es por qué.

—Vaya... ¿Y qué piensa hacer?

—Como comprenderás, no le entusiasman ninguna de las opciones. Yo le he dicho que iré a hablar con su parienta, a ver si le bajo los humos. Somos amigos desde hace mucho y ella sabe que quiero lo mejor para los dos. —Esboza su sonrisa benevolente, de tipo que quiere lo mejor para todo el mundo—. Pero te voy a pedir que me des tu palabra, Conway, para que la cosa no salga de aquí. McCann no quiere difundir su vida privada en el trabajo. No deberías habernos oído —el dedo reprobatorio es un bonito toque—, pero, ya que los has hecho, espero que trates el tema con respeto.

—Yo no voy cotilleando por ahí. Eso se lo dejo a los muchachos. —Me muero por pegarle un puñetazo en cada mejilla, pero quería charlar con él y aquí lo tengo—. ¿Y crees que lo resolverán?

—Sí, claro. En el fondo se quieren con locura; solo necesitan que alguien se lo recuerde. Dentro de nada todo volverá a su cauce. El pobre está preocupado, solo eso.

—Sí, se os veía a los dos algo agobiados, es verdad.

Breslin se para y me mira fijamente.

—¿A los dos? ¿Qué quieres decir?

Levanto las manos en alto.

—Te digo lo que he visto.

—¿Tú me ves a mí cara de agobiado? —Me señala su careto, a medio camino entre la incredulidad y el desdén—. Me parece que tienes que recalibrar tus sensores, Conway. ¿Por qué iba a estar yo agobiado?

Me encojo de hombros.

—Y yo qué sé...

Breslin no se mueve.

—Bueno, pero es que no puedes soltar cosas así y luego esconder la mano cuando te pregunto. ¿Por qué iba a estar yo agobiado?

Agobiado y con una actitud defensiva de la hostia, cosa que es también interesante. Decido no hacérselo ver.

—Yo qué sé, lo típico: el trabajo, el dinero, la vida...

—La vida me va genial, muchas gracias. Y mi trabajo me encanta, no como a otros... Si piensas que unos días contigo y Zanahorio bastan para cambiar eso, es que te crees muy importante. Y en cuanto a lo económico, estoy bien... más que bien. No tengo ninguna preocupación en esta vida. Soy feliz, ¿vale?

—Bueno, hombre, que solo hablaba por hablar.

Se me queda mirando un rato y luego dice:

—De acuerdo. —Sigue bajando y le voy a la zaga—. Te daré un consejo, Conway: todos tenemos nuestros puntos fuertes. Y el hablar por hablar creo que no es el tuyo.

—Puede ser —digo. Ya estoy harta de las confesiones a corazón abierto con él—. ¿Algo que tengas que contarme de anoche?

—Vinieron los hermanos mayores de Rory para hablar. Te he dejado los informes en la mesa por si quieres echarles un vistazo, aunque no hay mucho que rascar. Los dos dicen que Rory es un hombre moderno que respeta a las mujeres y que jamás en la vida le pegaría a ninguna; lo han dejado varias veces (¡sorpresa, sorpresa!), pero, cuando pasó, se deprimió sin más, nada de enfados. Saben que la librería pasa por un bache económico y afirman que Rory habría recurrido a ellos si necesitase un préstamo, no a la chavala de turno, pero los dos están bastante pelados, así que no sé para qué iba a molestarse. Los he grabado a los dos, así que podemos enseñarle el audio a como se llame de Stoneybatter, pero, si te soy sincero, me sorprendería que los identificara. Creo que sabían tan poco como han dado a entender.

—Bien. ¿Llamaste anoche a Sophie Miller para pedirle los datos electrónicos de Aislinn?

Breslin se vuelve para mirarme con las cejas arqueadas en un gesto admonitorio.

—Sí, ¿algún problema?

—Que dije que nos encargaríamos Steve y yo.

Se para en el descansillo para dedicarme una buena mirada.

—Venga, Conway, mujer. Entiendo que os queráis reservar lo bueno para vosotros, pero esto tampoco es la guardería: no puedes pedirte primera para tus juguetes favoritos. Esto es el mundo real, y la cosa es hacer el trabajo.

—Ya, y nosotros podemos encargarnos perfectamente.

—Se ve que anoche no. Estabais los dos en casa echando un sueñecito reparador... Sí, sí, doble turno y todo lo que tú quieras, pero el caso es que no estabais aquí, ¿verdad? Y yo sí. Terminé con los hermanos, concerté las citas con el resto de conocidos, hice algunas llamadas para conseguir su historial telefónico y, como me sobró algo de tiempo, decidí emplearlo en algo útil. Deberías estar dándome las gracias en vez de ponerte histérica.

—¿Y sacaste algo de provecho?

Breslin me mira con suspicacia y dice:

—Miller no tenía nada todavía.

—Exacto, y por eso no estoy dándote las gracias. Y también porque me gusta saber quién está haciendo qué en mi investigación, para no quedar como una tonta cuando intento hacer algo y me dicen que ya lo ha hecho otro.

Breslin mueve la mandíbula.

—Conway, mira, tienes que relajarte. Recuerda que yo tengo mucha más experiencia que tú. Si hago algo, entiendo que puedes confiar en que lo hago porque considero que es lo mejor para la investigación.

—No —digo, y en mi interior oigo a Steve en plan: «Tenemos que llevarnos bien con Breslin». Pero quiero ver qué pasa—. Yo no tengo que recordar nada. A no ser que no me haya enterado de que te han ascendido, somos detectives de la misma brigada, y este es mi caso. Y eso significa que tú eres el que está echándole cara al asunto y pasándose de listo, de modo que recuerda tú quién es quién aquí.

Por un momento tengo la sensación de que me he pasado, pero Breslin se obliga a poner cara de resignación y hastío, como el profesor que no debería haber esperado nada mejor de esa alumna problemática.

—Vale, mira, Conway, la próxima vez que piense dedicarle tiempo extra a *tu* caso, te lo preguntaré antes. —Ojos en blanco—. ¿Te quedas más tranquila así?

—Sí, mucho mejor.

—Bien. Entonces ¿crees que podrías sacarte el palo del culo?

—Eh... Dios... —Pulso el rebobinado y me vuelvo un corderito—. Yo no quería... —Miro por el pasillo, para asegurarme de que nadie me haya visto ser una detective traviesilla—. Es que no es fácil, ¿sabes? Tener trabajando contigo a alguien como tú... Me intimida. No siempre consigo... en fin, llevarlo bien.

—Bueno —dice Breslin, que se toma su tiempo para pensárselo y ver qué lección me da, pero está henchido de satisfacción, va a explotar—. Supongo que puedo entenderlo. Pero tampoco hay que ponerse a la defensiva. Al fin y al cabo, estamos todos en el mismo bando.

—Lo sé, sí, perdona. —Yo no chupo culos para caerle bien a unos mamones, pero si es para pillar a un mamón, puedo lamerlos como la que más—. Te agradezco tu ayuda... y los consejos. Aunque no se me dé muy bien demostrarlo.

—No pasa nada —dice, la magnanimidad personificada—. Ya está todo hablado.

—Gracias. ¿Hacia dónde vas?

—He quedado con otros amigos del círculo de Rory. Si sigue pareciéndote bien... —Me sonrío, aunque lo dice con cierto retintín.

—Me parece estupendo. Muchas gracias. Luego nos vemos.

Y le dedico una humilde inclinación de cabeza y empiezo a volver sobre mis pasos hasta la sala de operaciones. McCann ya no está en el descansillo de arriba. Estoy en la planta de arriba y doblando por el pasillo cuando oigo de nuevo las pisadas de Breslin, que retumban por las escaleras con palmadas lentas y calculadas.

La sala de operaciones se las arregla perfectamente sin mí, cosa que supongo que debería alegrarme. Los refuerzos son abejas ocupadas que se aseguran de que se note: Gaffney garabatea algo; Meehan zanja una llamada; Kellegher y Reilly están concentrados en sus monitores, pasando a saltos la grabación del circuito cerrado. Stanton y Deasy han salido, seguramente estén en el trabajo de Aislinn. Steve ha acaparado toda nuestra mesa y la ha convertido en un nido de folios impresos y barritas de Kit Kat, y está silbando apaciblemente mientras los estudia. Parece contento.

—Buenos días a todos —digo, y suelto mis cosas en la mesa.

Los refuerzos despliegan sonrisas como latigazos, cualquiera diría que me aman. Si alguien ha hablado con ellos —y seguro que sí: da igual lo que esté tramando Breslin, lo primero que necesitará será meterse a un refuerzo en el bolsillo—, lo disimulan bien.

—¿Qué pasa? ¿Arreglado? —me pregunta Steve.

—Sí. —Antes no he entrado en detalles, solo le dije que necesitaba una cosa del testigo de los malnacidos, y él tampoco ahondó en el tema—. ¿Algo que deba saber?

—Sophie acaba de enviarnos cositas —me dice levantando una hoja.

—Sí, he hablado con ella. —Cuelgo el abrigo en el respaldo de la silla—. Uno de sus hombres nos va a conseguir el historial del correo de Aislinn. ¿Tienes el del teléfono?

—Sí, me lo ha mandado mi colega de Meteor. —Steve escruta las montañas de papeles y me señala la que es—. Breslin ha conseguido el de Rory y dice que no ha visto nada raro, ninguna llamada a nadie el sábado por la noche, salvo a Aislinn, y tampoco llamó a la comisaría de Stoneybatter ayer por la mañana ni ha mantenido ningún tipo de contacto con Lucy Riordan. Va a intentar conseguir el texto en sí de los mensajes, para ver si hay algo.

—Gaffney, ¿sabes algo del número que dio el aviso en la comisaría?

El agente pega un respingo.

—Sí... sí, ya lo tengo, sí. He averiguado el número, pero es un móvil de prepago.

—No veo para qué iba a tener Rory otro móvil, y encima de prepago. Además de que no ha aparecido en el registro del piso...

Mientras que la mayoría de los de los bandas no saben ni cuántos teléfonos de prepago tienen.

—Nunca se sabe —digo—. Pero sí: parece que no fue Rory quien llamó. Conseguiremos el historial completo de ese número sin identificar y veremos si arroja alguna pista sobre su dueño. Moran, ¿puedes ponerte con eso?

Steve asiente sin dejar de escribir. Gaffney parece herido, pero se siente: si el historial de ese móvil está lleno de llamadas a camellos, Steve y yo tenemos que saberlo antes que nadie.

—Meehan, tú te encargabas de cronometrar la ruta que Fallon dice haber hecho

desde Stoneybatter. ¿Cómo ha ido?

—Según la declaración —dice este girando la silla para mirarnos de frente—, se bajó del autobús poco antes de las siete y media y llamó a la puerta de Aislinn poco antes de las ocho... Al menos eso último lo corrobora el testigo que estaba paseando al perro. Así que eso nos da media hora de paseo: de la parada del autobús en la esquina con Viking Gardens hasta el Tesco, comprar las flores, y vuelta a la casa. Cuando lo hice a paso normal, tardé veintisiete minutos. Y después, yendo todo lo rápido posible pero sin llegar a correr, rebajé la marca en unos seis minutos.

—O sea, que pudieron quedarle como diez minutos libres —calculo.

—Más. Aquí viene lo bueno: Stanton ha conseguido la grabación de la ruta del 39A y ha estado viéndola a primera hora de la mañana. Rory se subió al autobús a las siete menos diez, no poco antes de las siete como nos dijo, y se bajó a y cuarto, no casi a y media. Puede que no se acordara bien o estuviera dando horas aproximadas, pero...

—Pero estaba obsesionado con no llegar tarde a su cita, no fuera a herir los sentimientos de Aislinn y ella lo dejara y le destrozara la vida para siempre jamás. Qué va: de horas aproximadas nada, y menos aún que no se acordaba. Tiene hasta veinticinco minutos sin justificar, y estaba sudando la gota gorda porque no quería que lo supiéramos. —Vuelvo a sentir ese olor a sangre ardiéndome en la nariz. Rory es tan tentador, un peluche de ojos grandotes pidiendo a gritos que le den la estocada mortal; sería tan satisfactorio aporrear su puerta, sacarlo a rastras y ponerlo ante la grabación del circuito cerrado—. Bien. Cuando volvamos a traerlo, espero que pueda explicarnos qué estuvo haciendo exactamente. ¿Tenemos ya las grabaciones del barrio?

—Sí —dice Kellegher despegándose del monitor. Es larguirucho, pecoso, tranquilón y tan eficiente que tarde o temprano acabará en la brigada—. Lo malo es que no hay cámaras entre la parada del 39A y Viking Gardens, ni entre Viking Gardens y el Tesco, así que no podemos verificar ni la ruta ni la hora de Fallon. Pero sí que lo tenemos comprando flores en el Tesco. Pagó a las 19:51, lo que cuadraría con su historia.

—Es normal. Él tenía que saber que en el Tesco lo habían grabado; no mentiría sobre eso. Tenemos que ampliar el radio de Stoneybatter y conseguir más grabaciones; no sabemos qué estuvo haciendo Rory en ese tiempo sin justificar, pero podría haberse desviado de la ruta que nos dio. Reilly, ponte tú con eso. —Meehan echa mano del libro de tareas.

Reilly mira por la ventana (está a punto de llover) y de vuelta al monitor.

—Todavía no he terminado con lo que tenemos —esgrime.

Coincidió con él en la academia, yo un curso por encima; es mucho menos eficiente que Kellegher, pero me juego lo que sea a que entrará antes en la brigada, solo hay que ver lo bien que encajaría aquí con el personal.

—Que termine Kellegher con eso —ordeno—. Con veinte minutos de sobra,

Fallon pudo desviarse casi un kilómetro de la ruta que nos dio. Empieza por un radio de ochocientos metros y luego ya vamos viendo.

Reilly mueve la barbilla, me mira con ojos de cerdito, se levanta de mala gana de la silla y empieza a desenredar el abrigo.

—Kellegher, dime que tienes buenas noticias tú también.

—Sí, en parte. Tenemos tomas de Fallon en cuatro ubicaciones entre Stoneybatter y Ranelagh, en su camino de vuelta a casa. Lo he señalado todo aquí. —Kellegher indica un nuevo plano en la pizarra, lleno de equis, flechas y un aura de fotos granuladas con la hora marcada—. Concuerdan con su declaración.

Echo un vistazo. Un tipo delgado con abrigo negro que va con la cabeza gacha, por la lluvia y el plantón: está claro que se trata de Rory. En la primera toma, en la zona norte de los muelles, le sobresale un ramo de flores medio chuchurrío bajo el brazo; cuando cruza el río hasta Temple Bar, ya no lo lleva.

—¿Se le llegan a ver las manos? —quiero saber.

—Qué va. Las lleva en los bolsillos.

—Meehan, necesito que cronometres la ruta de Fallon hasta su casa. Quiero ver si pudo tomar algún desvío por el camino, haberse apartado de la ruta para tirar los guantes o ir a casa de algún colega. Kellegher: ¿a qué paso va en las grabaciones?

—Ligero, diría yo —contesta este contemplando la toma del Temple Bar, en la que se ve a Rory desbancado de la acera por una horda vociferante con tetas postizas y latas de cerveza en ristre—. No es que vaya corriendo ni nada, pero está claro que quería llegar a su casa. Eso: ligero.

—Ya lo has oído —le digo a Meehan—. De Viking Gardens a Libros Díscolos a paso ligero, y apunta el tiempo cada vez que pases por una de las cámaras que grabó a Rory.

—Me voy a poner en forma con este caso —dice Meehan retirando ya la silla.

—Si aligeras bastante, a lo mejor no te pilla la lluvia —le digo—. Gracias. Kellegher, ¿te queda mucho por ver de las grabaciones?

—No, poco.

—Cuando termines, ve a hablar con los que asistieron a la presentación donde se conocieron Aislinn y Rory. A ver qué sensación les dio: si vieron a uno más interesado que a otro, si alguno dijo algo relevante sobre el otro... Todo lo que puedas conseguir, ¿vale?

Meehan lo anota en el libro de tareas antes de salir. Kellegher sube el pulgar, conforme, y acelera la grabación: figuritas oscuras girando y cabeceando por la calle como juguetes de cuerda. Vuelvo a mi mesa y curioseo a ver qué está haciendo mi compañero.

—Esto es todo lo que aparecía en el móvil de Aislinn —me explica señalando una montaña de papeles—, y esto de aquí es lo que nos ha mandado Sophie por correo, lo que había en el historial del teléfono. Quiero cotejarlo todo para ver si borró algo.

—Hemos pensado lo mismo. —Y añadido en voz más baja—: Necesito hablar

contigo. Fuera. —Tener que salirme de mi propia sala de operaciones para hablar es una jodienda, pero no hay manera de saber a qué refuerzo se ha camelado Breslin.

Steve asiente.

—De todas formas, tenemos que ir a registrar la casa de Aislinn.

—Puede valer. Vamos.

Recoge los envoltorios de los Kit Kat y los tira a la papelera, porque está muy bien educado.

—Ya que vamos a Stoneybatter, ¿te apetece enseñarme tus bares favoritos?

—¿Para qué?

—A lo mejor fueron a tomarse una pinta en algún momento.

Los refuerzos parecen absortos en sus tareas pero sigo sin subir la voz; empiezo a acostumbrarme.

—¿Quiénes? ¿Aislinn y su colega? ¿Crees que un tío con un rollo secreto va a ir a darse el lote con la novia en el *pub* del barrio?

—Según Lucy, estuvieron saliendo unos seis meses. No creo que se pasaran medio año metidos en su casa follando. —Steve rebusca por la mesa, coge una fotografía de Aislinn y se la guarda en el bolsillo del abrigo—. Ya mismo abren los *pubs*. Vamos.

No hago además de moverme.

—De todas formas, aunque existiera, no irían a un bar de mi barrio. Lucy dijo que a Aislinn le iba el rollo de las discotecas pijas; no le pegaba ir a un *pub* de Stoneybatter, para qué te voy a decir otra cosa.

—Por eso, allí tendrían menos posibilidades de que los reconocieran. Y si él está casado, entonces follar, follaban en casa de Aislinn; si les dio un arrebató y fueron a tomarse una pinta rápida, sería cerca de su casa. —Steve se pone el abrigo y mira por la ventana—. Nos vendrá bien un poco de aire fresco.

—En Stoneybatter no hay de eso. Molamos demasiado para ese rollito rural. ¿Y tú qué crees, que un camarero se va a acordar de una chica que era prácticamente igual que la mitad de veinteañeras de Dublín?

—Tú te acordabas de ella. Y los camareros son buenos con las caras. —Steve me coge el abrigo del respaldo de la silla y me lo abre, en plan lacayo—. Por favor.

—Dame —le digo quitándole el abrigo de las manos pero poniéndomelo—. Y haz algo con todo eso. —Le señalo con la barbilla los papeles impresos y le lanzo una mirada reprobatoria. Lo ordena todo en un único montón.

Gaffney nos está mirando.

—Gaffney, corre la voz: reunión del caso a las cinco y media. Y busca a Breslin. Se supone que tienes que ser su sombra, ¿recuerdas? ¿Qué haces aquí, si puede saberse?

—Es que él... —Parece petrificado: el pobre desgraciado está viendo cómo se derrama toda su carrera sobre la moqueta—. Ayer estuve toda la noche pegado a él, y esta mañana... He estado tomando notas por él y me ha explicado cómo iba todo y

eso... Pero cuando ha ido a salir... me ha dicho que ya podía trabajar yo solo y que seguramente usted me necesitaría aquí más que él fuera, así que... No sé...

Breslin, por supuesto, tenía razón: Gaffney es más que capaz de conseguir unos datos bancarios y hacer llamadas sin que nadie tenga que cogerle de la manita, si no, no habría llegado a agente de refuerzo. Pero también es bien capaz de tomar nota durante las entrevistas, y Breslin no rechazaría al ayudante obediente que él se merece a no ser que quiera poder llevar libremente a los testigos hacia su terreno, sin que nadie se percate.

Gaffney se ha quedado hecho polvo y está mirándome con cara de pena. No tiene sentido mandarlo a buscar a Breslin, que encontraría cualquier excusa para quitárselo de encima o se limitaría a no cogerle el teléfono.

—Entonces estupendo, no te preocupes. Tienes tarea de sobra para seguir.

El chico intenta decirme algo en agradecimiento, pero estoy ya saliendo por la puerta. Oigo por detrás el clic del cajón de Steve, que está cerrándolo con llave, por lo que pueda pasar.

Steve y yo nos dirigimos al aparcamiento de la flota para recoger nuestro Kadett cutre. La red de callejuelas tras el castillo está de bote en bote: estudiantes arrastrando sus resacas camino del Trinity College, ejecutivos hablando exageradamente alto por sus teléfonos exageradamente grandes para que todos nos quedemos maravillados por sus tratos inmobiliarios en Bulgaria, mamás pijas dispuestas a fundir la tarjeta de crédito y quinquis dispuestos a manganar lo que pillen. Sienta bien salir a la calle (donde si estamos en peligro no es por nada personal), y odio pensar así.

—Bueno —digo en cuanto estamos a una distancia segura de la riada de gente—, parece que Breslin no quiere hoy compañía. Quiere estar solito en sus entrevistas.

—En las entrevistas —dice Steve adelantando a un matrimonio que está aireando en ruso complejos problemas de pareja— o en lo que quiera que ande haciendo. Poco antes de que llegaras, le sonó el móvil. Miró la pantalla y se le puso esta cara. —Aprieta la mandíbula e hincha las aletas de la nariz: Breslin, cabreado e intentando disimularlo—. Se salió fuera a responder. Pero, antes de salir por la puerta, dijo: «No me llames a este teléfono».

Tiene razón, puede que no sea por las entrevistas. Tal vez tenga que hacer otra cosa o quedar con alguien por el camino: algo o alguien para lo que no necesita a Gaffney. Se me dispara la adrenalina.

—¿Quieres saber lo que hizo anoche? Estuvo dorándole la píldora a Sophie para que le diera los informes del lugar de los hechos y los datos electrónicos de Aislinn. —Steve arquea las cejas—. Puede que no signifique nada. He hablado con él: dice que estaba aburrido y que quiso hacer algo más... y, claro, ya puesto, intentó encargarse de lo que podía convertirlo en el héroe del caso. Pero...

—Pero quería justo eso.

—Sí, y hasta el punto de hacerlo a nuestras espaldas, pese a saber que nos enteraríamos.

—¿Le sacó algo a Sophie?

—Qué va. Tampoco hay mucho que sacar. Manchas en el colchón de Aislinn, pero que, aunque contengan ADN y no sea suyo, pueden ser de hace años, no hay forma de saberlo. En cualquier caso, no son del sábado por la noche o estarían

también en las sábanas, que estaban limpias. —La adrenalina me ha acelerado el ritmo y hasta los tipos de móvil grande se apartan a mi paso—. Lo que sí me ha dicho es que, por lo visto, resulta que los sitios donde le pediste que mirara, ¿el cabecero y el váter?, están demasiado limpios. Sin huellas, solo borrones. Dice que es posible que nuestro hombre le diera un repaso a la casa...

—¡Toma, bingo! —Steve levanta un puño ganador—. Rory no tenía motivos para limpiar el cabecero cuando era la primera vez que entraba en la casa...

—Sí, sí, eres un genio. O puede que simplemente Aislinn fuera una obsesa de la limpieza. Sophie dice que podrían ser ambas cosas.

Mi compañero no borra la cara de satisfacción.

—¿Algo más?

—¿Que indique que el otro novio era real?

—Sí, sí.

—De momento no. No hay rastro de él ni en internet, ni en el móvil ni en el correo. —Un yonqui tiene arrinconados a dos mochileros con cara de despistados y está acosándolos para que le den dinero; le chasqueo los dedos en la cara y le señalo calle abajo, sin molestarme en detener el paso o identificarme: nos mira un momento y sale corriendo obedientemente—. En caso de que exista, y digo «en ese caso», tuvieron que quedar por telepatía.

—O bien Aislinn borró los mensajes —apunta Steve—. O los eliminó él. Acabo de empezar a cruzar los datos del historial de llamadas con el registro del móvil, y estoy esperando todavía para hacer lo mismo con el correo.

—En el portátil había un par de cosas interesantes. No te flipes, pero Aislinn estuvo leyendo mucho sobre un par de casos de clanes de la droga. Francie Hannon y el tío ese de la lengua.

Steve vuelve la cara hacia mí como si le hubiera dado un latigazo.

—Esos son hombres de Lanigan el Bolablanca, los dos. —Veo como lo atrapa el mismo subidón de montaña rusa que me tiene acelerando por la acera y siento que el zumbido de todo este asunto va a más en nuestra cabeza—. Y los dos casos los llevó Breslin. Imagínate que hubiera terminado a sueldo de Lanigan y que Aislinn estuviera saliendo con uno de la banda, de modo que, cuando la cosa se torció, lo primero que habría hecho Lanigan...

—Te he dicho que no te fliparas. He lanzado mis tentáculos. Si Aislinn estuvo saliendo con alguien de la peña de Lanigan, lo sabremos pronto. —Steve parece algo herido porque no confíe en él, pero tendrá que vivir con ello—. Lo otro bueno del portátil: hay una carpeta de fotos protegida con contraseña creada en septiembre. Se llama hipoteca. —Steve ríe con ganas y yo no puedo evitar sonreír—. Exacto, huele a chamusquina a kilómetros. Sophie y sus hombres están todavía intentando craquear la contraseña, pero nos mantendrá informados.

—¿Se lo contó a Breslin?

—Qué va. Ni yo. Ni pienso hacerlo.

—Entonces Aislinn estaba preocupada desde septiembre porque alguien fuera a hurgar en su portátil. No puede ser por Rory, lo conoció en diciembre, y él nunca había ido a su casa.

—Puede ser. O a lo mejor la carpeta está llena de selfis en los que sale desnuda y no le preocupaba alguien en concreto: no quería que algún yonqui le robara el portátil y subiera a la red sus desnudos frontales.

—¿Y selfis desnuda para quién?

—No sé, porque sí, para sacarse un dinero extra, de cuando estaba con otro, o para cuando fuera una vieja pelleja y quisiera recordar lo buena que estaba. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—O son fotos de ella con el novio secreto. Y eso sí que no querría que nadie, ni siquiera él, lo supiera. Aun así...

Yo he pensado lo mismo.

—Chantaje —digo.

—O como seguro de vida. Si estaba con un tipo de una banda, a lo mejor hasta tuvo dos dedos de frente para darse cuenta de que la cosa podía ponerse peligrosa.

—Si. A partir de ahora cada vez que me digas un «si» en este caso, me debes un euro. Para el fin de semana, seré rica.

—Y yo que creía que te gustaban los retos —dice Steve con una sonrisa—. Admítelo: estás deseando que tenga razón.

—Sí, la verdad. Sería un buen cambio.

—Ya te digo.

Hemos reducido la marcha ante un par de ancianos que parlotean en medio de nuestro camino.

—Me encantaría que fuera todo verdad.

He estado evitando decirlo en voz alta para no gafarlo. Soy como una chiquilla tonta, una de esas lloronas que creen que el universo la tiene tomada con ellas y todo busca continuamente una excusa para joderse. Nunca he sido así, esto es nuevo para mí, es una tontería, y es por culpa de la brigada, que me tiene entrenada para buscar trampas por todas partes (la semana pasada fui a mear un momento y dejé el café en la sala, y cuando volví, poco más y me lo bebo antes de ver el gajo que había flotando), pero ni muerta voy a ir a chivarme a Steve. Odio con toda mi alma volverme ese ser en el que alguien quiere convertirme, no me gusta nada. Sigo andando y voy contando los tipos altos con abrigo oscuro.

—¿Pero?

—Pero nada, que no me quiero hacer demasiadas ilusiones hasta que no tengamos pruebas reales, eso es todo. —Hace amago de decir algo, pero yo ya he zanjado el tema—. Ah, y otra cosa —digo sorteando a los abuelos y volviendo a acelerar la marcha—. ¿Te acuerdas de que te he dicho que he tenido unas palabras con Breslin sobre lo de llamar a Sophie?

—Miedo me das... ¿Vivirá?

—Sí, hombre. Siempre puede cubrir los moratones con maquillaje.

—¿Se lo has dicho amablemente? Dime que has sido amable con él.

—Tranquilidad. Está todo de puta madre. Y eso es lo interesante. No he sido amable con él... De hecho le he tocado los huevos a propósito, pero ha seguido de buen rollo conmigo.

—Entonces a lo mejor lo de ayer no era un cuento. —Steve está probándose la idea, pero tiene que estirla demasiado para que le quepa—. Quién sabe, lo mismo hasta piensa que se nos da bien.

—¿Tú crees? Le he dicho que estaba echándole mucha cara y pasándose de listo y que, mientras este sea mi caso, tiene que hacer lo que yo le diga. —Steve ahoga una risa aterrada—. Sí, bueno, quería ver qué pasaba. Esperaba que me arrancara la cabeza o algo así, pero ¿sabes qué hizo? Suspiró y dijo vale, de puta madre, que a partir de ahora me lo consultaría todo. —Mi compañero ya no ríe—. ¿A ti eso te parece propio de Breslin?

Se toma un momento antes de responder:

—Lo que me parece es que quiere que sigamos en buenos términos. Y a toda costa, está claro.

—Tal cual. Y lo hace para poder estar al tanto de nuestros movimientos; no es porque tenga fe en que nos convirtamos en adorables jugadores de equipo o lo que quiera que dijese. Mira, cuando me lo encontré, estaba hablando con McCann y los dos se callaron nada más verme. Breslin me vino con el cuento de que su compañero estaba teniendo problemas con su matrimonio y no sé qué mierdas, pero estoy segura de que hablaban sobre cómo librarse de mí lo antes posible.

Steve me lanza una mirada que no sé cómo interpretar.

—¿Tú crees? ¿Qué decían?

Encojo un hombro.

—No me interesaba tanto como para memorizarlo, joder. A McCann no se lo veía muy contento y Breslin estaba asegurándole que se encargaría de no sé qué mujer cuanto antes y todo volvería a la normalidad, y McCann le dijo que se diera prisa. Eso es más o menos el resumen.

—¿Y estás segura de que no estaban hablando de la esposa?

—Podría haber sido el caso. Pero no.

Un pelmazo con sudadera con logo y carpeta nos salta al paso, abre la boca, nos mira de nuevo y retrocede. Estoy recuperando el duende. Hace dos días seguramente me habría seguido por toda la calle comiéndome la oreja para que donara dinero para terminar con la psoriasis en el Tercer Mundo y pidiéndome que sonriera.

—Vale. Hemos estado pensando que Breslin puede ser un corrupto... —Aunque estamos muy lejos del trabajo, los dos miramos automáticamente hacia atrás—. Pero ¿y si el corrupto es McCann?

Ni se me había pasado por la cabeza. Por un segundo me siento como una imbécil (por dejar que la paranoia me distraiga de las cosas de verdad), pero la sensación no

tarda en disiparse ante la riada creciente de entusiasmo: el desafío maligno, creciendo y creciendo.

—Podría ser.

Repaso todo lo que sé de McCann: originario de Drogheda, casado y con cuatro hijos adolescentes. No proviene de familia de pasta como Breslin... Recuerdo que una vez dijo algo con cierta amargura sobre acabar con la tasa de criminalidad poniendo a todos los niños malcriados y sus *smartphones* a aprender un oficio a los catorce años, como hizo su padre. Sin Caja de Ahorros de Papi y Mami para echarle un cable si se rompe el coche, reparar el tejado de la casa o pagar las tasas de la universidad de los niños, el sueldo de detective no llega. El capo de un clan en busca de un topo se frotaría las manos con McCann.

—O puede que sean los dos —digo.

—No me extraña que Breslin no haya rechistado con todo lo que le has soltado. No puede permitirse que vayamos a decirle al jefe que queremos librarnos de él.

—Si... —digo—: Si todo esto es real.

—Si... ¿Cómo has quedado al final con Breslin?

—Le pedí perdón y le dije que es la hostia y que por eso me impone mucho y no pienso con claridad. Le encantó.

—¿Crees que se lo tragó?

Me encojo de hombros.

—Me da un poco igual. Si no, pensará que soy una zorra y una borde, que de todas formas es lo que ya pensaba. Él estaba buscando una excusa para volver a ser mi colega y yo se la ha dado. Todo bien.

Hemos llegado al aparcamiento. En ese corto paseo he contado once tipos altos con abrigo oscuro. Cuántos más veía, más capulla paranoica me sentía, pero ni todos juntos consiguen quitarme esa sensación de alerta al pensar en el que había apostado esta mañana en la esquina de mi calle.

—¿Qué hacemos? —pregunta Steve ya en la puerta.

De entrada tenemos que conseguir los datos bancarios de Breslin y McCann, su historial telefónico y que alguien peine de arriba abajo sus ordenadores para averiguar si han estado accediendo a información que no debían. Pero no va a pasar nada de eso.

—Seguiremos trabajando con nuestro caso, hablando con ellos y manteniendo la boca cerrada. —Saludo al encargado del aparcamiento, que me devuelve el gesto y se vuelve para buscar la llave del Kadett—. Y voy a ver si puedo colocarle un micro a Breslin sin que se dé cuenta.

La casa de Aislinn ha sufrido un buen repaso. Cuando reside alguien más en la vivienda, intentamos no reventar el sitio demasiado (quitamos el polvo revelador de las huellas, devolvemos los libros a las estanterías), a no ser que en realidad

queramos trastornar a ese alguien; pero cuando no tiene que volver nadie al hogar, nos da igual herir sentimientos. Los hombres de Sophie han cubierto media casa de revelador negro y la otra media de blanco, han recortado de mala manera un rectángulo en la alfombra, donde estaba el cuerpo de Aislinn, han serrado un trozo grande del poyete de la chimenea, han destripado la cama y han dejado agujeros enormes en el colchón. En el acogedor hogar de una familia, esas cosas parecerían salidas de una pesadilla, algo contra natura, pero, siendo sinceros, la de Aislinn nunca pareció una casa real de una persona de verdad; ahora semeja una unidad de entrenamiento de la Científica.

Steve se queda con el salón y el baño y yo con la cocina y el dormitorio. No se oye nada. Mi compañero silba entre dientes, y solo de vez en cuando se cuele de puntillas algún sonido callejero (un grupito de abuelas cotorreando alegremente al pasar, un niño gritando desconsolado), pero ni un chirrido ni un porrazo de los vecinos; estos muros antiguos son gruesos. Si no hubo ni pelea violenta ni gritos, los vecinos no tuvieron por qué oír nada. Un novio furtivo, que no era la primera vez que iba a su casa, debía de saberlo.

El registro no brinda nada relevante. En los típicos escondrijos —el paquete de guisantes del congelador, botes vaciados en el estante de las especias, bajo el colchón, dentro de los zapatos— no hay nada. Ni notas de amor en el tocador historiado, ni calzoncillos de repuesto para el día después en los cajones de la cómoda. En el armario, ni sobres de dinero ni paquetes de jaco esperando que los recojan; lo más que consigo es un puñado de fotos de familia metidas al fondo del altillo, detrás del edredón de invitados. Les echo un vistazo en busca de alguna pista sobre dónde he podido ver antes a Aislinn, pero nada. De niña no era guapa: regordeta, con trenzas estiradas hacia atrás, la frente abombada y sonrisa forzada. Para alguien que invertía tantas horas de gimnasio, tanto apio y tantos productos capilares en tener ese aspecto, sería razón de sobra para esconder los álbumes. Tampoco por la casa hay retratos familiares; las vomitivas flores en lienzos impresos y los pollitos de vichí pueden quedarse con las paredes; la familia, al fondo del armario. Un psicólogo se habría frotado las manos solo de pensarlo —que si Aislinn quería enterrar a sus padres como venganza por haberla abandonado, o sepultar a su yo real para poder reinventarse como la Barbie Chica de tus Sueños—, pero a mí lo único que me importa es que no me suena nadie más de las fotos. Su casa no va a darme ninguna pista sobre dónde he podido haberla visto.

Lo más raro es que tampoco estoy encontrando nada inesperado. El registro siempre te depara una sorpresa o dos, porque todo el mundo esconde cosas, incluso a sus seres más queridos y cercanos; la única cuestión es si esas sorpresas tienen que ver o no con el caso. Pero aquí no hay nada que Lucy no nos haya contado ya... Es más, dado que he encontrado un total de cero pruebas del novio secreto, ya es menos de lo que Lucy nos contó. Ni pastillas dietéticas de internet, ni juguetitos sexuales escabrosos, ni tan siquiera el ejemplar de *Cómo conquistar marido*. La gran

revelación es que Aislinn, en ocasiones, usaba sujetadores con relleno.

—Sus papeles son un caos —me dice Steve desde la puerta del dormitorio—. Los tiene todos metidos en una caja grande debajo de la mesa auxiliar: extractos del banco, facturas, recibos, toda la pesca.

Devuelvo los álbumes a lo alto del armario.

—Gaffney está solicitando los datos bancarios; ya lo repasaremos todo cuando se los den. De todas formas, tráete la caja. Hay que comprobar los recibos, no vaya a ser que el tío que le trajo el sofá se obsesionara con ella. ¿Algo interesante?

—El testamento. En plan casero, un formulario impreso de internet. Le deja la mitad de todo a Lucy y la otra mitad en beneficio a instituciones de protección a la infancia. Aunque a saber si este papel será válido como testamento...

—Menos mal que Lucy tenía coartada...

—Sí, es de hace dos meses.

—Puede que empezara a preocuparle haberse metido demasiado en algo chungo, o que simplemente pensara que ya era hora de ser una adulta como Dios manda y tener testamento. ¿Algo más?

—Aquí hay un formulario relleno para solicitar el pasaporte, que no para renovarlo. Con su foto y todo, lista para irse.

—Vamos, que quería unas vacaciones en la playa. Como todos, ¿no?

—O tal vez supiera que, tarde o temprano, iba a tener que largarse del país.

—Puede ser. —Cierro el armario de golpe—. ¿Ya está? ¿No ha aparecido su agenda de chica de compañía? ¿Ni el taco de billetes en los cojines del sofá? ¿Ni un desodorante de hombre en el armario del baño?

Sacude la cabeza.

—¿Y tú?

—Una puta mierda.

Nos miramos, cada uno a un lado de la bonita moqueta de margaritas y la cama despedazada.

—Bueno —dice al cabo de un momento—, a lo mejor tenemos más suerte en los *pubs*.

Salimos cargados con la caja de papeles para meterla en el maletero antes de irnos a sondear los bares, y poco más. Steve y yo somos buenos registrando, pero tengo la sensación de que Aislinn nos la ha colado, aunque, por mucho que lo pienso, no logro saber ni por qué ni en qué.

Es posible que haya infravalorado a los camareros y a Aislinn, y sobrevalorado en cambio al amante. En los primeros *pubs* en los que entramos, Steve recibe miradas inexpresivas y sacudidas de cabeza mientras lo sigo con la libreta en ristre, preparada para tomar notas inexistentes y dedicarle mi ceño de *te lo dije*. Pero el camarero del Ganly's (un antro de callejón, tan reventado que consigue mantener alejados a los

modernos en busca de autenticidad y se aferra a sus corrillos de parroquianos añejos con chaquetas fondonas) solo tiene que echar una mirada a la foto para señalar la cara de Aislinn y afirmar:

—Sí, estuvo aquí.

—¿Está seguro de que era ella? —pregunta Steve dedicándome una mirada triunfante.

El camarero debe de tener unos setenta años, calvo con ojos vidriosos y relucientes elásticos de barman en las mangas de la camisa almidonada.

—Segurísimo. Me pidió un cóctel de melocotón y licor de arándanos... decía que estaba probando todas las bebidas disparatadas que se le ocurrían para ver con cuál quedarse. Le dije que si estaba buscando emociones, se había equivocado de bar. Al final se decidió por un ron con *ginger ale*. —Inclina la fotografía hacia la luz, la poca que hay—. Sí, sí, era ella seguro. Le eché bien el ojo. Tengo que aprovechar cuando puedo; aquí no entran chicas como ella todos los días.

—¿Qué pasa, que yo no estoy bueno? —pregunta un viejo desde su taburete—. Yo te dejo mirar todo lo que quieras, y sin cobrarte.

—¿Tú te has visto? Por eso tenía que fijarme en esta jovencita: necesitaba que alguien me sacara tu imagen de la cabeza.

—¿Cuándo vino? —pregunta Steve.

El camarero lo piensa.

—Hace unos meses. Puede que en agosto.

—¿Sola?

—Qué va. No creo que una mujer como ella pase mucho tiempo sola. —El viejo de la barra deja escapar un graznido de aprobación—. Iba con un tío.

Me gano otra miradita de ¡ja! de mi compañero.

—¿Recuerda qué aspecto tenía?

—No me concentré mucho en él, no sé si me entiende. Era mayor que ella, eso sí lo recuerdo; sus cuarenta largos, casi cincuenta. Nada especial: ni gordo, ni delgado, nada. Tirando a alto, si acaso. Eso sí, tenía todo su pelo, eso hay que reconocérselo.

Cosa que cuadra bastante bien con el tipo encaramado a la tapia de Aislinn. Lo pienso antes de poder evitarlo: y con el que merodeaba por la esquina de mi calle.

—¿Lo reconocería si volviera a verlo?

El hombre se encoge de hombros.

—Quizá sí, quizá no. No se lo puedo jurar.

—¿Y diría usted que eran pareja? No sé, ¿se besaron, se cogieron de la mano? ¿O podría haber sido solo un amigo, un pariente o algo así?

El camarero contrae la cara y cabecea indeciso.

—Podría ser ambas cosas. Besuqueos y eso no hubo, pero recuerdo haber pensado que estaban sentados muy pegados para no ser pareja. Y que ella podría haber aspirado a alguien mejor.

—Como tú, ¿no? —interviene el abuelete.

—¿Qué problema tengo yo? Todavía conservo el tipo.

—A lo mejor era millonario —dice Steve—. ¿Parecía estar forrado?

—No me dio esa impresión. Como he dicho, no tenía nada especial.

—¿Qué andaría buscando en un antro como este un millonario? —pregunta el abuelo.

—¿Tomarse una pinta bien tirada? —dice el camarero muy digno.

—Si la hubiese encontrado, habría vuelto.

—¿Y volvió? —quiere saber Steve.

—No, solo los vi una vez.

—¿Y qué me dice de mí? ¿He estado aquí antes?

El camarero entorna los ojos para escrutarme y luego sonrío burlón.

—Sí, sí que estuvo una vez. Hace dos veranos, ¿no fue? Con un buen grupo, mujeres y hombres, allí sentados en aquella esquina, muchas risas.

—Qué control —reconozco.

Yo doy más el cante que Aislinn pero hace más tiempo que vine. El camarero no está contándonos un rollo para complacernos: se acuerda de ella.

—¿Y qué gano?

—Lea esto y, si está conforme, firme abajo —le digo tendiéndole la libreta—. Con un poco de suerte, ganará la oportunidad de venir a la central para contarle lo mismo a una cinta.

El abuelete está estirando el cuello para ver la fotografía de Aislinn.

—¿Se ha metido en líos? —pregunta—. ¿Le ha hecho algo a alguien?

—Déjalo, Freddy —dice el camarero sin levantar la vista de la libreta—. Yo no quiero saberlo. —Pone su firma, la remata con un elegante toquecito del bolígrafo y luego me devuelve la libreta y recupera el paño de los vasos—. ¿Algo más?

Una vez fuera, Steve se guarda la foto de Aislinn en el bolsillo de la chaqueta. Está pensando con tanta fuerza «te lo dije» que ni se molesta en soltármelo.

—¿Y ahora? —pregunta en cambio.

—Pues... —Pensar en la sala de operaciones dejada a su suerte o, peor, en manos de Breslin está empezando a angustiarme—. Esto es todo lo que hay en el barrio. ¿Podemos volver ya a la central?

—Claro, sin problema.

Regresamos por el callejón minado de baches hasta la avenida principal. La lluvia empieza a arreciar, con unos feos escupitajos cercanos al granizo: espero que Meehan haya andado lo suficientemente ligero y no le haya pillado. En la esquina se concentra una burbuja de problemáticos de medio pelo —chavales que no pueden ir a su casa porque están faltando al colegio—, pero, aparte de eso, la calle está vacía. Un grafiti a rotulador de un monstruito todo dientes y ojos saltones nos mira desde la persiana bajada de una tienda abandonada, entre un cartel de un gato perdido y los

restos de una especie de feria de verano, cometas volando y helados sonriendo como locos desde el papel desvaído.

El autodomínio de Steve no da para más.

—Lo del novio secreto pinta bien.

Es cierto.

—O puede que fuera un colega de su trabajo.

—Trabajaba en Clondalkin, en la otra punta. ¿Por qué iban a venir hasta Stoneybatter para tomarse una pinta? A no ser que estuvieran solo follando y no quisieran que los viera nadie...

—... O un colega del taller de degustación de vinos, o a lo que quiera que estuviera apuntada en agosto. —Tenemos el coche aparcado a media docena de *pubs*. Acelero el paso.

—Con las discotecas pijas que frecuentaba, llenas de jóvenes ricos y guapos, Aislinn podría haber conseguido a cualquiera. ¿Qué necesidad tenía de zumbarse a un tipo de mediana edad sin «nada especial»?

Steve se encoge de hombros.

—Hay mujeres que los prefieren mayores.

—Rory es de su edad, año arriba, año abajo.

—A lo mejor tuvo una fase anterior de complejo de papá Edipo. Acuérdate de lo que nos contó Lucy: su padre se fue de casa y eso le fastidió la vida. A lo mejor buscaba una figura paterna. Y al ver que eso no resultó como había esperado, cambió a tíos de la...

—Joooder. —Estoy a punto de comerme una farola, pero en el último segundo estampo la mano encima—. ¡De eso la conocía! ¡Ahí es donde la vi, me cago en todo!

—¿Qué? ¿Dónde?

—Hostia puta. —Me late la palma del dolor y siento la pintura de la farola como algo viscoso. Oigo las risas de los niños de la esquina a mi espalda—. ¡Era ella!

Personas Desaparecidas, hace dos años y medio. Yo estaba en la recepción un día a la hora de comer, recuerdo que hacía sol y que poco después me trasladé de brigada; la brisa que entraba por la ventana abierta olía a campo, como si el verano hubiera apartado todas las capas de ciudad y llegara dando volteretas por el aire limpio y apacible. Recuerdo estar escuchando una animada canción pop de los noventa que llegaba desde una azotea y comiéndome un bocadillo de pavo mientras pensaba en el final feliz de esa mañana —un niño de diez años que había desaparecido tras una pelea con sus padres y al que habíamos encontrado jugando a la Nintendo en casa de su mejor amigo— y en Homicidios, que me esperaba a solo dos semanas de distancia. Ese día el mundo y yo parecíamos en el mismo bando, era una bonita sensación.

Cuando apareció en el umbral una chica con un traje barato, dejé el bocadillo, esboqué la sonrisa adecuada y le dije «¿Puedo ayudarla en algo?» en tono cálido y

alentador, sin presionar. Funcionó: me soltó toda la historia allí mismo en el mostrador de recepción.

Su maravilloso padre, un amor de hombre, que le enseñaba a jugar al ajedrez y la llevaba en su taxi a Powerscourt a ver la cascada y la hacía reír hasta que le entraba hipo. El día que bajó a la cocina con su uniforme del colegio y se encontró a su madre llamando como loca al móvil de su padre por milésima vez, «Anoche no vino a casa, no lo encuentro, Jesús, María y José, está muerto, lo sé»... Los detectives que les tomaron declaración y les vinieron con el runrún tranquilizador de que la mayoría de desaparecidos regresan a casa en un par de días, que simplemente necesitan un tiempo a solas. El par de días se convirtieron en semanas y seguía sin haber señales de Superpapá, las visitas de los detectives eran cada vez más espaciadas y los runrunes tranquilizadores cada vez más vagos. Y el poli acabó dándole una palmadita en la cabeza y diciéndole: «Tienes muy buenos recuerdos de él, y no queremos que eso cambie, ¿verdad? A veces es mejor dejar las cosas como están».

—Eso tiene que significar que sabía algo, ¿no cree? O que al menos tenía cierta idea, aunque solo fuera eso... ¿No le parece a usted que sabía que...?

Y ella echada sobre el mostrador, con los dedos entrelazados con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos. Y yo encogiéndome de hombros con cara de palo.

—No puedo especular sobre el proceso mental de otro detective. Lo siento.

Así que siguió contando. Las semanas se convirtieron en meses y en años; pegando un bote de un kilómetro cada vez que sonaba el teléfono, pasando los cumpleaños a la espera de que el cartero le trajera una tarjeta de felicitación. Las noches escuchando los llantos sin fin de su madre. Las veces que había estado segura de haberlo visto por la calle, a punto de perder la cordura antes de que el hombre volviera la cabeza y resultara ser un completo desconocido, y ella que se quedaba jadeando, paralizada y viendo como el único momento que le pedía al mundo se pulverizaba y se desvanecía en el aire. Si me hubiera mirado a la cara en algún momento, habría visto que no iba a conseguir nada de mí, pero ella siguió a lo suyo.

Personas Desaparecidas tiene eso: la gente cree que ver sus caras y oírles llorar te obliga a hacer mejor tu trabajo. Hay padres que van todos los años, en el aniversario del día que desapareció su hijo, para ver si puedes darles tan siquiera una migaja de información. En cierto modo funciona: estás al tanto de la fecha, le echas unas cuantas horas antes de que llegue el día, haces lo que puedes por darles algo. Aquella chica era otra historia muy distinta. Yo tenía cero intenciones de partirme los cuernos intentando encontrar a papá.

Que es lo que le dije, con un poco más de tacto, mientras me preguntaba cuánto más tendría que ignorarla para que se perdiera de mi vista de una puta vez. No se pueden ver los expedientes, la ley de libertad de información no afecta a las investigaciones policiales, lo siento mucho.

Y, por supuesto, aquello desencadenó el llanto. Por favor, no podría por lo menos mirar el expediente, no se imagina lo que es crecer sin patatín y patatán, y una

bazofia hollywoodiense sobre la necesidad de saber la verdad para que no te controle la vida... No puedo jurar que utilizara las expresiones «fase de aceptación» y «empoderamiento» porque dejé de escucharla, pero habrían encajado perfectamente. A esas alturas mi subidón de felicidad estaba más que chafado y solo quería que la pesada esa se callara y se fuera por la puerta.

Aislinn no estaba buscando un sustituto paterno: buscaba a su papá.

—El padre de Aislinn no las abandonó, desapareció. Y ella vino a Personas Desaparecidas en busca de información y justo estaba yo en la recepción.

—Ajá... —dice Steve pensativo—. Lucy dijo «desapareció sin más», ¿te acuerdas? No había pillado que se refería a ese tipo de desaparición. ¿Y qué le dijiste a Aislinn?

—No le dije una puta mierda. Se puso a lloriquearme, que por qué no miraba yo el expediente y le decía qué ponía, porfa, porfa... —Rememoro ahora la bocanada de rabia subiéndome desde la barriga y llameando por las costillas. Me aparto de la farola y retomo la marcha—. Le di el nombre de uno de los veteranos que debía de haber trabajado en la brigada cuando lo de su padre, le dije que volviera en su turno y le enseñé la puerta.

Steve tiene que alargar el paso para no quedarse atrás.

—¿Y lo hizo? ¿Volvió?

—No pregunté. Me la sudaba.

—¿Miraste el expediente del padre?

—No, no miré nada. ¿Qué parte de «me la sudaba» no has entendido?

Steve ignora mi mordacidad, esquiva a una horda parlanchina de botas de pelo y carritos y dice:

—Me encantaría ver ese expediente.

—¿Crees que hay una conexión? —pregunto, mi atención captada—, ¿entre que su padre desapareciera y a ella la mataran?

—Creo que son demasiadas cosas chungas para una misma familia, y todo por casualidad.

—He visto cosas peores. —Ya no estoy segura de querer que este caso se vuelva interesante.

—Si pensamos en la historia del novio criminal...

Voy con la sensación de que todo Stoneybatter la tiene tomada conmigo: un NO PAGAREMOS EL AGUA pintado con espray sobre la puerta parcheada de un garaje, una mujer que ríe como una hiena mientras unta mantequilla en el anuncio de una marquesina de autobús, una anciana de mi calle saludándome desde la acera de enfrente... Le devuelvo el gesto y acelero antes de que cruce para pegar la hebra.

—Ni siquiera tenemos pruebas de que el novio criminal exista, ¿recuerdas? Te lo inventaste tú.

—Ya, pero *en el caso de* que exista. Piénsalo por un momento, y te pagaré el euro.

No me río.

—Haz lo que quieras.

—Pongamos que Aislinn pensó que había una banda criminal involucrada en la desaparición de su padre. Y que no sacó nada en limpio de Personas Desaparecidas. —Steve lo ha dicho con tacto, pero en realidad quiere decir: «Pongamos que una cabrona la mandó a la mierda».

—¿Y a cuento de qué iba a pensar eso? A mí no me dijo nada de ninguna banda. Solo hablaba de lo perfecto que era su papá; se le habría ido la pinza si yo le hubiera siquiera sugerido que una vez lo multaron. Y los de las bandas no pierden el tiempo haciendo desaparecer a ciudadanos de bien corrientes y molientes.

—A lo mejor ella no lo sabía. Nos han dicho que era ingenua, y tal vez pensara que las bandas eran como los malos de los cuentos, que van por ahí llevándose a la gente por pura maldad. O puede que se enterara de que su padre no era tan santo como pensaba. Hay ciudadanos de bien corrientes y molientes que acaban enredándose en asuntos de bandas.

—Creo que era taxista —digo a regañadientes.

A los de los clanes les encanta tener taxistas en nómina. Todos sus coches particulares están en las listas de vehículos sospechosos, bajo vigilancia la mitad del tiempo y, en ocasiones, hasta intervenidos. Un taxista puede transportar drogas, armas, dinero, gente, todo bajo cuerda.

—Ahí lo tienes —dice Steve triunfante, tan contento como un perrillo con su galletita de recompensa—. Se enreda con los malos, pisa donde no debe y acaba en medio del monte con dos tiros en la nuca. En Personas Desaparecidas no pueden demostrarlo pero saben la historia, y cuando Aislinn habla con tu colega, él le insinúa algo. Ella decide investigar un poco y, antes de darse cuenta, está metida hasta las trancas...

—Su estantería —digo; debería callarme la boca y desear que esta dichosa historia desaparezca, pero supongo que Steve se ha ganado su galletita extra—. Había un libro sobre personas desaparecidas, al lado de uno sobre el crimen organizado en Irlanda. Y estaban los dos llenos de subrayados.

Le falta pegar un bote.

—¿Lo ves? ¿Ves lo que te decía? Se puso a investigar por su cuenta.

—Vamos a acabar con esta mierda de los supuestos —digo sacando el móvil.

Esta es una de las razones por las que sé —sin importar lo que intenten hacerme creer los cantamañanas de Homicidios— que no soy solo una cabrona tocapelotas con la que no puede trabajar la gente normal: en Personas Desaparecidas me llevaba de puta madre con todo el mundo. No es que hiciera colegas del alma, pero sí que me reía con la gente, me tomaba mis pintas, participaba en una broma recurrente, y tirando a asquerosa, que le hacíamos a uno de los muchachos con un hámster de goma que daba grima, y todavía puedo llamar a cualquiera de ellos si me hace falta.

—Le dije a Aislinn que hablara con Gary O'Rourke. Voy a preguntarle. —Me

salta el contestador—. Gary, ¿qué pasa? Soy Antoinette. Te voy a tener que invitar a una pinta, necesito un favor. Estoy buscando a un tipo que desapareció entre el 97 y el 98, más o menos, así que puede que no te aparezca en el ordenador... Que sean dos pintas. Se llamaba Desmond Murray, con domicilio en Greystones, taxista, de edad comprendida entre los treinta y los cincuenta, pongamos. Seguramente fue la mujer la que denunció la desaparición. Tal vez recuerdes a la hija, Aislinn, que fue a la brigada buscando información hará un par de años. Necesito todo lo que puedas mandarme cuanto antes. ¿Y podrías decirle a quien me lo traiga que se asegure de entregarlo en mano, a mí o a mi compañero, Moran? Gracias, tío.

Cuelgo. Hace diez minutos estaba disfrutando del caso. Y me gustaba, suponía un cambio. Y ahora, tal y como me advirtió esa voz lastimera, está hallando la manera de irse a la mierda.

—Será desgraciada, la muy imbécil.

Steve desencaja los ojos.

—¿De qué hablas?

—¿Sabes lo que te digo? Que el día que deje este curro voy a montar una consulta, pero con una terapia nueva, especial para gente como Aislinn: por cien euros la hora, te doy de collejas y te digo que maduras de una puta vez.

—¿Por haberse mezclado con el crimen organizado?

—Eso me importa una mierda, si es que pasó, cosa de la que todavía tienes que convencerme. —Estoy atravesando la calle a tal velocidad que obligo a Steve a dar un trotecito para alcanzarme; un coche nos pasa rozando el culo—. No: porque tenía veintiséis años y seguía buscando a su papá, para que él viniera a arreglarle la vida. No se puede dar más pena.

—No seas así —dice Steve alcanzándome en la acera—. Tampoco estamos hablando de la niña mimada de papá que lo llama para que le arregle un pinchazo. Que su padre se fuera definió en gran medida su vida y no le deparó nada bueno. No sabemos por lo que pasó, no podemos...

—Yo lo sé perfectamente. Mi padre se largó antes incluso de que yo naciera. ¿Y tú me ves pasándome el día pensando en eso y soñando maneras de encontrarlo para poder arrojarme a sus brazos?

Lo dejo callado. Y a mí también. No sabía que iba a soltarlo por la boca hasta que lo he oído.

—No lo sabía, nunca me lo habías contado —dice al cabo de un momento.

—No te lo he contado porque no es importante. Ahí es adonde quería llegar. Se fue, y eso significa que es irrelevante. Fin de la historia.

Steve me da la réplica con mucho tacto: sabe que puede salir malparado.

—¿Estás diciéndome que nunca has pensado en él? —me pregunta—. ¿De verdad?

—Sí, claro que sí, pensaba mucho en él... antes.

Tendría que existir una palabra especial para ese nivel de eufemismo. Cuando era

pequeña, pensaba en él todo el tiempo. Le escribía una carta a la semana contándole lo buena estudiante que era, que resolvía bien todos los problemas de matemáticas y era la que más corría de la clase, para que, cuando encontrara por fin una dirección adonde mandárselas, se diera cuenta de que valía la pena volver por mí. Salía todos los días del colegio buscando su limusina blanca, que me recogería y me alejaría a toda velocidad de ese patio de cemento y esos niños de ojos pendencieros que tenían ya su sitio reservado en rehabilitación o entre rejas, y me llevaría a algún sitio azul y verde, resplandeciente, donde me esperaban montañas rebosantes de vidas maravillosas entre las que escoger la mía. Me acostaba todas las noches imaginándomelas: yo con traje de cirujana y estetoscopio, en un hospital todo blanco y cromado, tan deslumbrante que parecía a punto de despegar; yo bajando una escalinata hasta un vals con orquesta con un vestido hecho de hilo y espuma, cabalgando a lomos de un caballo por la playa, comiendo frutas exóticas en un patio por la mañana, lanzando órdenes desde un sillón de cuero en mi despacho de la planta cuadragésima.

—Yo pensaba lo mismo que Aislinn, que cuando él volviera empezaría mi vida real. —Steve, qué le vamos a hacer, está intentando encontrar el punto ideal de compasión—. Dios, tendrías que verte la cara. No me pongas esos ojazos tristes, tontorrón. ¡Tenía como ocho años! Y luego crecí, maduré y me di cuenta de que esta es la vida real y que era mejor que empezara a gestionarla por mi cuenta en vez de esperar a que alguien viniera a hacerlo por mí. Así se comporta un adulto.

—¿Y ahora? ¿Ya no piensas nunca en él?

—Llevo años sin pensar en él. Prácticamente me he olvidado de su existencia. Y eso es lo que debería haber hecho Aislinn si no hubiera tenido el cerebro de un puto Conguito. Y lo mismo digo de su madre.

Steve mueve la cabeza en un gesto evasivo.

—No es lo mismo. Tú nunca llegaste a conocerlo. Para Aislinn su padre era un ser querido.

Vale, ahí no le falta razón, pero me da igual.

—Pero era un ser querido que ya no estaba. Aislinn y su madre podrían haber seguido con su vida, darse cuenta de que ya lidiarían con las respuestas cuando las obtuvieran, en el caso de conseguir alguna. Pero, en lugar de eso, decidieron basar toda su vida en alguien que ni siquiera estaba. Me da igual quién fuese él, es penoso.

—Puede ser.

—Penoso de la hostia. Fin de la historia.

Mi compañero no responde y seguimos andando. Veo el coche en el horizonte, justo donde lo dejamos, cosa que se agradece.

Quiero que Steve hable. Voy a estar pendiente de cualquier cambio en su conducta: la distancia que mantiene, el ángulo de inclinación de su cabeza, su tono de voz. La razón por la que no le cuento a la gente lo de mi padre, aparte de porque no es asunto de nadie, es porque oyen la historia y me recolocan en sus cabezas y me

meten en el cajón de OH, POBRECITA o el de CHUSMA. Steve tuvo más o menos la misma infancia que yo, si acaso algo más pija: vivía en una casa protegida y no en un piso protegido y tenía un padre con trabajo y una madre de esas que ponen cosas de ganchillo en el respaldo del sofá; pero en su colegio tenía que haber muchos niños que no conocían a su padre. En ese sentido, no hay peligro de que me venga con aires de superioridad. Pero es un romántico, le gustan las historias muy adornadas, con mucho drama, un patrón predecible y un bonito desenlace con todos los cabos sueltos bien atados. No soportaría que empezase a verme ahora como la pobre huerfanita que se abrió paso hacia una vida mejor a pesar de los demonios de su pasado, y, como lo haga, voy a tener que pegarle una hostia en toda la cara.

Al menos de momento no está lanzándome miradas empalagosas ni va andando más pegado a mí para apoyarme en mi tormento. Todo lo más que puedo ver por el rabillo del ojo es que está estrujándose los sesos.

—¿Y si lo encontré? —dice al cabo de un rato.

—¿De qué estás hablando? —El alivio me hace sonar altanera.

—Aislinn dejaba tirada a Lucy por el tipo secreto. El mismo del *pub*. —Steve rodea el coche hasta su lado y se apoya en el techo mientras yo busco las llaves—. ¿Y si no era un novio, después de todo? ¿Y si era su padre? Lo localizó e intentaban reanudar la relación.

—Hostia, no, ¡hasta aquí hemos llegado! —Prefiero ir a toda leche a casa de Rory Fallon y arrestarlo por lo que le resta de vida antes que saber que Aislinn estaba teniendo entrañables citas con su papá reencontrado y tener que oír todos los detalles empalagosos—. Ya me debes cuatro euros. No —ante la sonrisa de Steve—, se me va a ir la puta cabeza si tengo que aguantar mucho más tiempo esta mierda de los «si». Ni siquiera quiero pensar en el padre de Aislinn hasta que Gary me devuelva la llamada y nos cuente la historia real. Entretanto, tú no te subes a este coche si no me das antes los cuatro euros.

Hago tintinear las llaves y les lanza una mirada atravesada, hasta que se mete la mano en el bolsillo y me tira un billete de cinco por encima del coche.

—¿Y el cambio qué? —me pide cuando me guardo el billete y abro las puertas.

—Venga, si para cuando lleguemos a la central, ya me deberás otro. Arreando.

—Vale —dice Steve metiéndose en el coche—. Pues entonces para eso la uso ya. Y si papaíto quiere compensarla por los años perdidos, en los que no la ha protegido, y no le gusta la pinta de Rory...

—La madre que te parió —digo, y arranco el Kadett, que protesta por haberlo despertado—. ¿Y si te pago yo para que no lo hagas? ¿Funcionaría?

—Deberías probar, sí. Acepto cheques.

—¿Y aceptas Snickers? Porque por lo menos, cuando comes chocolatinas, te callas la bocaza.

—Ah, de lujo —dice alegremente Steve—. Por mí, perfecto.

Busco la chocolatina en el bolso, se la tiro al regazo y él se lanza a la tarea de

pulverizarla.

No parece estar pensando en la vida tan inspiradora que he llevado ni en oh, qué historia tan trágica. Sé perfectamente que dista mucho de ser el chavalín pecoso y simplón que interpreta en televisión, pero aun así... parece estar pensando en chocolate.

—¿Qué? —me pregunta con la boca llena.

—Nada. Que estás muy guapo cuando te quedas calladito un rato, solo eso. —Me sorprendo sonriendo mientras incorporo el coche a la corriente del tráfico.

Llegamos a una sala de operaciones llena de nada. Breslin no ha vuelto todavía, en teoría debe estar hablando con los conocidos de Rory; los refuerzos entran y salen, cargados con más nada, que van depositando sobre nuestra supermesa. Stanton y Deasy no han sacado nada del trabajo de Aislinn, ningún rumor de idilio con el jefe ni con nadie, tampoco cuelgues no correspondidos, piques de oficina ni admiradores secretos entre los clientes. Meehan vuelve de comprobar la ruta de regreso de Rory y nos informa de que los tiempos cuadran con la grabación del circuito cerrado, lo que significa que no dio ningún rodeo importante entre casa de Aislinn y el último punto donde lo registran las cámaras, aunque tampoco hay forma de confirmar a qué hora llegó a casa o qué hizo después, así que no podemos descartar un rodeo de última hora o una excursión en plena madrugada. Gaffney está comprobando los antecedentes de los conocidos de Aislinn, una búsqueda que le devuelve un montón de multas de tráfico, dos imputaciones menores por posesión de estupefacientes y un tipo que le reventó el parabrisas a su hermano con una aspiradora. Reilly vuelve alicaído, con más vídeos de seguridad y una mirada inexpresiva para mí, se pone a verlos y, de tanto en tanto, deja escapar un sonidillo entre la tos y el gruñido para recordarnos su presencia y lo aburrido que está.

Me muero por ponerme a repasar en el ordenador el historial de los hombres de Lanigan el Bolablanca, pero no pienso hacerlo: me sentiría como una gilipollas si me tomo demasiado en serio el rollo de las bandas, por no hablar de que la búsqueda quedaría registrada y cualquiera podría saberlo, igual que descubrimos que alguien había consultado el nombre de Aislinn el pasado otoño. En lugar de eso, repaso de nuevo las declaraciones del puerta a puerta, esta vez con más atención, buscando los detalles que requieren seguimiento. No encuentro ninguno: Gaffney se ha venido arriba con el subrayador en la declaración de una mujer que escuchó al vecino del 15 gritando que iba a matar a alguien hace una o dos semanas, pero, teniendo en cuenta que tiene tres hijos adolescentes, no será necesario que vayamos sacando el instrumental para hacerle la tortura del ahogamiento simulado. Steve está comparando el historial del teléfono de Aislinn con el registro que aparece en el móvil, pero no ha descubierto ninguna discrepancia: nadie ha estado borrando

mensajes ni llamadas, ni ella ni nuestro hombre. Tampoco hay llamadas ni mensajes de números ocultos; provienen todos de su agenda (y los rastrearemos para comprobar que se corresponden con los nombres) o son números de atención telefónica. Eso tiene su lado bueno (es un buen puñetazo a la historieta feliz de Steve sobre el reencuentro de Aislinn y su papá), pero en realidad daría lo que fuera por un solo mensaje de un móvil sin identificar que dijera: «Quedemos a las ocho para un polvo al lado del alijo de heroína».

En todas las investigaciones cosechamos una gran cantidad de nada. Es necesario, es la única manera de acotar el cerco de acción, y por lo general sienta bien ir tachando las vías muertas de la pizarra y dejando que lo real te salte a la cara, con toda su osadía y su grandeza. Pero esta vez no hay ningún tachón, solo trocitos de nadas inútiles que aterrizan en mi mesa como pelotillas llenas de saliva de un bromista al que no logro pillar. El zumbido creciente empieza a alterarme y me hace removerme en el asiento, menear la rodilla y rascarme picores imaginarios contra el respaldo de la silla. Necesito algo, lo que sea que elimine de un manotazo la gran nube esponjosa de suposiciones fantásticas de mi compañero y me permita ceñirme a cosas con fundamento suficiente para mantenerse en pie por sí solas. El vacío en esta sala de operaciones C raya en lo absurdo: con la media docena que somos repartidos por una estancia donde cabrían perfectamente treinta, el techo alto y las filas relucientes de mesas nos vuelven diminutos, tamaño casa de muñecas. Empiezo a preguntarme si Breslin estaba riéndose de nosotros al reservar esta *suite* de lujo para un caso de tres al cuarto que cabría de sobra en el zulo antes conocido como vestuario.

A las dos mandamos a Gaffney a por *pizza* y, para el asueto del almuerzo, Stanton pone en su móvil un programa radiofónico sobre sucesos. Por supuesto, le dedican un gran apartado a Aislinn, que deriva en un festival de indignación general sobre este país, que es cada vez más peligroso para los ciudadanos de bien que acatan las leyes, mientras la Garda se desentiende totalmente; rematan el discurso con llamadas de abueletes a los que atracaron y podrían haber muerto en un charco de su propia sangre mientras los agentes llegaban y pasaban por encima de ellos buscando un culo de político que lamer. Incluso conectan con Crowley, que se pone profundo al afirmar que nuestra actitud displicente para con el asesinato de Aislinn y nuestro opresivo maltrato de genios como él son muy sintomáticos de la enfermedad de nuestra sociedad «a una escala casi épica», signifique lo que signifique. Por un minuto, mientras nos partimos de risa, nos olvidamos de lo que pensamos los unos de los otros.

—Mi prima estuvo saliendo con él un tiempo —cuenta Meehan.

—Tu prima tiene el gusto en el culo —dice Reilly.

—Sí, sí, está claro. Lo dejó porque se negaba a ponerse condón. Decía que eran una conspiración femenina para suprimir la energía masculina.

Todos volvemos a descojonarnos.

—Qué crac el tío —dice Stanton alargando la mano para coger otro trozo de *pizza*—. Lo probaré la próxima vez, a ver si cuela.

—Lo llevas crudo —le digo—. Si no coló con una tía tan lerda como para tirarse a Crowley... Sin ofender, Meehan...

—No, no pasa nada. Es que es lerda. Le dejó al muy capullo tres mil euros para que autopublicara su biografía. —Eso provoca de nuevo las risas—. Y no volvió a ver un céntimo.

—¿Y cómo la tituló? —pregunta Kellegher—. ¿*Periodismo a pelo?*

—*Entrevista con mi pepino* —digo, y me granjeo unas risas con un deje de sorpresa, como si la mitad de los refuerzos no me creyeran capaz de bromear.

—Aquí la tenemos —dice Steve trasteando el móvil—. *El mártir de la Verdad*, por Louis Crowley... No, mira, hay una reseña y todo. Cinco estrellas. «Una imponente y sobrecogedora disección de la odisea de un hombre por revelar las sombras ocultas de la justicia irlandesa. Quienes valoren la verdad por encima de...» Dios, es más larga que el libro.

—¿Alguien quiere apostar a ver quién la escribió? —pregunta Stanton.

—¿Cómo se puede revelar una sombra oculta? —quiere saber Kellegher.

—Seguro que todos formáis parte de la conspiración —nos dice Meehan—. Apostaría algo a que vais por ahí poniéndoles condones a pobres ingenuos por la calle.

Reilly le hace señas para que se acerque.

—Ven que te ponga uno.

—Tú y tres más como tú.

—Ten —le dice Stanton a Meehan tirándole una servilleta grasienta—. Reprime tu energía masculina con esto.

Meehan aparta de un manotazo la servilleta, que va a parar al café de Kellegher, y todos empiezan a decirme que le levante expediente disciplinario al resto, por acoso y por crear un entorno de trabajo hostil, llevar corbatas cutres o tirarse pedos en los coches de paisano. Durante ese minuto, la sala de operaciones parece hasta agradable.

—Estoy convencido de que hay muchos *gardas* decentes —dice Crowley desde el teléfono de Stanton—. Pero cuando prácticamente me acosan por querer tener informada a la opinión pública acerca de lo que se está haciendo respecto a la muerte de esa hermosa joven, creo que todos debemos preguntarnos por qué esa... o ese... detective... está tan desesperado por controlar lo que se nos permite saber. Al fin y al cabo...

Es evidente que, bajo esa voz solemne, está manchando del gusto sus pantalones chinos: su noticia está cobrando vida propia, en paralelo a la realidad, y cogiendo gran impulso. Reilly sonrío.

—Bueno, venga —digo; las risas se han disipado y Crowley empieza a darme náuseas—. No sois un puñado de colegiales. Vamos a trabajar algo.

Stanton apaga la radio y, cuando todos vuelven a sus ordenadores, lanzándose

miraditas y arqueando las cejas por lo cabrona que soy, la sala de operaciones regresa a la normalidad.

Lo único verdaderamente tangible llega con el informe del forense. Cooper odia a la mayoría de la gente, pero, como yo le caigo bien (seguramente para llevarle la contraria a los demás, aunque no voy a quejarme), me llama cuando termina de redactar el informe.

—Detective Conway, siento no haberla visto ayer en el lugar de los hechos.

El pie para que me disculpe por no aparecer a tiempo.

—Nosotros sentimos no haber llegado —digo, y chasqueo los dedos para llamar la atención de Steve y que se acerque a escuchar—. Pillamos un atasco por unas obras. Le agradezco que me llame, doctor Cooper.

—Es un placer. ¿Asumo que el caso progresa adecuadamente?

—No va mal. Tenemos a un buen sospechoso, aunque no me vendrían mal unas cuantas pruebas consistentes y menos *quizá, entonces, a lo mejor*. —Steve me mira con mala cara—. ¿No podrá echarme un cable en eso, por casualidad?

—Creo que puedo prometerle una presencia mínima de *quizá, entonces, a lo mejor* —dice Cooper con un desdén remilgado, como si hubiera dicho una palabrota—. Desde luego, no es un género con el que yo suela comerciar.

—Eso estaría muy bien, para variar —digo devolviéndole el gesto a Steve.

El forense emite un sonidillo chirriante que podría ser una risa.

—En lo que respecta a pruebas consistentes, en líneas generales, el examen *post mortem* no arroja ninguna información inesperada. La víctima gozaba de buena salud, no presentaba señales de heridas causadas con anterioridad a la noche del sábado, no había tenido relaciones sexuales recientes, no estaba embarazada y nunca había dado a luz. —Cooper hace una pausa para aclararse la garganta: ahora que se ha quitado eso de en medio, llegamos a lo bueno—. Como sugerí en la casa de la víctima, las heridas se produjeron en dos fases: una primera, con el golpe en la cara, y una segunda, cuando se fracturó la base del cráneo. El trazo de las heridas faciales coincide con la forma de un puño. Lo más destacado en este caso es el ángulo en que se infligió la herida: la víctima tenía el maxilar fracturado y dos de los incisivos inferiores del lado izquierdo rotos y casi salidos de las encías. Para un golpe así se requiere una fuerza considerable. Creo que podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que fue asestado por un hombre con una forma física y una fuerza superiores a la media. —Artículo con los labios «tipo fuerte» mirando a Steve, que levanta las cejas: «¿A ti eso te suena a Rory?»—. Así y todo, esas heridas no habrían puesto en peligro su vida —sigue Cooper—. La contusión letal fue contra la parte derecha de la base del cráneo. Hablamos de una herida linear, de aproximadamente seis centímetros y medio, realizada por un objeto con un canto afilado en forma de ángulo recto, lo que coincide con el poyete de la chimenea en la que se encontró a la

víctima. El impacto causó una fractura de cráneo severa que provocó a su vez un hematoma extradural. En ausencia de atención médica inmediata, la presión creciente en el cerebro acabó provocándole la muerte.

—La víctima recibe el puñetazo, se tropieza hacia atrás y se da en la cabeza con el poyete de la chimenea. ¿Cuánto tiempo tardó en morir?

—Es imposible saberlo. Un hematoma extradural puede causar la muerte en minutos o en horas. Dada la severidad de la herida, yo diría que debió de progresar a una velocidad considerable; ahora bien, a qué velocidad en concreto, no hay forma de determinarlo. No obstante, un posible indicador sería la segunda herida en la parte derecha del cráneo.

—¿Eh? ¿Una segunda herida?

A Steve se le disparan las cejas hacia arriba. Me acerco a su silla, pongo la llamada en altavoz y me llevo un dedo a los labios. Cooper todavía no tiene claro si mi compañero le cae bien; una palabra equivocada por su parte podría acabar de cuajo con la conversación. Siento un estúpido pellizco de triunfo, como una niña mala que por fin ve como castigan al santo de su hermanito mientras ella se lleva las palmaditas en la cabeza por una vez. Lo aplasto de un palmotazo.

—Reprima su emoción, detective —me dice el forense—. Esta segunda herida es menor... una contusión leve. Y, aparte de eso, es prácticamente igual que la primera: linear, de seis centímetros, hecha con un objeto con el canto en ángulo recto. Las heridas son paralelas, separadas más o menos por medio centímetro; de ahí que la segunda no se dejara ver *in situ*. —Parece molesto con ella por esconderse.

—Entonces, después de que la víctima cayera, o bien ella levantó la cabeza y la dejó caer de nuevo, o lo hizo el asesino.

—Hum... —dice Cooper. Steve está escribiendo algo en la libreta—. Caben ambas posibilidades. Desde luego, el asesino pudo haberle levantado la cabeza para comprobar las constantes vitales, o ella pudo intentar ponerse en pie, pero solo fue capaz de alzar la cabeza. Yo diría que la herida inicial tuvo que dejarla inconsciente (encontré algo de hemorragia intraparenquimal, que, por lo general, tiene consecuencias neurológicas inmediatas), pero también es posible que recobrar brevemente el sentido antes de morir.

Steve me pasa la libreta. Debe de ser el único poli que conozco con una escritura legible: caligrafía bonita, llena de curvas y palitos bien trazados, de la vieja escuela; yo creo que practica en su casa. Leo: «¿O primero el empujón y luego el puñetazo cuando ya estaba en el suelo?».

—¿Podrían las heridas haberse producido a la inversa? Es decir, que el asesino primero empujara a la víctima, en lugar de pegarle el puñetazo; ella podría haberse caído hacia atrás y darse en la cabeza contra la chimenea, pero sin tanta fuerza. ¿Y que luego, una vez en el suelo y aturdida, él se abalanzara sobre ella y la golpeará en la cara?

—Ah —dice Cooper, que parece disfrutar con la teoría—. Ajá. Interesante. Y

factible, desde luego. Bien visto, detective Conway.

—Por eso me pagan la pasta que me pagan —digo.

Steve articula con los labios un «¡Eh!» y se señala el pecho. Yo vuelvo la palma de la mano y le sonrió de oreja a oreja: «Lo siento, tío, no puedo hacer nada».

—Hum —dice Cooper, y le oigo volver páginas—. A la luz de esta nueva hipótesis, debo revisar mi estimación sobre la fuerza del asesino. Si el puñetazo se produjo con la cabeza de la víctima ya sobre la piedra del poyete (y no de pie, sin ningún apoyo, por así decirlo), habría requerido mucha menos fuerza infligir esas heridas. Habría exigido cierta fuerza, sí, pero cualquier adulto sano, con un desarrollo muscular normal, podría haberlo hecho.

Estoy devolviéndole ya el arqueo de cejas a Steve: eso sí que suena a Rory Fallon.

—Siento que tenga que volver a redactar su informe —le digo: Cooper escribe a mano, porque todavía nadie ha tenido los arrestos de invitarlo al siglo veintiuno, con lo que obligamos a nuestros refuerzos a pasar sus informes a ordenador.

—Perdonaría pecados mayores por el placer de oír una teoría alternativa que encaje tan bien con los hechos —dice el forense—. Tendrá el informe revisado lo antes posible. Le deseo toda la suerte del mundo en su búsqueda de pruebas consistentes. —Cuelga.

Steve y yo nos quedamos mirándonos.

—Eso no es homicidio involuntario —dice.

—No. En el caso de que pasara así.

Es normal que te noqueen, te levantes y contraataques; nadie espera matar a nadie. Pero cuando golpeas en la cara a alguien que tiene la cabeza contra una superficie de piedra afilada, hay que echarle *cojones*^[2] para asegurar que pensabas que se levantaría tan tranquilamente.

—Y a Breslin le gustó lo del homicidio involuntario. —Ha bajado el tono de voz.

Tiene razón: se tiró en plancha ante la posibilidad del involuntario. Quizá porque encaja mejor con Rory Fallon y quiere que sea él sí o sí, para hacernos a todos la vida más fácil; o porque sabe a ciencia cierta que no es nuestro asesino pero cree que nosotros picaremos más fácilmente con lo de involuntario.

—Sí. A ver qué piensa de la versión del asesinato con ensañamiento.

—¿Tú ves a Rory Fallon haciéndolo? —me pregunta Steve—. Un golpe así a lo loco, vale, pero ¿cebarse de esa manera con ella?

—Fuera quien fuese, lo hizo en un arranque de rabia. Se le cruzaron los cables. Eso ya lo sabíamos y no buscamos a un King Kong. Rory podría haberlo hecho sin problema.

—Podría haberlo hecho, sí, pero seguimos sin tener una buena razón para que se le cruzaran los cables y, por lo que sabemos, no tiene un historial de violencia. No es fácil llegar a algo tan feo como ese puñetazo; no para alguien que no ha tocado a otra persona desde los nueve años, cuando le dio a su hermano un codazo. Sería más

natural en alguien con práctica.

—Tch, tch, tch. —Empujo la silla hacia mi extremo de la mesa; en esta sala de operaciones hasta las ruedas de las sillas funcionan mejor—. Ya oíste a Rory. Las movidas más intensas de su vida ocurren dentro de su cabeza. Con gente así no puedes guiarte por lo que ves. No sabemos si ahí dentro tiene práctica o no; a lo mejor lleva años rumiando una vida alternativa en la que es un luchador de esos en jaula. Bastó que subiera la presión para que acabara estallando y ¡bum!

Ambos contemplamos en un breve fogonazo mental la idea del puñetazo, de los huesos crujiendo contra la piedra. Steve tiene razón, cuesta ver a Rory llegar a ese extremo, pero también podría ser porque no queremos.

—Por eso te insisto para que dejes el rollo de los supuestos —le digo—. Son perjudiciales para la salud.

—Descuida —me dice volviendo a sus papeles—. En mi vida de fantasía soy el superdetective que siempre lo resuelve todo.

—De lujo. Ahora solo falta someterte a la presión suficiente para que te salga de dentro.

Steve me escruta un momento y me sorprende ver la repentina luz irónica de su mirada. Por un segundo creo que va a decir algo, pero luego menea la cabeza y empieza a bajar el bolígrafo por una lista de números de teléfono.

Me gustaría dejarlo claro: sé (y dado que Steve no está titulado en subnormalidad, supongo que él también) que deberíamos estar rezando de rodillas para que este caso no fuera más allá de Rory Fallon. Si encontramos pruebas de que Breslin es un corrupto, nos llegará la mierda hasta las orejas.

Cuando pillas a otro poli quebrantando las normas, o la ley, o ambas cosas, tu primera opción es callarte la boca. Eso es lo que hace prácticamente todo el mundo con tonterías como pasar por alto multas o consultar el sistema de extranjería: miras hacia otro lado porque no merece la pena el jaleo y porque, tarde o temprano, puedes ser tú quien necesite que el otro se haga el sueco. Pero, aunque quisiéramos ir por ahí, algo de lo que no estoy nada segura, no sería tan fácil: no si lo que quiera que descubramos tiene relación con nuestro caso de asesinato.

La segunda opción, la que en teoría debes escoger, es hacer una visita a Asuntos Internos. Nunca he probado. Tengo entendido que en ocasiones funciona. Incluso puede darse el caso de que no se corra la voz y no te conviertas en un desecho radioactivo, sin necesidad de que pases el resto de tu vida sintiéndote un soplón.

La tercera opción es hablar con el tipo en cuestión y decirle que pare, por su conciencia, por su carrera, su familia o lo que sea. Esto también puede llegar a funcionar. Ya me veo la cara de Breslin si le llego reprochándole con el dedo en alto lo malote que ha sido. Si no me ahogo en su chaparrón de indignación farisaica, me pasaré lo que me resta de carrera teniendo que cuidarme las espaldas.

La cuarta opción es ir a ver al jefe, quien, es de suponer, te dará unas sabias palmaditas paternales en el hombro, te dirá lo bien que lo has hecho y pondrá en práctica la opción dos o la tres por ti. Teniendo en cuenta el estado actual de mi relación con O'Kelly y la que tiene desde hace años con Breslin, voy a adelantarme y a deducir por mi cuenta que, por mucho que quisiera correr a pedirle ayuda a papaíto, esta cuarta opción está descartada.

La quinta opción es soltar un par de indirectas y subirte al carro. A lo mejor tú también tienes ganas de divertirte; quizá solo quieras un poco de la mordida del otro a cambio de mantener la boca cerrada. No me gusta tanto el dinero como para venderme por eso ni tampoco tengo tanto apego a nada como para atar mi vida a un malnacido que ya me ha demostrado que no es de fiar.

La sexta opción es buscarte a un periodista, a ser posible uno con los huevos del tamaño de sandías y al que no le importe que lo paren por conducir borracho día sí día no durante el resto de su vida, y desembuchar.

No me atrae ninguna. Estoy disfrutando de lo lindo con esta batida de caza, hasta el último segundo. No me importa una mierda que eso me convierta en mala persona. Pero también sé que, como acabemos atrapando a nuestra presa, es probable que nos estalle en la cara.

Está costándome Dios y ayuda estarme quieta. Cada pocos minutos vuelvo la cabeza para mirar a Steve, tan concentrado como un estudiante en su mesa, los dedos hundidos en sus greñas naranjas, escrutando con el ceño fruncido el remolino de papeles. No sé decir qué pasa por su cabeza. He estado dos veces a punto de abrir la boca para decirle: «¿Y si? ¿Qué hacemos si...?». Y he acabado cerrando la boca y volviendo al trabajo.

Por lo general, la energía de una sala de operaciones pega un bajón a media tarde, como en cualquier oficina, y sin embargo hoy sigue bastante alta. Es en parte por la habitación en sí, que nos obliga a demostrar que estamos a la altura, pero también en parte por mí. El ánimo se transmite desde arriba, y tengo ese desafío reconcomiéndome la cabeza como un novio problemático, acelerándome el pulso cada vez que vuelve a la superficie, haciéndome señas y amenazándome. Y me mira con una sonrisita burlona que me tiene trabajando a destajo, y cuando termino de pasar la lendrera a los informes, me mantiene en pie, de un lado a otro de la sala, escribiendo en la pizarra, revisando los partes de la línea de colaboración ciudadana; leo uno de un anónimo que está seguro de haber visto a Aislinn en un sitio web muy especializado, aplastando cucarachas (lo que no parece muy factible), pero de todas formas los de Investigación Tecnológica van a tener la suerte de comprobarlo. Repaso lo que están haciendo los refuerzos, voy soltando «bien hecho» y «por qué no pruebas a»... Cuando quiero, sé gestionar un equipo como el que más. Me río con Kellegher, le digo a Stanton y Deasy que han clavado las entrevistas con los

compañeros de trabajo de Aislinn. Breslin estaría orgulloso de mí. Pensar en él, y en que ya mismo estará de regreso, vuelve a levantarme de la silla.

Steve también lo ha pillado: está al teléfono intentando meterle prisa a su colega de Meteor para que nos pase el historial completo de ese número de prepago. Podríamos salir a quemar un poco de efervescencia interrogando a testigos, pero no quiero ir a ninguna parte: no quiero perderme a Breslin.

Gaffney ha terminado de confeccionar la lista de cursos nocturnos de Aislinn, que, si no estuviera de buen humor, me deprimiría a muerte (pagó dinero de verdad por un curso llamado YouLoVales!, exclamación incluida, así como por un taller de degustación de vinos y algo llamado Campamento de Renovación para Chicas Independientes), y está llamando a todas partes para reunir los nombres de los asistentes. Me encargo por él de los datos bancarios y los repaso en busca de anomalías, aprovechando que no está Breslin para espiarme por encima del hombro.

No hay ninguna entrada ni salida de dinero sospechosa en la cuenta corriente. Lo único que llama la atención es que Lucy tenía razón cuando dijo que Aislinn tenía un buen pellizco en el banco: abrió una cuenta de ahorro el mismo mes que empezó a trabajar, en el año 2006, y gran parte de su sueldo iba allí directamente. En los últimos años había reducido el ahorro mensual y se había gastado la diferencia en comprar ropa de marca por internet, pero aun así tenía acumulados más de treinta mil euros. No había contraído ninguna deuda, pagó el adosado de Stoneybatter y el Polo de quinta mano con la casa familiar de Greystones y utilizaba una tarjeta de débito. Si hubiese querido irse de viaje o estudiar en la facultad, podía haberlo hecho perfectamente. Tampoco le habría supuesto un problema prestar un par de miles de euros si alguien se los hubiera pedido.

Con todo lo de la librería, las finanzas de Rory son más complejas, y distan mucho de estar tan saneadas. De todas formas, no surge nada ni remotamente sospechoso (si hay bandas criminales en este caso, desde luego no están lavando dinero a través de Libros Díscolos para hacernos la vida más interesante), pero la tienda apenas mantiene la cabeza a flote: en los cinco años que lleva Rory como propietario, las ventas han caído un treinta y cinco por ciento, y tuvo que despedir al dependiente que tenía empleado a media jornada. El sueldo que le queda a él le parecería una ruina hasta a un lavaplatos. Breslin no se equivocaba con lo de fundirse el presupuesto llevándola al Pestle.

Ya hemos visto lo mal que lleva Rory la humillación: si fue a pedirle un préstamo a Aislinn y esta lo mandó a paseo, su Hulk interior pudo haberle reventado el jersey bueno de salir.

Estoy a punto de llamar a Steve para que venga a ver —se ha levantado y está en la pizarra— cuando un chaval canijo con una buena mata de pelo rubio y un traje barato asoma la cabeza por la puerta de la sala.

—Eh... ¿Detective Conway?

—Sí.

Se abre paso entre las mesas como si esperara que le hicieran una llave por el camino.

—Me manda el detective O'Rourke, ¿de Personas Desaparecidas? Perdón por el retraso; en realidad llevo un rato abajo pero un tipo..., hum, no sé, ¿otro detective? ..., me dijo que había salido usted. Se ofreció a recogerlo, pero O'Rourke especificó que se lo entregara a usted en mano, así que he estado ¿esperando? Y luego he pensado en subir a ver, por si acaso...

—Aquí me tienes. Veamos.

Vuelve a desaparecer. Cruzo una mirada con Steve, que aparta los ojos de la pizarra, y le digo con la cabeza: «Vente para acá». Ningún refuerzo parece estar prestando atención, pero no pienso fiarme.

—¿Qué pasa? —pregunta Steve.

—El expediente del padre de Aislinn. Pero no te vayas a flipar.

El chaval vuelve arrastrando una caja de cartón que posiblemente pese más que él. Steve se inclina sobre su parte de mesa y se pone a revolver en sus papeles, ignorándolo.

—Uff —dice el joven, que casi se tambalea al dejar la caja sobre mi silla—. Y esto. —Saca un sobre del bolsillo y me lo entrega en mano.

—Gracias. Por cierto, ¿cómo era el hombre que te dijo que yo había salido, qué aspecto tenía?

El chaval intenta desaparecer dentro del traje. Espero a que saque la cabeza del caparazón.

—Hum —dice por fin—. ¿Cuarenta y tantos? ¿Uno ochenta, compleción media? Con el pelo oscuro, ¿y como rizado y algo canoso? ¿Barba de dos días?

Rasgos que recuerdan mucho a McCann.

No hay ninguna buena razón por la que pueda interesarle lo que me mande a mí nadie.

—Estupendo. Le haré saber que esta semana trabajo. Gracias. —El chico se queda a la espera, deseando que le dé una palmadita en la cabeza—. Le diré al detective O'Rourke que has hecho un buen trabajo. Adiós.

Se larga de puntillas.

—¿Qué es eso del hombre que creía que estabas fuera?

—Uno que intentó interceptar esto. —Sé que parezco una paranoica, pero me da igual—. Por lo que ha contado, ha sido McCann.

Observo como la mente de Steve da los mismos pasos que la mía.

—Breslin no sabe que estamos rebuscando en la historia del padre de Aislinn.

—Ya. McCann no quería esto en concreto, lo quería porque lo ha visto, simplemente.

—Breslin ya no tardará en llegar. ¿Quieres que nos llevemos todo esto a otra parte?

—A la mierda. —No serviría de nada: si llega en nuestra ausencia, seguro que

alguien le cuenta que hemos desaparecido con una gran caja llena de papeles; y además, esta es mi sala. Muy jodida tengo que estar para ir a esconderme en un puto trastero—. Le echaremos un vistazo rápidamente.

Ya estoy abriendo el sobre. Steve acerca su silla como quien no quiere la cosa, mientras mira el teléfono a ver si tiene mensajes, aquí no está pasando nada.

La nota dice así: «¿Qué pasa, Conway? El expediente de tu desaparecido. Consejo de colega, que no de pesado, ¿vale? Si ves algo que no te gusta, cállate la boca. Estuve un tiempo en el caso, así que cualquier pregunta, pégame un toque. G. O'R.»

—¿Eh? ¿Por qué ibas a tener que callarte la boca?

—Ni idea. —Me guardo la nota en el bolsillo, para la trituradora de papel—. A lo mejor le vemos el sentido cuando lo leamos.

Repasamos juntos el informe inicial, con un ojo pendiente de la sala, para ver si hay algún refuerzo más interesado de la cuenta. El encargado de la investigación era un tipo llamado Feeney; me suena su nombre de haber visto su firma en expedientes antiguos cuando estaba en Personas Desaparecidas, pero se jubiló varios años antes de que entrara yo. Seguramente esté ya muerto. Si necesitamos alguna exclusiva interna, habrá que rezar por que la tenga el propio Gary.

En 1998 Desmond Joseph Murray tenía treinta y tres años, era taxista, vivía en Greystones y trabajaba por el centro de Dublín. Las fotos que acompañan el expediente muestran a un tipo delgado, de estatura media, con un bonito pelo castaño y una sonrisa dulce de medio lado. Apenas reparé en él en las fotos de Aislinn; estaba tan ocupada fijándome en ella para intentar recuperar el recuerdo en mi cabeza que no hice caso a lo que tenía delante de las narices.

Hay una foto de familia. La mujer era pequeña, morena y de buen ver, muy arreglada; bastante guapa, con una belleza de ojos grandes y una carita de puchero e indefensión que me dan ganas de vomitar. Y aparece también Aislinn, con sus trenzas demasiado tirantes y una gran sonrisa, acurrucada en el hueco del brazo de su padre.

—¿Sabes a quién me recuerda? A nuestro querido Rory.

Ladeo la foto. Es verdad; no es que se parezcan, pero se da un aire, desde luego.

—Me cago en la hostia. Vaya puto cliché. ¿Tanto necesitaba algo a lo que aferrarse, la muy imbécil?

—Por lo menos lo intentaba, tienes que reconocérselo.

Las nubes empiezan a atrincherarse provocando que la luz de las ventanas cambie y cabecee; la sala adquiere un aspecto inseguro, como amenazada, un barco en medio de un mar agitado o una casa en una isla a punto de ser sacudida por un temporal. Algo —la luz quizá, o tal vez la voz tranquila de Steve que se disipa por todo el espacio vacío, volatilizándose antes de llegar a las paredes—, algo hace que, de buenas a primeras, sus palabras resuenen con una tristeza enorme. No tengo ganas de reconocerle nada a Aislinn, ni de que me importe una mierda, más allá del orgullo laboral de rigor, pero en este momento todo lo que la rodea parece espesarse con una

tristeza que podría tumbarte como a un saco terrero.

—Lo que yo pueda pensar es lo de menos. Lee.

Poco después de las tres de la tarde del 5 de febrero, Desmond salió de casa en el taxi para seguir su rutina habitual de los jueves: recoger del colegio a su hija de nueve años, dejarla en casa y dirigirse luego al centro para trabajar hasta que el gentío de la hora de cerrar los bares se disipara, sobre la una de la mañana. Recogió a Aislinn y la dejó en casa según lo previsto. Su familia no volvió a verlo.

Sobre las cuatro de la madrugada, Evelyn, la mujer, se despertó y, al ver que su marido no había vuelto, empezó a preocuparse. Desmond tenía móvil, pero no respondió; a las seis llamó a la empresa de taxis para la que trabajaba, donde tampoco pudieron contactar con él por radio. A las diez de la mañana, llamó al cuartelillo del barrio. El informe inicial habla de que «la denunciante estaba alterada», lo que, en nuestro código, significa «montando un buen pollo». Los locales llamaron a hospitales y comisarías, no encontraron nada y le dijeron que seguramente Desmond necesitaba tomarse un tiempo a solas y que volvería esa misma noche. Al ver que no era así, y que la denunciante se alteró tanto que tuvo que ir un médico a su casa para sedarla, llamaron a Personas Desaparecidas.

—Concuerda con la historia de Lucy —dice Steve, que saca entonces un puñado de papeles polvorientos de la caja, me tiende la mitad y se desliza hasta su parte de la mesa.

—De momento. Recuerda: rápido.

Steve empieza a cribar. Me incorporo un poco sobre la mesa y echo un vistazo rápido por la sala, discretamente, parapetándome tras los papeles, pero no nos mira nadie; están todos trabajando a destajo, ocupados como buenos colegiales, bajo esa luz desvelada.

Evelyn juraba en su declaración que era un matrimonio maravilloso, un amor de juventud que estaba viviendo su «fueron felices y comieron perdices»; el papel empieza a llenarse de baba cuando ella cuenta que él seguía llevándole rosas rojas y diciéndole a diario que era el amor de su vida. A mí me suena a patraña, pero los vecinos no la contradijeron (nadie los oyó nunca discutir ni nada por el estilo). Los datos bancarios tampoco arrojaron ninguna luz: Desmond y Evelyn no eran ricos, pero tampoco estaban en la ruina. Los padres de ambos les habían dejado suficiente dinero para pagar gran parte de la hipoteca y la licencia del taxi de Desmond, que por aquel entonces podía valer hasta cien mil libras. No había más deudas; la cuenta corriente no tenía grandes ingresos sospechosos ni retiradas extrañas que apuntaran a que alguien había estado dándole a la coca o visitando las casas de apuestas. Desmond no tenía ni historial de enfermedades mentales ni antecedentes penales, solo un par de multas por velocidad y de aparcamiento, lo normal en un taxista. Sus amigos decían que era un hombre feliz, sociable, que trabajaba duro y disfrutaba con su oficio, sin enemigos ni carácter para buscárselos. Lo que cuentan del matrimonio, sin embargo, no concuerda con la versión de Evelyn: según ellos, la mujer lo tenía

preso, no le dejaba hacer nada y se pasaba días llorando si él hacía algo sin ella, se volvía loca si no le respondía al móvil en el acto. Pero tampoco habían oído a Des decir que quisiera dejarla ni nada parecido, aunque la mayoría creían que seguía con ella por la cría y que, cuando esta se independizara, él también se largaría. No me está pareciendo un caso salido de una caja llena de misterios. Me fijo en la firma de Gary, más clara y juvenil que aquella a la que me tiene acostumbrada, al final de una hoja.

—La declaración de Aislinn, mira —me dice Steve.

Está firmada con letra de niña, redonda y primorosa. El día que Desmond desapareció no hablaron mucho en el camino del colegio a casa; tenía unos deberes que no entendía y le preocupaba no poder hacerlos y que le bajaran la nota, de modo que estaba pensando sobre todo en eso. No notó nada raro en su padre, pero, por lo que cuenta, tampoco lo habría notado en caso contrario. Lo único que le llamó la atención fue su despedida, cuando paró delante de la verja de la casa y ella abrió la portezuela para bajarse. Él le dijo que la quería y que se portara bien, como siempre hacía; pero entonces la atrajo hacia sí, le dio un abrazo, algo que no formaba parte de la rutina, y le dijo que cuidara de su madre. Esperó a verla abrir la puerta y allí seguía, agitando la mano, cuando la cerró.

—Ahí tienes la respuesta —dice Steve—. El tío se dio el piro.

—Sí, eso parece. Pero entonces ¿qué es toda esta mierda? —pregunto señalándole la caja de cartón, que sigue casi un tercio llena.

Lo normal es que el expediente hubiera acabado ahí. Un adulto, sin razones para suicidarse, ni historial de enfermedad mental ni enemigos, con una despedida bastante obvia de su hija: el protocolo sería mandar un último comunicado de prensa a los medios y dar por sentado que se largó porque quería perderse y ya volvería a casa cuando le viniera en gana, o no.

Sin embargo, para Personas Desaparecidas la cosa no quedó ahí. Solicitaron el historial del móvil de Desmond (lo que llevó varias semanas: por entonces había pocos y los detectives no tenían contactos en las compañías telefónicas, de modo que había que hacerlo por los canales institucionales) y localizaron a todos los que habían mantenido contacto con él en los últimos meses. La mayoría de números resultaron ser o de sus colegas o de clientes habituales, que llamaban directamente a Desmond en lugar de a la operadora, y todos pudieron justificar su paradero a la hora de su desaparición.

La cuestión era por qué y quién les había pedido que lo hicieran. Personas Desaparecidas sufre un recorte crónico de personal, como todas las brigadas; lo normal es utilizar los recursos para la niña cuyos padres se disputan su custodia o el paseíto de turno de la abuela con alzhéimer, no para una crisis de la mediana edad.

—Pero esta manera de trabajar... ¿no te llama la atención?

—Fueron muy conciencizados, desde luego.

—Ya te digo. ¿Pedir coartadas a los clientes? Trabajaron este caso como si se tratara de un asesinato.

—Si sospechaban de la implicación de Des Murray en alguna actividad del crimen organizado, aunque fuera algo menor, sí que habrían investigado hasta el final, por si se había convertido en un lastre y alguien le había metido dos tiros en la nuca y lo había tirado en medio del monte.

—No he encontrado nada que apunte en esa dirección. ¿Y tú?

Mi compañero sacude la cabeza.

—Yo tampoco. Aunque tal vez no lo incluyeron en el expediente.

Cosa que puede ser cierta. Si Feeney no estaba por la labor de pasarle el caso a Crimen Organizado, se habría guardado para sí sus ideas sobre posibles vínculos con bandas criminales, como estamos haciendo nosotros.

—Sigue leyendo.

El taxi de Des Murray apareció en un callejón de Dún Laoghaire, lo que hizo que el suicidio subiera varias posiciones en la lista —es un pueblo con unos muelles muy prácticos que se adentran mucho en el mar—, salvo porque no se halló ninguna nota en el taxi; tampoco había señales de forcejeo ni de robo: había treinta y cuatro libras remetidas bajo la palanca de cambios, el total de las carreras de la tarde consignadas en el taxímetro. Desde luego, si Des había puesto tierra de por medio, les había dejado a su mujer y a su hija hasta el último penique.

Suena el teléfono de la línea de colaboración ciudadana; Stanton corre a contestar, se queda a la escucha y luego explica que no creemos que Aislinn Murray pudiera estar anoche pidiendo un vodka con Coca-Cola Light en una discoteca de Waterford, dada su condición de muerta, pero que gracias por llamar. Un par de refuerzos ahogan una risa desde sus mesas, pero ninguno levanta la cabeza.

—Guau —dice Steve, por lo bajo pero con un matiz de voz que me hace levantar la cabeza de golpe—. Aquí estamos.

Cojo impulso contra el escritorio y deslizo la silla hasta su lado.

—A ver.

Es un informe sobre uno de los contactos del teléfono de Desmond. El número pertenecía a un móvil registrado a nombre de una tal Vanessa O'Shaughnessy, a la que los detectives habían tardado en localizar. Resultó que había dejado el país: se había largado en barco a Inglaterra el 6 de febrero.

—Toma ya. Eso sí que tuvo que acaparar la atención de todos. —Desde luego la mía la tiene: los ferris para Inglaterra salen de Dún Laoghaire.

Steve va pasando páginas: informe sobre Vanessa O'Shaughnessy. Leemos por encima. Tenía veintiocho años, trabajaba como enfermera de un dentista, compartía casa en Dublín con otras dos mujeres. En la foto se ve a una pelirroja pecosa con una sonrisa maliciosa y vivaracha: nada que ver con la belleza de Evelyn, pero me juego lo que sea a que era una compañía mucho más divertida. Había empezado a llamar o mandar mensajes a Desmond todos los domingos por la tarde casi dos años antes de la desaparición. Según sus compañeras de piso, el taxista la había llevado una vez a ver a su madre, que tenía párkinson y estaba ingresada en una residencia en una zona

del oeste de Dublín donde no llegaban los autobuses; convinieron en que Desmond le prestaría servicio todas las semanas, y así lo confirmaban los mensajes, una vez que llegaron desde la compañía telefónica: «Hola, Des, aquí Vanessa, ¿sigue viniéndote bien recogerme a las 3?»... «Buenas, Vanessa, sí, allí estaré, nos vemos».

Al cabo de unos meses, las llamadas y los mensajes empezaron a hacerse más frecuentes, dos veces por semana, tres, casi todos los días. Las compañeras contaron que la madre había empeorado y Vanessa había ido a verla con más frecuencia. Seguía sin aparecer nada incriminatorio en los mensajes. «Hola, entonces ¿nos vemos mañana por la noche?» y «Sí, por favor, estaré lista a las siete». Alguna carita sonriente, nada más íntimo que eso.

—Todo trabajo —dice Steve.

—Tenía que serlo de todas formas. La mujer sabía que él tenía un móvil y yo diría que era de las que lo mirarían.

El 2 de enero, cinco semanas antes de su desaparición, la madre de Vanessa murió. Después del funeral les dijo a sus compañeras y a su jefe que dejaba el trabajo y se mudaba a Inglaterra para empezar de cero. El 6 de febrero se largó, el mismo día que Des.

Informe de la residencia en el que se cuenta que la madre de Vanessa murió inesperadamente, y que no había sufrido ningún deterioro previo ni la hija había ido a visitarla más de dos veces en semana. Los de Personas Desaparecidas debieron de pedirle un favor al amigo de alguien en Inglaterra, porque descubrieron que Desmond Murray había solicitado una licencia de taxi en Liverpool. Y pidieron entonces otro favor a otro amigo de alguien en Liverpool, que fue a la dirección de Murray y comprobó que estaba vivo y coleando, y amancebado con Vanessa O'Shaughnessy. Y ahí acaba el expediente.

—Oh, qué sorpresa —digo con retintín—: otro tío que se cansó de su mujer y la cambió por un modelo más nuevo. No hay bandas ni clanes que valgan. Y tampoco relación alguna con nuestro caso, por lo que veo.

—Pero ¿por qué no se lo dijeron a la familia? Aislinn no tenía ni idea de nada de eso. ¿Por qué los de Personas Desaparecidas no se lo dijeron a Evelyn Murray cuando se enteraron?

Si encuentras a una persona desaparecida y esta no quiere que digas nada (pasa muy a menudo), en teoría debes callarte la boca. Pero, normalmente, te aseguras de que captan la idea general, aunque solo sea para que no recaiga sobre tu conciencia que la madre de un chaperero se pille una sobredosis de Valium porque está convencida de que su hijo fue víctima de un asesino en serie. Este es justo el tipo de caso que habría requerido una indirecta cuidadosamente elaborada: «Como comprenderá, señora Murray, no nos es posible revelar detalles de la investigación, pero puedo decirle que no creo que tengamos que pedirle que identifique ningún cuerpo»... Por alguna razón, Feeney y sus muchachos decidieron no llegar a eso.

—A no ser que... A no ser que hubiera algo chungo y los detectives quisieran

proteger a la familia —aventura Steve.

—O tal vez sí que se lo dijeron a la mujer, pero ella no se encargó de informar a su hija.

—¿En quince años? ¿Ni cuando la niña se convirtió en mujer?, ¿con lo desesperada que estaba por saber qué le había pasado a su padre?

Me encojo de hombros.

—Hay gente para todo. Ya oíste a Lucy: la madre se avergonzaba de que su marido se hubiera ido. Quizá hasta el punto de no querer confesarle la razón a su hija.

Mi compañero se lame el dedo y pasa hacia atrás las hojas de su montón mientras va entresacando algunas y añadiéndolas a otro sobre su mesa.

—No creo. ¿Te acuerdas de la nota de tu colega, lo del consejo de amigo, no de pesado? A esto se refería: los detectives no se lo contaron a la familia, y si a ti te parece que deberían haberlo hecho, muy bien, pero no digas nada.

—Es que sí que creo que tendrían que habérselo dicho a la familia. Nos habrían ahorrado un huevo de tiempo y de jaleo.

Steve levanta la vista.

—Tendrían que habérselo dicho a la familia, y punto. Aunque hubiese un trasfondo chungo, deberían haberles insinuado que estaba vivo.

—Puede ser. —Empiezo a juntar en un montón ordenado las hojas de mi mitad de expediente—. Llamaré a Gary y le preguntaré qué es lo que pasó.

—¿Tú no crees que tendrían que haberlo hecho?

—No lo sé. ¿Me ves cara de papa? Yo no me dedico a las superdecisiones morales.

—Pero ¿qué habrías hecho tú si hubiese sido tu caso? ¿De verdad te lo habrías callado?

—Me habría trasladado a Homicidios. Donde no pasan ese tipo de mierdas.

—Yo se lo habría dicho. —Hago ademán de devolver mi montón a la caja, pero me lo quita de las manos, lo junta con el suyo y sigue hojeando—. Sin dudar. ¿El padre de Aislinn? ¿El marido de esa mujer? Tenían derecho a ser informadas. De haber sabido a lo que se enfrentaban, a lo mejor no les habría jodido la vida, o al menos no tanto.

Estoy sacando el móvil del bolsillo, pero sus palabras me hacen volver la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? ¿Porque, a no ser que supieran dónde estaba Superpapá, no tenían más opción que encerrarse en casa y quedarse allí metidas obsesionándose con él? Claro, era imposible que siguieran con sus vidas, ¿no? —Lo digo con más rabia de lo que me gustaría.

Steve deja de revolver los papeles.

—Venga, tampoco he dicho eso. Es solo que... si van a pasarse la mitad de su tiempo esperando a que papá aparezca por la puerta, y la otra mitad imaginándoselo tirado en medio del monte, entonces sí, se van a quedar hechas polvo de la cabeza.

Marco el número de Gary sin perder de vista la puerta, por si aparece Breslin.

—Entonces que no se hubieran pasado así la vida. No fueron los detectives los que las obligaron a eso. Que se hubieran buscado un *hobby*. Que se hubieran dedicado a hacer punto o algo.

—No creo que... —empieza a decir Steve, con cautela, pero levanto un dedo: está dando señal.

De nuevo el contestador. Me niego a empezar a preocuparme por la razón por la que mi antiguo compañero no quiere hablar conmigo.

—Eh, Gary, soy Antoinette. Nos ha llegado el material, muchas gracias. Ya le hemos echado un vistazo y puedes mandar a tu chico a recogerlo cuando quieras. — No pienso darle la caja a ningún refuerzo—. Y dame un toque cuando puedas, ¿vale? Tengo unas cuantas preguntas de seguimiento y prefiero hacértelas directamente a ti en vez de andar detrás de cualquier otro. Ya hablamos. —Cuelgo—. Si no quiere que acose a los detectives del caso, tendrá que responder. Y si había algo chungo, me lo contará para evitar que siga hurgando.

—Aquí está lo principal —dice Steve con la pila de hojas que ha entresacado del expediente—. Quiero fotocopiarlo, por si acaso. —Coge al azar un puñado de papeles de su mesa, pone el otro montón entre medias y se va con paso desenfadado, sin prisa, como si no hubiera nada que mereciese la atención de nadie.

Guardo la caja bajo la mesa, y ahí se va a quedar hasta que Gary me mande a su chico del traje barato. No hay razón para que Breslin no la vea (en realidad, por lo que parece, hay poco que ver), pero no me apetece. Me digo que, de todas formas, es solo una cuestión de sentido común: si no hay nada en el expediente, no necesito que Breslin me ponga verde por perder el tiempo. Vuelvo a extender los datos bancarios de Rory sobre la mesa y finjo estar fascinada por ellos, para que me vea el perrito faldero de Breslin, sea quien sea.

Tengo buena intuición (no es por presumir: todo detective la tiene, sobre todo si consigue llegar hasta Homicidios) y sé cómo utilizarla. Me ha salvado el pellejo cuando ni todo el trabajo serio de investigación del mundo habría podido evitar que chocara contra una pared de ladrillo. Pero esta vez no está ayudándome una mierda. No es que esté averiada, tengo todos los sensores a tope, con las alarmas disparadas y pitidos por doquier, pero no hace más que batir el terreno sin dar con nada concreto. Rory nos está ocultando algo, pero no sé si es el homicidio en sí o no; Breslin está jodiéndonos, pero no entiendo por qué. Y tengo la sensación de que no estoy viendo lo más evidente, pero cuanto más me concentro, más se emborronan las señales. Algo o alguien está encriptándolas.

Y eso no sería problema para un detective, especialmente para uno con mucha más experiencia que yo. Si hay otra cosa que se nos da bien a los investigadores, aparte de sacar partido de nuestra intuición, es joder la de los demás. Los sospechosos no cometen errores porque sean gilipollas, o al menos no todos: los cometen porque sabemos cómo engatusarlos para que lo hagan.

Alguien quiere que cometa un error. Y yo estoy a la deriva, varios cientos de

millas mar adentro, con todo el instrumental descontrolado.

Todo esto no me inquieta especialmente, no en sí. El peligro no es lo que intenta encriptar mis señales; en realidad, es lo que único que me mantiene con la mente lo suficientemente despejada para intentar encontrar una vía de salida en este mar proceloso. Observo a Steve, que está volviendo por entre las mesas con una flamante carpeta azul sobresaliendo entre el montón de folios que lleva en la mano, y deseo con todas mis fuerzas que él también funcione así.

Breslin llega al poco tiempo abriendo la puerta de par en par y anunciando al mundo entero:

—¡Madre mía con los colegas del sospechoso! Un puñado de profesores de historia. ¿A alguno le interesa la curva del índice de asesinatos desde la fundación del Estado Libre?

Es como cuando eres adolescente y ves al chico que te gusta: ese espasmo de electricidad que te atraviesa el esternón y más allá.

—Buenas —lo saludo.

Los refuerzos le regalan a Breslin la risa que buscaba, pero él no se da por aludido: tiene la vista clavada en nosotros dos.

—¿Alguna novedad?

—Ha llamado Cooper.

—¿Y?

—Dos posibilidades: o un musculitos grandullón le pegó un puñetazo de la hostia, ella se cayó de espaldas y se abrió la cabeza con la chimenea, o alguien, no necesariamente musculoso, le dio un empujón, Aislinn se cayó contra la chimenea, pero sin daños graves, y él luego se abalanzó sobre ella y la golpeó cuando estaba en el suelo.

Esto lo detiene en seco y le borra toda expresión de la cara por unos segundos. Tras ese vacío, su mente va a ciento veinte. Al igual que nosotros, está costándole imaginarse a Rory en una actitud tan violenta y no le gusta.

Pero se apresura a disimularlo.

—Musculitos —dice con un resoplido irónico—. No es por ofender a Cooper, pero qué clásico de un ratón de laboratorio. Si hubiera pasado una temporada en las trincheras, sabría que hasta un blandengue como Rory puede sacarse un buen puñetazo de la manga si se le cabrea lo suficiente.

Cosa que yo también he pensado, pero, dicho por él, suena como si no debiera tragármelo.

—Podría ser —admito.

Breslin sorteja las mesas para acercarse a la nuestra y, de camino, le da una

palmadita en la espalda a Stanton.

—Habrá que preguntarle a Rory, ¿no? La próxima vez que lo interroguemos, nos vamos a reír un rato.

—No sabrá ni por dónde le llegan las tortas —dice Steve siguiendo la corriente; la carpeta azul ha desaparecido de la mesa.

—Igual que le pasó a Aislinn —no puede evitar decir Breslin, aunque se nota que no lo dice de corazón—. He oído que han llegado paquetitos. ¿Algo bonito que compartir con el grupo?

Steve y yo nos miramos desconcertados.

—Lo del historial del teléfono de la víctima, ¿te refieres a eso?

—No, a no ser que llamara como una condenada. McCann me ha dicho que os ha llegado una caja grande, tan especial que el mensajero no quería soltarla. —Le da con la punta de su zapato reluciente a la esquina de la caja que sobresale por debajo de la mesa—. ¿Es esto de aquí?

Tiene los ojos entornados y clavados en mí, en un gesto de desparpajo demasiado forzado. No tiene sentido intentar esconderlo, a no ser que esté dispuesta a hacerle un placaje de *rugby* para que no coja la caja, y, además, de pronto me he hartado de ir de puntillas alrededor del malote de Breslin, de tener que esconder mi propia investigación tras la espalda, como la niña que oculta el cigarro cuando pasa el maestro.

—¿Eso? El padre de Aislinn desapareció cuando ella era pequeña —digo mirándolo a los ojos—. Moran creyó que podía haber algún vínculo, quizá con bandas o incluso un reencuentro que se torció.

Breslin desenchaja los ojos.

—¿Con bandas? Moran, Conway, de verdad... ¿Qué creéis, que una banda secuestró al padre de Aislinn y volvió veinte años después a por ella? Me encanta, contadme más.

Le está costando reprimir la risa.

Steve agacha la cabeza y se pone colorado.

—Bueno, no, no es que creyéramos de verdad que... A ver, era solo una cosa que se me ocurrió. —Ha vuelto al modo novato descerebrado, aunque el sonrojo es real.

En realidad, en parte estoy con Breslin en esto, pero tengo otras cosas en la cabeza. Su cara, cuando le dije lo que había en la caja: por una décima de segundo, he visto que se le aflojaba la boca del alivio. No sé de qué está intentando apartarnos, pero no es del padre de Aislinn.

—Bueno, pero no me dejéis con este suspense —insiste aún con su sonrisa socarrona—. ¿Quién es el culpable? ¿Capos de la droga? ¿Contrabandistas de armas? ¿La mafia?

—Fue el padre. Resulta que se largó a Inglaterra para tirarse a una más joven. Y tampoco hubo reencuentro que pudiera torcerse: no hay ningún contacto sin justificar en los datos electrónicos de Aislinn.

Creo ver de nuevo esa mínima explosión de alivio en su cara pero, antes de poder confirmarlo, ha dejado caer la mandíbula en un falsa mueca de asombro.

—¡Noo! —Arquea la espalda y se lleva una mano al pecho—. ¡Júramelo! ¿Quién lo habría dicho?

Está sobreactuando. Breslin es demasiado perro viejo para venirse con esas: quiere ridiculizarnos a toda costa para alejarnos de la idea de las bandas.

—Lo sé, lo sé —dice Steve haciendo un extraño gesto atribulado, a medio camino entre asentir y encoger los hombros—. De verdad. Es que no quería que se me pasara nada, ¿sabes?

—Ya, sacudiendo árboles a ver si... —dice secamente Breslin, que ha borrado la sonrisa—. ¿No era esa la expresión? No tengo claro que sea así como los contribuyentes quieren que gastemos su dinero, pero bueno, yo no soy quien dirige este circo. Tú sigue sacudiendo y ya me cuentas si cae algo.

—Claro. Yo solo quería... —balucea Steve, que se alborota el pelo y pone cara de perro apaleado.

Breslin se quita el abrigo y lo echa sobre el respaldo de la silla. Escogió una buena mesa cerquita de la nuestra, lo que me hace sentirme muy especial.

—Hay una delgada línea entre el deseo y la desesperación. Y hay que saber cuándo dejarlo estar, como dice la canción.

—Ya lo hemos dejado —digo—. ¿Quiere McCann ver el expediente antes de que lo mandemos de vuelta a Personas Desaparecidas?

Le arranco una mirada de perplejidad.

—Mi compañero solo quería ayudarte, Conway. Se llama ser amable. Tal vez quieras aprender a aceptarlo sin necesidad de patear.

Steve se remueve en la silla, intentando lanzarme ondas de pensamientos pacíficos.

—Le mandaré una tarjeta de agradecimiento —le digo—. ¿Qué tal se portó ayer Gaffney?

—Bien. No es el más espabilado de su panda, pero lo conseguirá.

—¿Y entonces por qué no te lo has llevado hoy?

Está cepillando el abrigo con la mano y dándole unas cuantas pasadas para asegurarse de que no se le arrugue, y de que nos fijamos bien en la etiqueta de Armani, pero mi pregunta le hace levantar la cabeza y mirarme.

—¿Para qué?

—Se suponía que tenía que ser tu sombra. Dice que, por lo visto, no lo necesitabas con las entrevistas a los conocidos.

—Es que es verdad. Sé escribir y escuchar a la vez. Soy multitarea, Conway: eso ya no es solo cosa de mujeres.

—Me alegra saberlo. Pero el tema es que Gaffney sí te necesitaba a ti. Por eso le dije que fuera tu sombra: no quiero a ningún novato cagándola porque nadie le ha enseñado cómo funcionan las cosas. ¿Por qué no has querido llevártelo?

Espero que me venga con el falso colegueo de mandíbula apretada de esta mañana; y en parte estoy dándole la vara por eso: quiero que Steve juzgue por sí mismo. Pero entonces se me acerca y me dice en tono conspiratorio y con una sonrisa de medio lado:

—Conway, vamos, no me agobies. A veces un hombre tiene citas a las que debe ir solito. No sé si me entiendes. —Y sí, realmente me guiña un ojo.

O sea, que se paró de camino a meter la polla donde no debía. Lo que explicaría no solo haber dejado tirado a Gaffney sino también lo de la persona que no tendría que haberle llamado al móvil esta mañana.

No me lo trago. En una brigada donde las charlas del café matutino versan sobre estrategias para poner los cuernos, Breslin y McCann son conocidos como *Los Monjes*. Cuenta un pajarito que ninguno le ha puesto nunca ojitos a ninguna patrullera guapa ni ha intentado tontear con la tía buena de la Científica con la que todo el mundo intenta tontear. Breslin se cree que Steve y yo estamos tan fuera de onda que ni lo sabemos. Ha olvidado que no siempre fuimos desechos permanentes de Homicidios y que los chavales que están deseando entrar en la brigada absorben hasta la última gota de cotilleo sobre las altas figuras celestiales en las que tal vez un día logren convertirse.

—No digas más —se apresura a decir Steve levantando las manos; ha puesto una sonrisa entre avergonzada e impresionada, pero estoy convencida de que está pensando lo mismo que yo—. Un caballero nunca habla de esas cosas.

—Desde luego que no, Moran. Muchas gracias.

—Bueno, siendo así... —digo calcando la sonrisa de Steve—. Supongo que Gaffney no puede liarla mucho mientras esté aquí en la sala, jugando con papelitos. ¿Qué tal te ha ido con los conocidos de Rory?

—Grandes conversadores. —Breslin se gira sobre la silla, enciende el ordenador y se estira mientras se inicia la sesión—. Son una panda de estirados que no veas, de esos que te corrigen al hablar y creen que tres copas es una noche loca, pero yo diría que nos tienen demasiado miedo para colarnos mentiras muy gordas. Todos dicen lo mismo de Rory: el chaval es un encanto y no mataría una mosca... Uno me contó que ni siquiera ve boxeo porque le parece muy angustioso. Hay que ser nenaza.

Tiene sentido: a Rory no le gusta que la realidad le salte a la cara.

—Hasta las nenazas pierden la cabeza —digo.

Breslin me dedica un chasquido de dedos y me concede un punto.

—Exacto, Conway. Justo eso iba a decir ahora. Y todos sus conocidos coinciden en que el amigo Rory estaba que no cagaba con Aislinn: no había parado de hablar de ella desde que se conocieron. Ellos lo cuentan como si fuera algo bueno: ¡ay, no, estaba tan entregado que jamás le haría nada a su amorcito! Creo que no se les ha ocurrido pensar que la línea entre entregado y obsesionado es muy fina. —Levanta la vista después de sacarse la libreta del bolsillo—. Un detalle que uno de los dos admita que el novio obsesionado que se encontraba en el lugar de los hechos puede

incluso ser sospechoso. Detective Conway, ¿percibo quizá que estás un poquito harta de sacudir árboles?

—No es eso. Me parece un buen ejercicio, pero, como has dicho, a no ser que nos caiga algo grande del cielo, por ahora solo tenemos a Rory. Cuando consigamos pruebas más fundamentadas, estaremos preparados. ¿Le enseñaste las voces grabadas al de la comisaría de Stoneybatter que atendió el aviso?

—Ah, sí, eso. Te lo voy a decir en confianza, Conway... —Mira hacia los refuerzos y baja la voz—. Tienes que aprender a aprovechar bien tus recursos. Sé que suena a rollo aburrido de gestión administrativa, pero ahora te encargas de casos y, te guste o no, eres la jefa. Y para darle al PLAY media docena de veces no hace falta un detective de Homicidios con veinte años de experiencia.

El ego de uno que yo me sé no cabría por la puerta de la comisaría de Stoneybatter. Steve vuelve a removerse en el sitio.

—Entendido —digo avergonzada—. ¿Mandamos entonces a Gaffney, para que sepa que no le has cogido tirria?

—Ahora sí que estás pensando como una auténtica jefa. Eso vamos a hacer. Pero se lo dices tú, para que tenga claro quién manda aquí, ¿te parece? —Breslin me regala su sonrisa de maestro sabio, que es amable, crespita y debería infundirme una calidez tremenda si yo fuera más tonta que un bocado en la polla.

—Gracias —le digo derrochando gratitud—. Gran idea. —Me giro en la silla y, evitando mirar a Steve, no vaya a ser que nos dé la risa floja, digo—: Gaffney, ven para acá. Una misión.

Tiene tanta prisa por llegar a nuestra mesa que a punto está de caerse de la silla.

—Ten. Son muestras de voces: de Rory Fallon, de sus hermanos y de todos sus amigos varones —le explica Breslin, que le tiende la grabadora y arquea entonces una ceja mientras me mira y ladea la barbilla hacia Gaffney, asegurándose de que quede bien claro que me está dando el pie.

—Llévatelas a la comisaría de Stoneybatter a ver si el agente que estaba de guardia sospecha de alguna. Si lo ves dudoso, organiza una rueda de reconocimiento de voces. ¿Te ves capaz?

Gaffney tiene la grabadora pegada al pecho como si fuera un objeto precioso.

—Sí, sí, claro. Sin problema. Eso hago, voy para allá. —Está tan ocupado volviendo la cabeza entre Breslin y yo, intentando averiguar quién manda, que apenas puede construir frases.

—Gracias —dice Breslin borrando la sonrisa—. Y hazme un favor: cómprame un bocadillo cuando vuelvas. De jamón york, queso y lechuga, con pan integral y sin cebolla. No he podido comer a mediodía y me muero de hambre. —Nos lanza otro guiño a Steve y a mí y luego busca dinero para darle a Gaffney—. Lo siento, no tengo suelto.

Es un billete de cincuenta. Estoy lo suficientemente cerca para ver de dónde lo ha sacado: de un buen fajo que tiene en el bolsillo de la camisa, metido en un sobre

blanco arrugado.

No me he equivocado con la patada en el culo que le he dado a Gary vía buzón de voz: al cabo de cinco minutos la pantalla de mi teléfono se ilumina con su nombre. Ni de coña pienso coger la llamada con Breslin a metro y medio ni montar el numerito de salirme fuera a hablar.

—Joder, mamá, que estoy trabajando —mascullo como para mí, rechazo la llamada y vuelvo a guardarme el teléfono entre refunfuños.

Miro al otro lado, haciéndome la avergonzada, para ver si Breslin me ha oído; tiene los ojos en la declaración que está pasando a ordenador, pero hay un amago de sonrisilla en su cara.

Espero un cuarto de hora (me gustaría llamarlo más tarde, pero son las cinco y tenemos reunión del caso a y media) para salir de la sala de operaciones, dejando atrás el abrigo y el bolso. Con un poco de suerte, Breslin asumirá que estoy devolviéndole la llamada a mi madre. No miro a Steve, y espero no tener que hacerlo.

Fuera ya ha oscurecido; los reflectores blanquecinos, el frío brumoso y algún que otro funcionario que corre a casa con el cuello subido hasta arriba le dan a la enorme explanada un aspecto ominoso e inquietante, como si hubiera ido a parar por error a un lúgubre paisaje futurista del que no pudiera encontrar la salida. Me aparto de la luz, me ciño la chaqueta del traje y miro el reloj del móvil.

A los cuatro minutos se abre la puerta y aparece Steve intentando que no se le vuele un gran puñado de folios mientras cierra tras de sí para no pegar un portazo.

—Ya era hora —digo cogiendo una hoja que se le ha escapado.

—Vamos a otra parte. En teoría tengo que estar fotocopiando esta mierda. Como Breslin vaya a buscarme...

—¿No se te ha ocurrido nada mejor? Venga, rápido.

Nos escabullimos por la esquina del edificio, riendo por nuestra osadía como colegiales que faltan a clase, lo que supongo que es mejor que pensar demasiado en que, en teoría, la sala de operaciones C es toda mía pero aquí estoy congelándome el chichi.

Desde las ventanas se ven los jardines, y en la explanada de entrada podemos encontrarnos a Gaffney de vuelta de Stoneybatter. Nos encaminamos hacia la plaza que hay a las puertas de los edificios principales del castillo, donde solo van turistas —aunque tampoco es que con este tiempo haya muchos—, y encontramos un rincón a resguardo del viento. A nuestro alrededor los edificios parecen medir treinta metros; los reflectores anulan todo color y textura, hasta el punto de que podrían estar hechos de cualquier cosa, metal batido, plástico resbaladizo o aire puro.

Steve deja los papeles en el suelo y pone un pie encima para que no se le vuelen. Está en mangas de camisa, se va a congelar. Pongo el móvil entre los dos, marco y activo el altavoz.

—Buenas. ¿Te llegaron las cosas? —me pregunta Gary.

Tiene diez años más que yo y es perfecto para su trabajo. Un gran porcentaje del trabajo de Personas Desaparecidas consiste en conseguir que la gente que no quiere acercarse a un poli ni en pintura acabe hablándote: prostitutas de la calle, que pueden avisarte de una chica nueva cuya descripción coincide con la adolescente de las noticias; vagabundos toxicómanos, que pasan a verte y te cuentan que anoche un tipo intentó dormir en su zona y se parecía mucho al del cartel y ¿hay recompensa? Todo el mundo habla con Gary y él habla con todo el mundo, y en parte por eso le remití a Aislinn. Otra buena parte del trabajo consiste en lidiar con los amigos y familiares, y mi antiguo compañero, con solo entrar en una habitación, calma los ánimos de todos los presentes; una vez fui testigo de cómo localizaba en diez minutos contados a una adolescente en la edad del pavo que había huido de su casa: solo tuvo que conseguir calmar a la histérica de la mejor amiga, igualmente pava, para que esta recordara el nombre del novio de internet. Es un tipo grandullón, con pinta de poder construir un refugio si te hace falta, y tiene esa voz tranquila, profunda, con un toque campestre que te da ganas de cerrar los ojos y dormirte escuchándola. Solo con oírla ahora mi tensión se disipa varios grados.

—Buenas. —Gary está en la sala de la brigada de Personas Desaparecidas: oigo el entramado de charlas, alguien que da voces, otro que ríe, un móvil que suena—. Sí, me ha llegado. Eres una joya. Solo quería hacerte un par de preguntas rápidas, ¿vale? Y ¿me haces un favor: puedes irte a algún sitio apartado?

—Sí, claro. Espera un mo... —Crujido de silla, un comentario jocoso de algún compañero—. Ya, ya, ya. —Gary—. Será capullo, el muy listillo quiere saber si tengo mal la próstata —me cuenta—. Estos jóvenes de hoy en día no tienen respeto por nada.

—Venga, Gar, no te pongas así, yo te respeto.

—Por lo menos tú no te ríes de mi próstata. Nunca te rías de la próstata de un hombre. Está feo.

—Un golpe bajo, ¿no?

—Madre del amor hermoso. ¿A eso lo llaman chiste en tu brigada? —Una puerta que se cierra y las voces se desvanecen: ha llegado al pasillo—. Vale. ¿Qué querías saber?

Steve tiene la cabeza levantada para controlar las entradas a la plaza, pero está escuchando.

—Lo primero es que se ve que lo disteis todo en el caso de Desmond Murray. Todo apuntaba a que se había largado por su cuenta y finalmente la cosa se confirmó, que se había largado, pero investigasteis el caso como si fuera un asesinato. ¿Por qué?

Gary resopla.

—Esa es fácil. Básicamente por la mujer. ¿Has visto la foto?

—Sí, era guapa.

—La foto no le hace justicia. Era despampanante. Pero no una de esas a las que querrías ponerles lencería guarra y tirártelas como si no hubiera un mañana, no, era de esas a las que te dan ganas de cuidar. De abrirle la puerta, sujetarle el paraguas... —La voz de Gary se debilita, se oye agua correr, un tintineo de tazas; está lavando algo en el fregadero de la cocina y tiene el teléfono apoyado contra la mandíbula—. Y ella lo sabía y le sacaba partido. Nos miraba como si fuéramos superhéroes y no paraba de decirnos que estaba convencida de que encontraríamos a su marido, y la suerte que tenía de tenernos a nosotros, que no sabía lo que habría hecho si todo su mundo hubiera estado en manos de gente en la que no hubiese podido confiar como en nosotros... y así todo el rato. Y lloraba siempre en el momento justo, asegurándose de estar guapa mientras lo hacía. Su marido acababa de desaparecer, pero ella seguía molestándose en peinarse, maquillarse y ponerse vestidos bonitos. Sabía lo que se hacía, vamos.

Ya sabemos a quién salió Aislinn.

—¿Y crees que era todo pura pose? ¿Que en realidad el maridito le importaba poco y solo quería atención?

Gary chasquea la lengua.

—No, no es eso. Justo lo contrario. Yo creo que estaba realmente desesperada por recuperar a su marido... No era muy sociable, no tenía amigas ni trabajo, no tenía nada aparte del marido y la niña; sin él su vida se iba a la mierda. Y sabía que la mejor forma de conseguir que unos tíos se desvivieran por ella era poniéndose guapa y haciendo que nos dieran ganas de cuidarla.

—Qué mona —digo. Oigo el runrún de la cafetera: en lugar de quejarse sin parar sobre la porquería de café instantáneo como hacemos en Homicidios, en Personas Desaparecidas todos aportaron unos euros y compraron un cacharro decente—. Y le funcionó.

—Sí. A mí ese tipo de mujeres no me causan mucha impresión, pero hubo un par de tíos que, de haber sido por ellos, habrían puesto al ejército entero a peinar el país en busca del marido. Rastrear unos cuantos móviles, interrogar a un par de testigos más... Era poca cosa.

Recuerda mucho sobre esa mujer para no haberse sentido atraído por ella. No se lo comento: Gary saca mi lado más amable.

—Entonces ¿no fue porque sospecharais de que Murray podía estar vinculado con el crimen organizado?

Mi antiguo compañero ríe.

—Qué va, no. Nada de eso. Murray era casto como la nieve. Al menos en lo referente a la ley.

Miro de reojo a Steve, que tiene el gesto torcido: sigue sin estar convencido. Se ha metido las manos bajo las axilas para calentárselas.

Pongo cara de hastío a mi vez y le digo al teléfono:

—¿Seguro que te habrías enterado?

—Ah, muchas gracias, Antoinette.

—Venga, Gar, que no es por ser cabrona. Pero ¿qué tenías, veintiséis, veintisiete años? ¿Y qué llevabas, tres semanas sin uniforme? Los detectives encargados del caso no tenían por qué contarte todo lo que les pasaba por la cabeza.

El vago repiqueteo de Gary removiendo el café.

—¿Era así cuando estabas aquí? ¿Crees que yo me callaba cosas para enseñarle a la novata cuál era su sitio?

—No, tú me lo habrías contado.

Personas Desaparecidas no es Homicidios. Allí no investigas tu caso con el fin último de derrotar al malo, trabajas con el objetivo primordial de conseguir un desenlace feliz. Y aunque en algún momento pueda parecer que hay algún malo al que derrotar, en la mayoría de casos eso ya no es problema tuyo: si por ejemplo aparece un cuerpo con mala pinta, se lo pasas directamente a Homicidios. Puedes pasarte la carrera entera sin tener que poner unas esposas. Estas circunstancias atraen a gente muy distinta que a Homicidios o Delitos Sexuales, brigadas donde tu mente se concentra en el tiro de gracia y los finales felices no están en la carta, y eso crea igualmente un ambiente muy diferente. Personas Desaparecidas nunca fue conmigo, pero, por un segundo, me abruma lo mucho que me gustaría volver. Ya huelo el café bueno mientras Gar fusila *Bring him home* tras un final feliz y todos le gritan que se calle y se vaya a *Factor X*; ya estoy pensando en nuevos sitios donde esconder el hámster de goma. Como una niña pequeña, corriendo a su mamá en cuanto las cosas se ponen feas. Me doy asco.

—Pues sí, eso habría hecho —contesta—. Y por entonces era igual: si los encargados hubieran estado barajando alguna vinculación con bandas, me lo habrían dicho. ¿De dónde te has sacado lo de las bandas?

Tengo la cabeza ladeada, para que mi compañero no vea el arrebato pusilánime en mi cara.

—La hija de Murray, la que te mandé cuando vino preguntando por él. Resulta que la han asesinado.

—Vaya —dice Gary, sorprendido pero no asombrado—. Descanse en paz. Parecía una buena chiquilla en aquel entonces, y también cuando vino a verme. ¿Crees que estaba involucrada con alguna banda?

—No lo creo. Parece que al novio le entró una pataleta, pero hay algunos cabos sueltos que queremos atar, por si acaso. Nos preguntábamos si no habría ido en busca de su papá y acabó metiéndose donde no debía.

—No veo ninguna razón. Nada apuntaba a que hubiera algo sospechoso.

Estaba deseando que Gary me dijera que había algo sospechoso, por pequeño que fuera. Me cala ahora por dentro, como el frío, lo mucho que lo deseaba. De todas formas, puede que supiera desde el principio que no sería así.

—Los detectives. ¿Por qué se callaron? —me susurra Steve.

—Y lo segundo: ¿hubo alguna razón para que no les contarais en su momento

dónde había ido papá?

Gary suelta un bufido exasperado con la boca llena de café.

—Antoinette, mira, lo del consejo de pesado te lo decía en serio. No fue tu caso, así que no es problema tuyo cómo se gestionó. Si te pones a rajar sobre cómo lo habrías hecho tú, lo único que vas a conseguir es cabrear al personal. ¿Crees que puedes permitirte eso?

O sea, que se han enterado: en *Personas Desaparecidas* están al tanto de que soy tóxica. Aunque pidiera que me trasladaran allí de nuevo, seguramente su jefe no me querría. Sabe que soy buena, pero nadie quiere a una detective que da problemas. Poco importa si los problemas se los busca ella o se los dan los demás.

—Vale, pues no me obligues a ir rajando por ahí. Déjate de secretitos y de mierdas y dime qué es lo que pasaba y así no tendré que ir a hablar con los demás detectives.

—No hay secretitos ni mierdas. Cuando localizaron a Murray, yo ya no estaba en el caso (me asignaron solo para el tirón inicial), pero no conozco todos los detalles. Solo me enteré de que lo encontraron en Inglaterra, en su nidito de amor con la querida. Un compañero lo llamó: estaba más feliz que un cerdo en una charca, no tenía intención de volver a su casa y no quería que le dijeran nada ni a la mujer y ni a la hija. Así que eso hicieron.

Gary se toma mi silencio como si le reprochara algo, pero no es así: yo tampoco me habría metido en ese lío. Es solo una parte muy palurda de mí, que sigue empeñada en que toda esta historia tenga más miga.

—No somos consejeros familiares, y tú lo sabes. Nosotros no tenemos que resolver el triángulo amoroso de nadie, solo debíamos encontrar al tipo, y eso es lo que hicimos. El caso se dio por cerrado y se pasó a otra cosa.

Steve hace una mueca irónica hacia las ventanas oscuras y lisas que le devuelven la mirada: sigue con la mosca detrás de la oreja.

—¿Sin decirle a la mujer que Desmond estaba vivo? Has dicho que tenía a todos los detectives comiendo de su mano, saltando aros para llevarle respuestas, y cuando por fin lo encuentran, ¿ni siquiera le insinúan nada?

—Yo solo te digo lo que oí. Y también te digo que no vayas por ahí dándole la murga a nadie con esto. Además, ¿qué tiene que ver con tu caso?

—Probablemente nada. Como he dicho, solo estoy atando cabos sueltos. Sacudiendo árboles a ver qué cae. —Enarco una ceja mirando a Steve, que entorna los ojos: «Muy graciosa»—. Una última cosa. Sé que hace ya un par de años, pero ¿podrías decirme qué le contaste a Aislinn cuando fue a verte?

Gary le da un sorbo al café mientras hace memoria.

—Tenía bastante claro que sabíamos más de lo que le habíamos contado. Me dijo que su madre había muerto y que haría lo que fuera por encontrar a su padre. Según decía, su desaparición había puesto patas arriba su vida. Quería localizarlo, mirarlo a los ojos y que le dijera por qué lo había hecho. No estaba segura de qué pasaría

después de eso... y también pensaba que, si él la veía y recordaba lo unidos que habían estado, tal vez podrían recuperar el tiempo perdido... Pero aunque no fuera así, según ella, una vez que supiera la historia, podría pasar página. Y tener vida propia.

Sus muertos a caballo y toda su sangre junta. Me solidarizo con Des Murray; seguramente se largó porque la alternativa era abrirle la cabeza con un atizador a esas dos bobas.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no podía revelar nada de la investigación. Pero..., bueno, tú la viste. Estaba hecha polvo, intentaba no llorar, pero le faltó poco. Prácticamente me suplicaba y, por un segundo, creí que iba a arrodillarse en el suelo de la sala de interrogatorios. Al final hice una llamada, le pedí a un colega que cruzara el nombre de Desmond Murray con los datos de Reino Unido, para que viera simplemente si estaba vivo o muerto. No tenía sentido que fuera a buscarlo por todo el mundo si estaba criando malas.

No cabe duda, Aislinn era hija de su madre: puede que pareciera desesperada, pero sabía cómo conseguir que la gente hiciera lo que ella quería. Hasta yo acabé dándole el nombre de Gary y su horario. Cada vez me cae peor.

—Y pensé —continúa recordando—: si sigue vivo, tal vez pueda insinuarle que haría bien en contratar un detective directamente en Inglaterra. Total, ¿qué daño podía hacerle?

Personas Desaparecidas: putos yonquis de los finales felices.

—¿Y?

—Y estaba muerto. Hacía unos años. Nada sospechoso, murió sin más... Un infarto, creo.

Y papaito desaparece de la película. A punto estoy de reírme en voz alta del alivio que me entra. En vez de eso, le pego un codazo a Steve y articulo un: «¿Lo ves?». A lo que él se encoge de hombros: «Había que intentarlo». Pongo cara de hastío.

—Dejó mujer... bueno, lo que fuera: no se casó con la que se largó porque no se divorció de la madre de Aislinn, pero seguían juntos... y tres hijos.

—¿Qué le contaste a Aislinn?

Resopla con fuerza.

—Bueno, no fue fácil. Me imaginé que podría ser demasiado para la mujer y los hermanastros que la vida pasada de papá se les presentara de pronto en la puerta... Y puesto que ya no estaba el padre para hablar con Aislinn, no creí que contarle toda la historia le sirviera de mucho. Pero tampoco podía poner a la pobre de patitas en la calle. «Venga, márchate, y sigue buscando a tu padre, buena suerte». Tenía derecho a saber que su padre había muerto.

Steve vuelve las palmas de las manos con muchos aspavientos: «Exacto». Le hago gestos de que se vaya a mamarla.

—O sea, que se lo dijiste.

—Sí, eso solo: que en el ordenador aparecía como fallecido. Y que no tenía más información.

—¿Cómo se lo tomó?

—No muy bien. —Percibo en su voz cómo arruga el gesto—. Siendo sincero, se le fue la puta olla..., aunque supongo que era de esperar. Se puso a hiperventilar y por un momento pensé que iba a tener que llamar a una ambulancia, pero le hice respirar hondo varias veces y consiguió sobreponerse.

—Tú eres el mejor en eso —le digo.

—Sí, bueno, más o menos. Pero seguía ida, temblando, gimoteando y toda la pesca. Quiso saber por qué nadie se lo había dicho..., si le habían mentido a su madre o había sido porque eran unos inútiles, cómo se les había podido pasar algo que yo había averiguado en cuestión de diez minutos... Le conté que los encargados eran buenos detectives pero que, a veces, la investigaciones chocan contra un muro, por bueno que se sea en el oficio, y que la información de otras fuentes puede tardar un tiempo en informatizarse...

Es instintivo, es como parpadear si se te mete arena en el ojo: un civil que acusa a otro poli de cagarla y lo niegas directamente. Que tenga razón o no es lo de menos. Abres la boca y te sale tu bonita historia encubridora, suave como la seda. Nunca me ha importado hasta hoy —tampoco es que una disculpa de mil perdones le hubiera servido de nada a Aislinn, ni a nadie, salvo para hacerle perder el tiempo a todo el mundo—, pero hoy todo se me antoja sospechoso, dispuesto a estallarme en la cara al menor contacto; nada parece estar de mi parte.

—¿Y te creyó?

Gary hace un ruidillo evasivo.

—No sabría decirte. Yo seguí hablando para ver si así la tranquilizaba un poco. Le insistí en el rollo de la fase de aceptación y de pasar página, en que tenía todo el derecho del mundo a una vida maravillosa, y me deshice en elogios sobre su padre, que se veía que había sido un hombre estupendo que la había querido mucho, y que, independientemente de lo que hubiera pasado, seguro que le había roto el corazón tener que dejarla... Y ese tipo de cosas. No parecía muy convencida... Si te soy sincero, ni sé si oyó la mitad de lo que le dije, aunque al final conseguí calmarla. —Con esa voz suya obrando su magia, podría haberle leído la lista de los turnos con el mismo efecto calmante—. Cuando la vi preparada para coger el coche, la mandé a su casa. Y eso fue todo. ¿Lo ves? No había nada que pudiera haberla llevado a pensar en bandas.

—No, no parece —digo mirando a Steve, que vuelve a encogerse de hombros. Tiene los ojos puestos en un tipo que pasa corriendo por la verja principal, demasiado lejos como para que lo reconozcamos con esta luz, pero está forcejeando con el viento y la bufanda y ni siquiera mira hacia aquí—. Gracias, te debo una.

—Entonces ¿vas a dejar en paz a los demás detectives? Si no lo haces por ti, hazlo por mí, ya que me debes una. No tengo ganas de que se me tiren al cuello por

haberte pasado el expediente del caso.

O sea, que no tiene ganas de que le pase mis microbios. En parte lo entiendo perfectamente: nadie quiere pillar la peste. El resto de mí quiere plantarse allí, pegarle al muy cabrón y decirle que le eche huevos a la vida.

—Entendido —digo—. ¿Puedes mandarme otra vez al chaval para que recoja la caja?

—Sin problema. Ahora te lo mando.

—De puta madre. Gracias otra vez. Te llamo la semana que viene para esas pintas, ¿vale?

—La semana que viene la tengo de aúpa. Yo te llamo cuando la cosa se calme, ¿te parece? Suerte con el caso y siento no haber podido ser de más ayuda.

Y Gary desaparece, de vuelta a la sala de la brigada con su taza de café auténtico, para encajar bromitas sobre su próstata, cantar musicales y buscar finales felices.

No me va a llamar, y la constatación me cala más hondo y me resulta más dolorosa de lo que esperaba. Finjo que devolver el móvil al bolsillo requiere toda mi concentración. Steve se agacha para coger su coartada de papeles. No sé si lo hace para dejarme mi espacio, en cuyo caso voy a tener que matarlo.

—Bueno, la teoría de la banda queda descartada por lo que respecta a Des Murray —digo bruscamente—. Si los detectives hubieran tenido alguna sospecha que no quisieron añadir al expediente, Gary lo habría sabido. Murray se largó con la querida. Fin de la historia.

—Está claro —dice Steve incorporándose—. Pero Aislinn no lo sabía.

—¿Y? Gary tiene razón: no hay motivos para que ella pensara en bandas, nada, cero.

—En el caso de que pensara con la cabeza. Pero si estaba pensando... no, Antoinette, hazme caso. —Se acerca, habla rápido—. Aislinn era una fantasiosa. ¿Te acuerdas de lo que contó Lucy de su infancia juntas? Cuando las cosas se ponían feas, Ash se inventaba historias disparatadas para mejorarlas. Tenía que hacerlo, ¿no? Porque en la vida real aguantaba que los demás la mangonearan con sus decisiones. El único sitio donde tenía algo de poder, el único donde podía tomar decisiones, era en su imaginación. —Está olvidando hasta que tiene frío—. Así que se monta toda la película: va a iniciar su propia búsqueda y encontrará a su padre y se arrojará en sus brazos y su vida volverá a estar bien. Esa fantasía era la que la mantenía viva. Hasta que tu colega Gary va y la hace estallar en su cara como si fuera un globo.

—Lo dices como si le hubiera roto el cuello a la muñeca favorita de una pobre niña indefensa. Aislinn era una adulta... y para entonces su madre había muerto. Podía haber hecho lo que hubiese querido con su vida. No tenía por qué seguir fantaseando con papá; lo único que hacía era coartarla. Gary le hizo un favor.

Steve está sacudiendo la cabeza.

—Aislinn no tenía ni idea de cómo hacer lo que quería en la vida real. Le faltaba experiencia. Ya oíste a Lucy: solo llevaba un par de años experimentando con eso...,

e incluso entonces eran movidas fantasiosas, se reinventó a sí misma como a alguien salida de una revista, que iba a discotecas pijas... Así que cuando Gary le quitó la ilusión del reencuentro, tuvo que necesitar otra *ipso facto*. Y la historia de la banda le venía de perlas.

Se le ilumina la cara mientras lo dice; se lo imagina todo perfectamente. El tío se hace querer: donde yo veo una vía muerta, él ve un brillante nuevo giro en su maravillosa historia. Ojalá pudiera irme de vacaciones a la cabeza de Steve.

—A lo mejor decidió que su padre había presenciado algún golpe de la banda y por eso tuvo que largarse a toda prisa de la ciudad, antes de que lo localizaran... o algo así. Todo un dramón, emociones fuertes, y una gran razón para justificar que su padre se hubiera ido y no hubiera vuelto por ella...

—Eso no explica por qué no podía haberse puesto en contacto con ella por Facebook en algún momento —apunto—. «Eh, cielito, papá está vivo, te quiero, adiós».

—Le daba miedo, por si la banda estaba controlando su cuenta de Facebook y la tomaban con ella. Sí, ya sé que es un invento... —añade al oír mi resoplido—, pero puede que a Aislinn no se lo pareciera. Pudo habérselo explicado de mil maneras. ¿Y sabes cuál es el siguiente capítulo de la fantasía? Lo siguiente es Aislinn haciendo su aparición como hija valiente que se interna hasta el corazón de la organización para enterarse del secreto de papá. Como si lo viera.

—¿Y cómo lo consigue? ¿Entrando en un *pub* de macarras preguntando si alguien sabe algo de Desmond Murray?

Steve asiente como loco con la cabeza. Pasa otro funcionario caminando con dificultad, pero él ni se fija; está demasiado hipnotizado con su fascinante historia.

—Seguramente no esté muy alejado de la verdad. Cualquiera que lea el periódico puede saber un par de nombres de *pubs* de bandas. Aislinn fue a uno a tomar una copa...

—¿Tú crees que tenía tantos huevos? Ni yo lo haría muy alegremente, y puedo arreglármelas mucho mejor que ella.

La idea me molesta: allí estamos, dos detectives con los huevos negros, como quien dice, persiguiendo por toda la ciudad la fantasía de una Nancy Drew versión imbécil. Mi trabajo consiste en trabajar con historias que ocurren de verdad, cogerlas por el pescuezo y hacerlas que saquen las garras y muerdan, con un buen fin. Las historias que solo han pasado en la cabecita de otros, flotando como vilanos en el aire que no tengo manera de agarrar, esas, en teoría, no son problema mío.

—No se trata de tener huevos, sino de hasta qué punto estaba metida en su propia fantasía. Si era donde ella se sentía como en casa, donde tenía el control, le habría sido imposible creer que algo podía salir mal. Como de pequeña... eso es lo que decía Lucy, ¿te acuerdas? En la cabeza de Aislinn, ella era la protagonista. La heroína podía meterse en líos pero siempre conseguía salir.

—¿Y luego qué? ¿Se queda esperando en el *pub* a que le entre el tipo adecuado?

—Con su aspecto, seguro que alguien le entraba. Fijo que sí. Tontea, vuelve otra noche, conoce a sus colegas; en cuanto encuentra a uno que parece prometedor, se lo fija como objetivo. En verdad... —La mano de Steve sube disparada y chasquea los dedos—. ¿Sabes lo que te digo? Que lo mismo por eso se arreglaba tanto. Hemos estado pensando que perdió peso y se compró ropa nueva porque quería empezar de cero, pero ¿y si formaba todo parte de un plan superior?

—Ya —digo pensándolo.

Es la primera pizca de respeto que siento por Aislinn. Alguien que se convierte en una barbie porque es la única forma de quererle merece una patada en el culo, pero alguien que lo hace por *vendetta* merece varios puntos por determinación.

—Los tiempos cuadrarían —continúa Steve—. Según Lucy, Aislinn empezó con lo del maquillaje y todo eso hace dos años, poco más o menos. O sea, no mucho después de haber hablado con Gary y tener que cambiar de planes. —Otra vez con el chasquido de dedos; parece rebotar arriba y abajo—. Ostras, la queli. ¿Te acuerdas de que no tenía ni una foto de su familia? Podría ser por eso. No quería que el novio reconociera a su padre. —Le brillan los ojos. Empiezo a pensar que es mejor que nunca nos llegue un caso bueno de verdad; podría mearse en mi pierna de la emoción—. Y por eso dejó a ese mierda por Rory: por fin se dio cuenta de que no iba a contarle nada. Todo encaja, Antoinette, todo.

—O bien... toda la historia de las bandas es un puto invento —replico—. En cuanto habló con Gary y se enteró de que tenía que olvidarse de los abrazos y el chocolate calentito con papá, Aislinn quitó las fotos de la familia porque le daban mal rollo y decidió que solo quería una bonita fantasía de ser feliz y comer perdiz. Del tipo patito feo que se renueva, se convierte en un hermoso cisne y se agencia un apuesto príncipe azul. Salvo porque al final el príncipe resultó ser el ogro malo. También encaja.

Pero a Steve no le agua la fiesta nadie. Empieza a negar con la cabeza mucho antes de que yo termine de hablar.

—Y entonces ¿qué me dices de Lucy? ¿Crees que se sacó de la manga la historia del novio secreto? ¿Cómo te explicas sus celos, eran puro teatro?

—Puede ser. —El chispazo de respeto por Aislinn empieza a desvanecerse; cada vez me cabrea más toda esta teoría. Aplasto el talón contra el suelo para evitar que me tiemble la rodilla—. Tengo todos los sensores activados: si Aislinn estaba codeándose con criminales, me enteraré. Y cuando Lucy reúna el valor para venir a hablar con nosotros, la presionaremos un poco más y veremos qué sale. No estará tan cómoda reteniendo información cuando sea todo oficial y haya que dejar constancia. Hasta entonces...

Steve está martilleando dos dedos contra la pared, en plan pájaro carpintero; también él está frustrado, pero conmigo, por no pillarlo.

—¿Hasta cuándo? ¿Y si no viene?

—Le daremos un par de días más para que se ponga bien tensa y luego iremos a

su casa y nos la traeremos a la central. Hasta entonces nos ceñiremos a lo que tenemos. Y no a lo que crees que tal vez quizá puede que exista en alguna parte. — No parece contento—. ¿Qué más quieres? ¿Hacer una ronda por los antros de las bandas tú solo y preguntarles a los muchachos si estaban tirándose a nuestra víctima?

—Quiero fotos de reseña policial de los hombres de Lanigan el Bolablanca para enseñárselas al camarero del Ganly's. Puede que recuerde más de lo que cree.

—Por mí como si revientas —le digo encogiéndome de hombros—. Yo voy a concentrarme en ver si las historietas de Aislinn pueden sernos útiles de una manera más tangible. —Ya tengo el móvil en la mano y estoy buscando el número de Sophie.

—¿Cómo? ¿A quién...?

Me salta el contestador.

—Buenas, soy Antoinette. Si tu informático no ha craqueado todavía la contraseña de la carpeta, tengo un par de ideas para él. Que pruebe variantes de Desmond Murray, Des Murray y cosas que tengan que ver con «papá» o «papi»: encontrar a papá, buscar a papá, papá desaparecido. El padre de nuestra víctima se largó de casa cuando ella era pequeña y hay datos que apuntan a que estuvo buscándolo. Sea como sea, merece la pena intentarlo. Gracias. —Cuelgo.

—Muy buena —dice Steve, que parece mucho más contento conmigo—. Si esa carpeta está llena de fotos de matones chungos, entonces ¿querrás...?

—¡Qué fuerte! —digo con los ojos como platos—. ¿Y si Aislinn pensaba que su padre realmente se había pasado al crimen organizado? ¿Y si pensaba que, no sé, como que había tirado por ahí el cadáver de algún *pringao* con su carné encima y en realidad estaba vivito y coleando bajo una nueva identidad diabólica? —Cuando Steve abre la boca y la deja así, intentando saber si hablo en serio, añado—: Mira que eres tonto. Anda, vamos a ver si hacemos esa reunión.

Tenemos que volver a la sala de operaciones por separado y librarnos antes del frío y el olor a aire libre. Yo me voy al baño y me embadurno en jabón de manos hasta que apesto a falso bienestar herbal, mientras Steve va a la cafetería por un café. Cuando volvemos como quien no quiere la cosa a nuestras mesas, Breslin está dándole jabón por teléfono a una de las ex de Rory y apenas levanta la vista.

Pero: mis cosas no están igual. Estoy segura de haber dejado arriba del todo los datos bancarios de Rory, pero ahora mi libreta está tapándolos, y además se ha abierto por mis notas sobre la llamada de Cooper, cuando recuerdo perfectamente haberla cerrado. Miro hacia Breslin, pero sigue dando coba, a ver si convence a una ex de quedar para charlar a última hora de la tarde, y ni siquiera levanta la mirada. Cuanto más intento recordar qué estaba dónde, menos claro lo tengo.

Gaffney llega corriendo, justo a tiempo para la reunión del caso, maltrecho y con los ojos llorosos del frío, y nos cuenta cómo le ha ido en la comisaría de Stoneybatter: le ha enseñado los cortes con las voces de Rory, de los dos hermanos y de todos sus

mejores amigos y el agente está seguro al noventa y nueve por ciento de que no fue ninguno.

—Bueno, en fin —dice Breslin—. Gracias de todas formas. Buen trabajo. Y esto. —Empieza a desenvolver el bocadillo—. Un detallazo.

—Yo diría que ha sido peor el remedio que la enfermedad —dice preocupado Gaffney, que le da el cambio a Breslin, un buen puñado de billetes y monedas—. Al final, después de oír todas, le costaba más recordar la voz original. ¿Sabe a lo que me refiero? Como le demos más voces para escuchar, no podrá...

—Los reconocimientos son así —dice Breslin regalándole una sonrisa a Gaffney—. No es culpa tuya, hijo. Son gajes del oficio. Tú lo has hecho bien.

—Sí, gracias. —Me sale una especie de gruñido ingrato.

Pero poco importa: Gaffney está demasiado ocupado poniéndole ojitos de *eres mi héroe* a Breslin y ni siquiera se percata de mi existencia. Solo puedo pensar en que claro, cómo no, el reconocimiento ha fastidiado nuestra oportunidad de conseguir una identificación. Incluso cuando tenemos algo tangible, es tocarlo y pulverizarse. Un poco más de nada, cayendo por el cedazo como polvo fino, apilándose en montones viscosos sobre nuestras relucientes mesas y pegándose a nuestros lujosos ordenadores.

Antes de irnos a casa, Steve y yo vamos a darle el parte a O'Kelly. Nos lo encontramos de pie, junto a la gran ventana de guillotina, de espaldas a nosotros y con las manos en los bolsillos del traje de *tweed*, balanceándose sobre los talones. Parece con la mirada perdida en los jardines oscuros, como si apenas nos escuchara, pero veo sus ojos en el cristal, que pasan rápidamente de mi reflejo al de Steve.

Cuando terminamos de hablar, deja un silencio que significa que quiere más. El reflejo de mi compañero me mira de reojo. Yo no le devuelvo el gesto.

—A mediodía me pasé por la sala de operaciones y no os vi —nos dice sin volverse—. ¿Dónde estabais?

Hace mucho tiempo que un jefe no me pide cuentas de mis idas y venidas como si fuera una puta cría. Antes de poder abrir la boca, Steve dice con naturalidad:

—Fuimos a registrar la casa de Aislinn. Y luego estuvimos enseñando su foto por Stoneybatter y preguntando en algunos *pubs* y tiendas del barrio si la reconocían. Queríamos saber si alguien la había visto hacer algo interesante.

—¿Y?

Steve encoge un solo hombro.

—Poca cosa.

O'Kelly deja pasar la mentira unos segundos antes de decir:

—Esta tarde os ha traído un paquete un tipo que no quería soltarlo. ¿Qué era?

Bernadette siente debilidad por el jefe desde que tenemos uso de razón, y sabemos que aprovecha hasta la más mínima oportunidad de irle con un secretito a la

oreja. Puede que nos haya delatado, o no.

—Cuando Aislinn era pequeña, su padre desapareció —explica Steve—. Nos pareció mucha coincidencia y decidimos echar un vistazo a su expediente.

—¿Ha habido suerte?

—Nada. Se largó con una más joven. Y murió hace unos años.

O’Kelly se vuelve, se apoya en la ventana y nos escruta. Esta mañana no ha apurado bien el afeitado; tiene la cara levantada y escamosa, como en una lenta erosión.

—¿Sabéis cómo estáis actuando? —pregunta. Esperamos—. Como si no tuvierais sospechoso. Dando tumbos, persiguiendo lo primero que os pasa por delante. Así es como se comportan los detectives que no tienen nada. —Sus ojos pasan de Steve a mí—. Pero vosotros tenéis un sospechoso de lo más apetecible delante de vuestras narices. ¿Qué me estoy perdiendo? ¿Qué tiene de malo Rory Fallon?

—Todo lo que tenemos contra él es circunstancial. No hay ninguna prueba consistente que lo vincule con el asesinato en sí: ni sangre en la ropa, ni su propia sangre o pelos en la víctima, no tiene magullados los nudillos. Ni siquiera podemos corroborar que entrara en la casa. Tampoco hay un móvil claro. Seguimos trabajando en eso, y desde luego, si me llaman de la Científica y me dicen que los pantalones de Rory estaban llenos de fibras de la alfombra de Aislinn, entonces, claro, ya le prestaré mucha menos atención a otras posibilidades. Pero mientras sea todo circunstancial, voy a seguir tanteando opciones y descartándolas. No quiero subir a Fallon al banquillo de los acusados y que la defensa nos venga con un testigo que vio a Aislinn peleándose a muerte con otro tipo que no se parece en nada a él.

O’Kelly se ha sacado un puñado de cosas del bolsillo —clips, pañuelos arrugados, una piedrecita— y se dedica a darles vueltas en la mano, sin mirarme.

—¿Por qué no habéis vuelto a interrogarlo hoy? —pregunta.

Y también hace mucho que un jefe no me pide que le explique mis decisiones en un caso que ni se ha descarrilado ni está a punto de hacerlo. Si estuviera convencida de que es solo O’Kelly intentando echarme mierda encima para largarme de la brigada, se me llevarían los demonios; pero estoy de todo menos convencida. Pienso en el fajo de billetes de cincuenta de Breslin y en O’Kelly delante del tablón de los turnos diciendo: «Breslin está a punto de llegar. Lléváoslo». Siento que el aire del edificio está mutando en algo que toma carrerilla y se prepara para virar bruscamente en cualquier momento; algo que, si tuviera dos dedos de frente, no me gustaría.

—Porque no me parecía bien —digo buscando el punto justo de insubordinación—. Cuando el laboratorio nos mande todos los resultados, entonces lo traeremos a rastras y le daremos donde le duele. Es bastante nervioso, así que dejarlo que se cueza un par de días no puede ser malo.

Los ojos de O’Kelly recaen por un momento en mí, afilados, para luego volver a apartarse. Coge una pastillita para la tos medio aplastada de entre la porquería de la mano y la examina con cierto asco.

—No sé por qué estás tan contenta, Conway.

Como he dicho: el jefe es mucho más astuto de lo que le gusta aparentar. Aparto la expresión de mi cara de un manotazo.

—¿Perdón?

—Déjalo, da igual. —Estira la mano hacia la papelera y aparta la tapa. La basura cae con un traqueteo sordo—. Anda, marchaos, mañana os veo. Intentad no volver con las manos vacías.

Es posible que conducir sea lo que más me tranquiliza en este mundo, pero esta noche no parece funcionar. El viento juega sucio, amaina el tiempo justo para que me relaje y embiste luego el coche como con un placaje de hombro, lanzando lluvia arenosa contra las ventanillas. Enerva el tráfico, todo el mundo pita a la mínima y sale de los semáforos con demasiada prisa, con lo que los peatones se descoordinan y se quedan sorteando coches en el peor momento.

Me dan el alto antes incluso de cruzar el río. Acabo de pisarle a fondo en un semáforo en ámbar y al principio pienso que el radiopatrulla tiene también el día tonto, pero sus ojos desencajados de dibujo animado cuando le enseño mis credenciales me dicen que está pasando algo más. Canta directamente: alguien ha llamado denunciando mi coche por conducción temeraria, con consumo de alcohol como causa probable. Algún conductor podría haber leído mal la matrícula, entre la lluvia y el tráfico, salvo porque incluso han descrito el coche: un Audi TT negro de 2008. Eso no se puede leer mal.

El radiopatrulla quiere huir para salvar la vida, pero lo obligo a que me haga la prueba del alcoholímetro y lo ponga todo por escrito antes de que alguien llame al roñoso de Crowley y le diga que he utilizado la placa para saltarme un control. Podría intentar rastrear el teléfono que ha llamado a la comisaría, pero sé desde ya que será de prepago: muchos polis tienen móviles desechables, por un motivo u otro. Me paso el resto de mi relajante paseíto en coche mirando hacia atrás, para ver cuándo aparece la siguiente luz azul. No llega, lo que significa que tendré que esperar a encontrármela mañana por la mañana.

Por lo menos esta vez no hay nadie merodeando a la entrada de mi calle, lo que ya es algo. Abro la puerta, enciendo la luz, suelto el bolso, cierro y, en cuanto me vuelvo hacia el salón, me atacan las tres cosas, una tras otra, en un abrir y cerrar de ojos: olor a café; silencio cuando tendría que sonar el pitido de la alarma; movimiento, solo un roce, en la cocina a oscuras.

Desenfundo —y tengo la impresión de hacerlo como en gravedad cero, cuando sé que es a máxima velocidad— y me dirijo hacia la puerta de la cocina.

—*Garda* armada. Deponga las armas, coloque las manos donde pueda verlas y salga lentamente.

Lo primero que veo en el umbral de la cocina es a un capullo escuálido con un

chándal azul reluciente y las manos en alto, y pienso que será un yonqui muy empanado, que se ha equivocado de casa que robar y que hay ver lo bien que me sienta el dedo en el gatillo y no se me ocurre una sola razón para no apretarlo.

—Tienes que cambiar el sistema de alarma.

—Pulgoso —digo, y tengo que reírme con ganas; si fuera de las que abrazan, lo abrazaría—. Serás cabrón. Poco más y me da un infarto. No podías simplemente contestarme al correo, ¿no?

—Esto es más seguro. Y, en fin, cuánto tiempo y eso, ¿no? —Tiene en la cara una sonrisa del tamaño de un plato. Siento que tengo una a juego en la mía.

—¿Cómo que más seguro? No te he disparado de milagro, ¿lo sabes? —Vuelvo a enfundar. Estoy medio mareada por el pico de adrenalina—. Tus muertos.

—No me he asustado, tengo fe ciega en ti. —Pulgoso vuelve a la cocina—. ¿Quieres que te haga un café?

—Sí, venga. —Lo sigo y le doy una colleja en la nuca, suave—. No me lo vuelvas a hacer en tu vida. Si tengo que matar a alguien, mejor que no seas tú.

—¡Aah! —Se frota la cabeza con cara de ofendido—. No quería acojonarte. Te habría esperado en el salón, pero no sabía si ibas a venir con algún tío.

—Sí, claro. Más quisiera yo. —Sigo con la sonrisa en la cara, no puedo evitarlo—. ¿Tienes hambre?

—No hay nada. Ya he mirado.

—Serás caradura. Hay barritas de pescado en el congelador; ¿te hago un bocadillo?

—De lujo —dice alegremente, y empieza a pulsar botones en la cafetera—. Este cacharro está guapo. Lo mismo me pillo uno.

—Como me desaparezca este, iré a buscarte.

Enciendo la cocina y abro el congelador. Pulgoso apoya los codos en la encimera y contempla fascinado los escupitajos de la cafetera.

Es un piltrafa con pinta de que su madre no bebió mucha leche en el embarazo, lo que, teniendo en cuenta los bloques donde vivía, es muy probable que sea cierto. El apodo se lo pusieron en la academia —estaba en mi curso— porque no puede estarse quieto; hasta mientras espera el café, está saltando de un pie a otro como si le picara todo. Hicimos buenas migas durante la instrucción: yo no había ido a hacer amigos del alma, y no tenía necesidad de que ningún gilipollas fuera diciendo por ahí que me tiraba a un tío para que me protegiera; pero si no hubiera sido por todo eso, habríamos sido amigos.

Pulgoso desapareció hacia la mitad del segundo año. La historia que nos llegó fue que lo habían expulsado porque lo habían pillado con hachís —lo que dio pie a bromas sobre que un quinqui, aunque se vista de poli, quinqui se queda—, pero yo no me lo tragué: era demasiado listo para eso. Al cabo de unos años, cuando me sacaron de una oficina para pasar unas semanas siendo la prima Rachel de Pulgoso, a la que le encantaría llevar una maleta llena de dinero de la droga al amigo de su jefe en

Marbella, resultó que yo tenía razón. El montaje fue como la seda: atrapamos a unos cuantos malos y los dos nos lo pasamos en grande. Antes de volver a mi trabajo de oficina, le creamos una cuenta a Rachel para poder ponernos en contacto si lo necesitábamos. Esta ha sido la primera ocasión.

Nos llevamos el café y los bocadillos al salón y nos estiramos cada uno en una punta del sofá, con los pies en alto y los platos en precario equilibrio sobre el regazo. He encendido el fuego; sigue haciendo viento, pero los muros gruesos lo difuminan y hacen que suene hasta hogareño.

—Uff —dice Pulgoso hundiendo la espalda cómodamente contra los cojines—. Aquí se está divinamente, la verdad. Un día de estos voy a buscarme una casita así. Podrías enseñarme a reformarla.

Lo que me recuerda...

—¿Cómo me has encontrado?

—Qué cosas tienes. ¿Dónde estarías si no lo hubiera hecho? —Me dedica su sonrisa de cara arrugada—. Conque Homicidios, ¿eh? La cresta de la ola. ¿Cómo va? O sea, que ha estado preguntando por mí siempre que ha podido.

—Muy bien. Mucho mejor que quitar puntos de tráfico.

—¿Y cómo es la gente? ¿Lo pasas bien?

No sé adónde quiere llegar. Su cara llena de comida no deja entrever nada.

—Bien, bastante bien. ¿Y tú en qué andas?

—Ya me conoces. Un poco de aquí, un poco de allá. ¿Te acuerdas de tu amiguito Saltones? ¿El gordito sin cuello?

—Ostras, sí. —Tengo que reírme—. ¿Te acuerdas de que no paraba de intentar ligar conmigo? Cada vez que me dejabas sola, me venía con el mismo cuento, lo mucho que le gustaban las altas y que los *jockeys* más bajitos eran los que tenían la fusta más larga. Estaba siempre tan empastillado que se le olvidaba que ya lo había intentado y no había conseguido nada.

Pulgoso está sonriendo.

—Ahí está, ese es. Por fin lo pillamos... Y eso que ni siquiera queríamos; seguía siéndonos útil, pero el muy palurdo... Estaba con su colega Fonzie en una pensión de Cork, ¿vale? Andaban partiendo un alijo de éxtasis que acababa de llegarles por mar. —Le entra la risa floja y, antes de saber de qué me río, me la contagia—. Y a Saltones le da por probar la mercancía, pero se le va de la mano. Según me contaron, a las tres de la mañana salió al jardín delantero en calzoncillos ¡cantando *I kissed a girl!* —Estoy ya recostada en el sofá, riendo con ganas; sienta bien—. Cuando el dueño de la pensión sale y se encuentra el percal, Saltones le da un abrazo, le dice que es guapísimo y luego vuelve dentro, se mete en la cama con la dueña y se pone a jugar al escondite bajo las sábanas. Aparecen los radiopatrullas, se lo llevan a su cuarto a dormir la mona y allí se encuentran a Fonzie sobado en una silla y con cien mil euros de éxtasis repartidos por la cama.

—Ostras, colega —digo enjugándome los ojos—. Qué arte hay que tener. ¿Y no

pudiste incautar solo el alijo y dejarlos libres?

—Lo intentamos. El jefe le encargó a media brigada que intentaran pillar en falta a los radiopatrullas o alegar registro ilegal, o lo que fuera. Pero no hubo por dónde buscarles las vueltas. Saltones, el pobre, se va a la sombra. Pero oye. —Me señala con el bocata—. Podrías ir a verlo cuando esté en la cárcel. Así lo animas un poco.

Aunque está de broma, hay un resquicio de seriedad en lo que dice.

—Le diré que imite a Katy Perry —digo—. Y así nos animamos los dos.

—Por lo que me han dicho, no te lo aconsejo.

—Por cierto. Hablando de colegas. No te extrañe que el *Courier* publique mi foto. ¿Puede perjudicaros?

Pulgoso es la razón por la que no dejo que vean mi foto. Me disfrazaron para el golpe —rizos, pendientes de aro gigantes, maquillaje a espuestas, tops ombligueros rosas con FRESCA y A TU NOVIO LE PONGO sobre el pecho—, pero, aun así, mejor ir sobre seguro.

—De momento no hay problema. Veamos qué pasa. —Hace falta mucho más que eso para meterle miedo a uno de la secreta—. No creo que te reconozca nadie. Ahora vas en plan elegante. —Señala mi traje, entre impresionado y divertido—. Y, bueno, hay que reconocer que han pasado unos años.

—Ah, gracias por recordármelo.

Pulgoso me escruta con aire crítico, sin dejar de masticar.

—Se te ve bien. Aunque no de puta madre. Tienes cara de necesitar unas vacaciones. O un tónico.

—Estoy perfectamente. Si acaso, no me vendría mal un poco de sol. ¿Alguna posibilidad?

—O un cambio de aires.

Me apresuro a levantar la vista de la comida, pero está inclinándose para coger la taza de la mesa de centro y no logro verle los ojos. Los de la secreta son así, incapaces de hablar a las claras, pero yo diría que he captado el mensaje: sabe que no me está yendo bien en Homicidios y cree que le he escrito porque necesito que me recomiende en Operaciones Secretas.

Lo primero que pienso es en estirar la pierna y aplastarle el pie contra la barriga.

—Estoy bastante contenta con los aires que tengo ahora mismo —digo en cambio—. Aunque me gustaría tu opinión sobre una historia.

—Ah, ¿sí? —Su tono no ha cambiado, pero algo sobrevuela su cara, podría ser hasta compasión—. ¿De qué se trata?

—Mira esto. —Me incorporo, me estiro para coger el bolso, de donde saco una fotografía de Aislinn versión 2.0, y se la paso—. Se llama Aislinn Murray. Veintiséis, uno setenta y tres, acento de clase media, posiblemente de Greystones. ¿Te suena haberla visto por ahí?

Pulgoso mastica, mueve una rodilla y se toma su tiempo para mirarla bien.

—Es difícil saberlo con seguridad. Es un aspecto muy común. Pero no lo creo.

¿Quién es?

—La víctima de un asesinato.

Detiene el balanceo de rodilla.

—¿La que ha salido en las portadas?

—Sí. Su mejor amiga nos contó que tuvo un novio secreto en los últimos seis meses o así. Y hemos pensado que podría ser alguien de una banda. Quizá del clan de Lanigan el Bolablanca.

Vuelve a mirar la fotografía pero menea la cabeza.

—Qué va. No estaba con ninguno de los hombres de Lanigan.

—¿Estás seguro? —le pregunto, aunque se lo noto en la voz: lo está.

La sensación de calidez y bienestar se desvanece a pasos agigantados. Me pegaría por haberle hecho venir para esto.

—Al cien por cien. La habría visto. Y también si hubiera estado con alguno de Crumlin o Drimnagh.

—A lo mejor no. Si ella mantenía la relación en secreto, seguramente él también.

Pulgoso ríe.

—Tch, tch. Con una piba como esta, todo el que estuviera tirándosela querría que lo supiera el mundo entero. A la menor oportunidad, habría estado paseándola por el *pub*, las fiestas...

—¿Aunque estuviese casado?

—Sin problema. Nadie espera que sean monjes, no sé si me entiendes. Ni siquiera sus mujeres. Si es uno casado con la hermana de otro del clan, vale, tampoco va a ir paseando a la querida delante de su cuñado, pero de todas formas presumiría de ella ante los demás. Son más cotillas que una vieja. Todo el mundo sabe quién se trae algo entre manos. —Sigue escrutando la fotografía pero vuelve a mover la rodilla: está perdiendo interés—. ¿Visteis si tenía algo caro que ella no hubiese podido pagar? ¿Un Rolex, joyas, ropa de marca?

—No, que yo sepa. Tenía cosas de gama media, que podía permitirse; nada que diera la impresión de ser un regalo. Aunque, quién sabe, a lo mejor a ella no le iba el rollo de dejarse comprar.

Pulgoso resopla, incrédulo.

—¿Y dinero en metálico sin justificar?

—No hemos encontrado nada. Y los datos bancarios parecen limpios.

—¿Algún viaje? Con un historial tan impoluto, el novio no se habría resistido a utilizarla de mula. Y las que se enganchan con estos tipos no suelen ser de las que se niegan.

Sacudo la cabeza.

—Según su mejor amiga, nunca había salido del país. Encontramos una solicitud de pasaporte... y era la primera vez, no una renovación. No tenía.

—Toma —me dice tendiéndome la foto—. No te lo juro por mi vida ni nada pero, si me fuera el rollo de apostar, pondría todo mi dinero a que no tenía ningún vínculo

con la mala vida.

Y ahí lo tengo: la sensación de bienestar reducida a cenizas humeantes.

—Pero tampoco puedes jurarlo. Podría haber estado involucrada en algo.

—Sí, como poder, pudo. Tanto como mi madre.

Pulgoso no es Steve; no se divierte inventando supuestos y quizás. Cuando dice algo, es con fundamento.

Y ahí va nuestra bonita teoría de las bandas por el retrete, succionada en una gran espiral. No estaba preparada para esto. Me he tirado el último día y medio pensando que soy una francotiradora supercañera, en plena selva enemiga, cambiando la mira entre Breslin y McCann, con la sangre clarificada en pura adrenalina mientras decido por cuál decantarme. Una gilipuetas de mierda, nivel avanzado. No disto mucho de Saltones poniéndose hasta el culo de su propia mercancía y convirtiéndose en un chiste con patas para el resto de su vida. Lo único que he hecho bien desde que me asignaron este caso ha sido conservar un mínimo de sensatez como para callarme la boca. El resto de mis pensamientos han sido de risa.

Guardo la foto en el bolso... No quiero volver a verla.

—De todas formas, ¿podrías estar pendiente? ¿Ver si hay alguien esta semana algo alicaído, o que pasa más tiempo en el *pub* y se emborracha más de lo normal? — La súplica que subyace en mi voz es patética—. La mataron el sábado por la noche, así que, fuera quien fuese, aún debe de estar encajando el golpe.

Pulgoso ha vuelto a su bocadillo.

—Puede que sí o puede que no. La mayoría son psicópatas perdidos. Podrían volarle los sesos a su propia abuelita sin despeinarse.

—Pero hay alguien que lo sabe y que no es un psicópata perdido. Alguien, un hombre, llamó pidiendo una ambulancia a la comisaría del barrio. Si no fue nuestro hombre, debió de contárselo a un colega que decidió avisar.

—Está bien. Estaré pendiente, por si veo a alguien un poco bajo de forma.

Aunque sea por complacerme, lo hará.

—Si descubres algo, haz el favor de escribirme un correo antes de presentarte aquí. Te juro que, como mañana te encuentre debajo de mi cama, te meto un tiro en ese culo huesudo que tienes.

—Vale, pero escúchame tú ahora —dice quitándose la mayonesa de la mejilla con el dorso de la mano—: no bromeaba con lo de que necesitas más seguridad. Te he desactivado la alarma en como mucho veinte segundos, y los cerrojos te los abrí en otro minuto o así. Y es probable que lo sepas, pero hay un tipo controlando tu calle.

El aire de la habitación se endurece y me raspa como papel de lija.

—Sí, me ha parecido raro. ¿Dónde lo has visto?

—Antes de entrar, me di un paseíto por la esquina de la calle, para tantear el terreno, y lo vi merodear por allí. Parecía que estuviera esperando a alguien, pero no sé, me ha dado la vibra... Ya sabes, esa sensación.

—Sí. —Todos conocemos la vibra—. ¿Pudiste verlo bien?

—Lo intenté. Fui a pedirle un cigarro. —Deja caer los hombros, pone cara de yonqui y habla como por la nariz—: «Eh, colega, ¿tienes un piti?». —Vuelta a normal —: Pero se largó en cuanto me vio acercarme. Tal vez no le guste que se le acerque gente como yo, podría ser. Pero... —Se encoge de hombros—. Mediana edad, alto, complexión media, abrigo caro, un poco narizotas. Eso es todo lo que vi; iba muy tapado, con un *trilby* y una bufanda que le cubría media cara. Aunque, bueno, siendo invierno, es casi normal. Pero en fin...

—Ya... En fin... —Eso descarta al roñoso de Crowley, que es un tapón y siempre lleva su gabardina viscosa... Una lástima: habría pagado por una buena excusa para confundirlo con un merodeador—. Yo creo que está vigilando esta casa.

Mi amigo asiente, poco sorprendido.

—Yo también lo creo. ¿Tienes idea de quién puede ser?

—Había pensado en alguien de una banda que quisiera asustarme. Y luego, con la foto del *Courier*, cualquiera podría haberme esperado a la salida del trabajo y seguido hasta casa. Pero si tú dices que lo de las bandas es una vía muerta...

Cuanto más digo la palabra «bandas», más tonta me siento. Estiro las piernas sobre el sofá e intento recuperar esa sensación de relax, aunque sea mínimamente. Pero se ha ido para no volver. Siento la ventana del salón a mis espaldas, zarandeada por el viento sombrío.

—Los del *Courier* son una panda de capullos —me dice—. Y que no sea de una banda no quiere decir que no sea el que mató a tu chica.

—Ya lo he pensado, tan tonta no soy.

—No, yo solo te digo que arregles lo de la alarma y pronto. Ponte PhoneWatch o algo parecido.

—No, gracias. —Si PhoneWatch no consigue contactar contigo cuando hay algún incidente, llaman a la Garda. Prefiero que un asesino en serie me utilice de piezas de repuesto que tener que aguantar que los de la brigada se enteren de que voy corriendo a pedir socorro a Seguridad Ciudadana como una civil cualquiera—. Estoy perfectamente. Tú no te has escapado, ¿no?

—Es que yo no he venido a matarte —replica—, no es lo mismo. Sé que puedes con cualquiera y compadezco al pobre desgraciado que te ataque, pero en algún momento tienes que dormir, ¿no?

—Llamaré para que me cambien el cerrojo por la mañana.

—Y la alarma.

—Y la alarma. Sí, mamá.

Mi amigo me observa por encima del borde de la taza. Por una vez, no se mueve.

—¿Quieres que me quede esta noche?

Puede estar diciéndolo en varios sentidos. Y hoy todos me parecen bien. Si no fuera por el tipo que merodea en mi calle, y por la mierda que tengo que aguantar en el trabajo, le diría que sí, me da igual un sentido u otro.

No soporto la idea de que ninguno de los dos pensemos que lo necesito.

—No pasa nada. Pero gracias.

—Nadie me echará de menos.

—Oooh, pobrecito.

—¿Segura?

—Segurísima. Eso sí, si vuelves a ver al tío ese cuando salgas, mándame un mensaje.

—Claro. —Se levanta del sofá, se sube el pantalón del chándal y recoge el plato y la taza—. Te dejo tranquila entonces.

—Deja eso. Ya lo hago yo. —Iba a proponerle otra ronda de café, pero es demasiado tarde.

—No, no, mi madre me enseñó a dejar todo ordenado a mi paso. —Va a la cocina—. Gracias por darme de comer. Preparas un bocata de barritas de pescado de diez.

Lo sigo y lo veo ya inclinado sobre el lavavajillas, colocando el plato en la rejilla.

—Trae —dice tendiéndome la mano—. Trae para acá.

Le paso mi plato.

—Me alegro de que hayas venido. Me gusta verte.

—Lo mismo digo. Sí. —Cierra el lavavajillas de golpe y se incorpora—. Si veo a alguno de los muchachos agobiado, te lo haré saber... y juro que primero te mando un correo. Y si no...

—Y si no, ya nos veremos.

Me lanza una sonrisa y me da un rápido apretón con un solo brazo. Es un brazo fuerte pero canijo, y el olor que desprende —a desodorante barato, recién salido de sus quince años— me golpea con una explosión de debilidad que me hace alegrarme de que se vaya. Después desactiva la luz del sensor de movimiento, abre la puerta de atrás y se va saltando por la tapia, con el sigilo de un zorro. Cierro la puerta tras él y espero, pero no recibo ningún mensaje.

A la mañana siguiente estoy con los ojos abiertos en la cama y barajo la posibilidad de no levantarme. No he dormido mucho; después de llamar a mi madre y hablarle de la boca llena de coágulos y dientes partidos de Aislinn («Ajá»), me he pasado media noche levantándome para investigar la procedencia de sonidos no identificados —el mal tiempo atrae muchos— y la otra media intentando quedarme tumbada y decidir quién merece más un puñetazo en la jeta, si Steve por inventarse la teoría de las bandas o yo, por seguirle la corriente. A eso de las seis de la mañana mi cuerpo es todo él un nudo congestionado. No he faltado a clase desde que estaba en el instituto, pero hoy no recuerdo ninguna buena razón para no hacerlo. Dos cosas me lo impiden: si no voy a trabajar, saldré a correr hasta que me revienten las piernas y luego me quedaré en casa comiéndome la cabeza hasta rozar la locura; y si no voy, tendré que trabajar un día más en este truño de caso.

Me pongo la ropa de correr sin encender las luces. Desactivo luego el sensor de movimiento, salgo al patio sin hacer ruido y salto por la tapia. Está oscuro, con ese negro liso y agotado de antes del amanecer, cuando hasta las criaturas nocturnas — zorros, murciélagos, borrachos y otros peligros— han terminado su turno y se han ido a dormir; incluso el viento se ha reducido a un mínimo tic inquieto. Avanzo con sigilo por el callejón, plegándome a las sombras para mirar la calle desde la esquina: no hay nadie merodeando, ni allí ni en ninguna parte, ni en un lado ni en otro, hasta donde me deja ver la luz macilenta. Echo un vistazo al cabo de la calle: nadie.

Por lo general, correr me deja con una única sensación, de largos músculos rebosantes de fuerza y afán que piden más, lo que sea, dádnoslo todo. Es lo que me ayuda a soportar la jornada de trabajo. Hoy no hay fuerza que valga. Me arrastro como una novata fofa; mis piernas parecen envueltas en sacos terreros empapados, los brazos me cuelgan sin vida y soy incapaz de acompasar la respiración. Sigo intentándolo hasta que mi pecho parece a punto de desgarrarse y me sube un fuerte rubor hasta la frente. Me apoyo en una farola y me doblo en dos mientras espero a que se me pase.

Regreso a casa con un trote suave: parte de mí dice que si me rebajo a andar es que estoy jodida y no sé ni cómo. Cuando regreso a mi calle, ya no me tiemblan las

piernas. Las primeras capas de oscuridad empiezan a desprenderse y asoman luces por las ventanas. Sigue sin haber nadie.

Le prometí a Pulgoso que cambiaría la cerradura y el sistema de seguridad, y en su momento pensaba hacerlo, pero en algún punto del camino he cambiado de parecer. El tipo que controla mi calle es lo único potencialmente interesante que me queda esta semana. Si ve rondar por mi casa a un cerrajero y a un técnico de una empresa de seguridad, sabrá que lo he pillado, y se buscará a otra a la que acosar, u otro *hobby*, o bien se perderá de vista y esperará un par de semanas o meses antes de volver a por más. Yo lo necesito ahora.

Me ducho, me echo unos cereales a la barriga y me marcho a trabajar. Sigue sin haber nadie fuera.

Llego sin que me paren por el camino: hasta los carapollas necesitan un tiempo para espabilar por la mañana. A las puertas de nuestro edificio, bajo la extraña mezcla desenfocada de luz del alba y halógenos refulgentes, me encuentro a McCann fumándose un cigarro contra la pared.

—Buenas —le digo sin pararme.

Levanta la barbilla a modo de saludo, pero no se molesta en decir nada, por supuesto.

Tiene un aspecto desastroso. Ya de entrada, no es ningún relamido como Breslin; más bien, es de los que parecen siempre a la gresca con su estado natural de desaliño: sombra de barba propia de las cinco de la tarde ya a mediodía, unos rizos grisáceos que no hay manera de domar. Suele ganar la partida porque en otros tiempos, no hace tanto, era guapo, antes de que empezaran a colgarle los carrillos y la barriga, y además siempre va con todo tan immaculado y planchado que se podría patinar encima. Hoy, sin embargo, lleva las de perder. La sombra de las cinco de la tarde es una barba de dos días; lleva la camisa arrugada, tiene algo marrón y pegajoso en la manga de la chaqueta y, más que ojeras, empieza a parecer que le han pegado en ambos ojos.

Mientras Steve y yo nos dedicábamos a esculpir nuestras bonitas y rebuscadas teorías de la conspiración, como dos pelagatos en un servidor de código malicioso, Breslin ha estado diciendo la verdad desde el principio: McCann no está en buenos términos con la parienta; duerme en el sofá y se plancha él las camisas. Podría reírme si el hazmerreír con patas no fuera yo.

Tengo ya la mano en la puerta cuando me llama.

—Conway.

Me paro muy a mi pesar. Quiero escuchar, aunque sea solo a modo de confirmación, lo que sé que va a decir: me dejará caer una bonita y succulenta indirecta de que Breslin y él reciben sobornos.

—Dime.

Tiene la cabeza apoyada en la pared y mira hacia los jardines escuchimizados por el invierno, no a mí.

—¿Cómo te va con Breslin?

—Bien.

—Me ha contado cosas buenas de ti.

Cosas buenas por mis cojones.

—Me alegra saberlo.

—Es un gran detective. El mejor. Y es un lujo trabajar con él: siempre cuida de sus compañeros, pase lo que pase. Mientras no lo putees, claro.

—McCann, me limito a hacer mi trabajo. No tengo pensado putear a tu colega, ¿vale?

Mi respuesta le pinta una mueca malhumorada en la boca.

—Eso espero. Ya tiene bastante con lo suyo.

Y ahí lo tengo. Ha tardado veinte segundos.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

McCann sacude la cabeza con un único meneo breve.

—Olvídalo. No quieres saberlo.

Ayer la baba me habría llegado al traje; pero ahora solo siento una amarga llamita de rabia, tan extenuada que no durará. No sé a qué estará jugando Breslin, pero ha decidido que su estrategia no está funcionándole; así que, como haría con cualquier sospechoso corto de entendederas, me manda a McCann para probar otra táctica. Por el número de colillas desperdigadas a sus pies, se ve que lleva esperando Dios sabe cuánto, y todo para soltarme unas líneas de película de serie B.

—Como veas. Pero tú tranquilo, que te lo devolveré de una pieza, y lo antes posible.

Estoy ya dando media vuelta cuando me dice con el cigarro entre los dientes:

—Espera.

—Qué.

Se queda mirando cómo se desperdiga la ceniza sobre los adoquines.

—El que te mangó la hoja de la declaración fue Roche.

—¿De qué me hablas?

—De la pelea callejera del sábado por la noche. Se te perdió la última hoja de la declaración de un testigo.

—No recuerdo habértelo contado.

—Es que no me lo has contado. Roche estaba ayer fanfarroneando de su gesta en la sala común. —Se lleva la mano al bolsillo de la chaqueta, saca un folio doblado y me lo tiende. Lo despliego: mi hoja de la declaración—. De parte de Roche, que lo siente mucho..., más o menos.

Se la devuelvo.

—Ya conseguí que el testigo me firmara otra.

McCann no la coge.

—Ya lo sé, esa no es la cuestión. —Aparta el papel—. Rómpela, métesela a Roche por el culo, haz lo que quieras.

—Entonces ¿cuál es la cuestión?

—La cuestión es que en la brigada no somos todos Roche. Que Bres y yo no tenemos nada contra ti. No eres un mueble inútil, como algunos de ahí arriba; tienes madera de detective. Nos gustaría que te fuera bien.

—Genial —digo. Ha sonado tan verdadero, con esa naturalidad y ese vago asomo de afecto, de perro viejo bronco que no pretende ponerse baboso pero quiere lo mejor para la joven aprendiz que se ha ganado su respeto. Si no le hubiera visto hacer ese mismo numerito en una docena de interrogatorios y fuera cien veces más tonta, a lo mejor hasta colaba—. Gracias.

—Así que si Breslin te dice que hagas algo, es por tu propio bien. Aunque no entiendas la razón, aunque creas que se equivoca. Si tienes un mínimo de sentido común, hazle caso. ¿Sabes por dónde voy?

Tiene los ojos clavados en mí, inyectados en sangre por el viento y el cansancio. Se le ha espesado la voz, un caldo bien concentrado. Ahora llega lo importante, lo que le ha tenido esperando en medio del frío para salir de las capas de luces borrosas y llevarme donde quiere tenerme.

—Sí, lo sé perfectamente. Tranquilo, que no se me pasa nada. —Arrugo la hoja de la declaración y me la guardo en el bolsillo del abrigo—. Nos vemos.

—Sí —dice—. Nos vemos. —Se vuelve de nuevo, su oscuro perfil alargándose contra la luz creciente.

El hedor apestoso del tabaco me sigue hasta el interior del edificio.

Tanto McCann como yo hemos llegado temprano. La limpiadora aún está pasando la aspiradora por el pasillo; cuando atravieso la sala de la brigada, los únicos sonidos son una conversación entrecortada de dos hombres y unos animados graznidos de primer tramo matinal radiofónico. En la sala de operaciones C no hay nadie salvo Steve, que está despatarrado ante nuestra mesa, hecho un guiñapo y abrazado a un café.

—Has llegado temprano.

—No podía dormir.

—Yo tampoco. ¿Ha aparecido Breslin?

—Qué va.

—Bien. —No estoy de humor para verlo. Mi compañero tiene sobre la mesa una pila de álbumes de fotos: retratos de reseñas policiales. Los señalo—. ¿Y eso?

—Gente de las bandas —dice Steve entre bostezos—. De los de Lanigan, sobre todo. Quiero ir a enseñárselos al camarero del Ganly's. Y luego a los vecinos de Aislinn, por si reconocen a alguien...

—La teoría de las bandas está muerta. —Es como pegar sobre un cardenal.

Y Steve pone cara de haber recibido una bofetada inesperada.

—Un momento, ¿de qué hablas?

—*Kaputt*. Descartada. No quiero volver a oír hablar del tema, ¿está claro?

—Espera. —Ha levantado las manos pero las ha olvidado a medio camino mientras intenta pensar—. Un momento. No. Entonces ¿a qué jugaba ayer Breslin, pasando de Gaffney? No me digas que te crees la historia de que había parado a echar un polvo.

Suelto el bolso en el suelo y me dejo caer en la silla. Me sienta bien ver cómo encaja el golpe.

—A lo mejor tenía cita para la manicura. O puede que no fuera a ningún sitio especial, que solo quisiera demostrarnos que él no recibe órdenes de mindundis como nosotros. Me da igual una cosa que otra.

—¿Y no lo viste cuando le dio el dinero a Gaffney para el bocadillo? ¿El fajo de cincuenta? ¿Qué hacía con eso?

—¿No me has oído? Que me da igual. Por mí como si lleva encima los ahorros de toda su vida para que no se los roben los Illuminati. Es cosa suya, no nuestra.

—Vale —dice con cautela, mirándome como si tuviera la rabia—. Vale, a ver, ¿qué coño te pasó anoche?

—Anoche tuve una charlita con un colega mío. Conoce desde dentro el mundo de los clanes y dice que podemos descartar esa teoría. Que Aislinn no tenía una mierda que ver con ninguna banda. Y se acabó. Si por un remotísimo casual descubre algo que lo contradiga, nos lo hará saber, pero mejor que esperemos sentados. Y deberíamos dar las gracias por habernos enterado antes de quedar como dos panolis ante toda la brigada.

Por su cara, parece que un camión ha aplastado a su hámster.

—¿Y lo conoces muy bien?

—Bastante bien. De hace mucho.

—¿Estás segura de que puedes fiarte de él?

La cara que se le ha quedado: como si no pudiera estar pasando, no con su querida idea especial.

—Si no me fiara de él, ¿crees que le habría pedido su puta opinión?

—No, es solo que...

—No. ¿Y tengo cara de retrasada?

—No...

—No. Pues si te digo que podemos fiarnos, lo más probable es que podamos fiarnos.

—También es verdad —dice Steve. Su cara ha vuelto a punto muerto, se ha retraído en sí mismo, que es lo que hace cuando se cabrea—. Eso haremos.

Lo dejo para que se le pase y vuelvo al trabajo, o lo intento. La cosa no cuaja, tengo que leer tres veces cada frase para que me llegue al cerebro. Normalmente puedo concentrarme en cualquier circunstancia —las salas colectivas te enseñan eso,

sobre todo si es como la de ahora—, pero lo que acaba de decir Steve está carcomiéndome.

Para llevar tantos años de agente infiltrado, Pulgoso parece saber mucho de mí y de mi trabajo. Pensé que era bonito que se molestara en seguirme la pista. Cosa que podría ser perfectamente cierta... o no.

De pronto me veo repasando cada paso de nuestra entrañable conversación casera, buscando grietas por las que entrever alguna intención oculta: Pulgoso obligándome a tomar distancias para que no ponga en peligro una operación de Estupefacientes, o porque no quiere mis microbios en lo que quiera que esté haciendo; dándome largas porque se ha pasado al bando de los malos y está protegiendo a su nuevo jefe. Empiezo a dudar hasta de mí misma, preguntándome si realmente tenía que hablar con él por motivos laborales o en el fondo buscaba una excusa para comerme un bocadillo y charlar con alguien que no me considere una paria. Yo no creo en dudar de mí misma ni en rollos introspectivos, y no me gusta pillarme en falta haciendo ambas cosas. Ojalá hubiera aprovechado para meterle más caña a Steve. Espero que esté sintiéndose como el culo.

Ojeo mis mensajes, los que han conseguido llegar hasta mi mesa o mi bandeja de entrada. Si alguien se ha dedicado a limpiar lo bueno, ha sido muy concienzudo. El informe modificado de la autopsia de Cooper; un par de avisos de la línea de cooperación ciudadana que merece la pena seguir (hace unas semanas alguien vio a una mujer que pudo ser Aislinn en una discoteca peleándose borracha con un tipo que parecía jugador de *rugby*; el sábado por la tarde otra persona vio a tres adolescentes con pinta sospechosa —a saber lo que significa eso— merodeando por la esquina de Viking Gardens). Informes de la Científica: las manchas del colchón de Aislinn no son de semen, lo que significa que seguramente sean de sudor; los peritos están intentando extraer ADN pero no prometen nada: Aislinn solía poner la calefacción muy alta y los colchones no son estériles, así que el calor y la acción bacteriológica pueden haber degradado el ADN hasta inutilizarlo. De todas formas, dudo que vaya a arrojar muchos indicios.

Una pila enorme de papeles que resultan ser el historial de un año de correo de Aislinn, para que lo comparemos con lo que aparece en su cuenta y veamos si se borró algo. Esto podría tener a alguien ocupado hasta que le estalle la cabeza, y para eso mismo creó Dios a los refuerzos; pero si este caso puede arrojar algo de valor, por diminuto que sea, lo encontraremos en los datos electrónicos de la víctima. Divido en dos el montón y deslizo una mitad hacia Steve, que musita un «gracias» sin levantar la vista y lo deja a un lado. Me dan ganas de pegarle al muy huraño cabrón y meterlo debajo de la mesa a puntapiés. En lugar de eso, extiendo sobre la mesa el historial del correo y las copias impresas de la bandeja de entrada y empiezo a compararlos hacia atrás en el tiempo, asegurándome de que todos los mensajes aparecen en el historial.

15:18 del domingo, aviso de rebajas de un portal de venta de maquillaje, sin leer.
15:02 del domingo, *spam* de un bomboncito ruso imaginario que busca compañía, sin leer. Me entran ganas de recostar la cabeza sobre los papeles y dormirme.

Los refuerzos van apareciendo como por goteo y, en cuanto nos ven a los dos atareados, se enfrascan a su vez en las tareas que asignamos ayer en la reunión del caso. Le doy a Gaffney el informe de Cooper para que lo pase a ordenador (sigo cabreada con él por no conseguir una identificación de voz del agente de Stoneybatter). Breslin aparece entonces canturreando por lo bajo, lanza un alegre «¿Qué pasa, paletos míos?» a la sala y nos dice a Steve y a mí:

—Anoche me vi con dos de las afortunadas ex de Rory y ya solo me quedan otras dos. ¿Quién es el amo aquí?

—El puto amo —dice automáticamente Steve mientras vuelve una página—. ¿Has sacado algo en limpio?

—Nada sorprendente. Rory da asco de lo predecible que es. Esperemos que las otras dos nos cuenten algo sustancioso. —Se inclina sobre nuestras mesas e intenta leer del revés lo que estoy haciendo—. ¿Y qué es todo eso?

—El historial del correo de Aislinn —le digo.

—Ah. ¿Y?

—Que si quieres un setenta por ciento de descuento en un vestido de diosa fabulosa, puedo decirte cómo conseguirlo.

—Se ve que lo estás pasando en grande. —Breslin me regala su mejor sonrisa de actor famoso, coge los mensajes enviados de Aislinn y se pone a ojearlos—. Dios, ya veo lo que dices. Menudo coñazo. ¿Quieres que me encargue yo y tú te quedas con las ex de Rory?

—Qué va. —No voy a molestarte ni en fingir sospechas; se lo está currando, pero estoy harta de bailarle el agua—. Ya que lo he empezado, lo termino.

—Conway. —Cambia su sonrisa por una cara de preocupación moderada—. Estoy intentando demostrarte que sé quién manda en este caso. Si necesitas que haga trabajo sucio, aquí me tienes.

—Gracias, estoy bien.

Tarda un momento en encogerse de hombros.

—Como veas. —Le echa otro buen vistazo a los correos, tomándose su tiempo, y los devuelve a la mesa—. ¿Y tú, Moran? ¿Necesitas salir un poco a que te dé el aire?

Gira los papeles de Steve hacia él en la mesa y los escruta con atención. Creo distinguir que es su parte del historial de correos, aunque juraría que estaba ignorándolos hasta que ha entrado Breslin.

—Qué va, tío, casi estoy. Si no he muerto ya de aburrimiento...

Breslin se encoge de hombros y le devuelve los papeles.

—Recuerda que yo me he ofrecido —dice señalándome con el dedo.

—Sí, tranquilo, lo recordaré. Que lo pases bien con las ex.

—Bueno, no me hago muchas ilusiones. Tendrías que haber visto a las dos

primeras. —Se sienta en su silla, hace un par de llamadas empalagosas para fijar las citas y vuelve a levantarse—. Y hoy tampoco voy a necesitar refuerzos —dice guiñándonos un ojo camino de la puerta—. No sé si pilláis el rollo... —Ambos desenfundamos automáticamente nuestras mejores sonrisas.

—¿Para qué ha venido? —quiere saber Steve cuando se va—. Podría haber llamado desde cualquier parte.

Sigue con la voz en modo inexpresivo, pero por lo menos está hablando, lo que en teoría debería reconfortarme.

—No aguantaba más tiempo sin ver tu bonita cara.

—Lo digo en serio. Ha venido solo a ver qué hacíamos. Y a intentar quedarse con los datos electrónicos. Otra vez. ¿Qué teme que encontremos?

—Me da igual —digo, y cuando hace ademán de abrir la boca—. ¡Que me da igual!

Steve pone cara de hastío, aparta el historial del correo y vuelve a lo que realmente estaba haciendo, sea lo que sea. Intento retomar por donde lo había dejado, pero he perdido la concentración; todo el *spam* se emborrona en un único anuncio infinito de Viagra. Siento un hormigueo por las piernas, que quieren levantarse y moverse.

Lo único que sigue pataleando débilmente en mi cabeza: la historia de Lucy sobre el novio secreto de Aislinn. Fue eso lo que desencadenó todo el invento de las bandas, y ahora que por fin nos hemos deshecho del invento, eso sigue pendiente y hay que darle una explicación. Pienso ahora, y debería haberlo hecho hace un par de días, que puede haber otras razones que expliquen el recelo de Lucy. Tal vez el novio secreto sea un hombre casado del teatro donde trabaja: al fin y al cabo, Aislinn conoció a Rory a través de ella; si conoció a alguien más, hay buenas posibilidades de que fuera de la misma manera y de que Lucy no quiera dramas en el trabajo si el otro se entera de que lo ha delatado. O puede que, como pensé en su momento, ni siquiera exista. Considero la opción de sacar a Lucy a rastras de su piso y atacarla con toda mi artillería para que reconozca que se inventó la historia del novio porque quería vengarse de un ex de Aislinn o asegurarse de que no descartáramos ninguna posibilidad. Así yo podría coger esta segunda vía moribunda y matarla y rematarla de una vez por todas.

Y es entonces cuando Steve levanta la cabeza como un resorte.

—¡Antoinette! —Se olvida hasta de hacerse el huraño.

—¿Qué?

Desliza por la mesa la hoja de una declaración. Las cejas le llegan a la mitad de la frente.

Bajo la vista hasta donde me señala. Es una fotocopia de las que hizo ayer, la coartada de uno de los clientes del taxi de Desmond Murray. La firma del agente del informe es un garabato, pero abajo aparece el nombre escrito a máquina: detective *garda* Joseph McCann.

Cruzo la mirada con Steve.

—¿Qué coño es esto? —pregunta en voz muy baja.

Irlanda es pequeña, el número de detectives no es muy grande, más raro sería que nadie relacionado con el caso Desmond Murray estuviese ahora en Homicidios. Eso explica, sin embargo, por qué Gary estaba deseando que me callara la boca: si me dedicaba a remover las cosas, me salpicaría de cerca. Pero, aparte de eso, soy incapaz de decidir, después de los últimos meses y a la luz agonizante de estas ventanas, si no es más que otro puñado de nada o debería disparar todas mis alarmas.

—Hay que comprobar el resto del expediente. Pásame la mitad.

Lo examinamos a toda velocidad, con un ojo puesto en la puerta. El garabato aparece por todas partes. Si ayer no hubiésemos andado con tantas prisas, no se nos habría pasado por alto: McCann, McCann, McCann. Y a él no lo llamaron para echar una mano durante el tirón inicial, como a Gary. Estuvo en todo el meollo del caso.

Aislinn adelantada sobre el mostrador, su cara dos ojos enormes y unos dedos que se retorcían, hablando sobre el detective que le dio una palmadita en la cabeza y le dijo: «Tienes unos recuerdos muy bonitos de él. No querrás que eso cambie, ¿verdad? A veces es mejor dejar las cosas como están...». Pudo haber sido McCann.

Steve tiene un buen puñado de hojas en la mano, como un tercio del montón inicial.

—Todo esto —susurra.

—Ya —digo levantando mi propio puñado del mismo tamaño—. Y esto.

Steve me lo quita de la mano, lo devuelve todo a la carpeta, la guarda en el cajón de la mesa y lo cierra con llave, todo como quien no quiere la cosa. No sé si meterme con él por ser un paranoico o decirle que se dé prisa.

—La gran pregunta es la siguiente: ¿se han coscado McCann y Breslin de que el papá perdido de Aislinn es el desaparecido de su antiguo caso?

Entrelazo las manos por detrás del cuello para detener su movimiento. No hay ningún refuerzo mirándonos.

—No lo sé. Escruté la cara de Breslin cuando le dije que en la caja había un expediente de una persona desaparecida y te juro que me pareció aliviado. *Si* hay algo que no quiere que averigüemos, no es eso.

—Le dijiste que habíamos repasado el expediente y no habíamos encontrado nada jugoso. A lo mejor le alivió que no hubiésemos visto el apellido de su compañero.

—¿Por qué? ¿Cómo iban a haberlo relacionado, si puede saberse?

—No sé, Breslin estaría hablándole de nuestro caso a McCann, le mencionaría el apellido de la víctima...

—Ya lo hemos dicho, que tiene que haber decenas de Aislinn Murray. ¿De veras crees que McCann se acordaría de un apellido tan corriente? ¿Diecisiete años después? Aislinn no era ni la desaparecida ni la persona de contacto de la familia, solo una niña pequeña, una secundaria.

—Él lo dio todo en la desaparición de Desmond Murray. Pudo habersele quedado

grabado.

—¿Y qué? En la desaparición no hay nada sospechoso, ni el menor asomo de duda. ¿Por qué iba a importarles que lo vinculáramos con nuestro caso?

Steve está meneando la cabeza.

—Bueno, nada sospechoso, salvo que los detectives no le soltaron ni una indirecta a la familia. Pongamos por caso que Breslin y McCann sabían que este último la cagó en su momento, ¿vale? Y que piensan que de algún modo pudo estar relacionado con el asesinato de Aislinn. O a lo mejor ni siquiera eso: no quieren que la cagada salga a la luz, y por eso están intentando meternos con calzador a Rory Fallon y deseando que nos lo traguemos.

No sé si será el cansancio, el calor, la falta de café decente o las capas de pelusa que envuelven mi cerebro, pero no sé decir si la historia tiene visos de realidad o solo me lo parece porque es Steve quien le da forma.

—Seguramente la cosa habría colado si tú no hubieses estado ese día en el mostrador de Personas Desaparecidas o no te acordaras. Quizá nunca habríamos sabido que Desmond desapareció, y menos aún que su hija intentó localizarlo.

Me encantaría creerlo. Si Breslin estuviera intentando fastidiar el caso, y no a nosotros (o sea, a mí) personalmente, si no hubiera ninguna banda involucrada, ningún policía corrupto, sino tan solo una estúpida cagada de hace diecisiete años de McCann que este no quiere que salga a la luz, entonces los tendríamos a los dos bien pillados, con grandes posibilidades de llegar a un acuerdo que nos beneficie a todos. Por un segundo lo siento recorriéndome el cuerpo: el peso de la sala levantándose de mis hombros y la bocanada de fuerza llegando a mis células como si fuera oxígeno: «A ver ahora quién se atreve a mangonearme, hijoputas». Por fin con la mejor mano de la partida y metiéndole las cartas por el culo a Roche hasta que esté meses escupiendo ases por la boca, y la brigada de Homicidios desplegando de una puta vez los encantos del lugar donde sueño con entrar todas las mañanas.

Lo malo es que no me lo creo, por mucho que lo intente. La sala vuelve a cerrarse sobre mí como un cepo: aire cargado y recalentado, Reilly escribiendo como si intentara domar el teclado a latigazos. Me estruja la fuerza que he sentido, la aplasta, la hace una bola y la tira lejos.

—Sí, estaría muy bien. Pero ¿por qué iba a importarles tanto a esos dos? Puede que no fuera muy bonito por su parte dejar a Evelyn Murray en la inopia, pero en realidad estaba siguiendo el manual. ¿Qué es lo peor que podría pasarle si saliera a la luz? «Ten, un ejemplar del protocolo de sensibilidad con los afectados. La próxima vez a ver si te lo lees». No es que vayan a mandarlo de vuelta a Seguridad Ciudadana, y menos después de tanto tiempo.

—Eso depende de por qué la dejaron en la inopia. A mí me da igual lo que diga tu colega Gary: es raro, Antoinette, y mucho. ¿Tú le hiciste algo parecido a alguna familia cuando trabajabas en Personas Desaparecidas? ¿Conseguir respuestas y luego quitarte de en medio sin siquiera soltarles una indirecta? ¿Eh?

Tiene la cabeza pegada a la mía y el apremio comprimido en su voz se me antoja estúpido, me da la sensación de ser una cría jugando a policía, con una placa de cartón y un montón de palabrería sacada de la tele. Me aparto.

—¿Y qué? McCann ni siquiera era el encargado del caso. Aunque su decisión fuera medianamente sospechosa, la responsabilidad no recaería solo en él.

—¿Cuánto lleva casado McCann?

—El año pasado Bernadette nos pasó una tarjeta de felicitación por no sé qué aniversario. Las bodas de plata, creo. ¿Por qué?

—Porque entonces ya estaba casado cuando trabajó en el caso. Gary dijo que muchos detectives se prendaron de Evelyn. ¿Y si McCann se quedó especialmente pillado? ¿Y si alargó el caso con tal de tener una excusa para seguir viéndola?

La calefacción y el traqueteo de las teclas están añadiendo capas de pelusa a mi cerebro, como un aislante. Me imagino cogiendo el teclado de Reilly y partiéndolo en dos contra la rodilla.

—Pero es que el caso no se alargó. Lo cerraron en cuanto encontraron a Desmond.

—Sí, bueno, al menos oficialmente... y hasta a nosotros nos pareció raro que no lo cerraran antes, ¿recuerdas? Pero quizá McCann le dijo a Evelyn que seguiría investigando en su tiempo libre, que permanecerían en contacto y él la iría informando. Quién sabe, lo mismo hasta hubo algo entre ellos..., o no. Pero, de una forma u otra, puede que a McCann no le interese que esto salga a la luz. Su matrimonio no está en plena forma, ¿verdad? Y tienen un puñado de críos, ¿no? Si la mujer se entera de que utilizó su trabajo para ir tras Evelyn Murray, podría utilizarlo en su contra...

—Para. Para, por favor —digo antes de darme cuenta.

En voz alta. Uno o dos refuerzos vuelven la cabeza, pero suelto un gruñido que les hace volver de golpe a sus asuntos.

Steve está mirándome de hito en hito.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No son más que imaginaciones —le digo, y me cuesta horrores no subir la voz—. ¿De verdad no lo ves? Todo, absolutamente todo lo que has dicho desde que nos llegó este caso te lo has sacado tú de la manga. Bandas, idilios, y la madre que me parió...

—Solo estoy aventurando teorías —dice sin apartar la vista—. En eso consiste nuestro trabajo.

—Sí, teorías, no cuentos de hadas de mierda.

—No son...

—Sí que lo son, Moran. Es justo eso. Vale, sí, todo es posible, pero no tenemos ni un ápice de prueba consistente. Y tú vendiéndome la moto de que Aislinn era una fantasiosa, que se inventaba historias para sentirse mejor en su vida de mierda, ¡pero tú estás haciendo lo mismo, joder!

Se muerde la lengua sin dejar de sacudir la cabeza. Me acerco, sintiendo que me clavo el pico de la mesa en las costillas, y le trituro las palabras contra la cara:

—Rory Fallon mató a Aislinn Murray porque se pelearon por cualquier tontería y él perdió los nervios. Breslin y McCann están jodiéndome porque quieren que me largue. Y el padre desaparecido no tiene nada que ver con todo esto. No hay historia emocionante que valga, Moran. Nada que pueda convertirte en Sherlock Holmes tras la pista de una mente criminal prodigiosa. No eres más que un currante en otra peleíta de novios, con tu brigada dándote por culo porque son unos soplapollas. Y punto.

Steve se ha puesto blanco alrededor de las pecas y respira con fuerza por la nariz. Por un segundo creo que va a levantarse y largarse, pero comprendo entonces que no es humillación: es rabia. Está furioso. Hace amago de decir algo, pero le pongo un dedo delante de la cara.

—No digas nada. Y yo tendría que haberme dado cuenta desde el principio... y de hecho lo sabía, lo sabía desde el principio, pero como soy gilipollas me he dejado llevar por ti y tu bonita historieta. Si este caso hubiera oído siquiera a algo bueno, jamás lo habríamos rozado ni con...

Steve se recuesta contra el respaldo.

—Dios Santo, no, eso no. «Todo el mundo me odia», «El mundo está en mi contra»...

—Me cago en... No te atrevas a...

—Es peor que trabajar con una adolescente *emo*. Nadie te entiende, ¿verdad? ¿Qué, vas a cerrar la puerta de tu cuarto y a ponerte de morros?

No consigo entender cómo ha llegado a vivir tanto, si se inyectará lejía en los oídos por las noches para abrasar el día y borrarlo de su cabeza y así poder seguir siendo un alma cándida.

—Puto malcriado de mierda. —Steve desencaja los ojos—. Con toda la imaginación que tienes y no eres capaz de ver que a lo mejor otros no lo tenemos tan fácil como tú.

—Ya sé que no lo tienes fácil, estoy aquí, ¿recuerdas? Lo veo a diario. Hay gente que te da por culo, vale, muy bien, pero eso no significa que todo lo que pase a tu alrededor sea solo una excusa para arrojarte a los lobos. No eres tan importante, joder.

Estamos forzando las voces para que parezcan tranquilas. A unos metros, donde están los refuerzos, debe de sonar a discusión de trabajo rutinaria. Y eso no hace sino empeorarlo.

—Mira, comprendo que te gustaría que me hiciera la tonta, Moran, lo pillo. Tu vida sería mucho más fácil si...

—Lo único que quiero es no tener que andarme siempre con pies de plomo, me cago en todo. Quiero dejar de hacer malabarismos para que estés de buen humor y no le arranques la cabeza al primero que pase...

Steve diciendo gracias cuando estoy de mal genio, hasta que acabo cediendo y soltando la risa que busca. Yo creía que era porque le gustaba el buen rollo, o incluso

porque le caigo bien y quiere que sea feliz. Me viene a la boca como agua de alcantarilla: en realidad me presionaba para estar feliz como una perdiz y que no le fastidiara las posibilidades de congraciarse con los de la brigada. Y yo he caído, una y otra vez, me he reído con él y me he sentido mejor con el mundo. Steve haciendo su bailecito y sus prestidigitaciones, tachán; y yo venga a aplaudir, boquiabierta y sonriente.

—Ah, por fin llegamos al fondo del asunto. Te encanta pensar que estás salvándome de mí misma, pero, a la hora de la verdad, lo haces para quedar bien con todo el mundo.

Echa la cabeza hacia atrás, exasperado, y me dice:

—Lo hago para no complicar las cosas diez veces más de lo necesario. Para ti y para mí. ¿Tan esmalltoso es? ¿Me convierte eso en una persona tan horrible?

—A mí no tienes que hacerme ningún favor. Tú lo que quieres es un gran abrazo colectivo y un final feliz, y puede que lo consigas, pero ambos sabemos que no será conmigo presente.

—No, desde luego —dice en su tono allanado; la rabia comprime sus palabras en pesadas lascas que van golpeando la mesa entre ambos—. Porque estás tan empeñada en arder en el infierno que lo conseguirías incluso aunque todo el Cuerpo te quisiera a muerte. Serías capaz de prenderte a lo bonzo, si hiciera falta. Y luego podrías darte palmaditas en la espalda y decirte que tú ya lo sabías desde el principio. Enhorabuena.

Intenta retroceder en la silla hasta su punta de la mesa, donde poder cabrearse en paz conmigo por lo cabrona que soy, pero no pienso dejarle irse de rositas. Lo agarro de la muñeca por debajo de la mesa.

—Ahora me vas a oír tú a mí —le digo en un tono un poco por encima del susurro, apretándole con tal fuerza que tiene que doler y me obligo a no seguir. Reilly ha dejado de aporrear el teclado y el silencio está atorándome los oídos y la nariz; me cuesta respirar—. Escúchame lo que te voy a decir, chupaculos de mierda. —Steve no se mueve ni intenta apartarse, pero me mira a los ojos sin pestañear, aunque por la línea que dibuja su boca sé que estoy haciéndole daño—. No tienes ni idea de lo mucho que quería que este caso estuviera relacionado con el crimen organizado. No puedes ni imaginártelo. Porque si hubiera algún clan involucrado, eso explicaría todo lo que está pasando: que Breslin quiera colarnos a Rory a toda costa, que el jefe nos esté acosando, que McCann intentara birlar el expediente de la desaparición, que Gary no quiera tocarme ni con un palo... Que todos intentaran proteger una investigación superior, o a un poli corrupto, o tal vez estuviesen en la nómina del clan, me da exactamente igual. Pero mi colega de la secreta dice que no hay ningún vínculo con el crimen organizado, nada de nada. —Me duele la garganta de tener que hablar en voz baja, como si se me hubiera atragantado algo y estuviese hinchándose por dentro—. ¿Y no ves lo que significa eso? Que Breslin y McCann están inventándose toda esta mierda *por, para y contra* mí, para joderme. No hay otra razón

posible. La pantomima con el fajo de billetes y las citas secretas, ¿quieres saber de verdad a qué venía todo eso? Breslin y McCann son tan corruptos como tú y yo. Pretendían que los persiguiera hasta que me metiese tanto en la mierda que me fuera imposible retroceder; y entonces ellos me sacarían y me pondrían a escurrir delante de O'Kelly: «Mire, jefe, ha estado pidiendo nuestros datos bancarios, pinchándonos los teléfonos, está chalada, es un peligro para la brigada»... Y misión cumplida: me voy a la calle. —Decirlo en voz alta me retuerce las tripas. Me lo había tragado todo, enterito y sin morderlo—. Y si la cosa ha llegado a eso, si hay gente como Breslin y McCann a la que no le he hecho nada, pero aun así tienen ese interés por deshacerse de mí, entonces estoy condenada, Moran. Acabada. No hay vuelta atrás. Esto solo puede terminar de una forma.

—Suéltame —dice Steve en voz muy baja pero firme.

Aflojo al momento. Le he apretado tanto que se me quedan los dedos agarrotados. Le he dejado marcas blancas en la piel.

Mi compañero se baja la manga de la camisa y luego se levanta, se pone el abrigo, coge los álbumes con las fotos de reseñas y se va.

Un par de refuerzos levantan la cabeza para ver como se marcha y luego me miran de reojo, con curiosidad. Les respondo con cara inexpresiva mientras escucho el aporreo de la sangre contra los tímpanos. Todo apunta a que me he quedado sin compañero. Tengo la impresión de que la sala entera está saltando, parloteando, burlándose de mí, jajajás metálicos martilleando por lo bajo, porque tendría que haberlo visto venir...

Agacho la cabeza y empiezo a pasar folios sin verlos. Entre el borrón general, saltan palabras al azar —*incoherente, muestra, través*— y vuelven a disiparse antes de que pueda entender a qué se refieren. Apesta a detergente líquido, a humo de tabaco rancio del abrigo de alguien, a manzana de ayer, medio comida, medio podrida.

No me viene todo de golpe: me entra como el lento frío de un catéter reptando por el interior de una vena.

Steve, presionando desde el principio para que persiguiéramos a toda costa la teoría del criminal inexistente, lo que podría haberme costado el caso y haberme convertido en un hazmerreír con patas. Steve, al que le encanta caer bien y está deseando integrarse en Homicidios, y podría conseguir ambas cosas con solo quitarme de en medio. Steve, en el coche camino del lugar de los hechos, preguntándome si pensaba aceptar la oferta de mi colega para trabajar de guardaespaldas.

Steve, yéndose solo a la cocina de Aislinn Murray, donde pudo haberle mandado un mensaje al roñoso de Crowley.

Se cuentan historias sobre él. Cosas nimias, de hace años, pero la gente no olvida. Cuando estábamos en la academia, oí rumores: decían que le hacía la mitad de los trabajos al hijo de no sé qué jefe de policía, haciendo la pelota para asegurarse un

buen destino en el escalafón policial. En su momento lo achaqué a las habladurías de los pueblerinos a los que les daba coraje que les superara un dublinés con aires de quinqui, y lo conocía tan poco que me daba igual si era verdad o no. Pero luego, en el primer caso que llevamos juntos, me enteré de más cosas. Steve había puteado al detective encargado de un caso para poder sacar brillo a su currículum, ganarse un par de favores y salir de las filas de los refuerzos para integrarse en una brigada. El que me lo contó lo hizo con segundas intenciones, así que decidí correr el riesgo, ignorarlo y confiar en mi compañero. Esa vez no me equivoqué.

Y esa vez él tenía mucho que ganar estando de mi parte. Buscaba la forma de entrar en Homicidios y empezaba a temer que nunca lo conseguiría. Un solo día de trabajo juntos y le puse la oportunidad en bandeja.

Yo creía que formábamos un buen equipo. Me gustaba que, cuando uno de los dos desmontaba la idea del otro, siempre acababa generando una nueva, nunca una vía muerta. Me gustaba que empezáramos a saber, sin necesidad de pensarlo, cómo hacer de contrapeso el uno del otro: el enfoque que íbamos a darle cada uno a un interrogatorio, cuándo hacerme a un lado y dejarlo a él trabajar, cuándo intervenir y cambiar el paso. Me gustaba la forma que tenía de hacerme ver mis mierdas, y no porque tuviera el ego enredado en los calzoncillos, sino porque esas mierdas en concreto se interponían en nuestro camino. Me gustaban las risas. Más de una vez, bastantes, me he sorprendido fantaseando como una penosa adolescente sobre nuestro futuro juntos: algún día nos llegarían los casos decentes, las geniales estratagemas que inventaríamos para atrapar a los astutos psicópatas, los interrogatorios que pasarían a los anales de la brigada. Conway, la sargentona, con los ojos empañados... Lo que se habrían reído los muchachos.

He sido un pelele. Cuando conocí a Steve, Homicidios ya me había dado un buen repaso; solo necesité un ápice de comodidad, un asomo de lealtad, para ablandarme por el alivio y desvivirme por meterlo en la brigada. Con razón trabajar con él me sentaba bien: más le valía que así fuera. Sé que Steve es el rey camaleón, que adopta la forma que los demás quieren ver, se lo he visto hacer a diario, pero no sé cómo me he convencido de que conmigo era distinto. Me doy ganas de vomitar.

Ya no tiene nada que ganar poniéndose de mi parte, eso se acabó, y ahora más bien tiene mucho que perder. El martilleo de los teclados, los golpes del viento contra la ventana, pim, pam, el cristal temblando en el marco. Me escuece cada poro de la piel. Cuando me llevo las manos a la cabeza, no siento el pelo como mío.

No puedo pensar; no soy capaz de distinguir si es una puta paranoia mía o simplemente la obvedad abofeteándome la cara. Dos años guardándome las espaldas, observando cada paso y cada palabra, en modo pelea todos los días a todas horas: tengo la intuición frita, apenas unas ascuas humeantes. Por un segundo, pienso incluso en llamar a alguien para pedir otra opinión; pero, aunque quisiera —y no es el caso—, esa opción no está sobre la mesa. Sophie, Gary, Pulgoso: da igual en quién piense, lo veo todo resbaladizo, doble, una imagen que parpadea a más velocidad de

la que mis ojos pueden registrar.

Reilly dice algo y rompe a reír secundado por su compañero, Stanton, con unas risotadas sin tapujos que parecen el principio de un ataque de risa. No puedo seguir en esta sala. Pruebo a llamar al número de Lucy: apagado. Rebusco desesperada en los papeles hasta que encuentro los datos de dos ex de Aislinn —nadie ha conseguido aún localizar al amor de verano, el estudiante de español— y me los guardo en el bolsillo. Acto seguido, me pongo el abrigo y me voy.

Aislinn sí que tenía vista para los hombres. Sus ex hacen que Rory parezca un auténtico parque temático de emociones fuertes. El primero es un contable de una empresa de informática vapuleada en su momento por la crisis —a la vista de la moqueta ajada y las humedades del techo—, aunque el bullicio de la oficina parece indicar que la cosa remonta. Conoció a Aislinn en la cola de una bocatería, cuando ambos tenían diecinueve años, y estuvo seis meses saliendo con ella, si bien ambos dejaron claro desde el principio que no buscaban nada serio; cuando se aburrieron, cada uno se fue por su lado, sin rencor ni «siempre podemos ser amigos». Recuerda vagamente a Lucy, pero nunca tuvo ningún roce con ella ni se le ocurre ninguna razón por la que pudiera haberla tomado con él. Es guapo, pero nada memorable, y parece buen tipo; cuenta que Aislinn era también una buena chica, con la que pasaba buenos ratos, que ahora tiene una buena prometida a la que llevó a un buen restaurante el sábado por la noche y que nunca se ha molestado ni en mirar el Facebook de Aislinn.

Puestos a comparar, el segundo ex es, si acaso, algo menos aburrido. Trabaja de teleoperador en un inmenso edificio de oficinas plantado en medio de un descampado en ninguna parte, genial idea de parque empresarial que se derrumbó con la crisis o pérdida fiscal cuidadosamente planificada. Cuatro de las cinco plantas están vacías; en la quinta hay un par de decenas de esclavos en un rincón que hablan demasiado alto porque no hay a quien molestar. El tipo me lleva a hablar a un despacho que hace esquina de algún ejecutivo, vacío y con una gruesa capa de polvo sobre el escritorio tamaño cama. Conoció a Aislinn a través de Lucy, hace cinco años, cuando aún seguía intentando abrirse camino como técnico de luces. Estuvieron saliendo ocho meses, y cuando él empezaba a creer que la cosa podría cuajar en algo especial, ella lo dejó alegando —y él la creyó— que era porque sentía lo mismo: la relación empezaba a tomar visos de realidad y, como tenía que cuidar de su madre enferma, no podía dedicar ni su tiempo libre ni sus energías a nada serio. Desde entonces cero, hasta que hace un par de noches la vio en el telediario. También perdió el contacto con Lucy conforme abandonó el mundo del teatro; pero en buenos términos, tampoco eran muy amigos ni nada, y no se molestaron mucho en seguir quedando. El sábado

por la noche estuvo en un concierto (comprobaremos su coartada, aunque no espero ninguna sorpresa). La conmoción, la tristeza y el tono de nostalgia de lo que pudo ser y no fue suenan auténticos, pero también la lejanía: Aislinn pertenece al pasado de este hombre. No andaba persiguiéndola para intentar reavivar la llama ni se cabreó al verla prepararse para una cita que no lo incluía a él.

Que es justo lo que esperaba. Las entrevistas han estado bien; la Enrollada ha conseguido que los ex se abrieran y contaran cosas que no tenían pensado compartir. Pero no me sirve de nada.

Vuelvo al coche atravesando un silencio amplio y frío, con el sonido del viento cogiendo impulso entre la hierba alta más allá de donde me alcanza la vista y avanzando como un rodillo por los campos vacíos, por encima de mí y más allá. Normalmente me pondría nerviosa —demasiada naturaleza me da repelús—, pero por lo menos ahora siento la claridad mental que buscaba esta mañana cuando he huido. Por primera vez en días, meses, soy capaz de pensar.

No puedo apartar la sensación de que es porque he eliminado a Steve de la ecuación. Sin él a mi lado —tirándome de la manga, protestando, señalándome en todas direcciones, rociándome con pequeñas murmuraciones que yo tengo que averiguar si son importantes o no—, por fin tengo espacio para ver las cosas con nitidez. Bajo todo eso, todos los quizás y los espejismos, solo hay dos cosas que merece la pena ver.

Rory Fallon, el pelele penoso. Él es todo lo que hay que ver en este caso. Y por eso la investigación no para de escupirnos grandes coágulos de nada: porque no hay nada más que averiguar.

Y lo segundo: es mi último caso en Homicidios. Puedo ganarle la partida a Breslin, McCann, Roche y toda la turba enardecida durante un día más, una semana, un mes si me apuras; pero, tarde o temprano, daré un paso en falso y caeré en su trampa. Me veo como una púgil, esquivando con requiebros los golpes cada vez más rápidos hasta que, en lo que dura un parpadeo, pumba, fundido en negro.

No pienso esperar a que me noqueen para darles la satisfacción a Breslin, Roche o quien sea de burlarse una última vez dando una vuelta de honor a mi alrededor. Me iré a mi manera. Terminaré este caso y lo haré como está mandado, atando a Rory Fallon tan fuerte que ni el mejor abogado defensor del país podrá librarlo, y me iré con la cabeza bien alta. Después llamaré a mi colega de la empresa de seguridad y le preguntaré si su oferta sigue en pie. Y, entre medias, en algún momento, mandaré a O'Kelly a tomar por culo y haré que Roche se trague sus propios dientes de un puñetazo.

Por un segundo me pregunto si, en mi afán por desbaratarlo todo, he podido malinterpretar a Steve. Me asalta la duda, aunque ya poco importa, de si ha estado precisamente intentando distraerme de eso: si quería impedir que me diera cuenta de que estaba acabada. Si en realidad al muy palurdo optimista sí que le gusta trabajar conmigo, como yo creía, y él también ha tenido las mismas ensoñaciones sensibleras

en las que los dos atrapamos al primo de Hannibal Lecter sin despeinarnos, nos tiramos de los puños de la camisa e intercambiamos un gesto de connivencia mientras nos dirigimos hacia nuestro siguiente caso, que solo podrían resolver los mejores. Me provoca un pinchazo tan fuerte que espero equivocarme.

El coche está frío. Incluso después del portazo, sigo oyendo el rodillo incesante de viento a través de una hierba demasiado crecida. Parte de mí quiere salir pitando de allí, pero tampoco se me ocurre ningún sitio al que tenga prisa por llegar.

Cuando regreso a la sala de operaciones, Steve no ha vuelto aún. Los refuerzos están almorzando y rajando de otra noticia que raja de polis. Breslin está en su mesa, retrepado en la silla y con los pies en alto, terminándose un hojaldre de salchicha y hojeando el *Courier*.

—Hombre —dice bajando las patas de la silla al suelo y lanzando el periódico en la mesa en cuanto me ve entrar—. Justo la mujer a la que estaba buscando. ¿Has estado haciendo algo interesante?

—Los ex de Aislinn —digo mientras me quito el abrigo—. Nada digno de mención. Comprobaremos las coartadas y los tacharemos de la lista.

Veo de reajo el titular de la portada del *Courier*: «¿Quién venía a cenar esa noche?». Alguien le ha contado a Crowley lo de la cita de Aislinn.

—Tengo que estirar un poco las piernas después de esto —dice Breslin bajando los pies de la mesa y dándose una palmadita en la barriga—. Vamos a darnos un paseo.

—Necesito pasar unas notas a ordenador.

—Eso puede esperar —dice, y añade en voz baja—: Lo mío no.

Es posible que vaya a ofrecirme una tajada en su actividad paralela imaginaria. No me molesto mucho en pensar si seguirle la corriente o no, puesto que lo mismo da, y si le hago caso por lo menos saldré de esta sala.

—Venga, vale —digo, y disfruto del parpadeo de sorpresa en su cara cuando me ve dar media vuelta e ir hacia la puerta.

—Bueno, pues he hablado con las ex de Rory —empieza a contarme ya por el pasillo.

Me pregunto dónde querrá que hablemos. Hasta esta semana no me había dado cuenta de la poca intimidad que tenemos. Hay gente entrando y saliendo de la cafetería, de la sala común, de los vestuarios; en las salas de interrogatorios hay cristales por los que observar y micros por los que escuchar. Nunca antes había reparado en la importancia de tener a la brigada de tu parte y de experimentar la misma unión y confianza con ella que con tu cuerpo para poder sobrevivir.

—¿Y?

Breslin sonrío burlón.

—¿Cómo dijo él? ¿Su tipo habitual es más «de andar por casa» que Aislinn?

Estoy seguro de que son todas muy buenas chicas pero, por Dios, me dieron ganas de llevármelas a todas a un programa de cambio de *look* y decirles a los estilistas que sacaran la artillería pesada. —Enfila las escaleras al trote—. ¿Sabes las rebecas esas con capucha como de pelo, un rollo étnico, que llevaban los estudiantes en los noventa para demostrarte que algún día irían de mochileo a Goa? Te juro que la última llevaba una de esas puesta.

—¿Y te han contado algo que merezca la pena?

—Sí y no. Todas dicen que Rory era un auténtico caballere: que nunca les pegó, nunca les gritó ni intentó controlarlas, tampoco ningún arrebató de celos cuando no se salía con la suya, nada de nada. —Dobla por el pasillo y abre mínimamente la puerta de la sala de operaciones E, la cutre que era antes un vestuario. Vacía—. Aquí.

Sujeta la puerta para dejarme pasar. Capto el mensaje: aquí, donde estaría ahora mismo si no fuera por él. Hace calor y sigue apestando a ropa deportiva sudada; en la pizarra minúscula hay un manchurrón, porque alguien usó el rotulador que no era, y todas las sillas parecen pegajosas. No me siento.

—Pero aquí viene lo interesante —dice Breslin cerrando la puerta al entrar—. Dos de las ex, incluida la más reciente, dicen que dejaron a Rory porque era demasiado intenso. Una en concreto habló de que «se implicaba demasiado»; la otra dijo que «se pasaba de vueltas». Pensé que lo decía en plan recatada, pero resultó que no hablaba de sexo: no tuvo problemas en tirárselo como si no hubiera un mañana en la segunda cita, bendita sea entre todas las mujeres. Los jóvenes no saben lo fácil que lo tienen hoy en día.

—¿Y entonces de qué hablaba?

—A grandes rasgos, cuando llevaban apenas unos meses, Rory empezó a pensar que vivían un gran romance épico mientras ella aún no tenía claro si quería una relación seria o no. Asegura que le gustaba bastante, pero que por entonces solo tenía veinticuatro años y lo único que quería era pasarlo bien y tener a alguien con quien mantener charlas intelectuales (está haciendo una tesis en literatura rusa), todo ello aliñado con mucho sexo. No estaba preparada para que él no dejara de hablar de lo maravilloso que sería dar la vuelta al mundo juntos. —Se queda escrutando la pared junto a la puerta, aparta una mota de algo y apoya la espalda—. No paro de oír que las mujeres se mueren por un hombre que no tenga miedo al compromiso, pero se ve que Rory se pasa de rosca.

Según el segundo ex de Aislinn, cuando la relación empezó a tomar cuerpo, ella salió corriendo, por mucho que lo achacara a su madre enferma.

—De modo que, cuando Rory nos dijo que lo suyo con Aislinn había sido amor a primera vista, no debemos asumir que ella sintiera lo mismo —digo.

—Exacto. ¿Te acuerdas de lo que contó sobre la cita en el Pestle? Que cada vez que él creía que estaban conectando como almas gemelas ella se cerraba en banda y él tenía que volver a encauzar la conversación. A mí eso me suena a que la otra parte interesada (ojalá tuviéramos su testimonio) se dijo: «Este hombre se pasa de vueltas,

pero, bueno, es un buen tipo y tengo que darle todas las oportunidades que pueda...».

—Lo que pasa es que eso no cuadra con lo que nos contó su mejor amiga —replico—. Estaba convencida de que Aislinn se había colado por él. ¿Y los mensajes en el teléfono sobre lo emocionada que estaba mientras se preparaba para la cita con Rory en casa? Eso no parece indicar que ella quisiera echarse atrás. Si él se involucraba demasiado, para Aislinn no suponía ningún problema.

Breslin saca su móvil (del tamaño de su cabeza y con una reluciente funda de acero inoxidable) y le da vueltas en la mano.

—He de reconocer una cosa: he estado toda la mañana pensando en si enseñártelo o no.

Puede que ayer hubiese mordido el anzuelo, pero hoy mantengo la boca cerrada y espero. Cuando comprende que no voy a suplicarle, suspira y vuelve a girar el móvil, que destella con vetas grises y aceitosas.

—En el fondo me gusta más el juego en equipo. La gente me ve como un gran encestador, pero en realidad soy un gran defensor del trabajo colectivo. Pero eso solo funciona si el resto de mi equipo trabaja igual. ¿Ves adónde quiero llegar, Conway?

—Hoy estoy espesa. Explícamelo con todo lujo de detalles, por favor.

Breslin finge considerarlo. A nuestro alrededor el calor y la peste están condensándose y convirtiéndose en algo sólido que nos presiona.

—¿Seguro que quieres saberlo?

—Me acabas de decir que tenías que contarme una cosa, así que sí, estoy segura de que quiero que lo sueltes de una vez y dejes de andarte por las ramas con indirectas.

Vuelve a suspirar y me dice, como si me hiciera un gran favor:

—Vale. Ahí va: abor das todas tus interacciones como si la otra persona fuera tu enemigo. Ambos sabemos que en algunos casos tienes razones de sobra para ello, pero incluso cuando no, te pones directamente a la defensiva. Eso crea un ambiente enrarecido en el que hasta el jugador más entregado a su equipo se lo pensará dos veces antes de compartir algo contigo.

En otras palabras: que es culpa mía que él haya estado ocultando pruebas a la encargada del caso. Aunque todavía hubiera razones para seguirle la corriente, a mí ya ni me va ni me viene.

—Mira, haz lo que quieras. Pero dímelo porque, si no, me voy a pasar a limpio mis notas.

Su respuesta es mirarme de hito en hito. No me da la gana de remedarlo. Me lo va a contar, está deseándolo. Lo único que quiere es ver si puede sacar algo a cambio.

—Conway —dice imprimiendo toda la paciencia exacerbada que puede—. ¿Has entendido algo de lo que te he dicho? Dime por lo menos que lo entiendes.

—Sí, que soy una bruja. Eso ya lo sabía. —Hago ademán de irme.

—Vale —dice Breslin apresurándose a pasar a un tono más amable—. Supongo que esta semana acabaré conociéndote lo suficiente como para saber calarte.

—Lo que tú quieras.

—Reilly, nuestro refuerzo. ¿Te acuerdas de que él se encargaba de conseguir las grabaciones del circuito cerrado de Stoneybatter? —Hace una pausa y retrocedo un paso—. Bueno —dice con un asomo de sonrisa para demostrarme que volvemos a ser amiguitos—, pues resulta que está hecho un lumbrera. Ya que estaba, consiguió todas las del último mes... o todas las que pudo, porque en algunas habían grabado encima. Y se quedó hasta las cinco de la mañana con el dedo en el botón de adelantar.

Será rastrero.

—Espero que tenga una buena razón para que me lo estés contando tú y no él.

—Bueno, bueno, no la tomes con el chaval. Tengo la sensación de que quería impresionarme. —Casi consigue reprimir la mueca rebosante de satisfacción—. No le hace daño a nadie. Cuando lleves unos años más en la brigada, ya verás como tú también tendrás a los novatos sacando músculo para ti.

Capto el mensaje: «Si es que duras unos años más».

—¿Qué ha visto?

—Aquí tienes un anticipo, es solo un corte pequeño que grabé de la pantalla. En la cinta hay más.

Trastea, pulsa y me tiende el teléfono. Lo cojo.

Una grabación borrosa en color, pero voy tan a menudo a comprar allí que lo reconozco al instante: el Tesco de Prussia Street. Y también identifico al tipo canijo que está cogiendo un botellín de Lucozade de la nevera y llevándolo a la caja automática. Ese perfil delicado, la inclinación de la cabeza, los hombros ligeramente encorvados, esos movimientos descontrolados con las manos: no hace ni dos días que estuve varias horas fijándome en todos sus detalles.

—Es Rory Fallon.

—Es él o un clon. Y mira esto.

Breslin se acerca, hace zum en la pantalla y aumenta el contador con la hora y la fecha: «21:08, 14/01/2015». Hace dos semanas.

—Rory nos dijo que el sábado por la noche había tenido que mirar en el móvil dónde estaba el Tesco más cercano.

—Así es. Y también quiso darnos la impresión de que nunca había estado en el barrio. —En la pantalla, Rory recoge el cambio de la caja automática y mira alrededor. Por un segundo clava en la cámara unos ojos muy abiertos, intensos y borrosos, como si me viera al otro lado—. Pero, como he dicho, esto es solo la punta del iceberg. Lo tenemos al menos otras tres veces este mes a pocos minutos a pie de casa de Aislinn. Este mismo jueves por la noche pasó en coche por delante de una cámara en Manor Street, mientras que el 11 de enero compró el periódico del domingo en el quiosco de la esquina y el día 5 se tomó una pinta en Hanlon's.

Rory retorciéndose mientras hablábamos de su excursioncita al Tesco. Yo creí que lo que lo inquietaba era solo ese tiempo muerto, pero había mucha más historia. No tuvo que buscar nada en el teléfono: conocía el barrio de memoria.

—Y eso sin contar las grabaciones que no haya visto Reilly, las que no captara el circuito cerrado y las de hace más de un mes. —Recupera su teléfono—. Esto es «pasarse de vueltas» y lo demás son tonterías. Ha estado actuando como un acosador.

—Eso parece.

—Desde luego no estaba llevándole comidas saludables a la población de la tercera edad de Stoneybatter. Si fuera por algo inocente, nos lo habría dicho. —Se guarda el teléfono en el bolsillo—. Bueno, ¿a que ha merecido la pena quedarse para verlo?

—Voy a tener unas palabras con Reilly. Y luego veré el resto de grabaciones y ordenaré que traigan a Rory, a ver cómo me lo justifica.

—¿Por qué no hablas en plural? Cómo *nos* lo justifica.

—Me apaño bien sola, gracias.

Breslin enarca las cejas.

—¿Sola? ¿Y Moran?

—No está.

—Ajá. Lo has mandado a sacudir árboles él solito, ¿no? Ya me parecía a mí que tu paciencia estaba llegando a un límite.

—Moran es bien capaz de hacer cosas por su cuenta. No necesita que yo lo coja de la manita.

Breslin me escruta, divertido.

—Ya te podía haber dicho yo que no pegabais ni con cola.

—No te lo he preguntado.

—A ese chaval solo hay que darle una decena de testigos, un cruce positivo de ADN y un vídeo del asesino en plena acción para que se tire un año asegurándose, de verdad de la buena, de que el malnacido no tiene un gemelo perdido, los testigos no estaban confundidos y nadie escupió en el ADN... por lo que pueda pasar. No lo critico, algunos casos hay que abordarlos así. Pero tú... tú eres más de zanjar las cosas.

—Sí, así es. Y por eso me voy a hablar con Reilly y a echar un vistazo a las grabaciones en vez de quedarme aquí a hablar de la vida.

—Joder, Conway, ¿puedes dejar la mala hostia por un minuto? ¡Que estoy de tu parte! Sigues tratándome como si yo fuera el enemigo. No sé de dónde te has sacado esa idea, pero me gustaría que la enterraras para siempre.

—Mira, Breslin, te agradezco que me hayas enseñado la grabación y todo ese rollo. Pero pienso asumir que todos los de la brigada son el enemigo hasta que tenga pruebas fehacientes de lo contrario. Seguro que puedes entenderlo.

—Desde luego que lo entiendo —dice Breslin, que abre la puerta una rendija y mira por el pasillo: no hay nadie—. Lo entiendo perfectamente. De hecho, mejor que tú. ¿Quieres saber qué es lo que cuentan de ti?

Se creará que me resulta tentador.

—¿Por qué no mejor das por hecho que es todo un invento y seguimos a partir de

ahí?

—Ya asumo que es mentira, descuida, pero aun así tienes que saberlo.

—Llevo treinta y dos años pasando como de la mierda de lo que digan los demás. Creo que no me costará seguir un poco más.

—No, no vas a poder. Porque cada vez que entras en la sala, cuando te crees que estás solo mirando el correo y bebiéndote un café, lo único que los muchachos oyen en su cabeza es esa historia. Por lo que a ellos respecta, esa eres tú. ¿Y qué me dices, te va bien así?

Quiere contarme la historia a toda costa. McCann y él se lo han currado para trasmitirme la idea de que no es más que un bonachón, salvo porque esa clase de ofrecimientos (espera, que voy a cogerte un trozo de vida y lo voy a reescribir a mi manera) nunca sale de nadie por pura bondad.

—Cuando necesite ayuda, te lo haré saber.

—Te escocerá, no te lo voy a negar. —Se ha enfundado su careta de compasión, pero ya la he visto antes en la sala de interrogatorios—. Entiendo que prefieras no encararlo de frente.

—No, no quiero, solo quiero encarar mis casos. E ir a hablar con Reilly.

Alargo la mano hacia el pomo, pero me bloquea el paso con la suya.

—¿Te acuerdas del encontronazo que tuviste con Roche en tu primera semana?

—Vagamente. Agua pasada.

—Ya, pero no: subestimaste a Roche. Le faltó tiempo para venir a contarnos que cuando estabas en Seguridad Ciudadana, tuviste una gran cagada. Que se suponía que tenías que vigilar a un camello mientras tu compañero registraba la casa, pero le quitaste las esposas al sospechoso para que fuera a mear detrás de un seto y este aprovechó para darse el piro. Luego le dijiste a tu compañero (Roche se cuidó de no dar nombres, es demasiado listo para eso) que si contaba algo de eso en el informe, lo acusarías de acoso sexual y dirías que se dedicaba a tocarte las tetas en el coche patrulla. —Breslin baja el brazo y da un paso a un lado, a conciencia, como para dejarme paso: no me muevo, tal y como él esperaba—. Y cuando tu compañero, pese a todo, te delató, tú te mantuviste firme y fuiste a ver a tu jefe. La mierda salpicó por todas partes, se reescribió el informe a tu favor, tu compañero no pasaría de radiopatrulla en la vida y a ti te concedieron tres semanas de baja, pagadas, para que te recuperaras del trauma. ¿Te suena algo de eso?

Las tres semanas que estuve haciendo de prima de Pulgoso. Y antes de eso, hubo un sospechoso (un capullo hasta las cejas de *speed*, del que ni siquiera recuerdo el nombre, tal fue la impresión que me causó) que se nos escapó a los dos. Mi compañero era un buenazo, pero de esos pocos inspirados con un **RADIOPATRULLA ETERNO** estampado en la frente desde el primer día. Está claro que Roche hizo sus averiguaciones para asegurarse de que la historia tuviera los suficientes visos de verosimilitud para que la gente se la tragara.

—El caso es que la mitad de la brigada lo cree. Y quieren que te largues cuanto

antes, no sea que le hagas esa misma jugarreta a uno de los nuestros. Y van muy en serio.

Me escruta con sus ojos entornados en busca de una lágrima, un temblor, alguna señal de que quiero pegarle una patada a Roche en la boca y que le salgan los dientes por la nuca.

—Yo tenía razón, podría haber sobrevivido perfectamente sin saberlo. Pero gracias, lo tendré en cuenta.

Abre los ojos como un resorte.

—Te lo estás tomando demasiado a la ligera, Conway.

—Roche es un carapolla. Pero no es que sea una novedad para mí, precisamente. ¿Qué quieres, que me desmaye, que lllore?

—Me ha costado decidirme a contarte esto. Yo soy una persona muy leal. Hay muchos que lo verían como una traición a la brigada..., que es mi vida. Me gustaría que por lo menos mostraras cierta gratitud por lo que acabo de hacer.

Si esto sigue un minuto más, me lo veré echando espuma por la boca del supuesto cabreo y luego tendré que limpiarlo todo antes de poder volver a la tarea.

—Te lo agradezco de veras. Lo que pasa es que no entiendo por qué me lo cuentas.

—Porque alguien tenía que hacerlo. Tu compañero debería habértelo dicho hace meses... Venga, Conway, claro que Moran lo sabe. ¿Te crees que Roche iba a dejar que pasara aquí una semana sin arrinconarlo para decirle que se había metido en la boca del lobo? —Sigue buscando una reacción en mí, con esos ojos voraces de poli por encima de su mueca burlona; pretende acabar conmigo llorando como una magdalena y abriéndole mi corazón, o bien pegándole a las paredes, o ambas cosas. Qué desperdicio, la energía que está echándole—. Se supone que los compañeros están para guardarte las espaldas. No estaríamos teniendo esta conversación si Moran hubiera hecho lo que debía, joder.

—A lo mejor pensó que no había necesidad de que yo lo supiera.

—¿De qué coño hablas? Está claro que tenías que saberlo. Necesitabas saberlo ya... No, qué coño, tenías que haberlo sabido hace meses. Te quedan dos telediarios aquí, ¿lo pillas, Conway? —Está invadiendo mi espacio, con esa forma que tiene de acechar a los sospechosos que están al borde de la confesión—. Todavía te queda un cartucho, pero es el último. Si dejaras de mirarte el puto ombligo y de tratarme como si fuera el enemigo, podríamos darle carpetazo al caso para finales de semana. Y podría hablar bien de ti en la sala y, bueno, para qué negarlo, mi palabra tiene cierto peso. Y luego, si pudieras comportarte con cierto civismo con los demás, se te acabarían los problemas y te convertirías en una gran baza para la brigada... Y, como he dicho, para mí eso es importante. Pero si sigues dándome de lado porque tienes algún extraño complejo de mártir, entonces este caso se va a ir a la mierda y yo no estaré ahí cuando se hunda, porque no me gusta que me relacionen con casos que se van a la mierda. Y entonces, por no andarnos con finuras, estarás jodida. —Vuelve a

apoyarse en la pared y se mete las manos en los bolsillos—. Tú verás. —El caballero con su armadura resplandeciente dispuesto a rescatarme si me dejo.

Pero a mí no me rescata nadie. Puedo aceptar ayuda sin problema, igual que he hecho con Gary y Pulgoso. Los rescates (cuando es la tercera vez que te hundes, lo has intentado todo y nada es suficiente), los rescates son otra cosa.

Cuando alguien te rescata, pasas a ser de su propiedad. Y no porque contraigas una deuda, eso puede solucionarse con un buen puñado de favores y botellas de priva con lacitos. Eres de su propiedad porque dejas de ser el personaje principal de tu historia y te conviertes en el pobre perdedor con problemas/damisela en apuros/socio valeroso al que salvó del peligro/la deshonra/la humillación el brillante, valiente y compasivo protagonista, y este último es el que decide entre las distintas alternativas, porque tú ya no diriges la historia, eso se acabó.

Me he equivocado con Breslin desde el principio: no pretende hundirme, al menos no necesariamente: lo que quiere es adueñarse de mí.

Para eso estaba ablandándome McCann, con el rescate de mi hoja de declaración y su discursito del corazón de oro. Puede que Breslin esté tramando algún cisma en la brigada (él contra Roche) y quiera formar su bando. Tal vez tenga noticias de que el jefe está a punto de jubilarse (su chico de oro lo sabría) y quiera hacer puntos para el puesto devolviendo a la chica descarriada al rebaño. Quizá ni siquiera tenga nada en concreto en la cabeza, simplemente me ve como una oportunidad fácil que puede serle útil en algún momento, más adelante.

Me echaría a reír si me quedaran energías. No le seré de utilidad a nadie, al menos en esta brigada.

Breslin tamborilea sobre el bolsillo donde tiene el teléfono.

—Conway —dice en tono más amable—. Recuerda que no tenía necesidad de contarte esto. Podría haber empapelado yo solito a Rory y haberme llevado todo el mérito. Si te lo he dicho es porque creo que lo mejor para todos es que cooperemos. Para el caso, para la brigada, para ti... y sí, para mí. —Sonríe, con el punto justo de afecto paternal y respeto profesional—. Asímelo, Conway: tú y yo hacemos buen equipo. El domingo por la tarde se nos dio muy bien con Rory. Y con esto —otra vez el teléfono— podemos hacer mucho más.

Me dispongo a decirle dónde puede meterse su operación de rescate cuando de pronto comprendo que da igual: ya no tengo por qué preocuparme de que Breslin me rescate, se adueñe de mí, me hunda ni ninguna de esas mierdas enrevesadas; no importa lo que quiera hacer conmigo porque ya no estaré aquí para verlo. Tiene razón, no hacemos mal equipo y de pronto soy libre para aprovecharme de esa circunstancia, sin tener que comerme la cabeza sobre las consecuencias, como el propio Rory Fallon. Esto de dejar el curro es divertido, ojalá se me hubiera ocurrido hace meses.

—Vale, venga, eso haremos. Pero no le hablamos de las grabaciones hasta que yo dé la señal. Prefiero reservármelo.

—No hay problema. Tú decides. —Me sonrío de oreja a oreja—. Verás qué divertido, Conway. Cuando se lo enseñemos a Rory, se lo va a hacer en sus bragas de volantes.

—Es mejor aún —digo, y me mira con una ceja inquisitiva en alto—. Hemos estado buscando un móvil o al menos algo que pudiera haber desencadenado la agresión, ¿verdad?

Suelta aire por una comisura del labio.

—Bueno, lo habrás estado buscando tú. A mí sigue dándome igual por qué lo hizo mientras podamos demostrar que lo hizo.

—Rory llega a casa de Aislinn, de punta en blanco para la gran noche. Ha llegado un poco antes de la cuenta, pero no pasa nada. Ella le hace pasar y están encantados de verse. Y luego, da igual cómo, Aislinn descubre que él ha estado siguiéndola, puede que él dijera algo y ella se diera cuenta de que conocía el barrio demasiado bien. O tal vez le menciona que lo ha visto por la zona y él no tiene agilidad para justificarse.

Sienta bien esto de inventarse historias. Ahora entiendo por qué está todo el mundo tan enganchado. Veo la escena entera ante mis ojos como si fuera otro corte de un vídeo, pero esta además puedo manosearla y moldearla hasta que me encaje todo a la perfección.

—El caso es que Aislinn no está contenta. Ya había tenido sus dudas sobre la intensidad de Rory, pero las había desechado. Sin embargo, esto lo retrata como el colgado pillado que es, y cuando le pide que se vaya, a él se le va la cabeza.

Breslin tiene los labios fruncidos y no para de asentir.

—Me gusta. Sí, sí. Conway, creo que vas muy bien encaminada. Sabía que debía tener fe en ti por algo.

—A ver qué piensa Rory.

Me dedica una gran sonrisa afectuosa, como si yo fuera lo mejor que se ha echado a la cara en meses.

—Anda, vámonos, que aquí huele a mierda.

Podría haberme bebido el aire del pasillo de un trago después de la porquería que hemos estado respirando. Breslin cierra la puerta de la sala con un nítido portazo desdeñoso que significa: «Ya no tendrás que volver más aquí».

De regreso a la sala de operaciones, llamo a Rory y le pregunto, en términos extremadamente cordiales y desenvueltos, si le importaría echarnos una mano viniendo a la jefatura para una charla rápida. Estoy preparada para desmontar un puñado de excusas sobre no poder dejar desatendida la librería, haber quedado o no encontrarse bien, pero se deshace en asentimientos y dice que vendrá ahora mismo. Se muere por demostrar que está de nuestra parte, pero estoy tan poco acostumbrada a que las cosas sean fáciles que me parece antinatural, casi inquietante, como si el

mundo se hubiese deslizado hacia un lado y no pudiera volver a la realidad. Necesito dormir, y mucho.

Steve sigue sin volver. Sorprendo un piloto automático en mí que en realidad desea que aparezca antes que Rory: tendré que empezar el interrogatorio con Breslin, por eso de que me ha traído las grabaciones, pero puedo cambiarlo por Steve antes del empujón final: le sacaremos juntos la confesión a Rory, le demostraré al alma cándida de mi compañero que yo tenía razón desde el principio, me pedirá perdón, nos iremos a tomarnos una pinta y todo volverá a la normalidad. Pero aquí es cuando mi cerebro me da alcance y me recuerda que las cosas ya no van a volver a la normalidad, nunca más. La sala oscila, entre saltitos y balbuceos, el zumbido de los ordenadores elevándose como sirenas.

Cuando le digo por señas a Reilly que se acerque a mi mesa, ni siquiera se molesta en esgrimir una disculpa falsa, se limita a poner ojos porcinos e inexpresivos y mirar detrás de mí, esperando a que termine. Estaba preparada para comérmelo vivo, pero, al ver esa cara que apenas disimula la burla, solo puedo pensar en Steve: en cuando, en ese viejo caso de hace unos años, cogió esa información crucial y se la colgó como un galón en lugar de llevársela al encargado del caso. Reilly me da asco. Ya no lo quiero ver hecho papilla, solo quiero que salga de mi vista. Cuando le digo que vuelva a la central general, su cara, con la burla arrancada de cuajo y la quemadura en carne viva que le dejan la rabia y la humillación, ni siquiera me produce una pizca de satisfacción. Los demás refuerzos fingen estar concentrados en su trabajo mientras él recoge sus cosas y se va, dando un portazo al salir. Breslin está repantingado ante su mesa y me mira, con los ojos entornados y un bolígrafo entre los dientes, deseando decirme si he hecho bien o mal. No le pregunto.

En la grabación se ve justo lo que me ha contado: Rory merodeando por Stoneybatter cuando no tenía por qué estar allí. Le digo a Meehan que vaya a buscar todo el metraje del circuito cerrado de diciembre que pueda conseguir, o lo poco que quede, y me pongo entonces a reparar las imágenes. Voy entresacando los mejores planos de Rory, con la indicación de la fecha y la hora, y los imprimo.

Suena el teléfono de mi mesa: Bernadette, que ya ha llegado Rory Fallon.

—Ya está aquí —informo a Breslin.

—Vamos al lío —dice echando hacia atrás la silla—. Nos vemos, chicos, volveremos con una buena cabellera.

Los refuerzos levantan la vista y asienten, en un gesto raudo, no sea que les arranque la garganta si establecen contacto ocular conmigo. En mi pantalla se ve a saltos una calle borrosa de Stoneybatter, en blanco y negro —un corredor congelado en una esquina y teletransportado en un santiamén a la otra punta; un pastor alemán sorprendido en plena meada que desaparece sin más—, hasta que pulso STOP. Los ordenadores, la pizarra y los refuerzos se inflan y se encogen por los bordes, como una tela ligera bajo el agua, alejándose cada vez más.

Rory se presenta en un estado aún más penoso que el domingo. Sigue teniendo el pelo como una plasta, los ojos inyectados en sangre y la piel de un blanco reseco y estropajoso. Huele a ropa que ha pasado demasiado tiempo en la lavadora. Nada más vernos, su cara se contrae en una sonrisa, pero es un reflejo nervioso y mecánico. Va a ser divertido relajarlo para poder sacar algo en limpio.

Empezamos por llevárnoslo a la sala de interrogatorios buena, la que usamos para los testigos conmocionados y los familiares de las víctimas. Es muy cuca: pintura amarillo pastel, sillas que no te quieren ver muerto, un hervidor y una cestita con sobrecitos de café instantáneo y té, en plan hotel. La llamamos Mi Primera Sala de Interrogatorios. A pesar de los nervios, Rory nota la diferencia: se relaja lo suficiente como para quitarse su segundo mejor abrigo y colgarlo con delicadeza en el respaldo de la silla. Debajo lleva vaqueros y un jersey beis holgado, veinte euros de depresión tejida.

—Vamos a finiquitar el papeleo antes de nada —dice Breslin acercándole por la mesa un bolígrafo y la diligencia informativa con sus derechos.

Como el Entrenador es el que intimida, va pertrechado con una gran carpeta con todo lo que puede necesitar, además de folios blancos para rellenar. La Enrollada está de parte de Rory, a muerte con él, así que solo llevo mi libreta y un boli.

—Lo siento, ya sé que la firmaste el otro día, pero hace falta repetir el proceso cada vez. No estás obligado a decir nada que no quieras, pero quedará constancia de todo lo que digas y podrá utilizarse como prueba en un juicio. Igual que la otra vez. ¿Estás de acuerdo?

Rory lo firma sin leer.

—Gracias —dice Breslin a través de un bostezo y un estiramiento con despliegue de pectorales—. Necesito un café de verdad, no esta porquería instantánea. ¿Rory? ¿Antoinette? ¿Qué os traigo?

En otras circunstancias le habría dicho que se dejase de mierdas y no me llamara por mi nombre de pila, pero sé adónde quiere llegar.

—Ay, Dios, sí, café de verdad. Solo, sin azúcar. ¿Y te importa ver si encuentras unas galletitas o algo? Estoy muerta de hambre.

—Voy a saquear las reservas de O’Gorman —dice con una sonrisa—. Siempre compra calidad, no las cutres esas de Rich Tea. Rory, ¿qué quieres tú?

—Hum... eh... —Un parpadeo perplejo mientras intenta averiguar las potenciales implicaciones de las bebidas calientes—. Un té estaría... No, un café. Con un chorrito de leche, por favor.

—Sus deseos son órdenes para mí —dice Breslin, que se levanta de la silla con un gruñido—. Podría pasarme una semana durmiendo. Es este tiempo asqueroso. Un rayito decente de sol y seré otro hombre.

—Ya que estás, mira en la mesa de O’Gorman a ver si tiene un par de billetes para Barbados.

—Como sea verdad, nos largamos de aquí. Rory, ¿has traído el pasaporte?

El pobre intenta enterarse y hace por sonreír, pero va con un retardo de varios segundos. Breslin nos dedica una bonita sonrisa camino de la puerta.

Me recuesto en la silla y estiro las piernas al tiempo que me suelto la goma del pelo para rehacerme el moño mientras esperamos.

—Uff, vaya días más largos. ¿Cómo lo estás llevando?

—Bien, bueno... Es mucho que procesar. —Está en guardia; no ha olvidado que soy la poli mala que no le contó que habían matado a Aislinn. Steve lo tendría hablando como en su casa en cuestión de minutos.

Pero no es el único que puede hacer de buenazo.

—Sí, desde luego. ¿Quieres que te pida una cita con el programa de Apoyo a las Víctimas, para que puedas hablar con alguien? Se dedican a eso, a ayudar a la gente a superar este tipo de cosas. Se les da muy bien.

—No, gracias.

—¿Seguro?

—Sí. Me recuperaré. Yo solo... lo único que necesito es saber qué pasó. Lo necesito.

—Sí, claro —le digo con una sonrisa atribulada—, todos lo necesitamos.

Rory osa mirarme por un momento.

—¿No...? ¿No lo saben todavía?

Suspiro y me dedico a masajearme la cabeza con el pelo todavía suelto.

—Si te soy sincera, no, todavía no. Hemos seguido un montón de líneas de investigación y, bueno, no puedo entrar en detalles, pero básicamente ninguna nos ha llevado a ninguna parte. Por eso estamos volviendo a llamar a los allegados de Aislinn: tenemos la esperanza de que alguno pueda darnos ideas frescas, para volver a poner el balón en juego.

—Yo solo la conocía de un par de meses —dice Rory todavía receloso.

—Ya, ya lo sé. Pero la conexión que teníais Aislinn y tú, eso cuenta más que años en el mismo trabajo hablando solo de vídeos de gatitos del YouTube. —Me sale bien el tono: sin jarabe, directo, claro y natural—. Tú la entendías. Quedó patente la última vez que hablamos. No estabas saliendo solo con una rubia que usaba maquillaje del

bueno; tú veías más allá de eso, su auténtico yo.

—Esa sensación me dio —murmura.

—Pues eso es muy valioso, ¿sabes? Yo no voy a poder conocer a Aislinn, así que dependo de lo que la gente como tú me muestre sobre quién era ella. Y es la única manera de averiguar qué le pasó. —Se me ha olvidado volver a recogerme el pelo; estoy demasiado metida en la conversación y en el modo charla extraoficial—. Y yo diría que tú no has pensado en otra cosa en el último par de días. ¿Me equivoco?

Rory se muerde el labio y, después de tomarse un momento, responde:

—Más o menos, sí.

—Y en el último par de noches. —Asiente—. No, tranquilo, yo sé cómo es. Al principio te parece que te han arrebatado la vida entera, ¿verdad? Y que no vas a volver a levantar cabeza.

Se le cortan a la vez el aliento y el cansancio. Echa los hombros hacia delante y mete los dedos por debajo de las gafas para frotarse los ojos.

—Es que no he dormido. Llevo fatal no dormir, pero no he podido... Me he pasado horas yendo de un lado a otro del salón... Las piernas me están matando. Anoche a altas horas hubo un altercado en mi calle, un hombre gritando, y creí que iba a darme un infarto, que me moría allí mismo, apoyado contra la pared. No he podido ni abrir la tienda ni salir de casa, no sea que haga el ridículo desmayándome si alguien cierra la puerta de un coche más fuerte de la cuenta. —Me lanza una mirada que en teoría es desafiante—. Supongo que creerá que es patético.

Sí, por supuesto, pero aún creo más que puede sernos útil.

—¿Yo? —le pregunto asombrada—. Madre, no. He visto a mucha gente pasar por esto. Y lo que me cuentas está a la orden del día.

—Cuando me llamó... en realidad sentí un gran alivio, ¿sabe? Y sé que es una ridiculez, pero lo único que he pensado es que así no tendría que pasarme el día... —Se le quiebra la voz y se lleva las yemas de los dedos a la boca.

—Tú también me has hecho un favor a mí —le digo con la dosis justa de compasión en mi sonrisa—. Con este tiempo que hace, prefiero estar aquí que andar interrogando a la gente de puerta en puerta.

—No puedo pensar en otra cosa..., en cómo pudo pasar. Me he montado decenas de películas posibles. Por eso soy incapaz de dormir. Cuando cierro los ojos, me vienen todas.

—Aleluya —digo en tono sentido. Cuando Rory levanta unos ojos que se agrandan, añado—: Eso mismo hacemos nosotros. Nos inventamos teorías sobre cómo pudo pasar y luego intentamos que cuadren con los hechos. Pero esta vez no encaja ninguna y he de admitir que he agotado todas mis teorías. Y he estado volviéndome loca intentando imaginar otras. Si se te ha ocurrido alguna, por lo que más quieras, cuéntamela.

Steve se partiría de risa si me viera allí mendigando todas las fantasías mierdosas de *quizá, entonces, a lo mejor* que pueda soltarme este tío. Es pensar en mi

compañero y sentir un puñetazo por debajo de las costillas que hasta me altera la respiración.

Rory consigue esbozar una sonrisilla velada.

—¿Tiene tiempo?

—Hagamos una cosa: tú empieza con tu mejor apuesta, la que, en tu fuero interno, creas que pudo suceder de verdad. Si suena bien..., joder, te deberé un gran favor. Y si no cuaja y este hombre sigue sin volver con el café, me vas contando la siguiente, a ver qué pasa.

Me mira como si todo fuera una broma y solo quisiera reírme de él.

—¿En serio?

—Pues claro que sí, hombre. Te lo he dicho: te hemos llamado porque necesitamos toda la ayuda posible. Todo lo que puedas contarnos será mejor que una tonelada de nada. A no ser que me digas que fueron los extraterrestres.

Esta vez la sonrisa es casi auténtica.

—Extraterrestres no, lo prometo. —Me incorporo en la silla y abro la libreta, preparada para cosechar todas las perlas de sabiduría—. A ver, esta es la que más se me repite. Lo que pasa con Aislinn... —Le tiembla la voz al decir su nombre. Se quita las gafas y se las limpia, lo que nos convierte a mí y el cuarto en un borrón suave con el que es más fácil hablar—. Lo que hay que saber para entender a Aislinn es que era de esas personas que te incitan a la ensoñación. Cuando estabas con ella, acababas tú también inventándote historias. —Tiene la espalda casi recta; he conseguido hacerlo sentir en casa—. Yo me preguntaba si se debía solo a que era una soñadora..., que claro que lo era..., los que somos así sabemos distinguir a otro nada más verlo... Pero era algo más. No le importaba colarse en tu ensoñación y acompañarte en el paseo. Disfrutaba.

Está sonándome a patraña de la buena: a nadie le gusta que lo conviertan en parte de una fantasía ajena. Si se me ve en la cara, Rory no lo distinguirá sin gafas, pero, como si me hubiera leído el pensamiento, dice:

—Es verdad. Mire, para que se haga una idea: cuando fuimos a cenar, le conté que tenía la sensación de que nos conocíamos de toda la vida. Y ella me dijo que sí, que sentía lo mismo... y añadió algo en plan: «Lo mismo nos conocimos en algún momento. Este país es un pañuelo...». A lo que yo dije: «Quién sabe, a lo mejor jugamos juntos cuando éramos pequeños. Con seis años, en unos columpios, un otoño. Tú ibas con tu muñeca»... Y Aislinn no paraba de sonreír y me contó que siempre iba a los columpios con su muñeca, una muy vieja y sucia que se llamaba Caramel. Así que le dije: «Lo mismo la dejaste en un banco para que te viera mientras te columpiabas y yo estaba en el columpio de al lado. Y luego vino otra niña y creyó que Caramel estaba abandonada y se la llevó»...

Acordarse del nombre de la muñeca habría sido de lo más entrañable en el discurso del banquete de boda, pero, en este contexto, la cosa se pasa de inquietante. Y está como sonriéndole vagamente a la Aislinn de su recuerdo.

—Me inventé un cuento entero. Que si los dos vimos cómo la otra niña se llevaba la muñeca y nos escapamos de nuestras familias y la seguimos a ella y a su madre en el autobús hasta el centro, las perseguimos por O’Connell Street, hasta las galerías Clerys... Y allí nos siguió un *garda*, pero le dimos esquinazo y nos escondimos bajo un paraguas gigante y evitamos un robo poniéndole la zancadilla a un carterista con la punta del paraguas... Y resultó que acababa de robar la cartera de la madre de la otra niña y se mostraron tan agradecidas con nosotros que no tuvieron problema en devolverle la muñeca a Aislinn. Y su madre y ella nos llevaron de vuelta a casa en un carro tirado por caballos.

Hostia puta. Para entonces yo ya habría salido corriendo del restaurante y estaría llegando a mi casa y hablando por teléfono con mi colega Lisa, partiéndome el culo y jurando no volver a tener una relación en la vida.

—Ahora entiendo cuando decías que la cita iba viento en popa —comento sonriendo a mi vez—. Tuvo que ser una maravilla.

—Lo fue. Sé que debe sonar tonto, pero en el momento me pareció... —Levanta la barbilla, desafiante—. Me pareció mágico. Como si realmente la historia hubiera sucedido, aunque ambos la habíamos olvidado, y al contarla volviera a cobrar vida. Aislinn reía, y añadía cosas, y no paraba de decir: «Debíamos de tener mucha hambre, así que lo mismo el hombre del puesto de rosquillas de O’Connell Street nos dio unas cuantas» y «A lo mejor un perro se acercó a olerlos bajo el paraguas y le lanzamos un trozo de rosquilla para que no nos delatara»... Lo que decía antes, que no le importaba que me inventara historias, que incluso las alentaba. Sacaba el lado más fantasioso de la gente.

Lo cuenta como si fuera todo tan irreflexivo y adorable como una sonrisa: ya me veo a Aislinn caminando entre margaritas y lanzando rayos de ensoñaciones felices allá donde iba. Yo no lo tengo tan claro. Pienso en ella aquel día en Personas Desaparecidas, acribillándome con toda su artillería para poner mi mente a hilar historias: el misterio, las lágrimas, los datos escogidos sobre cómo era su padre, los recortes de una memoria infantil. Si hubiera picado, y tal vez lo habría hecho si la historia de papaíto no me hubiera puesto de mala leche, me habría mostrado más abierta a darle lo que quería: «Y entonces la detective madrina resolvió el problema de la huerfanita y todos vivieron felices y comieron perdices». Con Gary le funcionó. Aislinn sabía cómo utilizar su don.

A mí no me la coló. Le hago una peineta en mi mente y le digo a Rory:

—Y tú crees que eso pudo tener algo que ver con lo que le pasó.

Asiente con vehemencia.

—Sí, sí. Lo que pasa con las ensoñaciones es que no duran. Solo hay que rozarlas con la realidad para que se desintegren. Sé que para alguien como usted debe de sonar fantasioso y ridículo, pero yo lo comprendo bien.

Un tajo repentino en su voz y una luz aguda en los ojos; casi tan rápido que, de no haber estado alerta, no lo habría visto. Rory no es todo nubes esponjosas y finales de

cuento; está relleno de algo sólido y afilado por el centro. Igual que Aislinn. Esa combinación que los hacía la pareja perfecta acabó volviéndose en su contra.

—Para alguien como yo no es un problema. Me paso la mitad del tiempo con la cabeza en las nubes, siempre he sido así. Y soy consciente. —Otra vez ese tono afilado—. Así que cuando choco contra la realidad y se me explota la burbuja, tampoco es el fin del mundo. Estoy acostumbrado. En el fondo, lo espero desde el principio.

Lo que me huele a explicación tangencial de por qué no pude ser yo, se lo juro, detective. Es un recurso común. Que normalmente utilizan los asesinos. Yo sigo asintiendo, superconcentrada en todas estas valiosas aportaciones de su percepción.

—Pero hay mucha gente que no es así —sigue—. Cuando era más joven, me costó darme cuenta: hay gente que pasa todo el tiempo centrada en lo que ocurre de verdad.

—Sé de lo que hablas —le digo, y como en confidencia—: Hay un montón de polis así. Sin imaginación.

Eso me granjea una media sonrisa automática, pero está demasiado absorto en su historia para prestarme atención.

—Así que si un hombre así tropezara con Aislinn, tal vez no estuviera preparado para que, casi con seguridad, su burbuja estallase en algún momento. Y cuando lo hizo...

—Ah, ya veo por dónde vas —digo poniendo ceño de concentración—. O por lo menos, eso creo. Cuéntame cómo te lo imaginas. Con detalles.

Rory dibuja figuras en la mesa con la yema de un dedo.

—Yo creo que fue alguien —dice lentamente— del que tal vez ni siquiera tengan noticia porque no se relacionó mucho con ella. Ponga que se conocieran en una discoteca, o en algo del trabajo, y se pusieran a hablar. A lo mejor él consiguió su número de teléfono y quedaron para tomar una copa, o quizá no llegó ni a eso. Pero a él se le disparó la cabeza montándose historias y se intoxicó con esa sensación, sobre todo porque, para él, era toda una novedad.

Breslin debe de estar ya en la sala de observación, poniendo cara de hastío y murmurándome entre dientes que avance, mientras nuestros cafés se enfrían. Pues que vaya haciendo varias respiraciones profundas. Si Rory necesita todo el día para convencerse de esto, pienso dárselo.

—Y luego, por alguna razón, Aislinn decidió no profundizar más en la relación. —Rory levanta la vista para mirarme; está presionando los dedos contra el tablero de la mesa—. Si no está uno acostumbrado a esos baños de realidad, puede resultar devastador. Yo me lo imagino como el mono en un heroinómano: un trauma físico real, así como psicológico. Te falla el cuerpo y la mente.

—¿Y entonces va a por ella?

Rory sacude la cabeza con vehemencia.

—No, así sin más no. Alguien capaz de hacer eso, de atacar a una mujer solo por

haber roto con él tras un par de noches..., sería un monstruo, un psicópata. Y de entrada Aislinn no se habría mezclado con alguien así. Que le gustase soñar despierta no quiere decir que fuera ajena a la realidad. Tenía que ser un buen tipo. Pero, por lo que sea, perdió el control.

El típico chico inocente al que le han matado a la novia se imagina al asesino como un animal que echa espumarajos por la boca y merece siete clases de silla eléctrica. Rory no puede permitírselo.

—Tiene sentido, sí —digo tomando notas y asintiendo—. ¿Y qué hace entonces?

—Si no puede estar con Aislinn, necesita al menos más material con el que alimentar sus ensoñaciones. Puede que ella le hubiese mencionado dónde trabajaba, y se va a merodear por allí, por si la ve a la salida. Una noche decide seguirla a casa. —La voz de Rory parece recién cargada, subiendo de revoluciones, con más fuerza, más inflada; ya no necesito ni azuzarlo—. Y cuando descubre dónde vive, se vuelve una adicción. Y no puede dejarlo. Lo intenta pero cada pocos días se ve regresando a Stoneybatter, casi inconscientemente. Se ve paseando por las calles y pensando en los pies de Aislinn rozando esa misma acera; comprando chokolatinas que no quiere con tal de comprar donde ella. Se sorprende en la puerta de su casa, observándola mientras se toma un té de hierbas o plancha. —Se mantiene apegado a la verdad, va en paralelo, casi la roza. Una elección inteligente: hace que la historia parezca casi cierta—. Se acostumbra a quedarse en la penumbra, con los dedos de los pies encogidos por el frío. Observando la luz en sus ventanas, imaginando que mete la llave en el pomo y entra al calor del hogar y ella sale a su encuentro para darle un beso. A los dos haciendo la cena en esa cocina luminosa. Lo convierte en una rutina y encuentra una especie de equilibrio, de satisfacción. Podría seguir así indefinidamente.

Se ha producido un cambio en él. Ya no es el gerbilino tímido. Está enderezado en la silla, sus manos se mueven con gestos rápidos y decididos, con confianza; la energía que acechaba bajo su voz ha ido a más hasta hacer vibrar el cuarto entero. Por primera vez veo qué pudo atraerle a Aislinn de él. Es lo último que me gustaría en un hombre, desde luego, pero tiene fuerza. Rory ha salido de su caparazón de lana beis y se ha convertido en alguien que volvería cabezas al entrar por la puerta y te obligaría a seguir mirándolo.

—Hasta que... sábado por la noche. Este hombre va a ver a Aislinn, como siempre, pero nota algo distinto. Ella se ha arreglado y va maquillada, está reluciente como un cofre del tesoro. Está haciendo la cena, pero no es solo para ella, pone la mesa para dos; ve que coge dos copas de vino del armario y las lleva al salón. La ve cantando con el sacacorchos en la mano, bailando, revolviéndose el pelo y riendo sola. Ve lo feliz que está. Que se muere de ganas de que llegue el otro.

«Cantando con el sacacorchos de micro en plan adolescente con cepillo». El olor a sangre vuelve a impregnar el ambiente, tan denso como en una carnicería. Rory tiene una gran imaginación, pero no es vidente: el sábado por la noche estuvo

espiando a Aislinn.

—Tuvo que dejarlo sin aliento —prosigue—, como si el mundo titilara a su alrededor. Seguramente pensó que al creer con tanto empeño en esa ensoñación, había llegado a abrirse paso hasta la realidad. Él no sabía que la vida no funciona así. —Una mueca amarga a un lado de la boca—. No sé cómo, pero debió de convencerse de que ella se había puesto ese vestido y había hecho esa comida para él. Y cuando recobró el aliento, debió de salir de la oscuridad, sacudirse la lluvia del abrigo como pudo y llamar a su puerta.

Bonito final. Rory entrelaza las manos, respira hondo y me mira expectante. Quiere dejarlo ahí.

Me lo estoy pasando en grande con este interrogatorio. Y no solo porque vaya bien, sino porque es limpio. No hay supuestos ni quizás acechando por las esquinas, apelmazando el ambiente, rascándome bajo la ropa. Nada de estratos de posibilidades e hipótesis remotas que tener en cuenta cada vez que abro la boca o escucho una respuesta. Solo yo y el tipo que tengo enfrente, y lo que ambos sabemos que hizo. Está entre ambos sobre la mesa, algo consistente con el brillo terso y oscuro de un meteorito, la recompensa para el ganador.

—¿Y luego? —pregunto.

Rory tuerce el cuello y, cuando sigo observándolo con las cejas arqueadas, con un gesto inquisitivo, responde:

—Bueno, pues evidentemente Aislinn no estaba preparándose para él, sino para mí. Y, como no le habría dedicado un pensamiento en meses, tuvo que quedarse atónita al verlo y seguramente le diría que se fuera. Y ahí fue cuando a él se le cruzaron los cables.

Insisto con mi mirada inquisitiva.

—¿Y...?

—Y le hizo daño —dice en voz baja, hacia la mesa. La energía está declinando en la habitación, en la voz de Rory y su cara, y le devuelve su aspecto mustio y beis. Su alegre historieta ha estallado, en sus propios términos, contra la realidad con aristas de gravilla de una Aislinn muerta. Al ver que el silencio se prolonga, añade, aún más bajo—: La mató.

—¿Y cómo lo hizo? —Rory sacude la cabeza—. Venga, échame un cable.

—¿No lo sabe ya?

—Te lo pido como un favor —le digo con voz suave e inclinándome para cruzar la mirada con él—. Imagínate que es una historia inventada, ¿vale? Como las que le contabas a Aislinn. Termínala por mí, por favor.

—Yo no... Lo único que sé es que no llevaría un arma encima, un cuchillo ni nada de eso. Él nunca habría planeado... Una..., una..., una lámpara, por ejemplo, o algo así, que estuviera en la casa... —Se pasa una mano temblorosa por la cara—. No puedo...

No dejará escapar que sabe cómo murió. No pasa nada, era pedir demasiado.

—Guau —exclamo, y me reclino en la silla, exhalo un suspiro largo y me paso las manos por el pelo—. Tío, qué historia tan potente.

—Lo es... —Rory respira hondo, vuelve a ponerse las gafas y me mira entre parpadeos, intentando enfocar—. ¿Servirá de algo? ¿Qué cree usted?

—Podría ser, sí, desde luego. Como es evidente, no voy a entrar en detalles sobre lo que pienso, pero hay una posibilidad de que nos hayas dado algo realmente valioso. Muchas gracias, tío, de verdad.

—No es nada. ¿Cree que...?

—Hola, caracola —irrumpe Breslin alegremente, abriendo la puerta con el trasero y entrando con las manos llenas de tazas—. Perdón por haber tardado tanto, esa panda de maleducados son incapaces de molestarse en devolver las tazas al comedor y menos aún de lavarlas. He tenido que ir buscando de mesa en mesa. Lo bueno —nos pasa las tazas y saca un paquete de galletas del bolsillo de la chaqueta con muchos aspavientos— es que el alijo de O’Gorman no nos ha defraudado. Señoras y señores, con todos ustedes, Oreos bañadas en chocolate. ¿Qué se dice?

—Eres el mejor. Me moría de hambre.

—Para servirla.

Me lanza una Oreo y otra a Rory, quien por supuesto la tira a la moqueta y tiene que ir tras ella. Cuando la coge por fin, la mira como si no tuviera claro para qué sirve.

—Anda, cómetela antes de que llegue O’Gorman buscándolas.

—Atiende —le digo a Breslin mojando la Oreo en el café—: Rory tiene una teoría.

—Aleluya. Alguien que tiene una, por fin. ¿Es buena?

—Podría ser —digo masticando la galleta—. Por resumir, digamos que cree que Aislinn era el tipo de mujer que podía hacer que un hombre se pusiera a fantasear con finales felices algo más rápido de la cuenta. Así que ella estuvo saliendo con otro tipo, pero tan poco tiempo que nosotros no sabemos ni de su existencia; y cuando Aislinn lo deja, él se monta sus películas pensando en ella. Empieza a espiarla y, cuando ve que está preparándose para la cena con Rory, se convence de que en realidad lo espera a él. Llama a la puerta, se lleva un buen chasco al ver que ella no se alegra de verlo y se le cruzan los cables.

—Interesante —dice Breslin, que se lleva la galleta a la boca y mastica meditativo, considerando la opción—. Me gusta, podría cuadrar con casi todo lo que sabemos.

A Rory no parece animarlo. Está acurrucado en su silla, quitándole pelusas a su Oreo. En cuanto Breslin ha entrado por la puerta, se ha apagado y se ha encogido y retorcido como un jersey lavado a cien grados.

—Exacto. Da esa impresión, ¿sabes? En este trabajo vas aprendiendo a reconocer la sensación de cuando las cosas encajan, tanto en el terreno práctico como en el psicológico.

—Y es una sensación que nos vuelve locos —le dice Breslin—. Llevamos persiguiéndola toda la semana. Y he de admitir, hijo, que tu teoría es lo más parecido que tenemos. Pondremos a nuestros chicos a investigar a fondo hasta los contactos más ocasionales de Aislinn, de locales nocturnos, del trabajo. Como aparezca este hombre, te debemos un billete a Barbados, Rory —termina, y se recuesta en su silla y le da un gran sorbo al café mientras hojea su carpeta—. Entretanto, y ya que estamos, ¿te importa aclararnos un par de cositas? Para tacharlas de la lista, más que nada.

—Qué pesado, tú y tus listas —digo poniendo cara de hastío—. No le hagas caso, Rory. Es capaz de hacer una lista hasta de lo que se guarda en los bolsillos, para comprobar que no se le ha caído nada. Que no te atrape. Huye mientras puedas.

—Oye, no te metas con mis listas —me dice apuntándome con el dedo—. ¿Cuántas veces nos han salvado el culo?

—Que sí, que sí.

—¿Rory? ¿Qué me dices? Son solo un par de minutos.

Todos sabemos que no va a ir a ninguna parte, y menos no teniendo otro sitio adonde ir que a dar vueltas por su piso y su cabeza.

—Supongo que...

—¿Lo ves? —me dice Breslin—. A Rory no le importa hacerme el favor. ¿Digo bien?

—Sí. O sea...

—Pues a mí sí me importa. Como tenga que aguantar otra...

—De lujo —dice Breslin—. Chúpate esa, Conway. —Pasa unos cuantos folios en la carpeta mientras yo suspiro con fuerza y me pongo a recogerme el pelo en un moño: hora de trabajar.

Breslin tenía razón, se nos dan bien los interrogatorios. Mensaje recibido: trabajar bien juntos significa que le den por culo a todo lo demás. De reojo, sin embargo, vislumbro la superficie plana y fría del falso espejo y me pregunto si Steve estará al otro lado.

—Bien, aquí la tengo, mi lista bonita. Pregunta número uno. Rory: el sábado por la noche Aislinn y una amiga hablaron de ti por el móvil y de vuestra cita para cenar. Parece que ella tenía ganas de verte. —Le sonrío y mantiene el gesto hasta que el otro casi se lo devuelve—. Perfecto. Y la amiga le dice a Aislinn —finge leer las notas—: «Ten cuidado, ¿vale?». ¿Por qué le diría eso?

Rory lo mira perplejo.

—¿Quién dijo eso?

—¿Quién crees que pudo decirlo?

—Yo no... no sabría decirlo. Casi no conocía a ningún amigo de Aislinn. ¿Quién...?

—Espera —dice levantando una mano—. ¿Estás diciéndonos que, si hubieras conocido a más amigos suyos, sí que tendrían razones para decirle que tuviera cuidado? ¿Qué razones?

—No, eso no es lo que he dicho. No tendrían ninguna...

—Pues hubo alguien que pensó que debía tener cuidado.

—Eso no es cierto. Nadie podía tener ninguna razón. Para nada.

—Sería algún malentendido —sugiero yo—. ¿Pudo haber algo que la amiga se tomara a mal? Cuando aparece un novio nuevo, las colegas pueden volverse muy protectoras y empiezan a ver señales de peligro donde no las hay...

—O ponerse celosas —apunta Breslin—. A lo mejor la amiga es un cardo y no es capaz de ligar, se le va la pinza e intenta inventarse algo para que Aislinn pase de ti. ¿Qué podría haberse inventado?

Rory se pasa la mano por los ojos y hace un esfuerzo por pensar. No ha tocado la Oreo porque se ha dado cuenta de que hemos cambiado de juego. Nosotros seguimos siendo todo sonrisas, pero el ambiente de la sala ha mutado: el ritmo se ha acelerado, con un pulso más fuerte, y ahora es Breslin quien lo marca y no Rory.

—Lo único que se me ocurre... —esperamos con cara alentadora— es lo que conté la última vez, que era complicado quedar con Aislinn. Pero yo seguí intentándolo, incluso cuando cancelaba las citas. No sé, a lo mejor eso pudo entenderse como..., no sé..., ¿que la presioné? A ver, sé que Aislinn no lo vio así, si no, habría cortado, pero a lo mejor alguna amiga...

—Guau. Para el carro —dice Breslin—. Acabas de decir que insistías en quedar con Aislinn incluso cuando ella cancelaba las citas; pero luego nos dices que si te hubiera dicho que te perdieras, te hubieras quitado de en medio sin más. ¿Cuál de las dos es verdad?

—Pero... No. No tiene nada que ver. A mí nunca me dijo que no quisiera verme más. Si lo hubiera hecho, claro que sí, me habría quitado de en medio. No es lo mismo que me diga «el jueves no puedo», es que no tiene nada que...

Rory está metiéndose en un berenjenal de indignación y actitud defensiva.

—Oye, a nosotros no tienes que convencernos. Es la amiga la que estaba preocupada. Solo intentamos saber por qué.

—Eso es lo único que se me ocurre. Lo único.

Breslin se levanta y se pone a pasear por la sala, lo que deja a Rory con dos sitios a los que mirar.

—Lo veo flojo como argumento.

—Yo también —coincido—. La amiga no es de esas histéricas, ¿sabes lo que te digo? Si pensaba que Aislinn debía tener cuidado, era por algo.

—A lo mejor... —Rory carraspea—. Hum, si estoy en lo cierto con lo del tipo que la espiaba..., ¿puede que Aislinn se hubiera dado cuenta y se lo hubiera comentado a su amiga? ¿Y a esta le preocupaba que el otro se enfadara al verme llegar?

Breslin se detiene y se queda mirándolo con cara de escepticismo. El librero le aguanta la mirada a base de pestaños.

—¿Mencionó Aislinn a algún ex que le diera mal rollo? —Rory niega con la

cabeza—. Contesta en voz alta para la cinta.

—No, no mencionó a nadie.

—De todas formas, la mayoría de mujeres no rajamos de nuestros ex delante del novio nuevo —apunto—. Te hace quedar como una resentida.

Breslin se encoge de hombros.

—Puede ser, sí. ¿Y mencionó algo parecido a un acosador?

Rory arruga el gesto al oír la última palabra.

—No.

—¿Ni una vez?

—No, pero quizá no quiso..., no sé..., esmalltarme.

—¿Cómo, que pensó que ibas a salir corriendo porque la acechara alguien? ¿Eso habrías hecho?

—¡No! Yo...

—Claro que no. Y Aislinn, que no era idiota, lo sabía. ¿Crees que se habría molestado en salir contigo si hubiese creído que eras así de pelele? Conway: ¿tú querías a un tipo que se asusta con tanta facilidad?

—No, no, a mí me gustan por lo menos con un huevo.

—Exacto. Y yo apostaría a que a Aislinn también.

Rory empieza a removerse en el sitio.

—Vale, quizá no lo sabía, puede que no supiese que el tipo estaba espiándola...

—Tal vez no —dice Breslin inclinándose bruscamente sobre la mesa y haciendo que Rory pegue un bote, pero solo quiere darle otro sorbo a su café—. Puede que no. Y en tal caso hemos vuelto al punto de partida: cuando la amiga le advirtió a Aislinn de que tuviera cuidado, no podía estar hablando del ex acosador. Que nunca ha existido en la cabeza de nadie salvo en la tuya.

Salvo porque sí. Me pega una punzada como si tuviera un diente podrido del que creía haberme deshecho, liberado: en la cabeza de Lucy sí que existe un ex. Según su relato, esa fue en parte la razón de mandarle ese mensaje.

Breslin deja la taza en la mesa con un golpe seco y preciso.

—Así que ¿de qué hablaba la amiga? —insiste, pero Rory sacude la cabeza: ha vuelto a retraerse en su ovillo—. En voz alta para la cinta.

—No sé a qué podía referirse.

—Una pena. Nos vendría de maravilla una explicación para eso. Pero si estás seguro de que no puedes ayudarnos... —Pausa breve para que Rory intervenga, pero no cae en la trampa—. Supongo que podemos dejarlo pendiente, por ahora. Sigamos con mi lista, ¿de acuerdo? —Se inclina sobre sus notas y las sondea—. Ah, eso. Pregunta número dos.

Se saca un trozo de papel del bolsillo de la chaqueta y lo despliega con un chasquido que dispara los hombros de Rory hacia arriba. Se da otro paseíto por la sala mientras lee la hoja, se toma su tiempo y pasa por detrás del sospechoso para obligarlo a volverse en la silla.

—Dime que no es otra lista —digo mirando a Rory y poniendo cara de hastío. No obtengo respuesta.

—Esto —dice Breslin agitando la hoja en la mano— es la secuencia temporal de la noche del sábado según nuestro amigo.

Al librero se le tensan los hombros al instante.

—Ah, eso —digo—. Bueno, tampoco es para ponerse así de serio.

—Puede ser, vamos a averiguarlo.

—¿Qué...? —A Rory le tiembla la voz y tiene que aclararse la garganta antes de volver a intentarlo—. ¿Qué problema hay?

—Ay, a ver, esto puede ser complicado, así que párame si no consigues seguirme. Según tú, te subiste al 39A justo antes de las siete y te bajaste en Stoneybatter justo antes de las siete y media. Luego fuiste andando hasta Viking Gardens para asegurarte de que sabías llegar... Lo que nos lleva a las 19:32. Y luego fuiste al Tesco por las flores: lo hemos cronometrado y es un paseo de unos siete minutos, así que llegaste allí sobre las 19:40. —Rory ha dejado de seguirlo por la sala con la vista. Está paralizado, con los pies plantados en el suelo y la mirada clavada al frente—. Según tu declaración, estuviste «un par de minutos» en el Tesco; pongamos que te fuiste sobre las 19:43. Y otros siete u ocho minutos para volver a Viking Gardens, puede que menos, puesto que dijiste que regresaste a paso rápido: estabas en la puerta de Aislinn a las 19:50. ¿Me sigues?

—Si no, que te lo vaya poniendo por escrito —intervengo—. Haz que se gane el sueldo.

—Lo estoy siguiendo perfectamente —me responde sin mirarme.

—Pues claro que sí —dice Breslin animado—. Aunque nos dijiste que llegaste a casa de Aislinn justo antes de las ocho. ¿Qué hiciste con esos ocho o nueve minutos de sobra?

Y vuelve a relajar los hombros. Rory cree haber escapado del anzuelo, mente y cuerpo se aflojan del alivio.

—No tengo ni idea. A ver, quién sabe, me bajaría del autobús un poco después de lo que creía o tardé un poco más en escoger las flores, o tal vez incluso llegué unos minutos antes a la casa. O todo a la vez. Tampoco es que yo me fije en las horas exactas; no me han entrenado para eso, como a ustedes. Dentro de ocho minutos no sabré decirles qué hora es ahora, o cuánto tiempo llevamos aquí.

Breslin se frota la nariz, avergonzado.

—Visto así...

—¿Lo veis? —les digo a los dos—. No era para tanto.

—Deformación profesional —dice Breslin con una risita atribulada, y yo lo acompaño y Rory deja escapar una especie de risa medio histérica, los tres riendo juntos—. Te lo juro, a veces creo que he olvidado cómo ser normal. Porque... la gente normal lleva la cuenta de las horas, ¿no? O de las medias horas incluso, ¿eh? No pudiste llegar a las ocho y media y creer que eran las ocho. ¿Podríamos fijar el

límite en unos diez minutos?

—Sí, supongo —confirma Rory, que recuerda entonces su café y le da un sorbo rápido, a hurtadillas—. Seguramente.

—Ajá —dice Breslin girando el papel—. Aquí tengo otra secuencia de tiempo... Anda, métete ese café en el cuerpo, que vas a necesitarlo.

—Y yo también —digo levantando la taza hacia nuestro sospechoso y guiñándole un ojo—. Aguanta, tío. La lista acabará en algún momento.

—Sí, sí. Pero cuanto antes dejéis de protestar, antes acabaremos. —Breslin se sitúa en mi lado de la mesa, buscando una buena posición de tiro—. A ver. Esta otra secuencia está basada en lo grabado por las cámaras de seguridad. Y nos dice que te subiste en el autobús a las siete menos diez y te bajaste en Stoneybatter a y cuarto. Esto no cuadra del todo con lo que nos contaste, pero oye, como hemos dicho: un minuto arriba, uno abajo, para la gente normal... —Le sonrío a Rory, que está aún lo suficientemente relajado para hacer otro tanto—. Lo que pasa es que luego, la siguiente vez que podemos confirmar tu ubicación es con el circuito de seguridad del Tesco, pagando las flores a las 19:51.

Ya no hay sonrisa en la boca de Rory: empieza a pillarlo.

Y a mi compañero se le espesa la voz, con palabras que caen sobre la mesa dando fuertes porrazos helados.

—Como hemos dicho, de casa de Aislinn al Tesco hay siete minutos andando. Así que si pagaste las flores a las 19:51, tuviste que irte de Viking Gardens sobre las 19:40. Eso nos deja un vacío sin justificar desde las 19:15, cuando bajas del autobús, hasta las 19:40. Veinticinco minutos, hijo. Acabamos de determinar que hasta una persona normal es incapaz de perder la noción del tiempo durante veinticinco minutos. ¿Quieres contarme qué estuviste haciendo en esos veinticinco minutos? ¡Veinticinco!

Rory está mirando hacia el hueco entre Breslin y yo. Se ha arrugado en un único nudo apretado y apenas mueve la boca cuando dice:

—Ya se lo he dicho.

—Eso creía yo también —digo como molesta: la idea de perder a su encantadora aliada le acelera la respiración, aunque consigue no mirarme—. Pero ahora parece que has estado metiéndonos una trola como un camión. ¿Quieres volver a intentarlo, antes de que decidamos que quizá sí que hay razones para que no quieras que sepamos qué hiciste esa noche?

—Ya les he dicho lo que hice. Yo no tengo la culpa de que no cuadre con su secuencia temporal.

No es mala estrategia: eliges una historia, te plantas en tus trece y te quedas ahí, pase lo que pase. Si empiezas a moverte del sitio, podemos empujarte para que pierdas el equilibrio e ir llevándote paso a paso hasta donde queremos verte. Necesitamos que Rory se mueva.

Breslin acerca la silla a la mesa y se sienta al vuelo. Yo me recuesto: le dejo hacer

por ahora, mientras el librero se pregunta si sigo siendo su colega.

—¿Cómo sabías que Aislinn no tenía cortinas en la cocina?

Eso le llega hondo: da un respingo y desencaja los ojos.

—¿Cómo?

—Y lo del callejón trasero. ¿Cómo sabías todo eso?

—El... Yo no sabía... O sea, no sé... ¿De qué calle...?

—Has estado describiendo a un mirón hipotético que espiaba a Aislinn mientras ella cocinaba y sacaba las copas de vino: son cosas que hacía en la cocina, que da a la parte de atrás. No te has imaginado la escena mientras la veía poner la mesa en el salón, que da a la calle. En otras palabras, sabías que el acosador tenía la posibilidad de observarla desde atrás. —Rory parpadea como loco, aturdido—. Eh, macho, ¿ves ese espejo de ahí? Yo estaba detrás, escuchando todo lo que habéis hablado. Antoinette es una detective de primera, pero es... ¿Cómo decirlo sin ganarme una hostia?

—Ojito —le digo.

—Tranquila, fiera —dice Breslin apartándose y levantando una mano en alto como para detener mi ataque—. Digamos que ella se muestra ligeramente más dispuesta a creer que estás de nuestra parte. Es una optimista y lleva deseando desde el principio que este caso se convierta en un gran misterio fascinante. —Me dedica un vistazo sesgado y una sonrisa fina como papel de fumar que podría significar cualquier cosa—. Yo, en cambio, llevo más tiempo en esto. Soy muy suspicaz..., por eso de la deformación profesional que comentábamos antes. Así que me fijo mucho en todo. He escuchado hasta la última palabra que has dicho y ahora estoy preguntándote: ¿cómo podías saber que el mirón estaría espiándola desde la cocina a no ser que fueras tú el mirón?

—Lo he dicho por decir. Es..., bueno, eso, de cajón..., de sentido común... Si no quería que lo viesen los vecinos, se habría... —Le cuesta respirar—. Y la cocina, pues... es normal que prepare allí la comida, ¿no?, si iba a llegar yo a cenar... Y *fui*, vamos, no lo digo como *si*...

Se le está tambaleando su historia segura.

—Pero hay otra cosa —intervengo, añadiendo un toque de preocupación, de no estar contenta con el cariz que están tomando las cosas—. Has hablado del mirón, de cómo tal vez vio a Aislinn cantando con el sacacorchos en la mano. Sabemos por sus mensajes que eso fue justo lo que hizo esa noche. ¿Cómo podías tú saberlo a no ser que realmente la vieras?

—Hazme un favor —le dice Breslin antes de que pueda coger aire para responder—: no me vengas con que lo has dicho por decir. A no ser que seas adivino, eso no lo dice nadie por decir. ¿Tú eres médium, Rory?

—¿Qué? ¡No! ¿Cómo...? Yo no...

—Bueno, menos mal. Y ahora cuéntenos cómo sabías lo del sacacorchos. —El librero sacude la cabeza, jadeante, y enmudece—. Pues te lo diré yo: porque esa

noche tú estabas espiando a Aislinn desde el callejón trasero. ¿Me equivoco? —Tras un largo silencio, mece la cabeza en el cuello, desvalido: sí—. Y así fue como pasaste esos veinticinco minutos que te sobraban.

Otro asentimiento. Otra vez el falso espejo centellando por el rabillo del ojo. Ojalá Steve haya aparecido al otro lado y esté llegándole el sonrojo hasta el pelo.

—En voz alta para la cinta —dice Breslin.

Rory consigue extraer una pizca de voz:

—Yo solo quería... Quería tomarme un momento... para creerme que estaba pasándome de verdad. Eso es todo.

—Y la única manera que se te ocurrió fue fisgonear por la ventana trasera de Aislinn —dice Breslin como si fuera algo sucio.

Rory se estremece.

—Yo no... Solo estuve mirándola. Disfrutando. No sé cómo explicarlo...

—Supongo que podría entenderlo —digo dudosa—. O más o menos. Tampoco es que estuvieras espiándola en la ducha... ¿O sí?

—¡No! Y aunque hubiera querido..., que no era el caso, me habría ido si... — Breslin suelta un resoplido divertido, pero Rory consigue ignorarlo centrándose en mí: contar la verdad, o su versión de esta, parece haberle devuelto el aliento—. El caso es que no habría podido: la ventana del baño tiene el cristal esmerilado. Aislinn estaba en la cocina. Tenía la música puesta... No sé, hacía mucho viento y no pude distinguir qué sonaba, pero algo animado por cómo bailaba y cantaba... Sí. Y lo del sacacorchos. —Me mira de reajo, demasiado triste para desafiarme—. Llevaba un jersey rosa y unos vaqueros, y estaba sacando cosas de la nevera, abriéndolas y poniéndolas en ollas, bailando todo el tiempo. Al rato salió de la cocina... y me quedé esperando, y cuando volvió llevaba un vestido azul... Estaba... toda de azul y dorado, era como si se hubiese *aparecido* allí mismo en la cocina, como una de esas visiones de santos que tenía la gente hace siglos. Y sonreía. Y yo no me podía creer que en unos minutos fuera a estar allí con ella. Y me sonreiría a mí. —El duelo cala hondo, hasta el meollo de su voz. Pero eso no significa nada—. Y luego me acordé de las flores y me fui al Tesco. Y si no hubiera... —Toma aliento, rápido, por la nariz, como si estuviera dolorido—. Si me hubiera acordado de la planta de azalea, si me hubiera quedado mirándola... habría estado allí. Cuando él llegó. Y podría haber, habría...

Empieza a hacer pucheros con la boca. Se presiona los nudillos contra los labios, y siento la maliciosa sonrisa que está conteniendo Breslin ante la imagen de Rory poniéndose la capa y las mallas y dándole candela al villano. Probablemente haya imaginado un par de cientos de variaciones de esa película.

—Pero no hice nada de eso —dice entre los dedos—. Me fui corriendo al Tesco como un idiota y, en mi ausencia, alguien llegó y mató a Aislinn. Podría hasta haberlo visto, pero ni siquiera me habría fijado porque iba totalmente ajeno a todo salvo a mi propia burbuja de felicidad. Y cuando vi que no respondía al timbre, y esperé y

esperé porque no podía creer que ella hubiese cambiado de opinión (cuando minutos antes parecía estar deseando verme), me quedé allí en medio del frío, intentando buscarle una explicación, mientras ella estaba allí tirada, muerta o agonizante. Y al final, en vez de tener la inteligencia de entender que había pasado algo malo y tirar la puerta abajo, me fui a mi casa a compadecerme de mí mismo. Eso es. Eso es lo que pasó.

—Ostras, Rory. ¿Por qué no nos lo contaste desde el principio? —le pregunto con un reproche.

—¡Porque sabía que sonaría fatal! Sé que me hace quedar como si fuera un... No puedo esperar que comprendan cómo era en realidad.

—Créeme que lo intento, pero habría sido mucho más fácil si nos hubieras contado la verdad desde el principio.

—La estoy contando ahora.

Pego el pie al tobillo de Breslin bajo la mesa.

—Bueno —dice este, sin perder comba—. Al menos, parte de la verdad. No era la primera vez que la espiabas. ¿Verdad?

A Rory se le van los ojos hacia mí y luego hacia la esquina. Se recupera rápidamente y dice:

—Sí, era la primera vez.

—De eso nada.

—Y por eso necesitabas tu momento en el callejón, para creerte que esa vez era real —digo—. Porque ya la habías espiado en la cocina y habías fantaseado con entrar muchas veces. ¿Me equivoco?

—Igual que el tipo de tu película —dice Breslin—. Tu película *hipotética*.

—¡Era eso! Me han pedido que imaginara...

—Ese momento tuvo que ser alucinante, ¿no? —insisto—. Después de todas las veces que habías tenido que dar media vuelta e irte a tu casa, con el frío...

—Eh... Sí, fue maravilloso. Pero no porque hubiese estado... Yo no estaba espiándola, yo no... —Ha vuelto al tartamudeo.

—Chis —lo manda callar Breslin.

—¿Qué?

—Chis. —Rebusca en su carpeta—. Quiero enseñarte una cosa —dice, y se echa hacia atrás mientras hojea su carpeta tranquilamente, parándose de vez en cuando para lamerse el pulgar.

Nuestro sospechoso lo observa con las manos aferradas al borde de la mesa, como si fuera a saltar de la silla en cualquier momento, pero no dice nada. Aún no ha perdido totalmente el control.

—Aquí están.

Breslin le lanza un puñado de fotos por la mesa, ampliaciones a veinte por veinticinco. Rory las recoge y va esparciéndolas. Levanta una, se la acerca y suelta un gemido agudo y atónito.

—Coge el resto. —No se mueve. Tiene la cabeza hundida sobre la foto pero no está enfocando—. Que las cojas. —Obedece como un autómeta y va amontonándolas una por una con dedos temblorosos—. Míralas. —Se prepara para verlas, pero cada imagen le produce un pestañeo incómodo. Breslin dice hacia la cámara—: Se le han mostrado al señor Fallon las imágenes tomadas por las cámaras de seguridad durante el mes pasado en Stoneybatter. —Media un silencio—. Rory, el de las fotos eres tú. ¿Estamos de acuerdo en eso? —Más silencio. Hasta que este mueve la cabeza, una contracción apenas: sí—. Responde para la cinta.

—Sí.

Mi compañero se inclina hacia delante, con el consecuente estremecimiento de Rory, y apoya un dedo sobre la fotografía de arriba, en la que la cara del librero mira directamente a la cámara del Tesco.

—Este eres tú, el 14 de este mes.

—Sí, fui a comprar, entré buscando... —Su mente intenta aferrarse como puede a una nueva historia.

—Nos dijiste que nunca habías estado en ese barrio antes del sábado por la noche..., cuando tuviste que consultar en el móvil dónde estaba el Tesco más cercano. —Rory mueve la boca e intenta tragar saliva. Pero Breslin sigue aplastando su cara en la fotografía y prosigue como si tal cosa—: Vamos, que tu cuentecito del tipo que le coge el gusto a espiar a Aislinn... estaba basado en hechos reales, como dicen en la tele. ¿No?

—No, lo de... no. No. No la parte en la que... —Vuelve a costarle respirar—. Yo nunca, nunca...

Como se ponga a hiperventilar y se nos desmaye, podemos estar con el papeleo hasta mañana por la mañana.

—Rory —le digo con voz serena pero firme—. La parte en la que el tipo merodea por Stoneybatter para sentirse más cerca de Aislinn. Eso es un poco lo que has estado haciendo, ¿no?

—Sí. Pero...

—Espera. Paso a paso. La parte en la que él observa a Aislinn desde el callejón trasero: eso también lo hiciste, ¿verdad?

—Yo solo... —Se pasa el dorso de la mano por la boca una y otra vez, con tanta fuerza que se deja surcos rojos—. No, yo...

—Rory, venga. ¿No pretenderás decirnos que estuviste semanas dando vueltas por el barrio pero que nunca te acercaste a la casa de Aislinn hasta la noche en que la mataron? Porque yo eso no me lo trago.

—No, un momento. —Levanta las manos en el aire. Qué fácil resulta empujarlo, paso a paso, hacia el rincón del que nunca saldrá—. La estuve observando, no sé, un par de veces o así. Era solo para...

Breslin, que se ha acercado la foto y está escrutándola con atención, lo interrumpe:

—Pero el sábado por la noche Aislinn te pilló.

Esa voz. Como si tal cosa, arrastrando las palabras, casi amistosa. Pero que lo llena todo y no deja sitio para más.

—¿Cómo fue? ¿Salió al patio y te vio allí encaramado a la tapia? ¿O le contaste algo de tu excursión al Tesco que a ella le hizo deducir que sabías manejarte por Stoneybatter? A lo mejor le dijiste que la cocina estaba muy bonita con el cuadro nuevo o que te encantaba el solomillo Wellington. Y así, sin más —levanta la mano y da un palmetazo sobre la foto—, tu sucio secretito salió a la luz.

Rory tiene la cara cubierta de una fina pátina enfermiza de sudor.

—Yo nunca. No. Nunca pisé su casa.

Breslin lo ignora.

—Entraste en esa casa creyendo que entrabas en el Paraíso y en cuestión de cinco minutos todo se fue a la mierda. Joder, tío, tch. Me da vergüenza ajena solo de pensarlo. —El mohín sádico a un lado de la boca reviste sus palabras de burla—. ¿Cómo se lo tomó Aislinn?

—Ella... ¡no! ¡Ella no! Eso no pasó, nunca pasó nada de eso..., no...

—Seguro que recuerdas perfectamente su cara. Seguro que no te la puedes quitar de la cabeza. ¿Le diste asco? ¿Miedo? ¿Creyó que eras un monstruo? ¿Un psicópata? ¿O un fracasado penoso? ¿Qué te dijo, Rory?

Este intenta seguir negando la mayor, pero Breslin no le da tregua. Está echado sobre la mesa, tan pegado que Rory tiene que olerle el aliento, el *aftershave* y hasta el calor que desprende su piel.

—¿Qué? ¿Se rio de ti? ¿Te echó? ¿Amenazó con llamarnos? ¿Qué fue? ¿Qué te llevó a cruzar la raya?

—¡Yo no hice nada! —grita en un gañido violento.

Breslin se le queda mirando.

—Eso no te lo crees ni tú. La acosas, la espías... ¿a eso lo llamas tú nada?

—No...

—¿Ella también pensó que no era nada?

—No lo sabía. Yo...

—Déjate ya de embustes. Venga a decir que necesitabas un momento, pero veinticinco minutos no son un puto momento. Es tiempo de sobra para tener tu momentito en el patio, aparecer en la puerta de Aislinn, meter la pata, perder la cabeza, matarla, limpiar el desaguisado, darte cuenta entonces de que tendrías que justificar ese tiempo muerto e irte corriendo al Tesco. Que es justo lo que hiciste.

Su cara es una extraña mezcla de horror y algo parecido al alivio. Es una escena que se ha repetido cientos de veces en su cabeza; y ahora que por fin ha tomado forma y ha ido a su encuentro, le resulta familiar, con todas las aristas ya alisadas por el manoseo. Esta vez es incluso más fácil: estamos haciendo todo el trabajo por él, que solo tiene que decir su parlamento.

—Yo nunca le hice daño.

Después de la de Breslin, su voz suena etérea, como algo ahusado que flota en el aire caliente.

—Pero sí que entraste en la casa —digo.

—No. Lo juro.

—Los peritos de la Científica están procesando las ropas que llevabas esa noche. ¿Qué vas a contarnos cuando encontremos fibras de su alfombra en tus pantalones?

—No pueden, no encontrarán. No estuve allí.

—No hubo nadie más.

—Pero el hombre, el mirón...

—Vamos, por favor. ¿De veras crees que eres el primero que ha pensado en comprobar la vida social de Aislinn? Los hemos acosado a todos como un sarpullido, a todo aquel que le sonrió siquiera una vez. Y los hemos descartado. ¿Tienes tú alguna razón, aunque sea mínima, por la que deba creer que ese acosador tuyo existe?

Una sacudida repentina de Rory, que levanta las manos en alto.

—Esperen. Sí. Hubo un tipo, el sábado vi a un hombre en la calle.

Nuestro dispensador Pez particular: le abres la boca y te expulsa una historia recién horneada. Pongo cara de hastío y Breslin suelta una risotada bien fuerte que vuelve a aplastar a Rory contra la silla.

—Ya, claro. Pero entonces te abdujeron unos extraterrestres, te borraron la memoria y justo ahora, qué casualidad, la estás recuperando.

—No...

—Se te cayó un piano en la cabeza y te entró amnesia.

—Yo no...

—El domingo nos contaste sin el menor género de duda que no recordabas haber visto a nadie en Stoneybatter aparte de a un puñado de adolescentes con un balón de fútbol y a unas chicas camino de la discoteca. No había ningún hombre. —Rory hace amago de hablar, pero se le quiebra la voz como una telaraña y se le queda hecha jirones—. Tú eras el único hombre. Cada ficha que giramos tiene tu cara estampada. El mirón eras tú, Rory, todos lo sabemos. Resulta que lo que nos has contado sobre él lo hiciste en realidad tú. Lo único que falta es la parte en que llama a la puerta de Aislinn y la cosa se tuerce... ¿y sabes qué? Al final también acabarás protagonizándola tú.

—¡No, no! Yo nunca estuve en su casa. Nunca.

A estas alturas parece medir diez veces menos que Breslin, pero lo ha concentrado todo en una mirada fija y un mentón alzado. Ya no será tan fácil moverlo del sitio: hemos dado con su tope.

Me adelanto entonces en la silla y le digo a Breslin:

—Creo que hay otra cosa importante.

—No nos hace falta nada más, Conway. Tenemos de sobra. —Alarga la mano para recoger las fotos y hace un montón—. Vamos a detenerlo, nos vamos a cenar y volvemos luego.

La palabra «detener» abre la boca de Rory, pero solo le sale una exhalación. Sus ojos, con un cerco blanco de terror, se vuelven hacia mí. Las cosas acaban de ponerse serias.

—Espera, escúchame —le digo a Breslin.

—Tú mandas —dice con un suspiro, y deja las fotos y vuelve a reclinarse en la silla, a la escucha.

—Vale. Aislinn tenía el horno encendido, ¿verdad? Para hacerle la comidita a Rory.

—Sí. ¿Y?

—Antes de irse, él lo apagó.

—Yo no... —empieza a decir Rory.

Pero Breslin levanta la mano para mandarlo callar.

—Sí, sí. ¿Y qué importancia tiene eso?

—La única razón para apagarlo es que no quería que la casa se incendiase. Pero si él hubiera sabido que estaba muerta, o le hubiese dado igual que estuviese viva o muerta... Espera un segundo. —Rory intenta hablar—. Entonces su mejor opción habría sido dejar que se calcinara todo. La casa se hubiera quedado reducida a cenizas, junto con las pruebas de su presencia allí: las fibras, las huellas, el ADN, toda la pesca. Eso lo sabe todo el que haya visto una serie de polis en la tele. ¿Me equivoco?

—Te escucho —dice Breslin, y luego, a Rory, que está prácticamente saltando en la silla—: Tal vez quieras tú también estarte quieto y prestar atención, colega. Por lo que dice, podría hasta venirme bien, y si te soy sincero, no puedes permitirte dejar escapar oportunidades así. —Rory vuelve a acomodarse en la silla; el pecho le sube y le baja como si hubiera estado corriendo—. ¿Vas a dejar que la detective Conway termine de hablar?

—Sí, sí —responde, y, ante las cejas arqueadas de Breslin, añade—: Perdón. Por la interrupción.

—Lo que quiero decir es que la única razón por la que Rory no querría incendiar la casa tuvo que ser porque pensaba que Aislinn no estaba muerta, y no quería que muriera. Lo que significa que nunca pretendió matarla.

—Ajá, ya veo —dice Breslin asintiendo lentamente—. Ya veo por dónde vas. Tienes razón: es importante. Todo lo demás apunta a asesinato, y con bastante ensañamiento, la verdad; pero si lo que dices de apagar los fuegos es verdad, entonces solo sería un homicidio involuntario.

—Exacto. *En el caso* de que no me equivoque.

—*En el caso...* Hay muchas razones por las que podrían haber estado apagados. A lo mejor los apagó la propia Aislinn. O puede que Rory fuera un poco obsesivo-compulsivo y no pudiera salir de una casa dejando aparatos encendidos. Pero *en el caso* de que sea verdad lo que dices...

Ambos nos volvemos hacia Rory, que tiene la mirada perdida. Demasiadas

historias atascadas en la mente: empieza a no poder aferrarse a ninguna. Hasta cierto punto, puede venimos bien: puede volverse descuidado si pierde el hilo de qué ha dicho y cuándo. Pero si sobrepasa demasiado ese punto, puede acabar diciendo cualquier cosa. Si queremos sacarle algo, tiene que ser pronto.

—Ya he terminado, Rory. Habla tú ahora —lo invito.

Breslin deja que abra la boca lo justo antes de decir:

—Mira, déjalo. Estás a punto de contarnos que nunca entraste en la casa y, te lo digo, yo me lo pensaría muy bien antes de hacerlo. Un asesinato con alevosía es cadena perpetua automática, Rory, mientras que el homicidio involuntario pueden ser seis años a lo sumo, y puedes estar en la calle a los cuatro. Y si no nos dices por qué apagaste los fuegos, entonces no tenemos nada, ni una sola cosa, que demuestre que fue involuntario, y sí mucho que apunta al ensañamiento. Así que te lo advierto, Rory, por tu propio bien: antes de decir una palabra más, tómate cinco minutos para pensarlo. —Y al ver que este vuelve a intentar hablar, insiste—: No-no. Cinco minutos. Te aviso cuando pasen. —Se sube el puño de la camisa y mira el reloj—. A partir de ya.

Rory se rinde. Se queda mirando al vacío y medio meciéndose por el cansancio.

—Uno.

Las líneas de la cara del librero van solidificándose lentamente, hasta que detiene el balanceo: están moviéndose cosas dentro de su cabeza.

Breslin se ha equivocado. Sé lo que pretende, que el silencio forzado y el miedo recaigan con tal fuerza sobre Rory que acaben haciéndole confesar, pero era el aluvión de palabras y preguntas lo que estaba pudiendo con él. Dejarlo encerrado en su cabeza es como darle la oportunidad de recuperar el control y rectificar sus historias. Estamos perdiéndolo.

—Dos.

—Olvídalo —digo dando un palmetazo repentino en la mesa—. Ya no vamos a darle más tiempo. Rory: mírame. —Chasqueo los dedos en su cara y parpadea—. ¿Por qué apagaste los fuegos?

Demasiado tarde.

—Yo no apagué nada. Nunca he entrado en casa de Aislinn y nunca le hice daño. Y quiero irme a mi casa.

Se levanta, con las piernas tambaleantes, y hace amago de coger el abrigo de la silla. Le tiemblan las manos y no consigue agarrar nada.

—Oye, oye. Que aquí no hemos terminado. Siéntate —le ordena Breslin.

—Yo sí he terminado. ¿Estoy detenido o no?

Veo que mi compañero abre la boca para responder.

—No —contesto, y lo ignoro cuando vuelve la cabeza en redondo hacia mí—. De momento no. Pero si quieres que creamos tu historia, lo peor que puedes hacer es dejarnos aquí tirados. Tienes que quedarte y trabajar con nosotros.

—No. Si no estoy detenido, me voy a mi casa. —Rory consigue coger el abrigo

de la silla, pero se le cae.

—Te voy a decir lo que vamos a hacer —digo cerrando la libreta—. Te vas a casa, duermes un poco mientras nosotros vamos a hablar con los vecinos de Aislinn para ver si a alguno le dio por mirar por las ventanas traseras y te vio en el callejón entre las... pongamos de siete y media a ocho menos veinte. Si es cierto, te dejaremos en paz: no te habría dado tiempo de hacer lo otro. —Evidentemente ya hemos hablado con los vecinos y estoy segura de que nos habrían mencionado a cualquier tipo raro que hubiese estado merodeando por el callejón, pero a Rory no se le pasa por la cabeza—. Vuelve por la mañana para firmar la declaración y te ponemos al día. ¿Te parece?

Se echa el abrigo por los hombros, sin tan siquiera intentar meterse las mangas.

—Sí, vale.

—Iremos a recogerte a tu casa —dice Breslin, manteniendo la dosis justa de amenaza; se levanta entonces, se despereza y añade—: ¿No pensarás ir a ninguna parte que no sea tu piso o la librería?

—No, no voy a ir a ningún lado.

—Haces bien —le dice Breslin, que abre la puerta, extiende la mano y hace una pequeña reverencia burlona—. Después de ti.

Steve está en el umbral de la sala de observación, con la chaqueta del traje en el brazo y la camisa arremangada por el calor. Me mantiene la mirada durante un largo segundo, hasta que lo pasamos de largo y doblamos por el pasillo, con Rory corriendo hacia la bocanada de aire fresco que sube por las escaleras y Breslin tarareando alegremente entre dientes.

Nos quedamos en la puerta de la central mirando como se aleja Rory por los adoquines. Parece pequeño y desaliñado, con las arremetidas del viento revoleándole el abrigo y enredándole el pelo, desviándolo de la trayectoria. Es prácticamente de noche. Un par de meses currando de guardaespaldas y habré ahorrado lo suficiente para unas vacaciones en alguna parte donde el sol me achicharre entre colores deslumbrantes, muy lejos de aquí.

—Ilumíname, por favor —dice en tono cordial Breslin—. ¿Por qué está este hombre yéndose a su casa?

—Lo tenemos a punto de caramelo. Estaba ya casi, hasta que ha aprovechado esa pausa para recobrar la calma... Y si hemos podido llevarlo a ese punto una vez, podremos repetir la jugada. Pero si lo detenemos, va a pedir un abogado y entonces podemos ir olvidándonos de la confesión.

—Pero es que no necesitamos ninguna confesión, Conway. Tenemos pruebas circunstanciales como para enterrarlo.

Cosa que probablemente sea cierta. Me da igual: es mi último caso de asesinato y no pienso clavetearlo con circunstanciales por aquí y dudas razonables por allá. Voy a

atravesarle una estaca en todo el corazón y dejarlo seco.

—Pero yo quiero una. Podemos permitirnos soltarlo hasta mañana.

—A no ser que se tire al Liffey.

—No se va a tirar. Sigue pensando que tal vez yo acabe creyéndolo. Eso es lo que quiere.

Breslin me mira.

—¿Y está en lo cierto?

—No —le digo. El subidón de adrenalina está disipándose rápidamente; siento el bajón postinterrogatorio a punto de apoderarse de mí. Te deja un vacío que te absorbe y que, si te descuidas, puede provocarte sensación de duelo. Necesito cafeína, azúcar y una gran hamburguesa grasienta—. Es nuestro hombre, eso está claro.

—Lo es. Y espero que sepas que lo de la cocina no tiene por qué convertirlo en involuntario. Después de matar a alguien, un pelele como él jamás tendría la claridad mental como para que le preocupara quemar la casa. Debía de tener el cerebro frito. Seguramente apagó los fuegos porque la comida empezaba a quemarse y el olor le molestó. El informe de Cooper sigue valiendo: podría ser involuntario en el supuesto de que Rory consiguiera reunir la fuerza para un buen puñetazo o puede que le aplastara el cráneo deliberadamente una vez en el suelo. Y cuanto más miro esas cosas que tiene por músculos...

—Eso no es problema mío. Que lo resuelvan los abogados y el jurado. Yo lo único que quiero son pruebas irrefutables de que la mató él.

—Vale —me dice Breslin con tanta efusividad que por un segundo creo que va a darme una palmadita en la espalda—, eso no será problema. Pondremos a todo bicho viviente a buscar pruebas suplementarias, se las tiraremos encima a Rory y se vendrá abajo como una silla de jardín barata. Y si no, oye, pues ya conseguiremos suficientes circunstanciales para que no quede ni un resquicio en el caso. ¿Estamos?

—Estamos.

Rory ha desaparecido por la esquina, camino de la verja de entrada. La salpicadura de luz amarilla sobre los adoquines vacíos los vuelve peligrosos, como resbaladizos tras mucha lluvia.

En la cabeza de Breslin están girando los engranajes con tanta fuerza que prácticamente los oigo. Sigo con la mirada clavada en el punto donde estaba antes Rory hasta que, por fin, siento que se mueve y cierra la puerta tras de sí.

Llamo a Lucy desde el baño de mujeres. Esta vez responde, pero su voz apenas supera el susurro y suena agobiada; alguien grita órdenes por detrás y de pronto se oye una explosión de música *country*, que corta de cuajo un chillido enfadado. El teatro estrena una obra esa noche, están teniendo problemas técnicos y Lucy de verdad que tiene que dejarme (al fondo: «¡Luce! ¿Se sabe algo de los focos esos, los PAR?»). Me jura que mañana estará todo el día en su casa, pero no sé si es verdad o lo

dice solo para darme largas.

Pienso estar aporreándole la puerta antes de que contemple siquiera la opción de arrastrar la resaca fuera de la cama. Espero que me diga que se inventó lo del novio secreto para asegurarse de que trabajáramos duro. Y que, conforme entre en su piso, Sophie me llame y me diga que, al final, la carpeta protegida con contraseña del ordenador de Aislinn solo contenía fotografías de papá, escaneadas para que fuese más práctico llorar encima.

Ahí estoy, rezando para que mis pistas más interesantes se estrellen y ardan en el fuego. Parece contra natura, como si se me hubieran colado unos parásitos en la cabeza y estuvieran mordisqueándome el cerebro. Pero Lucy y esa carpeta son los únicos cabos ingobernables y testarudos que me impiden atarlo todo con un bonito lazo, dejarlo a la puerta del despacho de O'Kelly con mi placa encima y largarme.

Steve está en nuestra mesa, mirando el correo. Me siento a su lado y empiezo a hojear las montañas de papeles que se han materializado en mi ausencia. Los refuerzos intentan que no los sorprenda mirando de reojo mientras se preguntan cuándo volverá a perder la cabeza la bruja loca.

A la gruesa capa de silencio entre Steve y yo están saliéndole bordes como de hojalata desgarrada.

—Así que has visto el interrogatorio.

—Buena parte —dice sin levantar la vista—. Buen trabajo.

No suena a piropo.

—Gracias.

Veo la mirada elocuente que nos está lanzando Breslin: «Ya te podía haber dicho yo que no pegabais ni con cola».

—¿Dónde has estado?

—He ido a enseñarles las fotos de reseña policial al camarero y a los vecinos de Aislinn. Nada. —Espera a que le diga «te lo dije», pero, al ver que no, añade—: Y luego fui a charlar con dos de los que trabajaron en la desaparición de Des Murray... Tranquila, fui muy sutil.

—Estoy muy tranquila.

Steve me lanza otra rápida mirada de reojo intentando averiguar en qué sentido lo digo.

—El caso es que... —dice al cabo de un segundo, con voz neutral, en un tono preciso, distante, que le he oído usar antes, pero solo con abogados defensores y periodistas poco de fiar, no conmigo—, según ellos, McCann se quedó un poco colgado de Evelyn Murray. Fue él quien insistió en seguir con la investigación; no paraba de hablar de esa pobre mujer, tan frágil y con la vida arruinada... Y como McCann no es de hablar mucho, se acordaban. Incluso dio con un comprador para la licencia del taxi de Des y se aseguró de que sacaran un buen pico, para que Aislinn y

ella no se quedaran en la ruina. Pero todos me han asegurado que la cosa nunca pasó de platónica. Ya por entonces a McCann lo llamaban Joe el Santo, así que no iba a tirarse a la parienta de un desaparecido. Se rieron de mí solo por sugerirlo.

Otro hueco para mi «te lo dije». No puedo soportar más tiempo haciéndome la amable con él bajo la mirada divertida de Breslin.

—¿Alguna razón para pensar que algo de esto tiene que ver con nuestro caso?

—No.

—Bien. Pues entonces vamos a hacer la reunión.

Me levanto. Antes de llegar al frente de la mesa, los refuerzos han dejado su trabajo y están sentados bien rectos en la silla, prestando toda la atención posible sin (no, por Dios) establecer contacto ocular con la bestia rabiosa.

—Vale, buenas noticias. Parece que cada vez está más claro que Rory Fallon es nuestro hombre. Tanto él como las cámaras de seguridad nos han contado que estuvo por lo menos un mes siguiendo a Aislinn. Así pasó el tiempo sin justificar antes de la cita del sábado por la noche..., o al menos parte: espiándola por las ventanas.

—Qué guarrillo —dice Stanton con una sonrisa—. Será mejor pasar frotis por los muros de la casa, a ver si hay ADN.

Un rápido estallido nervioso de risas.

—Hazlo —digo; puede que las sobras de Rory no demuestren el asesinato, pero nos harían ganar varios puntos en el juicio: los jurados les tienen manía a los pajilleros—. Cuenta que estuvo merodeando en el callejón de atrás, así que dile a los peritos le den un buen repaso a la tapia... y también a la pared bajo la ventana de la cocina, por si hubiese tenido el valor de acercarse para un poco de acción en distancias cortas.

Stanton asiente y Meehan lo apunta en el libro de tareas.

—La nueva teoría con la que estamos trabajando es que, cuando Rory llegó a casa de Aislinn, ella se enteró de algún modo de que había estado espiándola, le pidió que se fuera y él perdió la cabeza.

—Rory no ha cantado la Traviata todavía —dice Breslin—, pero ha estado a punto. Esperemos que mañana sea el día.

—Antes de traerlo de vuelta, intentemos averiguar hasta dónde llegó espiando y de qué clase de acoso hablamos. Necesito que vayáis dos a enseñar la fotografía de Rory por Stoneybatter para ver si alguien lo reconoce del último par de meses. Como tenía que atender la librería, estaríamos hablando sobre todo de las noches y los domingos. Probad en todas partes: casas, tiendas, *pubs*, oficinas cuyos trabajadores pudieran habérselo cruzado al salir. Cualquier asociación de barrio o noches de bingo, peñas deportivas, buscad a los socios. —Kellegher levanta un dedo—. Encárgate tú con Gaffney. Y quiero saber también qué ha estado haciendo el móvil de Rory en estos dos meses: cuándo lo han captado las antenas de Stoneybatter, si se conectó a alguna red *wifi* de la zona... Stanton, ya que tienes que llamar, pregunta también por eso.

El caso ha cambiado. Antes íbamos tendiendo redes y cribando lo que nos llegaba con la esperanza de haber pescado algo bueno. Ahora vamos de caza. Tenemos la presa en el objetivo y estamos cerrando el cerco, y todo lo que hacemos es con miras al momento en que podamos arrinconarlo para el tiro de gloria.

Y no hablo de una metáfora inventada cuando describo esa sensación. Vive en algún punto de nuestro interior, más profundo, atávico y real que todo lo demás, aparte del sexo, y cuando surge, se apodera de tu cuerpo entero. Es un olor a sangre que clama al fondo de tu nariz, es el músculo del brazo que palpita para soltar la cuerda del arco, son los tambores que se aceleran en tus oídos y un grito de victoria formándose en la boca del estómago. Me permitiré disfrutar de esa sensación una última vez, bebérmela sin dejar gota, atesorar todos los segundos en lo más profundo de mí y almacenarla para que me dure el resto de la vida.

—Quiero saber dónde suele ir de copas Rory y qué piensan de él el camarero y los parroquianos: si ha criado fama de obsesionarse con chicas, de no aceptar un no por respuesta, si tiene genio, cualquier cosa que pueda ser relevante. —Meehan tiene la mano levantada—. Quédate tú con eso, así cambias un poco de aires, después de tanto Stoneybatter. Y quiero saber qué piensan de él el resto de comerciantes de Ranelagh. Si alguno cuenta alguna historia de que se sobrepasara un poco con alguna cliente de la librería o si se quedaba esperando a las puertas de la panadería a que la guapa terminara su turno.

—Yo me encargo de eso —se ofrece Breslin—. Moran, ¿te apetece venirte?

Steve levanta la vista, sorprendido, pero el otro le dedica una sonrisa anodina y al cabo de un segundo responde:

—Sí, claro.

—Estupendo —le dice guiñándole un ojo a Steve—. Vamos a acabar con este chico travieso.

No tengo ganas de contar mis planes para mañana.

—Yo llamaré a primera hora de la mañana al laboratorio, por si ha habido suerte con las fibras y el ADN. —Y con la carpeta secreta de Aislinn, que tampoco tengo ganas de mencionar—. Entretanto, alguien debería vigilar la casa de Rory... solo esta noche y parte de mañana, hasta que estemos listos para traerlo de vuelta. —Breslin me mira divertido. No creo en absoluto que Rory vaya a tirarse al Liffey ni a largarse de la ciudad o eliminar pruebas que no hayamos encontrado, pero no pienso arriesgarme por unas cuantas horas de vigilancia.

—Deasy, encárgate tú o pásaselo si quieres a un par de Seguridad Ciudadana, pero diles que vayan de paisano, ropa y coche. —Asiente—. Vale. Si no conseguimos la confesión, tenemos que montar el caso con todo eso, así que poned toda la carne en el asador. Gracias y nos vemos mañana.

Un segundo antes de volverme para alcanzar a Steve y que podamos fingir que seguimos siendo compañeros cuando vayamos a darle el parte al jefe, la sala de operaciones me agarra del cuello. Y en esa fracción de tiempo, con la calidez y la

estabilidad que emana de todos sus rincones, resplandece con los veinte años que me podría haber deparado. Todas las veces que podría haber entrado riéndome con Steve, todos los gritos de victoria al recibir el registro telefónico o los resultados de ADN que estábamos esperando, todos los discursos de agradecimiento al cerrar un gran caso: se levantan todos a la vez para venir a mi encuentro, ahora que son inalcanzables.

A mí no me va esta mierda. Puedo tirar de media docena de excusas (no dormir, no comer, la presión, una gran decisión, blablablá), pero esa sensación contra natura sigue picándome como una urticaria.

—Vamos —le digo a Steve—. El jefe. —Salgo por la puerta sin esperarlo para que no tengamos que recorrer juntos el pasillo.

O’Kelly está quitándole el polvo a la maceta de la cinta con uno de esos trapitos escurridizos que usa la gente para las gafas.

—Conway. Moran —dice sin apenas mirarnos—. Decidme que estáis llegando a algo.

—Sí, parece que sí.

—Ya era hora, joder. A ver, contadme.

Le hago el repaso. Escucha mientras va volviendo la planta hacia la luz para asegurarse de ver hasta el último ángulo.

—Ajá —dice cuando termino—. Y estáis satisfechos.

Una mirada de reojo hacia mí.

—Mañana volveremos a intentar la confesión. Pero no se preocupe: no mandaremos el expediente a la Fiscalía hasta que lo tengamos todo bien atado.

—No me refiero a si estáis satisfechos de mandar el expediente. Hablo de si os quedáis satisfechos con que lo hiciera Fallon.

—Eh... sí. —Ese ojo, lloroso y enrojecido en los bordes, por donde el párpado empieza a caerle como el de un anciano... no consigo interpretarlo. Y tampoco logro que me importe si está jugando a lo mismo que Breslin o no—. Lo hizo él. —Siento que Steve cambia el peso de pie, pero no dice nada.

El jefe me dedica otra larga mirada antes de volver a su planta. Levanta una hoja, la examina y le da otra pasadita.

—Creía que estabais esperando a tener algo que no fuera circunstancial.

Anoche le dije eso, cuando este caso era un animal descontrolado que escupía posibilidades a diestro y siniestro. Parece que fue hace años.

—Eso, o hasta que eliminásemos todo lo demás. Y eso ya lo hemos hecho.

—Lo habéis hecho.

—Tenemos un total de cero razones para pensar que hubiera otra persona involucrada aparte de Rory Fallon.

O’Kelly palpa la punta de una hoja sobre el pulgar.

—De acuerdo, de acuerdo.

Parece que nos ha olvidado; no sé si es su forma de decirnos que podemos irnos.

—Nos vendría bien otro refuerzo. He mandado a Reilly de vuelta a la unidad general.

Eso llama la atención del jefe.

—¿Y eso?

—Halló pruebas, pero, en vez de traérnoslas a nosotros, se las llevó a Breslin.

—Eso no puede ser —dice O’Kelly, que no intenta disimular el vistazo largo que está dedicándole a Steve—. Vale: os conseguiré otro. Mantenedme informado.

Se vuelve, nos da la espalda y mete los dedos con cuidado entre los tallos de la planta, apartando las hojas para pasar el trapo hasta la base.

—Cero razones para pensar que hubiera otra persona involucrada aparte de Rory —repite Steve ya en el pasillo.

Su voz sigue teniendo ese runrún distante.

—Sí. Un total de cero.

—¿Y qué hay del tipo misterioso de Lucy? ¿Y de la carpeta del ordenador de Aislinn?

—Ya he quedado mañana por la mañana con Lucy. Y lo primero que haré será llamar a Sophie para lo de la carpeta. Si una de las dos me da algo consistente, entonces lo revisaremos todo. —Oigo las señales de peligro elevándose en mi voz—. Pero ahora mismo, cero razones. Cero.

—El ADN del colchón de Aislinn.

—No es del sábado por la noche, si no, lo habrían encontrado también en las sábanas. No tiene nada que ver con el caso.

Steve ha detenido el paso y está mirando hacia la ventana del fondo del pasillo (cielo negro, con una gruesa capa de vapor amarillento de contaminación lumínica), no a mí.

—Ya viste a Rory ahí dentro, lo has oído. No me digas que todavía te quedan dudas, me cago en todo.

Tarda demasiado en responder. Me voy y lo dejo allí.

Estoy poniéndome el abrigo cuando me sobreviene: Breslin se ha pasado toda la tarde sin amagar ni una sola insinuación sobre estar untado.

Debería ser un alivio, pero, en cambio, se me clava como una aguja bajo las uñas. Por lo que sé, no hay ninguna razón para que Breslin decidiera de buenas a primeras, en el par de horas que estuve fuera hablando con los ex de Aislinn, abandonar su astuto y elaborado plan. Estaba esmerándose mucho en tenderme la trampa (un par de codazos más y, de no haber sido por Pulgoso, me habría puesto justo en el punto de

mira para el tiro de gracia) y de pronto, como si nada, deja todo el plan y se va. Repaso mentalmente el día, mi charla con McCann, los informes de los refuerzos, en busca de algo que haya podido hacerle cambiar la trayectoria: cualquier cosa que pudiera haberle alertado de que me había dado cuenta, o algo que le hiciera decidir que ya no merecía la pena adueñarse de mí. No hay nada.

La única posibilidad que queda es la que se me clava más hondo: Breslin sabe que ya no tiene sentido tanta historia. Las palabras que le diré al jefe apestan a mi alrededor como pelo quemado, me han marcado la cara con su sombra creciente. Le ha bastado verme la cara para saber, con esos veinte años concentrados de instinto policial, que ya me habían disparado el tiro de gracia. Se ha dado cuenta de que ya no valgo para nada.

Paso todo el camino a casa esperando algo o a alguien: que me pare otro coche patrulla, que el hombre de la farola salte delante del coche al doblar por mi calle, que Pulgoso asome la cabeza en la oscuridad de mi cocina. No ocurre nada. Mi calle está muerta y, nada más entrar en casa, sé que no hay nadie. Aun así, aseguro cada habitación pistola en mano.

Estoy deseando dormir, largo y tendido, a ser posible con alguien armado y de confianza en la puerta de mi cuarto, pero nunca me acuesto hasta estar tan reventada que sea caer en las sábanas y desmayarme. Hay una larga lista de cosas en las que no pienso pensar esta noche, pero abarcan tanto y estoy tan cansada que mi mente no para de embrollarse y dejar pasar trozos. En el medio segundo que tardo en echarme la bronca, me pregunto qué estará haciendo Steve.

En la nevera no hay una puta mierda y me terminé con Pulgoso las reservas de emergencia de barritas de pescado. Llamo a mi madre y le cuento lo del jarrón de Sophie, que estaba salpicado de sangre porque dos malnacidos entraron en la casa de una anciana y la golpearon en la barriga hasta que vomitó sangre, a lo que por toda respuesta obtengo un: «Ajá». Ella no menciona a Aislinn y yo tampoco. Mientras se fuma su cigarro, me preparo un café y una montaña de tostadas, le corto la parte verdosa a un viejo trozo de queso y me lo llevo todo al salón.

Esta noche el viento no aporrea la ventana; ha amainado y ha dejado un frío brumoso e inerte. Miro hacia la oscuridad y pienso para mis adentros: «Vamos, hijoputa, ven a por mí». Dejo las cortinas abiertas de par en par.

He recibido un correo de Pulgoso: «¡Eh, Rach! Me alegro de saber de ti. Sin novedades por aquí, toda la panda está bien, nadie hace nada especial. Ahora ando algo liado, pero me encantaría que quedáramos cuando los dos tengamos un rato libre. Cuídate, ricura. Bss». O sea, que nadie en su rincón de los bajos fondos está de repente ahogando las penas, saltando con cualquier cosa ni llorando en el hombro de Pulgoso por su novia muerta. Y, o sea, que adiós, muy buenas, ya nos vemos si eso.

El equipo de Sophie no encontró ninguna página de contactos en el historial de navegación de Aislinn, pero todavía no nos han informado sobre lo que había en el ordenador de su trabajo. Echo un vistazo a mis cuentas de Rubia Cualquiera de

Google. No le va nada mal: docenas de mensajes. Un cuarto son fotos de pollas, que entiendo que pretenden hacerla correr a por sus sales de baño y no ser el acicate para una relación seria, aunque nunca se sabe. Del resto, la mayoría son apenas una línea de nada, tipos que le tiran a discreción a todas las chicas guapas que se registran, esperando que alguna pique. Solo dos merecen una mirada más atenta. Sin fotos, dejando caer con mucha sutileza que sin ataduras y en secreto: hombres casados que quieren diversión al margen y buscan a una chica que concuerde con las características de Aislinn para pasar el rato.

Estoy trabajando en mi respuesta cuando veo moverse algo por el rabillo del ojo. Me vuelvo en redondo pero es demasiado tarde: una gran sombra oscura se aparta de mi ventana antes de poder verla mejor.

Cojo las llaves y me lanzo hacia la puerta. Cuando la abro, la calle está vacía.

Voy hacia el coche, obligándome a caminar con naturalidad: solo voy a coger algo que me he dejado, nada grave. Echo vaho por la boca, pero el frío ni me roza. Huelo a humo de turba, oigo los coches que pasan flechados por la esquina y siento los músculos de las piernas deseosos de salir corriendo.

Estoy abriendo ya la portezuela cuando la luz fluctúa. Hay alguien bajo la farola de la esquina: un hombre alto, cargado de espaldas. Cierro la puerta y doy un paso en esa dirección, pero se evapora en la oscuridad, doblando la esquina a buen paso.

Estoy segura de ser más rápida que él, pero Stoneybatter está bien surtida de recodos y callejones y, si conoce bien la zona, habrá desaparecido. Y aunque no sea así, puede colarse en cualquier *pub* y volverse y quedarse mirando cuando yo irrumpa detrás. ¿Qué puedo hacer? Tengo que atraparlo en mi terreno.

Vuelvo a casa, corro casi del todo las cortinas y contemplo la calle por una rendija en un lateral.

Si tengo otra oportunidad, será la última; otra escapada por los pelos y el tipo sabrá con seguridad que lo he descubierto.

No hay manera de hacer esto yo sola. Repaso todas las opciones de refuerzo que se me ocurren: Pulgoso, Sophie, Gary, mi colega Lisa, el resto de amigas, los vecinos. Incluso pienso en mi madre. Y juro por Dios que, por una décima de segundo, hasta en Breslin.

No puedo hacerlo. No hay nadie en toda esa lista a quien pueda decidirme a llamar para decirle: «Eh, no puedo con esto, ven a ayudarme». Después de esa llamada, me convertiría, para todos sin excepción, en una persona distinta. El vacío de mi casa tiene tal espesor que podría removerla sobre sus cimientos.

Por lo menos el tipo tiene algo de autodominio: pasan veinticinco minutos hasta que una oscuridad más densa avanza por las sombras alrededor del círculo de la farola. En el mismo instante en que siento que se me acelera el corazón ante la posibilidad, comprendo que sabía desde el principio que era eso lo que iba a hacer.

La oscuridad más densa se asienta y se queda. Saco el móvil, respiro hondo y llamo a Steve.

Tarda varios tonos en cogerlo.

—Buenas.

—Buenas. ¿Estás haciendo algo importante?

—No mucho.

Lo deja ahí. Con esa voz de una neutralidad medida, mientras intenta averiguar, o decidir, si todavía somos compañeros.

No tengo tiempo para marear perdices.

—Steve, escucha. Necesito ayuda. —Esas palabras me rasmall la garganta, pero cuando miro por la ventana, el tipo sigue allí, inmóvil en los márgenes de la luz de la farola.

Hay un largo segundo de silencio. Cierro los ojos.

—Vale —dice por fin—. ¿Qué pasa?

La voz se le ha descongelado dos grados, puede que tres. Joder, es absurdo lo aliviada que me siento, pero no tengo tiempo de lidiar con eso.

—Un hijoputa lleva varios días vigilando mi quelí y ya me he hartado. No puedo salir y atraparlo yo sola; estoy en su línea de visión, salga por donde salga, y, si me ve, saldrá por patas.

—Pero a mí no estará esperándome —dice Steve, que ha dejado todo a un lado para centrarse en esto.

—Eso espero.

—¿Dónde está ahora mismo?

—En la esquina de mi calle. —Steve sabe dónde vivo; nunca ha entrado en mi casa, pero hemos pasado un par de veces a recoger cosas—. Antes lo he pillado mirando por la ventana que da a la calle y también lo he visto por el callejón trasero, pero la mayor parte del tiempo merodea por la esquina. Es alto, fornido, de mediana edad, con abrigo oscuro y sombrero *trilby*.

Noto que Steve se percata del parecido con el tipo que trepó por la tapia de Aislinn.

—Vale. ¿Qué quieres que haga con él?

—Tráemelo aquí. Quiero tener una charlita con él.

—No tardo más de un cuarto de hora. —Oigo que se pone ya en marcha, cogiendo los zapatos o el abrigo.

—Llámame cuando estés llegando. Dame un toque y cuelga.

—Vale. —Tintineo de llaves: Steve está listo—. Ten cuidado.

—Gracias. Ahora te veo.

Me guardo el móvil en el bolsillo, vuelvo al sofá y me dedico a abrir páginas al azar en el portátil. Siento la ventana como si unas uñas me dieran golpecitos a un lado de la cabeza. No levanto la vista. Cuando me dan un toque al móvil, y parece haber pasado una hora, consigo no saltar.

Me estiro, me levanto y voy hacia la puerta de la calle, evitando la ventana. Desenfundo el arma y presiono el ojo contra la mirilla.

La oscuridad y la puerta amarilla de enfrente se desorbitan en el ojo de pez de la mirilla. El perrucho del vecino, en uno de sus ataques de ladridos agudos. Chillidos de crías a lo lejos. Y luego un rápido embrollo de pisadas acercándose por la calzada.

Agarro el pomo y me obligo a esperar hasta que un violento sopetón funde en negro la mirilla. Abro entonces la puerta, dos tipos muy pegados entran a trompicones y me apresuro a cerrar tras ellos.

Se tropiezan con la alfombra, recuperan el equilibrio y se quedan parados entre tambaleos en medio del salón. Steve tiene al tipo cogido por el cuello del abrigo con una mano mientras le retuerce un brazo en la espalda con la otra. Grande, pelo moreno entrecano (el sombrero se le ha caído por el camino), abrigo negro largo.

—Aparta...

—Lo tengo —digo apuntando la pistola contra la cabeza del hombre.

Steve lo suelta y se aparta a un lado.

—¡Por el amor de Dios! —exclama el hombre, que se vuelve para mirarme, y entonces los tres nos quedamos de piedra.

Ni él esperaba el arma ni yo lo esperaba a él. Me había preparado para cualquier cosa, desde un asesino en serie hasta uno de los nuestros, pero no para esto.

Aunque no lo he visto en mi vida, lo he visto todo de él, a diario: la curva marcada de la nariz, los ojos morenos de párpados caídos, las largas rayas negras que tiene por cejas. Por un segundo, me siento como en una novatada que no tiene ni puta gracia; mi mente patina intentando asirse a algo, preguntándose si no lo habrá organizado todo algún carapolla de la brigada para dejarme tonta. Es mi viva imagen.

Los ojos de Steve van de uno a otra. Tiene las manos abiertas a ambos lados, como si no supiera qué hacer con ellas.

—Steve. Puedes irte. —No me siento los labios.

—Antoinette... —dice el hombre.

—Cierra la puta boca o te pego un tiro. —Empuño la pistola con más fuerza. Se calla—. Steve: vete a casa.

—¿Estás...? —empieza a preguntar.

—Vete. De verdad.

Al cabo de un momento se va, prácticamente de puntillas, cerrando con suavidad al salir. El hombre y yo nos quedamos mirándonos.

Se coloca bien el cuello por donde lo ha agarrado Steve.

—Gracias. No sé muy bien quién era...

—Le he pedido yo que te traiga. Ya me había hartado de que merodearas por mi calle.

No parece sorprendido.

—En tal caso, puede que me hayáis hecho un favor. No sé cuándo iba a reunir el valor de llamar a tu puerta.

Tiene un acento culto, con una capa de algo más por encima: del norte o puede que de Belfast. No ha pasado los últimos treinta y dos años en un palacio en Egipto ni

en un club nocturno de Brasil. Ha estado a un tren de distancia.

—Pues aprovecha para verlo todo bien. ¿Lo quieres con visita guiada?

Me escruta la cara con tal intensidad que la contraigo y me dan ganas de pegarle con la culata en la nariz para que pare.

—Te pareces mucho a mí. ¿Lo comprendes?

—No soy ciega. Ni tampoco tonta.

Consigo una sonrisita de satisfacción, como si lo de no ser tonta fuera gracias a él.

—Nunca creí que lo fueras.

Todos esos deberes de matemáticas que guardaba para llevárselos en ofrenda. Se hace el silencio, mientras espera a que yo diga algo, o tal vez que me arroje en sus brazos. No hago nada.

—Es un momento muy especial para mí. Llevo buscándote casi un año.

—Vaya, todo un año, no veas...

—Al principio consideré la opción de establecer contacto. Te doy mi palabra de que fue así. Pero no sabía cómo te llamabas y tu madre fue muy diligente a la hora de perderse del mapa. Y en aquella época, debido a una serie de complicaciones en mi vida, tenía la sensación de que, en muchos sentidos, estarías mucho mejor sin...

—Y ahora ¿qué, necesitas un riñón?

Una sonrisa mínima.

—Hace dos años fallecieron mis padres con apenas meses de diferencia. —Una pausa más breve para que le dé el pésame, me sienta afligida o a saber qué mierda—. Perder a tus padres te provoca un cambio tremendo de perspectiva. Me di cuenta del valor que tenía su presencia en mi existencia, mucho más de lo que yo les había atribuido en vida, y la importancia de estar enraizado con una historia superior a la propia. Por primera vez comprendí en mis carnes de lo mucho que te había privado. En cuanto me caló esa constatación, empecé a buscarte.

Esos ojos morenos, llenos de intensidad, apremio y elocuencia. No me extraña que mi madre se colara por ellos, solo tenía veinte años. Yo no. La realidad es que de pronto se sintió vulnerable, con eso de ser el siguiente en la cola de palmar, y quiso tener a alguien que le hiciera sentir que no iba a desvanecerse en la nada.

—De hecho llegué a contratar a un detective privado, pero solo pude darle el nombre y el apellido de tu madre y...

—Pues ya me has encontrado.

—Vine en cuanto supe dónde estabas. Reservé un hotel en Dublín y me vine en coche ese mismo día.

Por su cara deduzco que espera que eso me conmueva hasta la médula.

—Qué lástima que no lo averiguaras unas semanas antes. Podrías haber aprovechado para hacer las compras de Navidad.

—¿Eso es realmente necesario? —pregunta señalando el arma—. Has de saber que no tengo intención alguna de hacerte daño. Y la verdad es que no facilita la charla.

Tiene una sonrisa encaramada en una comisura y espera que le funcione. Vaya, vaya, tenemos a un seductor. Qué lástima que ese gen se saltara una generación.

—No va a haber ninguna charla. —Si Steve ha tenido la sensatez de hacer lo que le he dicho, estará ya en el coche camino de su casa, demasiado lejos para que este hombre vaya a perseguirlo e intente sacarle información—. Te vas ya.

Adiós a la sonrisa.

—Me hago cargo de que debes de estar enfadada conmigo... —dice cauteloso.

—No estoy enfadada. Simplemente he acabado contigo. Venga. —Le señalo la puerta con la pistola.

—No —dice, y levanta las manos hacia mí—. Déjame que me quede. Por favor. Solo un rato, una hora. Media hora. Si después de eso sigues queriendo que me vaya, me iré.

—Fuera. Ahora.

—Espera. —No se ha movido, pero su voz parece un salto para atrancar la puerta—. Por favor. No quiero husmear en tu vida. Puedes contarme lo que quieras, o nada..., es cosa tuya. Y yo te contaré todo lo que quieras saber... Alguna pregunta tendrás. Lo que sea, dímelo.

Ahí está: lo más profundo y oscuro de mí, lo que ningún mejor colega, compañero o amante sabrá nunca. En ese segundo veo lo que vio Aislinn, el momento que persiguió saltando vallas y barro, hasta el otro lado de la muerte; y ahora irrumpe en mi casa como una esfera luminosa que canta ante mí, al alcance de la mano. «¿Cómo te llamas? ¿Cómo conociste a mi madre? ¿Por qué te fuiste? ¿Dónde has estado? ¿A qué te dedicas? Cuéntamelo todo, todo...» Me veo planeando como un halcón en una corriente de aire caliente, mientras él va desplegando por debajo todas las ocasiones perdidas, para que yo dé vueltas alrededor, a mi aire, hasta que cada afluyente y tributario quede grabado en mi mente, y pueda reclamarlo como mío. Veo como quiere abrir su capa de mago para enseñarme todas las páginas perdidas de mi historia, escritas en tinta plateada sobre el forro de estrellitas.

—Vale —digo bajando el arma—. Sí: tengo preguntas. —Apenas puedo respirar.

—Y yo puedo quedarme. Media hora.

—Sí, por qué no.

Asiente. Espera, mirándome con tanta intensidad que ni parpadea, aguardando las preguntas como si fueran el mejor regalo que puedo darle.

Y lo serían. Es lo que quiso decirme mi madre con todos sus cuentos inventados. Si deajo que él me dé las respuestas, será mi dueño y señor. Todo en mi vida, pasado y futuro, será suyo: lo convertirá en lo que él quiera.

—¿Cómo me has localizado? —Por fin parpadea—. Has dicho que lo que quiera saber...

Mira de reojo el sofá.

—¿Puedo sentarme?

—No, primero empieza a responder y luego ya veré.

Un arqueo irónico de ceja, como si hubiera decidido seguirle la corriente a un niño exaltado. Yo también lo utilizo a veces con testigos.

—Está bien. El domingo por la tarde fui a la tienda de la esquina a comprar el periódico. Mientras hacía cola, miré el resto de la prensa. Tu fotografía estaba en primera página. Y lo supe en cuanto te vi.

Veo rojo al instante: no tiene derecho a reconocermé.

—¿Y? ¿Qué hiciste?

—Te busqué en el listín telefónico, pero no apareces. Comprendí que en tu trabajo tampoco me darían ningún dato. Así que llamé al periódico y pedí hablar con el periodista que había escrito el artículo. Le dije quién era (si no, no me habría dicho nada) y que deseaba ponerme en contacto contigo, pero no sabía si sería bienvenido.

—Una mirada seca a la pistola—. Y con razón, por lo que se ve.

—¿Y te dio la dirección así sin más? —Ni de Crowley me lo creería: él nunca da algo a cambio de nada—. ¿Qué le prometiste?

—Yo no le prometí nada.

También conozco esa negociación crispada... demasiado bien para tragármela.

—Repetimos: ¿qué le prometiste?

Considera la opción de mentir, pero es demasiado listo para arriesgarse.

—El periodista me dijo que podía facilitarme tu dirección... a cambio de una entrevista después de nuestro encuentro.

Me lo estoy viendo: «La angustiante infancia de una policía de Homicidios», fotos comparadas de mi bloque de pisos cutre y su chalé en una zona residencial rebosante de verde; «“Cada vez que buscaba la verdad en su trabajo, en realidad me buscaba a mí”, solloza su padre perdido». Y ni siquiera en portada ni nada de eso: parte de una ampliación de alguna patraña anterior sobre mujeres sin padre. Solo de pensarlo me dan ganas de vomitar. Crowley no tendría ni que publicarlo, me lo podría blandir en las narices y exigirme todas las exclusivas que cayeran en mis manos, a sabiendas de que se las daría.

—Y tú le dijiste que sí, claro, sin problema.

—Desde luego, no era una perspectiva nada grata. Desnudar mi alma para la prensa amarilla no es algo que tuviera pensado hacer en mi vida. Pero habría hecho mucho más que eso por encontrarte.

No parece idiota, aunque nunca se sabe.

—O bien podrías haber llamado a mi trabajo y preguntado por mí. O haber mandado una carta.

—Sí, así es. —Se pasa una mano por la mejilla y suspira—. Te seré sincero: quería observarte un tiempo antes de comprometerme.

O sea, que quería poder decidir si era digna de establecer contacto con él. Si tuviera un maromo con chándal brillante, media de docena de críos chillones y un cigarro colgado del labio, podría haberse vuelto por donde había venido: sin pena no hay delito, la historia que acaba antes de empezar.

Tal vez hasta él se crea que lo ha hecho por eso, pero yo no. Yo sé perfectamente qué tramaba. De haber jugado siguiendo las normas (dar la noticia con tacto, desde la distancia, intercambiar unas cuantas llamadas cautelosas para ir conociéndonos, quedar en territorio neutral cuando ambos decidiéramos y toda esa mierda), habría sido yo la que hubiese fijado el cuándo y el si. Este hombre jamás habría permitido eso: quiere manejar la situación, a mí, en sus propios términos, de principio a fin. Por desgracia para él, ese gen no ha saltado ninguna generación.

—Así que te pasaste los siguientes tres días merodeando por mi casa, como un mirón.

Se le inflan las aletas de la nariz.

—No me gusta admitirlo. Pero te he dicho que te respondería a todo lo que me preguntases, y espero que comprendas ahora que lo decía de verdad.

—Tu colega el periodista no va a sacar nada de todo esto. Lo primero que vas a hacer mañana por la mañana es llamarlo y decirle que te has equivocado de mujer. Y procura que suene convincente.

Levanta la cabeza. El orgullo le sienta bien y lo sabe.

—Le di mi palabra.

Quiere que le suplique o que dé un puñetazo en la mesa y le recuerde que a mí me debe mucho más que a ese chupatintas. Me río, una única carcajada seca: no pienso darle nada más.

—¿Y qué va a hacer, demandarte?

—Desde luego que no, pero preferiría cumplir con mi palabra —dice, pero, al ver que se me arquea una comisura, añade—: Y no creo que a ninguno de los dos nos apetezca mucho tenerlo de enemigo.

—Hazme caso: antes preferirías tenerlo a él de enemigo que a mí. ¿Crees que no tengo colegas en el Cuerpo por donde tú vives? ¿Quieres pasarte el resto de tu vida parado en un arcén y soplando en un alcoholímetro cada vez que cojas el coche? ¿Que te interroguen cada vez que un niño dice que el hombre malo tenía la piel oscura?

La boca (de curvas amplias y bien perfiladas, como la mía) se le ha tensado.

—Se nota que esto es importante para ti —dice, y deja un hueco para que yo muerda el anzuelo, pero no lo hago—. De acuerdo, le diré al periodista que me había equivocado. —Señala el sofá—. ¿Puedo sentarme ya?

El muy sobrado hace ademán de ir a sentarse.

—Genial. —Levanto el arma y vuelvo a apuntarlo—. Ya te puedes ir.

No da crédito.

—Pero las preguntas... ¿No quieres saber...?

—No. Largo.

No se mueve.

—Dijimos media hora.

—Yo he terminado antes.

—Media hora. Ese era el trato.

Me río con ganas.

—Haberlo puesto por escrito. Vete a tomar por culo. Y no vuelvas.

Se le agarrota la mandíbula.

—Si lo que pretendes es hacerme daño...

—Lo único que pretendo es que te largues de mi casa. Si quisiera hacerte daño, usaría esto. —Señalo la pistola con la barbilla—. Venga.

Por un segundo creo que voy a tener que hacerlo. No está acostumbrado a ceder. Tiene gracia: yo tampoco.

Veo el momento justo en que comprende que no bromeo. Se le desencajan los ojos y da un paso atrás, hacia la puerta. Pero no ha dicho su última palabra.

—Comprendo que te pilla por sorpresa. Créeme, yo no hubiese escogido... Te dejaré mi tarjeta. Cuando cambies de parecer...

Se lleva la mano al bolsillo del pecho.

—No —le digo, y le apunto a la mano hasta que se detiene—. Se acabó. Como vuelva a verte, te pego un tiro. Y explicaré que estaba muy asustada porque había un hombre espíandome, mi amigo Steve lo confirmará y me sacaré una pasta vendiéndole la historia de nuestro trágico desencuentro a tu colega el periodista.

Aparta lentamente la mano del bolsillo.

—No eres lo que había imaginado.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Adiós.

Se queda un instante plantado en medio del salón, mirando el sofá sin verlo, como si no fuera capaz de asimilar qué sigue o cómo hacerlo. Ya no es mi viva imagen, es solo un hombre de mediana edad que ha pasado demasiado tiempo, los últimos días, fantaseando en medio del frío.

Por fin se mueve. Con la puerta ya abierta, se vuelve y pienso que va a decir algo, pero se limita a asentir y a salir a la noche.

Me acerco al umbral y lo sigo con la vista hasta el fondo de la calle. El sombrero está a los pies de la farola, balanceándose ligeramente por el viento, que está cogiendo fuerza; se agacha para recogerlo como si le doliera la espalda, le sacude el polvo y sigue caminando hasta salir de la luz y perderse por la esquina. No vuelve la vista atrás.

Espero cinco minutos y luego otros cinco más para asegurarme de que se ha ido del todo. Me tiemblan las manos, se me ha metido el frío, y me cuido de apuntar hacia atrás, a la casa. Cuando me convengo de que no va a intentar volver, enfundo y llamo a Steve.

Contesta al momento.

—¿Estás bien?

—De lujo. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí, en el *pub* a la vuelta de la esquina..., ¿cómo se llama?, la Fonda de no sé qué... Pensé que... por si acaso... A ver, sé que eres perfectamente capaz,

pero... ¿Sigue... está ahí todavía? ¿O...?

Quiere saber si tengo un cadáver en el suelo del salón.

—Se ha ido. ¿Te importa volver?

—No, claro —dice con demasiado apremio... Ahora el tontorrón se cree que quiero llorar en su hombro—. Tardo cinco minutos.

En menos de tres está atravesando mi calle a toda prisa, con el viento tirándole de la bufanda.

—Tranquilidad, hombre —le digo al abrir la puerta—. Que no hay ningún incendio.

—¿Estás bien?

—Como ya te he dicho antes, estoy de lujo. ¿Has dejado la pinta a medias?

—Sí, la verdad es que sí. Creía que...

Tiene el pelo alborotado por los lados, alarma naranja.

—No te pongas tan dramático. ¿Quieres un trago para compensar?

—Claro. Gracias.

Voy a la cocina y abro el armarito de la privá.

—¿Te va bien un *whisky*?

—Sí, guay. —Steve se queda en la puerta y echa un buen vistazo a la habitación, para evitar mirarme—. Lo he visto. Su cara, me refiero —le dice a la ventana de la cocina.

—Sí, yo también. —Espera que diga algo más—. ¿Hielo?

—Sí, por favor. —Me sigue con la mirada mientras saco los vasos y sirvo: se me ha estabilizado el pulso—. ¿Y...? O sea, ¿vas a volver a verlo?

Le paso un vaso.

—Yo diría que no. Le he dicho que como vuelva a verlo, le pego un tiro.

El bufido ruidoso y sorprendido que suelta me hace comprender cómo suena, y de pronto yo también me río.

—Madre mía —dice Steve entre risa y risa—. Yo diría que no era lo que él esperaba.

Eso me da más alas.

—Pobre cabrón. Casi me da pena, ¿sabes?

—¿De verdad?

—No, en realidad espero que se lo haya hecho encima. —Con eso ya nos damos por vencidos y tenemos que apoyarnos contra las paredes. Me enjugo los ojos, me bebo el *whisky* de un sorbo y me echo otro—. Trae —le digo tendiéndole la mano para recargarle el vaso—. Te lo has ganado. ¿Qué, te creías que te llamaba para deshacernos de un cadáver?

Steve se atraganta a mitad de sorbo y se dobla en dos, volviendo a contagiarme. Tira la mitad, y eso que mi *whisky* es demasiado bueno para desperdiciarse de esa manera, pero me da igual. Hacía tiempo que no me sentía tan bien.

—Mírate, hombre —le digo arrebatándole el vaso—. A ver si aprendemos a

beber. Ten. —Le paso el vaso lleno y me voy al sofá.

—Parece que es verdad que estás de lujo —dice Steve, poniéndose serio y dándome un buen repaso con la mirada—. ¿No?

—Te lo he dicho.

Me recuesto en los cojines y le doy un sorbo a la bebida, ahora sí saboreándola como es debido. Siento moverse cosas en la trastienda de mi cabeza: un cambio en el ángulo de la luz, pesos que se reequilibran. Puede que mañana, cuando llame a mi madre, le cuente qué he hecho esta noche. Fijo que con eso consigo una reacción.

—Bueno, entonces... —O sea: «Entonces ¿qué hago yo aquí?».

Me incorporo y, ya más sobria, le digo:

—Me está viniendo algo. Sobre el caso.

Ese momento, cuando me tembló y me patinó la visión y pude ver lo que había estado persiguiendo Aislinn, en todo su esplendor milagroso y atroz; en ese momento vi lo que tendríamos que haber visto al menos veinticuatro horas antes: lo que divisó nuestra víctima cuando la charla con Gary destrozó sus ensoñaciones con papaíto; cuando su voz apaciguadora de teléfono de la esperanza le caló, en medio del naufragio: vio con claridad el siguiente sitio donde buscar.

Steve se acomoda en la otra punta del sofá. Sostiene el vaso entre los dedos, sin beber, y se queda mirándome, a la expectativa.

—¿Te acuerdas de lo que me contó Gary por teléfono? —sigo—. Cuando le dijo a Aislinn que su padre había muerto y ella se quedó hecha polvo. Pues bien, luego siguió hablándole, para tranquilizarla: que si su padre la había querido mucho, que era evidente que había sido un hombre estupendo. ¿Crees que con eso ella iba a dejar de echarlo de menos? ¿Que se diría simplemente: «Ah, bueno, a la mierda, lo dejaré estar»?

—Qué va. Conociéndola, tuvo que tener el efecto contrario, que pensase que no podía dejarlo así, que debía haber algo más. Es lo que he estado diciendo desde el principio.

—¿Y te acuerdas de qué más le dijo Gary? Se deshizo en elogios sobre los hombres que investigaron el caso, que si eran grandes profesionales que habían trabajado concienzudamente. Que si hubiera habido algo que encontrar, lo habrían hecho. —Steve sacude la cabeza, con las cejas uniéndosele en un: «¿Y?»—. Si yo fuera Aislinn —continúo, con el corazón en la boca—, si me pareciera en algo a ella, no me pondría a perseguir una fantasía sobre bandas con poco fundamento así porque sí. Buscaría a alguien que pudiera darme información real, a uno de esos detectives.

Se hace el silencio. Un viento débil forcejea por el tiro de la chimenea.

—¿Y cómo los encontraría? —pregunta Steve.

—Te apuesto lo que quieras a que el propio Gary los nombró. «Yo conozco a Feeney y a McCann, y son unos detectives estupendos, seguro que hicieron todo lo que...»

—McCann —repite Steve como si le costara respirar.

Otro silencio, y el viento.

—Aislinn llama a Personas Desaparecidas y pregunta por Feeney y McCann. La administrativa le dice que el primero se ha jubilado y el segundo se ha trasladado a Homicidios. A Feeney no tiene manera de encontrarlo, pero en cambio averiguar dónde está la central de Homicidios es pan comido, de modo que se apuesta fuera durante el cambio de turno. Seguro que no tuvo ni que andar preguntando para localizarlo; con todo el tiempo que había pasado pensando en su historia, fue capaz de reconocerlo. Incluso quince años después

—¿Y luego qué? Pongamos que sí, que lo localizó. ¿Qué pasó entonces?

Sacudo la cabeza.

—No lo sé.

Steve se pasa la mano por la cabeza, en su tic autómatas de alisarse el pelo.

—¿Estás pensando que él era el novio secreto?

—Lo he pensado pero no veo razones para que ella pudiera colarse por él. Volvemos a la pregunta de siempre: ¿por qué una chica como ella estaría con un poli de mediana edad al que empieza a asomarle la barriga cervecera? Que tonteara con él para conseguir la historia de su padre, vale, sí. Pero ¿tirarse seis meses siendo su amante? ¿Por qué?

—Intentaba estar más cerca de su padre, y McCann era su único vínculo...

—Joder. —Arrugo el gesto—. Eso sí que es chungo. Pero no lo veo. Gary también había tenido un vínculo con su padre y a él no le vino con esas. Me lo habría dicho.

—A lo mejor era una calientapolis. —Steve sigue pasándose la mano por el pelo, una y otra vez—. Va a hablar con Gary, echa un vistazo, decide que le gusta el rollo...

Las llamamos así porque existen. La mayoría son mujeres, pero también me he cruzado con un par de tipos. Puedes ser más feo que un jabalí verrugoso que les da exactamente igual: apenas te ven. Lo que buscan es el subidón de adrenalina de prestado, la autoridad de segunda mano, la historia que no acaba con «y luego trabajó de teleoperador el resto de su vida»: cuéntame a quién has arrestado hoy, no te quites el uniforme en casa y ve sacando esas esposas. Son bastante fáciles de identificar, pero hay polis a los que les encantan, les hacen sentirse como estrellas del *rock*. Y les permiten pescar en caladeros por encima de sus posibilidades.

Pero en el caso de McCann, eran posibilidades aún más remotas.

—Si fuera solo eso, podría haberse ido directamente al Copper Face Jack's y haber elegido a cualquier joven guapo. ¿Por qué él?

—Porque no quería solo a un radiopatrulla que se pasara el día dándole la brasa a la gente por no tener el impuesto de circulación al día. Como ya hemos dicho otras veces: después de la vida que había tenido, quería emociones. Quería al detective de Homicidios.

Eso lo entiendo. Los de Homicidios somos los que vamos de caza mayor; nos

pasamos el día siguiendo el rastro de depredadores grandes. Para esa gente, nosotros somos la presa gorda.

Si era eso lo que buscaba Aislinn, Steve está en lo cierto: no tenía mucho donde elegir. Es una brigada pequeña: dos docenas, más o menos. La mitad de la edad de McCann o mayores. Y no hay ningún supermodelo.

De todas formas, no me cuadra que se decidiera por McCann. A juzgar por Rory y sus otros ex, los bruscos callados no eran su tipo. Habría descartado a McCann del tirón y habría seguido buscando, a uno con más cintura, más tacto, alguien con labia que la atrajera; alguien como...

Alguien como su compañero.

Breslin, con su mujercita y sus tres chiquillos adorables. Breslin, con mucho que perder si la calientapolis resultaba ser una rompehogares. Breslin, el mismo que está presionándonos para imputar a Rory Fallon y cerrar el caso.

—Me cago en...

—Lo único son los tiempos —dice Steve—. Si tienes razón y fue Gary quien le facilitó el nombre de McCann, eso fue hace dos años y medio. Pero según Lucy, lo del novio secreto empezó hará seis meses. ¿Por qué ese vacío?

—A ver qué te parece esto: ella va a buscar a McCann para que le dé información y él la manda a paseo. Pero ella no se rinde y vuelve cada tantos meses para seguir dándole la vara. Hasta que un día se presenta en la brigada, él no tiene ganas de lidiar con ella y le pide a su compañero que salga y se la quite de encima. Y a ella le gusta lo que ve.

A Steve se le ha quedado la cara paralizada: el gesto lo cambia, lo despoja de su descaro estudiantil y por fin puedo echar un buen vistazo a lo que hay debajo. Se ha hecho adulto, con los rasgos afilados, y no querrías meterte con él.

—¿Te acuerdas del vecino que avisó del hombre que había saltado por la tapia de Aislinn? Varón, complexión media, abrigo oscuro, mediana edad probablemente... y pelo claro.

—Breslin el Monje. Con un idilio a todo gas. ¿Tú crees?

—Todo el mundo coincide en la facilidad con la que Aislinn arrastraba a la gente a sus fantasías. Tenía talento, y lo sabía poner en práctica. Y Breslin es de esos que se tiene en alta estima e infravalora a los demás. Que son justo los que suelen caer con más facilidad. Si ella decidió que lo quería a él...

—Sí, pero ¿meterse en algo tan arriesgado? Con lo cuidadoso que es Breslin con sus cosas.

—Y lo fue: ninguna llamada, ningún mensaje, correo, nada. ¿Y te acuerdas de que alguien buscó el nombre de Aislinn en el ordenador, en septiembre, justo después de que ella empezara con el novio secreto? Estaba asegurándose de que no tuviera antecedentes de acoso, chantaje, cualquier cosa que apuntara a que era una psicópata.

A Steve se le endurece el gesto por un instante.

—¿Te acuerdas cuando le dijiste a Breslin que llevara las grabaciones de los

conocidos de Rory a la comisaría de Stoneybatter para ver si el agente de turno podía identificar al que hizo la llamada?

—Sí, y el muy arrogante se lo encasquetó a Gaffney... —Ahí me detengo.

—Yo creía que se consideraba demasiado importante para ese trabajo sucio.

—Ya, yo también.

—Era lo que quería que pensáramos. Pero no tenía nada que ver: no podía arriesgarse a que el agente oyera su voz.

Esa voz de tráiler de película: «En un mundo en que...». Hasta el agente más lerdo recordaría su voz. A no ser que, tal vez, alguien se asegurara de bombardearlo con posibilidades hasta que se le borrara la memoria irremediadamente.

Fue Breslin quien avisó. Se me atasca la mente ahí como la aguja en un tocadiscos, golpeando el mismo surco una y otra vez. Esto no somos solo nosotros jugando a montarnos fantasías animadas. Esto pasó. Fue Breslin quien llamó.

—Con razón la llamada no llegó por el 999. No podía permitirse que circulara una grabación con su voz.

—Y con razón el novio secreto es invisible. Breslin no iría dejando notas de amor ni mensajes por Facebook. Como no haya algo en la carpeta del ordenador, no tenemos nada.

—Tenemos a Lucy. Ella podría confirmar la relación. Aunque otra cosa es que lo haga...

—Lucy. —Steve echa la cabeza hacia atrás al pensarlo—. Madre... Y nosotros preguntándonos por qué estaba tan recelosa. Intentaba saber si éramos colegas de Breslin.

El *whisky* sabe a peligro y violencia en mi boca.

—Porque ella cree que la mató él.

Silencio, esta vez breve. Noto los latidos fuertes y lentos en los oídos.

—Pero eso no significa que esté en lo cierto.

—Tenía miedo de nosotros. «Yo no sé nada del colega secreto de Ash, no me contó nada, no éramos tan amigas...» Estaba acojonada de que hubiéramos ido a limpiar rastros, y que creyéramos que ella sabía algo...

—Pero de todas formas dejó caer lo del novio. Porque si nosotros estábamos limpios, y no limpiando, quería que investigáramos y que no nos fijáramos solo en Rory.

—Sí. Bien jugado por parte de Lucy. La tía le echó valor.

Steve le da un sorbo a su *whisky* como el que lo necesita.

—Sí, pero ¿tanto como para dar un paso al frente y contar lo que sabe? Ya han pasado dos días y no se ha puesto en contacto para prestar declaración... No quiere saber nada de nosotros.

—La necesitamos. Sin ella, no tenemos una puta mierda para vincular a Aislinn con Breslin o McCann. Tampoco podemos ir enseñando su foto por el curro a ver si alguien recuerda haberla visto con alguno de los dos.

—¿Y el camarero del Ganly's? Vio a Aislinn con el novio.

—Pero no los vio, en plural. La vio a ella con un tipo de mediana edad difuminado en el fondo. Jamás haría una identificación oficial.

—Tenemos a Rory. Está escondiendo algo: esa media hora que se adelantó en llegar a casa de Aislinn... ahí pasó algo. Puede que viera cualquier cosa, o ella le contara...

—¡Mierda! —digo saltando en el sitio—. ¿Estabas en la sala de observación cuando Breslin le exigió pruebas de que Aislinn tuviera un acosador?

—Hostia. —Steve respira hondo, con un siseo—. Sí, estaba. Rory empezó a decir que había visto a un tipo el sábado por la noche y Breslin lo mandó callar por la cara.

—Él y yo detrás. Yo estaba allí, apoyándolo como una subnormal. Pero atiende: Rory no pudo ver a Breslin. Si fuera así, lo habría reconocido el domingo... O al menos hoy, cuando lo ha mencionado. Y tú y yo nos habríamos dado cuenta de si lo reconocía o no; no se nos habría pasado por alto. Breslin no estuvo en Stoneybatter la noche del sábado.

—Hum —dice Steve, otra vez inmóvil, solo su mente a mil por hora, retorciendo y reajustando el caso como un cubo de Rubik—. A ver esto: Breslin era el novio secreto de Aislinn. En las últimas semanas él empieza a sospechar que ella está viéndose con otro. Tal vez le mira el teléfono (acuérdate de que no tenía contraseña ni nada) y encuentra los mensajes que ha intercambiado con Rory. Y luego, en algún momento de la semana pasada, lee lo de la cita para cenar.

—No debió de gustarle que quedara con otro. Con el ego que tiene... no le gustaría ni un pelo.

—Pero no sería tan tonto como para hacer su propio trabajo sucio. —Steve levanta la mirada para cruzarla conmigo. Y tú sabes a quién le habría dicho que lo hiciera.

—A McCann.

La idea de encomendarse en cuerpo y alma al compañero me provoca una extraña sensación interior. Miro a Steve y lo veo más distinto que nunca: sus pecas, más vivas; las líneas de la boca, más definidas; casi siento el calor que desprende su piel. Parece más real.

—Sí. McCann.

—Breslin se montaría una bonita coartada, por si acaso... ¿qué te apuestas a que tuvieron amigos cenando en casa el sábado por la noche o fueron a un restaurante bien lleno? Y McCann yendo a Stoneybatter a liquidar a esa zorra mentirosa.

—Tal y como sucedieron las cosas, no creo que fuera el plan desde el principio.

Su voz esconde una pregunta: si querían ver muerta a Aislinn o no.

—No creo. ¿Por quedar con otro? Puede que le sentara como un tiro, pero por muy íntimos que sean, ni en broma McCann se habría metido en algo así solo porque Breslin no pudiera mantener a raya a un ligue.

—Así que McCann solo pensaba hablar con ella. Soltarle un par de indirectas

sobre lo poco apropiado de engañar a un poli. Y quizá también hablar con Rory, ponerlo sobre aviso. Solamente hablar.

Se muere por creerlo. Y me sorprende en qué medida yo también.

—Puede ser. Es probable. Pero algo se torció. Puede que Aislinn se pusiera a gritar y a McCann le entrara el pánico o algo así.

—Y le pegó. O la empujó y luego le pegó. —Steve tiene cogido el vaso con fuerza.

Cuesta decir en voz alta esta movida, es un esfuerzo físico contra natura. Nuestras gargantas quieren cerrarse para que no salga.

—Cuando se da cuenta de lo que ha pasado —sigo—, lo limpia todo, se va corriendo y se pone en contacto con Breslin, quien, una vez que le ha montado el pollo y se para a pensar, llama a Stoneybatter. Lo cronometra todo para que encuentren a Aislinn cuando él esté de turno y así poder seguir de cerca la investigación. Y ahí es donde entramos nosotros.

Pasa un rato largo en que parece que no hay más que añadir. Y da la sensación de que quizá nunca vuelva a haberlo, como si no pudiéramos hacer otra cosa que quedarnos en el sofá, bebiendo *whisky*, mientras un hombre grita a lo lejos en la calle y ese vientecillo incordiante revolotea por la chimenea.

Empieza a hacer tanto frío que tengo que levantarme a poner la calefacción.

—Encárgate tú de Rory —le digo al volver—. Se te estaba dando muy bien con él el domingo. Yo me encargo de Lucy.

Steve rasca el vaso con la uña del pulgar, pensativo.

—Primero Rory. A primera hora de la mañana.

—Sí. Y si nos cuenta algo sustancioso, podremos utilizarlo para ganarnos a Lucy.

—Breslin. —Me mira—. ¿Qué hacemos con él?

No quiero ni pensarlo.

—Tú has quedado con él para ir a ver qué cuentan de Rory por el barrio, ¿recuerdas? En cuanto terminéis con eso, alguien tiene que ir a perseguir a los que iban a los cursos nocturnos con Aislinn. Ya sabemos que no hay problema en que lo haga Breslin.

—Si Lucy o Rory lo identifican a él o a McCann...

—Sí, ahí la cosa podría ponerse interesante.

—Mierda —dice Steve. Está calando: esto es real y estamos metidos hasta el cuello—. Ostras, mierda.

Me echo a reír. Su cara es un poema: como el ciudadano decente que vuelve a su casa y se encuentra una puta muerta y un kilo de coca en la cama.

—Madre mía, Antoinette, ¿de qué te ríes? Esto es una jodienda. Estamos hablando de uno de nuestra propia brigada. Y de matar a alguien, puede que de asesinato. —Me río con más fuerza—. No. ¿Tú te has...? Si esto es verdad, ¿qué mierda vamos a hacer...?

—Tendrías que verte. Vaya cara. Ni se te ocurra tener un infarto aquí en mi queli.

Los rumores podrían...

—¡Antoinette! ¿Qué vamos a hacer?

Es evidente que yo tampoco tengo ni idea. Le diría que ya lo iremos viendo sobre la marcha, pero no parece muy factible.

—Anímate, hombre. A lo mejor al final resulta que no es nada. Lo mismo mañana le das un codazo a Rory y confiesa en tu regazo. Llévate clínex.

Steve respira hondo y se pasa una mano por la cara.

—Podría no ser nada. ¿Verdad? Sí, podría ser. Vale, Breslin se tiraba a Aislinn, fue el sábado por la noche con la idea de meterla en caliente pero se la encontró muerta y se cagó vivo. A cualquiera le habría pasado. Lo demás es pura casualidad y mierdas. Sí, podría ser.

—Sí, sí. —No.

—Podría ser. Esto no es más que un cuento. No tenemos pruebas consistentes, no son más que suposiciones y quizás.

Me está sonriendo pero es un gesto complejo. Steve sabe, como mínimo, algo de lo que ha trastornado mi cabeza en las últimas horas. Y, pese a todo, está aquí.

—Claro, claro —digo con naturalidad, aunque él tiene razón y me afecta en puntos que ni siquiera distingo—. Tú sigues apostando por la banda chungu de capos de la droga, ¿no?

—Madre... —Se le está borrando la sonrisa—. Casi habría preferido que fuera eso. Nos habría complicado menos la vida.

—Ah, no. Si nuestras vidas fueran menos complicadas, yo seguiría dando por culo y tú estarías dando por culo sobre lo porculera que soy. Así es mucho mejor.

Se le escapa un sonido impotente, a medio camino entre la risa y el gruñido.

—Dios. Y toda esa mierda con los billetes de cincuenta...

—Vaya. Menuda mierda.

Todas las insinuaciones baratas de Breslin de que estaba untado: para darnos a Steve y a mí una buena vía muerta donde ir a pescar. El primer día, cuando pregunté a toda la sala de la brigada si alguien había comprobado el nombre de Aislinn en el ordenador, McCann tuvo que cagarse vivo. En cuanto pudo, cogió a Breslin y entre los dos montaron una historia que pudiera justificar haber comprobado sus antecedentes y todo lo que pudiéramos encontrar que la vinculara con ellos, para mantenernos ocupados mientras Breslin le arrancaba una confesión a Rory y asegurarse de que no sacábamos nada en limpio. Ha tenido que divertirse, mascullando de extranjis al teléfono y soltándonos historietas descaradas sobre parar a echar un polvo para que hurgáramos en busca de la historia subyacente, igualmente falsa pero no tan descarada, y viendo cómo nos lo tragábamos todo y rebañábamos el plato.

Y ahora sé exactamente por qué Breslin dejó esta mañana de ponernos por delante su zanahoria falsa. No fue porque supiera que pensaba suicidarme laboralmente. Fue porque al volver de interrogar a las ex de Rory, su refuerzo amigo —que si no es

Reilly, ya averiguaré quién ha sido— le contó que Steve y yo nos habíamos peleado y que mi compañero se había largado. Sabía que yo era desde el principio la que tenía más posibilidades de tragarse lo de Rory y no se equivocó al pensar que ese había sido en gran medida el motivo de la pelea y que yo estaría deseando tener la última palabra por encima de Steve. Y para ayudarme a hacer justo eso, me brindó la grabación de las cámaras de seguridad de Rory espiando a Aislinn. Dejó de lado el cuento del policía corrupto y apostó fuerte por lo otro, con la idea de arrestar rápidamente a Rory y mantenernos a Steve y a mí peleados hasta que mandáramos el expediente a la Fiscalía.

Y yo estaba tan ocupada preparándome para pelearme con cualquiera que viniera a hundirme, a adueñarse de mí o, en general, a utilizarme como pelele, que jamás se me pasó por la cabeza que no tuviera nada que ver conmigo. Me fui corriendo con el hombre bueno que blandía caramelos —y mi compañero también, a su modo—, y si ese capullo presuntuoso no hubiera estado merodeando por mi casa, o yo no hubiera reunido el valor para llamar a Steve, o él fuera una persona ligeramente distinta, no estaríamos aquí ahora.

—Gracias —le digo—. Por venir.

—No es nada. Esta noche no ponían una mierda en la tele.

Tengo medio ganas de pedirle perdón, pero explicar por qué le pido disculpas y por qué no supondría demasiado jaleo, bochorno y mierdas varias. Steve debe de estar pensando lo mismo, quién sabe. En lugar de eso, cojo la botella y vuelvo a llenar nuestros vasos. Nos quedamos así, bebiendo, mientras lo que deberíamos decirnos en voz alta se soluciona en silencio.

—Hostia puta —digo de pronto al darme cuenta—. Que soy medio inglesa.

—Y de clase media, amiga. La próxima vez que vayas a tu barrio, te van a dar por todos lados.

—Chis, nadie tiene por qué enterarse.

—Lo olerán de lejos.

—Hablo en serio. —Lo miro a los ojos—. Nadie tiene por qué enterarse.

Steve me devuelve la mirada sin pestañear.

—Nadie lo sabrá.

—Bien.

—A no ser que lo cuente otro. ¿Cómo te localizó?

—Consiguió mi dirección a través de Crowley. —Ese regusto ingrato me hace apurarme el *whisky*—. Tengo que dejarle las cosas claras a ese comemierda antes de que empiece a largar.

—No será un problema. Mañana nos encargamos.

Me gusta ese «nos».

—Va a ser un día muy largo.

—Sí. —Steve respira hondo, se apura la copa y meneas la cabeza para disipar la quemazón—. Me largo. Hay que descansar.

—Vas a dar positivo. Llama un taxi y vienes mañana a recoger el coche.

—Echaré a andar y pillaré uno por el camino. Así me despejo un poco. —Se levanta y se pone el abrigo—. ¿Vas a venir a casa de Rory conmigo?

—Sí, voy. Todavía soy su amiga. ¿Temprano, tipo siete? Tienes que volver a tiempo para tu cita con Breslin.

Asiente. La mención del nombre no le devuelve la mirada aterrada de antes; ya hemos superado eso.

—A las siete está bien.

No me pregunta, a pesar de que lo he llamado pidiéndole ayuda porque había un hombre chungo en mi puerta, si voy a estar bien sola o quiero que se quede. Si fuera una persona muy distinta, se lo agradecería con un abrazo o alguna mierda por el estilo.

—Avísame cuando llegues a casa —le digo en cambio—. Para saber que has llegado bien.

Steve pone cara de hastío.

—No va a haber nadie esperando para saltarme encima.

—Ya lo sé, tontorrón. Pero soy yo la que te ha hecho venir hasta aquí. Me siento responsable. Si quieres que te ataquen en tu tiempo libre, tú mismo.

—Muchas gracias. —Me sonrío burlón mientras se ajusta la bufanda al cuello—. Yo te mando un mensaje.

Cuando se va, me subo el portátil a la cama y me pongo a matar nazis. Ni siquiera tengo que impedirme pensar en mi lista cada vez más larga de mierdas en las que no quiero pensar. Mi mente ha echado el cierre por hoy, fundida; solo queda un tono de llamada.

Pasa media hora hasta que me vibra el móvil. «Sano y salvo. Nos vemos mañana».

Le respondo: «Sí, mañana nos vemos. Duerme bien». Me quedo frita casi antes de soltar el móvil.

Al despertarme a la mañana siguiente tengo la misma sensación que el día después de una mudanza, un traslado de brigada o una ruptura: sabes que el mundo ha cambiado antes incluso de recordar por qué. El aire tiene otro sabor, agudo, insólito y resinoso, con un punto frío por los bordes. Incluso antes de acordarte, sabes que hoy tienes que estar de buenas con el día.

Corro como una máquina a través de la oscuridad y del fino velo colgante de lluvia. Esta mañana siento que me funciona el cuerpo como algo ajeno a mí, corriendo por su cuenta sin problema y sin necesidad de órdenes. Lo fuerzo, le imprimo más velocidad y más distancia de lo normal, y ni siquiera me quedo sin aliento. Mi mente solo ve un paso por delante: llegar a la casa de Rory. Más allá de eso no hay nada.

Steve se presenta temprano, a las siete menos cuarto, pero estoy lista: cafeinizada, comida, duchada y vestida. Dudo de que haya alguien vigilando mi casa, pero, cuando mi compañero llama a la puerta, prácticamente lo hago pasar en volandas, por si acaso.

—¿Cómo va? —le pregunto.

Asiente. Está más pálido de lo habitual, pero tiene la mandíbula apretada en plan hoy tiramos la casa por la ventana.

—¿Y tú?

—Bien. ¿Quieres algo? ¿Café, comida?

—Qué va, ya he tomado. Gracias. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

—Se supone que Deasy se ocupaba de la vigilancia de la casa de Rory y yo diría que se habrá encargado en persona. Le habría costado que le autorizasen unos radiopatrullas, y aparte querría la palmadita en la espalda si pasaba algo bueno. Y no quiero que Deasy sepa que tú y yo hemos ido a ver a Rory juntos. Podría ser el soplón de Breslin.

—Iremos por separado entonces.

—Eso. Y estamos cabreados el uno con la otra.

—He preparado un reconocimiento fotográfico —dice Steve, que acto seguido saca unas cartulinas de su bolsa.

Ocho hombres de mediana edad bien afeitados, con el pelo oscuro entrecano, todos de frente o casi, en planos sacados de vídeos con fondos neutros. Ha tenido que pasarse media noche buscando el plano perfecto de McCann y luego peinando internet en busca de parecidos razonables para asegurarse de que nadie diga que el reconocimiento estaba trucado. McCann es el tercero por la izquierda, vestido con lo que parece su traje de los juicios, mirando sombrío por encima de mi hombro contra un cielo cubierto.

—He impreso unas cuantas copias, por si acaso.

—Bien. —Se me cruzan los cables solo de ver a uno de la brigada donde suele haber un malnacido; parece una tarjeta de cumpleaños de broma—. ¿Has preparado uno con Breslin? Tal vez me haga falta para Lucy.

—Sí. —Pasa a otra hoja, llena en este caso de hombres de mediana edad apuestos y de pelo claro. La sonrisita de Breslin está en la esquina superior derecha.

Como empiece a pensar en la jodienda en la que estamos metidos, estoy perdida. No podemos mirar atrás.

Veo que Steve está pensando lo mismo.

—Muy buena. Vamos al lío. —Abro la puerta y lo dejo pasar primero.

En la acera frente a Libros Díscolos hay aparcado un Mitsubishi Pajero negro con ventanas de seguridad tintadas. La luz del amanecer apenas ha hecho su aparición y por el parabrisas solo se ve una silueta ancha en el asiento del conductor. Sin embargo, cuando llamo a la ventanilla, con la cabeza baja y el coche entre la tienda y yo, no es otro sino Deasy, que abre una rendija.

—¿Qué tal? ¿Alguna novedad? —le pregunto.

—No mucho. —Tiene tan mal aspecto que me creo que haya estado despierto casi toda la noche. El interior del coche huele a fritura con patatas y aliento reconcentrado, y es muy probable que haya una botella con meado bajo el asiento—. La puerta aquella, la gris al lado de la librería, da a su piso; y las ventanas sobre la tienda son las de su salón. Anoche a eso de las nueve fue al Spar que hay en la esquina y volvió con una pinta de leche y un bocadillo. El muy capullo parecía acojonado, no paraba de mirar alrededor por si alguien lo asaltaba. Estuve a punto de tocar el claxon cuando pasó, solo por verlo rodar por el suelo.

Los dos reímos con ganas.

—Maravilloso —digo—. Así es como lo queremos. ¿Algún otro movimiento?

—Cerró las cortinas cuando subió, pero la luz ha estado encendida toda la noche. A las cinco y veinte bajó y entró en la tienda. Desde entonces no se le ha visto el pelo. ¿Va a llevarlo a la central?

—No, luego. Solo quiero instigarlo un rato, para que siga con los nervios de punta. Si yo no puedo quedarme vagueando en la cama, él tampoco. —La sola idea le arranca un bostezo—. Hablando del tema: llama a alguien para que te releve y ve a

echar una cabezada.

Parece sorprendido. Ahora veo que tal vez haya sido una cabrona con los refuerzos de este caso, o al menos gran parte del tiempo. Cuando Breslin quiso buscarse un topo, yo ya se lo había puesto fácil.

—Gracias por ocuparte de esto.

Antes de que Deasy pueda responder, Steve aparece con las manos metidas en el abrigo y una cara que nadie calificaría de amistosa.

—Buenos días. ¿Qué hay de nuevo?

—No hay nada nuevo. ¿Qué haces aquí?

—Nada, pasar revista. Quería ver si Rory había hecho algo interesante.

—Pues no ha hecho nada.

Steve arquea las cejas mirando a Deasy, que está empapándose de todo.

—¿Qué ha estado tramando?

Deasy abre la boca, pero me mira entonces, calla y dice:

—Bah, no mucho.

—Lo que yo te acabo de decir —replico—. Nos vemos luego en la central.

Steve no se mueve.

—¿Piensas hablar con él?

—Puede ser.

—Pues *puede* que vaya contigo.

Se me dispara la mandíbula hacia el cielo oscuro, pero consigo mantener la compostura, por eso de que Deasy está delante y esas cosas.

—¿Se te han acabado los árboles que sacudir?

—Muy graciosa. ¿Entramos?

Tras meditarlo un momento, suelto un suspiro tenso.

—Como quieras. Nos vemos mañana —le digo a Deasy, y cruzo la calle sin esperar a Steve.

Me alcanza a las puertas de la librería. El escaparate no está iluminado y tan solo se ve un vago resplandor en algún punto del fondo. Los libros están tan primorosamente expuestos que apesta a desesperación: superventas solapando con sus encantos libros infantiles llenos de colorines, dibujos estrafalarios y heroínas enigmáticas que miran la oscuridad con ojos desquiciados. Me aparto de Steve y pulso el timbre.

Parece que Rory no se ha cortado las venas. No tarda en abrir la puerta, y se ve claramente cómo se le dispara el corazón en cuanto nos ve. Lleva la misma ropa que ayer, los vaqueros y el jersey beis maltrecho, y se le adivina una sombra de barba débil. Ser sospechoso de un crimen ha pulsado el botón de pausa de su vida: el pobrecillo está paralizado.

—No estoy listo —dice sin aliento—. No esperaba que... —Señala indefenso sus pantuflas grises raídas—. Ni siquiera he desayunado ni...

—No pasa nada —dice amablemente Steve—. No necesitamos que vengas. Solo

teníamos un par de preguntas que hacerte. Podemos entrar, ¿te importa? Serán solo unos minutos.

El pánico de Rory se materializa en miedo.

—Creo que no debería hablar con ustedes sin un abogado. Ahora que soy...

—No vamos a preguntarte por Aislinn —dice Steve levantando las manos—. Nada de eso, ¿vale? Lo único es que ayer yo no pude hablar contigo y dijiste algo en el interrogatorio que me pareció interesante.

Rory parpadea desesperado, intentando enfocar la vista. La fatiga y el miedo le ocupan casi todo el ancho de banda y la mente le va a la velocidad de un caracol.

—Y creo que deberíamos hablarlo sin que esté el detective Breslin —añade Steve en voz más baja e inclinándose, como si pudiera escucharlo alguien.

Consigue llamar la atención de Rory: todo lo que no le guste a Breslin tiene que ser bueno. Y ahí está Steve, todo arrugas y sinceridad, con cara de ser tu colega más inofensivo.

—Bueno, supongo... —dice por fin retrocediendo y abriendo del todo la puerta—. De acuerdo, pasen.

La librería tiene dos salas contiguas no muy grandes. La primera está llena de estanterías (Rory no prevé tener clientes gordos). En la penumbra unos letreros escritos a mano dicen THRILLER y ROMÁNTICA; del techo cuelgan carteles de cubiertas e ilustraciones antiguas, columpiándose sin pausa con la bocanada de aire frío que hemos traído con nosotros. La luz proviene de la trastienda; ya desde la puerta parece incluso más atestada que la estancia principal, con libros apilados en las estanterías, en vez de en hileras, montañas tambaleantes en el suelo y cubiertas que se curvan por los bordes.

—Esta es la sección de segunda mano —explica Rory señalando con la mano—. Estaba organizándola. No conseguía dormir y tampoco podía seguir mirando mi salón como un pasmarote más tiempo, así que he pensado en hacer algo útil.

—Qué tienda más bonita —dice mi compañero mirando alrededor—. Aquí conociste a Aislinn, ¿no?

—Sí. Justo allí, en la sección de niños. Me dijo que le encantaban las librerías. Que eran mágicas, sobre todo las pequeñas como esta, que siempre tenía la sensación de que iba a encontrar el libro que llevaba buscando toda la vida al fondo de un estante... —Rory se restriega las legañas de los ojos—. Si el sábado la cosa iba bien, pensaba invitarla aquí en la próxima cita.

Y ella le habría ayudado a ordenar por orden alfabético la sección de *feng shui*. Joder con el romanticismo.

—Pensaba hacer un pícnic —sigue contándonos—. Aquí en el suelo... y mover algunas estanterías para hacer sitio. Explorar los libros de segunda mano para ver si encontrábamos alguno que ella hubiese estado buscando. —Otro restregón de ojos, con más fuerza—. Perdón, estoy balbuceando. No he podido dormir nada.

—Tú tranquilo —le dice Steve.

Yo saco la libreta, retrocedo un poco y desaparezco entre una estantería llena de hombres en color sepia que corren con cascos y otra llena de mujeres con melenaza que ríen y miran con cara adorable a bebés. La penumbra hace que se muevan y tiemblen por el rabillo del ojo.

—¿Podríamos encender la luz?

—Ah, sí.

Le da a un interruptor junto a la puerta y las luces cobran vida entre parpadeos. La claridad termina de afearlo, encorvado y con los ojos rojos, como si llevara aquí atrincherado varios años, ocultándose del apocalipsis zombi.

—Gracias. ¿Estás bien? —le pregunta Steve, a lo que Rory responde con un extraño movimiento que podría significar cualquier cosa—. No pensamos robarte mucho tiempo. Yo solo quería preguntarte por tu teoría, por el tipo al que Aislinn rechazó y que la espiaba, que pudo haberse cabreado al ver que ella te preparaba la cena. —Rory se encoge al recordar el pitorreo que la teoría nos provocó a Breslin y a mí—. Ayer empezaste a decir que tal vez tuvieras una prueba para respaldarla. ¿No? —El librero me mira sin querer, para ver si voy a señalarlo y a reírme otra vez de él, pero soy toda oídos—. Un tipo, dijiste —prosigue Steve, moviéndose para recuperar su atención—. El tipo al que viste el sábado por la noche en la calle.

—Sí. Había un hombre. No me lo inventé. Lo vi de verdad.

Steve asiente y apoya la espalda en una estantería.

—Vale. ¿Y sobre qué hora fue eso?

—Cuando salía de Viking Gardens. Después de rendirme. Doblé por Astrid Road, hacia la calle principal, y pasé por la esquina del callejón trasero. El mismo donde...

Otra mirada involuntaria en mi dirección.

—¿Donde habías estado mirando a Aislinn? —pregunta Steve como si tal cosa—. ¿Y?

—Y había un tipo saliendo. Los dos nos asustamos... pegamos un bote.

Steve asiente.

—¿Y qué aspecto tenía?

—De mediana edad, un poco más alto que yo aunque puede que... ¿más bajo que usted? Tenía el pelo rizado, oscuro, con algo de canas. De complejión media, diría yo.

McCann saliendo de casa de Aislinn.

Salió, y es de presumir que también entró, por detrás. La puerta trasera estaba cerrada con llave cuando llegamos; Breslin tuvo que darle una llave.

—¿Recuerdas lo que llevaba puesto? —pregunta Steve con naturalidad, como si no fuera gran cosa, no es nada.

El librero sacude la cabeza.

—No mucho. Un abrigo oscuro y creo que una bufanda de color claro. Pero lo que más me llamó la atención fue que parecía... que estaba puesto. De coca podría ser, o... A ver, yo no sé mucho de drogas como para reconocer los efectos, pero él

pegó un bote mucho más fuerte que yo, y tenía los ojos... —Ensancha los ojos en una mirada ida y desenfocada—. Si no estaba puesto de algo, pensé que... que estaría desequilibrado. De todas formas, era lo que menos me importaba en aquel momento. Aceleré el paso y me alejé de él lo más rápido que pude.

—¿Cómo de cerca lo viste?

—Como de aquí a esa puerta. —Rory señala la de la trastienda: metro y medio, metro ochenta. Lo suficientemente cerca para una identificación; y lo suficientemente lejos para que un abogado defensor se la cargue porque no había más luz que una farola.

—¿Dijo o hizo algo?

—En realidad no dio tiempo. Solo pude verlo un par de segundos antes de seguir por mi camino. Cuando llegué a la esquina de Astrid Road, me volví, para ver si me seguía, pero se había ido en sentido contrario, andando rápido y con la cabeza gacha, aunque estoy casi seguro de que era el mismo.

—¿Y todo eso sería más o menos a las ocho y media?

—Sí, justo después. El último mensaje se lo mandé a Aislinn a las ocho y media, y luego esperé cinco minutos a que respondiera. Al ver que no contestaba, me fui. Así que cuando vi al hombre serían entre las nueve menos veinticinco y las nueve menos veinte.

Lo que le proporcionó a McCann entre treinta y cinco y cincuenta y cinco minutos dentro de la casa. Rory había tomado el callejón para ir al Tesco a las 19:40. Puede que McCann lo viera allí tomándose su momento y esperara a que se fuera; o quizá no apareció hasta que se hubo ido. Pero hacia las ocho, cuando Rory llamó a la puerta y Aislinn no contestó, debía de estar ya dentro.

Él no habría desperdiciado el tiempo teniendo un ataque de pánico al darse cuenta de lo que había hecho, McCann no. Los detectives somos expertos en archivar las emociones para más tarde, cuando podamos permitirnoslas. En cuanto comprendió que Aislinn estaba muerta o camino de ello, debió de quitarse los zapatos para no dejar huellas, coger el rollo de papel y ponerse a limpiar donde Breslin podría haber dejado huellas. Apagó la cocina para que la alarma no saltara antes de haber terminado y estar bien lejos. Escuchó el timbre y las llamadas, y el teléfono de Aislinn pitando y sonando mientras Rory intentaba dar con ella, y se mantuvo apartado de las ventanas. Cuando terminó, debió de borrar todas las huellas que había dejado al entrar, se metió el papel de cocina en el bolsillo para tirarlo en una papelera de camino a su casa y se fue por la puerta de atrás, como una sombra. De treinta y cinco a cincuenta y cinco minutos: tiempo de sobra.

—¿Cómo es que no nos dijiste nada de eso el domingo? —pregunta Steve.

—Porque... —Rory se restriega la boca—. Vale. La cosa es que ya lo había visto antes, dos veces, por Stoneybatter. La primera vez fue una noche, hará unas tres semanas... Yo estaba buscando la oportunidad de colarme en el callejón y lo vi al fondo encendiéndose un cigarro, así que tuve que dar la vuelta a la manzana y volver

a intentarlo. Esa vez yo estaba en la acera de enfrente y es posible que él no se fijara en mí, igual que yo solo me fijé en él porque estaba en mi camino. Pero la segunda vez (creo que hará unos diez días) me lo crucé por Astrid Road cuando iba de vuelta a casa y sí que nos miramos. Había bastantes posibilidades de que él me recordara si tenía buena memoria para las caras. Sabía que si les contaba que lo había visto el sábado, intentarían localizarlo... y si lo conseguían, él podría decir que me había visto antes, y entonces habrían sabido que yo... No tenía intención de contarles nada de él. De hecho, estaba rezando para que no lo encontraran.

«¡¿Cómo?!» está rondando en el aire entre Steve y yo: ¿qué estaba haciendo McCann merodeando por casa de Aislinn durante semanas?

Rory interpreta el segundo de silencio como descreimiento.

—¡Tenía miedo! «Ah, por cierto, detectives, me paso la mitad de las noches vagando por Stoneybatter y espiando por la ventana de una mujer, y ya que estaba, me fijé en otro tipo que puede que estuviera haciendo lo mismo, así que deberían buscarlo...» Tendría que haber estado loco para venirles con eso. Miren lo que ha pasado cuando se han enterado.

—Lo entiendo —dice Steve—. De verdad. Y cuando eso salió a la luz, e intentaste mencionar al tipo...

—Nadie quiso escucharte —termino yo por él—. Sí. Te debo una disculpa por eso. —Rory parpadea, perplejo, y luego consigue asentir torpemente—. Suerte que tenemos al detective Moran, que ha sabido verlo.

—¿Crees que podrías reconocer a ese hombre? —le pregunta Steve.

—Sí, casi con total seguridad, sí. No he parado de pensar en él desde que me enteré de lo de Aislinn. —Rory está balanceándose en el sitio, ansioso: vuelve a ser nuestro amigo—. Cuanto más lo pienso, más creo que... No sé, su cara, el sábado por la noche: había algo que no iba bien.

Steve está sacando las fotografías para el reconocimiento.

—Vale, mira, quiero que le eches un vistazo a esto y me digas si el hombre que viste está aquí. Si no, dilo también. Y si no estás seguro, lo mismo. ¿Vale?

Rory asiente, preparándose para concentrarse.

Steve le tiende la cartulina.

Le lleva dos segundos.

—Este. Es este.

Tiene el dedo puesto sobre McCann.

—Tómate tu tiempo. Asegúrate de que has visto bien todas las caras.

Rory hace otro repaso porque es un buen chico, pero no mueve el dedo.

—Es él.

—¿Estás seguro?

—Sí, segurísimo. Aquí sale un poco más joven, pero es él.

Y ahí lo tenemos: una prueba firme. Nada de *quizá, entonces, a lo mejor*: esto es real, por fin. Sacude el aire al caer con todo su peso sobre nosotros, denso, negro pez

y demasiado pesado para moverlo. Ya no hay vuelta atrás.

Rory siente que le creemos.

—¿Piensan que él...? ¿Quién es?

—Es un tipo —dice Steve—. No podemos entrar en detalles ahora mismo. ¿Puedes apuntarnos dónde viste a este hombre, aquí abajo? Firma y pon la fecha y tus iniciales al lado de la fotografía que has reconocido.

Rory apoya la cartulina sobre un estante y escribe con cuidado.

—Tenga —dice devolviéndosela a Steve—. ¿Está bien así?

Mi compañero la lee.

—Está genial. En algún momento necesitaremos que vengas y hagas una declaración oficial, pero no ahora mismo. Puedes relajarte.

—¿Significa eso que...? ¿Tengo entonces que ir luego?

—Todavía no lo sé. Veremos cómo va el día. Por ahora tú intenta calmarte un poco, echar una cabezada, desayunar. Sé que es más fácil decirlo que hacerlo, pero...

—¿Sigo siendo...? —Su tráquea se mueve; es incapaz de pronunciar la palabra—. ¿Han hablado con los vecinos de Aislinn? ¿Alguno me vio en... fuera de su casa?

—Todavía no. Ya te contaremos. Como he dicho, intenta relajarte ahora un poco.

—¿Creen...? Ya sabe. ¿Siguen creyendo que yo lo hice?

—Mira, tengo que preguntarte una cosa, macho. ¿Hay algo más que nos hayas ocultado, lo que sea?

Menea la cabeza con vehemencia.

—No. Era solo eso. Lo juro: no hay nada más.

—Vale. Si se te ocurre algo que debamos saber, llámanos inmediatamente. Entretanto, lo único que puedo decirte es que te creemos cuando dices que viste a ese hombre —yo asiento—, y vamos a seguir esa pista muy concienzudamente. ¿Entendido?

—Gracias —dice Rory confusamente porque suelta a la vez una gran exhalación—. Gracias.

Me guardo la libreta; Steve pone bien los libros que se han movido al apoyarse en la estantería.

—Hum —dice Rory retorciendo las manos en el dobladillo de ese jersey esmalltoso—. ¿Puedo decir una cosa?

—Claro —dice Steve.

—Lo de observar a Aislinn. Sé que suena a... Pero ¿recuerda cuando dije que a ella no le importaba que la arrastrasen a las ensoñaciones de los demás? ¿Y no me creyó? —Me habla a mí.

—Recuerdo que lo mencionaste, sí, claro.

—Cuando la observaba... estaba intentando hacer justo lo contrario. Pretendía sentir lo que suponía vivir allí, ser ella. Colarme allí dentro. En lugar de al revés, como habían hecho otros. —Se ha quedado enredado en un ovillo de jersey—. ¿Tiene... tiene algún sentido?

A mí me parece una patraña de autojustificación chapada en oro, pero, como necesitamos que esté de nuestro lado, asiento.

—Sí, sí —dice con amabilidad Steve—. Lo tendremos en cuenta.

Dejamos allí a Rory flanqueado por sus estantes, escrutándonos medio mareado entre las hordas de matones perfilados, árboles inquietantes y mujeres pavoneándose en vestidos veraniegos, y no me extrañaría volver dentro de unas horas y encontrarme con que le han caído en picado y han acabado con él.

—¿Qué leches tramaba McCann? —pregunto nada más salir por la puerta—. ¿Qué hacía merodeando por Stoneybatter hace semanas?

—Estaría batiendo el terreno. Familiarizándose con el barrio para, cuando llegara la hora de actuar, poder entrar y salir sin perderse o dejarse ver.

—Ya, pero es que se dejó ver. Varias veces. Para eso está Google Earth: para batir el terreno sin tener que ensuciarte las manos.

—Sí, pero la actividad en Google Earth se puede comprobar. Y puedes rebatir una identificación, mientras que los historiales de búsqueda no son tan fáciles de contradecir.

El Pajero negro de Deasy ha desaparecido; a dos farolas de distancia hay un Nissan Qashqai blanco que no estaba antes. Qué rapidez. Me pregunto si al volante estará Breslin, pero no pienso ir a comprobarlo con Rory parpadeando detrás del escaparate.

—Escúchame —digo volviéndome bruscamente y poniéndole un dedo en la cara—, reúnete conmigo dentro de veinte minutos en el parque donde desayunamos el domingo. Asegúrate de que no te sigan. —Le pego un empujón en el hombro—. ¿Entendido?

—Que sí —dice Steve poniendo cara de hastío—. Puff...

Y mientras me vuelvo para alcanzar a grandes zancadas mi coche, veo que está lanzando las manos al aire, en un gesto de exasperación. Quién sabe si engañaremos con esta pantomima a Breslin, o a los ojos y oídos que haya puesto en el Qashqai. Me subo al coche y le piso como si estuviera muy cabreada.

Soy la primera en llegar al parque y estoy segura de que no me han seguido. El sitio está igual de húmedo y casi desierto que el otro día, salvo por un ciclista enfundado en licra que está comiéndose algo deprimente de un tupperware y dos niñeras manteniendo lo que parece una sesión de poner a caldo en portugués mientras un puñado de críos excavan en un parterre. Escojo el banco más apartado y repaso mis notas sobre el interrogatorio de Rory mientras espero a Steve.

La descripción que encaja con McCann; los intervalos de tiempo que le conceden hasta casi una hora en casa de Aislinn. Todo de mi puño y letra, en mi libreta

reglamentaria, igual que otras que he llenado antes con malnacidos que bailaron sobre cabezas de otros malnacidos, con el violador que estranguló a su víctima con su propio cinturón o con todo lo demás. «El testigo ha identificado al detective Joseph McCann».

Paso hasta una página en blanco y llamo a Sophie. Apenas han pasado las ocho y media, pero aun así lo coge al segundo tono.

—Eh, iba a llamarte en cuanto llegara al curro.

—Buenas. ¿Significa eso que tienes algo?

—Significa que la has cagado y has entrado en mi lista negra. —Está masticando y andando al mismo tiempo: desayuno de pie, mientras recoge sus cosas; llega tarde—. Esta madrugada, a las cuatro de la mañana, mi móvil ha empezado a echar fuego: mensajes, correos, más mensajes, todos de mi informático. Al ver que pasaba del tema, porque soy una persona normal, cogió y ¡se puso a llamarme! El colega será un crac en lo que hace, pero, como ser humano, es un incompetente de la hostia. Al final tuve que apagar el móvil. Así que, claro, la dichosa alarma no ha sonado y me he despertado hace diez segundos. —Portazo de armario.

—Qué marrón... Perdona. ¿Quieres darme el teléfono del informático y lo llamo cada media hora durante una semana o dos?

Le arranco un rebufo de risa.

—Si creyera que iba a importarle, te diría que sí. Pero atiende: ha conseguido entrar en la carpeta de fotos megasupersecreta de tu víctima. Eso es lo que estaba haciendo a las *tontas* de la mañana. Tenías razón: la contraseña era «buscandoamipadredeesperadamente», con un par de letras cambiadas, para que fuera más divertido.

El chute de asco me pilla desprevenida; es lo primero que siento en todo el día.

—Fantástico. Me encanta cuando son predecibles. ¿Qué había dentro? —pregunto.

Sophie le da un sorbo a algo.

—Te lo mando todo en cuanto me suba al coche. Básicamente son varias decenas de fotos de pósts con números y letras, y una de un trozo de papel con lo que parece un cuento infantil. No sé qué es lo que andabas buscando, pero espero que haya merecido la pena fastidiarme el día.

—Hasta que lo no lo vea, no te puedo decir, pero si se molestó en esconderlo tiene que ser jugoso, ¿no? Millones de gracias, Sophie. Mándame todas las movidas... y añade las fechas y las horas en las que se tomaron las fotos, si tienes tiempo. Prometo contarte si nos soluciona el caso.

—Más te vale. Tengo que dejarte porque no encuentro la otra bota y voy a empezar a estrellar cosas contra la pared. Nos vemos. —Cuelga.

Miro el *Courier* por internet, por si necesito reservar un tiempo para ir a partirle la cara a Crowley, pero no aparece nada sobre mi vida personal. Por lo visto, hasta un puto arrogante como el de anoche sabe cuándo retractarse. Hay otra vomitera sobre

Aislinn: Crowley ha localizado a un antiguo compañero de clase para que se deshaga en los típicos sollozos sobre lo buena muchacha que era; Lucy, alabada sea, ha debido de mandarlo a cagar. Y hay una columna sobre homicidios no resueltos en el último par de años... Por un segundo pienso: «Al jefe le va a encantar», pero entonces recuerdo que para finales del día este artículo será el menor de los problemas de O'Kelly; no quiero ni imaginarme lo que podrá pensar de mí para entonces. Me cabrea que me importe: su opinión no va a desempeñar ningún gran papel en mi futuro pero, al parecer, la parte de mi cerebro encajada en la base del cráneo no se ha enterado todavía.

A modo de divertimento, hago la prueba de preguntarme qué pensará el capullo petulante de anoche cuando (en el caso de que) vea mi nombre en el meollo de la gran noticia en todas las portadas. Al principio tanteo con delicadeza, como el que muerde con un diente roto que ha estado evitando un tiempo. Me lleva un minuto darme cuenta de que no siento nada. Muerdo con más fuerza, y me pregunto si se sentirá orgulloso de mí por atrapar al malo, impresionado por todo el esfuerzo que he puesto, decepcionado por lo que supondrá para mi carrera, asqueado conmigo por denunciar a mis propios colegas: nada, resulta que no me importa. Me pongo metafísica e intento indignarme porque él haya dejado pasar tanto tiempo que no me ha permitido ni tener una reacción: nada. Lo único que siento es que soy tonta por desperdiciar espacio cerebral con esta mierda. Cuando llame a mi madre esta noche, voy a sacar alguna vieja anécdota del hámster de goma de Personas Desaparecidas, para que se ría, y no pienso decirle una palabra de anoche.

Steve entra por la verja del parque hablando por teléfono y buscándome con los ojos: las niñeras le dan su buen repaso y, cuando ven que levanto la mano para llamarlo, vuelven a su conversación. Se deja caer en el banco a mi lado y se guarda el móvil en el bolsillo.

—¿Qué hay?

—Le he dejado un mensaje a mi colega de la compañía telefónica, el que está intentando conseguir el historial completo del móvil con el que llamaron a la comisaría de Stoneybatter. Esperemos que haya algo que nos sirva para demostrar que es de Breslin. Sería tener mucha suerte, pero... —Tuerce hacia abajo un lado de la boca—. ¿Alguna novedad?

—El informático de Sophie ha entrado en la carpeta protegida de Aislinn. Dice que la mayoría son fotos de pósts con números; me lo va a mandar todo ahora.

Arruga la cara en una mueca rápida.

—Mierda, joder... Necesitábamos que fuera bueno.

—Todavía puede serlo. ¿Quién es ahora el pesimista?

—Es que la identificación de Rory... no valdrá de mucho. Cualquier abogado defensor podrá decir que se cruzó con McCann por el pasillo de la brigada, al entrar o al salir, y que por eso le suena la cara y se ha confundido.

—Sí, o que ni siquiera se confundió: que estaba tan desesperado por inventarse un

chivo expiatorio que describió a alguien a quien había visto hacía poco para que la descripción fuese más realista.

—Ya. —Steve no se ha movido desde que se ha sentado, ni siquiera para reubicar el trasero sobre el banco mojado; está muy concentrado—. Tenemos que intentar conseguir la identificación de voz del agente que atendió la llamada.

—Intenta sacar una muestra de voz cuando estés luego con Breslin. Con que grabes un minuto de conversación con el móvil, bastará. Si no te lo puedes quitar de encima, me mandas el corte a mí y yo lo llevo a Stoneybatter.

Asiente. Me vibra el teléfono.

—Allá vamos —digo sacándolo—. Cruza los dedos.

—Ya los tengo cruzados, créeme.

El asunto dice «Ten» y sigue una lista con fechas y horas. Hay veintinueve fotos adjuntas. Las voy pasando en la pantalla: pósito amarillo, «20mi» en un círculo; pósito, «2230» en un círculo; pósito, «19» en un círculo, y al fondo una franja morada que parece de las cortinas del salón de Aislinn; pósito, «19j» en un círculo, con un trozo de pulgar en una esquina.

—Horas y días de la semana.

—Eso parece.

—¿Te acuerdas de que nos preguntábamos cómo quedaba el novio secreto con Aislinn?

Steve toquetea el borde de mi móvil con una uña.

—Papel y lápiz. Lo más seguro.

—Y no encontramos ninguno de estos papelitos cuando registramos su casa. —Sigo pasando: «11», «18l», «1945»—. Cuando Breslin sabe que tiene un poco de tiempo libre, le pega una nota en el buzón, para que Aislinn sepa a qué hora tiene que estar esperándolo con la lencería buena. Y luego, cuando llega, recupera la nota y la destruye. Como hemos dicho: muy cuidadoso.

Steve se acerca para aumentar el «1945» en la pantalla.

—¿Crees que coincide con la letra de Breslin?

—Es difícil saberlo. No hay nada llamativo. Aunque lo he visto escribir las horas así, sin los dos puntos.

—Eso lo hacen muchos polis.

—Sí, pero no los civiles. Eso podría acotar el círculo.

—Ya, pero... —Sacude la cabeza—. No creo que un calígrafo experto vaya a identificar la escritura de nadie solo con esto.

—No, está claro. —Sigo pasando: «21v», «1830mi», «19»—. Y Breslin tenía que saberlo. Otra vez, mínimos riesgos.

—Está claro que no pensaba matarla desde el principio.

—No, pero tampoco estaba pensando en dejar a su mujer por ella. Le gustan su vida, sus hijos, su casa, su coche y sus vacaciones pijas al sol. Es probable que hasta le guste su mujer, más o menos. Y también le gustaría Aislinn, pero no lo suficiente

para poner en peligro todo lo demás. Ella podía ponerse en plan rompehogares y él no querría que tuviera nada que pudiera enseñarle a la mujer.

—Pues hizo un buen trabajo. —Steve no parece muy contento.

«19», «1945j», «20» y, luego, un folio entero. Con una letra cuidada y regular, que no es de Breslin. Parece coincidir con las firmas y los garabatos que hemos visto en los papeles de Aislinn; con todos los lacitos bien redondeados, los palitos muy rectos, como si hubiera puesto debajo una hoja de rayas para no desviarse y hacerlo perfecto. Pellizco la pantalla para aumentarlo y vamos leyéndolo, yo mirando de reojo a Steve para que me diga si puedo seguir bajando la pantalla.

Éranse una vez dos niñitas que vivían en una pequeña cabaña en lo más profundo de un oscuro bosque. Se llamaban Carabossa y Meladina.

Carabossa se pasaba día y noche corriendo descalza por el bosque. Trepaba a los árboles más altos. Nadaba en los arroyos. Enseñaba a los lobeznos a comer de su mano. Cazaba osos con arco y flecha.

Meladina nunca salía de la cabaña porque un brujo la había hechizado y Carabossa no sabía cómo romper el hechizo. Ningún príncipe fue capaz de romperlo. Ningún mago o bruja buena había conseguido romperlo. Meladina creía que estaría allí atrapada de por vida. Miraba por la ventana de la cabaña y lloraba.

Hasta que un día encontró un libro de hechizos enterrado bajo el suelo de la cabaña y empezó a aprender magia. Carabossa le advirtió de que el brujo era peligroso y no debía acercarse a él bajo ningún concepto, pero Meladina no tenía otra opción: era eso o morir en la cabaña.

Cuando aprendió lo suficiente, Meladina obró su magia y le pasó su hechizo al brujo, que se quedó atrapado en la cabaña para siempre. Meladina corrió entonces a trepar por los árboles y nadar en los arroyos con Carabossa. Y vivieron felices y comieron perdices.

Si el final no sale como esperaba, necesito que se lo cuentes a ellos. Amor y más amor.

—¿Qué coño es esto? —pregunta Steve.

—Es para Lucy.

—Sí, hasta ahí llego, pero ¿qué significa? Como que... Aislinn se enamoró de Breslin..., ese sería el hechizo..., y la tenía atrapada. Y ¿luego qué? ¿Consiguió que él se enamorara de ella o qué?

—Eso es lo de menos. Ya nos explicará Lucy todas estas cursilerías. Porque es lo que significa el final, que si se jode todo, su amiga debe contar toda la historia... a nosotros o a quien sea. Y significa que Aislinn estaba asustada. Y estamos hablando de que el... —trasteo en el teléfono y vuelvo al correo de Sophie— ... 12 de noviembre Aislinn ya temía que las cosas acabaran como han acabado. ¿Te acuerdas de que fue también por esas fechas cuando hizo el testamento?

—Le daba miedo dejarlo —dice Steve como probando a decirlo en voz alta—. ¿Y ese es el hechizo?

—Y también de que le mirara el ordenador; si no, no se habría molestado en poner la contraseña... Al menos, no a algo que pretendía que llegáramos a encontrar. Desde luego, eso es un romance y lo demás son tonterías.

Ya puesta, miro las fechas del resto de fotografías: 9 de septiembre, 17:51; 15 de septiembre, 18:08; 18 de septiembre, 18:14. Aislinn llega del trabajo, encuentra la nota, le hace la foto, la sube al ordenador y la borra del teléfono. Con un plan en mente.

—Y darle la vuelta al hechizo es que ella, de algún modo, lo atrapara a él. ¿Que lo encerraran? —Steve ha fruncido las cejas en una sola y tiene las manos entrelazadas sobre la cabeza mientras se devana los sesos—. ¿Y si toda la historia con Rory no fuera más que un intento de Aislinn por provocar a Breslin... para que le diera una paliza y así encarcelarlo porque no veía otra forma de librarse de él? Solo que no podía imaginarse que las cosas fueran a llegar tan lejos...

Medito al respecto. Encaja con lo que sabemos de Aislinn: lo suficientemente ingenua para pensar que un plan tan tonto podía funcionar, por la única razón de que en su cabeza parecía perfecto; después de pasar gran parte de su vida atrapada por las exigencias de otra persona, pudo haberse asustado al ver que volvía a pasarle.

—Explicaría por qué Aislinn guardaba las fotos de las notas. Como pruebas del idilio, por si Breslin intentaba afirmar que no la había visto en la vida.

—Pero ¿por qué solo esas notas? ¿Por qué no..., no sé..., utilizar la grabadora del móvil? ¿O hacerle fotos desnudo en su cama cuando se quedaba sobado?

Podría haber vivido sin necesidad de esa imagen mental... Lo que tiene una que aguantar en este trabajo.

—A lo mejor tenía miedo de que la pillase —sugiero—. O de que le mirara el móvil antes de poder descargar el archivo y borrarlo.

—Maldita sea —dice Steve—. Con una sola fotografía de él desnudo habríamos tenido una prueba consistente. Esto... —Resopla—. A no ser que Lucy se guarde algún as espectacular en la manga, tendremos suerte si conseguimos siquiera imputarlo, por no hablar de condenarlo.

Tiene las manos metidas entre las rodillas y está mirando a los niños, que se tiran tierra al pelo. Por la curva tensa de su columna, se nota que no está contento.

—Tú no tienes por qué hacer esto —le digo.

Alguien tenía que decirlo. Anoche, en medio del huracán de adrenalina en el que estábamos, entre la caza y la constatación, di por hecho que seguiríamos juntos, codo con codo, hasta la línea de meta. Y yo diría que él también. Pero hoy, al verlo con esa actitud sombría en esta mañana hecha de puro cielo helado bajo la mirada atenta de Deasy y ahora con esta lluvia que gotea por los setos del parque, tengo la impresión de que merece poder cambiar de opinión.

Vuelve la cara para mirarme. No en un gesto de incompreensión; no va a fingir que

no se le ha pasado por la cabeza. Es un gesto complejo.

—Ni tú tampoco.

—Yo no tengo mucho que perder, pero tú sí. Y es mi caso. —Siento una punzada fugaz de algo parecido a dolor, porque parte de mí no puede evitar pensar como una detective: mi caso, mi responsabilidad. Ya se me pasará—. Puedes decir que estás malo, que te has intoxicado con algo. Vete a casa y regresa dentro de un par de días, cuando las aguas vuelvan a su cauce.

—Todavía podemos librarnos los dos. Le decimos a Breslin que Rory ha identificado a McCann en la escena, y que sabemos que no está implicado, pero que no queremos joderlo dejando que lo arrastren a un tribunal, por una teoría alternativa del crimen, así que vamos a soltar al librero y a dar el caso por cerrado. Y luego le decimos a Rory que la identificación no ha servido para nada. El jefe nos echará el puteo por no resolver el caso, pero Breslin intercederá por nosotros. Pim, pam, pum: ya está. Como si no hubiera pasado nada.

Está escrutándome con la misma inmovilidad en el gesto que adoptó anoche. Los arañazos de luz sacan a la superficie unas patas de gallo y unas arrugas de sonreír que no le había visto antes. No sé si está buscando mi aprobación: sí, tiremos por el desagüe todo este jaleo tóxico del infierno, y a otra cosa.

Tiene razón: podríamos hacerlo. Y casi reconciliarlo con nuestras conciencias, si me apuras. Él lo ha dicho, conseguiremos una condena prácticamente el mismo día que nos toque la lotería. Y aunque así fuera, de nada les sirve la justicia a los muertos; hagamos lo que hagamos, no cambiará nada para Aislinn. En este caso no hay una familia que necesite respuestas. Y tampoco es que McCann y Breslin se vayan a convertir en un equipo de asesinos en serie que asolarán la ciudad si no los arrestamos; volverán a ser quienes siempre han sido y Breslin volverá a mantener la bragueta bien cerrada. Y aquí no ha pasado nada.

Lo único es que, bien pensado, estoy en el mismo punto donde creía estar cuando pensábamos que Breslin y McCann eran corruptos. Si mantengo la boca cerrada, entonces me habrán echado el guante y me amarrarán hasta convertirme en otra persona, con una existencia muy distinta, aunque por fuera parezca la de siempre. Breslin y McCann se adueñarán de mí y de mi vida diaria, por mucho que ni siquiera fuera su intención.

Este caso me lo debe. Me tiene muy disgustada. Necesito dispararle entre los ojos, despellejarlo, disecarlo y colgarlo de mi pared, para el día en que mis nietos me pidan que les cuente historias de cuando fui detective millones de años atrás.

No consigo reunir fuerzas para decirle a Steve que lo dejo, aún no.

—Qué va. Ya que he empezado, lo acabo.

El repentino relajamiento en su cara podría ser cualquier cosa, desde alivio hasta decepción, hasta que se resuelve en una sonrisa leve pero muy entrañable.

—Entonces yo también me subo al carro —dice—. Nunca he pillado una intoxicación y quedaría en ridículo intentando fingir una.

No sé por qué, pero me llega hondo, lo siento como algo real en el vientre. No es que se me vayan a saltar las lágrimas ni nada de eso, pero me cala con fuerza bajo las costillas. Es raro, pero, cuando me decidí a dejarlo de verdad, no se me ocurrió pensar que eso significara dejar a Steve. En algún momento he debido de empezar a asumir que el muy capullín siempre estaría ahí, como un hermano. Yo no comulgo con esas mierdas. Porque lo cierto es que no siempre lo estará; en cuanto me largue, mantendremos el contacto durante un tiempo, quedaremos de vez en cuando para echar una pinta, nos reiremos con demasiado empeño de las historietas del otro y tendremos conversaciones llenas de trapiés incómodos cuando él trate de hablar con tacto de su trabajo y su nuevo compañero, y yo intente que se deje de historias. Luego las pintas se irán espaciando y entonces uno de los dos empezará a salir con alguien y no habrá quien le vea el pelo; los mensajes comenzarán con un «eh, cuánto tiempo», y de pronto nos daremos cuenta de que ha pasado un año desde la última vez. Y ahí, en lo esencial, acabará todo.

No puedo permitirme ponerme sensiblera.

—Ay, qué niño más bueno —digo—. Seguro que en el colegio nunca faltabas a clase.

—No, solo cuando tenía que ir a visitar a mi abuelita moribunda.

Me concentro en los niños que comen parterre y en el ciclista que hace estiramientos imposibles para presumir de glúteos ante las niñeras, hasta que consigo dejar la mente en blanco.

—Vale, bien. En tal caso, voy a ir a enseñarle el cuentecito a Lucy. Ve tú a jugar con Breslin. Dile que hemos ido a ver a Rory..., total, se va a enterar de todas formas. Y que he estado dándole la brasa con sus ex, que decían que era demasiado intenso; que le he preguntado si a ellas también las acosaba, lo ha negado y el pobrecillo se ha enfadado mucho. Tú haz como si todavía no estuvieras del todo convencido de lo de Rory y yo siguiera cabreada contigo por tener dudas y tú conmigo por menospreciarlas. Así él querrá mantenerte cerca y no le importará si desaparezco del mapa una hora.

Steve va asintiendo mientras lo piensa todo.

—Vale, parece buen plan. ¿Y si me pregunta adónde has ido...?

—No lo sabes. Dile que te he dicho que no era asunto tuyo.

—¿Cuándo soltamos la bomba?

—Hoy. Tiene que ser hoy. Breslin espera llevar luego a Rory a la central, arrestarlo y ponerse a preparar el expediente para la Fiscalía. Si no lo hago, se preguntará por qué y entonces se olerá el pastel.

Asiente.

—¿A por quién vamos? ¿A por Breslin o a por McCann?

—Yo votaría por McCann. A no ser que Lucy nos venga con algo firme que podamos utilizar contra Breslin, que lleva días observándonos y nos conoce mejor que McCann. Además, si osamos siquiera sugerirle algo de esto, nos va a montar la

madre de todas las pataletas con su rollo de superioridad moral, y no pienso aguantar ni una más esta semana. Ya encontraremos la manera de darle esquinazo y encarar a McCann.

—Vale —dice Steve tras una larga exhalación—. Vale, McCann.

—Y tú será mejor que vayas moviéndote antes de que Breslin se pregunte dónde estás.

—Pues sí. —Saca las cartulinas con las fotos de la bandolera y me tiende un puñado de cada—. Suerte.

—Sí. Lo mismo digo.

Por alguna razón Steve y yo entrechocamos las manos cuando nos despedimos. No solemos hacer ese tipo de mierdas, no tenemos quince años ni nada de eso, pero parece que necesitamos algún tipo de gesto habida cuenta de dónde nos vamos a meter.

Esta vez Lucy no tarda tanto en responder al portero automático. Cuando abre la puerta de la calle, ya está vestida: de nuevo pantalones anchos negros y sudadera de capucha, sin manchas esta vez, y unas Martens en los pies. Me mira, inexpresiva, y espera.

—Buenos días. ¿Te parece bien que hablemos un rato o es demasiado temprano?

—Creía que iba a llegar antes. —Da media vuelta y enfila las escaleras.

Hace frío en su salón, con esa humedad intransigente que deja una noche con la calefacción apagada. Huele a tostadas, a humo (esta vez del legal) y a café. El zorro disecado, los teléfonos antiguos y la bobina de cable han desaparecido; en su lugar hay un tocadiscos y una pila de vinilos manoseados, una gran caja de cartón con vajilla de florecitas y un rollo de lona desenrollado que llega al techo y que muestra un sendero pintado que desaparece en la distancia. La estancia parece contener demasiadas historias, dándose codazos por las esquinas e intentando hacerse hueco.

Esta vez es Lucy la primera en sentarse, en el sofá de espaldas a la ventana, dejándome a mí la luz... Aprende rápido. Tiene desplegado su arsenal sobre la mesa de centro, todo bien a mano: paquete de tabaco, mechero, cenicero, taza de café. No me ofrece nada. Se sienta inmóvil y me observa, preparada para mi primer movimiento.

Me acomodo en el sofá cutre.

—Voy a contarte algunas cosas que he estado pensando, pero me gustaría que no me dijeras si me equivoco o no hasta que acabe. No quiero que digas nada, solo que escuches, ¿vale?

—Ya le he dicho todo lo que tenía que decirle.

—Tú escucha, ¿vale?

Se encoge de hombros.

—Como quiera. —Se toma su tiempo para acomodarse en el sofá, cruza las piernas con mucha parsimonia y se pone la taza en el regazo, preparada para hacerme el favor.

Yo también puedo jugar a eso. Coloco bien los cojines, remuevo el culo sobre mi sofá precario y busco el mejor ángulo para estirar las piernas. Lucy se da entonces

más prisa, con ganas de que yo empiece a hablar.

—Bueno —digo cuando ya estoy bien cómoda—. Lo primero sería tu amistad con Aislinn. Estabais más unidas de lo que el otro día nos diste a entender. Por el historial de su teléfono, sabemos que hablabais o intercambiabais mensajes casi todos los días. Erais realmente íntimas, tú eras su mejor amiga.

Lucy mete el dedo en el café, aparta una mota de algo y la examina. Entre el negro absoluto de su atuendo sobre las mantas mexicanas de rayas azules y ocre y el mechón rubio platino que le cae por la cara pálida, me cuesta distinguirla, como un punto muerto en medio de mi visión.

—De modo que tiene que haber una razón para que el domingo no quisieras reconocerlo. Y el momento en que empezaste a decirnos que no estabais tan unidas fue cuando nos hablaste de su novio secreto. Lo que podría significar tres cosas: A, que sabes más de él de lo que has querido decir; B, que le tienes miedo y no quieres que se entere de que sabes algo, y C, que crees que puede enterarse a través de nosotros. —Un parpadeo ante la palabra «miedo». Se limpia la yema del dedo con el borde de la taza—. Al principio mi compañero y yo nos preguntamos si Aislinn estaba saliendo con un criminal o algo parecido. —Por su manera de contraer la cara, habría sabido, si no lo supiera ya, lo desencaminados que íbamos—. Hasta anoche no lo vimos claro: el novio secreto de Aislinn no era ningún criminal, sino un poli.

Prevalece el silencio. Pero yo tengo más práctica en sobrellevarlo que ella, que acaba moviendo ficha:

—¿Eso es todo?

—Sí, ahora te toca a ti.

—¿Me toca el qué? No tengo nada que decir.

—Sí que tienes. Entiendo perfectamente que tengas miedo —otra vez el parpadeo—, pero si hubieras querido mantener la boca cerrada, lo habrías hecho. Nos dijiste que Aislinn estaba viendo a otro porque querías que lo localizáramos. No quisiste arriesgarte más, con la esperanza de que, si nos orientabas hacia el buen camino, llegaríamos nosotros solos. Y eso hemos hecho.

Sigue con los ojos clavados en el café.

—Entonces no me necesitan.

—Si eso fuera verdad, no estaría aquí. Tengo bastante claro a quién estaba viendo Aislinn, y estoy segura de quién la mató. Pero no puedo probarlo.

—O lo está diciendo porque quiere averiguar cuánto sé yo.

—¿Quieres que te cuente algo que no le he dicho a nadie? En el trabajo tenemos taquillas en los vestuarios. Hace unos meses alguien forzó la mía y meó dentro. Encima de mi ropa de correr y mis apuntes de media docena de interrogatorios. —Lucy no levanta la vista pero veo el aleteo de sus pestañas: está escuchándome—. Aquí viene lo importante. En Homicidios operamos aparte del resto de brigadas, no compartimos edificio con nadie. Y se necesita un código para entrar en los vestuarios. De modo que fue alguien de mi propia brigada.

Por fin levanta la vista.

—¿Por qué?

—Porque no les caigo bien. Quieren que me largue. Pero eso es lo de menos: lo importante es que esto no es la tele, en la que todos los polis son hermanos de sangre y todo el que cae en desgracia con uno acaba muerto en una cuneta mientras los demás ocultamos las pruebas. No tengo lealtad hacia mi brigada. Y no estoy aquí para limpiar los desaguisados de nadie. Solo estoy investigando mi caso. Si alguien se interpone en mi camino, poli o no, no tendré problema en ir a por él.

—¿Eso debería tranquilizarme?

—Si hubiera venido a callarte la boca, ya lo habría hecho, de una forma u otra. Yo ya sé que sabes algo; si no quisiera que saliera a la luz, no necesitaría los detalles.

Por un segundo creo que lo he conseguido, pero entonces su cara vuelve a cerrarse en banda.

—A usted se le da todo esto mejor que a mí —dice sin emoción en la voz—, eso lo sé. Yo no tengo forma de saber si me está diciendo la verdad o no.

Saco el móvil, busco el cuento de Aislinn y se lo paso por encima de la mesa.

—Ten. Creo que esto es para ti.

Ruego a Dios que no vuelva a derrumbarse porque hoy no tengo tiempo de recoger los trozos de nadie, pero está hecha de buena pasta. Tiene que morderse los labios una vez, y cuando levanta la vista, tiene los ojos demasiado vidriosos, pero está llorando para sus adentros, en la intimidad.

—Es la letra de Aislinn, ¿verdad?

—Sí.

—Y es para ti.

—Sí, así es.

—No entiendo todo lo que dice, pero sí el final: que si la historia no acababa bien, tú tenías que contarme el resto. Yo diría que la historia no ha podido acabar peor.

Se le escapa una especie de risa indefensa y herida.

—Carabossa y Meladina —dice—. De pequeñas, cuando Aislinn se inventaba historias sobre nosotras y nuestras aventuras locas, siempre nos llamaba así. Ni siquiera recuerdo de dónde los sacó. Tendría que haberle preguntado.

—Si yo quisiera enterrar toda esta historia, no te lo habría traído. Tienes razón, hay policías que intentan enterrar cosas. Pero no tienes que tratar con ellos, te ha tocado conmigo.

Lucy está acariciando la pantalla del teléfono, con suavidad, apenas dos yemas.

—¿Puedo quedarme con esto? —me pregunta—. ¿Me lo podría mandar o imprimírmelo?

—Ahora mismo constituye una prueba, no puedo ir repartiéndolo por ahí. Pero en cuanto acabe el caso, sí, te haré una copia, te lo prometo.

Lucy asiente.

—Vale, gracias.

Alargo la mano. Se toma otro momento con el mensaje, hasta que inhala una pizca de aire y endereza la espalda.

—Sí —dice y me pasa el teléfono—. Aislinn estaba viéndose con un *garda*, con un detective. —Una mirada de pasada, para comprobar mi reacción.

—¿Llegaste a verlo?

—Sí, la misma noche que Aislinn lo conoció. No pensaba dejarla...

—Espera. Vayamos paso a paso. ¿Crees que podrías identificarlo?

—Sí, desde luego.

Abro el bolso y busco la cartulina con las fotos donde aparece Breslin.

—Vale. Si ves al hombre con el que salía Aislinn, quiero que me lo digas. Si no está, o no lo tienes claro, dímelo también. ¿Lista?

Lucy asiente y se prepara para ver su cara.

Le paso la cartulina y la escruta. Pero entonces se le borra la expresión de la cara y se le pinta en cambio una de desconcierto.

—No, no está.

Mierda, ¿cómo que no?

—Tómate tu tiempo. ¿Estás segura?

—Segurísima. Ninguno se le parece. Nada de nada. —Prácticamente me tira de vuelta la cartulina. Vuelve a retraerse en el recelo, preguntándose a qué juego. Juraría que no miente.

Cuando estoy agachada para guardar la cartulina en el bolso, y preguntándome desesperada qué mierda hago ahora y por qué no he traído a Steve conmigo, se me ocurre.

Saco las otras fotos, donde sale McCann.

—A ver con estos. ¿Reconoces a alguno?

Le lleva menos de un segundo: el repaso, el estallido de aire por su nariz, el ceño de la tensión apoderándose de todo su cuerpo.

—Él —dice con un hilo de voz, y baja el dedo hasta McCann—. Es él.

—El hombre con el que estaba saliendo Aislinn.

—Sí.

—¿Hasta qué punto estás segura?

—Al cien por cien. Es él.

—Escribe aquí —le digo dándole un bolígrafo—. Al final de la hoja. El número al que has reconocido y de qué lo conoces. Firma y pon la fecha. Y luego pon tu inicial al lado de la foto que has identificado.

Escribe con letra clara y pulso estable; solo el rápido sube y baja de su pecho y los jadeos superficiales de su respiración delatan la carrera desbocada de la adrenalina por sus venas. Y por las mías. El gran misterio de qué hacía McCann merodeando por Viking Gardens durante semanas, revelado. El vecino de Aislinn creyó que el tipo que trepó por la tapia tenía el pelo claro, pero la luz amarilla de la farola pudo hacer que los mechones entrecanos de McCann parecieran rubios. Las

llamadas de su mujer, las protestas por volver a perderse otra cena, su forma de encovar la espalda mientras Breslin le prometía que se libraría de mí, su aspecto durante estos últimos días: todo encaja.

La única pieza que no cuadra es por qué leches querría Aislinn estar con un tipo como él; qué leches hemos estado perdiéndonos Steve y yo todo este tiempo.

Lucy me devuelve la cartulina con las fotografías.

—¿Está bien?

—Sí, sí —digo revisándolo rápidamente—. Gracias. Ahora puedes contarme la historia.

Respira hondo.

—¿Qué quiere saber?

—Todo. Desde el principio.

—Vale. —Lucy se restriega las manos contra los muslos, quitándose el sudor o el tacto de la foto, no sé—. Vale, bien. Supongo que todo empezó a los siete u ocho meses de morir su madre... O sea, ¿hace unos dos años y medio? Quedamos para tomarnos una pinta y me dijo: «Adivina lo que voy a hacer». Estaba con la cabeza gacha y mirándome así, con el rabillo del ojo, con una sonrisilla tímida... Por un segundo creí que iba a ponerse un pendiente en el pezón o algo... —Lucy ríe, un sonidillo seco—. Ojalá... Pero entonces me dijo: «Voy a averiguar qué le pasó a mi padre». Era lo último que me esperaba. Se pasaba la vida inventándose historias sobre dónde estaba o cómo volvería, pero nunca había hablado en serio de localizarlo.

—Tal vez no había querido hacerlo estando su madre con vida. —Cuando quiero, puedo ser más empática que nadie—. Cuidarla tuvo que consumirle todas las energías, no me extraña que no le quedaran para su padre.

Lucy asiente convencida.

—Eso mismo pensé yo. Me pareció que podía ser buena idea, no encontrarlo exactamente, porque había muchas posibilidades de que el tiro saliera por la culata. Pero era la primera vez que hacía planes para conseguir algo que quería ella, y no otra persona. Pensé que le vendría bien ir aprendiendo eso. ¿No? Tiene sentido, ¿verdad?

—Todo el sentido —digo, y hasta lo creo, mientras veo que el alivio recorre a Lucy—. No le sacaría mucho jugo a la vida si no lo hacía.

—Desde luego. Así que le dije que era muy buena idea, que bien visto. Pidió la mañana en el trabajo para una supuesta cita con el dentista, se puso sus mejores galas y se fue a la brigada de Personas Desaparecidas. Al principio le dieron largas hasta que por fin un detective buscó el nombre de su padre en el ordenador y le dijo que había muerto. Aislinn se quedó... —Se muerde el labio, recordando—. Puff, estaba hecha polvo. Llamó al trabajo y dijo que se había desmayado con la anestesia y no podía volver y luego se fue a casa y se pasó el día llorando. Yo fui a verla cuando salí del teatro y parecía que le hubiera pasado un camión por encima. Se había quedado vacía, estaba como... perdida.

Ahora es cuando tendría que sentirme mal: mi crueldad al derivar la historia de

Aislinn hacia la senda de la tragedia, blablablá. Ayer no habría sentido una puta mierda. Lo que le dije a Steve: si quería hacer depender su vida de un tío que ni siquiera existía, era cosa suya. Sin embargo, hoy no sé qué pasa que de pronto tengo la impresión de que había demasiada gente mangoneando a Aislinn desde todos los frentes posibles: yo misma, Gary, su madre, su padre y suma y sigue, todos esos dedos que la pinchaban, los hombros que la empujaban, todos tirando de su vida hacia donde a cada uno le convenía. La piel me culebrea como si la tuviera llena de moscas. Hasta que llegó uno que ni se molestó en mangonear: no le venía bien que estuviera en su vida y la sacó a puñetazos.

—Me daba miedo que volviera a dejarse llevar sin más, ¿sabe? Que aquella hubiese sido su única oportunidad de coger las riendas de su vida y que, una vez aplastada de esa manera, no quisiera volver a intentarlo. Así que le dije, como una capulla: «A lo mejor alguno de los que trabajaron en el caso puede contarte qué le pasó». Yo solo quería que se sintiera mejor, que tuviera algún objetivo

La súplica vuelve a atravesar sus ojos.

—A mí me parece normal —digo—. Es probable que yo le hubiera dicho lo mismo.

—Tendría que haberme callado la boca, que soy tonta. Pero en el momento creía haber hecho lo mejor por ella. Dejó de llorar, así de pronto, y corrió a por su teléfono. «¿Qué pasa?», le dije, y me contó que acababa de acordarse de una cosa que le habían dicho en Personas Desaparecidas. Le habían mencionado los apellidos de los detectives que estaban a cargo de la investigación de la desaparición de su padre, Feeney y McCann.

Al oír el apellido en su boca, siento un roce en la nuca, una gota helada.

—¿Y?

—Los buscó en Google y encontró la necrológica del detective Feeney, al que reconoció vagamente en la foto, pero, como ponía que había estado veintitrés años en Personas Desaparecidas, supo que tenía que ser el mismo. Una vía muerta. Pero McCann... De él le costó un poco más conseguir datos, hasta que por fin lo vio en un telediario en el que salía del juzgado tras un caso de asesinato... y así se enteró de que trabajaba en Homicidios. Y a él sí que lo reconoció claramente. No recordaba el nombre de pila, solo que era Mc no sé qué, pero sí verlo bastante en su casa, intentando tranquilizar a su madre. Y recordaba incluso que le dio una palmada en la cabeza y le dijo: «A veces es mejor dejar las cosas como están. Tienes muy buenos recuerdos de tu papá, y no queremos que eso cambie, ¿verdad?». Así que Aislinn se aferró a eso y no paraba de decir: «Eso debía de significar algo, ¿no? Tenía que saber algo, seguro». Yo le dije que tal vez sí, pero tal vez no, que quizá solo había querido hacerla sentir mejor ante su ignorancia, ¿no? Pero se negó a dejarlo estar y se pasó semanas hablando solo de eso. Al final yo le dije: «Me cago en todo, pues búscalo de una puta vez y pregúntale».

—¿Y lo hizo?

Sacude la cabeza.

—No, decía que si no lo había hecho en su momento, ¿por qué habría de decírselo ahora? Y tampoco es que pudiera obligarlo... En *Personas Desaparecidas* le habían dicho que no podía acogerse a la Ley de Libertad de Información para obtener datos sobre las investigaciones. Decidió que tendría que entrarle de otra forma, conocerlo «sin querer», sin decirle quién era ella y conseguir que hablara. —Arqueo una ceja—. Sí, ya, lo sé. Pero su idea no era simplemente salirle al paso una mañana y esperar que él le abriera su corazón. Fue muy meticulosa, mucho. Era su última oportunidad y no quería fastidiarla. Anotó todo lo que recordaba sobre el policía... en una libreta que tenía. En la época no se había fijado mucho en él, no había creído que importase; pero solía sentarse a los pies de la escalera, a oscuras, escuchando lo que hablaban él y su madre en el salón, con la idea de oír alguna pista sobre dónde estaba su padre. Así que recordaba cosas de él, que era de Drogheda, que tomaba el té con una gotita de leche y sin azúcar.

Así sigue siendo y, no sé por qué, pero es justo eso lo que me provoca un escalofrío por la columna. Es en ese momento cuando me cala: es el mismo hombre que estaba esperándome a las puertas de Homicidios ayer por la mañana, con su barba de dos días y su inquietud. Ese caso de desaparecidos lo siguió desde la lúgubre casa con la niña que escuchaba a escondidas, por todas las vueltas y recodos, hasta la luminosa y vociferante sala de nuestra brigada. Es justo ahora cuando comprendo que es nuestro hombre.

—Recordaba que estaba casado y tenía dos hijos... Por lo visto, su madre le preguntaba una y otra vez: «Y no los dejaría, ¿verdad? ¿Usted nunca abandonaría a su mujer y a sus hijos?». Y él siempre respondía que no, que nunca. Recordaba su abrigo de *tweed* gris, que colgaba en la barandilla, y, mientras los escuchaba, ella le quitaba pelusas y se las metía en los bolsillos... No le gustaba que estuviera allí. Pero lo más gordo de lo que Ash recordaba, lo que rodeó de circulitos y estrellas, fue que estaba colado por su madre.

—¿Colado en qué sentido? ¿Mantuvieron una relación? ¿Intentó seducirla?

—¡Qué va, no! —La repentina mueca de asco en la cara de Lucy deja claro que no miente—. Tampoco era una tragedia griega; Ash no estaba tirándose al antiguo amante de su madre. Simplemente comprendió que por eso le había dedicado tanto tiempo al caso, pese a estar casado y tener hijos, pese a que se suponía que tenía que ser profesional y que la madre de Ash estaba loca por encontrar a su marido: le gustaba y se dejó llevar.

—Y a Aislinn le pareció que eso era importante.

—Sí, sí, supo que podía utilizarlo y dijo: «Si es esa clase de tío, de esos que hacen tonterías por mujeres guapas, yo puedo ser una de ellas. De todas formas, voy a tener que cambiar de aspecto; no puede reconocerme y empezar a sospechar... Tampoco es que se fijara mucho en mí, apenas reparaba en mi existencia, pero solo voy a tener una oportunidad de abordarlo y pienso hacerlo bien». Y así fue. —Lucy ríe, con un

breve resoplido forzado—. Y joder si lo hizo. Prácticamente dejó de comer y empezó a ir al gimnasio todos los días. Cuando se dio por satisfecha con su peso (demasiado delgada para mi gusto, pero en fin...), fue a un asesor de imagen que le enseñó qué ropa comprar, cómo maquillarse y de qué color teñirse el pelo. Acabó pareciendo un clon salido de una inquietante fábrica de la M50. «¿Y por qué no te vistes con lo que te guste a ti más?», le preguntaba yo, pero ella respondía: «No sé qué mujeres le gustan... salvo mi madre, y no puedo parecerme a ella o me descubrirá. Así que la idea es un aspecto genérico. Tengo que ser alguien que pueda parecerle guapa a cualquier tío del mundo, de modo que, aunque no se sienta atraído por mí, le dé tal subidón de ego estar conmigo que no pueda resistirse. Ya tendré tiempo luego de averiguar qué me gusta a mí». No sé... —Lucy levanta las manos, frustrada—, ¿qué podía haberle dicho?

He de reconocer que Aislinn Murray está infundiéndome cierto respeto. De partida la idea no puede ser más ridícula, pero su forma de abordarla..., ahí lo hizo bien. No era la masa informe e inútil que imaginé ese primer día en su casa, ni la chiquilla ninguneada por la que he sentido pena hace un minuto. Estuvo entrenando, tomándose su tiempo y haciendo todo lo que hiciera falta por ser ella, por una vez, la que mangonease.

—Lo que cuentas es un rollo bastante obsesivo. ¿No te preocupó que estuviera llevándolo demasiado lejos?

—Claro que sí. No era lo que imaginé cuando pensé que debía empezar a perseguir sus propios deseos. Se pasó como ¡un año y medio! intentando convertirse en lo que creía que le gustaría a un completo desconocido. ¡Era una locura!

—¿Se lo dijiste?

—Ayy... —Lucy contrae la cara y se la frota con ambas manos—. Se lo dije y no se lo dije. Lo último que quería era dirigirle yo también la vida, ¿me entiendes? Ya le había costado bastante tiempo averiguar qué quería como para llegar yo y decirle que se equivocaba completamente. Pero, después de lo del asesor de imagen, tuve que decirle algo. No es que le llegara en plan «estás como una puta cabra», pero le dejé bastante claro que creía que estaba llevándolo demasiado lejos y que habría sido mucho más saludable ir a hablar directamente con McCann o incluso olvidarse de todo. Lo único que conseguí es que se riera de mí, en plan «¡Que no te preocupes, tonta! Yo sé lo que me hago; tengo un plan, ¿o es que no te acuerdas? Solo tengo que resolver esto y luego ya todo habrá acabado y podré empezar con mi vida real. ¿Quieres venirte a Perú conmigo?», y yo le dije: «¿Por qué no nos vamos directamente a Perú y nos olvidamos de ese hombre?».

—Pero no quiso.

—No, decía que necesitaba hacerlo, una y otra vez..., con su nuevo acento. Antes hablaba como cualquiera de Greystones, pero le preocupaba que McCann pudiera reconocer el deje y empezó a imitar a la presentadora del telediario que hace esa cosa rara con la boca... Y no paraba de decirme: «¡Te preocupas demasiado! Mírame, ¿no

me ves feliz?». —Le asoma una sonrisilla dolorida al recordarlo—. Y era verdad, estaba realmente feliz. Nunca la había visto así. Risueña, como una cría con el subidón de azúcar, pero eso, feliz. Y hacía planes para después..., cosa que nunca había hecho antes. No bromeaba con lo de Perú... A ver, lo mío sí, porque yo ni tengo dinero para eso ni puedo cogerme tantos días en el trabajo, pero Ash pensaba viajar, lo tenía claro. Estaba documentándose sobre los distintos países que quería visitar, así como sobre cursos universitarios a los que pensaba apuntarse a la vuelta... Y todo ese plan la llenaba de energía, ¡la electrizaba! Así que... —Hace un extraño movimiento con los hombros, como encogiéndolos—. No era fácil rebatirlo.

—Y el plan, ¿en qué consistía?

—Pensaba tontear con el detective un par de semanas, quedar un par de veces. No iba a intentar seducirlo ni nada, y tampoco le importaba si él lo que quería era echar un polvo... Decía estar segura de que él nunca había intentado seducir a su madre, así que no era de los que tienen aventuras de verdad. Era solo de esos a los que les gusta llamar la atención de mujeres atractivas y que se regodea en ello aunque no debiera. Decía que seguramente saldría corriendo si intentaba siquiera besarlo. —La sombra de una sonrisa titilando en la boca de Lucy—. Solo quería hacerle sentir especial, muy especial.

—Qué lista. Se ve que a Aislinn se le daba bien calar a la gente.

—Sí, es verdad. Y era porque, como nunca había tenido vida propia, se pasaba la mayor parte del tiempo observando a los demás, intentando comprender sus mecanismos. Eso era lo único que me convenció de que tal vez sí que pudiera llevar a buen puerto su plan. A ver, el colega era policía, tampoco iba a caer con cualquier truco viejo, pero si alguien podía engañarlo, esa era Ash. —La sonrisa va a más, pero parece dolerle—. Pensaba fingir que era de esas personas fascinadas por la policía para poder hacerle preguntas sobre sus casos... Había leído viejos artículos sobre juicios para ver en qué tipo de casos solía trabajar él, y hasta compró libros sobre todo eso, para poder hacer las preguntas adecuadas. Y luego iría conduciendo la conversación hacia su padre... Hasta que, en cuanto averiguara lo que él sabía, dejaría de verlo. Y se iría a Perú. —De pronto levanta la cabeza y clava la vista en el techo sin parar de parpadear—. Solo era eso, unas semanas haciéndole sentirse especial.

Los libros de crónica negra de la estantería de Aislinn, los asesinatos entre clanes en sus búsquedas de internet. No eran ni para vivir emociones de segunda mano ni para congeniar con los hombres del Bolablanca.

—¿Y qué cambió? —pregunto.

—Yo sabía que Aislinn no había pensado bien en todas las implicaciones. Era como los cuentos: la historia acaba en boda y todos felices y comiendo perdices. Eso era lo que hacía Ash, solo pensaba en el gran momento en que conseguiría que ese hombre le hablase de su padre; después de eso, no había más que una nebulosa donde la vida era perfecta. Intenté decirle que tal vez no todo fuera así... Yo lo intenté...

Pero... —Extiende las palmas hacia arriba, impotente.

—No quiso escucharte.

Se pasa las manos por el pelo y se deja varios mechones de punta, como de cría desgredada.

—Estábamos justo aquí. Ash donde usted, aovillada en una manta con una taza de té... Habíamos ido a bailar, así que era bastante tarde y estábamos lo suficientemente borrachas para sacar el tema. «Ash, ¿y si no te gusta lo que descubres? Podría ser malo, algo muy chungo».

»Estábamos casi a oscuras, con tan solo la lámpara esa. Solo le sobresalía la cara de la manta y no estaba ni guapa, parecía hueca, muerta de hambre, todo huesos y dientes, aparentaba mucha más edad. Y me dijo: “Vamos a ver, Luce, ¿tú te crees que no lo sé? ¿De verdad? He pensado en todas y cada una de las posibilidades. Ya sé que lo más probable es que mi padre se suicidara y, al no tener pruebas suficientes para certificarlo, la Garda decidiera no decir nada por miedo a equivocarse; o a lo mejor tuvo una crisis y acabó viviendo en la calle, pero tampoco consiguieron localizarlo y no quisieron admitirlo. También sé que pudo haberlo atropellado un *garda* y que lo encubrieran todo. Que hay una gran posibilidad de que lo asesinara un psicópata y lo enterrara en medio del monte y que la policía, por alguna razón, no quisiera saberlo..., porque estaba vinculado con una investigación más importante, tal vez... Así que no pasaron de eso. Yo me hago cargo de todo eso, pero lo único que quiero es saber qué pasó, para que todo se acabe por fin y poder centrarme en otra cosa”».

—Así que lo dejaste estar.

—Sí, lo dejé estar. Seguramente tendría que haber insistido... Ay, madre, ¡claro que tendría que haber insistido! ¿No? —Se le escapa una risita furiosa—. Pero debería haberla visto, como si ese plan fuera lo único que tenía en su vida, y podía roerlo hasta los huesos y seguir hambrienta... Fui incapaz. Me dije que no pasaría nada, que tal vez el tal McCann no le diera ni la hora. O que tal vez la viera venir de lejos... No sé, en eso consiste su trabajo, en adivinar las intenciones de la gente, ¿no? Y él le diría que su padre había muerto salvando a una niñita rubia de las garras de un maligno capo de la droga, y ella lloraría un poco y seguiría con su vida, como ella pensaba.

Ojalá McCann hubiese tenido el valor de hacer justo eso.

—Pero la cosa no fue así.

—Hizo con él lo que le dio la gana. El superdetective duro y cínico, ¿verdad? Pues a ella solo le costó un mes sacárselo.

—¿Cómo lo consiguió?

—Buscó por internet los locales donde suelen ir a beber los *gardas*... Creo que preguntó en algún foro, como si lo único que quisiera fuera tirarse a un poli, jijí, jajá. Hizo una lista con los bares y fuimos a buscarlo por todos.

—¿Fuimos? ¿La acompañaste?

Sube la barbilla como un resorte.

—Claro que sí. ¿Cree que iba a dejarla ir sola?

—No, claro, yo también habría acompañado a mi mejor amiga. Por si acaso. Se tranquiliza.

—Algunos bares no eran lo que buscaba, como el Copper Face Jack's... Sí, hay *gardas* que suelen ir, pero la mayoría son jóvenes que van a pillar. Pero había un *pub*, seguramente lo conozca... ¿el Horgan's?

—Sí, claro. —Es sin duda un bar de polis de los de toda la vida, con las sillas de terciopelo rojo deshilachado y los apliques en las paredes, perdido entre los callejones que rodean Harcourt Street, por donde trabajan la mayoría de brigadas y está la Unidad General. Yo antes iba a veces, antes de trasladarme a Homicidios, y, en un par de ocasiones, vi allí a McCann y a Breslin: por entonces los observaba como a estrellas del *rock*.

—Muchos de los veteranos beben allí. Así que fuimos varias veces. La cosa era complicada porque un par de tipos intentaron pegar la hebra con nosotras..., bueno, con Ash, básicamente, y teníamos que quitárnoslos de encima pero sin pasarnos porque, si no, crearíamos fama de estrechas y McCann ni siquiera se molestaría en hablarnos, si es que acababa apareciendo. Hicimos como si... —Lucy resopla—. Se le ocurrió a Aislinn: fingimos que yo estaba agobiada por algo, por una ruptura o algo así, y queríamos hablar entre chicas; así ella podía esmalltar a cualquier tipo que intentase algo con ella y que pareciera que era culpa mía. —Me busca la mirada y dice, como a la defensiva—: A mí no me hacía gracia. Yo no soy así, pero... Aislinn era una experta en llevarte a su terreno. Pasito a pasito hasta que, de pronto, sin enterarte, estabas metida en la película que ella había montado.

Otra vez ese frío roce en la nuca. McCann, como cualquier detective de Homicidios, como yo misma, es quien escribe los guiones. No creo que le gustase despertarse un día y encontrarse en medio de la película de nadie.

—Y entonces, la cuarta vez que fuimos a Horgan's, estaba yo allí con mi supuesta depresión y deseando que nos largáramos cuando de pronto Aislinn se quedó petrificada. Se le cortó la respiración y se le derramó la copa, pom, como si se le hubieran desintegrado los músculos. Me volví para ver si estaba bien y me dijo..., apenas un susurro, casi no la oí... «Es él».

»Acababa de entrar por la puerta. Yo también lo reconocí: tenía más canas, pero era el mismo del vídeo, estaba claro. Debió de notar que lo mirábamos porque incluso se dio la vuelta. Y Aislinn, del tirón, hizo esto. —Lucy deja caer las pestañas, levanta la vista desde abajo con una sonrisita y vuelve a bajarla para darle un sorbo al café—. Así de rápido se metió en el papel.

—Y funcionó.

Otra vez esa risa áspera.

—Y tanto. Funcionó de maravilla. McCann tuvo que mirar dos veces y todo, tan estupefacto estaba de que esa mujer tan guapa estuviera mirándolo de esa manera. Y Ash soltó una risita sin dejar de mirarlo, la misma risa tonta que había estado

practicado con los demás tíos que le habían entrado. Cuando lo vio ir a la barra, apuró lo que le quedaba de copa y salió disparada hacia allí, se puso a su lado y pidió otra. Y lo siguiente que supe es que el detective McCann estaba pagándonos la ronda y trayéndonosla a la mesa.

Hay que ser tonto.

—¿Y cuándo fue eso?

—A finales de julio. Nos fuimos después de esa copa... No tuve que fingir mucho las ganas de largarme: puede que sea la conversación más rara que he tenido nunca. Ash poniéndole ojitos y partiéndose de risa con todo lo que decía y él hinchándose como un pavo, creyendo que la tenía en el bote... Pero antes de irnos, Ash le dio a McCann..., a Joe..., su teléfono. Al día siguiente la estaba llamando.

—Tu amiga sabía lo que se hacía —digo.

—Sí, sí, era buena. La verdad es que me quedé muerta al ver cómo se lo ganaba tan fácilmente, como si llevara toda la vida haciendo eso; y comprendí que así era. En el fondo era igual que cuando, de niñas, se inventaba historias para mejorar las cosas. Salvo que esa vez era real. Y no me gustó, me parecía... Sé que puede sonar melodramático, pero me parecía peligroso.

¿Sí o qué?

—¿Peligroso para ella? ¿Para Joe? ¿Para ti?

—Aislinn no le haría daño a nadie. Era... era buena.

No estoy convencida. Puede que de entrada sí, pero alguien que ha sido tan estricto consigo mismo como ella durante todo un año y medio no iba a andarse con chiquitas. Decido no ahondar.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Para ella. Quizá también para McCann, pero yo no estaba pensando en él, sino en Ash. Ella no se daba cuenta de que aquello era real, no captaba la diferencia.

Eso suena más factible.

—Entonces el detective McCann se puso en contacto con ella. ¿Y volvieron a encontrarse?

—¿Le importa si fumo?

—Fuma, fuma.

No me mira mientras desenreda las piernas de las mantas de rayas, deja el café en la mesa, abre el paquete de tabaco, coge un cigarro y agita el mechero. Todavía podría curarse en salud: «No sé qué pasó luego, ya Aislinn no quiso contarme nada, en cuanto le echó el guante a Joe, se volvió reservada...». Yo ya he dicho todo lo que podía decir, de modo que no hago nada y espero, hasta que Lucy exhala por fin un largo río de humo cuidándose de no echármelo encima.

—Quedaban con frecuencia, como mínimo una vez por semana, y normalmente dos o tres.

—¿Alguna vez presenciaste una de esas citas?

—No, solo esa primera vez. Yo quise, pero Ash me dijo que le cortaría el rollo.

Todo tenía que girar en torno a *Joe*.

—¿Y qué hacían?

—No se acostaban. Por entonces no. No era así, solo hablaban. Él la recogía..., nunca en su casa, por si los vecinos los veían..., siempre por los muelles... y daban un paseo en coche, hacia los montes u otra parte. A mí no me hacía gracia. A ver, ¿no se pasan la vida encontrando cadáveres en los montes? Recogía a una chica, se aseguraba de que nadie lo viese, la llevaba en medio de ninguna parte... De ahí al asesino en serie hay poco...

—¿Tenías alguna razón para pensar que pudiera ser peligroso?

Lucy sacude la cabeza a regañadientes.

—No. Ash decía que siempre la trataba bien..., un auténtico caballero, en sus propias palabras. No es que le gustara de verdad, decía que era demasiado intenso con todo, incluso cuando intentaba hacerla reír..., pero contaba historias interesantes y era buena gente. Se tomaba en serio su trabajo y eso la consoló: significaba que seguramente habría hecho todo lo posible en el caso de su padre, así que habría algo que descubrir, ¿no? —Una leve exhalación forzada que podría ser una risa—. Joder, y tanto.

—¿Y él no ponía problemas con eso de solo hablar? ¿No intentó llevar la relación a un plano sexual?

—No, Ash tenía razón con lo de que no era de tener aventuras: nunca se le echó encima, no intentó ni darle un beso. Era un romántico, contaba ella, le gustaba cortejarla desde la distancia. Pero se había quedado prendado, eso está claro. A Aislinn le daba cosa, que estuviese casado...

—El domingo nos dijiste que no tendría problemas en tirarse a un hombre casado, así que supongo que le daría menos cosa ir de paseo con uno.

Lucy no se molesta en mostrarse avergonzada.

—Sí, mentí. Necesitaba que supieran que había estado saliendo con un tipo casado y no podía explicar por qué con ese en concreto.

Incluso recién golpeada en toda la cara por el duelo, la mente de Lucy había trabajado a cien por hora. Tenía mucho miedo.

—Es normal. Entonces Joe no intentaba seducirla, pero sí se había colado por ella...

—Sí, claramente. No paraba de decirle lo maravillosa que era, lo guapa, lo inteligente... Vamos, que ella hacía como si todo lo que saliera por la boca de él fuera oro puro, y eso era justo lo que le vendía... Y que no estaba bien con su mujer. Le contó que se habían dejado llevar y se habían casado demasiado jóvenes, y que no tendrían que haberlo hecho porque su mujer era muy bruta, no entendía su trabajo y era demasiado egoísta para comprender que era una labor importante; solo le preocupaba que él no apareciera para ayudar a los niños con los deberes o a cenar lo que había preparado. —Una mueca irónica en la boca, en torno al cigarro—. Sí, sí. Y Aislinn trabajó a partir de ahí, venga a decirle lo increíble que era su trabajo y lo

fantástico que era conocer a alguien que hacía cosas importantes, y, por favor, ¿podía contarle otra historia sobre cómo había resuelto tan increíblemente otro caso increíble? Y, por supuesto, él se la contaba.

Claro que sí. Como decía Aislinn, en el fondo McCann es un romántico. Le gustaba verse cabalgando por la colina verde con la luz destellando en su lanza, combatiendo contra el mundo para salvarlo de sí mismo. Su trabajo hacía años que no le permitía ni en broma contarse ese relato. Y su mujer tampoco le dejaba. De modo que Aislinn lo escuchaba encantada.

—Y entonces, a finales de agosto, decidió que había llegado la hora. Fueron a hacer un pícnic a no sé dónde y ella empezó a preguntarle por su época en Personas Desaparecidas, que le parecía algo increíblemente *misterioso*... Lo tenía todo planeado; había escrito las preguntas y se las había aprendido de memoria, y me hacía ensayar con ella sus frases, como si fuera una actriz. Dejó que Joe le contara un par de historias mientras ella ahogaba un grito en los momentos justos. Aguardó a que le hablara de uno que acabara mal (de alguna adolescente que había sufrido una sobredosis) y entonces ella le vino en plan, ay, Dios, ¡la familia tuvo que pasarlo fatal! ¿Cómo se las arreglaba él cuando los familiares se quedaban destrozados? Porque ella sería incapaz de tratar con alguien que hubiese pasado por algo así, se vendría también abajo, pero seguro que a Joe se le daba *increíblemente* bien ayudarlos a sobrellevar el peor momento de sus vidas, ¿no? Y en cuanto él le contó alguna historia relacionada, Ash le dijo que apostaba lo que fuera a que a veces, cuando no encontraban al desaparecido, Joe seguía estando presente para la familia incluso después de cerrarse oficialmente el caso, porque sabía que él era incapaz de dejarlos a su suerte, para que lidiaran solos con las consecuencias, ¿no? Y lo siguiente que supo... —Lucy apaga el cigarro; le ha cambiado la voz, la ha estrujado y secado para asegurarse de que no se cuele nada que le haga perder el control—. Fue así de fácil. No habían terminado ni los bocadillos, y Joe estaba hablándole de una pobre mujer cuyo marido se largó y la dejó con una cría pequeña. La esposa era muy delicada, contó él, y Aislinn vio que incluso se le ponían los ojos vidriosos al recordar... Y que se la veía incapaz de encajar un golpe tan fuerte. Él puso toda la carne en el asador para darle respuestas y, al final, consiguió localizar al marido: en Inglaterra, viviendo con una mujer más joven.

—Eso tuvo que dolerle.

—Sí. No era precisamente lo que Ash esperaba. —Otra mueca en su boca, como un pellizco—. Pero podría haberlo soportado. Estaba preparada para algo así, no tanto como creía, pero habría sabido manejarlo... Pero él siguió hablando y le contó que había llamado al marido y le había dado la murga sobre rehuir sus responsabilidades y le había preguntado qué debía contarle a su mujer. Y el padre le respondió algo así como: «Dígale simplemente que estoy bien y que lo siento mucho. Que ya me pondré en contacto cuando las cosas se calmen un poco». Joe supo que era mentira, que al parecer los que se largan así, sin dejar una nota, son los que nunca encuentran el

momento adecuado para retomar el contacto.

—Ajá. —Gary me contó, y estoy segura de que lo creía, que Des Murray les había dicho que no le dijeran nada a su mujer, ni una palabra—. Pero Joe no le transmitió el mensaje a la señora Murray...

—Exacto. No tuvo otra cosa que hacer que decidir que a ella no le *convenía* saberlo. La pobre mujercita indefensa no estaba hecha para ese tipo de noticias, claro; se habría quedado hecha polvo. Así que él decidió que estaría mucho mejor si no le decía nada. —Otra vez ese tic en la boca—. Y eso fue lo que le contó: nada de nada. Estaba muy orgulloso de sí mismo por haberle quitado ese peso de encima.

No me extraña en absoluto. Al menos yo, cuando le pasé a Gary la patata caliente de Aislinn, tuve un mínimo de honradez y no lo hice por su bien, sino porque me dio la gana, y que le dieran por culo.

—¿Y qué hizo Aislinn cuando se enteró?

—Me contó que estuvo a punto de romper el vaso con la mano y rajarle el cuello con un cristal afilado, pero que pensó que no iba a tener fuerzas suficientes. Así que, en lugar de eso, le dijo, en plan con los ojos desorbitados y superemocionada de oír una historia tan increíble, que había hecho lo correcto y que había sido muy valiente, y muy inteligente, que esa mujer había tenido una suerte tremenda de que él se hubiese encargado de su caso. Y luego le dijo que le había entrado un poco de dolor de cabeza y que, si no le importaba, por favor, quería volver a casa a echarse un rato en la cama. Y él la llevó tan tranquilamente a su casa, le dijo que se tomara un Nurofen y se despidieron sin más.

—Y ella te llamó directamente. ¿No?

—No, vino aquí. Estaba... —Se le corta levemente la respiración al recordarlo—. Nunca la había visto así. Nunca he visto a nadie así. Estaba tan furiosa que gritaba contra los cojines del sofá... Toda maqueada, con un vestidito rosa de flores y gritando: «¿Cómo se atreve, cómo se atreve, quién coño se cree que es?». Y con el rímel corrido por toda la cara, de llorar, y el pelo cayéndole de su superrecogido, le pegaba puñetazos a los cojines, los mordía... ¿Lo entiende usted? Me refiero a si... ¿comprende por qué estaba tan furiosa? —Me mira fijamente.

—Sí, claro que sí. Es de lo más comprensible. No estaba en manos de él tomar esa decisión. —Sigue manteniéndome la mirada, escrutándome la cara con los ojos—. Otra cosa habría sido que su padre hubiera muerto el mismo día que desapareció. McCann no le habría arrebatado nada por callarse la boca. Pero estaba vivo y ella podría haberse puesto en contacto con él en cualquier momento. Y a lo mejor, si hubiera sabido lo que había pasado, a su madre no se le habría ido tanto la pinza.

—Y más que eso —dice Lucy, que espera a ver si lo pilló.

Lo pilló, y oigo mi propia voz decir en la pequeña estancia atestada de cosas donde empieza a cundir el frío:

—Aislinn creía que McCann se lo había callado por el bien de los suyos, porque había sido un coche patrulla el que había atropellado a su padre o porque lo que había

encontrado habría jodido una investigación mayor. Eso podría haberlo asumido; hay gente que mira solo por sí misma, otra que acaba siendo víctima de un fuego cruzado, así es la vida... Pero se enteró entonces de que McCann lo había hecho por ellas dos, porque él había decidido que sus vidas se desarrollaran de esa manera. Su madre y ella no fueron víctimas colaterales de esa historia, sino el blanco principal.

La luz que entra por la ventana me pega directamente en la cara, sin piedad, desarmándome viva. Me contengo para no parpadear ni apartarme.

Lucy asiente: he aprobado.

—Exacto. A quién coño le importaba que ellas pudieran tener una opinión, ¿no? ¿Qué podían querer? Él era el poli, tenía derecho a decidir por ellas. No eran ni siquiera personas, solo unas extras de la película cuyo héroe era él. Eso fue lo que enloqueció de esa manera a Aislinn, justo eso.

Su voz ha vuelto a espesarse, a cargarse de la energía y la rabia palpitante de su amiga y la suya propia. Ahora me contará lo que haga falta.

Para que luego diga el jefe que no se me dan bien los testigos... Pues esta testigo, que tiene razones de sobra para cerrarse en banda, confía lo suficientemente en mí como para darme todo lo que tiene. Ojalá eso pudiera infundirme otra sensación, aunque fuera en un rinconcito de mi persona, al margen de la tristeza.

—Y entonces cambió los planes.

Lucy ríe, con una única inspiración brusca.

—¿Sabe lo primero que pensé cuando apareció en mi puerta llorando a lágrima viva y pateando las paredes? «Por lo menos ya ha acabado. Gracias a Dios». Yo no le dije nada hasta que se fue calmando..., después de una eternidad... Me contó la historia como tres o cuatro veces seguidas, con todo lujo de detalles, no podía parar de repetirla. Hasta que al final yo me tomé un chupito de *whisky* y le hice un té... A ver, le habría venido mejor un porro bien gordo o un Valium o cualquier cosa por el estilo, pero no tenía y lo único que sabía es que el té es bueno para las conmociones, ¿no? Total, que funcionó: seguía furiosa pero se calmó lo justo para, al menos, sentarse un rato y llorar intermitentemente, y así pude meter baza. Le dije: «Mira, por lo menos, lo bueno es que ya lo sabes, y ahora puedes dejarlo estar, como dijiste que harías».

»Casi pegó un brinco del sofá... Tenía las manos... —Lucy levanta las suyas apretadas en garras—. Pensé que se me iba a echar encima y a clavarme las uñas en la cara, no sabía si agarrarla antes de que... Pero empezó a decirme: “¿Qué coño te crees, que voy a dejarlo estar?”... Ash nunca decía palabrotas. “Esto no ha acabado. Está muy lejos de haber acabado... Voy a joder a ese hijoputa. Creía que tenía derecho a decidir por mí... no. No. No. No pienso quedarme quieta y aguantarme sin más, sí, señor, lo que usted quiera, señor, a ver si me puede joder más, señor... Que le den”. Estaba tan cabreaba que jadeaba, pero era otro tipo de rabia. Daba miedo, sobre todo viniendo de ella, que era como la persona más inofensiva del mundo. Tenía la voz quebrada de tanto llorar, con una ronquera profunda que no parecía salir de su

boca... “Ahora se lo pienso hacer a él. Voy a convertir lo que le quede de vida en lo que a mí me salga del coño”.

»Y yo le dije: “Un momento, espera, ¿cómo?”. Y ella: “Ya está medio enamorado de mí. Voy a hacer que llegue hasta el final. Y luego lo convenceré de que deje a su mujer y se divorcie para que podamos estar juntos. Lo obligaré a contarle lo nuestro, para que ella no lo deje volver en la vida. Y luego lo dejaré tirado”.

Y ahí la tengo, la única pieza que Steve y yo no encontrábamos: por qué Aislinn había escogido a McCann.

—Madre mía. Eso no podía acabar bien.

—¡Lo sé! ¡Se lo dije! Con esas mismas palabras.

—Creía que a Aislinn se le daba bien calar a la gente.

—Y es verdad. Eso es lo que más me acojonó. Para que se le ocurriera una idea tan jodidamente enrevesada como esa, tenía que haber perdido la noción de lo que sabía sobre los mecanismos de la gente. Estaba tan obsesionada con la historia que se había montado en la cabeza que dejó de importarle que hubiera gente real implicada.

Alarga la mano para coger el paquete de tabaco, pero no lo abre, solo quiere algo que estrujar.

—Yo intenté quitarle la idea de la cabeza. «Creía que Joe no es de los que tienen aventuras», le dije. «Y no lo es, pero no será problema, ya verás; se pasa el rato lanzando indirectas, que si está con su mujer solo por costumbre, que la quiere pero no está enamorado de ella y blablablá, venga clichés; y todo para intentar convencernos a los dos de que no pasa absolutamente nada por ir a dar estos paseos juntos. Pero lo aprovecharé. Le haré creer que es un valiente héroe romántico que rompe con su matrimonio absurdo y se convierte en alguien especial por seguir el Amor Verdadero. Diciéndole a mi madre, el muy mojigato hijo de puta, que él jamás dejaría a su mujer y sus hijos cuando sabía que... Para Navidades la estará dejando. Espera y verás», me dijo.

—Hablando en plata: que pensaba follárselo vivo y dejarlo atontado para que no pudiera pensar claro.

Lucy parpadea perpleja, pero dice sin levantar la voz:

—Sí, básicamente.

—No todo el mundo estaría preparado para algo así. —Por decirlo en plan suave: hay muchos policías infiltrados, profesionales entrenados, incapaces de tirarse a sus blancos. Para ser una civil, Aislinn iba muy a saco.

Lucy se remueve en el sofá como si se le estuviera clavando un muelle.

—Ash era muy rara para algunas cosas. El sexo, el amor y todo eso. Le encantaba leer libros románticos con finales felices, pero, cuando se trataba de su propia vida, era justo lo contrario. Decía (desde que éramos pequeñas, y muy en serio) que no pensaba enamorarse nunca. Salió con un par de tipos, pero solo como una experiencia... No quería llegar virgen a los treinta, sin saber lo que era una cita. En cuanto ellos daban muestras de querer algo más serio, cortaba por lo sano.

—Por lo de su padre —digo—. Y su madre.

—Sí. Decía que solo había que ver lo que te hacía. Mira a tu alrededor: significa que otra persona se apodera de toda tu vida. Y en cualquier momento, tal que así — chasquido de dedos—, pueden decidir convertirla en otra cosa, y puede que nunca llegues ni a saber por qué. Y quizá jamás la recuperes. Pueden largarse sin más y llevársela, y si te he visto no me acuerdo.

Lucy tiene la mirada perdida y le ha cambiado la voz, se le ha vuelto más ligera y tensa: es la de Aislinn, rápida y apremiante, corriendo por debajo de la suya. Está recordando. Por un segundo quiero asentir para darle la razón..., pero a Aislinn, no a Lucy; ese gesto de asentimiento a través de un cuarto lleno de gente hacia esa persona a la que calas como poli, a la única otra mujer presente, a la única que va vestida como tú. Ese gesto que, te caiga bien la otra persona o no, dice: «Estamos en la misma onda».

—A ver, yo creía que estaba haciendo justo eso: dejar que sus padres se adueñaran de su vida. Iba a renunciar expresamente a enamorarse por culpa de lo que les pasó a ellos. Pero ella decía que yo no lo entendía, que era ella quien estaba decidiéndolo. Tenía razón, tal vez yo no lo entendiera del todo, pero sí que la idea de tirarse a Joe... no significaría lo mismo para ella que para la mayoría. No buscaba que el sexo fuera especial o que la volviera loca: lo que quería era que no fuese de ninguna forma y punto. Y eso, tenderle la trampa a Joe, era lo más importante de su vida, de modo que si el sexo la ayudaba, ¿por qué no?

—Bueno, antes has dicho que era incapaz de hacerle daño a nadie —comento—, pero este plan iba a hacérselo a la mujer y a los hijos de Joe. Y mucho.

Lucy revuelve el paquete de tabaco entre los dedos.

—Ya lo sé, y ese día se lo dije, pensando que así la detendría.

—¿Y por qué no fue así?

Sacude la cabeza.

—Debería... Cuando le he dicho que no le haría daño a nadie, no ha sido por sensiblería, por hacerla parecer una santa solo porque está... muerta. Era así de verdad. —Gira el paquete a más velocidad. Le está doliendo decirme esto—. No lo sé. Sí, vale, estaba obsesionada, pero aun así yo no podía creer... Pero se me quedó mirando sin más, como si estuviera diciéndole tonterías. Todavía hoy no lo entiendo.

Yo sí, en cambio. Lucy tiene razón: a Aislinn se le daba cada vez mejor enredar a la gente en sus historias, creando esa corriente inflexible que los arrastraba cada vez más hondo, tiraba de ellos poco a poco hacia el final que la esperaba en una nebulosa a lo lejos, saludando desde la otra orilla. Había perfeccionado demasiado su arte: acabó enredándose a sí misma. Cuando Lucy le habló de la mujer y los niños de McCann, Aislinn era ya incapaz de liberarse de su propia madeja. Había creado una corriente demasiado potente incluso para ella. Le llegaba por los tobillos, luego las rodillas, hacia arriba, hasta que la arrastró río abajo a una orilla que nunca imaginó que la esperara.

—Se enjugó la cara con el vestido, uno vaporoso y rosa que había comprado especialmente para ese gran día, para estar sexi, adorable, inofensiva y todo lo que facilitara que Joe cantara... Le había costado doscientos euros... Y estaba restregándose la cara con la falda como si fuera un pañuelo de papel. Se le llenó de rímel, maquillaje, lágrimas y mocos. Y de pronto bajó la vista como si acabara de darse cuenta y se puso en plan: «Ay, Dios, qué desastre. Tengo que llevarlo a la tintorería. A Joe le gusta, voy a necesitarlo». Y buscó un pañuelo y empezó a frotarlo por donde estaba más manchado. Como si se le hubiera derramado el té o algo así. Ya no estaba cabreada ni lloraba, era como si nunca hubiera pasado.

—¿Y tú que hiciste?

—Le supliqué que por favor dejara pasar unos días antes de hacer nada. Creía que, en cuanto la conmoción se disipase, se daría cuenta de que era una idea esmalltosa en muchos muchos sentidos. Se lo rogué. —Tiene el paquete de tabaco aprisionado entre las manos y se le agudiza la voz ligeramente. Pero consigue volver a encarrilarla—. Ash, sin embargo... Se lo juro, es que ni me escuchó. Quitó las peores manchas del vestido y luego cogió el móvil y pidió un taxi por la aplicación del Hailo. Se levantó entonces, me dio un abrazo, largo y sentido, y me dijo al oído: «Cuando lo deje, le diré que es por su propio bien». Y allá que se fue.

—Y no se tomó unos días para pensárselo.

—A la semana ya se había acostado con él. No sé cómo lo convenció, pero me contó que no le había costado mucho: le hizo creer que se le había ocurrido a él, y que tenía que convencerla a ella. Y luego se puso triste... no demasiado, solo soltó unas lagrimitas adorables, porque tenía miedo de que la odiase por dejarse llevar así y hacerle algo tan horrible a su matrimonio, y que no volvería a quedar con él. Así que él le aseguró que no era culpa de ella y que jamás se lo echaría en cara ni la abandonaría, y que su matrimonio de todas formas era un desastre y blablablá. Salió todo a pedir de boca. —Hace una mueca feroz al decir esas últimas palabras.

—¿Y luego? ¿Cómo se desarrolló la relación a partir de ahí?

Lucy agita el paquete para abrirlo, saca otro cigarro y busca mi aprobación con la mirada; cada vez se le hace más cuesta arriba. Asiento.

—Bueno —dice con el cigarro entre los dientes y ladeando la cabeza mientras lo enciende—, lo primero es que dejaron de irse de paseo a los montes, y eso fue en parte un alivio si no fuera porque entonces él empezó a ir a casa de Ash y allí... se quedaban. Lo que no era ningún alivio. —Lanza el mechero a la mesa y le da una buena calada al cigarro.

—¿Cada cuánto se veían?

—Igual que antes: podía ser una vez a la semana como dos o tres. No tenían una rutina establecida. Joe decía que prefería improvisar para que su mujer no sospechara.

—Es decir, que no pensaba poner fin a su matrimonio.

—No, todavía no —dice secamente—. Pero Aislinn lo arrastraría hasta eso. Lo segundo fue que él empezó a hacerle regalos. Pequeños, eso sí... Un gatito de

porcelana con un lazo de cuadritos, porque había visto que tenía cosas con cuadros en la cocina, historias así..., porque la mujer llevaba las cuentas y controlaba hasta el último euro, y se habría coscado del tirón si él hubiera comprado algo más caro. Pero él no paraba de decirle que le encantaría comprarle un collar de diamantes y llevarla a París, porque ella le contaba que quería viajar... Y según Ash, no hablaba por hablar, lo decía en serio. Así que ella echaba más leña al fuego y le decía que siempre había soñado con tener uno y se dedicaba a imprimir fotos de sitios pastelosos que podrían visitar en París.

Pienso en esas protestas agudas y frustradas que salían por el teléfono de McCann, una y otra vez, sin parar, mientras los de la brigada remedaban latigazos y él deseaba que se lo tragara la tierra. Una chica que actuaba como si todo lo que saliera de su boca fuera la perfección absoluta debió de suponer un cambio sustancial. Me acuerdo del gato ese horrible de porcelana en un lugar preferente sobre el poyete de la cocina de Aislinn.

—Lo tercero —sigue Lucy— es que a finales de octubre, ¡de octubre!, tres meses después de conocerla... le dijo que la quería.

Hay que ser imbécil.

—Y supongo que ella, encantada de la vida.

—Como loca. Me trajo champán para celebrarlo. Yo no tenía muchas ganas de celebraciones, pero le seguí el rollo porque... —Lucy apoya la cabeza en el sofá y mira el humo que se desgaja del cigarro—. La echaba de menos. Cada vez nos veíamos menos porque ella sentía que no podía hacer planes por si Joe quería ir a su casa. Ya ni hablábamos, hablar de verdad, me refiero. Nos llamábamos y eso, nos mandábamos mensajes, pero eran tonterías: que si estás viendo esto en la tele, que si has oído esta canción... Cosas sin importancia. —Sigue mirando los bucles de humo que atraviesan el aire frío, evitando cruzar la vista conmigo—. Estábamos distanciándonos. Poco a poco, pero yo no podía hacer nada por impedirlo, y sabía que si aquello no terminaba pronto... No hablaba de otra cosa, y yo no quería oír los detalles escabrosos. Y lo que me obligaba a oír no me gustaba.

—¿Como qué?

—Como por ejemplo... —dice Lucy, que mueve la cabeza contra el respaldo—. Él todavía no le había dado su teléfono, ¿sabe? Está enamorado de ella, quiere tomarse un vino con ella en un café de Montmartre, pero darle su número, no, no, por Dios. Solo la había llamado una vez, el día después de conocerla, y fue desde un número oculto. Luego, cada vez que quería verla, le dejaba una nota en su casa. Y cuando quedaban, no se lo pierda, la obligaba a devolverle la nota para destruirla.

Pero, en cuanto se enfrascó en su flamante plan nuevo, empezó a sacar fotos de las notas para su botín secreto, antes de devolvérselas como la amante perfecta y obediente. McCann creía que lo tenía todo controlado, el detective de Homicidios supercañero que llevaba un operativo perfectamente estanco. Infravaloró a Aislinn hasta el infinito y más allá.

—Muy meticuloso.

—Eso no es ser meticuloso, eso es estar mal de la cabeza. ¿A qué clase de persona se le puede ocurrir algo así?

A los detectives nos da por guardar pruebas, no por destruirlas. McCann ya había empezado a pensar como otra cosa y me pregunto si se dio cuenta.

—¿Y eso a Aislinn no le molestaba?

—No mucho. Yo le dije que no me hacía gracia, pero ella le quitó importancia. Creía que Joe lo hacía solo porque era un paranoico y pensaba que ella podía ir a contárselo a su mujer..., lo que, por otra parte, era bastante comprensible, teniendo en cuenta que no iba muy desencaminado. Pero a mí me parecía que la cosa iba más allá, que él quería tener la sartén por el mango. Su forma de actuar no le dejaba a Ash ni voz ni voto: si él le dejaba una nota diciendo «el miércoles a las siete», ella no podía responderle por mensaje diciéndole: «Oye, no puedo el miércoles, ¿te viene bien el viernes?». No tenía más remedio que dejar sus planes para ese miércoles por la noche, ponerse guapa y esperar en casa. Y a veces, sabe... —Levanta la cabeza para mirarme—: A veces ni siquiera la avisaba con tiempo. Se plantaba sin más en su puerta y esperaba que ella lo dejara todo de lado para pasar la noche con él. Ash creía que era solo porque tenía unos horarios impredecibles, pero a mí me sonaba más a que estaba controlándola, viendo si ella hacía cosas cuando él no miraba.

Me escruta la cara con unos ojos sombríos, como un escáner, intentando saber qué pienso. Ambas sabemos de lo que habla. Si el sábado por la noche McCann decidió ir a ver qué hacía su chica, debió de encontrársela de punta en blanco, con las velas y las copas de vino... y todo para otro.

Intento no dejar entrever nada.

—¿Y qué pasaba si ella no estaba cuando él le decía?

—Siempre estaba. Es lo que le conté la otra vez, que en estos últimos meses se había pasado el tiempo dándome plantón. Y era por eso.

Y también a Rory en el primer intento de quedar para cenar en el Pestle. «Lo siento mucho, ¡me ha surgido una historia esta noche!» Rory pensó que estaba cuidando de su madre enferma, y nosotros, que estaba haciéndose la estrecha.

—¿Alguna vez hizo algo que a él no le gustara?

Lucy tuerce el gesto.

—No creo. A ver, todo su plan se basaba en ser la mujer de sus sueños.

—¿Ninguna pelea? ¿Ningún desacuerdo?

—Ya se lo he dicho, que la tenía en un pedestal. Por lo que ella me contaba, podían parecerse la pareja perfecta si no tenías más datos. La única vez que tuvieron una especie de roce fue como ¿a finales de septiembre? Él le cogió el móvil a Aislinn y quiso mirarlo, pero ella lo tenía bloqueado, con contraseña. Y a Joe no le hizo gracia, ni un pelo. Quería saber si hablaba de él con otra gente.

—Cuando dices que no le hizo gracia, ¿de qué estamos hablando?

Lucy tuerce una comisura con el cigarro todavía en la boca.

—¿Me pregunta si llegó a pegarle?

—¿Le pegó?

Baraja la posibilidad de mentirme, pero enseguida la descarta.

—No. Por lo que me contó Aislinn, nunca le puso una mano encima, al menos no así. Y tampoco ella me dio nunca la impresión de que le preocupara esa posibilidad. Y a mí me lo habría dicho... Total, ¿qué iba a hacer yo, llamar a la policía? —Se inclina para soltar la ceniza—. Según me contó, Joe ni siquiera se enfadó por lo del teléfono, más bien se asustó. Le dijo que era por su mujer, que si esta ciudad es un pueblo, que la gente cotillea y nunca sabes a quién estás contándole algo que no deberías... Pero Aislinn me dijo que parecía más bien aterrado de que su móvil estuviera lleno de mensajes con colegas sobre cómo se había levantado a un tonto de mediana edad que iba a devolverle todos los puntos del carné. Creía que no estaba del todo convencido, al menos en ese momento, de que la relación fuera real.

—McCann es detective y, como tú has dicho, su intuición debía de estar diciéndole que había algo raro. Solo que no quiso hacerle caso.

Una risita forzada de Lucy.

—Ni puto caso. Ojalá hubiera tenido la sensatez de escucharla.

—¿Qué hizo Aislinn?

—Le pidió que la perdonara como si le hubiera atropellado al perro... Vamos, no se lo dijo así, pero se traduce en eso. Le dejó leer todos los mensajes del móvil..., lo que, claro, a mí me pareció una maravilla: había cosas que... A ver, nada grave, solo mensajes sobre noches que habíamos salido y que yo no tenía por qué dejar que viera un *garda*. —Me lanza una mirada fugaz: me importa poco, de modo que no cambio la expresión—. A Ash, claro, ni se le pasó por la cabeza, lo único que le importaba era tenerlo cada vez más pillado. Y, por supuesto, le quitó la contraseña al móvil para que se desbloqueara con solo pasarle un dedo, y que él viera lo que quisiera, cuando quisiera.

El sábado por la noche McCann tuvo una fuerza de voluntad tremenda para no tocar el teléfono. Vuelve a conmocionarme la pelea tan considerable a la que vamos a enfrentarnos Steve y yo.

—¿Y a ella le parecía bien? —pregunto.

Lucy encoge un hombro.

—Le daba igual... Total, solo serían unos meses... Y si él estaba obsesionado, tanto mejor, no iba a quejarse de eso. Pero a mí no me gustaba nada. Un tipo tan controlador...

No termina la frase y yo tampoco recojo el guante. Desde luego, tiene toda la razón: aquello tendría que haber sido otra señal de alarma como para arrancar a Aislinn de su dichosa ensoñación. Un hombre así, que no dejaba escapar a su control ni un pósito ni un mensaje, ¿cómo creía ella que se lo tomaría cuando lo dejase tirado en el arroyo? Se había venido tan arriba, como un río desbordado, que acabó ahogándose a sí mismo. También ella se infravaloró.

—Hacia principios de diciembre, Aislinn me contó que lo tenía a punto de caramelo. Que él se pasaba el tiempo diciendo que la quería, no paraba de hablar sobre todas las cosas maravillosas que haría por ella cuando estuvieran juntos; estaba a esto de proponerle dejar a su mujer. Y Ash... Madre. Estaba todo el tiempo de subidón: hablando a mil por hora, soltando risotadas por cualquier cosa e incapaz de estarse quieta, parecía puesta de *speed*. Y no por tener a un tío comiendo de su mano..., ella no era así..., sino porque su plan estaba funcionando. Apenas podía creerlo. Para ella fue como descubrir que la magia era real y ella era un hada madrina, que podía convertir calabazas en carruajes, príncipes en ranas y viceversa. ¿Lo...? ¿Tiene algún sentido lo que digo? ¿Sabe por dónde voy?

—Sí, lo entiendo perfectamente.

Y sin venir a cuento en absoluto, recuerdo mi primera mañana en Homicidios. Con mi traje nuevo, cortado para triunfar, el reluciente bolso meciéndose, los tacones sobre la acera imponiendo un ritmo rápido sobre el remolino urbano de autobuses y voces, como fulminándolo a mi paso, camino de la central de Homicidios, que por fin me esperaba, por fin mía. Podría haber llegado a la puerta dando saltos de tres metros. Esa mañana me creía capaz de apuntar al castillo con mi varita y haber hecho que desplegara desde sus tejados grandes pétalos dorados y toques de trompetas.

—Y entonces apareció Rory —dice Lucy aplastando la colilla.

—Que no estaba en el plan, ¿no?

—El Plan. —Hace un aspaviento con las manos—. Yo había empezado a pensar en él así, en mayúsculas: EL PLAN, tatatachán. No: Rory no estaba en el plan, desde luego. Fue culpa mía. Arrastré a Aislinn a esa presentación del libro... y me costó lo mío, pero tenía la esperanza de que, si salía una noche en vez de quedarse en su casa obsesionada por si Joe iba a verla o no, si salía al mundo y se reía y charlaba de cosas normales con gente de su edad, a lo mejor le daba algo de perspectiva. Y comprendía que era todo una locura.

—Y conoció a un tipo normal.

—¡Jamás pensé que llegaría a eso! Yo solo esperaba que pasara una noche fuera de esa locura. Pero una hora con Rory y Ash se volvió loca. Se quedó muy flipada... Era lo último que estaba buscando, sobre todo cuando por fin tenía a Joe donde quería. Ella misma no se creía que hubiese estado tanto tiempo hablando con Rory. Tenía una norma, no hablar demasiado con un hombre para que no se creyera que tenía posibilidades con ella... Le parecía injusto, dado que ella no quería tener una relación seria con nadie...

—Nos dijiste que tenía esa norma porque le gustaba hacer que los hombres se lo currasen un poco.

Lucy se encoge de hombros.

—No se me ocurrió nada mejor. Tenía que contarles que cortó la conversación con Rory a mitad de la noche, porque otras personas podían haber reparado en ello, pero tampoco quería decirles que no quería relaciones serias para que no dejaran de

buscar al novio secreto. Y no es que pudiera contarles todo el percal.

—Se entiende. —Para ser alguien a quien no le gusta montarse películas, Lucy le ha dado bien al tema últimamente: está claro que Aislinn sabía llevar a la gente a su terreno—. Así que no supo qué hacer con Rory.

Otra vez esa sonrisa de medio lado, tierna y magullada.

—No, lo sabía perfectamente: tenía que darle boleteo. Pero no pudo. Creía que era lo mejor que se había inventado desde el pan de molde. Esa noche fuimos a su casa después de la presentación y no paró de hablar de él. Estaba colorada, y soltando risitas, como una cría, y todo el rato en plan: «Ay, ¿qué hago? Qué fuerte, Luce, ¡¿qué hago?!».

—¿Y qué le dijiste?

La sonrisa se quiebra.

—A esas alturas ya no me daba ningún reparo decirle qué hacer, así que le dije: «Mañana llamas a Joe y cortas con él. Le dices que no podrías vivir contigo misma si rompes su matrimonio o cualquier embuste por el estilo...». —Vuelve a meterse las manos en el pelo—. Yo era consciente de que hablaba como ella, inventándome historias... Pero solo quería que saliera de toda esa movida con Joe antes de que soltara la bomba y estallara todo por los aires. Le dije: «Y luego, cuando Rory te llame, porque te va a llamar, le dices que sí, que te encantaría quedar, que muchas gracias». Y añadí: «Y así te vengarás de Joe: en vez de que te obligue a perder a un tío que realmente te gusta, impídele que siga controlando tu vida». ¿No?

—A mí me parece perfecto. Vamos, que se lo tendría que haber tatuado en el brazo. Pero ¿nada?

Sacude la cabeza.

—Qué va, ni caso. Y si le soy sincera, entendía por qué. Con todo lo que había invertido..., todos los planes, toda la energía... Matarse de hambre, tirarse a un hombre al que aborrecía durante ¡meses!... Y justo cuando estaba a punto de hacérselas pagar todas juntas, cuando faltaba poco para detonar las bombas y que sonase la banda sonora épica, ¿yo le decía que lo dejara todo?

Y, de paso, que renunciara a la magia, justo cuando acababa de aprender a lanzar bolas de fuego por las manos.

—No tuvo que ser fácil, lo entiendo.

—Y luego, por supuesto, Rory a los dos días le mandó un mensaje diciéndole que quedaran. Si le decía que no, él se lo tomaría como un rechazo, normal..., y tampoco podía decirle: «¿Me podrías dar un mes o dos hasta que termine de tirarme a este tío para que deje a su mujer y luego soy toda tuya?». Lo dejó cocerse un rato, todo lo que pudo antes de que él pensara que no estaba interesada, pero al final le dijo que sí; sí, quedemos. Y fueron a tomar una pinta y se lo pasaron estupendamente y Aislinn se quedó superpillada.

—Pero siguió sin cortar con Joe.

—No. Se limitó a presionarlo para aligerar el asunto. Le fue soltando indirectas

sobre lo mucho que lo echaba de menos cuando se tenía que ir a casa, y que si quería tener hijos y el tiempo pasaba... Tenía que hacerlo con mucho tiento, porque lo último que quería era que él se pusiera en plan honrado y la dejara porque se merecía algo mejor, o que se emparanoiara creyendo que ella se dedicaba a pinchar los condones. Era... —Lucy se lleva las manos a la cara y ríe entre dientes, una risa rellena de sollozo—. Madre mía, habría sido para descojonarse si no hubiese sido todo una puta locura.

—¿Cómo reaccionó Joe?

—Yo estaba rezando por que optara por la renuncia caballerosa. Hasta intenté enviarle ondas de pensamientos. Y no bromeo. —Otro medio sollozo de risa—. Pero no: Joe siguió a ciegas el camino por donde quiso llevarlo Aislinn. Hace tres semanas, justo después de Nochevieja, le dijo que iba a dejar a su mujer.

McCann, el mismo que presumía ante la madre de Aislinn de que jamás dejaría a su familia. Ella había conseguido que tirara todo eso a la trituradora.

—Seguro que Aislinn estaba encantada.

—Encantada es poco. —Lucy desliza las manos por la cara: todo esto está dejándola agotada—. Sí, estaba como loca. Salvo porque Joe quería esperar al verano. Su hijo tiene que hacer los exámenes de ingreso a la universidad y Joe no quería estresarlo hasta que los terminara.

—Lo que dejaba a Ash con otros seis meses de malabarismos entre Rory y él.

—Exacto. No le hizo ninguna gracia. Le lloró..., aunque sin llegar a ponerse fea, claro, solo una lagrimita entrañable..., y le dijo que sabía que luego surgiría otra cosa, que los hombres nunca dejaban a sus mujeres, que era muy duro verlo irse a su casa con otra mujer, blablablá. Pero él no cedió.

—¿Y qué hizo entonces?

—Dios... —Lucy hace una mueca y cierra los ojos—. Se le había ido totalmente de madre. Aquello era real, veinticinco años de matrimonio, hijos... No iba a poder aguantarlo. Ni en broma. Lo único que se le ocurrió fue dedicarse a ponerlo nervioso, básicamente. Seguía siendo la novia perfecta, pero, de vez en cuando, le enseñaba por Facebook alguna foto de alguien con un bebé y suspiraba, o dejaba caer que un cliente del trabajo había tonteado con ella... No paró de provocarlo, siempre con moderación, con la idea de que, si no movía ficha, podía perderla.

—¿Le mencionó a Rory, por casualidad? ¿Pudo insinuarle algo?

—¿Como para darle a entender que tenía más opciones? —Lucy sacude la cabeza—. No, yo lo pensé también, y de hecho se lo pregunté, o más bien la advertí, y ella me dijo que ni en broma. Pero no me quedé muy convencida, la verdad... Ya le he contado que Joe quería poder mirarle el teléfono a su antojo. Me pregunté si Ash no estaría dejando un par de mensajes de Rory, por si acaso él iba a mirar.

Y así fue. Joder. Me dan ganas de pegarme de cabezazos contra la mesa de centro. Decir que Aislinn era ingenua era quedarse muy corto.

—Y por eso me preocupé cuando me contó que había invitado a Rory a cenar a su

casa. Podían haber quedado en cualquier parte, ¿me entiende? Si querían echar un polvo, podían haberse ido a casa de Rory. ¿Por qué quedar donde Aislinn sabía que Joe podía aparecer en cualquier momento?

—A no ser que buscara justo eso.

—Ya. A lo mejor no lo hizo a conciencia, pero tenía que saber que podía pasar. Y estaba cada vez más desesperada por zanjar esa historia. Cada vez que veía a Rory, o que hablaba con él, se quedaba más pillada. En el fondo, lo que quería era olvidarse de todo el asunto de Joe para poder pasar las veinticuatro horas del día haciendo manitas con Rory, entre risas. Pero no conseguía obligarse a abandonar el plan. Tal vez en parte estuviera deseando que Joe se presentara en su casa, viera a Rory, soltara una pataleta y se fuera por la puerta, y si te he visto no me acuerdo. Que él tomara la decisión por ella. —Lucy capta la cara que pongo; llevamos tanto rato observándonos que nos estamos cogiendo las medidas—. Ya lo sé. ¿Cree que no lo sé? Es lo que he dicho, que se le había ido totalmente de madre. No me extrañaría que de verdad pensara que podía salirle bien la jugada. Así de fácil.

Joder.

—Ojalá —digo.

—Lo hizo él, ¿verdad? Joe mató a Aislinn.

—No debes contarle a nadie esta conversación. Nada de insinuaciones a tus colegas, nada. ¿Entendido?

—Sí, claro. Llevo meses callándomelo, no pienso ponerme a largar ahora. Es solo que necesito saberlo.

No voy a dármelas de McCann, soltando información con cuentagotas solo cuando mi ser todopoderoso e iluminado establezca que es por el bien de alguien.

—Sí, estoy bastante segura.

Lucy se lleva un nudillo a la boca y se queda un rato asintiendo con la cabeza. No es ninguna sorpresa, pero oírlo de mi boca lo cambia todo. Le cuesta un momento hacerse a la idea.

—¿Fue deliberado? ¿De verdad intentaba matarla o fue porque estalló y no se dio cuenta de que...?

—No lo sé.

—¿Había hecho algo así antes? Bueno, no exactamente así, claro está, pero...

—Vamos, me preguntas que si tendrías que haberlo visto venir.

—Sí.

—Yo no me lo habría imaginado, y conozco a McCann mucho mejor que tú. Jamás he oído ni el menor rumor sobre que estuviese pegándose a su mujer ni que hubiese zurrado a un testigo... Y todos sabemos quién lo hace, cuando saben que saldrán de rositas, y quién no. No es un hombre violento.

—El caso es que yo estaba realmente asustada de que la cosa pudiera estallar. Se lo dije a Aislinn... —Lucy respira con dificultad—. En septiembre, cuando me dijo que lo había metido en su cama. Le pregunté... Estábamos en el Flowing Tide, pero

había mucho ruido y podíamos hablar con tranquilidad... Le dije: «¿Tú le has dicho que soy tu mejor amiga?». Me dijo que no, que nunca hablaban de nada que no fuera Joe y su increíble persona. «Pues entonces no se lo digas, por favor. Asegúrate de decirle que no soy más que una con la que sales de vez en cuando de juerga». Y Ash me decía: «¿Por qué? No pienso fingir que no me importas». —Cierra los ojos por un segundo—. Pero le respondí: «Cuando aprietes el gatillo, él se va a volver loco. No va a quitarse de en medio sin más, a bajar las penas con una pinta. Tú puede que estés en Perú o donde sea, viendo el Machu Pichu o tirándote a mochileros buenorros; a ti no podrá hacerte nada. Pero si sabe que soy tu mejor amiga, puede intentar llegar a ti haciéndome cosas a mí».

—¿«Cosas»? ¿Qué creías que podía hacerte?

—No me paré a pensar en los detalles. Es solo que... Yo aquí sola en este piso, ¿me entiende? Un *garda* podría hacer lo que quisiera: colocarme algo en casa para denunciarme, cualquier cosa. No quería averiguarlo. Pensé que lo más seguro era mantenerme apartada de todo ese drama. —Echa la cabeza hacia atrás, con una risa fugaz y seca apuntando al techo: el drama le ha salpicado igualmente—. Aunque en realidad el tema ni siquiera era ese, la cosa era intentar que lo captara: «No es ningún juego. Me da realmente miedo que estés metiéndote en algo peligroso y poniendo en peligro tu vida». Sabía que a ella le importaba una mierda estar arriesgándose, pero pensé que tal vez, si se daba cuenta de que también me ponía en peligro a mí, me haría algún caso.

—Pero no le caló el mensaje.

—Qué va. —Un mínimo encogimiento de hombros entrecortado: pese al resto de sufrimientos, eso sigue doliéndole—. Aislinn me dijo que claro, que sin problema, que me mencionaría y se aseguraría de que Joe pensase que no era más que una conocida de la época del instituto. Pero me lo dijo para que me callara, no creía que fuera importante. Lo dicho: lo único que oía ya era la historia de su cabeza. Todo lo que no fuera eso... —Lucy hace ese gesto con la mano de blablablá—. Ruido de fondo, sin más. Y yo tendría que haberlo sabido.

—Aislinn se dejó arrastrar hasta el fondo. Y tú hiciste lo que pudiste.

Sacude la cabeza, como si yo no lo pillara.

—No. En lo que me equivoqué es en que nunca pensé que pudiera pasar algo así. Sabía que estaba jugando con fuego y que joder a un tipo como Joe no era lo más indicado... Alguien que se cree con derecho a decidir si debes o no saber que tu padre se ha largado ¿cómo va a reaccionar cuando alguien le haga lo mismo a él? Pero nunca lo pensé. Creí que tal vez, cuando lo dejara, él le pegaría, eso sí. Sin embargo, lo que más me preocupaba es que decidiera joderle la vida. Que hiciera que la arrestasen por cualquier razón inventada, acabara en la cárcel y le hiciera perder años de su vida y miles de euros luchando contra imputaciones falsas, y luego vuelta a empezar. En eso estaba pensando cuando se presentaron ustedes aquí el domingo por la mañana: en que Joe había ido a casa de Aislinn, había visto a Rory y se había

inventado algo para arrestarla.

—Tiene sentido. A mí también me habría preocupado lo mismo.

—Pero no, fue esto. —Lucy tiene los dedos enredados en los flecos de la mantita, tan apretados que se le han hinchado y se le han puesto blancos—. Y ahora no paro de preguntarme... si no tendría que haberle dicho justo lo contrario esa noche. Si tendría que haberle dicho: «Asegúrate de que Joe sepa lo unidas que estamos». De haber sabido que Ash seguramente estaba contándome toda la historia, ¿cree que él...? ¿Eso le habría parado los pies...?

No habría supuesto ninguna diferencia. El segundo en que McCann decidió pegarle ese puñetazo fue demasiado breve para cálculo alguno. Pero necesito que Lucy se sienta culpable.

—No hay forma de saberlo. Y tampoco tiene sentido que te machaques por eso. Límitate a hacer todo lo posible por ayudarme a atraparlo.

Levanta los ojos para cruzar una mirada conmigo.

—Ha dicho antes que los demás detectives la quieren largar —me dice bruscamente—. ¿Se quedará al menos hasta atraparlo?

—Nunca me ha importado una puta mierda lo que los demás puedan querer.

—Lo digo en serio, porque no pienso ir allí y firmar una declaración con todo esto, y que Joe me joda la vida, si no va a servir de nada.

—No puedo garantizarte que McCann vaya a prisión. Incluso con tu testimonio, hay un cincuenta por ciento de posibilidades. Pero lo que sí puedo asegurarte es que, si pones lo que me has contado en una declaración oficial, su vida no volverá a ser la misma. Y pienso encargarme personalmente de que así sea, por cojones, y no voy a ir a ninguna parte hasta que lo haga. ¿Te vale?

Lucy suelta una exhalación al cabo de un momento y libera los dedos de los flecos de la manta.

—Supongo que tendrá que valerme.

—Tienes mi tarjeta. Dudo muchísimo que McCann vaya a venir a por ti; sería muy arriesgado y no le haría ningún bien, ahora que me lo has contado, además de que tendrá otras cosas de que preocuparse. Pero si pasa cualquier cosa que te preocupe, si alguien te molesta o incluso algo te parece extraño, me llamas, ¿vale?

Asiente mientras flexiona los dedos para que vuelva a fluirle la circulación, aunque no tengo claro si realmente me ha escuchado.

—Yo lo que quería era que Ash tuviera su final feliz. De verdad. Aunque fuera a millones de kilómetros de aquí, con el mochilero del Machu Pichu. Se lo merecía. Pero era como si ella misma fuera incapaz de desearlo hasta que no zanjara lo de Joe. Era casi incapaz de ver el final feliz. Hasta ese punto ocupaba su cabeza toda esta historia.

—O sí que podía verlo perfectamente, y lo quería, pero por encima de todo eso deseaba atrapar a Joe. —Esta cháchara de loquero está poniéndome nerviosa, o tal vez sea por estar escuchando las tonterías de la gente cuando debería estar haciendo

otras cosas. Me levanto—. Te llamaré cuando necesite que vengas a prestar declaración. Hasta entonces, muchas gracias. De verdad.

Lucy hace un sonidillo sin fuerzas que podría ser una risa.

—Míranos. Usted y yo aquí consiguiendo lo que Ash quiso todo este tiempo. Supongo que era una forma de hacerlo...

Me acompaña hasta la puerta, pero se apresura a cerrarla y no baja conmigo. Tiene llantos pendientes. Yo, en cambio, no tengo otra cosa que hacer que bajar por esas escaleras combadas que huelen a sopa y a flores marchitas, con la historia de Lucy martilleándome la cabeza mientras intento averiguar qué leches voy a hacer con ella.

Subo al coche y consulto los mensajes en el móvil: hay que silenciar los teléfonos durante las entrevistas si no quieres que, por la ley de Murphy, te llame tu madre. Uno de Sophie: «Tenemos el ADN de los fluidos del colchón. Varón, no registrado. Mándame una muestra de tu sospechoso y comparamos». Steve me ha enviado un archivo de audio con Breslin explicándole el gran potencial que tiene y cómo debe asegurarse de no malgastarlo. La Rubia Cualquiera de Google tiene otros cuatro millones de mensajes deprimentes de distintas páginas de citas. Elimino todas sus cuentas.

Le mando un mensaje a Steve: «Llámame». Me quedo a la espera, con la calefacción puesta para intentar deshelarme los pies, que se me han congelado en el piso de Lucy, y observando a los transeúntes. Me ponen de los nervios. Decenas y decenas de personas que no paran de pasar, con sus cabezas rebosantes de historias que creen, de historias que quieren creer y de historias que alguien les ha hecho creer, y todas y cada una batiéndose contra el fino casco del cráneo, horadando y erosionando para poder escapar y atacar a alguien, abrir un camino y alimentarse de esa otra mente. Incluso la estudiante mona que se contonea en su vestidito de flores, el vejete que arrastra los pies al compás del paso arrastrado de su *smalliel*, todos parecen letales como el ébola. No sé qué mierda me pasa. Puede que esté incubando una gripe.

Pasan once minutos de esta tortura hasta que mi teléfono se enciende con el nombre de Steve en la pantalla.

—Eh, ¿puedes hablar?

—Sí, pero no mucho; se supone que tengo que charlar con los del quiosco. Breslin está enfrente, en la panadería. ¿Te ha llegado el archivo?

—Sí. Atiende. En cuanto le enseñé a Lucy la nota de Aislinn, tardó medio segundo en identificar al novio misterioso. Pero no era Breslin.

Lo adivina justo cuando está a punto de preguntarme de qué coño hablo:

—¡Venga ya! ¡¿McCann?!

—Bingo.

—Pero ¿qué me...? ¿Por qué? —Le cuento la versión resumida. Al final, tras un

momento de silencio, dice—: Joder, colega. —Tiene la voz tomada.

—Sí, mejor lo pensamos luego. ¿Algo que deba saber?

—Mi colega de la compañía telefónica me ha mandado un correo con el registro completo del móvil con el que se hizo el aviso.

—¿Algo que pruebe que es de Breslin?

—No. El resto de números son de periodistas. Incluido... —Me lo veo venir y lo digo con él—: Crowley.

Breslin, el muy mierda; lleva en lo alto de la lista de soplones desde el principio, pero siento que la rabia me golpea igualmente.

—No me lo digas: el domingo a primera hora de la mañana.

—A las siete menos cuarto.

Suelto una carcajada seca.

—Y luego tiene la cara de venir a darnos un sermón sobre lealtad a la brigada. Menudo invento. Breslin imaginó que, si aumentaba la tensión sobre el caso, yo correría a empapelar a Rory Fallon con tal de darle carpetazo. Sabía que ese hijo de perra de Crowley aprovecharía cualquier oportunidad para echarme mierda encima, así que me vendió sin pensárselo un segundo. Le dio la exclusiva y le dijo que pusiera toda la carne en el asador: que insinuara que yo no valía para el puesto, que publicara fotografías mías con cara de chalada. Hay que ser rastrero.

—La cosa cuadra —dice Steve, y por su tono comprimido de voz comprendo que algo le preocupa, pero yo estoy pensando otra cosa: mis problemas con Crowley no empezaron el domingo por la mañana.

—¿De cuándo son el resto de llamadas de ese teléfono a Crowley? —quiero saber.

—Solo aparece esa. Hay ocho a otros periodistas durante el último año o así, pero a Crowley solo lo llamó el domingo.

Sus apariciones mágicas empezaron el verano pasado, y la cuenta asciende ya a cuatro o cinco. Si Breslin ha usado ese teléfono para azuzar a sus periodistas, no ha sido él quien ha estado mandando a Crowley a mis escenas... hasta esta última. Y yo, amargada en mi mesa, convencida de que este caso formaba parte de una gran conspiración tenebrosa contra mí. Vuelvo a sentirme como una *pringá*.

—Pero hay un tema —dice Steve, que tiene la voz un grado más tensa—. ¿Cómo sabía Breslin que nos habían dado el caso?

—Porque había llamado a Stoneybatter casi dos horas antes. Incluso contando con el tiempo para posibles retrasos, los de la ambulancia, los radiopatrullas y toda la pesca, a esas horas ya tenía que haber llegado a la brigada.

—No. ¿Cómo sabía que éramos tú y yo? Crowley es un trápala y se conoce bien el paño. A O'Neill o a Winters, por ejemplo, no se habría atrevido a meterles tanta caña si el caso les hubiera tocado a ellos; no habría querido cerrarse todas las puertas con ellos y todos sus colegas. Tú y yo somos los únicos a quienes estaría dispuesto a fastidiar. A Breslin no le habría valido de nada llamar a Crowley a no ser que ya

supiera que nos habían asignado el caso a nosotros. Y el jefe nos lo pasó justo antes de las siete.

El silencio cae a plomo. En la línea abierta entre nosotros, oigo el viento, a un niño que grita en la distancia y el siseo del vacío.

—Puede que Breslin supiera que estábamos de turno de noche. Y sabe que siempre nos tocan los casos de violencia doméstica a nosotros...

Hasta yo noto el poco convencimiento en mi voz.

—Pero ¿cómo sabía que el caso no entraría diez minutos más tarde y le tocaría a cualquiera del turno de día?

La sala de la brigada, esperando en la luz fría del día por llegar. O'Kelly lanzando el parte de llamada en mi mesa: «Lo he visto al subir y se me ha ocurrido traerlo para ahorrarle la molestia a Bernadette»...

—Breslin había hablado con el jefe —digo con una voz que me sale serena y cristalina, y muy ajena.

—¿No se te ocurre otra forma de que pudiera haberse enterado?

—¿Aparece alguna llamada al jefe en el registro?

—No. Usaría su teléfono normal. Sabía que acabaríamos localizando la llamada de Stoneybatter y no querría que apareciera el número del jefe en ese mismo teléfono. No podía hacer nada con las llamadas de los periodistas, pero contactar con periodistas no es un crimen, y además no podemos obligarlos a revelar sus fuentes; se imaginó que eso no le traería repercusiones.

O'Kelly mirando el tablón de los turnos, las manos en los bolsillos, balanceándose sobre los talones. «Esta vez vais a necesitar algún apoyo. Breslin está a punto de llegar. Lleváoslo».

—El jefe lo sabía desde el principio. Nos encasquetó a Breslin para que nos vigilara.

—Ya. Sí. Hostia puta, Antoinette.

No podemos permitirnos ni cabreos, ni tensiones ni nada, al menos de momento.

—No te agobies —digo secamente.

Oigo una exhalación larga al otro lado de la línea.

—Ya.

—¿A qué hora estaréis de vuelta en la central?

—Ya casi hemos acabado aquí. Ponle tres cuartos de hora, una hora como mucho.

—Voy a lanzarle una pelotita para que se dedique a perseguirla. Cuando se largue, encuéntrate conmigo en los jardines.

—Vale. Tengo que dejarte. —Cuelga.

La gente que pasa por delante del coche parece acelerar, impulsada por ese repiqueteo incesante y feroz en el interior de sus cabezas. Sigo teniendo esa sensación nebulosa, como si fuera a darme fiebre. Hoy no puedo permitirme caer con gripe, igual que no puedo permitirme perder la cabeza.

Quiero pasarme por Stoneybatter, pero, antes de nada, configuro el teléfono para

que aparezca como número oculto, llamo a la Unidad General y pregunto con una vocecita tímida de niña, con acento de clase media, si puedo hablar por favor con el detective Breslin sobre Aislinn Murray, la chica a la que mataron. Me pasan con la central de Homicidios; cuando responde Bernadette y me dice que Breslin ha salido y que va a pasarme con otro detective, me pongo supernerviosa y digo no, no, gracias, pero ¿puedo dejarle un mensaje? Y me da unas palmaditas en la cabeza, o algo parecido, y me pasa con el buzón de voz de Breslin.

—Al habla el detective Don Breslin. —Plácido como un anuncio de café: seguro que hizo doce tomas—. Deje un mensaje y me pondré en contacto con usted. — Pitido.

Alejo la boca unos centímetros del auricular, por si acaso.

—Hum..., hola. Me llamo..., hum..., la verdad es que preferiría no... Pero soy una amiga de Simon Fallon... Me he enterado de que ha estado preguntando ¿por su hermano, por Rory? Y..., bueno, yo estuve saliendo también con él y, no sé, como que hacía unas cosas que seguramente usted deba... Nunca lo denuncié, pero... Simon me ha contado que fue usted muy amable. Estoy en el Top House, ¿en Howth? Al lado de la chimenea. No sé si podrá usted pasarse. Creo que puedo quedarme hasta las cuatro. Si no, supongo que podría volver a intentarlo o... Bueno, gracias. Adiós.

Guardo el móvil y piso el acelerador rumbo a Stoneybatter. Con eso tendría que valer. Breslin llegará a la central, oirá sus mensajes, se meará de gusto en el traje de Armani, dará media vuelta y saldrá pitando a ver qué cosas horribles le hizo Rory a esa pobre chica. No llevará a Steve, por si acaso ella no quiere abrir su corazón a dos superpolis a la vez. A estas horas y con este tiempo, tardará cuarenta minutos en llegar a Howth. Pongamos otra media hora mientras espera a Chica Misteriosa, o hasta las cuatro, con mucha suerte. Y después otros cuarenta minutos para volver. Eso nos proporciona al menos dos horas con McCann solo para nosotros.

Aparte del camarero calvo, que está apilando vasos y tarareando con Perry Como su *Magic Moments*, que suena en la radio, no hay nadie en el Ganly's.

—Hombre —dice saludándome con la cabeza—. Es usted. ¿He ganado entonces?

—Ha pasado a la siguiente ronda. La mujer que le pedí que identificara el otro día: ¿recuerda al hombre que vino con ella?

—Más o menos. Ya le dije que tenía otras cosas en las que fijarme.

—¿Le importaría echarle un vistazo a un par de fotos, para ver si lo reconoce?

—Ayer vino su colega preguntándome lo mismo. Y no fui de mucha ayuda.

—Sí, me lo ha dicho. Pero estas son otras fotos.

El camarero se encoge de hombros.

—Lo intentaré, claro. Lo que sea por ayudar a las fuerzas de seguridad del Estado.

Saco otra de las copias del reconocimiento donde aparece McCann.

—Si lo ve aquí, dígamelo. Si no está aquí, también. Y si no está seguro, dígamelo igualmente. ¿De acuerdo?

—Lo intentaré. —Coge la hoja y le dedica un vistazo largo y reflexivo—. Mira tú..., creo que esta vez lo han pillado. Es este tío. —Señala la cara de McCann.

—¿Está seguro?

—Tampoco lo juraría por mi madre, pero me jugaría cincuenta euros en una casa de apuestas. ¿Puede servir?

—A mí me vale —digo buscando un bolígrafo—. Ponga su inicial al lado de la foto que ha reconocido. Y anote abajo dónde lo vio y la seguridad con la que lo cree y firme.

El camarero escribe con la cabeza pegada a la página.

—¿Recuerda que hubiese alguien más esa noche? ¿Alguien que hubiese podido fijarse en la pareja?

—Uff, eso es ya demasiado. No paso lista al principio de la noche.

—A lo mejor tengo que venir a charlar con sus parroquianos una noche de estas. Intentaré no llamar mucho la atención.

—Ya me imaginaba que eso venía de regalo. —El camarero me tiende la hoja y el bolígrafo. Tiene una letra menuda y bonita; merece una pluma y un grueso papel amarillento, no esto—. Si habla con ese tipo, dígame que ya no es bienvenido aquí. No voy a preguntarle qué le hizo a esa muchacha, dígame simplemente que aquí la gente viene buscando un poco de paz —zanja, y luego me dedica otra mirada larga, mientras recoge los siguientes dos vasos, antes de añadir—: No trabajaría en lo que usted ni por todo el oro del mundo.

El agente de la comisaría de Stoneybatter dice que la muestra de voz podría ser del tipo que llamó el domingo por la mañana, salvo porque cree que sonaba algo distinto, no puede explicar en qué sentido, quizá tuviera la voz más aguda o tal vez acento de Meath, o de Kildare, el caso es que no cree poder recordarlo con seguridad. No es de extrañar: aunque no le hubiésemos restregado el inútil reconocimiento de voces por la memoria, yo no soy la única que sabe poner voces. Aquí no hay más que rascar.

Es la hora de comer, así que me paro en el Tesco favorito de Rory, compro un par de botellines de Coca-Cola y dos bocadillos llenos a rebosar de carne —la tarde puede alargarse bastante— y vuelvo a la central. Una lluvia que raya en granizo me salpica el parabrisas con goterones polvorientos, pero cuando llego a los jardines del castillo, ya ha amainado. Escojo un tramo de muro, uno entre arbustos que no se ve desde las ventanas, y lo seco como puedo con las servilletas de papel antes de sentarme y abrir el bocadillo. Un par de pajarillos saltan alicaídos sobre el césped mojado. Cuando les lanzo un trozo de pan, se asustan y se escabullen entre los setos en un batido histérico de alas.

Apenas acabo de hincarle el diente cuando Steve atraviesa la verja del jardín, a paso rápido y con la cabeza gacha, como si así pudiera esconder por arte de magia su pelo rojo de quien quiera que esté mirando por la ventana.

—Buenas.

—¿Qué pasa? ¿Ya se ha ido Breslin?

Steve pasa la mano por el muro y se sienta a mi lado.

—Acaba de largarse. Le ha llegado un mensaje de ¿una chica de Howth?

—Sí. No creo que vaya a serle de mucha ayuda. ¿Has comido ya?

—Qué va.

—Ten.

Le paso el otro bocadillo. Lo coge y lo sostiene entre las dos manos, sin abrirlo.

—¿Has conseguido algo bueno?

—Una identificación vacilante del camarero. Sin suerte con el agente de Stoneybatter. Y los hombres de Sophie han identificado una muestra de ADN masculino en el colchón.

—¿Qué hacemos?

—Tenemos que hablar con McCann.

No hay más vuelta de hoja. Dentro de dos horas, como mucho tres, Breslin volverá escamado y querrá arrestar a Rory. Solamente tenemos ese par de horas.

Steve asiente.

—¿Cómo?

Tenemos tantas armas... Vas cosechándolas de ver a otros detectives, las cribas de historias de la sala de la brigada, te inventas las tuyas propias y las pones en práctica; y vas almacenándolas todas en un lugar seguro para tiempos de necesidad. Cuando consigues entrar en Homicidios, ya posees todo un arsenal con el que podrías pulverizar la ciudad.

Apareces en un interrogatorio con una montaña de cinco kilos de papeles para que el sospechoso crea que tienes todo eso contra él. Plantas una cinta de vídeo encima, para que piense que son pruebas grabadas. Hojeas los papeles, bajas un dedo y empiezas a decir algo, te paras —«Ah, no, eso mejor lo dejamos para luego»— y sigues, para que se agobie pensando en qué estás dejando para luego. Sacas una grabadora —«Tengo una letra horrible, ¿le importa si utilizo esto?»— para que después, cuando la apagues y te inclines en confianza, se crea que le hablas extraoficialmente, y ni se acordará de las grabadoras de la propia sala, que estarán funcionando con su runrún. Lees textos imaginarios en el teléfono e intercambias con tus compañeros comentarios crípticos («Por fin, los buscadores han tenido suerte»). Haces el falso test del detector de mentiras, hoy en día con una aplicación del móvil: le cuentas al tipo una patraña sobre campos electromagnéticos y que si tiene que presionar el pulgar sobre la pantalla del móvil cada vez que responda, y cuando llegas a la pregunta en la que miente, mueves tu dedo y se disparan unas rayas rojas en el visor y un MENTIRA MENTIRA MENTIRA. Le dices que la víctima viva está muerta y ya

no puede contradecirle, o que la muerta está viva y hablando. Le cuentas que no puedes dejarlo marchar hasta que entre los dos lo solucionéis, pero que si te dice lo que pasó, puede estar de vuelta en el sofá de su casa con una taza de té a tiempo para ver *Downton Abbey*. Le dices que no fue culpa suya, que la víctima se lo había buscado, que cualquiera habría hecho lo mismo. Le cuentas que hay testigos que lo oyeron hablar sobre lo mucho que le gustaba el porno infantil, que el forense dice que se lo hizo con el cadáver hasta desnucarlo, lo machacas con la mierda más enfermiza que se te ocurra hasta que no puede evitar gritarte que es todo mentira, que no fue así como pasó; y luego arqueas una ceja y dices: «¿Ah, sí? Entonces ¿cómo pasó?», y ya solo tienes que cruzarte de brazos mientras te lo cuenta.

Esta vez no nos vale ninguna de esas armas. McCann las ha palpado todas en sus propias manos, las tiene gastadas del uso, desde mucho antes de que nosotros las viéramos por primera vez. Vamos a pelo.

—Hablando con él. No podemos hacer otra cosa.

—Pero él no va a querer decirnos nada.

—Querrá contarnos su historia. Todos quieren. En el fondo está deseando que se sepa que lo suyo con Aislinn era amor verdadero y que lo de Rory, fuera lo que fuese, no era más que un invento de mierda que estaba pidiendo a gritos un puñetazo. Así que vamos a ver cuánto conseguimos sacarle de eso.

—Nos centraremos solamente en la relación. Y no sugeriremos nada de que su compañero esté implicado, no vaya a ponerse en plan leal y decida no abrir el pico. Nos limitaremos a hablar de Aislinn.

—Tenemos una granada de mano. Cuando Breslin se enteró de que la caja contenía cosas del expediente de Desmond Murray, me pareció verlo aliviado. O sea, que no sabía que McCann trabajó en su caso, y, por lo tanto, al menos hasta hace dos días, McCann no había establecido la conexión: no sabía que Aislinn era hija de Murray. No sabía que se la había estado jugando.

—Entonces nos lo guardamos en la manga.

—Sí, eso tenemos que soltárselo cuando menos se lo espere.

Los pájaros han olvidado sus reticencias y han vuelto para picotear por el césped. Breslin estará ya al otro lado del río, rumbo al norte.

—¿Y dónde lo encaramos?

He estado haciéndome la misma pregunta mientras venía en coche y esperaba aquí a mi compañero.

—En una sala de interrogatorios.

Steve se vuelve en redondo.

—¿Tú crees? Podríamos largar a los refuerzos de la sala de operaciones, o incluso salirnos aquí.

—No. Si llegamos y los echamos a todos de la sala, para eso bien podemos poner un cartel informando de que está pasando algo supersecreto. Además, a partir de ahora debemos documentarlo todo si queremos tener aunque sea la más mínima

posibilidad de reunir pruebas para un juicio.

—Se lo va a oler en cuanto le hagamos entrar en una sala de interrogatorios. Lo sabrá.

—Lo va a saber de todas formas. Da igual donde lo llevemos, jamás iba a creerse que es solo una charla amistosa, al menos después de los treinta primeros segundos. En cuanto le digamos que estamos al tanto de su relación con Aislinn, lo sabrá.

Esa imagen mental se estrella entre nosotros como una salpicadura negra de aguanieve y para en seco la conversación.

Nos metemos entre pecho y espalda los bocadillos y la Coca-Cola, para la cafeína. Luego entramos en el edificio de Homicidios, por la reluciente puerta negra con la contraseña que mis dedos podrían pulsar hasta dormida, y saludamos al pasar a Bernadette. Nos quitamos los abrigos, los colgamos con cuidado en las taquillas y guardo también el bolso. Steve busca una copia de la foto familiar del caso de Desmond Murray y se la guarda en el bolsillo del traje; saco con el móvil fotos de las cartulinas firmadas y luego las guardo al fondo de la taquilla, rezando por que a nadie le dé por volver a mearse dentro. El portazo metálico doble de nuestras taquillas retumba, brusco y sobrecogido, contra las baldosas del pequeño cuarto oscuro.

Subimos codo con codo la amplia escalinata de mármol, las pisadas describiendo círculos borrosos por los peldaños, camino de la sala de la brigada. Entramos sin pilas de papeles, cintas de vídeo ni grabadoras. Entramos con las manos vacías.

Nos encontramos la sala casi desierta: casi todos han salido a investigar o a comer. Por un segundo recuerdo aquellas primeras horas del domingo por la mañana, justo antes de que entrara el jefe a encasquetarnos el caso. La tranquilidad, solo sus bordes rozados por el ronroneo distante del tráfico, la luz blanca de los fluorescentes que aislaba la estancia contra la presión de los nubarrones grises en las ventanas y cargaba de significado latente los papeles desperdigados y los vasos olvidados de café. Y yo pensando en que estas dependencias me encantarían si me dejaran.

McCann está en su esquina, encorvado sobre el teclado, escribiendo con dos dedos. Cada vez que lo veo tiene peor aspecto. Hay que ser palurda, pedirle a Pulgoso que buscara a alguien con cara de estar pasando una mala semana cuando las notas de mi caso encajan a la perfección en esas ojeras.

—McCann, ¿tienes unos minutos? Nos vendría bien que nos echaras una mano.

Lo sabe en cuanto levanta la vista del ordenador.

Por un momento me da la impresión de que se cerrará en banda: estoy muy liado, adiós. Pero necesita saber qué tenemos. Y, al fin y al cabo, él es el veterano y nosotros simples novatos que no podremos ni dar un paso sin venirnos abajo: Steve cambia el peso del cuerpo de una pierna a otra y yo me paso la mano por la boca. McCann no puede resistirse: lo ve claro, puede con esto, no hay problema, saldrá airoso.

—Vale. —Guarda el documento y se levanta.

O'Neill y Winters, que están estudiando una hoja de declaración al otro lado de la sala, apenas se molestan en mirarnos.

—Gracias —le dice Steve cuando vamos ya por las escaleras—. Es un detalle, de verdad.

—Ya. ¿Y para qué necesitáis ayuda?

—Para el caso de Aislinn Murray —digo volviéndome para mirarlo, pero no muda el gesto—. Necesitamos todos los testigos que podamos. ¿Te parece bien aquí?

Empujo la puerta de la sala de interrogatorios buena, la amarillo pastel con los sobrecitos de café que utilizamos con Rory la segunda vez, y miro con ojos esperanzados a McCann, que se limita a gruñir. Al entrar, se va hacia una silla del lado de los detectives, de espaldas al falso espejo, y la zarandea un poco para comprobar si está hecha una birria.

—Me tomaría un té —dice dejándose caer en el asiento con todo su peso—. Con una gotita de leche, sin azúcar.

—¿Seguro que estás bien para esto? —le pregunta Steve mientras va obediente al hervidor—. No quiero meterme en tu vida personal, pero se te ve un poco hecho polvo, tío.

—Gracias.

—Esta semana no te plancha la parienta, ¿no? —lo sondeo, con una sonrisa que podría significar cualquier cosa—. ¿Estás castigado?

—Estoy perfectamente. ¿Y cómo va vuestra vida personal?

—Jodida.

Steve y yo nos reímos y McCann esboza algo que pretende ser una sonrisa, pero se ve que está desentrenado.

—Llevas veinticinco años casado, ¿no es eso? ¿Cómo lo haces?

—Veintiséis. ¿Para eso me queríais? ¿Orientación matrimonial?

—Qué va. ¿Te importa si encendemos esto? —Estoy conectando ya la cámara.

McCann frunce las cejas en una: no creía que tuviésemos arrestos para hacerlo.

—¿Para qué coño queréis poner ese cacharro?

—Porque soy una paranoica. Hace unos meses, ¿sabes?, tuve que ayudar a Roche en un interrogatorio con la madre de un malnacido y conseguí que reconociera que no podía servirle de coartada a su hijo. Pues bien, Roche le contó al jefe que lo había logrado él. —Retiro la silla frente a McCann, la de los sospechosos—. Desde entonces lo grabo todo. Estoy hasta por pillarme una cámara personal.

—En realidad —dice Steve en tono de disculpa, mientras sumerge las bolsitas de té en las tazas—, lo más apropiado es grabar todos los testimonios de testigos cuando se tiene la...

—Mira, graba lo que te dé la gana —lo corta McCann.

—Jo, tío —dice Steve, que está prácticamente haciéndose una bola de la vergüenza y rogándole con ojos de cachorrillo que no se lo tenga en cuenta—, lo

siento mucho. Ojalá no hubiésemos tenido que molestarte con esta mierda. Si hubiese sido solo una prueba mínima, la habríamos metido al fondo del expediente para que se pudriera allí; no estaríamos haciéndote perder el tiempo. Lo que pasa es que... A ver, está llegándonos por todos los frentes. Así que hemos pensado que lo mejor era atacarlo de cara.

—Al menos has tenido la sensatez de ponerlo de poli bueno —me dice McCann—. No te veo a ti en ese papel.

Steve suelta una risita incómoda.

—Cualquiera te engaña a ti —digo sacudiendo compungida la cabeza—. No tiene sentido intentar dártela con queso. Además, no queremos perder el tiempo, ni hacértelo perder a ti.

—Pues ya lo estoy perdiendo. ¿Qué queréis?

—Eso sí que es ponerte en tu sitio —le digo a Steve, que logra dibujar una media sonrisa abochornada mientras llega hasta la mesa con la vista clavada en las tazas en equilibrio en sus manos.

Cuando nos las pasa, coge la silla libre y la acerca a la mía. McCann le da un sorbo al té y pone mala cara.

—Vale, pues dejemos clara una cosa desde el principio, y así nos ahorramos tiempo todos. Estabas teniendo una aventura con Aislinn Murray.

McCann chasquea los dientes y clava la mirada en mí, sin molestarse en disimular el asco.

—Serás judas —sisea.

Lo más sorprendente es que no me provoca ni una chispa de rabia.

—Tenemos a una testigo que te vio hablar con Aislinn y apuntar su teléfono. Ha identificado tu fotografía. Tenemos a un segundo testigo que os vio juntos en el *pub* Ganly's. Ha identificado tu fotografía. Tenemos a un tercer testigo que te ha visto por las inmediaciones de Viking Gardens al menos tres veces en las últimas seis semanas. Ha identificado tu fotografía. Los tres estarían dispuestos a identificarte en una rueda de reconocimiento si nos obligas a llegar a eso. ¿Hace falta que armemos todo ese lío o podemos ir directamente al grano?

Bebe té y piensa. Lo veo reajustando piezas en su cabeza como un jugador de ajedrez, imaginando estrategias y un mínimo de doce movimientos posteriores.

Lo que debería decir es: «Sin comentarios». Así de fácil. Plantar un muro y dejar que vayamos lanzando prueba tras prueba hasta que se nos acaben y luego coger y largarse. Es la única cosa que puede hacerse que no sea una estupidez, y todos los detectives del mundo lo saben. Todos hemos tenido interrogatorios en los que nos hemos quedado de piedra al ver que el muy gilipollas va y habla cuando lo único que tiene que hacer es callarse la boca para largarse a su casa; todos hemos visto a profesionales que se cruzan de brazos y repiten «sin comentarios» en bucle hasta que nos rendimos y los soltamos. Todos lo hemos pensado: «Si fuera yo, ni de coña abría el pico». Todos sabemos como un hecho consumado que, si alguna vez nos detienen,

inocentes o culpables, será un «sin comentarios» continuo.

McCann no consigue obligarse.

En cuanto diga «sin comentarios», abandonará al detective que lleva dentro, puede que para siempre. Si esas dos palabras salen de su boca, no se diferenciará en nada de un yonqui mangante o un perverso que soba a niñas en autobuses: será el sospechoso.

—Conocía a Aislinn Murray. Nos vimos unas cuantas veces.

—Y ya está —digo.

—Sí.

—¿Estuviste alguna vez en su casa?

Otra vez los engranajes girando mientras calibra si habremos logrado ocultarle algo a Breslin, alguna huella que se le escapara en la limpieza, lo que sea que pueda inculparlo.

—Sí —dice por fin—. Charlando, tomando un té.

—¿Llegaste a tirártela?

—Espero que tengas una buena razón para estar preguntándome eso.

Steve y yo nos miramos de reojo. McCann no reacciona.

—Tenemos ADN masculino de su colchón.

—No es mío.

—Porque usabas condones. Pero no es de semen, es de sudor.

McCann vuelve a atrincherarse en su cabeza para pensar.

—Sabemos con seguridad que Aislinn no se acostó con nadie más en los últimos dos años —tengo a bien informarlo.

Ni un movimiento, mientras calibra y valora. Hasta que asiente.

—Sí. Follábamos de vez en cuando.

Y hasta ahí los preliminares. Todo lo que podemos permitirnos desvelar, los tres, está sobre la mesa. Como la fase inicial más ágil de un juego de mesa, sacrificando esto para coger eso otro, hasta que, casi en un acto de cooperación, has despejado la morralla del tablero y estás preparada para la batalla real que va a comenzar.

—Jo, tío —dice compungido Steve, pasándose los dedos por el pelo—. Jo, ¡tío!, como no hay chicas en la ciudad, ¿tenías que escoger a la que iba a acabar asesinada?

McCann se encoge de hombros y le da un sorbo al té.

—¿Qué queréis que os diga? No se lo vi en la cara.

—Tendrías que habérselo dicho —le reprocha Steve—. En cuanto entró el caso.

Los ojos de McCann van de uno a otro como si ninguno de los dos mereciera la molestia.

—Si hubiesen sido otros compañeros, lo habría hecho.

—Tampoco es que fuéramos a llamar a tu parienta y a chivarnos.

—Eso decís ahora. ¿Estás diciéndome que habrías dado la cara por tu brigada? Mira dónde estamos.

—Tú sabes que teníamos que hacerlo —dice Steve preocupado—. Es así. ¿Qué

quieres que hagamos? ¿Que lo ignoremos todo, que sigamos adelante con Rory y, a mitad de juicio, la defensa se entere de todo esto y nos lo restriegue por la cara?

—Lo que quiero es que tengáis un poco de respeto. Si tienes que sacar un tema así, lo haces en privado. No en una puta sala de interrogatorios. Con una puta cámara encendida. Hostias. —Lanza una mirada furibunda hacia la cámara.

—Si yo fuera cualquier otro compañero, lo habría hecho —digo—. Pero llevo aguantando tanta mierda en esta brigada que ya dejo constancia de todo lo que me parece importante. Vamos a intentar que no salga de nosotros, pero no puedo prometerte nada hasta saber de qué estamos hablando.

Es el truco más viejo del manual. Y McCann tuerce el gesto.

—Lo tendré en cuenta.

—Pues cuéntanoslo. Empieza con el día que la conociste. Cuándo, dónde, cómo. Se reclina en la silla, estira las piernas y cruza los brazos, poniéndose cómodo.

—En el Horgan's, el verano pasado, no recuerdo el día.

—No te preocupes, podemos averiguarlo. ¿La habías visto antes por allí?

—No.

—Te habrías fijado.

—Sí, me habría fijado, como todos. Y seguramente también la mitad de las tías.

—Mirada maliciosa para mí.

—No me extraña —digo—. He visto las fotos. ¿Y cómo le echaste huevos para ir a hablar con ella?

—Fue ella la que vino a hablar conmigo.

Me río con ganas.

—Sí, claro. Tía buena de veintitantos, que puede tener a cualquiera del bar, se lanza a los brazos de un hombre de mediana edad con la cara llena de arrugas y barriga cervecera. Ella no aceptaba un no por respuesta y ¿qué iba a hacer el pobre hombre?

McCann tiene los brazos cruzados sobre el pecho, bien apretados, sin moverse un ápice.

—Yo te estoy contando lo que pasó. No fue muy lanzada..., a mí eso no me habría gustado. Pero fue ella la que me fichó a mí.

Sigo con una ceja arqueada.

—Venga, mujer —me dice Steve intentando razonar conmigo—. Hay gente para todo. Porque a ti no te guste algo no quiere decir...

—A mí me gusta que sean suficientemente jovencitos para que sirvan de algo —le digo a McCann guiñándole un ojo—. Y guapos.

—¿Y qué haces, los pagas? —Estamos empezando a tocarle la moral.

—... que no sea plato de buen gusto para otra —termina Steve—. A veces pasa.

—Sí, es verdad —admito—. En los culebrones. Cada vez que enciendo la tele, veo a alguna tía buena colgada del brazo de un callo de tío que podría ser su padre. ¿A ti esto te parece el plató de *Fair city*?

—No seas así, Conway, no solo pasa en los culebrones. También en la vida real.

—Si eres Donald Trump, hijo. ¿Nos lo has estado ocultando, Joey? ¿Eres en realidad un millonario secreto?

No le gusta el «Joey», pero casi consigue disimularlo tras una sonrisa irónica.

—Más quisiera yo.

—No a todo el mundo le interesa solo el dinero. Quién sabe, a lo mejor a Aislinn le gustaba su forma de ser. No tiene nada de malo.

—Puede ser. Pero dime, Joey, ¿tú te ves el parecido con George Clooney? ¿Quizá en tus días libres?

—Dímelo tú.

Hago una mueca y rechazo la idea con una mano.

—Te lo digo, tío, no lo veo. Y me muero por saber por qué le entraría a un tipo como tú. No me digas que nunca te lo preguntaste...

McCann se remueve en el asiento, descruza los brazos y se mete las manos en los bolsillos.

—Era una calentapulis.

Lo mismo que pensé yo. Aislinn consiguió llevarnos a todos a su terreno. Lo que necesitamos saber es si McCann sigue creyéndolo.

—Vale, una chica que va a la caza de polis y ¿tú eres la presa que se cobra? ¿De verdad?

Mueve la mandíbula.

—Dio la casualidad de que estaba allí.

—Pero había muchos más. Horgan's está siempre hasta arriba de polis. ¿Por qué a ti?

—Porque quería un detective. Le gustaba oír hablar del oficio: en qué casos trabajaba, cómo era, qué pensaba hacer luego. Se emocionaba. ¿Sabes de lo que te hablo? —Esta vez la sonrisa es maliciosa. Ni parpadeo—. Me escogió a mí porque se imaginó que, por mi edad y la ropa que llevaba, podía ser detective... Sabía lo que se hacía. En cuanto se enteró de que trabajaba en Homicidios, fue fulminante, se le iluminaron los ojos. No me la habría sacado de encima ni con un palo. Y, además, ya la habéis visto: ¿por qué querría yo hacer eso?

—¿Porque estás casado? —sugiero—. Según tengo entendido, para alguna gente eso significa que no vas por ahí metiendo la polla en el primer agujero que pillas.

McCann encoge un hombro.

—Echamos unos cuantos polvos. Son cosas que pasan. Tampoco fue para tanto.

Bien visto: si Aislinn no era más que un polvo, no tiene sentido que la matara por salir con otro.

—¿Y lo haces muy a menudo? ¿Lo de pegársela a tu mujer?

—No.

—¿Lo habías hecho antes?

—No.

—Entonces ¿qué tenía de especial Aislinn?

—Nunca me había entrado ninguna chavala que estuviera tan buena. Y mi matrimonio estaba pasando por un bache. Así que me dije: ¿por qué no?

Intercambio con mi compañero una rápida mirada de reojo, haciendo lo posible por que nos vea McCann.

—Es una historia preciosa. Tan romántica. Pero no concuerda con la versión de Lucy Riordan. —Sacude la cabeza—. La mejor amiga de Aislinn. ¿Una bajita? ¿Con el pelo teñido de rubio, por aquí? ¿Te suena de algo?

Se ríe entonces, con los dientes fuera como un perro rabioso.

—¿La bollera esa? Ya, normal que cuente otra cosa. No sé lo que os habrá dicho, pero no era su mejor amiga, sino más bien un parásito que estaba loquita de amor por Aislinn y no soportaba que se hubiera echado novio. No me extraña que, cuente lo que cuente, yo sea el malo de la película.

—¿Dónde conociste a Lucy?

—Ya lo sabéis. Vuestra «testigo» que me vio cuando conocí a Aislinn, ¿o creéis que no...?

—Necesitamos tu versión.

McCann se recuesta otra vez en la silla, vuelve a cruzarse de brazos y se queda mirándonos con una mueca de desdén.

—Sois los dos penosos, ¿lo sabéis? Miraos, ahí sentados, intentando utilizar vuestras técnicas de interrogatorio conmigo, saliendo por la tangente... Yo estaba usándolas con malnacidos, chusma de verdad, cuando vosotros aún estabais reventándoos granos y besando pósteres de cantantes pop. ¿De veras creéis que me lo voy a tragar?

—Aquí nadie quiere que te tragues nada —dice ofendido Steve—. Lo que nos gustaría es que nos ayudases.

—¿Dónde conociste a Lucy? —repito.

—¿No os lo contó ella en su *versión*?

—Mira, tío, de verdad —dice Steve inclinándose sobre la mesa—. Sabes tan bien como yo que lo único que pretendemos es desmontar su historia. ¿Tú te crees que nosotros queremos que seas nuestro asesino? ¿Estás bien de la cabeza? Si descubrimos que fuiste tú, estamos jodidos. ¿Crees que queremos estar en la sala de observación intentando decidir si vamos a imputar por asesinato a alguien de nuestra brigada?

McCann vuelve hacia mí sus ojos hundidos en las cuencas. Lleva más años que yo practicando la cara de palo, de modo que no logro entrever nada.

—Tú no tienes razones para amar esta brigada —me dice—. Ya estás jodida, así que, ya puesta, ¿qué te importa llevarte a alguien por delante?

Aunque sé lo que pretende, la naturalidad con la que lo ha dicho se me clava como algo frío.

—Yo contigo no tengo ningún problema. Nunca me has hecho nada.

Asiente.

—Si tuvieras algo de seso en la mollera, lo dejarías estar. Y te estoy dando el mejor consejo que puedo, como se lo daría a uno de mis hijos si estuviera sentado donde tú. Yo no lo hice, así que no vais a poder demostrar que fui yo. Si lo intentáis, lo único que conseguiréis es echaros mierda encima. Olvidaos de dejar la brigada, tendréis que dejar el cuerpo, y puede que el país.

Todos le hemos dicho a un sospechoso que su vida está acabada si no hace lo que queremos. Así y todo, el frío sigue abriéndose camino en mi interior.

—¿Dónde conociste a Lucy?

McCann se toma su tiempo para menear la cabeza, lenta y pesadamente.

—Estás cavando tu propia tumba —dice—. Estaba en el Horgan's..., vigilando a Aislinn, que llevaba un vestidito deslumbrante y bebía de su copa disfrutando de que todo el mundo la mirara mientras escogía su objetivo; y la otra con la boca torcida, poniendo cara de asco a todo el que miraba dos veces a Aislinn. Me lo contó luego, que Lucy la había arrastrado hasta ese *pub* para llorar en su hombro porque no conseguía echarse novio... —Sube la comisura del labio y por un segundo su cara parece casi agradable—. Aislinn era muy ingenua en muchos sentidos. Como una cría. Creía de verdad que su amiga quería estar con un tío. ¿Habéis comprobado la coartada de Lucy?

—Sí —digo, y comprendo lo que he admitido cuando veo que ensancha la sonrisa—. Firme como una piedra. Lo siento.

—Pero lo dudasteis.

—Nos limitamos a hacer nuestro trabajo.

—Igual que ahora. —La sonrisa se ha vuelto feroz—. Apostaría cien pavos a que Lucy está intentando echarme a mí el muerto. ¿Qué más ha dicho? ¿Que le pegué a Aislinn? ¿Que la trataba fatal?

Steve y yo volvemos a mirarnos de reojo.

—No exactamente —responde mi compañero.

—De hecho, todo lo contrario —le digo.

McCann ha vuelto a la cara de palo. No se lo esperaba.

—Según Lucy, la tratabas como si fuera plata fina. Lo vuestro no eran solo un par de polvos. Era de verdad. Amor con mayúsculas.

Ríe, un ladrido fiero, tan sonoro que nos sorprende a los tres. Está sobreactuando.

—Hostia puta. ¿Y vosotros os lo creéis?

—¿Estás diciendo que nunca le dijiste a Aislinn que la querías? —le pregunto y, antes de que pueda responder, añado—: Ojo. Tenemos los mensajes que le mandó Aislinn a Lucy.

—Puede que se lo dijera. Te contaré algo que quizá no sepas, Conway: cuando un tío que intenta meterse en tu cama te habla de amor, hay bastantes posibilidades de que mienta como un cabrón. ¿O es que ninguno se ha molestado en decírtelo?

—Según los mensajes, Aislinn y tú os visteis bastantes veces en agosto pero no

empezasteis a darle al tema hasta principios de septiembre. Si lo único que querías era trincar, ¿a qué venía tanta cita?

McCann vuelve a cerrarse en banda, tomándose su tiempo para barajar opciones.

—A mí Aislinn me gustaba —acaba diciendo—. Era buena chica. Muy agradable. Buscaba emociones fuertes, como os he dicho, sí, pero no era una vampiresa que solo quisiera carnaza y sangre. No tuvo una vida fácil; su padre murió cuando era muy pequeña y su madre padeció esclerosis múltiple. Ella se dedicó plenamente a su cuidado, hasta que murió hace unos años. No había tenido muchas emociones en su vida y por eso le gustaba que le hablase de la mía.

Yo juraría que hasta se lo cree, y me da la impresión de que Steve también toma buena nota: seguimos teniendo nuestra granada de mano.

A Rory le contó lo mismo: padre muerto, madre con esclerosis. No es de extrañar que no quisiera ahondar en el tema con él. Utilizarlo con McCann para su encerrona era una cosa; utilizarlo con alguien con quien quería estar en su vida real, otra bien distinta. Pero la historia fue cogiendo cada vez más fuerza y se le escapó de las manos. Acabó saliendo a la luz.

—Mi mujer y yo estábamos pasando por una mala racha. Y era agradable estar con una mujer que apreciaba mi compañía y tener un sitio tranquilo al que ir, y donde no me dieran la brasa con que si no valía ni para dar sombra. Me hacía más llevadera la vida. Al principio era por eso. Para tener un poco de paz.

Por la tirantez en la comisura de su boca se ve claramente que no hace falta que le señalemos la ironía del asunto.

—¿Por dónde salíais?

—Solía recoger a Aislinn cerca de su casa e íbamos a dar paseos en coche. Era verano. Ella traía comida y nos íbamos de pícnic al campo. Buscábamos cualquier sitio con vistas donde sentarnos y charlar. —Intenta mantener un tono uniforme, pero la añoranza sale a la superficie y no logra devolverla a su sitio. Enmudece.

—Ah, qué bonito. ¿Y nunca te llevaste a la pobre muchacha a comer a un sitio decente? Una copa, algo... ¿La obligabas a hacerte bocadillos y a sentarse en la hierba con las hormigas metiéndosele por las bragas?

—Ella nunca puso un problema, ¿a ti sí te molestaría? Una vez fuimos a un bar de su barrio. No me gustó. Dublín sigue siendo un pueblo. Basta que te vea la persona que no debe para que se lo cuente a su mujer, que se lo dice a las amigas del club y resulta que una es íntima de tu esposa, y paff, acabas durmiendo en sofá ajeno.

—¿Porque fuerais de cervezas? —Steve arquea las cejas—. A mí me da que, en el fondo, sabías que no eran solo charlas amistosas.

McCann mueve los labios en un intento de sonrisa, pero le sale más bien un gruñido.

—Se ve que nunca has estado casado. «Sí, querida, estuve anoche de juerga con una rubia despampanante, pero solo estuvimos hablando, te lo juro por mi madre»... ¿A ti te parece que eso puede colar? Con mi mujer, no, desde luego.

Steve le regala una sonrisa.

—También es verdad —reconoce—. Empiezo a pensar que debería seguir soltero.

—Tú y todo el mundo. —La sonrisa, sin embargo, se borra rápidamente—. Es lo que os digo, que entre Aislinn y yo todo empezó de forma inocente.

—¿Y qué cambió?

McCann se encoge de hombros. Está volviéndose precavido: lindamos con territorio peligroso.

—Joder, Moran —le digo como por lo bajo, pero asegurándome de que McCann lo oiga perfectamente—. Que metió la polla en caliente, eso fue lo que cambió. Esperó su oportunidad y, cuando la tuvo a tiro, se la zumbó. ¿Qué quieres, que te haga un croquis?

McCann estira el cuello bruscamente; no le gusta.

—Joder, tú —me dice Steve también por lo bajo—, que no le he preguntado por su postura favorita. Solo quiero saber qué hizo que las cosas tomaran otro cariz. Estamos hablando del Monje. No se metió en esa historia con la idea de engañar a su mujer. —Mira esperanzado a McCann.

Este le devuelve sin más la mirada.

—¿Y a ti qué te parece que pasó? —responde—. Cuando un hombre y una mujer pasan tiempo juntos, acaban gustándose, y llega el día en que se les va de las manos... —Tengo una ceja arqueada—. Ríete lo que quieras. Dímelo tú: ¿por qué iba a estar Aislinn conmigo si no le gustara? Tú misma lo has dicho al principio: no soy ni rico ni famoso.

—Eres detective —apunto—. A cierta gente puede resultarle útil.

—Lo pensé, no soy idiota. Que a lo mejor no era de fiar y lo que quería era meterse a un poli en el bolsillo.

—Así que miraste en el ordenador si tenía antecedentes.

—Sí, eso hice. Venga, ve a chivarte al jefe, si es eso lo que necesitas para sentirte superior. Pero no me vengas con que tú nunca lo has hecho.

—Oh, comprobación de antecedentes..., el pilar donde reposa todo bonito romance.

—Ya lo he dicho, que sé que no soy nada especial. Tenía que comprobarlo, pero resultó que Aislinn estaba limpia como una patena. Ni siquiera quiso que le devolviera los puntos del carné. No quería nada de mí. —McCann abre las manos—. Esto es todo lo que tengo. Si me quería, era por esto.

Steve y yo dejamos que la mentira repose un rato y casi nos quedamos mirándonos, haciendo que McCann se ponga nervioso.

—¿Qué? —pregunta.

—La aventura. ¿Empezó en septiembre?

—A principios, sí.

—Fecha.

—No me acuerdo.

Lo he obligado a mentir, lo prefiere a quedar como un tontorrón que recuerda todos los detalles, y sabe que somos conscientes. Dejo asomar una sonrisa fugaz y veo cómo se le tensa la mandíbula.

—Dejémoslo entonces en principios de septiembre —digo mostrándome benevolente, lo que arranca otro tic en su mandíbula—. Y duró hasta el fin de semana pasado. ¿Alguna ruptura entre medias o algo parecido?

Vuelve a cruzarse de brazos; ha vuelto la cara de poli, la tabla rasa.

—No. Sin problemas. Nada de peleas, todo estupendo.

—Otoño —dice pensativo Steve escrutando su rotulador—. Invierno. Y, bueno, no quiero ponerme morbosos, pero ya no estabais solo charlando. Yo diría que lo de los pícnicos en el monte se quedó corto, ¿no? ¿Dónde os veíais?

«¡A ti qué te importa!», gruñen los dientes apretados de McCann, que dice en cambio:

—En su casa.

Steve frunce el ceño.

—Ningún vecino te vio nunca.

—Porque yo no quería que me vieran. Llegaba por el callejón trasero, saltaba la tapia y luego entraba por la puerta de atrás. Me dio una llave.

Y aquí tenemos al intruso de otoño.

—Nada mal, saltando tapias a tu edad —digo reprimiendo una risa; tampoco le hace gracia—. Mucho mejor que ir al gimnasio, dónde va a parar. ¿Cada cuánto ibas?

Le encantaría mentirnos, pero no puede correr ese riesgo.

—Un par de veces por semana. Dependía. Del trabajo, la familia y esas cosas.

—¿Cómo hacíais para quedar?

—A veces quedábamos antes de despedirnos, para la próxima vez. Y otras le dejaba una nota diciéndole cuándo podía pasarme. O si de pronto me surgía un hueco inesperado de una o dos horas, iba sin avisar.

—¿Dónde se las dejabas?

—Le metía pósitos en botellines de 7-Up y se los tiraba por encima de la tapia. Ella sabía que tenía que mirar de vez en cuando.

—No encontramos ningún pósito en la casa.

—Me los devolvía cuando iba. Y los tiraba.

Me hago la sorprendida.

—¿Y eso?

—¿Tú qué crees? Porque llevo demasiados años en este oficio para ir por ahí dejando pruebas a mi paso. —La mirada inexpresiva y fría dice: «Y menos aún para dejarme enredar por alguien como tú».

—Joder. Cuánto lío para un polvo de vez en cuando...

—Depende de lo buenos que sean los polvos. —Otra vez la sonrisa maliciosa, pero le he visto usarla con sospechosos y conmigo no le funciona.

—¿Y por qué no la llamabas o le mandabas mensajes? Ni siquiera tenía tu

número en el móvil. ¿Cómo es eso?

—Porque yo no quería que lo tuviese.

—¿Y por qué no entrar por la puerta como una persona normal?

Me mira con desprecio.

—¿Por qué coño crees tú?

—Te lo pregunto yo a ti. ¿Le ponía el rollito clandestino, secreto de Estado y eso? ¿O era a ti a quien le ponía saber que ella tenía que estar siempre lista para ti en cuanto aparecieras?

—Ella no tenía que hacer nada. Yo no era su jefe.

—¿Y no te habría... —empiezo a decir escogiendo las palabras con cuidado—... molesto, digamos, que no lo hiciera?

Se le tensa la mandíbula.

—¿A qué te refieres?

—A lo que he dicho. Que tenías a Aislinn todo el día esperándote en casa, lista para saltar cada vez que decidías tirar de los hilos. Si tirabas y ella no saltaba, ¿qué pasaba?

—Nada. La mayoría de las veces la avisaba de que iba; solo muy de vez en cuando me presentaba de buenas a primeras. De haber aparecido y no habérmela encontrado o haber visto que estaba ocupada, me habría ido y habría vuelto en otro momento. Fin de la historia.

—¿Seguro? —Soy el escepticismo en persona.

—Sí, seguro.

—¿No le habrías soltado una torta, por casualidad? No para hacerle daño, sino para demostrarle que contigo no se juega.

—En mi vida le he pegado a una mujer.

—Hum... Vale. Obligaste a Aislinn a configurar el teléfono para que se desbloqueara sin contraseña porque querías poder leer todos sus mensajes, ¿verdad?

Ladea la cabeza una fracción de centímetro antes de darse cuenta y volver a mirarnos de frente. No le gusta acordarse de eso.

—Yo no la obligué a nada.

—Digamos que se lo pediste.

—Sí, se lo pedí. Y ella podría haberme mandado a tomar viento, pero no lo hizo.

—¿Y los leíste? —Espero que no lo hiciera, sobre todo por prurito profesional: me gustaría pensar que si un detective de Homicidios planea pillar a su querida con su propio amante, no la cagaría de esta manera.

McCann hunde la cara en la taza de té, pero capto el vago rubor bajo su barba de cuatro días. De todas las posibles, esa es la imagen que más le afecta: la de verse hurgando como un sabueso en los mensajes de Aislinn. Sigue aferrándose a lo mucho que la quería; y, en su cabeza, esa forma de husmear es lo único que hizo para mancillar su amor.

—Unas cuantas veces. Pero no había nada que ver y me sentí como un capullo y

dejé de hacerlo.

Le creo. McCann no sabía nada de Rory hasta el sábado por la noche. El plan desesperado de Aislinn por adelantar los acontecimientos no sirvió de nada. Lucy tenía razón: la cosa se le fue de las manos, y mucho.

—¿A tu mujer también la obligas a no tener contraseña?

—No te hagas la listilla conmigo. No, joder, no. —La vergüenza le vuelve brusco—. Yo no estaba controlando a Aislinn. Lo que pasa es que no quería que mi mujer se enterase. Por eso tenía que ver sus mensajes: necesitaba saber que no estaba contándoselo todo a sus amigas. Y por eso entraba por la puerta de atrás y por eso no quería que tuviese mi número. Me gustaba mucho e incluso, más o menos, me fiaba de ella, pero no como para dejar toda mi vida en sus manos. No tenía intención de ponerme en una posición en la que, si ella..., no sé..., me cogía demasiado apego o le daba un bajón con la regla y se le ocurría chantajearme o algo así, pudiese coger el teléfono, llamar a mi casa y hacer que todo estallase por los aires. ¿Te queda claro o te lo explico otra vez? —Hasta ahí su discurso más largo hasta el momento: intentar enterrar el recuerdo le suelta la lengua.

—Así que estás diciendo que no tenías intención de dejar a tu mujer por Aislinn, ¿no? —pregunta secamente Steve.

McCann suelta una risotada áspera, pero se pasa de volumen.

—Los cojones iba a dejarla. Mira, mi mujer y yo tendremos nuestras cosas, pero yo la quiero. Y a mis hijos más todavía. No pensaba ir a ninguna parte.

—¿Y entonces cuál era la idea? ¿Seguir saltando por el muro de Aislinn? —Resoplo y McCann me mira de mala manera—. ¿Así siempre?

—No tenía ningún plan. Yo estaba pasándomelo bien y viéndolas venir.

—Aunque estuviera pensando en dejar a su mujer —le digo a Steve—, no se lo habría dicho a Aislinn. No tiene sentido darle munición a la parienta para el acuerdo de divorcio.

—¿Es que no me has oído? Que no iba a haber ningún acuerdo de divorcio. Que Aislinn y yo estábamos perfectamente como estábamos.

Arqueo una ceja.

—Ah, ¿sí? ¿Ella también pensaba que estabais perfectamente como estabais?

Se encoge de hombros.

—Por lo que yo sé, sí. Si no era así, solo tenía que cortar conmigo.

—A ti te toca el pastel y te lo comes y ella se queda con las migajas. ¿A qué clase de persona puede parecerle bien eso?

—Yo a ella no estaba impidiéndole nada. Dejamos claro desde el principio que podía salir con otros. Era lo justo.

Bonita jugada. Pero no se lo cree ni él.

—Y se ve que te tomó la palabra. ¿Cuándo supiste que estaba saliendo con otro?

Un parpadeo rápido: ahora tiene que andarse con ojo.

—Hasta que no murió no lo supe.

Steve y yo nos miramos de reojo y dejamos que se haga el silencio. McCann es demasiado perro viejo para caer en esa trampa. Nos lanza una mirada sardónica y espera a que terminemos.

—De momento nos lo creeremos. ¿Y qué sentiste cuando te enteraste?

Resopla.

—¿Qué eres ahora, mi psicóloga?

—Ah, ¿vas al psicólogo?

—No, no voy. ¿Y tú?

—Entonces no tienes por qué reservarte lo bueno para la consulta. ¿Qué sentiste cuando supiste que Aislinn estaba viéndose con otro?

Esa se la sabe. Se encoge de hombros y dice:

—A nadie le gusta compartir, pero, oye, yo siempre usé condón, así que ¿qué podía tener de malo?

—¿Te sorprendió? —pregunta Steve.

—Ni me sorprendió ni me dejó de sorprender.

—Pues a Lucy sí le extrañó. Cuando supo lo de Rory.

Otra sonrisa sardónica.

—Ya, seguro que estaba encantada: ahora eran dos tíos entre Aislinn y ella en vez de solo uno.

—Le sorprendió porque Aislinn estaba enamorada de ti, tío. La tenías loquita. ¿No lo sabías?

Un tic en la cabeza, como si quisiera esquivarlo. Ya no sabe si es verdad o mentira, y no quiere pensar ni lo uno ni lo otro.

—Tampoco es que no me lo imaginara —dice, de nuevo con cautela, recordando los mensajes.

—Nunca había estado enamorada. Fuiste su primer amor. ¿Eso también lo sabías?

—Puede que lo mencionara, no lo recuerdo.

—Entonces, si estaba tan colada por ti —interviene Steve—, ¿por qué iba a tener una cena romántica con otro?

McCann es bueno; si no estuviera fijándome a conciencia, la punzada de dolor, rápida y feroz como el fogonazo de un arma, me habría pasado inadvertida.

—Quién sabe. Las mujeres están fatal.

—Vale —digo tamborileando en el borde de la taza y mirándolo con el ceño fruncido—. Vamos a repasar juntos el tema. Aislinn estaba enamorada de ti, pero no a la inversa. ¿Me equivoco?

McCann ha recuperado el control. Rebufa.

—Dios, noo. Era una buena chica, buena compañía, el sexo era genial, pero hasta ahí.

—¿Sabía ella que esos eran tus sentimientos?

—No habría sido tan estúpido como para decírselo, si estás preguntándome eso.

—Pero podría haberlo sospechado. No era tonta.

—Sí, es posible. No puedo saberlo.

—Si lo sospechaba —dice Steve—, estaría hecha polvo. El primer amor es droga dura. ¿Eso no te preocupaba?

Estamos cogiendo ritmo. A McCann no le pasa desapercibido: ha enderezado la espalda y tiene un destello de luz concentrado en los ojos. Por un segundo me lo imagino hace veinte años, con esos pómulos marcados, la barba rala y sin canas, esos ojos azules de largo alcance, y entiendo por qué creyó que aún podía tener posibilidades con Aislinn.

—Yo no pretendía hacerle daño, pero tampoco era su niñera. Era una mujer adulta.

—Entonces ¿crees que podría ser por eso, lo que tenía con Rory? ¿Para darte celos?

Se encoge de hombros.

—Lo dudo, teniendo en cuenta que yo no sabía ni de su existencia.

—Había guardado mensajes suyos en el móvil. Tal vez estaba deseando que los vieras.

Otra vez ese rubor herido, el tic mínimo en la cabeza.

—Aunque los hubiera visto, no habría servido de nada y Aislinn tenía que saberlo, no era tonta.

—¿Y si utilizaba a Rory para distraerse? —sugiere Steve; sé, tal y como me estoy viendo las manos, que ha pillado perfectamente adónde quiero llegar y me tiene cubiertas las espaldas—. ¿Y no estar pensando en ti?

—Podría ser.

—O sea, que sospechaba que no estabas tan comprometido como ella.

—También puede ser. Nunca dijo nada.

—¿Alguna vez habló de que dejaras a tu mujer?

—El tema surgió, pero nada serio, solo lo mencionó. —De nuevo con pies de plomo: los mensajes.

—¿Y qué le dijiste?

—Le quité importancia, cambié de tema y ella tampoco insistió.

—Ajá —digo.

Me recuesto entonces en la silla, le doy un sorbo al té, ya frío, y saco el móvil. Miro el correo, tomándome mi tiempo, hasta que encuentro las fotografías con los pósits de la carpeta secreta de Aislinn.

A los civiles se le van los ojos directamente a todo lo que sacas, no pueden evitarlo. McCann no aparta la vista de mi cara. Pongo el teléfono en la mesa, delante de él. El leve chasquido al soltarlo corta el aire en dos.

McCann espera a que vuelva a recostarme para bajar la vista. Aunque no muda el gesto, siento el desconcierto y el recelo que le laten por dentro.

—Hay más. Ve pasando.

Pasa y sigue pasando. Algo aletea bajo el desconcierto: una mueca de dolor

torcida y otra cosa que podría ser alegría. McCann cree que está viendo la prueba de que estaba totalmente equivocado: Rory no era nada para Aislinn, quien en realidad estaba loca por él. Después de una decena, toma una rápida inspiración y me devuelve el teléfono por encima de la mesa.

—Capto la idea.

—¿Son las notas que le escribías a Aislinn para decirle cuándo ibas a ir a su casa?

Encogimiento de hombros. Vuelve a acomodarse en la silla y a meter las manos tranquilamente en los bolsillos, pero la rigidez y la tensión que se han apoderado de todos sus músculos lo delatan. Estamos tomando impulso para el gran empujón, y lo sabe.

—No hace falta ser experto calígrafo para saber que concuerda con tu letra, pero, si me obligas, puedo pedirle a alguien que me lo confirme. También puedo averiguar tus horarios de los últimos seis meses y compararlos con las horas y los días en que Aislinn introdujo estas fotos en su ordenador. Me apuesto la paga a que todas y cada una cuadran con la hora a la que salías del trabajo, o antes de entrar.

—Muy bien, a lo mejor son mías. ¿Y qué? Ya os he dicho que se las dejaba.

—Y que luego te asegurabas de destruirlas —dice Steve, que ha cogido mi teléfono y está ojeando las fotos—. O al menos eso creías.

—Pero se ve que Aislinn tenía otras ideas —digo. McCann cierra los ojos por un segundo—. Cada vez que le dejabas una nota, ella le sacaba una foto y la guardaba en el ordenador..., en una carpeta protegida con contraseña..., y la borraba del teléfono. ¿Por qué se tomaría tantas molestias?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —replica encogiéndose de hombros.

—Si tuvieras que aventurar algo.

—¿Como *souvenir*?

Tengo que reírme.

—¿Lo dices en serio? —Le cojo el teléfono a Steve y se lo zarandeo en la cara a McCann—. ¿Esto es lo que tú crees que guarda una chica como recuerdo?

—Yo no sé lo que las chicas hacen o dejan de hacer.

—Pues fíate de mí: no es esto. ¿Qué tramaba Aislinn entonces?

—A lo mejor pensaba enseñárselas a mi parienta —responde después de tomarse un momento.

—Has dicho que ella no tenía problemas con cómo estaban las cosas. ¿Por qué iba a querer hacer algo así?

—Eso era lo que yo creía, pero a lo mejor me equivocaba.

—Nos has dicho que eras muy cuidadoso por si Aislinn «te cogía demasiado apego y hacía que todo estallase por los aires». —Giro el teléfono sobre la mesa—. Tenías razón al ser tan cuidadoso.

—No lo suficiente, por lo que parece —comenta Steve.

—A mí me da que Aislinn estaba haciendo sus propios planes. Se imaginaba que si tu mujer se enteraba, te daría la patada, y tú irías corriendo a arrojarte en sus

brazos...

—¿Tu mujer te habría dado la patada? —pregunta mi compañero.

—No.

Steve arquea las cejas.

—¿No?

—De ninguna manera.

—Venga, hombre, si antes has dicho que te habría echado de casa de haber sabido que ibas a dar «paseítos» con Aislinn. Si llega a enterarse de que llevabas meses trincándotela...

—Me habría hecho la vida imposible. Me habría llamado de todo menos bonito. Me habría tirado varias semanas en el cuarto de invitados de Breslin, puede que meses. Y Dios sabe que me lo habría merecido. —Ese rasgueo feroz en su voz me dice que lo cree así—. Pero al final lo habríamos solucionado. No me cabe duda.

Tengo una ceja arqueada.

—Ajá. Ahora es fácil decirlo.

—Es un hecho. Me habría hecho suplicarle, humillarme, pero al final me habría dejado volver. Los niños...

—Sí, eso, no nos olvidemos de los niños. ¿Se habrían quedado muy traumatizados?

Lo veo tensar la mandíbula.

—Son ya adultos, o casi. Unas semanas con papá y mamá peleándose no serían el fin del mundo.

—¿Y qué les habría parecido que papá estuviera follándose a una que podría haber sido su hermana?

—Ostras —dice Steve arrugando el gesto—. Desarraigo prolongado, de eso no te habría librado nadie.

—No se habrían enterado —contesta bruscamente.

—Ah, ¿no? Tu parienta no se lo habría mencionado. ¿Qué es, una santa?

—Todo apunta a que sí —dice Steve.

—Querrá que la canonicen.

—Nunca haría nada que pudiera perjudicar a los niños.

Vamos cada vez más rápido, con más fuerza, hacia delante, despachando las preguntas por la mesa. McCann está sabiendo encajar todos los golpes y contraataca con respuestas sin tomarse ni un segundo, con el destello azul de sus ojos convertido en fuego. Cree que ya está; ve perfectamente adónde vamos, y piensa que hemos apostado todo nuestro dinero a esa teoría. Lo único que tiene que hacer es acabar con ella y nos dejará en cueros.

—De todas formas, lo más fácil sería no tener que pasar por todo ese jaleo, ¿no?

—Sí, está claro. Por suerte no llegó a saberse —dice.

—Sí, qué suerte —digo enarcando las cejas—. ¿Así lo vamos a llamar? ¿Tenemos a una chica muerta en el depósito pero, oye, mira qué suerte has tenido?

McCann me lanza una mirada de asco y no se molesta en responder.

—Siendo justos, McCann ha esquivado una buena bala, la verdad —interviene Steve—. Yo a eso lo llamo tener suerte.

—Y tanto. Está claro que sí. ¿Te amenazó Aislinn con ir a ver a tu mujer?

Está sacudiendo la cabeza, lenta y terminantemente. Esto es terreno firme: no necesita preocuparse por los mensajes de Aislinn porque está diciendo la verdad.

—Nunca.

—Solo lo insinuó.

—No. Ni siquiera eso.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy. Segurísimo. Preguntadle a su amiga la bollo, a quien queráis, a ver si encontráis siquiera media prueba de que Aislinn dijera alguna vez que iba a hablar con mi mujer. Una. Solo una.

—Tenemos dos docenas.

—¿Esas notas? —McCann se ríe en mi cara, con un ladrido a bocajarro—. Hostia, Conway, dime que no eres tan tonta. ¿Cómo puede ser eso prueba de que alguien amenace de algo? A lo mejor, y digo a lo mejor, Aislinn pensaba utilizarlas para intentar disuadirme..., aunque no podéis probar ni eso..., pero no se decidió a hacerlo. Yo no tenía ni idea de que esas notas existieran. Ni siquiera tenía acceso a ellas... ¿Habéis dicho que estaban protegidas con contraseña? Investigación Tecnológica puede revisar las horas en que se abrió la carpeta y demostrar que no concuerdan con las horas en que yo estuve en su casa. Esas notas no son nada.

Ahora soy yo la que meneo la cabeza.

—No importa que tú supieras de su existencia o no. La cosa es que Aislinn podría habérselas mandado a tu mujer.

—Pero no se las mandó. Comprobad el historial de su ordenador, la impresora de su casa, la del trabajo, todo a lo que tuviera acceso. Os apuesto lo que queráis a que nunca llegó a imprimirlas.

—Podría haberlas enviado por correo.

—Venga, pues comprobad también sus mensajes enviados. ¿Creéis que Aislinn tenía la dirección de correo de mi mujer? ¿Me veis cara de tonto?

—O tal vez pasó por tu casa un día que tú estabas trabajando.

—A mi casa no vino. Seguid sus movimientos, buscad a alguien que la haya visto por mi barrio. Buena suerte con eso.

—¿Y tu mujer nos dirá lo mismo?

La pregunta hace que se incorpore en el asiento, con medio cuerpo por encima de la mesa y sacándome los dientes en un movimiento salvaje.

—Por tu vida, no te atrevas a preguntarle eso a mi mujer. Ella no sabe nada de Aislinn y así seguirá siendo. ¿Lo has entendido?

—Es el procedimiento rutinario —digo levantando las manos—. Tengo que seguir todos los indicios.

—Sigue lo que te dé la gana. Pero como vayas a contarle a mi mujer lo de Aislinn, acabo contigo. ¿Me estás oyendo?

—Mira tú —digo con un punto de risa burlona—. Parece que, después de todo, sí que sería un problema que tu mujer se enterase de tu aventura.

Cierra la mandíbula como un cepo. Tiene ganas de pegarme. Me quedo mirándolo a mi vez, todavía sonriente, y rezo por que lo intente.

Al cabo de un momento, aparta la vista, vuelve a sentarse y estira el cuello a un lado y a otro.

—Si tenéis que hablar con mi mujer, hablad con ella. Pero evitad mencionar la aventura. Hasta dos inútiles como vosotros pueden hacerlo. Preguntadle si le ha llegado alguna carta anónima, si ha recibido alguna llamada de desconocidos. Puedo deciros lo que os dirá, pero si queréis sentirnos como niños mayores por un día...

—Tío, si no quieres que hablemos con tu parienta, no nos obligues. Habla tú con nosotros.

—¿Y qué es lo que estoy haciendo?

—Vale. ¿Dónde estuviste el sábado por la noche?

Al curvar el labio superior en una sonrisa, le sale un mohín. Se recuesta en la silla, cruza los brazos y ríe mirando hacia el techo.

—Por fin vamos al grano. Ya era hora, joder.

—¿Dónde estuviste?

—¿No vas a leerme mis derechos?

—Si quieres. No está obligado a responder a nada que no desee, pero quedará constancia por escrito de todo lo que diga y podrá ser utilizado como prueba ante un tribunal. —Me gano otro bocanada de risa envenenada—. ¿Dónde estuviste el sábado por la noche?

—No es de vuestra incumbencia.

Es inteligente: si no nos da coartada, no tendremos nada que desmontar.

—«Sin comentarios» —digo—. ¿Eso es lo que nos estás diciendo?

—No, solo digo que no es de vuestra puta incumbencia.

—¿Qué dirá tu mujer cuando le preguntemos si estabas en casa?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

—A ver, tío, que no estamos intentando pillarte —le dice Steve adelantándose en el sitio—. Te lo estamos preguntando. Si puedes demostrar dónde estabas, podemos zanjar la cuestión. Ya encontraremos la forma de que no salga a la luz nada de esto. Pero no podemos hacerlo si no conocemos la historia.

McCann le lanza una mirada como si no pudiera creer que Steve esté realmente intentando colarle ese gol.

—No tengo nada que decir sobre la noche del sábado. Salvo que nunca le hice daño a Aislinn. Y punto. Podemos pasarnos aquí un año entero que no voy a deciros nada más.

—No será tan sencillo. ¿Te acuerdas del testigo que te vio merodear por

Stoneybatter en las últimas semanas?

—¿Y?

—Ese mismo testigo asegura que te vio salir del callejón paralelo a Viking Gardens el sábado por la noche, a las ocho y media pasadas.

Me gano un resoplido.

—Rory Fallon, ¿no?

—Lo reconociste, ¿eh?, ¿cuando lo trajimos a comisaría?

Sacudida breve de cabeza, chasquido irónico de la lengua: no va a caer en la trampa.

—Qué va. Según me ha contado Bres, parece que Fallon también ha estado dándose sus vueltas por Stoneybatter en las últimas semanas. Merodeando y espiando ligeramente, ¿no? —Ninguno de los dos respondemos. McCann asiente, satisfecho—. Lo que significa que era posesivo con Aislinn. Yo diría aún más: estaba obsesionado. Es probable que me viera entrar o salir de su casa una noche, ¿no? —No apartamos la vista—. Ya. Eso tuvo que volverlo loco de celos. El sábado por la noche, cuando llegó a su puerta, lo primero que hizo fue sacarle el tema, preguntarle a quién más estaba viendo. La pobre Aislinn no lo negó..., o no con suficiente ahínco, y... —Una mano que se cierra en un puño y se levanta ligeramente de la mesa, apenas unos centímetros, retorciéndose—. No me extraña que diga que me vio el sábado por la noche. Os contará cualquier cosa que os haga buscar en otra parte. Y vosotros sois tan tontos que lo creeréis. Por suerte, ningún jurado se lo tragaría.

—Nadie ha dicho que nosotros creamos nada —replica Steve, y los tres notamos el tono defensivo que le debilita la voz—. Solo estamos hablando.

McCann se recuesta en la silla y se mete las manos en los bolsillos, con una comisura del labio apuntando hacia arriba. No se molesta en intentar borrar la cara de triunfo. Se cree que ya ha visto todas nuestras cartas, que se ha mantenido firme y ha conseguido esquivar el golpe.

—¿Qué creéis que va a pasar cuando el resto de la brigada se entere de que habéis estado *solo* hablando conmigo? ¿Por unos cuantos polvos?

—Venga, hombre —dice Steve, que está prácticamente rogándole—. Eres un testigo. Teníamos que hablar contigo, y lo sabes.

—Yo no soy testigo de nada.

—Conocías a la víctima. Te estabas acostando con ella. No podíamos dejar...

—Si me lo pedís con mucha amabilidad —dice—, y no os dedicáis a intentar hundir mi matrimonio, olvidaré que esto ha pasado.

—No le diremos nada a tu mujer sobre Aislinn, te lo juro.

—Es una buena decisión —dice, y se estira y rota los hombros hacia atrás—. Ya hemos acabado, ¿no?

Steve me lanza una mirada rápida e insegura.

—No —contesto firme—. Ya que estamos aquí, mejor que terminemos.

—¿Cinco minutos más? —le pregunta Steve—. Te juro que no será más, solo

tenemos un par de...

McCann ríe y extiende los brazos.

—¿Queréis un último intento? Venga, probad.

—Gracias —dice humildemente Steve—. O sea no, nosotros no..., eso solo...

—Quiero preguntarte por Aislinn —intervengo—. Por lo que le pasaba por la cabeza.

Suelta un resoplido.

—Conway, esta mierda de la psicología, te lo digo de corazón, tienes que superarlo. Rory Fallon se obsesionó con ella y perdió la cabeza. Todo lo demás, qué pensaba Aislinn o qué no, no es problema tuyo. A nadie le interesa.

—Puede que tengas razón. Pero ilumíname, por favor. —Vuelve a acomodarse en la silla con un suspiro de penitente—. Nos has dicho, hace apenas unos minutos, que cuando alguien intenta llevarte a la cama te dice que te quiere..., como te lo dijo Aislinn a ti..., y que lo más probable es que sea mentira podrida. Siempre hay intenciones ocultas, ¿no?

—Exacto. Aunque Aislinn no intentaba llevarme a la cama. Eso pasó porque pasó.

—Al principio comprobaste si tenía antecedentes porque pensabas que tal vez tuviera intenciones ocultas, ¿no?

—Así es. Y salió limpia.

—Sí, claro. ¿Y con eso ya te quedaste tranquilo? ¿No volviste a dudar? Una chica así, con un tipo como tú, y ¿de verdad creíste que estaba limpia de polvo y paja?

—A lo mejor lo creía de verdad —me dice Steve evaluando a McCann con la mirada—. Las hormonas, colega, que confunden el cerebro.

—Ah, pero él dudaba. Él dudó todo el tiempo. Se odiaba por ello, intentó parar..., ¿verdad, McCann? Pero no pudo. ¿Sabes lo que creo? Que, en el fondo, lo sabía.

Curva el labio superior.

—¿Creéis que no sé lo que pretendéis? Hay que tener valor para intentar venirme a mí con esta mierda. Id a jugar otro ratito con Rory Fallon, a ver si Bres os enseña cómo se hacen las cosas, lo mismo hasta aprendéis algo. —Aparta la silla de la mesa—. Yo he acabado aquí.

Steve saca la fotografía de la familia de Des Murray del bolsillo del traje y la pone sobre la mesa.

—¿Reconoces a alguna de estas personas? —le pregunta.

McCann se inclina y coge la fotografía de mala gana, dispuesto a lanzársela de vuelta tras un solo vistazo, pero la imagen lo atrapa; mientras la sujeta entre las yemas de los dedos, nosotros observamos su cara, que consigue mantener inmóvil a base de fuerza de voluntad cuando reconoce a Evelyn y luego a Des, y se devana la cabeza para saber qué leches tiene esto que ver. Hasta que nota el parecido en la niña regordeta de sonrisa vacilante. Vemos el temblor que le recorre la mente, y que surge de lo más profundo de sus cimientos, cuando por fin empieza a entender.

Steve señala a Desmond Murray con el dedo.

—¿Puedes identificar a este hombre?

McCann no lo oye.

Me inclino y señalo también en la foto.

—McCann, ¿quién es este?

Parpadea y responde con voz pastosa, como si tuviera la mente demasiado ocupada para accionar bien la boca:

—Se llama Desmond Murray.

—¿De qué lo conoces?

—Ya lo sabéis.

—Queremos oírlo de tu boca.

—Desapareció. Hace mucho tiempo. Yo trabajé en su caso.

—¿Y ella? —Muevo el dedo a Evelyn Murray—. ¿Quién es?

—La mujer, Evelyn.

—¿Y esta? —Tengo el dedo en Aislinn.

Steve está inclinado a mi lado en la mesa, los dos pegados a la cara de McCann, observando cada tic. Se hace un silencio largo hasta que contesta:

—Esa es la hija.

—¿De nombre?

Toma aire.

—Aislinn.

Un segundo de silencio mientras cala en el ambiente.

—¿De verdad no la recordabas? —pregunta Steve dudoso—. Ya sé que había crecido y eso, pero ¿la cara no te sonaba de nada? ¿El nombre? ¿Nada?

McCann tarda un momento en negar con la cabeza, de lado a lado.

—Ella sí se acordaba de ti. —No puede parar de menear la cabeza—. Por eso te eligió a ti en el Horgan's, no porque fuera una calentapulis y tú detective. Porque quería saber qué le pasó a su padre.

—Yo me pregunté si no habría empezado al principio por pura curiosidad —dice Steve—, o como una forma un tanto desquiciada de sentirse más cerca de su padre... —Eso último provoca en McCann una fugaz contracción de dolor en la comisura de los labios—. Y que luego, conforme fue conociéndote, se volvió real. —Suelto un resoplido, incrédula—. Oye, cosas más raras se han visto. ¿Te lo estás preguntando tú también?

McCann levanta un segundo la cabeza para mirar a mi compañero y el destello de esperanza en sus ojos es terrible.

Vuelvo a coger el teléfono y voy pasando las fotos metódicamente, sintiendo la lucha interna de McCann por no mirar, hasta que llego al cuentecito que Aislinn le dejó a Lucy.

—Mira, lee esto —digo, y se lo paso.

Cierra los ojos en una ocasión, un segundo, mientras lee. Cuando termina, alarga

la mano y deja el teléfono sobre la mesa a cámara lenta, como borracho. No nos mira.

—¿Reconoces la letra? —pregunto. Asiente con la cabeza—. ¿De quién es?

Deja pasar un segundo.

—De Aislinn.

—Sí. ¿Y quién es el malo de la historia? ¿El que le jodió la vida y ahora ella pretende jodérsela a él? Sabes quién es, ¿verdad? —No dice nada. Oigo su respiración, fuertes exhalaciones por la nariz contra el aire viciado y recalentado. Al ver que no va a responder, contesto yo—: Eres tú, McCann. ¿Lo entiendes?

Nada. Tiene las manos sobre la foto, tapándola para no tener que verla.

Me inclino más sobre la mesa y le doy un golpecito delante de él.

—Atiende ahora. Quiero que te quede bien claro por qué ha pasado todo esto. —Una batida de párpados; tiene presentimientos borrosos, pero no bastan, y se muere por oír el resto—. ¿Recuerdas hablar con Aislinn del caso de su padre?

—Yo nunca mencioné ningún nombre.

Me río con ganas. De todas las cosas que pueden preocuparle elige esa: no vayamos a pensar que es muy poco profesional.

—Ni falta que hacía. Aislinn sabía perfectamente de quién hablabas, para algo condujo ella misma la conversación hasta ahí. ¿Recuerdas lo que le contaste?

Sacude la cabeza mientras intenta pensar.

—Que acabamos localizándolo en Inglaterra —dice—. Que lo encontramos con la querida... Aislinn no dijo nada, ni una palabra. No pestañeó. Se limitó a escuchar, asintiendo...

—Era muy buena —digo—. No puedes ni imaginarte lo bien que se le daba. ¿Recuerdas contarle tu conversación con su padre? ¿Que te pidió que les dijeras a su mujer y a su hija que estaba bien pero tú decidiste callarte?

Levanta la vista para mirarme a los ojos.

—Tú no conociste a Evelyn Murray. Era una criatura delicada, la más tímida y dulce que puedas echarle a la cara... Como salida de un libro antiguo, de esas que mueren al final de tisis o algo parecido porque el mundo la supera. Estaba hecha de cristal. —Al ver mi sonrisa creciente, añade—: Vete a la mierda. No me la tiré. Nunca le puse un dedo encima, ni nunca se lo habría puesto.

—Lo que tú digas. Y si tanto te importaba, ¿por qué no le transmitiste el mensaje?

—Porque descubrir que su marido la dejó por otra más joven la habría matado. La habría dejado hecha trizas. No estaba dispuesto a hacerle eso.

—Pero no tuviste problema en apoderarte del resto de su vida. Todo lo que hizo desde que apareciste por su puerta, todos los pensamientos que le pasaron por la cabeza, tenían encima tus huellas. Y tú lo sabías.

Estoy echada sobre la mesa, que está diseñada especialmente para ser lo suficientemente estrecha para acercarme y poder ver cada pelo grueso de la barba de este hijoputa; huelo hasta el té de su aliento, el olor a tabaco rancio de su ropa y el hedor acre de la rabia y el terror en su sudor; estoy tan cerca que podría hacer sangre

de doce maneras distintas.

—Sé sincero contigo mismo, McCann: mantuviste la boca cerrada por eso, ¿no? Como no podías tener a Evelyn, te encantaba la idea de poseer el resto de su vida. Cada vez que se despertaba preguntándose si Des entraría ese día por la puerta, cada vez que saltaba al oír el timbre del teléfono, cada noche que soñaba que había muerto, era tuya. ¿Pensaste alguna vez en eso cuando tu mujer te puteaba y tú estabas tendido a su lado fantaseando con la delicada y pequeña Evelyn? ¿Te ponía saber que, hiciera lo que hiciese, pensara lo que pensase, eras tú quien la obligaba a hacerlo?

Está mirándome con sus ojos azules inyectados en sangre: nunca había visto tanto odio reconcentrado, al menos no dirigido a mí. Solo lo he visto tan íntimo entre parejas o familiares. Le he metido el dedo entre las costillas, en sus sitios más ocultos. Lo tengo en el bote.

—Vete a la puta mierda —dice en tono lento, la mandíbula apretada, y directo a mi cara—. Lo hice por su propio bien. ¿Tú sabes lo que me dijo él sobre su mujer? ¿La excusa que puso? Que ella llevaba diez años quitándole la vida, ahogándolo. Que estaba enloqueciendo, que unos meses más en esa casa y se habría vuelto majara. ¿Crees que tendría que haberle dicho eso? ¿Para que eso se adueñara del resto de su vida? No era una mujer capaz de dejarlo estar, de pasar página. La habría destruido. Por lo menos, gracias a mí, conservó cierto respeto por sí misma, recordando su matrimonio como ella creía que había sido. Le di algo a lo que aferrarse.

—Ya, pero Aislinn iba en el mismo paquete. Nunca te paraste siquiera a pensarlo, ¿verdad? También te apoderaste de la vida de la hija. Todos los días eran lo que tú habías hecho de ellos, y eran una mierda. Y entonces creció y quiso buscar respuestas, y cuando descubrió quién había estado ocultándoselas deliberadamente, ya era demasiado tarde.

Tiene la boca abierta. Contemplamos el momento en que algo afilado y reluciente estalla con un tremendo rugido dentro de su cabeza, con cascotes dentados volando por doquier e incrustándose en los puntos más blandos.

—Te diré lo que decidió Aislinn la noche en que tú le contaste esa historia. Decidió que ahora sería ella la que convertiría tu vida en lo que le saliese a ella del coño. Y por eso empezasteis a follar. Y no porque, oh, a veces se pilla cacho, sino porque Aislinn se imaginó que sería más fácil mangonearte si te encoñabas, literalmente, con ella. Y no se equivocaba. Casi te tenía, ¿eh? ¿Cuándo pensabas decirle a tu mujer que se había acabado? ¿Iba a ser esta semana? ¿Hoy? —Se niega a hablar. Me acerco más y digo, con voz tranquila pero muy clara—: Era todo mentira. Cada vez que Aislinn te besaba, cada vez que se acostaba contigo, que te decía que te quería, tenía que hacer de tripas corazón para no vomitar. Se obligó a pasar por todo eso para tener la oportunidad de darte tu merecido. —McCann tiene la cabeza agachada, en un vaivén oscilante, y los hombros encorvados, como un animal que se desangra pero intenta mantenerse en pie—. ¿Entiendes ahora por qué guardaba esas fotos? —Y esa respiración suya, como salida de un hospital, en medio de la bonita

sala color pastel—. Tenías razón: iba a enseñárselas a tu mujer si no conseguía que la dejaras por tu cuenta. De una forma u otra, iba a acabar con tu matrimonio. Y luego iba a recibirte con los brazos abiertos y a decirte que tu mujer nunca te mereció y que tu vida sería mejor con alguien que te tratara bien. Y en cuanto las aguas volvieran a su cauce, despacharas los papeles del divorcio y tus hijos te odiaran por pegársela a su madre y no hubiera ya posibilidad alguna de que tu mujer te dejara volver, entonces, y solo entonces, Aislinn iba a mandarte a tomar por culo y a dejarte tirado en la mierda que sería tu flamante vida.

Nada, solo esa respiración laboriosa. Ya está, no queda nada de McCann: entre Aislinn y nosotros, nos hemos quedado con todo. Si habla, lo hará desde esa tierra de nadie sofocante a la que lo hemos arrastrado.

—Estabas enamorado de ella, ¿verdad? —pregunta Steve en voz baja.

McCann levanta la cabeza y mueve los ojos de uno a otro como si fuera ciego. Abre la boca, coge un poco de aire y lo retiene un momento largo antes de decir:

—Sin comentarios.

Se queda en el aire como una mancha oscura. La sala parece distorsionada y malsana, todos esos bonitos colores y los detallitos almibarados esforzándose por ocultar el armazón blanco y burlón de sala de interrogatorios, mesa, sillas, cámara, falso espejo...

—Cuando llegaste y viste que estaba preparándose para recibir a Rory, ¿te pilló por sorpresa o ya tenías tus sospechas?

—Sin comentarios.

—Venga, hombre, habla con nosotros. ¿Qué te dijo ella? ¿Que te fueras y no volvieras más? ¿Se rio de ti por pensar que una mujer como ella podía quererte? ¿Qué?

—Sin comentarios.

Ni siquiera se esfuerza ya por mirarnos. Está con la vista clavada en la pared de atrás, los ojos vacíos, y ha movido el dial para que todo lo que digamos suene como un mero balbuceo lejano. He visto esa mirada antes en violadores y asesinos. Esos a los que es imposible socavar porque saben lo que son y no intentan luchar contra su naturaleza.

—¿Dónde estuviste el sábado por la noche? —pregunta Steve.

Los dos pegamos un respingo con el ruido del pomo al girar. McCann ni se inmuta. En el umbral ha aparecido Breslin, con la lluvia destellando desde su abrigo negro y sonriéndonos a los tres.

—Mac, te necesitan abajo en la sala —dice Breslin; su compañero levanta la vista e intercambian por un segundo una mirada que nos deja totalmente al margen—. Ve yendo tú, ahora te alcanzo.

McCann consigue levantarse como puede, articulación a articulación, y se dirige a la puerta. A su paso, su compañero le da una palmadita rápida en la espalda a la que asiente como un autómeta.

—El interrogatorio finaliza a las 15:24 —dice Breslin dando dos zancadas hasta la cámara para apagarla; luego, mientras va hacia el dispensador de agua, añade—: Vaya, vaya, vaya. Mira quiénes vuelven a ser amiguitos. Qué entrañable.

—Me gustaría saber qué te hizo pensar que ya no lo éramos —respondo.

—Tendrás que perdonarme si ahora mismo me importa un carajo vuestra relación. Acabáis de tener el valor de acusar a mi compañero de...

—Ya hablaremos de eso cuando yo lo diga. Ahora lo que quiero saber es cuál de los refuerzos te fue ayer con el cuento de que Moran y yo nos habíamos peleado.

—Reilly —contesta Steve—, ¿no? Paró de teclear en cuanto empezamos a discutir.

Lo recuerdo, ese repentino silencio pesado en el cerebro donde justo antes me había aporreado su claqueteo estúpido.

—Ya os dije que Reilly era una lumbrera —dice Breslin—. No como yo, al parecer. Me he tirado veinte minutos en el Top House hasta que me he caído del guindo. Muy buena, Conway: te ha salido una cabeza hueca de Dublín sur muy convincente. No sabía que tuvieses ese talento. —Levanta el vaso de agua hacia mí—. Pero he tenido suerte con el tráfico. He vuelto a tiempo de no perderme lo mejor de la función. —Debe de vislumbrar un asomo de sorpresa en uno de los dos porque ríe—. ¿Creíais que volvería de mi excursioncita y entraría con el ariete para salvar a Mac de los dos temibles justicieros? He estado en la sala de observación. Porque sabía que Mac no necesitaba que lo salvarsen, puesto que no ha hecho nada... Bueno, aparte de meter la polla donde no debía, que según tengo entendido no es un delito que te valga la horca. Pero creo que todos podemos coincidir en que lleva unos días un tanto difíciles, así que, en cuanto os habéis tirado a la yugular y habéis ido a

reventarle los nervios, me ha parecido que era el momento de pedir tiempo muerto. —Va hacia la mesa, coge la foto de familia de los Murray y le echa un buen vistazo—. Ajá, no me extraña que Mac no la reconociera. —Lanza la foto de vuelta a la mesa y la ignora cuando falla y cae al suelo—. Vaya, y yo todo este tiempo creyendo que éramos un equipo. Todo este tiempo con esa agradable sensación de afecto por lo bien que nos estaban saliendo los interrogatorios con Rory. Y era esto lo que teníais en la cabeza. Decidme: esta mañana, cuando os habéis mirado al espejo, ¿no habéis notado un regusto de vómito en la garganta? —Breslin haciendo lo que se le da mejor; es una sensación extraña, parecida en parte al duelo, no tener ni la menor gana de pegarle en la cara—. Y yo todo el tiempo pensando que trabajábamos juntos y disfrutando de esos bonitos interrogatorios, y vosotros ocultándonos esto. ¿Quiénes sois para criticar a nadie? —Abre los ojos de par en par y me señala con el dedo—. No, Conway, no. No intentes darle la vuelta y echarme a mí la culpa. Acabas de demostrar que tenía toda la razón callándome la boca. Este interrogatorio... —Tuerce la boca en una mueca de asco y la baja con un sorbo de agua—. Venga, dímelo tú: ¿qué crees que has conseguido con este interrogatorio?

—Tenemos suficiente para pedir una orden de registro de la casa de McCann.

Breslin lo piensa y asiente.

—Sí, muy bien, una orden. ¿Y qué piensas encontrar allí?

—¿Los guantes de cuero marrón que McCann lleva todo el invierno poniéndose y que no he visto en toda la semana? O encontramos sangre de Aislinn en ellos o directamente no los encontramos.

—Vaya —dice Breslin arqueando las cejas—, impresionante. Seguro que si Mac se entera, se cagará encima. ¿Queréis que os ahorre la molestia? ¿Queréis saber lo que pasó de verdad?

—Me encantaría. Pero de boca de tu compañero.

Chasquea la lengua.

—Eso no va a poder ser. Mac no es tan tonto como para dejar constancia por escrito... Si os soy sincero, después del numerito que os acabáis de marcar, me sorprendería si vuelve a hablaros en la vida, oficial o extraoficialmente. Pero creo que a todos nos simplificaría la vida que conocierais los hechos.

—Ya, y todo sin grabar, sin poder contrastarse, testimonio de oídas, inadmisibles ante un tribunal.

—Eso es lo que hay. ¿Lo quieres oír o no?

En el fondo no quiero. Cuando McCann ha salido de la habitación se ha llevado algo consigo, una especie de energía oscura y feroz que crispaba el aire. Sin él, la sala se ha quedado mustia, débil y torpe. Solo quiero irme y seguir andando, hacia cualquier sitio donde no tenga que pensar qué es lo siguiente ni ver el careto arrogante de Breslin. Me reclino en la silla y me froto la cara con las manos, intentando recuperar un ápice de esa energía perdida.

—Vale, oigámoslo —dice Steve.

—No lo digas como si me estuvieras haciendo un favor.

—Nos gustaría saberlo.

—¿Conway?

—¿Por qué no? —digo, y me aparto las manos de la cara, pero no tengo fuerzas para incorporarme en la silla.

Breslin no se une a nosotros en la mesa y, en cambio, tira el vaso de agua a la papelería, se mete las manos en los bolsillos y empieza a ir de un lado a otro, con paso ocioso, como el profesor enrollado que explica algo a sus entusiasmados alumnos.

—El sábado por la noche Mac estuvo cenando con su familia y luego decidió ir a ver a Aislinn. Llegó allí sobre las ocho menos cuarto, más o menos... No miró la hora. Entró en la cocina por la puerta trasera, como tenía por costumbre. Las luces estaban encendidas y vio que parecía andar preparando la cena, pero ella no le dijo nada ni salió a su encuentro.

Mac fue entonces al salón y se la encontró allí tirada con la cabeza abierta en la chimenea.

—Debió de quedarse conmocionado —dice Steve.

Breslin le dispara una mirada suspicaz, pero mi compañero pone cara de palo.

—Pues sí, así es. Lo normal.

—La mayoría de la gente se habría desmoronado.

—La mayoría de civiles sí. Mac estaba destrozado, pero mantuvo la sangre fría, y eso no lo convierte en un asesino, sino en un poli.

—Y se encontró con la mesa puesta para una cena romántica —apunto—. Eso también tuvo que ser una conmoción. ¿Qué le pareció eso?

—No le pareció nada, Conway —me dice con una voz que insinúa que su paciencia no es infinita—. Porque a lo mejor ni siquiera se paró a pensar en eso habida cuenta de que tenía el cuerpo de su novia allí tirado en el suelo; seguramente dio por hecho que la cena era para él, por si decidía aparecer, cosa que a veces hacía. Pensó que alguien había logrado colarse en la casa, algún perverso, o más probablemente un yonqui..., seamos sinceros, no es el barrio más apacible del mundo..., y que Aislinn se había llevado la peor parte. Ya después sí consideró la idea de que tal vez hubiese estado viéndose con otro a escondidas y la cosa pudo haberse torcido; pero en el momento ni se le pasó por la cabeza. Como bien ha señalado Moran, había sufrido una conmoción.

—¿Estaba viva? —pregunta Steve.

Breslin sacude la cabeza.

—Lo primero que hizo Mac fue comprobar el pulso y la respiración... Así que sí, es probable que se llenase de sangre los guantes y que hasta los haya tirado por eso. Estaba muerta.

Minutos u horas, dijo Cooper, debió de progresar a una velocidad considerable. De momento todo cuadra. Es mentira podrida, pero un jurado se lo tragaría.

—Así que avisó rápidamente y pidió que fuera un equipo de detectives al lugar de

los hechos —digo.

Me mira fijamente, con sus ojos claros tan fijos y helados que no parpadea.

—No te pases de lista, Conway, haz el favor. No es el momento. A lo mejor crees que es lo que tú habrías hecho en su lugar, pero no es verdad. Si Mac hubiera avisado, se habría visto implicado en una investigación por homicidio, o sea, que habría tenido que trabajar en una oficina hasta que se cerrara el caso, independientemente del tiempo que durase la investigación. Si el caso no se aclaraba, sus días como policía de Homicidios habrían acabado: no hay forma de ser un investigador eficaz cuando tú mismo estás bajo sospecha. Habría perdido a su mujer y sus hijos. Y es muy probable que hubiera acabado en juicio; incluso existía la posibilidad de acabar ¡en la cárcel! ¡De por vida! ¿Y por qué? Él no había hecho nada, ni tenía ninguna información que aportar a la investigación. Se habría condenado a sí mismo a la picota, personal y laboralmente, ¡por nada! Si tú te consideras tan santa, me alegro por ti. Pero yo no estoy tan convencido.

Lo que no pienso decirle a Breslin: no tengo ni idea de lo que habría hecho. Puedo imaginármelo con la claridad de una pesadilla: estar en medio del naufragio sangriento de otro, sintiendo que va subiéndome rápidamente por los tobillos, las pantorrillas, mientras solo puedo pensar: «¡No!».

Le sostengo la mirada.

—Lo que yo habría hecho no importa. ¿Qué hizo McCann?

—Primero aseguró todas las habitaciones, por si el agresor seguía dentro, pero no había nadie. Cuando se aseguró de que se había ido, lo limpió todo para deshacerse de sus huellas viejas... Dios Santo, Conway, necesito que quites esa cara de superioridad y de reproche. Viéndola, no me concentro.

No tengo ninguna cara de nada; solo lo dice para cabrearme.

—Si no te gusta mi cara, siempre puedes mirar a Moran. O cerrar los ojos, lo que prefieras.

Breslin suspira, sacude la cabeza y me da la espalda con mucho aspaviento para volverse hacia Steve y fijar toda la atención en él.

—Así que McCann limpió las huellas. Echó un vistazo también por el cuarto de Aislinn para ver si había guardado alguna nota de él, cosa que no había hecho... Al menos, no en los lugares más evidentes. Consideró la opción de quedarse un rato por si volvía el agresor, pero decidió que era bastante improbable y no merecía la pena arriesgarse.

—¿Por qué apagó la cocina? —pregunta Steve, todo él un ceño fruncido de dilema—. Lleva mosqueándome desde el principio.

—Para que no se perdiera ninguna prueba —dice, a lo que yo resoplo, incrédula—. Las huellas no lo son todo, Conway. McCann sabía que el asesino podía haber dejado ADN, pelos, fibras, cosas valiosas; no pensaba destruir todo eso. Y no quería que la casa saliera ardiendo y quemara a Aislinn viva, en el caso, muy remoto, de que estuviera equivocado y en realidad siguiera con vida. Y... —Breslin esboza una

sonrisilla triste—. Él no me lo dijo, porque sé que a Mac le gusta tanto parecer un blando como a ti o a mí, pero estoy seguro de que no pudo soportar la idea de que el cuerpo de Aislinn se quemase. Ya sabéis que le había cogido cariño.

—Aaaja.

Casi espero que Steve me haga un gesto de que no me pase, pero no se mueve. Ya ha superado lo de querer ser colega de Breslin.

—¡Conway, para ya! Ya sé que odias esta brigada y a todos los que trabajamos en ella, pero piensa como una puta poli por un segundo en vez de como una adolescente marginada que por fin ha conseguido que las chicas populares se chupen una. Si Mac hubiera matado a Aislinn, ¿habría apagado la cocina? La habría subido al máximo con la esperanza de que la casa se quemase hasta los cimientos.

—¿Y qué hizo luego? —pregunto.

Breslin suspira a través de sus dientes apretados.

—Salió por la puerta de atrás, la cerró con llave y se fue a su casa. No os molestéis en buscar en las grabaciones de seguridad, que no lo vais a encontrar. Ni el sábado por la noche ni ninguna otra noche. Es muy fácil ver dónde están las cámaras y planear una ruta para sortearlas. Si la cosa llegaba al divorcio, Mac no pensaba darle a su mujer nada que un sabueso privado pudiera utilizar en su contra.

Cuadra, y tanto que cuadra. Igual que la historia de McCann, la de Rory y la de Lucy. Tantas historias... Las noto zumban por las esquinas del techo como avispones del tamaño de puños, describiendo círculos ociosos, ahorrando energías. Me dan ganas de sacar la pistola y matarlas una a una, poco a poco, vaporizarlas hasta convertirlas en espirales de polvo negro que caigan en picado y desaparezcan al contacto con el suelo.

—¿Cuándo te contó todo esto?

—Me llamó en cuanto su esposa se fue a la cama. Como comprenderás, Conway, no podía haber mantenido esa conversación mientras atravesaba la ciudad un sábado por la noche. Ni viendo la tele con la parienta en el sofá. Me llamó en cuanto pudo.

—Y tú lo creíste.

Consigo que Breslin se vuelva, como espoleado, para mirarme de frente.

—¡Sí, Conway! Lo creí, y lo creo. En parte por una cosita que se llama lealtad y que se ve que a ti te importa un carajo. Es mi compañero. Si lo pillan con un cadáver a los pies y una pistola humeante en la mano, mi deber es creer que le han tendido una trampa. Pero sobre todo es porque lo conozco. Desde hace mucho mucho tiempo. Tendrás suerte si alguna vez tienes un compañero al que llegues a conocer como yo a Mac. Y te digo que ni de coña la mató él.

Intercambio una mirada de un segundo con Steve. No sabría decir si Breslin se cree toda esa mierda o si intenta convencerse a sí mismo porque necesita ser ese hombre, el caballero andante que da la cara por su compañero contra viento y marea. Lo más probable es que sea lo segundo, así que no habrá quien lo tumbe. A un creyente verdadero puedes hacerle tambalearse si te pertrechas con datos de sobra

para contradecirlo; pero a una fe construida sobre la nada, salvo sobre quién quiere ser esa persona, no hay manera de derrumbarla. Podríamos enseñarle a Breslin un vídeo de McCann machacándole la cara a Aislinn que el caballero andante encontraría la forma de darle la vuelta.

—¿Eso podéis entenderlo? ¿Os cabe en la cabeza?

—Sí. Y tú llamaste a la comisaría de Stoneybatter.

—Sí, fui yo. Y por cierto, McCann sabía que iba a hacerlo y estaba de acuerdo. En cuanto pasó la conmoción inicial, empezó a pensar de nuevo como un poli. Porque él es eso, un poli, no un asesino.

—Ajá. Pero entonces ¿por qué esperasteis hasta las cinco de la mañana? Si McCann te llamó en cuanto se acostó su mujer, ¿de qué hablamos, de medianoche? ¿Por qué esperar cinco horas?

Breslin suspira y levanta las manos.

—Vale, ahí me has pillado. Un punto para ti. Quería asegurarme de estar ahí cuando el caso entrara en la central. Como es normal, McCann no iba a acercarse ni a dos kilómetros de la investigación, si no, podía irse todo al traste...

—Qué honradez la suya... Impresionante...

Breslin me mira con desprecio, pero no se molesta en contestar.

—Pero pensamos que lo mejor era que yo estuviese pendiente de las cosas. Para ver si era necesario que Mac diera el paso al frente en algún momento, ese tipo de... Conway, ¿para qué te molestas en escucharme si vas a reírte de todo lo que diga? ¿No preferirías esperar fuera mientras mantengo una conversación de verdad con Moran?

—Ya, para ver si había algún momento en que pudieses mandar a los detectives del caso a dar palos de ciego, diría yo más bien. Esta semana te lo has tenido que pasar en grande, ¿verdad? Viendo cómo Moran y yo nos perseguíamos nuestros propios rabos...

Breslin se planta ante nosotros con tal rapidez que casi me retraigo en el sitio.

—¿De qué me estás acusando? ¡No te...! —Un dedo en mi cara cuando hago amago de responder—. ¡Mucho cuidadito! ¡Ándate con mucho ojo o te vas a cagar!

Ya estoy bastante harta de andarme con cuidadito. Le aparto el dedo de un palmetazo, con tanta fuerza que veo como se le iluminan los ojos al pensar en pegarme, pero no caerá esa breva. Steve está medio levantado de la silla, aunque tiene la inteligencia de no intervenir.

—Has estado entorpeciendo nuestra investigación. Y eso no es ninguna acusación, es un puto hecho. Has estado haciéndote el poli corrupto para que, en el caso de que encontráramos algo que vinculase a McCann con Aislinn, tuviésemos una bonita vía muerta donde buscar hasta que tú tuvieras a Rory Fallon listo para el horno. Presumiendo de billetes de cincuenta por ahí, dándole esquinazo a Gaffney, inventándote llamadas de teléfono... ¿Eso también te lo chivó Reilly? ¿Fue corriendo a decirte que estábamos investigado a miembros del crimen organizado...?

Breslin se ríe a pleno pulmón, en toda mi cara.

—¿Crees que necesitaba a Reilly para eso? Ya me lo dijisteis vosotros dos. Primero tú, preguntando quién había comprobado el historial de Aislinn y por qué. Y luego el domingo por la tarde, Moran, cuando el jefe os llamó, ¿sabes lo que te dejaste abierto en el ordenador? Una búsqueda de hombres residentes en Dublín con edades comprendidas entre los veinte y los cincuenta y antecedentes de vínculos con el crimen organizado. Y el lunes por la mañana, Conway, me llegaste como una farsante, preocupada por si yo estaba teniendo problemas económicos. ¿De veras crees que soy tan tonto como para no poder sumar dos más dos?

Con el rabillo del ojo veo la cara de Steve, roja fuego. La mía seguramente vaya a juego: yo por ahí atizando cada sombra que veía, preparada para que cayera sobre mí un venenoso nido de espías conspirando en mi contra, y lo único que estaba pasando es que yo había sido muy descarada y a Steve se le olvidó darle al SALIR.

Breslin retrocede y extiende las manos.

—Si crees que he entorpecido tu investigación, adelante, presenta una queja. ¿Qué piensas poner? ¿Que Breslin pagó un bocadillo como no debía? ¿Que no quería tener a Gaffney encima? —Se le ha dibujado una sonrisa maliciosa—. Lo siento, muchachos, pero si visteis algo chungo, eso es cuestión del cristal con que se mira. Y si os pusisteis a perseguir fantasmas, eso es cosa vuestra. No es problema mío.

Ninguno respondemos. Todavía huelo su *aftershave*.

—Si no tenéis con qué respaldar vuestra queja, entonces creo que me debéis una disculpa.

—Ahora te vamos a contar nosotros una historia, y verás que es mucho mejor que la tuya.

Contrae la cara en una mueca de puro descreimiento.

—¿De qué estás hablando? Aquí el tema no es a ver quién cuenta la mejor «historia», Conway. El tema es saber lo que pasó de verdad el sábado por la noche. Y eso ya os lo he dicho yo.

—Anda, hazme el favor. No te preocupes, la nuestra es también mucho más corta.

Breslin suspira, lenta y ruidosamente, y retira con muchos aspavientos las tazas de la mesa auxiliar para poder apoyar el trasero.

—Muy bien —dice cruzándose de brazos—. Adelante. Deslumbradme.

—El sábado por la noche, McCann cenó en su casa y luego decidió ir a ver a Aislinn. No la había avisado pero, en teoría, no importaba: ella tenía que estar disponible siempre que él quisiera. Llegó sobre las siete cuarenta, cuando Rory salía del callejón para ir al Tesco. McCann saltó la tapia y entró por la puerta trasera, como tenía por costumbre. —Breslin va asintiendo a todo y mirándome con ojos desencajados por el escepticismo: ¿no es lo mismo que él acaba de contarnos?—. Espera. Ahora viene lo bueno. Se encontró a Aislinn de punta en blanco, haciendo la cena, pero ella no le dio la bienvenida que él esperaba: se hizo evidente que no quería que estuviese allí. McCann fue al salón para ver qué estaba pasando y se encontró con la mesa puesta para una cena romántica que supo perfectamente que no lo incluía

a él.

—A esas alturas toda su vida dependía de Aislinn Murray —interviene Steve—. Estaba a punto de dejar a su mujer y a sus hijos...

—Yo diría que eso ya lo sabía Breslin —le digo a mi compañero mientras el otro clava los ojos en el techo, hastiado.

—McCann había roto en pedazos lo que creía que sería el resto de su vida —dice Steve—, lo había tirado a la basura y lo había reescrito desde cero para Aislinn.

—*Pringao* —le digo en un aparte a mi compañero, mientras veo cómo destella la rabia en los ojos de Breslin.

—Y ella le prendió fuego a todo —termina Steve.

—Me pregunto qué llegó a contarle —digo.

—Desde luego no toda la historia. Lo de su padre no. Ya viste la cara que puso McCann cuando se lo contamos. Esa sí que era conmoción de la buena.

—Sí, sí, a esa parte no llegó. Pero yo diría que ella le dejó bastante claro que habían terminado y que se fuera de allí cagando leches para poder cepillarse en paz al noviete nuevo.

—Auch —dice Steve encogiendo la cara de dolor—. No me extraña que se le fuera la cabeza.

—A cualquiera le habría pasado. A cualquiera. Hasta a mí.

—A la mayoría de la gente se le habría ido más aún. ¿Un segundo de descontrol, un puñetazo? Eso no es nada. Quién podía saber cómo iba a acabar la cosa.

Breslin sigue recostado con los brazos cruzados y mirándonos con los párpados entornados y una sonrisa irónica que le curva una comisura.

—Es una historia muy bonita. Entonces ¿solo fue un homicidio involuntario de nada, no tiene importancia, y Mac debería dar la cara y aceptar la bofetada en la mano como un niño bueno?

—¿Y tú qué crees que debería hacer? ¿Callarse la boca y volver a la brigada y con su mujer como si no hubiera pasado nada?

—Pues sí, justamente. Porque tu bonita historietita se desmorona en cuanto la examino como un detective *de verdad*. Psicológicamente, no tiene ningún puto sentido, y aunque por lo general me importan una mierda los rollos psicológicos, como no tienes nada más, imagino que habría que prestarle un poco de atención. Lo primero —levanta un dedo—: ¿por qué Mac iba a sorprenderse tanto de lo de Rory? ¿Hasta el punto de pegarle un puñetazo a una mujer en la cara para matarla? Mac no estaba enamorado de Aislinn. Si no lo creéis, él ya ha reconocido que le dijo que podía salir con otros si quería... Yo más bien me fijaría en el hecho de que ella invita a Rory a su casa, donde sabía que Mac podía aparecer en cualquier momento, en vez de ir a la de él. Si no lo creéis, tenéis el testimonio de Lucy de que Mac podía acceder al teléfono de Aislinn porque le había pedido específicamente poder leer sus mensajes. En su móvil había varias semanas de mensajes de y para Rory, incluido cuando quedaron para cenar en su casa. ¿Y decís que lo de Rory le sorprendió tanto

como para que se le fuese la cabeza de esa manera?

—Cuando el librero entró en escena, McCann ya no leía los mensajes de Aislinn. Le daba demasiada vergüenza, aparte de que nunca había encontrado nada de valor.

—Sí, ya he visto cómo lo humillabas al respecto. Ahí sí que lo habéis pillado bien. Buen trabajo. —Breslin nos dedica un par de aplausos a cámara lenta—. Pero si tan preocupado estaba Mac por que ella estuviera con otro, yo creo que habría conseguido superar ese pequeño bochorno y le habría leído los mensajes..., quisiera admitirlo delante de vosotros o no.

—A no ser que Aislinn lo tuviera tan engañado que él no pudiera ni imaginarse que estaba saliendo con otro.

—Vale. Y eso significaría que no es celoso, o sea, que no iba a perder la cabeza por enterarse de algo así. Hemos vuelto al punto de partida: no se sostiene en el plano psicológico. Y el segundo problema. —Levanta otro dedo—. Rory podría haber apagado la cocina porque no le gustaba el olor o porque su mamáita le enseñó a apagar todos los aparatos al salir de casa. Mac no lo habría hecho. No es un civil pusilánime que se desmorone y haga gilipolleces porque sí. Incluso bajo ese estrés, pensó con claridad, lo suficiente para ponerse a borrar las huellas de la casa, recordad. No habría tocado nada sin una buena razón. Si hubiera matado a Aislinn, sabiendo que todas las pruebas forenses lo inculparían a él, quemar la casa podía ayudarlo a librarse, ¿por qué mierda iba a apagar la cocina?

—Para que no se disparara la alarma antiincendios. McCann no tenía nublado el pensamiento, desde luego que no. Necesitaba tiempo para limpiar toda la casa... Y además comprendió que el amiguito de Aislinn podía venirle muy bien. Un novio en el lugar de los hechos, él solito, sin nadie que pueda dar fe de sus acciones, justo alrededor de la hora de autos: joder, tío, es el sueño de todo asesino. —Breslin meneaba la cabeza forzando una sonrisilla de asco puro; ni caso—. El único problema era que, como McCann en realidad no había leído los mensajes de Aislinn, no sabía a qué hora llegaba Rory. Y aunque hubiera consultado el móvil de ella en ese momento y hubiese visto la hora de la cita (cosa que no habría querido hacer porque los peritos podrían haber sabido que lo había hecho y cuándo), eso no le garantizaba que el otro no llegara tarde. Si McCann hubiese dejado la cocina encendida, la alarma podría haberse disparado y podrían haber encontrado a Aislinn antes de que llegara el novio y este pudiera tener una coartada. Aunque hubiese desactivado la alarma, corría el riesgo de que algún vecino o el propio novio vieran el humo y avisaran a una hora en que todavía podía excluirse la participación de Rory. Había que apagar la cocina.

Breslin se encoge de hombros.

—Supongo que se podría afirmar eso. Como he dicho, es una historia muy entrañable. Pero eso es todo, por debajo es puro humo. Podéis demostrar que Mac tenía una aventura con Aislinn. Me alegro por vosotros. Pero en lo que respecta a la noche del sábado, no podéis probar una puta mierda. Tenéis una identificación del sospechoso principal, que tiene todos los motivos del mundo para embaucar a otra

persona en el enredo. Tenéis una historia rara y enrevesada que os contó no sé qué mujer que podía ser o no la mejor amiga de la víctima, que podía o no estar enamorada ella misma de la víctima y que podía tenérsela jurada al afortunado que se tiraba a la víctima. Y si realmente conseguís una orden de registro para la casa de Mac, cosa que no creo que seáis tan tontos de pedir, seguramente podréis probar que ha perdido sus guantes marrones. Y ya está, eso es todo lo que tenéis. —Silencio—. ¿Qué pensáis hacer? —Otro silencio—. Ya, ya me lo imaginaba. —Breslin se echa otro vaso de agua y todos oímos las burbujas al abrirse paso por el dispensador. Le da un largo trago, con toda la intención, antes de decir—: Espero que ambos seáis conscientes de lo que habéis hecho con este caso. —Ninguno de los dos picamos—. Lo habéis jodido bien. ¿Lo entendéis? Jamás podréis inculpar a McCann porque a) no tenéis pruebas de que lo hiciera y b) él no lo hizo, fue Fallon. Si de verdad vais a por Mac, el fiscal se reirá de vuestro expediente y lo mandará a tomar viento. Y si conseguís, no sé cómo, llegar a juicio (cosa improbable), la defensa presentará a Rory Fallon y la montaña de pruebas «reales» que tenéis contra él, y el jurado fallará antes de cerrar la puerta de su reunión para deliberar. ¿Y no haríais vosotros lo mismo? Sed sinceros. Si estuvierais en el jurado y la suma total de pruebas ascendiera a lo que me habéis contado, ¿votarías por condenarlo? —Steve y yo seguimos sin decir nada—. Por supuesto que no. Ni vosotros ni nadie de este país, salvo algún chalado que odie a los polis y que lo condenaría hasta por los crímenes de Jack el Destripador. Pero ahora que habéis abierto la caja de Pandora sobre Mac, tampoco conseguiréis imputar a Fallon. Cuando la Fiscalía lo impute y vayan a juicio, la defensa esgrimirá la historia de McCann, destruirá su matrimonio y, de paso, su carrera, pero, bueno, eso no es problema vuestro, ¿verdad?, y pom, duda razonable. Adiós, Rory. Que te vaya bien la vida, nos vemos cuando te cabree tu siguiente novia. —Levanta la taza para brindar con un Rory imaginario—. Estáis acabados, muchachos. Lo único que os queda por hacer aquí es empaquetar el expediente del caso y mandarlo al sótano... y, por supuesto, encontrar una buena explicación para el jefe y los medios de por qué este caso se ha estrellado contra un muro y la pobre Aislinn nunca conseguirá la justicia que merece. ¿Estáis orgullosos? ¿Os parece que ha sido una buena semana de trabajo? —Seguimos callados, no tiene sentido decir nada. Breslin suspira y va hacia la cámara—. Lo único que podemos hacer con todo este lío es evitar arruinarle la vida a McCann. De verdad, después de lo que le habéis hecho pasar sin motivo alguno, esto es lo mínimo que podéis hacer. —Expulsa la cinta de la cámara y la saca—. ¿Hago bien en creer que no habéis sido tan insensatos como para apuntar este interrogatorio en el registro? —Steve asiente—. Cuando le pedisteis a McCann que os acompañara, ¿conseguisteis que no se notara lo que ibais a hacer? —Asentimiento—. ¿No le habéis tomado declaración oficial a Lucy Riordan? —Sacudo la cabeza—. Demos todos gracias a Dios por estas pequeñas bendiciones —dice, y planta la cinta sobre la mesa con un palmetazo seco—. Así que... esta última hora nunca ha existido. Os desharéis de los reconocimientos fotográficos y le sacaréis a Lucy una

declaración adecuada... Estoy seguro de que sabréis cómo. Yo le contaré al jefe que habéis hecho un buen trabajo, pero que no hemos conseguido pruebas suficientes para sostener una imputación, así que hemos decidido dejar en barbecho a Rory Fallon por ahora y seguir trabajando con los datos forenses y electrónicos, a ver si más adelante surge algo. —O más bien le asegurará al jefe que nos tiene atados en corto a Steve y a mí, como le prometió desde el principio; apenas puedo soportar mirarlo a la cara—. El jefe contendrá a los medios hasta que encuentren otro hueso que roer. Y mientras, seguiremos vigilando a Rory para asegurarnos de que haberse escapado por los pelos lo mantiene con el miedo en el cuerpo. Y todos viviremos felices y comeremos perdices. —Breslin vuelve a estampar la cinta contra la mesa—. ¿Os parece buen plan?

—Sí —digo al cabo de un momento.

—¿Moran?

Steve inspira.

—Sí.

—Y no voy a encontrarme ningún obstáculo por el camino, ¿verdad?

—Ningún obstáculo.

—Estupendo. —Breslin se guarda la cinta en la chaqueta y va hacia la puerta. Ya con la mano en el pomo, se vuelve para soltar su parlamento final—: Pasaré un tiempo hasta que lo comprendáis, pero ni os imagináis lo mucho que me debéis. Entiendo que ahora mismo no lo veáis así. Pero dentro de unos años, cuando Rory Fallon se bloquee y se lo confiese todo a su nueva novia, y sigáis aquí para echarle el guante, os daréis cuenta de que soy lo mejor que os ha pasado en la vida. Ya me daréis las gracias entonces. Y si vienen acompañadas de una botellita de *bourbon*, tranquilos, que no se caducará.

Antes de que uno de los dos podamos conjurar una respuesta sensata a esa montón de mierda humeante, se despide con la cabeza y desaparece, portazo y pasos firmes y largos por el pasillo, rumbo a contarle a McCann que todo va a salir bien.

Pasan unos instantes hasta que Steve se agacha para recoger la foto de la familia Murray.

—Ahí creí que lo teníamos. A McCann. Cuando se la enseñamos. De verdad que pensé...

—Sí, yo también. Era una buena jugada, tendría que haber funcionado.

Me permito cinco segundos para saborear lo bueno que ha sido el interrogatorio: la gran pareja que hacemos Steve y yo, cómo parecía que pudiéramos leernos la mente. Me regalo estos cinco segundos para comprender lo que voy a perder.

—«Sin comentarios» —dice Steve, que se guarda la foto de nuevo en el bolsillo de la chaqueta, con cuidado, como si pudiéramos volver a necesitarla.

—Tendríamos que haberlo visto venir.

Desde el principio, desde que Lucy se mostró esquiva sobre el novio secreto de Aislinn, tendríamos que haberlo visto. Y nosotros persiguiendo a criminales

imaginarios, poniéndonos dramáticos con la corrupción policial y mandándonos callar el uno al otro por sospechas enrevesadas cuando teníamos lo evidente saltando delante de nuestras narices, moviendo los brazos para reclamar atención.

—Seré palurdo, haberme dejado abierta la búsqueda en el ordenador... —dice Steve—. Sin dormir, el jefe que nos llama, yo que me acojono...

—Lo mío también tiene delito, intentando sonsacar a Breslin y metiendo la pata hasta el fondo. No te preocupes.

—Si yo no hubiera empezado con la historia del crimen organizado...

—Aunque no hubieras dicho nada, no creo que lo hubiésemos visto venir.

Steve lo dijo hace unos días: Breslin está acostumbrado a ser el bueno de la película, toda historia que pretenda entrar en su cabeza tiene que partir de esa base. Y no es solo cosa suya; todos los detectives sabemos que somos buena gente, estamos convencidos de ello. Sin ese punto de apoyo, no hay manera de atravesar las zonas de este trabajo que son un infierno oscuro y supurante. Breslin, el poli corrupto, McCann, el poli corrupto, eso podíamos imaginarlo. Hay polis que pueden llegar a eso, siempre los ha habido; son riesgos laborales. Pero un poli asesino, uno de los nuestros transformado en aquello que nos pasamos la vida intentando atrapar, eso es muy distinto. Es el mundo al revés. Hasta yo, pese a haber reunido con los años razones suficientes para saber que los policías no son siempre los buenos de la película, cuando lo he tenido ante las narices, he sido incapaz de verlo con mis propios ojos.

Breslin y McCann en las escaleras, cuchicheando sobre lo urgente que era dar carpetazo al caso: hasta un crío habría entendido por qué. Nunca se me pasó por la cabeza, ni de lejos.

A lo mejor Breslin sí que creyó a McCann cuando lo llamó en plena noche con una historia que apenas era plausible, y no solo porque necesitase ser el caballero de la capa blanca: puede que lo creyera porque cuando la otra posibilidad se le pasó por la cabeza, lo único que hizo su mente fue escupirla y salir corriendo.

—Puede que no. —Steve está con la mirada perdida en el sitio donde se ha sentado antes Breslin—. Y aunque lo hubiéramos visto, seguramente habría dado igual. Tampoco es que hubiera muchas más pruebas que encontrar. Nos habrían fastidiado igualmente.

Pero no es cierto que hubiera dado igual, y en mi cabeza penden todas las maneras en las que habría sido distinto, entretejiendo una espesa cortina oscura. No sabría cómo expresarlo en palabras: lo que podría haberse evitado para siempre tras su lento balanceo; lo que estos pocos días podrían haber cambiado si lo hubiéramos visto...

—Yo no he acabado —digo, y saco mi teléfono y empiezo a pasar contactos en la agenda.

Steve me mira con sus ojos oscuros y llenos de dudas.

—No vamos a poder atraparlo. Lo que ha dicho Breslin es una mierda, pero tiene

razón.

—Ya lo sé.

Empieza a decir algo más, pero levanto un dedo: el teléfono está dando señal.

—Louis Crowley —responde suspicaz el periodista roñoso.

Por el sonido de fondo parece que está en un *pub*.

—Buenas, soy Antoinette Conway, de la brigada de Homicidios. Necesito hablar con usted... como... ya. ¿Dónde está?

Añado una buena pizca de desesperación ahogada para que babee un poco, y funciona.

—Hum... No sé si tengo tiempo.

—Venga, no se arrepentirá.

El muy capullo se cree que sabe perfectamente de qué va el tema y va a exprimir hasta la última gota.

—Bueno —dice recreándose en un suspiro—. Supongo que... Estoy en el Grogan's. Seguiré aquí otra media hora. Si puede llegar antes de que me vaya, puedo dedicarle unos minutos.

—Genial —digo dejando deslizar una bocanada de gratitud—. Yo... Estupendo. Allí estaré. —Cuelgo.

—¿Ese era Crowley? —pregunta Steve con las cejas enarcadas.

—Recuerda que tengo que conseguir callarlo. Y se me ha ocurrido una idea. —Guardo el teléfono en el bolsillo, me levanto y me aliso las arrugas del traje—. ¿Vienes? No me viene mal que me cubras las espaldas.

Un tic inesperado tira de los labios de Steve hacia arriba.

—¿Y esa idea podría considerarse un obstáculo en el Plan?

—Eso espero, por mis muertos. ¿Vienes o no?

Mi compañero retira la silla y se levanta con una gran sonrisa burlona.

—No me lo perdería por nada del mundo.

No hay nadie por los pasillos; cuando vamos a coger los abrigos, también los vestuarios están vacíos. De la puerta de la sala de la brigada sale la ronda de sonidos habitual: teclados, llamadas, protestas, la impresora; en medio de todo, el poderoso torrente de Breslin, que asciende en una gracia final que se granjea la risotada general. En la sala de investigación C, los refuerzos están trabajando como abejas laboriosas, agrandando unas montañas de papel que van a ir directas al sótano. Hasta la recepción está vacía: Bernadette ha salido para la pausa o ha ido al baño. Salimos del edificio de Homicidios sin que nadie sepa que nos hemos ido.

Crowley está solo en una esquina del Grogan's, tomándose una pinta de Smithwick's y leyendo un manoseado libro de bolsillo con un SARTRE en letras gigantes para que todo el mundo comprenda en el acto que vive en un plano superior. Finge no vernos hasta que estamos prácticamente en su mesa.

—Crowley.

El periodista hace un penoso remedo de asombro y deja el libro en la mesa. La presencia de Steve sí le sorprende, pero lo encaja bien:

—Ah —dice tendiendo la mano a mi compañero y dedicándole una sonrisa condescendiente, mientras me ignora para ponerme en mi sitio—. Detective Moran.

—Buenas —responde este, que sin embargo no le estrecha la mano, se deja caer en un taburete, con sus largas piernas desperdigadas por doquier, saca el móvil y centra en la pantalla toda su atención.

Veo que Crowley intenta hacerse una composición de lugar. Me siento enfrente, apoyo los codos en la mesa y la barbilla entre los dedos y le sonrío.

—Buenas.

—Ah, sí —dice con una bonita mezcla de desagrado y hastío: no nota la ración de desesperación que le había prometido—. Hola.

—Unos artículos estupendos últimamente. Nunca había salido en primera página. Me siento como Kim Kardashian.

—Lo veo difícil —dice mirándome de arriba abajo—. ¿Te gustó la foto?

—Mira, Crowley, estás a punto de cometer un error fatal.

La cosa no está yendo como él esperaba, pero mantiene el tipo: al fin y al cabo, cree seguir teniendo ventaja, da igual mi actitud.

—Ah, no lo creo. A no ser que quieras quedar como una matona ante todo el país... —Steve se ha enfrascado en un juego que es una mezcla de pitidos y petardos; Crowley se remueve en el sitio, pero logra aferrarse a su diatriba de ultraje moral y seguir—: Yo que tú me abstendría de intentar mangonear a los representantes de la libertad de expresión. Es así de sencillo.

—Qué va, qué va. No he venido por la foto. Mi problema es un tipo que vio la foto. Te llamó preguntándote por mi dirección y tú se la diste.

—No sé de qué me hablas. —Entrelaza sus manos regordetas sobre la mesa y me sonrío burlón—. ¿Cómo está tu padre, por cierto?

Mientras yo me hago la perpleja, Steve levanta la cabeza de golpe y suelta un gran resoplido que se convierte en risa.

—No habrá hecho eso, ¿no?

Los ojos de Crowley van de uno a otro. La burla empieza a borrarse de su cara. Por eso quería que viniese Steve: si mi intención hubiese sido rogarle que no revelara mi secreto familiar más profundo, no habría traído compañía.

—¿Quién no ha hecho qué? —le pregunto—. Y tú ¿de qué conoces a mi padre?

—El tipo ese que te llamó —le dice Steve a Crowley—, no te diría que era el padre de Conway, ¿no?

—Me cago en todo. ¿En serio? —digo.

Steve empieza a reír con ganas y Crowley le lanza una mirada envenenada.

—Eso es lo que me dijo, que habíais perdido el contacto hacía mucho tiempo y quería recuperarlo.

—¿Y tú te lo creíste? ¿Así sin más? —pregunto.

—Parecía de fiar. No vi razones para dudar de él.

—¡Se supone que eres periodista! —comenta Steve, aún con la sonrisa en la boca—.
—Dudar es la mitad de tu oficio.

—Madre mía. Mira que ni siquiera me caes bien, pero siento vergüenza ajena.

—Te la han jugado, tío —dice Steve sacudiendo la cabeza y volviendo a su juego—.
—Más doblada que una regla de baratillo.

—Crowley, eres una puta lobotomía con patas. El tipo que te llamó no es mi padre. —Steve empieza a reír otra vez—. Es un desgraciado del norte al que hace unos años ayudé a meter entre rejas y cuando vio mi foto pensó que era una gran oportunidad para tomarse la revancha. Y tú vas y le das mi puta dirección. —Crowley exhala mucho aire—. Ha estado vigilando mi casa desde entonces y anoche me lo encontré en mi salón. ¿Crees que había venido solo para charlar?

—Cooooonway, yo sooooy tu paaadre —dice Steve con su voz más grave.

—Por suerte para todos, resolví la situación. Y no volverá. Así que el único problema que me queda eres tú. Mi compañero y yo hemos estado intentando decidir qué cargo imputarte.

—Cómplice de intento de allanamiento de morada —sugiere Steve guardándose el móvil—. Y de agresión, dependiendo si tu amigo solo pensaba dejarle un truño de chocolate en la nevera a Conway o esperaba poder hacerle cosas muy malas. O instigador del delito. Tal vez podríamos quedarnos con el lote completo, aunque solo sea por divertirnos un rato, a ver si cuela.

El periodista se ha puesto más pálido y sudoroso de lo que nos tiene acostumbrados.

—Quiero hablar con mi abogado.

—Estás con la mierda hasta el cuello —le digo—. Pero, por suerte para ti, quiero encargarte una misión.

—Lo digo en serio: quiero hablar con mi abogado ahora mismo.

—A ver, genio —le dice Steve mientras dispara a algo como con una pistola de rayos y un movimiento rápido—, dime: ¿a ti esto te parece una sala de interrogatorios?

—No. Porque no estoy arrestado. Conozco mis derechos.

—No esperaba menos. Y como no estás bajo arresto, no tienes derecho a un abogado. Tienes derecho a largarte cuando te dé la gana, desde luego. —Aparto el taburete a un lado, como haciendo sitio para dejarle pasar—. Pero yo no te lo recomiendo. Si te vas, tendremos que ir con el cuento al jefe y entonces sí que estarás bajo arresto. Y entonces podrás tener todos los abogados que quieras.

Crowley hace ademán de levantarse. Al ver que lo miramos con interés y sin intención alguna de detenerlo, cambia de parecer.

—O podrías hacerme un favor rápido y nos olvidaríamos de todo —insisto—. Hasta te daría una pequeña exclusiva, para que veas que no te guardo rencor.

—Yo en tu lugar me quedaría con esta última opción —le aconseja Steve.

—Favor —dice Crowley; ha perdido toda la pompa engolada de la voz—. ¿Qué favor es ese?

—Últimamente has estado apareciendo por muchos de mis casos, demasiados. ¿Quién ha estado dándote el soplo?

Crowley se desinfla y casi se cae del banco del alivio. Intenta disimularlo frunciendo los labios y andándose con tapujos. Steve y yo nos quedamos a la espera.

—Yo no soy de esas personas que causan problemas. —Resoplido burlón de Steve—. A no ser que haya una necesidad moral.

—Y la hay, la hay —dice alegremente Steve—: si tú cantas, Conway solucionará los problemas que puedan tener los muchachos con ella, todo el mundo podrá concentrarse en capturar criminales y se hará justicia. Además, así no tendrás que perder el tiempo defendiéndote de imputaciones; puedes seguir librando la buena batalla. ¡Moralmente es la caña!

—Y no te delataré a tus amiguitos —le digo—. Podréis mantener vuestras entrañables relaciones. Yo solo quiero saber quién me está jodiendo.

Crowley hace una mueca al escuchar una palabrota de boca de una chica, pero no es tan tonto para decir nada. Tamborilea con un dedo en los labios y deja pasar otro compás de reparos para impresionarnos. Luego suspira.

—El detective Roche me hace saber cuando considera que tal vez me interese alguno de tus casos.

Vaya novedad.

—¿Roche y quién más?

Tras un momento, a regañadientes, porque odia poner en peligro esa nueva amistad tan bella, confiesa:

—El domingo por la mañana se puso en contacto conmigo el detective Breslin. Mencionó el caso de Aislinn Murray.

—Ya, eso ya lo sabíamos. ¿Es el mismo que te dio mi dirección? ¿O ese fue Roche?

—La conseguí a través de un contacto.

—¿Qué clase de contacto?

—No puedes obligarme a revelar mis fuentes. Sé que, si fuera por vosotros, convertiríais este país en un Estado totalitario que...

Steve levanta el puño y grita:

—¡Tomaaa! Perdón —dice—. ¿Qué decías? No sé qué de totalitario.

—No estamos hablando de una fuente periodística, gilipollas. Estamos hablando de ti ayudando a un criminal a entrar en mi casa. ¿Crees que eso puede protegerse de alguna forma?

—Podría ser. No sabes qué más me dijo.

—Mira, Crowley, ¿tú quieres que se lo pregunte mejor a ellos?

Se encoge de hombros como un adolescente enfurruñado.

—Vaaale. Breslin.

Será hijoputa. Tendría que haberle pegado cuando tuve ocasión.

—¿Cómo se lo sacaste?

—Venga, ni que hubiese tenido que apretarle mucho las tuercas. Cuando me llamó para contarme lo del caso de Aislinn Murray, me dijo que tenías una tendencia horrible a vacilar... solo cito sus palabras. —Levanta las manos y me sonrío burlón—. Me dijo que podías tardar meses en cerrar hasta el caso más claro y que, por lo general, eso era problema tuyo, pero esa vez le habían encasquetado el caso contigo y no quería que su nombre se viera asociado con esas historias. Necesitaba presionarte para que hicieras tu trabajo de verdad... Vuelvo a citar, ¡solo digo lo que dijo! Así que ejercí un poco de presión.

—Qué máquina, el tío —dice Steve mirando el teléfono—. Apenas podíamos pensar claro con tanta presión, ¿verdad, Conway?

Crowley lo mira con suspicacia.

—Y luego, cuando ese hombre me llamó diciendo que era tu padre...

—Por eso estabas que no cagabas por creerte que de verdad era mi padre. Y yo creyendo que era porque la idea de poner tus manos pringosas en mi vida privada te ponía como una moto y no podías ni pensar claro. Pero creíste que si lo de ese hombre era cierto y me lo echabas encima, podrías aumentar un poco más la presión. Y entonces recibirías una palmadita en la cabeza y un caramelito de tu dueño. ¿Me equivoco?

Crowley hace un mohín.

—El tono que estás usando es inaceptable y deliberadamente incendiario. No tengo ninguna obligación de...

—Pues te puedes meter mi tono por el ojete. Llamaste a Breslin y mojaste los calzoncillos contándole cómo podías joderme la vida hasta dejarme la cabeza tan hecha polvo que firmaría cualquier cosa que me pusieran por delante; solo necesitabas mi dirección. Y a él le faltó tiempo para dártela. ¿Me he dejado algo?

Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y se niega a mirarme para demostrarme que mi conducta es inaceptable.

—Si ya lo sabes todo, ¿para qué preguntas?

—Ah, es que no lo sé todo, todavía no. Roche me ha echado a los perros varias veces, Breslin una vez. ¿Quién más?

Sacude la cabeza.

—Eso es todo.

—Mira, Crowley, no pienses que te vas a librar de todo esto con soltarme dos nombres —le advierto—. Canta o no hay trato.

El periodista amaga un gesto de nobleza herida, pero parece más bien de indigestión.

—Yo sé muy bien cuándo es importante la transparencia, detective Conway..., y no muchos *gardas* pueden decir lo mismo. Hay más detectives que se ponen en

contacto conmigo (a algunos hasta les preocupa el derecho a saber de la opinión pública), pero no por tus casos.

No sé qué es lo que me provoca la llamarada repentina de rabia, si la posibilidad de que esté mintiendo o de que esté diciendo la verdad. Me adelanto sobre la mesa y le digo a centímetros de su cara:

—No te atrevas a joderme. No sé a quién estás encubriendo, pero lo descubriré, ¿me entiendes? Y te pasarás el resto de la vida mirando hacia atrás y deseando haberte dedicado a limpiar los baños del Supermac's.

—¡Que no! Que no estoy encubriendo a nadie. Roche y, esta última vez, el detective Breslin. Eso es todo. —Me convence el miedo de su cara. Añade, insidioso —: Seguro que te crees tan interesante como para merecer una conspiración masiva, pero al parecer no todo el mundo piensa lo mismo.

Tengo una sensación rara, como si no me pesara el cráneo. Todo este tiempo creyendo que toda la brigada quiere mi pellejo, que toda la sala es una cortina que se infla con el ejército enemigo detrás y yo soy la guerrera solitaria que levanta la espada sabiendo que morirá en la batalla. Salvo porque, cada vez que descorro la cortina, veo al mismo cara de polla.

Mis compañeros rajando de mí: di por hecho que las hojas estaban afiladas adrede y untadas con veneno, cuidadosamente diseñadas para cortarme hasta que sucumba. Jamás se me ocurrió que era solo rajarse por rajarse, con un punto extra de mala leche porque no me llevo bien con casi ninguno y porque, desde ese primer cachete en el culo que me dio Roche, con la mitad de ellos de espectadores mudos, no lo he intentado. Pulgoso, insinuándome que tal vez me gustaría volver a Operaciones Secretas: di por sentado que era porque sabía que me quedaban dos días en Homicidios, y no se me ocurrió pensar ni por un momento que a lo mejor era porque hacíamos buen equipo y me echaba de menos. Steve, hilando sus suposiciones y mirándolas dar vueltas, observándolas desde todos sus ángulos relucientes: pensé, y durante unas horas hasta llegué a creerlo, que las utilizaba para llevarme al borde del precipicio y ver cómo me estrellaba mientras me decía adiós desde arriba. Por suerte, mi color de piel impide que Crowley y él vean mi sonrojo.

He estado haciendo lo mismo que Aislinn: perdiéndome en las profundidades de la historia que me he montado en la cabeza, incapaz de ver el mundo exterior que había tras su muro. Lo siento resquebrajarse ahora y temblar, con un crujido que me sacude el esqueleto de dentro afuera. Siento mi cara desnuda ante el aire sabor a hielo que surge de entre sus grietas sin parar de soplar, y un gran escalofrío que se concentra en mi columna.

Están los dos mirándome expectantes, esperando a ver si le perdono la vida a Crowley. El juego de Steve está pidiendo atención a gritos.

—Vale —digo. Quiero largarme, pero aún no he terminado. Lo aparto todo al fondo de mi cabeza—. Vale, habrá que creérselo.

—Cuando me llamaste, mencionaste que tenías algo para mí —se atreve a decir

Crowley, de vuelta al modo hiena en cuanto se disipan sus miedos.

—Ah, claro. —Recobro la concentración: nos vamos a divertir un rato—. Sí que tengo una exclusiva para ti. Y te va a encantar.

Saca la grabadora como el que desenfunda, pero sacudo la cabeza.

—No, no, esto no podrás atribuirlo a ningún nombre. Te llega de fuentes cercanas a la investigación. ¿Estamos? —«Fuentes cercanas a la investigación» significa de algún poli; no quiero que McCann y Breslin piensen que Lucy ha estado largando.

Hace un mohín, pero me recuesto en el asiento y me quedo mirando a Steve, que aporrea como un maniaco la pantalla del teléfono. Al final Crowley suspira y guarda la grabadora.

—Qué remedio.

—Buen chico —digo incorporándome de nuevo en el sitio—. Ojo al dato. Aislinn Murray, ¿vale? —Crowley asiente, salivando, deseando que le cuente que la violó alguien con mucha creatividad—. Estaba teniendo una aventura. Con un hombre casado.

Ya con eso estaría encantado. Sacude la cabeza como el hombre de mundo que es.

—Ya sabía que no era trigo limpio. Lo sabía. Ese tipo de chicas van por la vida creyendo que por estar buenas pueden hacer cualquier cosa. Pero a veces..., oh, se siente, alteza..., las cosas no funcionan así.

Ya está reescribiendo la historia en su cabeza, devanándose los sesos en busca de sus mejores eufemismos para «ninfómana rompehogares recibe su merecido».

—Espera, que la cosa mejora: adivina a qué se dedica el tipo.

—Humm... —Crowley se pellizca la barbilla y piensa—. Bueno, está claro que es una chica a la que tenía que gustarle el dinero. Pero me atrevería a decir que le ponía más el poder. ¿Estoy en lo cierto?

Steve y yo quedamos muy impresionados.

—¿Cómo es que no trabajas en nuestro ramo, tío? —quiere saber mi compañero—. No nos vendría mal un coco como el tuyo en la brigada.

—Bueno, no todos estamos hechos para trabajar para el Poder Establecido, detective Moran. Creo que debemos estar hablando de un político. Dejarme pensar...

—Crowley junta las yemas de los dedos y las apoya en los labios. Ya tiene toda la historia en las rotativas de su cabeza, lista para entintar—. Por el trabajo de Aislinn no creo que frecuentara esos círculos, de modo que tuvo que conocerlo en la calle, o sea que tiene que ser suficientemente joven para salir por ahí y...

—Mejor aún —le digo. Echo una mirada rápida por el *pub*, me inclino sobre la mesa y le hago señas a Crowley para que se adelante. Cuando se acerca con su peste a pachuli, le susurro—: Es poli.

—Mejor aún —dice Steve guardando el móvil e inclinándose conmigo—: es detective.

—Mejor aún: de Homicidios.

—Yo no soy —añade Steve—. Estoy soltero, a Dios gracias.

Ambos volvemos a recostarnos en nuestros asientos y le dedicamos una gran sonrisa a Crowley, que se nos queda mirando, mientras su patético cerebro pringoso intenta averiguar qué ganamos nosotros con todo esto y si estamos tomándole el pelo.

—No puedo publicar eso.

—Lo vas a publicar.

—No puedo, me pondrían un pleito. Al periódico entero.

—No si no das nombres —le asegura Steve—. Somos dos docenas en la brigada, todos hombres salvo Conway, y la mayoría están casados. O sea, ¿qué, unas dieciséis o diecisiete personas posibles? Tienes las espaldas bien cubiertas.

—Mis contactos echarían chispas. No pienso sabotear mi carrera.

—Mira, tío, en Homicidios ya te odia todo el mundo —comenta Steve, que vuelve a su juego—. Salvo Roche y Breslin, y para que te quedes tranquilo, no es ninguno de ellos. Así que tampoco es que vayas a quemar muchas naves.

—Te convertirás en un héroe —digo—. El periodista de investigación más valiente de Irlanda, que se atreve a enfrentarse al Poder Establecido y a romper una lanza por la verdad y la transparencia, sin siquiera pensar en los riesgos para su persona. Será estupendo.

—Te hincharás a follar —comenta Steve, que se gana una mirada desdeñosa de Crowley.

—La historia saldrá mañana: un detective casado, no involucrado en la investigación del asesinato de Aislinn Murray, pero con un puesto que le permite estar bastante cerca del caso, estaba teniendo una aventura con ella. Te haremos saber si necesitamos que añadas algo más en algún momento.

Y a los jefazos no les quedará más remedio: se abrirá una investigación interna. No conseguirán pruebas suficientes para imputar a nadie, no más que nosotros, pero por lo menos McCann no volverá de rositas ni a su matrimonio ni a su acuartelamiento de por vida en Homicidios, como si no hubiera pasado nada. Aislinn logrará que alguien termine su misión. Me pregunto si parte de ella comprendió, en oscuros destellos durante las largas noches en que los planes le impedían dormir, que esa sería la única forma de conseguirlo.

—¿Te ha quedado todo claro?

Crowley está meneando la cabeza, pero es por nosotros, nuestra ordinariez y nuestra inferioridad general como seres humanos; todos sabemos que va a hacerlo.

—Estupendo. —Retiro el taburete y me pongo en pie. Steve apaga el juego—. Nos vemos.

Dejamos a Crowley y a SARTRE para que se pongan a trabajar en su flamante exclusiva.

Fuera el aire tiene una sutil suavidad que te engatusa para que lo mires de frente, en busca de calor. Son solo las cinco de la tarde, pero ya es de noche y las calles

empiezan a sintonizar el zumbido nocturno, corrillos de fumadores riendo a las puertas de los *pubs*, chicas corriendo a sus casas con bolsas de la compra en la mano para arreglarse y salir.

—Quiero preguntarte una cosa —le digo a Steve—. ¿Tú sabes quién meó aquella vez en mi taquilla?

Nunca se lo he contado, pero no finge oírlo de nuevas. Me observa con calma, las manos en los bolsillos del abrigo.

—No con seguridad. Nadie habla de eso cuando yo estoy presente.

—Breslin dijo...

Dijo que mi compañero tenía que haber oído historias, seguro, y que, de haber estado de mi parte, me las habría contado. Breslin dijo un montón de movidas. Cierro el pico.

Pero Steve parece oír mis pensamientos y me responde como si tal cosa:

—Todo el mundo sabe que si estoy en Homicidios es porque tú me recomendaste. Nos ven trabajar juntos. Nadie va a intentar meter baza entre nosotros. No son tan tontos.

Me llega con una calidez que me resulta casi dolorosa.

—Ya. No.

—Pero, por lo que he podido oír de extranjis, el de la taquilla fue Roche.

—¿Y qué hay del cartel con la foto retocada con mi cabeza ensangrentada?

—Sí, Roche.

—Entiendo. Vale. —Me doy media vuelta y miro hacia las luces de la ciudad, que pintan las nubes de un engañoso dorado grisáceo—. ¿Y todo lo demás? No las cosas pequeñas, la mierda de verdad.

—Lo que te he dicho, que no puedo saberlo. Pero nunca he oído nada que apunte a que pueda haber otra persona.

—Nunca me lo habías dicho.

Le palpita una comisura del labio.

—Porque no me habrías hecho caso. ¿O sí?

Steve, aferrándose a su precioso relato de bandas criminales como si le fuera la vida en ello, haciéndolo cada vez más grande, vistoso y enrevesado, moviendo los brazos para que yo mirara. Y yo creyendo que intentaba animarme para no caer en desgracia con los demás. Cuando todo este tiempo lo único que deseaba, si conseguía dar con una buena alternativa, era sacarme de mi mierda, que dejara de convencerme de que todo el caso, y la brigada entera, formaban parte de una gran conspiración para darme la patada. No sabría decir quién de los dos es más tontorrón.

—Ajá —digo. El aire tiene un olor sustancioso y agitado, con todos los sitios donde podrías pasar la noche, todas las cosas que aguardan tras esas puertas abiertas que te hacen señas—. Mira tú por dónde.

—¿El qué?

—Nada, que ojalá me hubiera dado cuenta antes. —Steve se queda a la espera—.

Tenemos que ir a hablar con el jefe.

Steve y yo, de vuelta en el despacho del jefe, que está al fondo de un pasillo. Con el clic de la puerta al cerrarse, nos envuelve el silencio y nos catapultamos a miles de kilómetros del resto de la brigada. También nos aíslan las capas de trastos y porquerías: la maceta con la cinta, los trofeos de golf, las mierdas enmarcadas, las pilas de carpetas tan viejas como inútiles y, en el escritorio, una nueva adquisición, un pisapapeles de esos de bola de nieve, recuerdo de las vacaciones de algún nieto. En medio de todo, O'Kelly, quitándose las gafas de cerca para mirarnos.

—Ha pasado por aquí Breslin. Dice que os habéis dado contra un muro con el caso de Aislinn Murray; que es hora de dar un paso atrás y esperar, a ver si hay más suerte más adelante.

Lo dice con fastidio, en tono brusco y nada encantado con nosotros, pero reprime el puteo porque Breslin le ha dicho que hemos hecho buen trabajo. Por un segundo casi me convengo de que es real y todo lo demás es producto de nuestra imaginación. El arranque de rabia me hace respirar hondo.

El jefe nos mira.

—McCann mató a Aislinn Murray —le digo.

No mueve ni un músculo.

—Sentaos.

Giramos las sillas vacías hacia la mesa y nos sentamos. Los chirridos crispados de mi compañero al colocar su silla están cargados de esa misma furia.

—A ver.

Le contamos lo sucedido mientras la noche se va haciendo más cerrada tras la ventana. Relatamos con mucha claridad y frialdad, sin observaciones al margen, nos limitamos a apilar un hecho tras otro, como al jefe le gusta que hagamos en los informes. Mientras, él se dedica a volcar de un lado a otro la bola de nieve cutre, haciéndola girar en la palma de la mano, a contemplar la nevada de peladuras de plástico y a escuchar.

Cuando terminamos, pregunta sin apartar la vista de la bola:

—¿Hasta dónde podéis probar?

—No lo suficiente para encarcelarlo —dice Steve, que apenas puede reprimir el

feroz deje de sarcasmo: «No se preocupe usted, está todo estupendo»—. Ni siquiera para imputarlo.

—Eso no es lo que he preguntado.

—La conexión de McCann con el viejo caso está en los archivos —digo. La rabia empieza a colarse también en mi voz y ni siquiera intento disimularla—. Gary O'Rourke y yo podemos ambos confirmar que Aislinn estaba intentando averiguar qué había pasado con su padre. El romance también puede fundamentarse: tenemos datos forenses y la declaración de la mejor amiga, además de la admisión del propio McCann. Y tenemos el testimonio de la mejor amiga, que asegura que Aislinn solo quería tenderle una trampa. En cuanto a la noche del sábado, solo contamos con la declaración de Rory Fallon de haber visto a McCann, que es como no tener nada. McCann no ha hablado al respecto. Breslin dice que su compañero se la encontró ya muerta, pero ninguno de los dos lo corroboraría oficialmente.

O'Kelly posa los ojos en mí.

—Breslin ha dicho eso.

—Hace una hora.

Se gira en el sillón, con un crujido prolongado, de cara a la ventana. Podría estar mirando la explanada de abajo, la cuesta adoquinada y la orgullosa fachada de ventanas altas del edificio de enfrente, esas siluetas macizas que debe conocer de memoria..., si no fuera por la oscuridad.

—Lo llamó a usted el domingo por la mañana —dice Steve, como si se lo hubieran sacado de un puñetazo—. Antes de adjudicarnos el caso.

Una batida de párpados. Si no fuera por eso, pensaríamos que no lo ha oído.

—Éramos un caramelo, los primos perfectos —intervengo—. Moran es novato y Conway está ocupada luchando contra su mala reputación. Es fácil dirigirlos hacia caminos equivocados; si dan con algo que no te gusta, es fácil hacerlos ceder, conseguir que se retracten y callarles la boca. En el peor de los casos, será fácil desprestigiarlos para que nadie escuche ni una palabra de lo que digan.

O'Kelly tendría que echarme a patadas por hablarle así a un superior. Ni siquiera se gira. El flexo lanza una luz dorada sobre la placa de bronce donde se lee SUPERINTENDENTE O'KELLY.

Al cabo de un rato, dice:

—Breslin me dijo que era un amigo suyo. —Ninguno respondemos. Respira hondo y suelta una exhalación lenta y delicada, como cuando estás deseando toser pero tienes miedo de hacerlo mal y acabar explotando—. Me llamó a las cinco de la mañana. Me dijo que su colega, uno de sus mejores amigos, había ido a ver a la amante por la noche y se la había encontrado inconsciente en el salón, molida a palos. Que estaba casi seguro de que lo había hecho otro novio. «¿Y para eso me despiertas? —le dije—. Avisa a quien sea, llama a Seguridad Ciudadana y a una ambulancia y te veo mañana por la mañana». Y me dijo que sí, que llamaría en cuanto colgara. Pero entonces insistió: «Mi amigo tiene mujer e hijos. No puede verse involucrado, jefe.

Le arruinaría la vida. Tenemos que mantenerlo al margen». —O’Kelly deja escapar una risa forzada, apenas un resoplido—. Yo le dije que no me viniera con mierdas de «ha sido mi *amigo*»; todos sabemos lo que significa eso. Pero Breslin no. Me lo juró por activa y por pasiva: no he sido yo, jefe, usted me conoce, yo no voy por ahí engañando a mi mujer. Si quiere se la paso, podrá decirle que he estado con ella y con los niños todo el fin de semana... Una mentira tan grande, de alguien a quien conozco tan bien como a Breslin... Me habría dado cuenta. Así que le creí. —Se remueve ligeramente, pero la silla rechina con fuerza—. Total, que le pregunté: «Tu amigo dice que no le ha puesto un dedo encima, que ha entrado y se ha encontrado ya con el estropicio hecho: ¿lo crees?». Y Breslin me aseguró que sí, que claro. Al cien por cien. Al doscientos. Mil. Tampoco en eso me mentía. Y Breslin no es ningún pardillo, él mejor que nadie sabe cómo se pilla a los embusteros... —Aguarda un compás de silencio, mientras los tres dejamos la mentira en el aire—. Le pregunté: «Bueno, ¿y entonces por qué estás tan histérico? Si tu amigo no hizo ni vio nada, entonces no hay razón para que se relacione su nombre con el tema. Ya se levantará la muchacha y le contará a los radiopatrullas quién le dio un par de tortas, arrestarán al colega, ella se negará a denunciarlo y todo el mundo se irá a su casa; enjuagar y repetir a los dos o tres meses. No va a pasarle nada a tu colega. Espero que al menos se haya cagado tanto que a partir de ahora mantenga el pajarito en la bragueta».

La tos rompe por fin. Esperamos hasta que O’Kelly saca un pañuelo del bolsillo y se lo lleva a la boca mientras se aclara la garganta con sonidos de motor revolucionado.

—Pero Breslin estaba preocupado. Me dijo que su amigo no había comprobado si la chica respiraba, que se había quedado demasiado conmocionado y temía que fuera una trampa; había salido corriendo y había llamado a Breslin. No había forma de saber cuánto tiempo llevaba así. Si había muerto, entonces su colega estaba bien jodido. Lo localizarían, arrastrarían su nombre por el barro y lo perdería todo. Y solo por haber metido la pilla donde no debía.

El hormigueo de alarma hace que levantemos la cabeza a la vez: Breslin nos dijo que McCann había comprobado que estaba muerta, es decir, que no habría cambiado nada si hubiera llamado para avisar, de modo que no era el tipo malo que la dejó desangrándose en el suelo. Ambas versiones son mentira, pero me encantaría saber por qué a O’Kelly se la sirvió con un sabor distinto al nuestro.

El jefe o no se ha dado cuenta o no quiere.

—Yo le dije: «Quieres algo. ¿Qué es?». Y me contestó: «Si está muerta, quiero trabajar en el caso. No pido ser el encargado, solo quiero estar pendiente para saber lo que va pasando y asegurarme de que no impliquen a mi colega sin necesidad. Si está todo más claro que el agua, no hay necesidad de arruinarle la vida. Si lo necesitan, yo mismo me aseguraré de que dé un paso al frente. Lo juro». Y añadió: «Tengo trece años de crédito, jefe, quiero canjearlos ahora». —O’Kelly mueve una comisura del labio al recordarlo—. Breslin no es el genio que cree ser, pero es un buen hombre,

nunca me ha defraudado. Tampoco me ha pedido ningún favor más allá de alargarle unos días las vacaciones. Si quiso canjear sus fichas para esto... —Sube los hombros y los deja caer con fuerza—. Al final le dije que sí, pero le pedí que se controlara y controlara a su colega: pensaba estar vigilando bien el caso, y si me llegaba alguna insinuación de que algo no iba bien, podía despedirse de la investigación y llamar a su colega para que viniera a charlar con nosotros. Me contestó que sin problema, ningún problema. Me insistió en lo mucho que me lo agradecía y que estaba en deuda conmigo y demás peloteos a los que no presté atención. Y entonces colgó para llamar a la comisaría.

Otra historia. Ninguna de las demás eran completamente ciertas, ni una. Víctimas, testigos, asesinos, detectives, todos hilando historias como locos para mantener el mundo a su gusto, pasándolas por encima de nuestras cabezas, metiéndonoslas por la boca; y ahora nuestro propio jefe.

—Usted sabía quién era el amigo —digo, y llevo tanto rato sin hablar que me sale una voz ronca y quebrada, reseca por la calefacción.

O’Kelly vuelve la vista hacia mi cara y la posa allí como si lo agotara tanto que no pudiera ni apartarla.

—Dímelo tú, Conway. Cuando empezaste a oler a podrido, ¿pensaste directamente: «Ah, ya sé, habrá sido alguien de mi propia brigada»?

El peso de su voz («mi propia brigada») recae sobre mí como el peso oscilante de las profundidades marinas. Veintiocho años lleva O’Kelly en Homicidios, cuando Steve y yo éramos aún unos chiquillos con la cara pringosa que apuntábamos a nuestros amigos con el dedo. Cuando dice «mi propia brigada», se refiere a cosas que yo antes soñaba con entender algún día.

—No.

—Y cuando deberías haberlo sabido, ¿lo pensaste?

—No.

—No. —Vuelve la cabeza hacia la ventana—. Pues yo tampoco. Pero no lo tenía claro, no me olía bien y no he estado muy contento conmigo mismo, ni lo estoy. Pero era lo que había. Por eso os asigné a vosotros el caso: necesitaba saberlo. Y vosotros erais los únicos que no soltaríais la patata caliente solo porque Breslin os lo pidiera.

Y allá que nos tiramos nosotros de cabeza a hacerle el trabajito sucio. A lo mejor hasta espera que le estemos agradecidos por el voto de confianza.

—Ahora ya lo sabe.

—Estáis segurísimos. Os jugaríais la vida.

—Lo hizo él —responde Steve.

O’Kelly asiente varias veces.

—Vale —dice en voz baja para sí, no a nosotros—. Vale.

Espero a ver, y a modo de diversión intento adivinar qué sacará primero: si la sabiduría paternal, la lealtad a la brigada, la charla hombre a hombre, la culpabilidad, los sobornos o las amenazas. Ojalá Steve no tenga planes para esta noche, porque al

jefe puede llevarle un tiempo asimilar que no tiene nada que hacer con nosotros. Ya puesta, intento decidir si debemos decirle que es demasiado tarde, para que podamos disfrutar de su cara de tonto, o si es mejor ir a lo seguro y dejar que lo descubra por la mañana, como todos los demás, cuando salga el *Courier*.

Rueda la silla hasta la mesa y coge el teléfono. El dedo del botón se ve más torpe de lo normal; tiene los nudillos muy hinchados. Cuando alguien responde, dice:

—McCann, te necesito en mi despacho. —Cuelga.

Posa la vista sobre nosotros por un momento, de pasada.

—Podéis quedaros, siempre que os comportéis como adultos. Si os ponéis a dar por culo, os vais fuera. —Después vuelve a su contemplación por la ventana, a lo que quiera que esté viendo fuera.

Steve y yo aprovechamos para mirarnos. Contemplo su cara alerta y recelosa, con todos los ángulos afilados. Tampoco sabe adónde va a ir a parar todo esto, y le gusta tan poco como a mí. Intercambiamos un asentimiento mínimo: «Mantengamos la calma». Nos quedamos entonces en el sitio, escuchando el vago siseo cantarín de los radiadores y el lento rasgueo de la respiración de O’Kelly mientras esperamos a que McCann haga su entrada.

La llamada a la puerta parte en dos el silencio.

—Pasa —dice O’Kelly volviéndose en la silla.

Y McCann se materializa en la puerta, con la chaqueta hecha un saco y los ojos hundidos en las cuencas.

Dos compases, una mirada al jefe y otra a nosotros y lo comprende. Sus hombros se posicionan, cargando hacia delante, como preparado para la pelea.

—Moran, déjale la silla a McCann —le pide O’Kelly.

Nos levantamos los dos y nos quedamos a un lado, contra la pared. Por un segundo parece que no va a sentarse, pero retira la silla de Steve para apartarse de nosotros y se acomoda, las piernas separadas, los pies bien plantados en el suelo y la barbilla erguida.

—Tendrías que habérmelo contado —empieza el jefe.

Un raudo rubor a flor de piel pinta los pómulos de McCann, que abre la boca para arrojar un vómito de razones, excusas, justificaciones y lo que haga falta. Y vuelve a cerrarla.

—¿Hace cuánto que soy tu jefe?

—Desde hace once años —dice McCann tras pensarlo un momento.

—¿Y alguna queja? —pregunta O’Kelly, a lo que el otro sacude la cabeza—. ¿Te he guardado las espaldas todo este tiempo o no? ¿O te he condenado a la picota cuando las cosas se han puesto feas?

—Me has guardado las espaldas. Siempre.

El jefe asiente.

—Cuando un civil la caga, intenta ocultárselo a su jefe. Cuando un detective tiene problemas, va a ver a su superior.

McCann es incapaz de mirarlo. El rubor se acentúa.

—Tendría que haberlo hecho, lo primero, lo sé. —O’Kelly espera—. Lo siento.

—Está bien —le dice, y asiente con un gesto cortante hacia McCann que significa: «Te has librado, pero no vuelvas a cagarla»—. Bueno, lo importante es que estamos hablando ahora. Y quiero saber qué puñetas ha pasado. Estos dos —lanza la barbilla hacia nosotros— han venido a contarme que te encoñaste y se te fue la cabeza: que Aislinn Murray estaba empeñada en joderte vivo, tú empezaste a pensar con la picha y todo se fue a la mierda. ¿Es eso verdad? ¿Que todo este marrón del quince es porque no te regaba bien el cerebro? —McCann mueve la mandíbula: no le gusta—. Porque yo te conozco..., o por lo menos eso pensaba..., y yo diría que es mentira. Estos dos se han inventado una historia que les gusta y están haciendo lo posible por encajarla con calzador.

Me mete el frío directamente en el estómago, como si tragara hielo. La historia que le hemos contado, la verdadera, nunca saldrá de estas cuatro paredes. Cuando salgamos por esa puerta, entre O’Kelly y McCann la habrán hecho retales y la habrán remendado en algo irreconocible, lista para liberarla al mundo exterior. Sabía que iba a pasar, pero, aun así, me toca la fibra.

—La cosa es que todo lo que tienen puede verse, al menos, de dos formas distintas. —McCann le lanza una rápida mirada de reojo y O’Kelly levanta el pulgar—. Las fotos de tus notas: no es arriesgado aventurar que Aislinn pensaba enseñárselas a tu mujer, pero eso lo único que significa es que te quería solo para ella. Pero no hay nada que nos diga el porqué. —Pulgar e índice—. El papelucho ese con el cuento que le dejó a la amiga. Ahí solo pone que se sentía atrapada... y no la culpo; eres un puto palurdo por poner a la muchacha en esa situación, como si quisiera pasar el resto de la vida siendo la otra... y estaba enfadada contigo, y quería darle la vuelta a la tortilla para que no te escaparas.

Un rápido parpadeo doble de McCann. Está llegándole: en cualquier momento se subirá al carro de O’Kelly, da igual lo que tenga planeado.

Dedo corazón.

—Rory Fallon. Aislinn podía estar intentando sacarte de su cabeza. No era tonta y sabía que, ya de partida, jugar a dos bandas era mala idea. —McCann por fin lo mira: es horrible ver cómo se abre camino en su cara la esperanza del naufrago—. No sé, aunque a lo mejor eso es lo que quiero pensar porque me niego a creer que hayas liado todo este follón y hayas arrastrado a toda la brigada contigo solo por echar un polvo. Haberla cagado de esta manera solo puede significar que lo tuyo con Aislinn era serio. —Bochorno ahora, entremezclado con la esperanza de antes—. A ella no podemos preguntarle qué le pasaba por la cabeza. Y aparte solo estabas tú, así que, si alguien lo sabe, eres tú. De modo que dime, McCann: ¿era algo serio? ¿O estamos aquí todos perdiendo el tiempo porque te apetecía follar?

La rabia reconcentrada en su voz hace que McCann lo suelte:

—Era serio. No soy tan capullo.

—Serio... —dice el jefe, que se queda a la espera.

—A lo mejor Aislinn empezó solo queriendo joderme, es probable. Y tal vez al final siguiera siendo así... Seguro que esa amiga suya la convenció..., o no sé... Pero hubo un tiempo en que... —Se frota los ojos, que, con esta luz despiadada, parecen rojos e inflamados, como si estuviera en los primeros compases de una infección—. Yo ni siquiera me creía que estuviera pasándome... a mí. Pensaba que ya sabía lo que me depararía el resto de mi vida, como si ya hubiera ocurrido. Todas las decisiones que han marcado mi existencia las tomé antes de los veinticinco: el trabajo, la mujer, el barrio, tener hijos. Lo único que me quedaba era sentarme a ver el desenlace. Sin giros, sin sorpresas. —Levanta la cabeza para dedicarnos una mirada—. Vosotros ahora no lo entendéis, sois demasiado jóvenes y todavía puede pasar cualquier cosa. Pero ya os daréis cuenta. Es como estar en una película, de esos telefilmes en los que, a la mitad, ya sabes perfectamente cómo van a acabar, plano a plano, y no recuerdas ni por qué te molestas en seguir viéndola. Solo porque está ahí, porque no hay nada más que hacer... Hasta que entonces... —Pestañea con fuerza, como si eso fuera a despejarle la mirada—. De buenas a primeras, alguien te saca de ahí y te suelta en otra película distinta. Con otra música, otros colores. Ella era más luminosa. Siempre con colores vivos. Y podía pasar cualquier cosa.

—Luego eso de que era solamente por la compañía era mentira —comenta Steve—. Sabías desde primera hora que se trataba de algo especial.

Pero McCann sacude la cabeza.

—No, yo no pensé eso. Al principio no. Yo solo... Me encantaba estar con ella, eso era todo; y nunca pensé en ir más allá, me conformaba con verla allí escuchando mis historias como si le importaran. Me recordó las sensaciones que me provocaba antes el trabajo. Y su cara: era el reflejo de lo que solía sentir cuando resolvía un buen caso. Como si cambiara cosas con lo que hacía.

Me atrevo a mirar de reojo al jefe, que tiene cara impávida: inescrutable por las sombras de las arrugas y las cuencas de los ojos.

—Vale —concede Steve manteniendo el nivel de escepticismo muy por debajo de la mala leche—. ¿Y cómo cambió eso luego?

—Una noche —dice McCann pasándose una mano por la mejilla, como atrapado en una especie de telaraña fina—. Una noche, en agosto, Aislinn me contó que un tipo había intentado ligar con ella en un curso al que iba por las noches. Me lo mencionó solo de pasada... A ella no le gustaba y lo había rechazado. Pero fue entonces cuando lo comprendí: una chica así iba a querer echarse novio. No se conformaría con una persona con la que ir de pícnic y charlar. Un hombre que la quisiera. Y un hombre con el que acostarse. Esa constatación me cayó encima como una tonelada de ladrillos porque sabía que si encontraba pareja, yo desaparecía de escena.

«Le hizo creer que se le había ocurrido a él», dijo Lucy. Y está claro que Aislinn supo hacerlo.

—Y luego me dije: ¿y por qué no yo? ¿Por qué no? Nos encantaba estar el uno con la otra, no nos cansábamos. Había química entre nosotros..., hasta yo me di cuenta. La manera en que me miraba, cómo se le aceleraba la respiración cuando nos rozábamos sin querer... Había algo. —Mirada torva hacia nosotros; le ha vuelto a los pómulos el leve rojo insidioso—. Seguramente a vosotros os parezca penoso: un tonto de mediana edad que pierde la cabeza por una jovencita, la historia más vieja del mundo. Vosotros no estabais allí para verlo.

Tarde o temprano, todos los asesinos nos dicen lo mismo: «Ustedes no estaban allí para verlo. No lo entienden». Se hace una breve muesca de silencio áspero cuando ninguno lo comenta.

—¿Y tan fácil fue? Le dijiste: «Venga, probemos», y ella te dijo: «Claro, ¿por qué no?» —pregunto.

McCann sacude la cabeza con fuerza.

—Yo no sé cómo lo hice. Vosotros dos seguís empeñados en verlo como si ella hubiera querido cazarme, pero no fue así... Ella no pretendía romper el hogar de nadie. Me llevó un tiempo convencerla de que no estaba causando ningún daño que no llevara ya años hecho. Cuando por fin yo, cuando los dos..., fue cuando lo comprendí: su preocupación por mí era real. Ella... Es que... —Le falta el aire por un momento—. Aquello me descolocó por completo.

Ese asombro en su voz... Es como oír a un adolescente, radiante de alegría y pasmo, tan tierno que podrías amaratarlo solo con tocarlo sin cuidado. Nunca dejará de alucinarme la capacidad que tiene la gente para contarte cosas que tendrían que guardarse de por vida; la necesidad tan feroz que tienen de airear su historia, al mundo entero, para que exista más allá de sus cabezas.

—Era real. Y toda esa mierda que creéis tener no vale para nada. Una vez me caí al saltar la tapia y me arañé la rodilla. Aislinn se arrodilló y me la lavó con sumo cuidado. ¿Creéis que lo habría hecho si me odiara a muerte? A lo mejor también me odiaba, la mitad del tiempo, pero también me quiso. La gente es muy compleja. Y yo no comprendí a tiempo lo mucho que ella lo era.

Nos está retando con la mirada: quién da más. Es pura fantasía recalcitrante, pero lo último que queremos es desmontarla. Hemos estado tan ensimismados escarbando en busca de la verdadera historia de la madeja que nos hemos olvidado de que las falsas tienen un poder propio, más feroz y de doble filo.

El jefe asiente.

—Esa era mi apuesta. Es bueno saber que no estoy perdiendo la intuición. —Vuelve a acomodarse en la silla y se ajusta la cinturilla del pantalón sobre la barriga—. Y ahora que lo hemos aclarado, hablemos del sábado por la noche. —McCann abre la boca, pero O'Kelly levanta la mano—. No, espera. No te estoy preguntando eso. —Lo hace callar—. Breslin le dijo a estos dos que te encontraste a Aislinn

muerta, pero a mí me dijo que tú, o sea, «su amigo», ni siquiera le había comprobado el pulso. ¿Por qué?

Menea la cabeza, confundido y receloso: no se lo esperaba. Ni yo tampoco. Ahora sí que no tengo ni la más puñetera idea de qué trama el jefe.

—Quería hacerme pensar que su amigo era un civil, por eso —se responde a sí mismo O’Kelly—. Así que me contó que había salido corriendo, esmaltado, como habría hecho cualquier civil. Como jamás lo haría un detective. —Le lanza una mirada torva, los párpados entornados—. ¿A ti eso te parece bien?

Una mueca forzada en la boca de McCann.

—No me parece bien nada de esto.

—Ni debería. Dejaste que Breslin te retratara como un civil para que no tuvieras líos con el jefe. ¿A ti eso qué te parece?

Mueve la mandíbula.

—No muy bien.

—Me alegro, porque a mí tampoco me parece nada bien. —O’Kelly lo deja estar por un momento, pero McCann no tiene nada que añadir—. Y luego, hace un minuto, has dicho que Aislinn te hacía sentir como cuando resolvías antes un buen caso, como si lo que hicieras importara. —Asentimiento mudo—. «Antes». O sea, que ya no. —McCann tiene los ojos clavados en el suelo—. ¿Desde cuándo?

—No sé, hará un par de años.

—¿Qué pasó?

El jefe está adelantándose en el sitio, con los codos en la mesa, todo lo cerca que puede. Steve y yo seguimos inmóviles, ni siquiera estamos en la habitación. Esto es entre McCann y O’Kelly.

—No era por el trabajo, era por mí. Ya lo he dicho antes, en algún punto del camino empecé a sentir como si todo mi futuro estuviera escrito en piedra. En medio de un gran interrogatorio, de pronto, de la nada, tenía la sensación de que la boca se me movía sola, como si leyera un guion y no pudiera cambiarlo. Me sorprendió ver que no importaba quién estuviera en mi silla, haciendo las preguntas, que el final sería el mismo, fuera yo, Winters, O’Gorman o quien fuese. Me sentía desaparecer. Y no fue que dejara de verme como detective, sino como persona.

—Tendría que haberme dado cuenta —dice el jefe en tono pesaroso.

—Pero nunca dejé que afectara a mi trabajo. Jamás he aflojado, he dado siempre el cien por cien.

—Lo sé. —O’Kelly se recuesta en la silla y se pasa una mano por la boca—. ¿Y qué tenías pensado? ¿Trasladarte de brigada? ¿Aguantar hasta cumplir los treinta años de servicio y jubilarte?

McCann, con la cara vuelta hacia él como un niño suplicante.

—No, jefe, no. Pensé que era la crisis de la mediana edad, que lo superaría, que se me pasaría y recuperaría el juicio... No pensaba ir a ninguna parte. De aquí tendrán que sacarme a rastras.

—Bueno, eso puedes ir descartándolo —dice O’Kelly, con un tono que no tiene nada de brutal y es, en cambio, tranquilo y sencillo; McCann se muerde el labio—. No puedo tenerte en la brigada. —Pasa un rato hasta que hace un mínimo asentimiento tangencial—. Y tampoco puedo recomendarte para otra brigada, sabiendo lo que sé. —McCann repite el gesto—. Y la historia saldrá a la luz, de una forma u otra. La amiga de Aislinn: podemos acallarla un tiempo, pero tarde o temprano comprendería que queremos darle carpetazo al caso y se buscaría a un periodista con quien hablar. —O’Kelly no nos mira, e incluso actúa como si no estuviéramos, pero lo dudo—. Y la Oficina del Defensor del Garda se nos tiraría al cuello; habría como mínimo dos investigaciones: una nuestra interna y otra de ellos. Y Breslin tiene los días contados. —Esto provoca una inhalación rápida de McCann, que echa la cabeza hacia atrás—. ¿Qué esperabas? Ocultando pruebas, y luego esa llamada a Stoneybatter, por si queremos demostrarlo. Tendrá suerte si no acaba imputado por algo.

—Jefe. —La dolorosa desesperación le abre la boca como un tajo; soy incapaz de mirarlo—. No es culpa suya. Él no hizo nada, solo apoyarme. Por favor...

—No podré hacer nada por él. Y mi cabeza también rodará. —Sin autocompasión en la voz: son hechos, en nada diferentes a resultados de huellas u horarios de coartadas—. A no ser que me jubile antes de que termine la investigación, en cuyo caso no estaré aquí para echarle una mano a Breslin.

—Dios —dice McCann en un tono apenas por encima del susurro—. Ay, jefe, Dios... Lo siento.

—No, ahora no te pongas sensiblero. Lo hecho hecho está. —La cara de O’Kelly al otro lado de la mesa, todo grietas y hendiduras inmutables, como una talla antigua hecha para transmitir un mensaje que no sé leer—. Puedes elegir: o quedar como un miserable o comportarte como un detective una última vez.

El silencio dura una eternidad. El despacho ha mutado, está cambiado, igual que pasó con la acogedora sala de interrogatorios. Dibujos a cera, pequeños copos removiéndose en la bola de nieve. Piel fina estirada sobre unos huesos descarnados y dientes que castañetean.

—El sábado por la noche, después de cenar, le dije a mi mujer que iba a tomarme una pinta y fui a casa de Aislinn —dice McCann en voz baja—. Entré por la cocina y vi que andaba cocinando, pero no le di mayor importancia. Había música puesta, de bailar, y ella estaba dentro y no me oyó entrar. Fui hacia el salón, llamándola, no muy alto, como siempre, para que no me oyeran los vecinos, y vi la mesa puesta para dos. Copas de vino. Una vela. Pensé que era para mí. Tendría que haberme dado cuenta... Yo nunca voy a verla los sábados... Mi mujer casi siempre quiere salir a cenar, pero ese día le dolía la cabeza. Aislinn no podía haber adivinado que iba a ir. Pero yo solo podía pensar en verla.

Me atrevo a mirar de reojo a mi compañero y lo veo asumiendo el mismo riesgo, los ojos desencajados. Somos los únicos que nos hemos quedado como pasmarotes.

La voz de McCann apenas contiene una chispa de sorpresa ante lo que está haciendo. En cuanto ha entrado en el despacho, ha sabido lo que se exigía de él. Breslin también; por eso no le fueron al jefe con una versión que involucrase a McCann para rogarle que corriese un tupido velo de camaradería. Steve y yo hemos sido los únicos tontos que no lo hemos pillado.

—Y entonces salió del dormitorio —continúa McCann—. Con un vestido azul intenso, muy guapa; en una noche de invierno como aquella, toda gris y húmeda, y llega ese azul que te llena la cabeza de luz... Con el pelo suelto, que ella sabía que me encantaba. Y poniéndose un pendiente. Fui hacia ella, para... —Sube las manos, amagando el ofrecimiento del abrazo—. Pero Aislinn... pegó un bote del susto. Y luego vio que era yo. Esperé que se riera y me diera un beso, pero qué cara puso..., de esmalto... Como si fuera un intruso. Fue entonces cuando empecé a entender: no estaba esperándome a mí. Levantó las manos para impedir que la tocara y me dijo: «Tienes que irte». —Le cuesta respirar, se le estrella en la cara otra oleada de incredulidad—. No me cabía en la cabeza... Le pregunté, le dije: «¿Cómo? ¿Qué haces? ¿Qué estás haciendo?». Pero no paraba de señalarme la puerta trasera y decirme que me fuera. Le rogué, no sé ni qué le dije. «¿Qué ha pasado? Pero si el miércoles por la noche estábamos..., hace tres días... ¿Estás harta de que tenga que volver siempre con mi mujer? ¿No paso suficiente tiempo contigo? Esta misma noche la dejaré, pasaré página, haré lo que sea... ¿Alguien te ha dicho algo de mí... tu colega Lucy...? Te lo explicaré, déjame que...».

»Pero ella no hacía más que sacudir la cabeza: no, no es eso, no, vete. Intentaba dirigirme hacia la cocina, ¡como acorralándome!, pero yo no, no pude... Le dije, como un tonto allí plantado, sin poder procesar nada... Le dije: “¿Ya está? ¿Esto quiere decir que hemos acabado?”. Y Aislinn se detuvo como si nunca lo hubiera pensado, perpleja... Y me dijo: “Pues... sí, supongo que sí”. —Ni en broma me atrevería a mirar ahora a Steve; estamos los dos con la respiración contenida—. Me pareció una broma. Me quedé esperando el golpe de efecto. Pero su cara: hablaba en serio. Y yo lo único que pude decir fue: “¿Por qué?”.

»Y ella me dijo: “Vete a casa”. “Dime por qué y me iré. Sea lo que sea, dímelo. No puedo vivir con la duda”, le insistí.

»Me miró y se rio. Aislinn tiene una risa preciosa, una risita dulce, pero aquello no... Fue muy distinto. Una carcajada tremenda, salvaje. Parecía... —Mueve la garganta mientras oye de nuevo aquella risa, subiendo de volumen en su cabeza hasta estallarle por dentro, imparable—. Parecía feliz. Nunca la había visto tan feliz. Y entonces me dijo: “Pues te vas a quedar con la duda. Y ahora vete a tomar por culo”. —Detiene el relato.

—¿Y? —lo insta O’Kelly.

—Y le pegué.

Steve y yo atacamos a McCann arrancándole de cuajo su mayor creencia en esta vida, haciéndola estallar ante sus ojos, con la idea de dejarlo en las últimas y que no

podiera contraatacar. Lo mismo que tenía planeado Aislinn. Pero cuando le arrebatamos todo lo que pudimos, lo hicimos trizas y lo convertimos en lo último que quería ser, solo le sacamos un «sin comentarios».

O’Kelly, en cambio, le ha ofrecido volver a ser quién era. Y McCann ha aceptado.

—No fue con alevosía, jefe. Fue un homicidio involuntario. Yo nunca quise matarla.

—Lo sé.

—Nunca se me ocurrió que pudiera morir. Hasta después.

—Lo sé.

Estoy cogiendo aire para decirlo. El informe de Cooper. McCann no es ningún musculito: le asestó el puñetazo letal cuando Aislinn ya estaba en el suelo, con la cabeza sobre el poyete de piedra.

O’Kelly oye mi respiración y me mira de reajo, a la espera de lo que tengo que decir. Su cara no ha cambiado. Solo sus ojos, moviéndose en las sombras, parecen vivos.

Cierro el pico.

Los ojos del jefe regresan a McCann.

—Hay que dejar constancia de todo esto, ¿lo comprendes?

El otro asiente y se queda cabeceando un rato largo.

El jefe apoya las manos en la mesa para incorporarse.

—Hora de irse —dice. McCann levanta la cara hacia él, como un resorte—. Yo lo haré —le explica en tono conciliador, como un cirujano que promete extirparlo él mismo, que no dejará que los estudiantes de medicina toquen el escalpelo.

—Maura —musita McCann.

—Iré yo a verla en cuanto terminemos aquí.

Vuelve a asentir y se incorpora. Se queda junto a la silla, con los brazos colgándole a ambos lados, esperando que le digan adónde dirigirse.

El jefe se alisa primorosamente la chaqueta, como si tuviera que ir a un sitio importante. Apaga el flexo de la mesa y mira alrededor del despacho con gesto ausente, palpándose los bolsillos. Sus ojos recaen en nosotros como si se hubiera olvidado de nuestra presencia.

—Marchaos a casa.

No hablamos. Ni por el largo pasillo en silencio, nuestros pies ahogados por la moqueta como latidos insonorizados; ni al bajar los peldaños, por la corriente fría que vaga por el hueco de la escalera, hasta los vestuarios: abrigos puestos, bandoleras al hombro, taquillas cerrándose. Vuelta arriba, las sonrisas, los saludos y las pocas palabras en la recepción con Bernadette, que está guardando en el bolso paquetes de pañuelos y pastillas para la garganta, preparada para irse a casa. Y fuera, al intenso chorro de olor a ciudad y frío.

La amplia explanada, los reflectores, los funcionarios volviendo a casa como alma que lleva el diablo. Todo se nos antoja extraño: cosas pequeñas y lejanas en papel maché. Así te quedas cuando resuelves un gran caso, le hace la colada a tu mundo y te lo deja blanco alba, blanco arena, vacío salvo por ese caso resuelto, terso y pesado, una roca de las profundidades marinas sobre tu mano.

Pero esta vez hay algo más. Los adoquines parecen inestables bajo mis pies, finas pieles de piedra sobre una niebla infinita. La brigada que me he pasado los dos últimos años odiando, la panda de desgraciados que apuñalaban por la espalda a la guerrillera solitaria mientras libraba valerosamente su batalla perdida: ha desaparecido, retirada como una película vidriosa que hubiesen pegado con fuerza sobre la realidad. La brigada por la que me habría cortado un brazo para entrar, la reluciente hilera de superhéroes cañeros, esa hace tiempo que desapareció. La que subyace es más pequeña que las otras dos, más tranquila y compleja y rematada con más detalles. Roche, pidiendo a gritos un puñetazo en la jeta, encabezando mi lista de asuntos pendientes. Los muchachos, cada uno metido de lleno en su propia mezcla de coartadas dudosas, pruebas de fibras contaminadas y la varicela del niño, levantando ocasionalmente la vista para poner cara de hastío ante las mierdas de Roche o las mías. El jefe... Se me ocurre ahora que tal vez nos asigne los casos de violencia doméstica a nosotros no porque me jodan, sino porque tienen un índice alto de resolución y quiere que mantengamos unas buenas estadísticas; o tal vez, lo que es más sencillo aún, porque cree que nos partimos los cuernos para resolverlos. Todos y cada uno, Steve... y yo.

Estamos parados en la explanada, con las manos en los bolsillos y los hombros encorvados contra el frío. No tenemos claro qué hacer ahora; no hay ni manual ni ritual que dictamine qué sigue a un día como este. Por encima de nosotros las ventanas de Homicidios están iluminadas y alerta, preparadas para lo que les tenga reservada la noche. En algún punto ahí arriba, O'Kelly y McCann están en una sala de interrogatorios, las cabezas gachas, muy juntas, hablando en voz baja y calma. Breslin está a solas en la sala de observación, viendo el lento vaivén de su aliento contra el cristal, inmóvil.

—Estaba mirando por nosotros —dice Steve refiriéndose al jefe cuando nos ha mandado a casa.

—Ya.

La hoja de la declaración de McCann irá firmada por O'Kelly, y será también su nombre el que aparezca en el expediente penal que se remitirá a la Fiscalía. Cuando mañana entremos en la sala de la brigada, no nos abuchearán ni nos echarán a patadas. Breslin, eso sí, nos odiará con toda su alma mientras viva. Los demás verán cómo O'Kelly sale del edificio codo con codo con McCann, para ir a ficharlo, y comprenderán.

De pronto Steve inhala con fuerza y deja escapar el aire.

—Dios... —dice, y le tiembla la voz, pero no intenta disimularlo—. Vaya día.

—Míralo por el lado bueno. No volveremos a tener una semana peor.

Consigo arrancarle una risa seca e indefensa.

—Nunca se sabe. Lo mismo tenemos suerte: el jefe de policía se pone hasta el culo de coca y estrangula a una puta.

—Que le den. Eso que lo haga otro. A Quigley le va de perlas.

Steve vuelve a reír, pero se apaga pronto.

—Si no lo vimos desde el principio es porque pensamos como polis. Los dos.

Lo deja en el aire, como una pregunta. Lo sabe. Y yo convencida de ser un libro cerrado, nivel agente secreto, guardándome mi gran plan para mí. Veo nuestros alientos extenderse y evaporarse.

—Entonces... —dice Steve mirando hacia una sombra que se cruza por una ventana—, ¿piensas presentar la dimisión?

Casi puedo ver los futuribles cabeceando como fuegos fatuos sobre los adoquines, volando a ras de las ventanas altas, intentando engatusarme. Yo en un traje que hace que este parezca una bolsa de basura, caminando con paso decidido por Harrods tras una princesa saudí, un ojo en ella y otro en todo lo demás. Yo estirando las piernas en primera clase, buscando rutas de salida en pasillos silenciosos de hoteles de veinticuatro quilates, echada en una tumbona ante un mar azul cegador, con un cóctel en una mano y la otra empuñando la pistola dentro de la bolsa de playa. Y todos los futuribles sin futuro enroscándose por los barrotes de la verja, colándose por los huecos y desapareciendo en la noche.

—Qué va. Odio el papeleo.

Juraría que Steve echa la cabeza hacia atrás del alivio.

—Ostras, me tenías preocupado.

No me lo esperaba.

—¿Ah, sí?

Ha vuelto la cabeza para mirarme. Está tan sorprendido como yo.

—Pues claro, ¿qué te crees?

—No sé, nunca lo había pensado.

Ni una vez. Y debería. Por un segundo veo a Breslin en la sala de interrogatorios, estampando los pies con furia: «Ni de coña la mató él»; Breslin en su salón a oscuras, antes del amanecer, cambiando la voz en el teléfono al hablar con la comisaría de Stoneybatter.

—Lo siento —digo—. Últimamente me he comportado como una auténtica petarda. En muchos sentidos.

Steve ni siquiera intenta negarlo.

—No pasa nada. A todos nos ocurre.

—No tengo pensado repetirlo.

—Estaría guapo.

—Eh, que te den.

Los adoquines se han desprendido de esa sensación brumosa, como si hubieran

recobrado el peso de los siglos, y el aire frío me entra ahora en los pulmones como cafeína. Tengo que llamar a Crowley y decirle que se ha librado de lo del artículo y asegurarme de que sepa que sigue debiéndome un favor grande y pienso cobrármelo. Tengo que llamar a mi madre y contarle lo de anoche, me guste o no. A lo mejor hasta nos reímos juntas un rato. Tal vez Pulgoso me escriba mañana un correo cuando vea los titulares: «¿Qué pasa, Rach? Te he visto en la prensa, qué bien que haya salido todo estupendo, tenemos que quedar para celebrarlo. Bss». Quizá el fin de semana le mande un mensaje a Lisa y al resto de la pandilla por si quieren quedar.

—Sabes lo que necesito: una pinta. ¿En el Brogan's?

Steve se cuelga la bandolera al hombro.

—Tú invitas. Todavía me debes una de cuando Rory no lloró.

—¿De qué hablas? Pero si no paró de berrear...

—¿No decías que ya no ibas a ser una petarda...?

—Buen intento. Eso no significa que me vaya a convertir en un pelele...

—Ah, guay, porque me temía lo peor...

Lanzo otra mirada al resto de mi vida, que me espera tras esos nítidos cuadrados recios de luz dorada. Después empezamos a atravesar la explanada, discutiendo, para ir a tomar unas pintas y echar una cabezada antes de que sea la hora de regresar y ver qué hay de nuevo.

Agradecimientos

Esta vez estoy más en deuda de lo habitual con Dave Walsh, cuyos conocimientos del mundo policial me han brindado todo lo que de veraz contiene este libro (y nada de lo que pueda tener de irreal).

Vaya asimismo un gran agradecimiento para Darley Anderson, que nunca dejará de fascinarme, y todo el equipo de la agencia, en particular Mary, Emma, Rosanna, Pippa y Mandy; para Andrea Schulz, Ciara Considine, Nick Sayers y Sue Fletcher, por sus colosales habilidades editoriales, sus consejos y su sabiduría; para Breda Purdue, Ruth Shern, Joanna Smyth y toda la división irlandesa de Hachette; para Swati Gamble, Kerry Hood y todo el personal del sello Hodder & Stoughton; para Carolyn Coleburn, Angie Messina, el maravilloso Ben Petrone y todos los miembros del sello estadounidense Viking; para Susanne Halbleib y todo Fischer Verlage; para Rachel Burd; para Steve Fisher de APA, el hombre más paciente de Los Ángeles; para el doctor Fearghas Ó Cochláin, por curarme los hematomas; para Sophie Hannah, por encaminarme hacia el título; para Alex French, Susan Collins, Ann-Marie Hardiman, Jessica Ryan, Karen Gillece, Kendra Harpster, Kristina Johansen y Catherine Farrell, por apoyarme de todos los modos posibles, desde el terreno más práctico o el emocional hasta el hilarante; para David Ryan, coronado con jamón ahumado, tiras de panceta, ternera picada, setas y aceitunas negras, asar seguidamente diez minutos en horno de leña y servir con una Pilsner alemana; para mi madre, Elena Lombardi; para mi padre, David French; y cada vez por más razones, para el hombre capaz de resolver el peor enredo de trama antes de que lleguen los entrantes, mi marido, Anthony Breatnach.



TANA FRENCH (n. 1973) creció en Irlanda, Italia, EEUU y Malawi. Vive en Dublin desde 1990 con su marido y su hija.

Estudió interpretación en el Trinity College y ha trabajado tanto en teatro como en cine.

Ha logrado cierto éxito internacional gracias a su primera novela *El silencio del bosque* (publicada en España en 2009).

[1] En español en el original. <<

[2] En español en el original. <<